MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

Vol. 2

OBRAS COMPLETAS

ENSAYOS BIOGRAFICOS

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1989

© CONGRESO DE LA REPUBLICA
Caracas/Venezuela/1989
ISBN 980-231-082-4 - OBRAS COMPLETAS
ISBN 980-231-084-0 - TOMO 2.

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

Vol. 2

OBRAS COMPLETAS

ENSAYOS BIOGRAFICOS

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1989

COMISION EDITORA

Octavio Lepage
Presidente del Congreso

José Rodríguez Iturbe
Vicepresidente del Congreso

José Agustín Catalá
Director General

Fundación "Mario Briceño-Iragorry"
Beatriz Briceño Picón
Omar Briceño Picón
Miguel Angel Burelli Rivas
María Briceño de Burelli

COMITE EDITOR

Domingo Miliani G.
Rafael Angel Rivas D.
Gladys García Riera
Emma Alemán Stopello

SUMARIO

Pág.

Criterios de selección y ordenamiento del volumen 2..... 9

OBRAS COMPLETAS - VOLUMEN 2

TRAYECTORIA Y TRANSITO DE CARACCIOLO PARRA 15

VIDA Y PAPELES DE URDANETA EL JOVEN..... 45

Explicación..... 49

I. **Las furias desatadas**..... 55

II. **Niñez y adolescencia** 105

III. **El estudiante viajero** 115

Cartas de Francia..... 117

Viaje por Bélgica, Alemania y Suiza..... 134

Apuntes de clase 161

Cartas de París..... 170

Viaje a Italia..... 174

Fragmento del diario..... 214

Viaje a Grecia 216

Cartas de Grecia..... 232

Cartas de Esmirna y Constantinopla 245

Por el Danubio..... 256

Viena - Munich 267

Cartas finales 281

IV. **Familia y servicios de Urdaneta** 291

V. **Cartas de amigos de Urdaneta**..... 295

Fuentes 333

Pág.

GENTE DE AYER Y DE HOY 335

Justificación 239
María Santiago 343
El "Liceo de Lectura" de Trujillo 347
Raúl Chuecos Picón 353
José Antonio Tagliaferro 359
Rufino Blanco Fombona 363
Edmundo Urdaneta 369
Mons. Miguel Antonio Mejía 373
Nemesio Sáez 379
Recuerdos de **El Paladín** 385
Pompeyo A. Oliva 391
Rafael Domínguez 397
Mons. José Humberto Quintero 401
Viejos amigos 405
La amistad del Padre Baralt 411
Don Manuel María Carrasquero 415
Dr. José Emigdio González 419
Evocación de **Ariel** 425
Domingo Martínez 431
Adolfo Briceño Picón 437
Alberto de Jesús Güerere 441
Alirio Parra Márquez 447
Juan Iturbe 453
Pío Tamayo 459
Don Rafael María Baralt 465
Isaías Medina Angarita 471
Roberto Picón Lares 475
El Padre Carrillo 487

LECCION Y SENTIDO DE ANTONIO NICOLAS BRICEÑO 491

Historial bibliográfico de los textos incluidos en el volumen 2 .. 507

Indices del volumen 2 511

CRITERIOS DE SELECCION Y ORDENAMIENTO DEL VOLUMEN 2

Este segundo volumen de *Obras Completas* congrega un conjunto de ensayos biográficos. La escritura anuncia al biógrafo mayor, legible en los memorables textos históricos de *Casa León y su tiempo* y de *El Regente Heredia o la piedad heroica*, integrantes del volumen 3.

Se inicia con el esbozo *Trayectoria y tránsito de Caracciolo Parra*, dedicado por Briceño Iragorry a la memoria de uno de sus más entrañables amigos. La muerte de Parra León, ocurrida en Caracas en 1939, conmovió profundamente al escritor trujillano, quien se hallaba desempeñando funciones diplomáticas en Costa Rica. Allí empezó a escribir y publicó don Mario el opúsculo cuya redacción final está datada en Panamá, 1940.

Por razones cronológicas de escritura, el volumen continúa con *Vida y papeles de Urdaneta el joven*, producido durante su desempeño como Director del Archivo General de la Nación, por los mismos días en que iba cobrando vida literaria el Casa León. El Comité Editor consideró conveniente incluir este ensayo referido a Rafael Guillermo Urdaneta, hijo del prócer de la Independencia, conforme lo imprimió su autor. Es decir, con la inserción total de los escritos del personaje o los relativos a él: diarios de viajes, correspondencia personal y epistolario de sus amigos. Es una forma de mantener activos los testimonios de una época, con elementos que permiten al lector ir viviendo la cotidianidad existencial de este

viajero y militar de excepción por su solidez cultural, su pensamiento político avanzado y su inmolación en la peripecia de la Guerra Federal.

Los documentos complementarios del ensayo fueron legados a Briceño Iragorry por la hija del prócer de la Federación, doña Mercedes Urdaneta de González Plaza. En la Explicación que abre el texto, el biógrafo señala:

> *Son de este archivo los papeles que hoy doy a la publicidad. No se trata de documentos bien cuidados. Por lo contrario, son en su mayoría cartas en estado espantoso de deterioro, dirigidas desde Europa por el joven Urdaneta a su glorioso padre, a la madre y a los hermanos. De donde arribaba el estudiante dirigía largas misivas a los distantes deudos. ¡Y hay qué ver lo que dicen estas cartas! Observador sutil y minucioso, todo lo anota Urdaneta en las cartas y en los apuntes de su diario.*

Esas consideraciones justifican, pues, la inserción de documentos que, en estricto sentido, no fueron suscritos, pero sí reconstruidos, ordenados y publicados por Mario Briceño Iragorry.

Prosigue el volumen 2 con los ensayos biográfico-anecdóticos que evocan o retratan personajes vinculados al autor en diferentes momentos e instancias: maestros, condiscípulos de diversas épocas e instituciones educativas, figuras trujillanas conocidas en la infancia y la juventud, en fin, un haz de páginas con las cuales el autor integró su libro *Gente de ayer y de hoy*, editado en Madrid, durante su exilio.

Por último puede leerse el hermoso trabajo titulado *Lección y sentido de Antonio Nicolás Briceño*, donde evoca al legendario trujillano apodado "El Diablo", desde Madrid y con motivo del bautizo de Antonio Nicolás Briceño Aranguren, nieto de don Mario. El pequeño libro de formato 1/32, fue impreso en Zaragoza en 1956.

EL COMITE EDITOR

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN 2

TRAYECTORIA Y TRANSITO DE CARACCIOLO PARRA 1901-1939 (1940)*

(*) Tomado de la 1ra. edición. San José, Costa Rica: Imp. Lehmann, 1940. 45 p.

Fue un venezolano desconocido para esas muchedumbres nacionales que se agitan en la lucha cuotidiana detrás del pan nuestro de cada día. Quizás lo fue también para esos otros hombres que merodean en la zona sombría de los intereses personales, de los odios y de la violencia de la patria. Pero no lo fue, ni lo podía, ni lo debió ser para los venezolanos que libran el combate civil de la inteligencia, el arduo y modesto trabajo de la sabiduría, el duro aprendizaje de las aulas.

Julián Padrón.- *Exposicion de la Tesis Histórica del Doctor Parra León sobre la Instruccion de la Colonia".*

A JOSEFINA ARANGUREN DE PARRA

Era usted soltera y vestía luto, cuando le envié hasta Mérida una caja de papel en blanco, donde entre esmaltes suaves resaltaban sus iniciales enlutadas. En él escribió usted sus cartas de novia a Caracciolo. Hoy le ofrezco estas fojas de papel que contienen, a la par del recuerdo doloroso del amante compañero, reflejos de una gloria que esmalta el nombre de usted y el de sus hijos.— Mario.

Me sentí satisfecho de oír decir a Ud. que ni la vanidad y presunción, tan corrientes entre escritores, ponía niebla en mi sentimiento amistoso. Y así me pasaba con Caracciolo: envidié, hasta donde no es pecado la envidia, la cultura y los merecimientos del amigo, pero fui celoso en pregonar su gloria como algo que quise por propio. *Carta a Monseñor Pellín. Guatemala, 10 de marzo de 1939.*

¡Y pensarlo hace un año!

Apenas faltan pocos días para que se cumpla el primer aniversario de la muerte de Caracciolo Parra. A Guatemala, donde residía entonces, me llegó la noticia como un verdadero hachazo. Con él perdía, recordando la frase de Plinio el Joven, "al testigo de mi vida". Fue para mí amigo como pocos. Nos unió una estrecha vinculación de afectos y de ideas, una fraternal camaradería que tuvo arrimo inicial en la antañona Universidad de Mérida, que creció en los anchos claustros de la Universidad de Caracas, que tuvo la misma mirada inquisitiva sobre los viejos papeles de nuestros Archivos coloniales, que se acabaló en el estudio de los mismos problemas sociales y que se hizo leve para subir la escala de la común meditación religiosa.

Cuando nuestra Academia de la Historia vistió sus mejores galas para recibirle en su seno, Vicente Lecuna, Director entonces, me dio el encargo de saludarle en nombre del Instituto, para ello haciendo sólo mérito de nuestra fraterna amistad. A su muerte, el Colegio de Abogados de Caracas dispuso colocar su retrato en la galería de nuestros grandes jurisconsultos desaparecidos, y pensó en mí,

estando ausente, para un elogio que hubieran aceptado de grado egregios miembros suyos. Al elegírseme se quiso honrar la amistad, se pensó que sería mi voz atribulada quien con mayor tinte de cariño podría evocar la figura prestigiosa del joven sabio cuya vida acababa de segar la ciega muerte.

Va para un año desde la fecha dolorosa en que una voz, incierta y transida de espanto, dio la noticia de que se habían quedado rígida la mano que fue sabia y milagrosa para revivir los anales de nuestra cultura, y cerrados los labios que sólo tuvieron palabras para enseñar buenos caminos a los hombres.

¿Hemos valorado en su tremenda realidad la muerte de Caracciolo Parra? Numerosos centros científicos y literarios, de que era miembro, hablaron a América de la pérdida que con ella sufría nuestra Cultura. El Gobierno rindió a sus despojos honores máximos. Abrióse para la vela del cadáver el gran salón de la Cancillería, y el Presidente y sus Ministros encabezaron un cortejo sin precedentes en nuestros anales sociales. Iban en él, unidos por el dolor, los estudiantes a quienes separaba el calor de las disputas doctrinarias, y a cuyos hombros el maestro yacente, de paso hacia la tumba, hizo el último recorrido por los viejos claustros universitarios. Nuestra prensa tuvo en su elogio frases elocuentes, y aun periódicos hostiles a su pensamiento, calificaron su desaparición de "duelo nacional". Unánime la pena, y conforme el juicio de nuestro público, "Fantoches", que le hubiera combatido vivo, se alzó para elogiarlo muerto. Ya en él no se veía el hombre que representaba una idea capaz de despertar en otros una actitud pugnaz, sino el pensador y el erudito y el patriota y el gran caballero que hizo de su vida una línea recta y un muro. "Su muerte tradujo una impresión ilímite, refería me en carta Numa Quevedo, conmovió a todos los sectores; ante su cadáver se descubrieron reverentes los venezolanos de todos los climas y todas las ideologías; fue un homenaje inmenso el que se le rindió; cayó cubierto de gloria". Venezuela se puso en pie para ofrecerle tributo digno de sus méritos y nuestro pueblo nos dio una fresca lección de esperanza y de fe. No lo vio bien hasta la hora en que se fue para siempre, pero su mirada

penetrante, pesia las lágrimas que pudieran hacerla turbia, comprendió que con aquella muerte quedaba roto el arco de un gran destino. Nuestro pueblo probó una vez más, que tiene de verdad el don de intuir y que en la hora precisa sabe levantarse para los actos definitivos. Porque, así lo nieguen quienes se empeñan en acumular defectos sobre sus espaldas poderosas, nuestro pueblo sabe escuchar siempre las grandes consignas y sabe cumplir siempre los grandes deberes.

Arrogante se le vio cruzar entre las multitudes que parecían indiferentes a su paso. Pero de haberles buscado, cualquiera habría tropezado con la opaca mirada de la anciana y con los tímidos ojos del niño malvestido, que recordaban haberle visto llegar en forma anónima, con la larga limosna en sus manos sin pecado, hasta sus miserables tugurios suburbanos. No gritó en la plaza pública ni embadurnó el papel oportunista para defender los derechos del pueblo. Huyó la demagogia con que nuestros impenitentes pseudopróceres han buscado escalas a fin de llegar al poder, que después sirvieron a cabalidad *pro domo sua*. Trabajó en silencio, como la hormiga, para la causa de la justicia. Sin ruido, sin ir en pos de voluntades ni de aplausos, fundamos una agrupación, de tinte católico por supuesto, que quería preparar un núcleo de hombres capaces de representar y defender los ideales cristianos en la hora, prevista por todos, en que, concluida la dictadura, habría de surgir una verdadera lucha social. La asociación fracasó por pequeñeces, que la piedad ordena olvidar, pero en las pocas actas que de ella quedan, y que yo conservo, consta que la ponencia inicial de Caracciolo Parra fue: "¿Cuál es en justicia el tipo de salario mínimo de un obrero en Caracas?". Era necesario encauzar una acción realística que, partiendo de los llamados centros de Acción Católica y de las propias clases dirigentes, evitase que en nuestro medio, a causa de egoísmo y de abandono, se diese como fatalmente se dio lo que Pío XI hubo de llamar "el gran escándalo del siglo XIX": los obreros amparándose bajo consignas sin contenido cristiano para la defensa de sus legítimos derechos.

Se le motejó de aristócrata y de hombre de oligarquías, porque nunca expuso para el reclamo oportunista el inventario de sus

virtudes. Se le creyó del lado de los reaccionarios, porque lo callado de su acción le prestaba aspecto de esquivez intencionada. Por medio de largas cartas, llenas de sinceridad y de afecto, discutíamos en 1936 y 1937 las líneas del proceso social que se desarrollaba en Venezuela. Disentíamos en algunos conceptos que, sin tocar la fe y la doctrina evangélica, nos llevaban a disparejas conclusiones. Era hombre de fría reflexión y juzgaba peligrosa la violencia de mis "idealismos". Además, él estaba metido en la fragua ideológica que fue Caracas durante aquellos años; yo, en cambio, respiraba el aire manso del ambiente costarricense. En alguna de mis cartas apuntaba el erradizo camino seguido por el sector amorfo que se abrogó entre nosotros el cognomento de "derechas", ("otras derechas", las llamó después con burla y gracia Rafael Caldera) y al punto, él con marcada indignación, me respondió: "¿De dónde has sacado esa enorme paparrucha, hoy tan corriente, de *derechas* venezolanas?... ¡Si aquí no hay tales *derechas* ni cosa que se les parezca! A lo sumo unos tantos individuos que pueden llamarse racionalmente derechistas y dar la explicación de por qué lo son; y ellos están por lo regular apartados de todo género de ruido".

"Sabes, me escribía por diciembre de 1937, y hoy lo digo con palabras de Menéndez y Pelayo, que "soy católico, apostólico y romano, sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impiedad ni a la heterodoxia en cualquier forma que se presente, sin rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso", lo cual equivale a decir que, con un convencimiento firme y apegado a la realidad de las cosas, sostengo la doctrina social de la Iglesia. No sólo la estampada en las Encíclicas de los últimos Papas, divulgadas en todo género de términos por exposiciones tan convenientes como faltas de originalidad, sino la sostenida desde los días clásicos por la excelsa pluma del Angélico y por la amable dulzura del Seráfico: ante la cual toda la moderna jerga de reivindicaciones y escándalos marxistas palidece y aun resulta "cavernícola". Recordarás que en nuestras largas conversaciones de otrora, manifesté con entusiasmo en varias oportunidades el deseo de escribir un libro que pusiera ante nuestros ojos actuales lo que pensó sobre la propiedad y sobre el derecho social la filosofía

escolástica, con que muchos de los originales y atrevidos pensadores habrían de quedar en pañales. Si es que aún tienen pañales y no hubieron de echarlos a lavar... Ni habrás olvidado que siempre enseñé en mi debatida cátedra de Principios que el capitalismo actual es hijo del siglo XVIII y recordarás lo que del siglo XVIII escribí cuando aún me ocupaba en incorporarme a la Academia de la Historia... Cualquiera que, sin discernimiento de personas y circunstancias, leyera tus párrafos, me imaginaría capitalista como el que más y católico como el que menos, y nada más absurdo: aquí sólo tiene un mantenedor de la reforma social múltiple, la que se adapte a los medios y a la época dentro de la vasta ideología del cristianismo".

Porque él con simpleza evangélica, conceptuó que sólo podían formar en un sector que fuera digno de llevar el distintivo de "derechas", digno de estar, en su concepto cristiano, a la "derecha" del Padre, aquéllos que dieran pan al hambriento, agua al sediento, vestido al desnudo y cálido abrigo al peregrino. Para las relaciones sociales creyó que sólo sea fuerza aglutinante la caridad de Cristo, el amor irrestricto de los hombres, la solidaridad que resulta de ver en cada ser humano un compañero y no un siervo que haga el trabajo que a otros lleve complacencias y holguras. Cristiano rancio, capaz de haber sobrellevado con deleite el silencio de las catacumbas, no se avenía a la contumelia de prestar su nombre para que encubriera a quienes, después de haber atacado con hechos positivos los ideales del cristianismo, buscaron, como las cigüeñas perseguidos y sólo para oportunidades de política, el alero piadoso de los templos. La caridad ordena el perdón, un recto sentido social promueve la convivencia, pero ninguna ética aconseja servir de escabel a los contrarios.

No era su criterio sobre las "izquierdas" ni asustadizo ni englobante de cualquier posición de política social. Porque conocía a fondo la dialéctica materialista y el carácter contrarrevolucionario del marxismo, sabía distinguir la neta actitud de los hombres. Al respecto me escribía: "A pesar de ser el izquierdismo una idea de comprensión realmente negativa, y, por consiguiente, relativamente

fácil de alcanzar, el izquierdismo como facción política organizada en Venezuela, es cosa que está muy por ver... Natural que las izquierdas distan menos de la realidad, por eso de la comprensión negativa, pero ¿cuántos son los convencidos, los convencidos de verdad, de semejante ideología? Si entre nosotros hubiera "derechas" e "izquierdas" como en algunas partes de Europa, habría lucha por las ideas, convencimiento de algo ideal, sacrificios de orden superior, verdaderos partidos... Y todo eso, con perdón, está a mil leguas de distancia. Lo único que hay, fuera de muchas tendencias interesadas, soberanamente personalistas, es el prurito de querer usar para nosotros la terminología europea".

Marcó sin banderías oportunistas rumbos firmes para ganar el ancho campo de la justicia. Desde su cátedra de la Universidad —cátedra que él hizo— enseñó con criterio respetuoso los Principios del Derecho. Explicó su escuela —la del Nuevo Derecho Natural— pero con ella explicó también los sistemas adversos y enseñó la difícil metodología de la materia. De sus alumnos, todos no siguieron, claro, el núcleo central de sus ideas, pero todos, en cambio, aprendieron la ciencia ardua de la investigación jurídica. Enseñó a aprender. Fue maestro hasta en esto. Y así se ha dado el caso, que bastante lo honra, de haber sido reemplazado por discípulo que, sin seguir las huellas centrales de su enseñanza, aprendió Derecho, tanto como para enseñarlo después, y con otras líneas, bajo su experto guión profesoral. Ningún mentís mejor contra quienes quisieron calificarlo de mecánico repetidor de desusados sistemas escolásticos. Tan claras y libres fueron sus enseñanzas jurídicas, que no faltó quienes le señalaran ante las autoridades del viejo régimen como alentador de principios contrarios a la mentalidad ejecutiva. Y hasta había razón. Pocos como él explicaron en nuestra Universidad con mayor precisión los derechos de la personalidad humana y la noción exacta de la soberanía pública, y ello sin haber de recurrir ni a Hobbes ni a Rousseau, sino a la vieja esencia cristiana del derecho público, que predicaron Tomás de Aquino, y Vitoria y Bañez, y Laínez y, el perseguido de ingleses y franceses, Roberto Belarmino, a quien pudieran eregir por patrono los defensores de la democracia y de la

autodeterminación popular. ¡No podía preparar para una actitud de rebaño quien sabía mirar en el fondo del ente humano una conciencia tocada de lo divino!

Por ello en su cátedra enseñó a distinguir los inmanentes derechos de la personalidad de los derechos del individuo como célula de una sociedad de artificial origen. Explicó que el individualismo, mosto de demagogias, desemboca en el abultamiento del Poder, que convida a las tiranías con que huelgan "los violentos contra el prójimo"; mientras el ejercicio racional de los derechos de la personalidad humana —fin del Estado— al buscar por módulo lo justo, hace necesaria y fuerte la Autoridad, creadora del bienestar social. De aquel viene el "acto de fuerza", propenso a destruir. De la otra viene la ley, enderezada a defender la comunidad y las personas.

Desde el año 30 hasta su muerte, Caracciolo Parra leyó Principios Generales del Derecho en la Universidad de Caracas. Era una cátedra sin antecedentes, pues roto había quedado el nexo que pudiera unirla a la época brillante en que, con el nombre de Filosofía del Derecho, estuvo a cargo de nuestro gran filósofo y jurista Esteban Gil Borges, cuyas lecciones escuchó con fruto cierto y aliento enorme Caracciolo Parra. En ella puso toda su voluntad y todo su cariño de estudioso. Enfermo ya, minada su salud del morbo fatal que se escurrió a la pesquisa médica y al referirme por octubre de 1938 el resultado de los últimos exámenes clínicos y la angustia de los tratamientos ensayados, concluía diciéndome, con resignada alegría de trabajador que vence la fatiga: "Los ratos de clase —no lo creerás— son los mejores: sigo siendo el mismo profesor de Principios Generales del Derecho, gritón y expresivo, que conociste cuando me oías retazos de clases desde las puertas".

Jurado severo en los exámenes, no quebró la justicia para favorecer a quienes siguieran sus ideas. Entre otros tantos, el hecho siguiente lo contesta. Daba la prueba oral para ganar matrícula de Derecho Público Eclesiástico (que enseñaba a la par de los Principios del Derecho) uno de los más resaltantes líderes de la juventud

izquierdista universitaria. A la suerte salió un tema sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado. El examinando discurrió vibrante de elocuencia y afincado en copia de argumentos, contra los principios de Parra. Valeroso, y con dialéctica apropiada, sostuvo su tesis, hasta llamar la atención de los alumnos, acudidos a presenciar aquel torneo entre el maestro y el compañero que tipificaba la reacción contra su ideario. Hechas las calificaciones, se dio al estudiante la máxima puntuación reglamentaria, y al ser interrogado Parra sobre el caso, respondió, con la serenidad de quien ha cumplido un natural deber: "Como jurado no vengo a calificar ideas sino a juzgar capacidades".

Fue un fervoroso animador de los estudios de nuestra época colonial, y entró en ellos con buenas armas que le defendieran del terror que a los asustadizos causaban sus "tinieblas". En esa labor, que era de tala para construir después, ya habían dado pasos largos Angel César Rivas, Pedro Manuel Arcaya y Laureano Vallenilla Lanz. Estos vieron lo realístico del caso y apuntaron el hecho de que nuestra Independencia no llegó de fuera, sino, por lo contrario, fue un proceso de explosión de fuerzas interiores. Pero faltaba en la causación explicada por aquellos maestros, un elemento que apenas se mentaba con acento tímido: la madurez de una cultura propia de la Colonia. Aquí radica el mérito de la obra de Caracciolo Parra. Con una laboriosidad pasmosa buscó los elementos que comprobaron este aserto. Y tras una benedictina indagación de datos y sobrancero de lógicas conclusiones, echó a la luz de la crítica sus obras fundamentales: "La Instrucción en Caracas 1567-1725" y "Filosofía Universitaria Venezolana 1785-1811", las que podrían mostrar como legítimo trofeo y a manera de *explicit* la sentencia horaciana: "Si teneis en vuestras manos algo mejor, mostrándnoslo, y si no, sometéos".

A dichas obras hizo referencia, para controvertir algunas conclusiones, y no sin pagar antes tributo de respeto al eminente desaparecido, el joven escritor Julián Padrón, en meditado ensayo que publicó nuestra "Revista Nacional de Cultura". Colaborador de

Parra en su labor hispanista, juzgué deber mío dirigir a Padrón larga carta que pusiera en claro la verdadera intención de nuestros pensamientos. El propio Padrón y Mariano Picón Salas, Director de la Revista, quisieron que yo autorizara la inserción en ella de mi carta, de la cual hoy entresaco aquellos párrafos donde considero fijados tanto la posición del pensamiento hispanista del compañero insustituible como el propio ambiente nacional que rodeaba el debatido problema histórico.

"Desgraciadamente, escribía yo a Padrón, la historia de las ideas, más que la crítica de los hechos, suele sufrir la influencia retrospectiva del presente. La crítica de nuestro pasado colonial (pasado "nuestro", no pasado peninsular) soportó por muy largo tiempo en nuestra América la influencia de la propia lucha independiente. Eso era lógico que sucediera. En momentos de guerra, al enemigo se acumula toda manera de errores. Con España aquello se juzgó hasta un "deber" patriótico. Venida la calma para la revisión sincera de los hechos, surgió una corriente de revalorización de la obra española, y se halló que muchos asertos apriorísticos tenían que ceder ante la revelación de la verdad que aparecía del descombramiento acabado por la crítica. En lo que dice a Cultura, es hoy aceptado generalmente que la organización colonial se ajustó a los reclamos del tiempo. Hubo una labor educativa uniforme, con los vicios de la época, como fatalmente debía ser, pero que desembocó en una realización innegable: en 1810, año inicial de la revolución, existía una generación que se había disciplinado en las aulas coloniales. (Esto destruye la tesis del milagro de los autodidactos). Esa generación fue fruto de la enseñanza que entonces se servía, pesia los defectos que le señala el licenciado Sanz, en las Universidades y Cátedras conventuales de América. No es cierto que la bondad de dicha enseñanza se debiera a que fuese católica, como tampoco es cierta la tesis contraria, sostenida por muchos y que usted no acepta, de que fuera mala por ser católica. Nos hallamos frente a un hecho: hubo una sistematización cultural que, en colonias españolas, no pudo ser entonces sino católica. De este hecho pasamos fatalmente a otro: los Padres de la Independencia estaban saturados de esa cultura. Queda una tesis de

fondo, que ha sido entre nuestros intelectuales una verdadera manzana de discordia: ¿era propicia o no la tradición española como clima para ideas de autonomía y libertad política? Cuando se ha considerado como esencia de lo español el fanatismo y la ignorancia, claro que la respuesta ha de ser negativa: pero la tradición española no es eso; de lo contrario, la verdadera tradición española es de autodeterminación y libertad. Esa tradición vino a la América en forma orgánica y anidó en los Cabildos coloniales, que tanto en Venezuela como en Guatemala empezaron por contradecir los mandatos reales. (En Coro el caso de Santillana y el posterior testamento de Villacinda, hacen par con la actitud del Cabildo de Almolonga que erige a Doña Beatriz de la Cueva por Gobernadora y casi adelantada, a la muerte de Alvarado). A la característica pasional, se unía además una circunstancia intelectual: la escuela jurídica española era tradicionalmente opuesta al derecho divino de los reyes (tesis anglo-francesa que, combatida en España, vino, durante la gobernación de los reyes borbónicos, a injertarse artificialmente en la neta tradición que arranca de los viejos concilios visigóticos). Cuando nuestros Padres dijeron que al pueblo tocaba el ejercicio de la soberanía que a Fernando VII era imposible ejercer, no discurrieron en francés, sino en viejo español, aunque coincidan las formas declarativas con la prédica revolucionaria. Esa doctrina de la soberanía, bien lo sabe usted, era enseñada desde tiempos ya largos por los teólogos católicos (eso en cambio no lo supieron o no quisieron saberlo muchos de nuestras generaciones pasadas) y esa doctrina, no condenada sino fomentada por la escuela española, hablaba en nuestros Padres, maridada al eco permanente de aquellas voces recias y altivas que Carlos V, con su violencia germánica, quiso acallar en las gargantas de los Comuneros de Castilla, que si en verdad fueron derrotados en la Península, supieron insuflar en nuestra América todo el empuje de su arisca naturaleza. Por ello es respetable el Municipio como institución política americana. En el Ayuntamiento colonial tuvo segura ciudadela la esencia de la rebeldía española y entre nosotros se apagó la República mientras dichos cuerpos sufrieron la *capitis deminutio maxima* a que fueron sometidos por la autocracia de nuestras dictaduras seriales. Otro elemento que empujó a las

Provincias hacia la independencia fue el desarrollo de las formas económicas. En sus consideraciones sobre la Guipuzcoana, Augusto Mijares, con esa tinosidad que le es propia, enfoca lo que representó para el empuje autodeterminativo el avance de nuestra burguesía criolla, como clase que aspiraba a tornarse en "Estado". Y van tres causas para impulsar el movimiento de independencia: dos orgánicas (tradición latente de soberanía política y formas económicas que buscaban mayor radio de expansión y mejor oportunidad de consolidación) y una intelectual (cultura intelectual propia). A estos principios causales se agregaron dos más, de carácter externo: la independencia de Norteamérica (donde no había, según Miranda, a la hora de la emancipación el grado de cultura que existía en Caracas) y el fuego rebelde que atizó en las conciencias la Revolución Francesa, confundidos ambos en la obra formidable de la propaganda mirandina. (Duarte Level y Gil Fortoul colocan en su justo sitio las proporciones de estas influencias)".

"No se puede negar, mi querido colega, el valor de la cultura colonial (cultura de sedimentación) como elemento propio en el encauzamiento de la independencia de América. No creo yo que se pueda desechar esta corriente porque de ella resulte algún mérito para la doctrina católica, que informaba la enseñanza colonial. No se trata de actualizar una lucha de doctrinas, sino de esclarecer una verdad. Cuando el liberalismo a la moda de 1830 se dio entre nosotros a la labor de negar todo lo que no fuera obra suya, bien estuvo entre sus planes esa obstrucción a lo que representase una fuerza tradicionalista, por cuanto se creyó con ello romper vallas que se oponían al deseado progreso de las instituciones. Hoy el caso es otro. Católica o no católica, hubo una cultura que dio fruto, y el fruto fue bueno. El fruto fue nada menos que la Independencia. Hubo una cultura que marchó, un esfuerzo que permitió a la crisálida romper la urdimbre. No hubo hiato, ni abismo, ni salto. Hubo una continuidad sin solución, porque suelen las revoluciones ser el clímax de un proceso sedimentario. Y curioso el caso nuestro: nuestro clero fue personalmente adicto a la causa separatista. Lasso de la Vega, que en sus primeros años fue realista, prestó

invalorables servicios en la pacificación, y Monseñor Méndez pudo mostrar, con el cayado pastoral, la lanza llanera que tuvo en el Yagual. Desde el punto de vista de la independencia no hubo justificación para que se atacase la doctrina católica. Distinto el caso de Guatemala: cuando Morazán lanzó fuera al Arzobispo Cassaus y Torres, tuvo razón para ello, pues su Ilustrísima animaba en toda forma, junto con el alto clero, las intenciones del partido servil, clamoroso por la dominación española. En Venezuela no hubo oposición entre catolicidad e independencia. En cambio existen muchos historiadores y críticos que niegan la cultura colonial por su neto tinte católico. Yo sé que usted no está en esta posición unilateral. Su claro talento y su amor a la verdad le obligan a tener abiertas todas las ventanas del espíritu. Pertenece usted a esa juventud que en nuestra patria ya se anuncia desnuda de toda intolerancia, juventud que aspira a crear sin destruir lo que es justo que viva en el tiempo, juventud respetuosa de la libertad ajena, a que tanto se han negado, plagiando a los inquisidores, muchos de los representantes de lo que allá se dio en llamar liberalismo. Porque, mi querido Padrón, el liberalismo ha tenido entre nosotros formidables "jesuitas" de sotana al rojo vivo. Yo no conozco nada más tolerante que un viejo liberal venezolano del 70. Por eso han venido a parar, en razón de un absurdo proceso involutivo, en la mera caverna donde se guarecen a la hora actual todos aquellos que se aferran en negar el mínimum de libertad que corresponde a los ciudadanos en razón de ser hombres. Sabe usted por sus estudios y experiencia personal, que la República, con tanto devaneo opuesta a la Colonia por ciertos historiadores y políticos nuestros, no ha sido para muchos sino un mito aprovechable para lucrar con tesis oportunistas. En nombre de bellas ideas y de principios liberales, que usted y yo estamos obligados a respetar y a propugnar, se dirigieron desde la llanura de la oposición, con voces de tormenta apocalíptica, contra los tiranos que injuriaban la dignidad de la patria. Después, esos pseudo-Jeremías de la libertad, llegados a la cima del poder, olvidaron el tono rebelde de mejores tiempos y se convirtieron en mentores dóciles del dictador en turno. Apostataron de la hora en que, como yunques, hubieron de soportar el peso cotidiano del rudo martillo, y al ver la posibilidad de cambiar de

destino, hicieron frente con los hombres que dirigían los martillazos, con la clase o círculo que ha hecho profesión de la intolerancia y la injusticia".

"Esa tendencia de política menuda, ha querido dar oportunidad beligerante a la revaluación de la cultura española en Venezuela, labor a la cual han contribuido no sólo historiadores católicos como Parra y Febres Cordero, sino historiadores de ideas liberales como Rivas, Vallenilla Lanz, Arcaya, Parra Pérez, Rafael Domínguez, García Chuecos y otros. Se ha llamado tesis peligrosa el sostener que no fue apretada noche de ignominia la Colonia. Tampoco se ha sostenido por nadie que fuera un dorado mediodía de gloria. ¿Que las leyes de Indias pasaron el Atlántico para ser violadas? ¡Palabras! Muchas se cumplieron. En cambio nuestra legislación republicana no ha necesitado mojarse el pie de imprenta para hallar violadores. Han nacido leyes, muchas hechas y contrahechas por los enemigos de la revaluación colonial, signadas de estupor. No se necesita ninguno de los dos extremos, a la par desechables como todos los extremismos. Ni alabar lo bueno que hubo en la obra colonial significa deseos de volver a ella, ni censurar los malos hechos realizados en la República quiere decir reniego de su forma y desamor a sus principios admirables. No creo que en Historia haya verdades peligrosas. Habrá peligrosas utilizaciones de tesis históricas. Por lo que dice a anchar los horizontes de la patria, integrándole la era colonial, no he supuesto en ello ningún peligro; en cambio sí un fundamento de derechos. Vea lo que hoy vale la historia para robustecer la tesis autonómica de los viejos Ayuntamientos, tan amenazada por ciertas tendencias surgidas en la República. Parece una paradoja: la más pura institución republicana tiene enredadas sus fuertes raíces en las piedras sillares de la Colonia. El león y la salutación mariana del Escudo de Caracas no representan ni monarquismo ni clericalismo: representan, en cambio, enjundia democrática".

Las reflexiones que anteceden son buena parte para juzgar la calidad del ataque de que fueron objeto los medulosos trabajos de

Parra. Son apenas eco de una lucha sorda, insistente, antojadiza que se abrió contra él. Se habló, aun por personas de fina mentalidad y anchas entendederas, de la "peligrosidad" doctrinaria de la tesis exultante de nuestra cultura colonial. Lo que no debió ser visto sino como un honesto esfuerzo en pro de nuestros estudios históricos, fue tomado, en época de general marasmo disquisitivo, como ocasión para fomentar banderías que, bajo color de lucha de ideas, trillaron aun los propios caminos de la política. Pero no es ésta la hora de revivir agonizantes rescoldos, y ya la muerte, con su amargo peso de dolor, ha llamado a meditar sin intereses de grupo y de divisas sobre la obra fecunda del malogrado historiador de nuestra colonia. Allí está su labor. Sus estudios críticos sobre la Visita del Obispo Martí, sobre el Padre Alonso Zamora, Juan de Castellanos, Oviedo y Baños, Fray Pedro de Aguado y Caulín y sus investigaciones en los archivos de la Universidad de Caracas, son, a la par de monumentos que sabrán mantener a su memoria una lámpara perpetua de admiración, fuentes preciosas en las cuales se verán precisados de abrevar quienes intenten conocer los secretos de nuestro pasado.

A Caracciolo Parra se le llamó fanático por cuanto entendió la fe en una forma plenaria. Caracciolo Parra fue siempre el hombre en acto. No descoyuntó su pensamiento de la acción. Antes que él, había pasado por la Universidad de Caracas un gran católico, a quien el pueblo, con su maravilloso poder comprensivo, ha llevado, adelantándose a las exigentes formalidades eclesiáticas, hasta los humildes altares. El doctor José Gregorio Hernández dejó halo perdurable de su paso por las aulas universitarias, donde explicó, el primero, Bacteriología e Histología Normal. Un día la Academia de Medicina resolvió vestir arreos teológicos y proferir sentencias dogmáticas. Se pidió para una estupenda declaración de principios, el parecer de los académicos acerca de la legitimidad de la doctrina de la descendencia. El doctor Hernández se limitó a responder: "Hay dos doctrinas que explican el origen del hombre. La creacionista y la evolucionista. Yo soy creacionista". Aquella era la posición de un hombre de adentro, de un hombre cuya serenidad no se sentía alterada por los errores de los otros y que buscaba sólo afinar las líneas purísimas de su torre interior. Con discutir no creyó

hacer un servicio a su fe. Le bastaba sentir siempre fatigadas las manos de practicar el bien. Si a Caracciolo Parra, en el terreno jurídico, y, aun en el teológico, en que además fue maestro, se le hubiese pedido una declaración semejante, habría escrito, con las manos también fatigadas de servir, un tratado que legitimara las raíces de su creencia. No para imponerla, sino para que se supiese por qué pensaba así. Y de faltarle razones, hubiera exclamado con el apotegma de Tertuliano: *credo quia absurdum.* Porque Caracciolo Parra era un hombre de adentro y de afuera.

Esta modalidad de Parra representaba, hasta cierto punto, un aspecto nada común entre nuestros hombres de pensamiento. No hago una aseveración absolutista, por cuanto siempre hemos tenido en el laicato robustas mentalidades dispuestas a defender la integridad de los principios. Pero ha pasado con nuestro pensamiento católico, y también con los ideales revolucionarios, lo que sucede con los vestidos de moda: se usan a determinadas horas. Cuántas veces en nuestros Parlamentos, escritores que hoy son tomados como representativos del pensamiento católico de su tiempo, estuvieron aun de parte del cisma religioso, cuando se trató de no contradecir al dictador en turno. Dejaron la Cámara, arrepentidos o no de la conducta del momento, y siguieron mostrándose impasibles, como buenos fieles. También desde el campo de la oposición de los gobiernos se han proclamado ideales de mejoramiento y de honestidad pública, pero en llegándose a las altas posiciones donde pudieran ser servidos tales propósitos, se les olvida y se reniega de ellos. De esa madera de hombres no estaba construida la recia personalidad de Caracciolo Parra. Parecía, de lo contrario, que el pensamiento en él no se detuviese nunca para considerar la necesidad de cumplir un deber. Era una actitud resuelta desde antes. Era una consigna en marcha. Obraba como ágil trabajador que hubiese recibido en sueños el programa laborable del nuevo día. Con abrir el sol, sabía su deber.

Cuando se desató en 1929 un ataque desprovisto de juridicidad y de apariencia legal contra los intereses de la Iglesia. Parra estuvo listo para servir la causa lesionada. Estuvo listo y alerta, marcando

acento de combate en las propias autoridades eclesiásticas. Se expulsó violentamente a un Obispo, sin que se cumplieran los trámites del juicio que prescriben las Leyes de la República, y movidos los sucesos por secretas razones de política menuda. Era urgente que la Iglesia asumiera una actitud conforme con su dignidad institucional y con el propio atentado que se cometía contra la majestad de las leyes civiles de la Nación. Firme, tanto como pudieron estarlo Méndez y Arias y Bosset y Guevara y Lira, el Arzobispo de Caracas se negó en un principio a ir hasta el viejo caudillo que dirigía la política de la República, para pedir una rectificación de los hechos. "Me corresponde sólo protestar ante el público y hacer mi equipaje para seguir al extrañado". Momento feliz en la vida de Caracciolo Parra fue aquel en que oyó de labios del manso Pastor, de quien la calumnia extraña y la falta de piedad han hecho un "Varón de dolores", esa declaración digna de grandes Obispos. Caracciolo Parra le amaba desde niño y, desafiando arteras suspicacias, le defendió con calor hasta la hora de la muerte. La talla del defensor previene los espíritus a la confianza de la justicia. Y a su lado estuvo entonces, enérgico, con el aporte de sus profundos conocimientos jurídicos. Otro curso, distinto del señalado por el Arzobispo y sus consejeros y que aquél aceptó por razones poderosas, hubieron de tomar las negociaciones. Pero vigilante y celoso del prestigio de la Iglesia, Caracciolo Parra no descuidó momento alguno para mantener viva la llama de la protesta, hasta poder escribir el esquema de aquella célebre carta en que el Episcopado públicamente desautorizó la propia palabra narrativa del Presidente de la República. Días de lucha, tremendos momentos en que se temió una verdadera crisis social, alentada aún por elementos no católicos, que comprendían la juridicidad de la posición eclesiástica. Hubo un momento en que los amigos de la Iglesia creyeron en peligro la misma libertad personal y en que se vio inminente la expulsión del propio Episcopado. Caracciolo Parra no soslayó en su actitud de animador de la conducta que pusiera en alto la ultrajada dignidad de la Iglesia y, en cambio, contemplaba la perspectiva de la cárcel o del exilio con la naturalidad con que a fin de año el estudiante espera las vacaciones de tabla.

Aun con el temor de recargar estas líneas de datos que carecen de atingencia con la personalidad de nuestro gran muerto, un deber de justicia, grato al espíritu de quien la sirvió siempre, me impulsa a comentar un hecho que de muchos permanece ignorado en Venezuela. El *statu quo* que permitió en 1931 un arreglo pacífico del conflicto, fue obra de Rubén González. Carácter enérgico y apasionado, no midió la peligrosidad de la expulsión sin juicio del Obispo. Pero tras su apasionamiento genial, González poseía en grado extremo grandes virtudes de patriota. Creyó servir a la misma Iglesia con la ejecución de medidas tendientes a evitar la entrada irrestricta de clero extranjero y a hacer respetar ciertas leyes de la República, y desencadenó con ello una tempestad, más que por las propias medidas, por la ausencia de procedimientos legítimos en su aplicación. Cuando la lucha llegó a su clímax, González dio cuenta al Jefe del país de la actitud, por el Gobierno calificada de levantisca, del Episcopado nacional. Y Gómez, con lógica unilateral y creído de que el clero fraguaba una revolución, se limitó a responder: "Allá ustedes con sus papeles. Hagan lo que crean conveniente, que yo tengo mi ejército listo". Y el patriota dominó al violento. Rubén González midió la trascendencia dolorosa de una lucha que podía ensangrentar el suelo de la patria, y en el siguiente Gabinete propuso, con mengua de su personal prestigio político y con la derrota de sus ideas, hacer a un lado la cuestión religiosa.

Lucha estéril para la República, angustiosa para la Iglesia, que de no haber tomado una actitud defensiva de sus derechos, se hubiera convertido en cómplice, por quietud, de aquel atentado procedimental que se aplicó a un Obispo suyo, ciudadano venezolano, arrojado de la patria en peores condiciones que los extranjeros indeseables, sin apenas permitírsele decir adiós a sus ancianos padres. Y si Caracciolo Parra estuvo sin titubeos al lado de la Iglesia y sus Pastores en aquellos momentos de conflicto, no lo hizo en razón de ciego sectarismo. Sus argumentos tenían asidero en la ley civil, en la letra violada de la Carta Fundamental y en los preceptos del Patronato que la República sostiene como ley legítima. El propio Gobierno tuvo pudor en reproducir, con los demás documentos del caso, el alegato legal que le dirigieron las autoridades eclesiásticas

para probar lo arbitrario de la expulsión del Obispo de Valencia. Periodista laico, que mordía el pan de la pobreza, como Leopoldo Landaeta, se negó por decoro a tomar la defensa del Gobierno. Servir la justicia, y más en causa propia, como es la de la Iglesia para los católicos, no es ser fanático sino ser un hombre honrado.

Años más tarde a Caracciolo Parra se presentó un memorándum encaminado a pedir al Gobierno Nacional que no fuera atendida la solicitud que un sector izquierdista le dirigía en orden a que se expulsara la Compañía de Jesús, de acuerdo con un viejo Decreto del régimen de los Monagas, tachado al efecto de arbitrario. Y Caracciolo Parra, amigo como el que más de la compañía, al punto respondió: "Mal puedo suscribir un documento en que se pide al Presidente de la República que no cumpla un decreto en razón de calificarse éste de arbitrario. Sería propugnar la anarquía administrativa. Estoy, en cambio, a las órdenes de ustedes para dirigir al Presidente un memorial probatorio de que dicho Decreto dejó de tener fuerza ejecutiva, por sólo haber sido reglamentario de una ley que fue oportunamente derogada y que, si posteriormente tuvo coacción legal a su favor, obedeció a haber estado durante algunos años incluido como excepción de las garantías individuales que enumera la Constitución de la República".

Clara lección aquélla que sirve a exhibirle como hombre recto, buscador para sus actos públicos, no del apoyo de los sentimientos personales, sino de la robusta armazón de las leyes, sostén de las Repúblicas. Allí estaba de resalto el austero varón que supo conquistar para su vida, enmarcada aun en las lindes de la juventud, un respeto del que pocas veces disfrutan las mismas personas mayores. A la autoridad de su palabra cargada de claras razones y de densos juicios, unió, en feliz consorcio, el sereno dominio que le prestaban su rectitud y clareza de conducta. Porque Caracciolo Parra fue un muro donde se quebraba irremediablemente el oleaje de las pasiones. "Ponía el divino Platón, decíame en carta, la verdadera armonía en el ágil dominio de la razón sobre la sensibilidad y sobre el apetito". El supo cumplir la consigna del filósofo, y como tal cumplidor, y aunque no lo creyeran quienes le

veían defender con torrente de razones sus principios y su fe, pudo decir de sí mismo: "soy de temperamento completamente desapasionado". Poseyó el equilibrio que los escolásticos designaron "coincidentia oppositorum".

Su vida discurrió en medio de un riguroso inventario moral. Y si fue severo como juez de extraños, más lo fue, hasta la férrea intransigencia, en lo que se refería a sí mismo. Tenía balanza fina para pesar los ápices. Perdonaba una injusticia, olvidaba la mano que intentara herirle, no tomaba cuenta de quienes quisieran hacerle daño. Vivió en perenne trance de perdón. En cambio, consigo mismo fue de una severidad que no aceptaba componendas. Puede disentirse de su manera de pensar, pero no de su manera de obrar. Los mismos que discutieron sus ideas, le rendían pleitesía por el modo de defenderlas. Los mismos que temieron la fuerza avasalladora de su talento, estaban prestos a reconocer su formidable poder constructivo. Nació signado por el destino para labrar una estatua ejemplar y tomó como materia viva su propia personalidad. Miguel Angel no habría construido nunca una figura humana de líneas más logradas. En medio de la gran quiebra de una generación que parece haber perdido su sistema de valores, es recomendable la imitación de su existencia.

Por sobre todas sus singulares virtudes, estaba en Caracciolo Parra la virtud del constructor. Fue hombre de una actividad prodigiosa. Trabajaba siempre. Nunca dio descanso ni al brazo ni al cerebro. Fundó una empresa editorial y de ella salieron libros que son prez de nuestra bibliografía. Ediciones esmeradas que él mismo corregía y cuyas largas galeras, vistiendo la blusa del trabajador, impuso con sus propias manos, a la par de los obreros. Entre la Universidad, cuya Vicerrectoría ejerció durante ochos años, y la empresa editorial, discurrió su tiempo entregado a una recia labra de cultura. "Me hace falta el diario ruido de las máquinas", decía en una de las raras ocasiones en que permaneció más de un día sin ir a ella. En sus cartas evocaba el recuerdo de las horas de trabajo: "Me ha complacido mucho la lectura, casi simultánea, de tus tres últimas cartas. Me pareció estar en aquel sucio recibo de la imprenta,

echado sobre el clásico escritorio de corregir pruebas, Tú el mismo: vehemente crítico, dado a idealidades y teorías".

Editaba libros propios y editaba libros de otros. Sin su esfuerzo formidable, la visita del Obispo Martí sería aun fuente secreta donde entraran a saco apenas unos cuantos: las "Elegías" de Castellanos, el férreo vate de nuestra conquista, seguirían sin lectores en el rigor de las apretadas columnas de la Biblioteca Rivadeneira, más propia para hacer ciegos que eruditos, según buen decir de Caro; aquella reedición de Oviedo y Baños, de todas la mejor hecha, completada con las crónicas de Caulín y Aguado, que dan una visión integral de las regiones que después conjugaron la gran patria venezolana, fue acaso uno de los mejores aportes suyos a la divulgación de la historia colonial. ¡Qué maravilla de juicio acerca de nuestro gran clásico! Entraba en sus propósitos de editor la publicación del Cedulario de Caracas, monumento donde inédita se guarda, junto con la historia civil y militar de nuestra ilustre capital, la raigambre de aquel derecho municipal, vale decir popular, que permitió a nuestros padres poner definitivas lindes al Gobierno de Emparan y de España. Para regalo de eruditos, planeaba la reedición de Flores de Ocariz, a menudo consultado por los afanosos de las genealogías, en que también fue experto, no guiado por vano interés de manidos prestigios heráldicos, sino deseoso de ahondar las raíces de nuestro plasma social. Bien entendía él, según me fue dado escribir en alguna parte, que "no es nuevo en la República el poco precio en que el venezolano ha sabido tener las diferenciaciones que arrancan de proceder los individuos ora de frondosos árboles cuyas semillas germinaron al ventalle de las praderas castellanas, ora de árboles crecidos al soplo abrasador de las selvas africanas, ora de humildes arbustos cultivados en la cumbre donde la indiada rebelde fundó la ciudadela que defendiera su indómito señorío". Entraba a los archivos y mientras otros gastaban días y días en la difícil interpretación de las complicadas escrituras curialescas, él en breves horas regresaba a su mesa de labor, con copiosos apuntes para construir las citas eruditas de que están sobrecargados sus libros admirables. Pasó por la Dirección de la Biblioteca Nacional y en pocas semanas conocía los ricos fondos que

arrancan de las viejas librerías de los Obispos y de los conventos coloniales. Se recibió en la decaída Academia Venezolana de la Lengua y luego hubo en ella biblioteca abierta y revista nítida y jugosa, que él mismo dirigía y editaba. Enseñaba Derecho en la Universidad, explicaba Filosofía en el Liceo y, como si fuera poco este trabajo, dedicaba una hora diaria, sin remuneración alguna, a enseñar Cultura Cívica y Psicología y Metodología Pedagógica a un grupo de muchachas que en el Colegio de Santa Rosa de Lima seguían curso para el Magisterio. Daba su tiempo a esta obra de sembrador, porque entendía que con ello estaba sirviendo a la República y que al formar maestras, cooperaba a la forja de futuros espíritus. Bien sabía que educar es tanto como engendrar moralmente a través de las generaciones venideras.

Su acervo literario arrancaba de las viejas y siempre frescas fuentes castellanas. Conocía de menudo a nuestros grandes clásicos. De ahí su estilo de elegancia sobria y expresión rotunda. Acaso frío, pero con la impecable majestad de un añejo sillón español, resaltado de áspera talla, cuyo destino fuera dar manso reposo a los altos de un andante caballero. En quien vistió su vida de un hábito severo que le hacía ajeno a toda diversión de tiempo, fue muy seguidero placer la lectura y el examen minucioso de los maestros que fijaron el propio genio de la lengua. Gustaba con deleite de Granada y de Quevedo, de Quevedo el de las obras serias, el del Tratado de la Trinidad y la vida de Santo Tomás de Villanueva; Quevedo festivo se le caía de las manos. La arrebatadora elocuencia de Granada y el íntimo acento que promueve Fray Luis de León, fueron manjares multisápidos para sus horas de festín. Lope y Calderón no faltaron nunca en su mesa de trabajo. A ellos acudía frecuentemente en busca de la desatada fecundidad poética, y con qué placer goloso leía y releía, admirando al poeta y al filósofo y al teólogo y aún al fino caballero que ella acusa, la descripción que Lope hace, en "Pastores de Belén" del parto de la Virgen. Su natural adusto se aniñaba hasta querer entrar de furto en aquella cámara secreta donde el dolor humano despareció a la lumbre de la alegría divina. La naturaleza de su espíritu y los varios climas de su cultura, le hacía tener por maestro sin igual a aquel su hermano mayor en saberes, el

formidable Don Marcelino Menéndez y Pelayo, cumbre para él del pensamiento de España, y a quien de vivir más años pudo haber sustituido para honra de nuestra América. Le bastó apenas una docena de años de labor fecunda para que de él pudiera decirse con palabras del Sabio: "Con lo poco que vivió llenó la carrera de una larga vida". El era de la clara estirpe de los Bellos y los Caros. Clara y única estirpe que debiera dividir a los hombres. Pero sobre todas sus preferencias, por encima de la "Guía de Pecadores" y de los propios "Nombres de Cristo", más allá de todos sus relamidos gustos literarios, estaban los padres de la Mística Carmelitana: Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. El hombre de la lógica y la eurística, el razonador de examen minucioso y recio, el calculado constructor de fornidas tesis jurídicas, abría las alas al vigilante poeta que se ocultaba tras su poco sensible natural y daba por entero el espíritu a las titánicas lucubraciones de la mística. "Las Moradas" y "La Noche Oscura del Alma" eran como recatados jardines donde su espíritu gustaba las más exquisitas complacencias. Vinos añejos, guardados en odres primorosas por manos de ángeles, le embriagaban hasta el olvido del sentido. Indiferente al espectáculo del mar y de los campos, no detenía la mirada en las formas sensibles de la naturaleza. Para hallar soberanos deleites, pedía prestada al Extático su escala invisible y por ella, en místico arrobo, trepaba hasta las cumbres de espantosa soledad donde el hombre, con el alma desnuda de otra cosa, se encuentra en comunión con Dios. Minúscula y fragante flor lograda en estos sus viajes interiores, es aquel primoroso ensayo suyo sobre la Poesía Mística, perdidizo para la ficha bibliográfica entre los grandes volúmenes que contienen su perdurable labor literaria.

Hombre de fe, Caracciolo Parra tuvo poca para los meandros de la política, "dama, en su concepto, no sólo ciega, sino loca y desmemoriada". De los hombres y de las agrupaciones que juegan al sube y baja de la fortuna pública, siempre pensó con criterio realístico y pesimista: "En todo el mundo, me decía en una carta, veces más, veces menos, las ideas, los partidos etc., suelen ser parapetos de las personas y aun de los intereses". No creyó nunca que Vargas representara un pensamiento inasequible a nuestra

cultura. Hubiera considerado delictivo justificar a Carujo. Pero con ironía poco usada en su modo de expresarse, me escribía en respuesta a cierto temor mío de que pudiera levantarse entre nosotros la sombra del insolente sargentón: "Aquí no hay tales gigantes ni malandrines capaces de resucitar a Carujo. Y es porque Carujo no ha muerto. Al que enterraron fue a Vargas". La fría reflexión sobre las cosas le llevaba a gustar "el plano de segundo orden", donde mejor se sirven los intereses de la República. "Las posiciones políticas, me escribía, mientras más altas son a ojos del mundo palaciego, son peores y más ligero acaban con nosotros. Por ello no hay como la paz". Pero ese plano sin brillo aparencial le sirvió para desarrollar una obra fecunda, que hoy todos cuantos la conocen, admiran y aplauden.

Llamado al Ministerio de Relaciones Exteriores, primero a servir la Sección de Relaciones Interamericanas y después la Dirección de Política, prestó una colaboración por demás brillante al eminente Jefe de nuestro Servicio Exterior. "Cuando tengas oportunidad de hojear un poco la Memoria de Relaciones Exteriores, me escribía en 1937, verás la parte que mi Oficina de Relaciones Interamericanas ha tenido en el trabajo anual de la Cancillería. Lee a ratos la serie de estudios que se dieron a manera de instrucciones a los Delegados de la Conferencia de Buenos Aires, y verás si me he tenido que meter en honduras de las que nunca se presentaron ante mis ojos. Afortunadamente que trabajo a las órdenes del primer especialista americano en estos achaques". Bajo la sin par dirección de Gil Borges, la densa cultura jurídica de Parra creció hasta el dominio de las cuestiones americanas. Trabajó en ellas con una veteranidad sorprendente en quien no tenía previa especialización del Derecho aplicado a las relaciones de los pueblos. A su cotidiana labor de mesa, agregó luego la de profesor de Derecho Internacional Americano en la Escuela de Diplomacia que funciona en nuestra Cancillería y la muy delicada de Miembro de la Comisión Venezolana de Codificación del Derecho Internacional Americano. Dos tomos de más de quinientas páginas, me informó en su última carta, contenían las laboriosas instrucciones que nuestra Delegación llevó en 1938 a la siguiente Conferencia Interamericana celebrada

en Lima. A ella fue, ya minado de la muerte, como representante de la República. "Daba gusto ver trabajar a los Delegados de su País, quienes todo lo llevaban ya resuelto", me decía mi colega Alfonso Carrillo, Ministro de Guatemala en Costa Rica y Panamá, Delegado a aquellas históricas reuniones. Fue a Lima, pero Caracciolo Parra ya era un hombre de este mundo. La muerte había puesto en su rostro el tinte de los cadáveres. Cuando en nombre de nuestra Delegación hablaba al pie de la estatua de Bolívar, justamente el día aniversario de la muerte del Padre de la Patria, al ver su palidez mortal, semejaba, según expresión de un Delegado extranjero, que fuera él mismo quien ofrendaba la flor de su estupenda juventud ante el altar del héroe. "Pocos hombres me ha sido dado conocer de mayor altitud espiritual y de más callada sabiduría que nuestro amigo", me decía recientemente Julio Tobar Donoso, Ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador.

Lima fue su último escenario. La ciudad que mantiene aún viva la presencia de la formidable labor colonizadora de España, ofreció a su mirada admirativa una abreviada visión de la antigua patria castellana, que tánto anheló conocer en su aspecto material. De allá regresó, para no volver a asumir su recia actitud de trabajador. La muerte, que cargaba en el rostro, se declaró señora de la que en él fue naturaleza privilegiada. A la eternidad azul del cielo empezaban a acercarle las alas de la rápida nave que domina los espacios.

Por Panamá pasó gravemente enfermo. Y deseoso de escuchar la palabra de los sabios, consultó algunos médicos. Su palidez de entonces resaltaba aún más entre el marco de una leve barba, que hacía evocar el rostro de un castellano penitente del siglo XVI. Los doctores, sin anunciarle el fin cercano, recomendáronle seguir hasta Caracas, para que recibiese la muerte rodeado de los suyos. De luego, y tras breves y no alarmantes días de asistencia hospitalaria, sereno, como quien hizo de su vida una filosófica preparación para morir, pidió por última vez los auxilios de la fe que había sido la interior sustancia de su vida. Ayudado de la claridad mental que sólo le dejó con el último suspiro, debió repetir sus pensamientos de otras horas: "En el Sacramento, al par que el Cuerpo y la Sangre de

Nuestro Señor Jesucristo, recibimos su Alma, fuente de todo idealismo bien dirigido, y su Divinidad, raíz y fin de todas las cosas. El Alma de Jesucristo, que es una con su Cuerpo: única verdad, único camino, única vida". Iluminaba su rostro, ya transfigurado, la parpadeante candela de los agonizantes. Miró con ojos de despedida eterna y resignada a la llorosa compañera y a los tiernos hijos, mientras con la larga mano moribunda hacía la señal de la cruz sobre sus labios, que en breve callarían por siempre. Reclinado a la entreabierta puerta, y sin ocultar las lágrimas, el viejo fraile español, diligente y bueno, compañero suyo en las largas investigaciones históricas y en las profundas lecturas tomistas, aquél a quien él, para aludir su candor, llamaba "la paloma vieja", Mesanza el dominico, recitaba en silencio los Salmos Penitenciales. El tiempo se iba a pasos quedos de su lecho mortuorio. Un leve minuto cargado de eternidad, y de su formidable juventud quedaba apenas un cadáver. Manos cariñosas y trémulas le amortajaron con piadosa veneración. "Sentí respeto —me escribió Pulido Villafañe, amigo suyo de todos los tiempos— cuando ayudé a colocar su cuerpo, aún sin enfriar, en el ataúd que nos llevó a la tierra. Su bondad integral no podía convivir entre quienes flaçamente se le comparaban. No sé por qué dejamos de antever su destino, faltando una vez más a la lógica".

Pero aquel día, y ya rígida la mano maestra y mudo el labio bullente de inéditas lecciones y cerrados los ojos que el estudio no venció y lejos su espíritu noble y bondadoso, Venezuela supo que había dado un hijo para la gloria de los tiempos. Como si la patria para verle en plena talla, hubiese necesitado que su figura, ausente de todo espacio, se alzara transfigurada por el tránsito final.

Tel qu' en Lui-méme enfin l'Eternité le change.

Panamá, enero de 1940

VIDA Y PAPELES DE URDANETA EL JOVEN (1946)*

(*) Tomado de la 1ª edición. Caracas: Tip. Americana, 1946, 289 p.

Al General JUAN IGNACIO ARANGUREN,
con el testimonio de mi estimación y afecto.

EXPLICACION

El General Jesús María Aristeiguieta, amigo fraterno del General Rafael Guillermo Urdaneta, desposó con la viuda de éste, Doña Mercedes de la Plaza Manrique de Lara. Cuando el ilustre guerrero liberal fue como Delegado Nacional en 1887 al gran Estado Los Andes, encontró a mi padre, Jesús Briceño Valero, empleado en Mérida en las oficinas del Poder Ejecutivo. Aristeiguieta, advertido del esfuerzo que el modesto funcionario, apenas de veintidós años, hacía para abrirse paso en la sociedad, sin más ayuda que su conducta y su contracción al trabajo, le tomó bajo su generosa protección y lo trajo a Caracas en calidad de Secretario. Pero más que un empleado fiel, Aristeiguieta vio en mi padre a un hijo, a quien franqueó las puertas de su honorable hogar.

De entonces dató una amistad estrecha, íntima que, muerto Aristeiguieta, mi padre continuó con su honorable viuda y que, muerto mi padre, prosiguió mi madre por medio de frecuentes cartas, con temple tan cariñoso que nos la legó a sus hijos como tesoro invalorable. Cuando muchacho, en 1912, traspasé en Caracas, el umbral de la respetable mansión de Doña Mercedes, sentí que entraba en una casa familiar. Allí veía el retrato de Aristeiguieta que me había acostumbrado a mirar como el de un abuelo en el escritorio de mi padre. Allí veía el retrato de mi padre, guardado por la anciana como si fuera de un propio hijo. Allí miraba mi fotografía de cuando era niño y las fotografías de mi madre y mis hermanos. Vestía yo entonces la guerrera de Cadete y ante mis arreos militares, Doña Mercedes evocó el recuerdo de los

ilustres generales con quienes había enlazado su destino. "Harás sufrir mucho a tu familia si sigues la carrera de las armas", me dijo la noble anciana y me refirió entonces sus penalidades de casada. Era deleite suyo en su invalidez añorar la memoria y los hechos de los egregios compañeros. Entonces oí por vez primera el nombre del General Rafael Guillermo Urdaneta.

La amistad de los Aristeiguietas prosiguió para mí en la persona de la hija del mártir de Barbacoas, Doña Mercedes Urdaneta de González Plaza, quien me miró como a miembro de su familia. Enferma, pobre, en sus últimos años me mantuve al lado de la anciana. Ella quería legarme algo que una vez más testificase su cariño, y me obsequió, con el retrato de Aristeiguieta pintado por Emilio Maury, el archivo de su padre.

Son de este archivo los papeles que hoy doy a la publicidad. No se trata de documentos bien cuidados. Por lo contrario, son en su mayoría cartas en estado espantoso de deterioro, dirigidas desde Europa por el joven Urdaneta a su glorioso padre, a la madre y a los hermanos. De donde arribaba el estudiante dirigía largas misivas a los distantes deudos. ¡Y hay qué ver lo que dicen estas cartas! Observador sutil y minucioso, todo lo anota Urdaneta en las cartas y en los apuntes de su diario.

Impresionado por el magnífico espíritu que se trasluce en estas líneas, escritas sin pretensiones literarias, me di desde 1935 a la tarea de reconstruirlas y enlazar los diversos documentos. Algunos apuntes están escritos en lápiz sobre papel de estraza. Lo fino del papel de algunas cartas había ocasionado su destrozo. Las relaciones eran apenas borradores para el gran diario que se le extravió en Trieste. Pero pensé que era necesario, por medio de la publicación de estos documentos, presentar a nuestro público la personalidad olvidada de aquél de quien dijo Level de Goda: "Si no muere entonces habría influido notablemente en el ánimo del caudillo federal, y dadas las buenas condiciones de Urdaneta, su influencia habría sido muy benéfica y evitado grandes males; sobre todo, vivo Urdaneta no hubiera surgido Guzmán Blanco, como surgió luego, ocupando el puesto de aquél".

Empieza este trabajo con la figura ya lograda del personaje, en cuyos labios ponemos con alguna libertad la defensa que él haría de discutidas circunstancias de la revolución federal. Lo anterior de su vida, lo verá el lector en los documentos, cartas y relaciones que se estampan en orden cronológico, con pequeñas referencias en que procuro concatenar los sucesos anteriores a 1858. Cierto estoy de que al ser leídos estos papeles, que reflejan el espíritu generoso y cultivado de quien a cada paso protesta contra las formas de la tiranía que se opone en Europa al avance de las conquistas liberales, se sabrá por qué Ildefonso Riera Aguinagalde escribió en su honor las siguientes frases: "En su muerte la Federación, pudo repetir las palabras que en otro tiempo Lacedemonia, después de la muerte de sus hijos: La Patria ha perdido su flor, la Libertad, su prestigio, la Revolución su primavera".

Sea el lector el que haga juicio del mérito de estos papeles, donde se mira discurrir a quien sobre el campo de la observación de Europa nutría el espíritu para disciplinas de república. Entonces lamentará su muerte como ya ha lamentado la muerte de Urdaneta el Viejo. Si éste pudo haber salvado en 1847 el curso de la República, a cuya presidencia se disponía a llevarlo el sufragio de los pueblos, el hijo también estaba en el proceso federal en condiciones de haber hecho el bienestar público. La misma estrella aciaga que iluminó la hora de la muerte del patriarca de la Independencia, apareció en el cielo sombrío de 1862, cuando la lanza fratricida sacrificó la vida de Urdaneta el Joven.

Con la publicación de este trabajo no sólo cumplo la obligación de hacer conocida una figura intelectual que inadvertidamente aparece en nuestra antología (*). Rindo también un tributo de gratitud a la

---

(*) En "Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencia y Bellas Artes" publicado con ocasión del centenario del Mariscal de Ayacucho, figura en la página 179 la carta dirigida por Urdaneta el Joven desde Roma el 15 de febrero de 1845. Por las iniciales de las notas, se ve que fue corregida por su hermano Amenodoro. El hecho de haber viajado en ese año a Europa Urdaneta el Viejo, permite que a la ligera se haya tomado esta página como obra del padre, pues no se hace constar que sea cosecha del hijo. Algunas otras cartas de Urdaneta fueron dadas a la publicidad por sus hermanos.

memoria de una familia ilustre, a la que me siento estrechamente unido por vínculos de amistad y de cariño. A Jesús María Aristeiguieta, a Mercedes de la Plaza y a Mercedes Urdaneta de González ofrendo con este trabajo el testimonio a que me obliga la generosidad y el afecto que dispensaron a mi padre. Porque si dice la Escritura que los hijos sufren dentera por las uvas en agraz que los padres muerden, no es menos cierto que el corazón del hijo también se hinche de alegres sentimientos al recuerdo de la miel que gustaron los mayores.

No sería justo si al dar a la estampa este libro silenciara los nombres de Julio Febres Cordero y de Doña María Teresa Bermejo. Ambos me prestaron una colaboración eficacísima en el cotejo de los papeles de Urdaneta y ambos me ayudaron en la solución de infinidad de problemas suscitados por el estudio de los diarios.

Caracas, marzo de 1946

LAS FURIAS DESATADAS
(1859-1862)

I

—Adelante, Juan! Aquí puedes pasar seguras las horas necesarias para arreglar sin riesgo tu salida al exterior, son las palabras con que Doña Dolores da la bienvenida al futuro Mariscal, mientras sonreída abre los brazos para saludarle familiarmente.

Después de varios días de inquietud en distintas residencias caraqueñas, Falcón acaba de trasponer los umbrales de la vieja casona de la viuda del General Rafael Urdaneta. El ambiente es pobre, porque el ilustre veterano de la guerra de independencia sólo dejó a los suyos como patrimonio la gloria de su nombre. Doña Dolores ha trabajado con sus finas manos para ganar el sustento de la larga familia, al cual no alcanza la pensión que le mantiene la República. Pero si no quedan en la casa huellas de riquezas materiales acumuladas por el gran patriota, su espíritu parece que flotara en el aura familiar, donde la viuda mantiene incólume el fuego sagrado del amor a la Patria. Esta mansión austera, a más de templo donde brillan las virtudes de la gran dama, es como ciudadela amurallada donde se conservan religiosamente sagrados penates salvados de un naufragio.

Historia viva, a ella acuden solícitos patriotas anhelantes de escuchar el relato de los hechos gloriosos que presenció durante su lejana juventud de Bogotá. Recia, en medio de su ternura delicada, a menudo les relata aquellas tremendas escenas cuando el Pacificador Morillo, después de recibir los cuarenta mil pesos del perdón, que ella misma ayudó a recaudar, hizo fusilar a su padre, el doctor

Ignacio Vargas, en la plaza mayor de Santa Fe, sin que guardara miramiento alguno al cadáver del abuelo, Don Martín París, fallecido la víspera en un obscuro calabozo y llevado al sitio público del tormento para cumplir sobre los yertos despojos la sentencia de fusilamiento. Los amigos de Bolívar han nutrido al calor de su palabra los sentimientos de amor al héroe portentoso y con dolor redivivo han gustado el amargor de aquellos días finales de Colombia, cuando el hombre de América alcanzó su calvario de redentor. De labios de ella escuchó alguna vez Juan Vicente González, "con el corazón hecho lava", la triste historia del 8 de mayo de 1830, cuando la chusma de Bogotá, azuzada por la miseria de altos políticos, despidió a Bolívar que viajaba hacia la gloria de la muerte, con aquellas palabras que aún espanta el repetirlas: "¡Longaniza, Longaniza, que le vaya bien con tal de que no vuelva, Longaniza!".

Esa misma historia está narrando Doña Dolores esta noche a los amigos de Monagas, dolidos de ver cómo Julián Castro trata a su antiguo superior.

—Los hombres son ingratos y en política la consecuencia no sirve para hacer méritos. Y lo digo yo, que sufrí con orgullo la lealtad de mi marido para el General Bolívar, y que a diario inculco a mis hijos preferir la muerte a la traición. Pero los compadezco a ustedes que están metidos en los andurriales de la política. En Venezuela esta es dura y sucia y los hombres buscan la satisfacción de sus intereses antes que el beneficio del país.

Esto decía la noble dama cuando Level de Goda tocó impetuosamente la puerta para anunciar la llegada de Falcón, a quien desde la tarde aguarda un pequeño grupo de amigos, seguros de que los agentes del Gobierno respetarán el hogar de la honorable dama. Aquí están en animada plática Jesús María Aristeiguieta, José Gabriel Ochoa y el Comandante Rafael Urdaneta. Ya está prendido el fuego del movimiento llamado a echar por tierra los planes de la camarilla oligarca que se ha apoderado del débil e indeciso pensamiento de Julián Castro. Bajo ningún techo pueden

hallar mejor abrigo las ideas de libertad y de justicia que bullen en la mente de la nueva revolución, llamada a envolver al país en devastadora lucha social, que se insinúa en la flor de los hechos como protesta de lealtad hacia el Presidente Monagas, derrocado por un movimiento que, lejos de asumir el amplio radio que caracteriza las revoluciones, se ha venido a reducir a la actitud reaccionaria y vengativa de los grupos oligárquicos.

—Deben obrar con suficiente cautela para que el Gobierno no logre interceptar el viaje de Juan, les dice Doña Dolores, después de ordenar a la mulatica del servicio que sirva el chocolate y los alfajores de las Monjas Concepcionistas, el más sabroso bocado caraqueño de este tiempo.

—Todo lo tenemos ya arreglado, declara el joven Urdaneta. Ya me he comunicado con Carlos Engelke, quien espera una embarcación de Bonaire que arribará por Catia la Mar. Levraud me ha facilitado medios seguros para que nuestros propios puedan burlar la vigilancia de Nicomedes Zuloaga.

—Eso es algo que me molesta en este asunto y ya te lo dije, interrumpe Falcón, cuando nos reunimos por primera vez en la casa de Carlos Ferrero. Recuerda que el Licenciado Conde, el doctor Ariza, el doctor Ruiz, Agustín Rivero y el propio Zamora son de mi misma opinión. Yo insisto en que nuestras actividades revolucionarias no tengan nada que hacer con la Legación de Francia.

—Descuídate, Juan. Levraud no obra en este caso como agente francés. Es sólo un amigo más. Bien conoces los vínculos personales que a él me unen. Si ha ayudado al General Monagas lo ha hecho no sólo desde su posición de amigo personal, sino movido de sentimientos de humanidad. No estamos vendiendo ni comprometiendo la Patria. Estamos atacando a un Gobierno capaz de venderla. Un Gobierno que nos desacreditará en Europa y que pactará con los tenedores de bonos y con los comerciantes que especulan a sus anchas para seguir explotando al pueblo. Fíjate bien. Los hombres que ejercen el poder y se dicen personeros del Estado en nombre de

una soberanía que jamás han consultado, sí pueden en concepto general valerse de la colaboración extranjera para acallar las voces ciudadanas. No tengas escrúpulos en aceptar el generoso favor de nuestro amigo Levraud. Te apoyas en él para salvar al país, una vez más al borde de sucumbir bajo los godos. No hago mía la absurda filosofía del éxito como capaz de legitimar toda acción política. La repudio por inmoral. Pero si un gobierno por el hecho de estar constituido cree legítimo apoyarse en un poder extranjero para estrangular una revolución popular, también puede, y con más títulos, lucrar una revolución popular con el apoyo que ofrezca un simpatizante poder extranjero. ¿Qué fueron a hacer en 1810 Bolívar y Andrés Bello a Londres y Orea a Washington? ¿Qué fue a hacer Manuel Palacio a París en 1812? Fueron a solicitar ayuda para una revolución! Piensa que del apoyo que recibamos no resultará ningún demérito para nuestro movimiento, pues no estamos ofreciendo enajenar la dignidad de Venezuela. Nosotros no tenemos pacto con la Francia ni con la Inglaterra. El pacto lo harán los que manejan la deuda y son los oligarcas quienes para mantenerse en el disfrute de la República podrían negociar con un país extraño la propia venta del suelo nacional. Nosotros, sin compromisos desdorosos, buscamos el triunfo de una revolución que venga a completar la obra que interrumpieron los godos de 1826 y 1830. Debemos ser fieles a la voluntad de nuestros mayores.

—Tus palabras, Rafaelito, por el fuego que les pones, parecen encaminadas a convencer a quienes no estuviesen de acuerdo con la revolución. Eres el mismo muchacho fogoso que discutía con el propio Raldiris en nuestro Colegio de Coro. Te has puesto más impetuoso que Level. Yo lo que quiero evitar es que se diga que la Legación de Francia nos apoya en un movimiento a favor del general Monagas. Nada grave tiene que aceptemos la ayuda de Levraud, pero sin dar pie para que los godos nos presenten como empeñados en la restauración del régimen anterior. Yo no estuve por la traición al depuesto Presidente, pero aspiro a que, dado el golpe y abierto un nuevo ciclo para el país, se mire nuestra causa como un proceso encaminado a hacer efectiva la justicia. Algo más que intereses personales mueve nuestros proyectos de hoy. No

estoy, como no lo están ustedes, por la desbordada violencia de Zamora, quien ha sido víctima de los godos y quiere vengarse de injurias personales que felizmente no hemos recibido nosotros. El acaso esté más cerca de las injusticias de que ha sido objeto nuestra masa. En la última conversación que tuve con él lo hallé por demás excitado, quizás a causa del incidente con Michelena y de los insultos en la plaza de San Francisco. Ezequiel es implacable en sus odios. Parece un volcán que camina. En cambio, yo no soy, ustedes y Venezuela lo saben, un militar de cuartel que hace la guerra por oficio; como tal la guerra me inspira horror y menosprecio al que la hace. Pero la guerra vendrá y desgraciadamente será larga.

Doña Dolores, quien preside este decisivo conciliábulo con la majestad de su precoz senectud, pronunciada más aún por el dolor que ha traído a su espíritu la reciente muerte de su hijo Rodolfo, alterna con pausada voz en el curso de la conversación:

—La guerra, dicen ustedes, será larga y una vez más sufriremos las madres venezolanas. Veo que no hay conciliación posible entre ustedes y el Gobierno. Ochoa me refirió la entrevista de Juan con el General Castro. Una vez más le hablaste —dirigiéndose a Falcón— con la lealtad y hombría de bien que te son reconocidas de tus propios enemigos. Pero la guerra me asusta a pesar de haber vivido en ella mi juventud. Después de tántos sacrificios ¿qué nos queda? Mayor suma de odios, mayor pobreza, más ilusiones truncas. Ustedes son jóvenes y tienen razón para desear el mejoramiento de la patria, pero deben considerar el saldo de angustias que deja la guerra. Si hubiera una fórmula, si fuera posible aquietar los ánimos. Es mejor tratar con un Gobierno, aunque poco nos agrade, que lanzarse a buscar suerte en los campos de batalla. El peor de los gobiernos es mejor que la ruina del país.

—La fórmula la habría, interrumpe Aristeiguieta, si los oligarcas desistieran en sus propósitos de encerrar a Castro en el círculo de sus intereses creados. Pero Castro es un pobre diablo a quien más complacen los halagos del círculo mantuano que los buenos consejos de los liberales que le sirven con lealtad. Y usted sabe, Misia

Dolores, que los godos son hábiles palaciegos. Recuerde cómo engatusaron al mismo Páez, llamado por su formación social a ser el jefe de los liberales de Venezuela.

—Los oligarcas, si estuvieran en ánimo de conciliación, hubieran atendido al llamado que les hizo el general Monagas al asumir el poder cuando la segunda presidencia. Pero los godos no merman!, exclama con voz campante el joven Level de Goda. Si queremos salvar al país, es preciso borrarlos hasta del mapa!

—Y ni aún así, agrega el Comandante Urdaneta. El país debe aprovechar esta oportunidad para dar un viraje en su propia organización interna. Ya hemos escogido como bandera la idea federal, pero eso no basta. Eso es simple cuestión de vestido. En la independencia lucharon nuestros padres por la libertad y la dignidad humanas. Pero aquella revolución se detuvo en su marcha progresiva. Es necesario proseguirla en toda su idealidad. Las nuevas generaciones deben gozar de una patria más bondadosa, madre y no madrastra de sus hijos, donde los derechos sean respetados y la justicia se imponga sobre los dictados de la fuerza y las componendas de los poderosos. No necesitamos de la forma federal tanto como necesitamos de una justicia mejor. La Federación, como tema que gusta a los pueblos, nos servirá para expandir nuestras ideas de regeneración nacional. La idea federal tiene arrastre y a ella debemos asirnos para la victoria de nuestro credo antioligarca. Yo le he dicho a Juan: nuestro movimiento debe mirar más a los conceptos generales que a la vieja táctica de suplantar unos hombres por otros. Debemos hacer una política que nos aleje de los vicios de los militares y de sus camarillas de doctores oportunistas. En Venezuela si la mandonería de los guerreros ha hecho grandes males, mayores ha recibido el país de los letrados sumisos que se prestan a vestir con arreos de legalidad las aspiraciones de los otros. Sólo la revolución salvará de sus lacras el cuerpo enfermo de la patria. Busquemos un orden nuevo de honestidad ciudadana. ¡Hasta cuándo nuestro crédito sirve para enriquecer particulares, mientras las deudas detienen el progreso de los pueblos! ¡Hasta cuándo sigue esa casta de hombres que se llaman

honorables aprovechándose de los negocios y de los monopolios! ¡Hasta la harina es privilegio de unos extranjeros!

La conversación ha continuado exaltada y violenta como de individuos dominados por una ciega ansia de luchar. Toda ella no es sino una larga variación de una misma frase temática: el anhelo que los anima por una Venezuela que, ayer como hoy, todos piensan mejorar por medio del triunfo de sus ideas exclusivistas. Level de Goda, a pesar de ser el más joven, se expresa con rotundidad que linda con lo arbitrario, no sin olvidar su frenética adhesión al general Monagas; Aristeiguieta, de reposado juicio y firme voluntad, reclama la precisión en todo; Ochoa, de generoso espíritu y ancha comprensión, se muestra como el más apegado a los conceptos; Falcón, vacilante y bueno, pone siempre de resalto su espíritu magnánimo y su general repugnancia por los estériles sacrificios; Urdaneta sobresale por su espíritu rebelde y sus posiciones en extremo audaces. La revolución lo ha tomado por completo y parece olvidado de las fuerzas que se juegan en el tapete de la política del momento. Su esperanza lo lleva a desconocer la realidad que se mueve a través de esta lucha que agita el panorama nacional y cree que con principios enunciados con ardor se pueda transformar la mente endurecida de los hombres.

Noche fría de la vieja Caracas, cuando el Avila constante bajaba sus cortinas de niebla sobre la silenciosa ciudad para darle aspecto de mayor quietud. Silenciosa noche en que se ultima la evasión del joven militar que acaudillará la más dura y sangrienta revolución que recuerdan, después de la independencia, los anales de la República.

Aristeiguieta, Level y Ochoa se han despedido con cautela. Doña Dolores lleva a Falcón a la modesta pieza donde dormirá al abrigo de los espías del Gobernador Zuloaga. Después, acompaña a Rafael al dormitorio y le habla a solas de sus angustias y temores. Ella está orgullosa del primogénito, en quien advierte el curso de su sangre heroica y de la sangre altiva de su padre sin mancilla. Ella lo quiere así, enérgico, resuelto, con ideas que se levanten sobre el nivel de

quienes miran la política sólo como oportunidad de medro. Pero ¡ha sufrido tánto! ¡Qué de lágrimas derramó ante el cadáver sacrificado de su padre! ¡Qué de duelos fue su vida de esposa! ¡Cómo sufrió aquella trágica noche del 25 de septiembre, cuando creyó asesinado con el Libertador al General Urdaneta! Su vida ha sido una larga batalla entre el dolor y la miseria. Ahora se irá Rafael, no hoy, pero mañana cuando lo llame la revolución. ¿Y si la guerra ha de devorarlo? Todas sus esperanzas las cifra en el porvenir de este hijo amado, a quien el destino dotó de bellas cualidades.

—Dios te bendiga, le dice con todo el corazón, mientras el hijo besa sus cabellos encanecidos. Cuando se separan, con el blanco pañuelo enjuga las lágrimas que hacen turbia su pupila.

Al día siguiente, Urdaneta y Level de Goda dan los últimos pasos para la evasión del General Falcón. En el mayor secreto han hablado con un viejo cochero que se ofrece para conducir al caudillo al vecino puerto. El General, a pesar de su calma natural, está un poco inquieto mientras habla en el ancho corredor con Doña Dolores, Luciano, Amenodoro y Octaviano. En la calle hay gran silencio. Son las ocho de la noche cuando se detiene el coche entre las esquinas de Salas y Caja de Agua. El auriga desciende rápidamente y camina hacia la casa con estudiada naturalidad. Pronto salen dos hombres: grueso y resuelto el uno, de regular y borrosa estampa el otro. Mientras reconocemos al postillón en el que toma asiento como pasajero, el de mejor porte sube al pescante, se arma del látigo y arrea los caballos con energía. Cuando pasan por las Carmelitas, advierten la presencia en una de las esquinas de varios polizontes que miran al descuido. Poco les habría dado fijarse con atención en el cochero. Jamás hubieran reconocido al general Juan Crisóstomo Falcón, que ensaya la manera de guiar los fogosos caballos que lo llevarán al Rincón de Maiquetía, para tomar la embarcación que Engelke tiene lista en Catia para el viaje a la isla de Bonaire.

Coincidiendo con la fuga de Falcón, toma también el camino del exterior el General Ezequiel Zamora. Así burlan la orden de prisión dada contra ellos por el gobierno de Castro. Van a preparar la

revolución mientras en Caracas se forman grupos que canalicen las fuerzas liberales desafectas al gobierno de marzo.

Las autoridades están al tanto de las actividades sediciosas y proceden en 7 de junio a decretar la expulsión del territorio nacional de quienes aparecen como principales corifeos del movimiento, incluyendo en la orden a los ya ausentes Falcón y Zamora. La lista es la siguiente: general Ramón Soto, coroneles Wenceslao Casado y Carmelo Gil, comandante Amador Armas, Antonio Leocadio Guzmán, R. Anzola Tovar, doctor Joaquín Herrera, doctor José Manuel García, doctor Pío Ceballos, R. Suárez, Diego A. Alcalá, Jesús María Aristeiguieta, José S. Jiménez, Pedro Conde y V. Valiente.

El 5 de julio se reúne en Valencia, bajo la presidencia del ilustre patricio Fermín Toro, la Convención Nacional. Hombres importantes y de notorio lustre forman esta asamblea memorable, donde los liberales se sienten reducidos a una representación escasa que no corresponde con la fuerza natural del partido. La Convención ha sido convocada para dar forma al movimiento revolucionario de marzo, "directo, espontáneo, formidable, irresistible" contra "el edificio que había levantado la barbarie triunfante", según dice en su discurso inaugural el Presidente Toro. El país está en verdad pidiendo una transformación definitiva y bien pudiera hacerla este augusto cenáculo, si en él no se abultase la fuerza del elemento conservador, que se adelanta a invitar al general Páez, exiliado en Nueva York, para que regrese a la República, donde se le espera como probable sustituto de Castro en la jefatura del gobierno.

En el seno de la Convención es acremente discutido el Protocolo Urrutia, por el cual se convino en que, abandonando Monagas la Legación de Francia, fuera trasladado a una prisión particular de donde saldría para el exterior. Pero el Gobierno retarda la ejecución del compromiso y el Cuerpo Diplomático exige su cabal cumplimiento. Buques ingleses y franceses han conminado desde La Guaira la ejecución del Protocolo y el Ejecutivo, con digna entereza, ha rechazado el procedimiento con que se amenaza a una nación

independiente. En la asamblea el negocio es presentado como compromiso contraído a favor de Monagas y no como pacto internacional y se acuerda que el Gobierno cumpla la promesa hecha al ex-Presidente cuando los buques extranjeros hayan abandonado nuestras aguas.

Los revolucionarios aprovechan el apoyo que les ofrece el estado confuso de los ánimos y la manifiesta parcialidad de los agentes extranjeros, ya dispuestos a pedir sus pasaportes como resultado de la altiva actitud del Gobierno. Level de Goda es enviado por el comité revolucionario de Caracas a invitar a Falcón, que se halla en Aruba, para que venga a tomar la dirección de los acontecimientos. No con la debida celeridad se presenta el caudillo en la rada de La Guaira el 22 de agosto, donde el señor Dunlop, Capitán de uno de los buques ingleses que ha efectuado el bloqueo, le refiere que el movimiento había sido precipitado en Caracas el día 16 pasado, sin aguardar su arribo y que había concluido con el episodio de "La Galipanada", donde fueron hechos presos gran cantidad de los comprometidos.

Como consecuencia del fracaso de la intentona, el Gobierno resuelve el 18 de septiembre expulsar a un grupo de liberales mezclados en ella. Se nombra al doctor Rafael Agostini, doctor Félix María Alfonso, General Luzón, doctor Jesús María Blanco, Antonio Guzmán Blanco, Luis Level de Goda, Emilio Santodomingo, Juan Mirabal, Juan C. Hurtado, José María Jiménez, José Hermoso, Felipe Esteves, José del Rosario González, Gerardo, Julio y Pedro Monagas, Francisco J. Oriach y al comandante Rafael Urdaneta.

Entre los que logran evadir la orden de extrañamiento figura el joven Urdaneta. De acá y de allá, oculto en una y otra parte, puede mantenerse en la capital como elemento de enlace entre los liberales resueltos a luchar abiertamente contra la política indecisa y sinuosa de Julián Castro.

La Convención, después de oír el verbo grandilocuente de Toro, Rendón, Morales Marcano, Eloy Paredes, Ricardo Labastida, Gual y tantos otros eximios oradores como allí estuvieron, termina por

sancionar la nueva carta política de la nación. Bastante discutieron el candente tema de la Federación que mina el espíritu de los liberales. Razones políticas e históricas fueron invocadas antes de obtener el grupo conservador el rechazo de la forma federal, compensada por una mayor autonomía del Municipio.

Entienden muchos que es cuestión de meras frases esta disputa sobre federalismo y centralismo. Olvidan que la estructura federal de la primera República no fue copia servil de las formas constitucionalistas de Norteamerica, sino resultado lógico de la organización política que tuvieron las provincias durante el régimen español. En 1811 habían acudido a Caracas a dar vida a la República las ciudades coloniales que eran cabezas de viejas provincias autónomas. Las nuevas entidades surgidas de los pronunciamientos del año 10 traían su existencia henchida de tiempo: Barcelona había sido durante el siglo XVII asiento de la extinguida Gobernación de los Cumanagotos y Palenques, Mérida fue la primera piedra de la Capitanía de Maracaibo, Trujillo había luchado durante más de dos siglos por ganar carácter autónomo frente a la absorbente política económica de la Nueva Zamora. Las siete provincias que proclamaron la independencia no fueron obra de artificio momentáneo sino expresión del encontrado proceso de integración y autonomía que definió la Cédula de 1777. Si la guerra de emancipación hizo desaparecer en parte el viejo ímpetu de los localismos, éstos vivían en la conciencia social, y establecida la tercera República y al impulso de los nuevos caudillos victoriosos, se había visto la desintegración de las grandes provincias y la presencia de nuevas entidades que correspondían a las ansias prevalentes de las ciudades y a los propósitos feudales de los nuevos señores. No ha sido Antonio Leocadio Guzmán el inventor de la divisa. Y si la anunció como *slogan* revolucionario, fue en razón de saber que en el propio pueblo tenía alcance para la agitación y que tras ella podían ponerse a andar muchas otras ideas de momentoso éxito. Piensan los otros, con algo de razón, que la forma centro-federal vigente mantiene un racional equilibrio entre las justas aspiraciones autonomistas de las varias localidades y el primordial interés de que la acción directora nacional goce de la unidad

requerida para dar fuerza a la República, sin riesgo de que lo cantonal impida la armonía del conjunto. Por ello han mirado los centralistas a dar mayor vigor al Municipio como célula de la administración y de la economía, mientras mantienen en toda su fuerza el poder político de la Unión, capaz de ser disuelta en un perfecto régimen federal, que utilizarían los caudillos para asentar el mandonismo.

En materia de derechos individuales la nueva Constitución acoge para el sufragio la tesis jusnaturalista del voto universal frente al concepto restricto de las teorías racionalistas que mantienen las Constituciones anteriores, pero deja en vigor la pena de muerte y la prisión por deudas, que tanto satisface a quienes tienen interés en mantener medios legales que robustezcan la armazón económica contra la cual han venido luchando los ideólogos de la libertad, inclusive aquellos que como Toro forman en los cuadros conservadores.

En su alocución del 31 de diciembre, Gual, Presidente de la Convención, explica: "Las formas esenciales del gobierno democrático sobresalen en relieve, y se obstentan con pureza en la división, deslinde e independencia de los poderes, en el sufragio universal y directo para la elección de los principales funcionarios, y en las supremas atribuciones del poder municipal, ensanche que conducirá por corta y segura senda a la completa federación si tal, andando el tiempo y discutido el principio, fuese la voluntad de la nación, árbitro siempre de su suerte y artífice de sus instituciones".

El 4 de enero de 1859 es electo el Gobierno interino de la República, mientras el pueblo, por medio de las elecciones generales, designe constitucionalmente los magistrados nacionales. Para Presidente es escogido el jefe del movimiento de marzo, General Julián Castro, para Vicepresidente, Don Manuel Felipe de Tovar y para Designado Don Pedro Gual. El 5 prestan juramento los funcionarios electos.

Que la nación es árbitro de su suerte y artífice de sus instituciones, ha proclamado en la Convención la voz austera de Don Pedro Gual.

Y ella sabrá serlo, si no por los pacíficos medios que marcan las leyes, valida esta vez de las voces confusas de la guerra. Antes de iniciarse el 20 de febrero la revolución, la República vive vida de asonada y donde quiera hay síntomas que anuncian la tormenta. No se trata de un movimiento idealista provocado por la pluma de los escritores y por la voz ardiente de los demagogos. Nada de artificial se advierte en esta lucha que tiene sus raíces bien nutridas en la historia. Será la idea federal consigna fácil de los jefes y soldados, pero tras ella se agitan razones que arrancan su legitimidad del fondo mismo de la sociedad venezolana. A la caída de Monagas se hizo notoria la fusión de fuerzas liberales y conservadoras que intentaban poner fin al régimen nepótico, mas el predominio oligarca en los cuadros del gobierno fusionista provoca reacciones que reviven viejas tendencias y empujan los ánimos hacia la persecución de un nuevo estado de cosas que aboque al pueblo a la realidad de la justicia.

Los cuadros sociales de la Colonia se han mantenido hasta hoy, con sus instituciones civiles, casi invulnerables. En torno de Páez volvió a levantar la abatida cabeza la vieja oligarquía territorial y a ella se han sumado nuevas fuerzas creadas por el surgimiento de los valores provocados por la guerra de independencia. La revolución de las Reformas, si presentada como expresión de un arbitrario deseo de las clases militares por tornar a la intangibilidad de sus fueros y como repudio de las formas civiles del gobierno, encarnadas en el virtuoso Vargas, constituyó, en cambio, la expresión clara del rechazo que ciertos grupos de antiguos patriotas hacían del sistema que minoraba sus derechos a favor de los grupos que detentaban desde antiguo los instrumentos de la riqueza. Tras las hermosas consignas de respeto y sumisión a las leyes abrazadas por el General Páez, se ocultaba la tendencia de legitimar en prepotentes posiciones a las fuerzas conservadoras que, sin haber luchado por la independencia y aún contrariándola, habían sabido rodear al viejo Centauro para cubrirlo con una túnica de halagos y prestigios que les permitía guiar a su arbitrio las manos puestas en el timón de mando. Sujetos respetables, apegados a viejas formas que les hacían holgar con la tranquilidad aunque ésta vulnerase la

justicia, formaron los altos comandos de la oligarquía conservadora. Los hombres de la independencia y el pueblo que se había sacrificado por su triunfo, sin esencialmente repudiar los principios civilistas, veían con dolor que éstos sirvieran de parapeto para satisfacer las insaciables ansias de lucro de los componentes de los propios cuadros cuyo abatimiento buscó la revolución.

Propósitos personales habían empujado después a Antonio Leocadio Guzmán en su ardiente campaña oposicionista. Contra la fórmula quietista del orden conservador, él lanzó su consigna agitadora: *Malo periculosam libertatum quan quietum servitium*. Pero no fueron sus ideas quienes crearon el estado social que vivía el país. Sus opositores lo hacen responsable de la agitación y la califican como obra de su enemigo contra el gobierno imperante, sin pensar que las tesis incendiarias de "El Venezolano" corresponden a una realidad preexistente. Vieja táctica que siempre asumen los grupos interesados en la perpetuación de un orden que les favorece. Así sean novedosas las ideas del agitador, ellas consiguen un ambiente que les da legitimidad, por cuanto expresan el anhelo vago de justicia que anida en el espíritu del pueblo. El odio contra el capitalista y el propietario no fue consecuencia de la prédica de los periódicos. Estos apenas buscaron de canalizar para la revolución un sentimiento que tenía arraigo en la conciencia popular, víctima del desmedido espíritu de lucro de quienes ocupaban las posiciones dirigentes de la República. El propio Guzmán, al explicar la función de la prensa como instrumento que pinta la sociedad tal cual es, hubo de decir que "si se notan úlceras, no son del espejo, ni es en él donde deben curarse". Precisa recordar que las promesas de reparto de tierras hechas a los soldados patriotas se habían convertido en leyes draconianas contra los desheredados, a quienes el hambre había obligado a convertirse en *cuatreros*, con amenaza de la propiedad de los grandes terratenientes. Si a este estado angustioso se suma la incorporación a la ciudadanía de las masas de libertos que la ley de Monagas sacó de la obscuridad de la esclavitud sin haber pensado en el problema de la libertad económica, se explica la confusa y angustiada situación que vive la República, cuyos cuadros

populares se mantienen en constante estado de efervescencia donde el motín, la asonada y el asesinato están a la orden del día.

Causas por demás complejas pero que en último examen derivan su mejor justificación de las profundas diferencias económicas, concurren a explicar el fenómeno social venezolano. El mismo Páez, expresión genuina del pueblo, sale en defensa del orden aparente de la sociedad. El no comprende que el mantuanaje le dispensa de su calidad de cuna siempre que se sume y sirva a la unidad económica que se empeña en perpetuar; y con ingenuas palabras explica a Irisarri por marzo de 1849 que las luchas no pueden existir sino en un medio "donde haya una verdadera desigualdad entre los ciudadanos fundada en los accidentes del nacimiento y del color", y si en Venezuela, como fruto del abrazo fraternal de la guerra emancipadora, se han disuelto los antiguos distingos de nacimiento, entiende él que en realidad haya un sistema perfectamente de igualdad, sin bajarse a mirar el abismo extraordinario que separa las clases dirigentes de las masas famélicas que pueblan el territorio nacional y sin medir el deprimido ánimo de un pueblo atado a una tierra que da frutos para sólo holganza y complacencia de los señores que de antiguo la tienen titulada.

La revolución no la vocean los de abajo, porque no suelen surgir espontáneamente del pueblo los grandes dirigentes que buscan su transformación. Hombres salidos de los marcos superiores toman la iniciativa, tal como mantuanos favorecidos por el régimen español habían iniciado el proceso emancipador. Pero la masa popular tiene fino oído para escuchar estas voces que, poniéndose a tono con sus sentimientos de justicia, la llaman al desquite con promesas de "reparto de tierras y supresión de contribuciones". La guerra será a muerte y el incendio voraz se extenderá de un extremo a otro de la patria, aunque así no lo entienda el grupo conservador que procura sumar completamente a su causa la voluntad tambaleante del Presidente Castro.

Sin aguardar al proceso eleccionario decretado por la Convención, Coro se pronuncia por la Federación en 20 de febrero de 1859. Los

liberales que fomentan la resistencia a la política oficial han entendido que nada bueno puede esperarse de un movimiento que ha llamado a Páez y que ha privado de sus bienes y grados militares al General Monagas. Acaso intuyan que el orden que trata de erigirse no caminará jamás hacia la consolidación del país y que la justicia de la revolución se ha convertido en venganza de partidos. Esa justicia transitoria, que no es sino retaliación contra el caído, quieren sustituirla por un movimiento que transforme con las estructuras del Estado las propias bases sociales de la nación venezolana. Y allá está en Coro Ezequiel Zamora tremolando la bandera a cuyo rededor se agruparán las masas ilusas que creen llegada la hora de su liberación definitiva, ignorantes de que esta lucha feroz que se avecina servirá de escabel para la más férrea e insincera autocracia hasta ahora vista en Venezuela.

La política de Caracas se mueve en un dédalo de dificultades provocadas por el carácter endeble de Julián Castro, en el fondo simpatizante con los revolucionarios, y por el lazo asfixiante que le tienden los conservadores. En medio de la serie de incertidumbres que rodean su autoridad, resuelve el Presidente el 7 de junio separarse, so pretexto de enfermedad, y llama a sustituirle al Vicepresidente Don Manuel Felipe de Tovar. Forma éste un gabinete de carácter eminentemente conservador con Pedro José Rojas en lo Interior, Manuel Cadenas Delgado en Hacienda y Juan José Mendoza en Relaciones Exteriores y procede a crear una Junta de Guerra bajo la presidencia del General Páez y con el aporte de Soublette, Castelli, José Félix Blanco y el General Austria. No escapa a Castro y al círculo de liberales adictos a su política que en esta organización juegan las maquinaciones de Rojas, empeñado en poner la República en las manos del viejo caudillo oligarca, e inopinadamente, cuando el 13 está reunido el Vicepresidente con sus Secretarios, aparece en la sala el General Castro y manifiesta a Tovar que ya han cesado las causas que le habían obligado a separarse de la presidencia y que en ese propio momento asumiría de nuevo el mando de la República.

Aranda, Rendón, Laurencio Silva y el doctor Echeandía componen el gabinete liberal con que Castro sustituye el gobierno oligarqui-

zante que intentó formar el señor Tovar. En su Secretaría de lo Interior el Licenciado Aranda atrae la enemiga del grupo conservador, cuyo máximo representante en la palestra de la prensa es nada menos que Juan Vicente González.

Detengámonos un momento para mirar esta figura turbulenta que lleva a la política la fogosa pasión de su espíritu romántico y el caudal estupendo de su inmensa cultura. Hombre apasionado que sabe pasar de las ternuras de la más fina piedad a los ímpetus titánicos del odio, Juan Vicente ha prendido en "El Heraldo" la hoguera que anima a los contendores oligarcas. Si Dante, movido de pasiones personales, creó su Infierno para arrojar en él a sus enemigos y saciar con llamas sempiternas su espíritu de venganza, Juan Vicente tiene a la mano los campos de la historia y de ellos trae las figuras más siniestras para el paralelo vengador. Como el florentino, cuyos versos traduce con esmero, es implacable y proclive a la calumnia. Su pluma tiene el fuego de la tempestad, su pensamiento abarca la parábola del más atrevido ingenio, su corazón, propenso a las lágrimas, sabe caldearse como lava cuando el huracán de las pasiones sopla en su tienda y le empuja al combate despiadado. Si en la cátedra se esfuerza por enseñar los caminos de la certeza a los alumnos, en la contienda pública olvida los compromisos del profesor y se lanza por los bajíos de la difamación y de la injuria. En el santuario signa la frente con la ceniza penitente y abre los labios a la plegaria enternecida. Es hombre de fe que menosprecia la vanidad y aquieta los pulsos en la severa meditación kempiana. Pero frente a sus enemigos olvida hasta el agua del bautismo para lanzarse a la oscuridad de los más ardientes dicterios. El lo dirá en sus últimos años: "Sin intereses personales, sin ambición nunca, sirviendo muchas veces ambiciones e intereses ajenos, creyendo que servía a la patria". En estos trágicos días de 1859 él cree que sirve a Venezuela, prendida en su corazón como un amor de novia, y se ha lanzado a la lucha del lado de sus amigos los conservadores, con ciega fe que lo constituye en genuina representación de su partido. Para ello tiene en la mano los rayos de la tragedia: el furor de las Erinnias y las imprecaciones de Macbeth destilan de su cálamo incendiario cuando se trata de aniquilar a los

hombres que disienten de su manera de pensar. Queden para otros los caminos de la tolerancia y la concordia. Para él sólo están abiertas las vías que conducen al aniquilamiento del enemigo y prestos los apóstrofes que enciendan el aliento de quienes van a combatir las hordas de la revolución. Sus palabras recuerdan a Tirteo animando a los jóvenes de Esparta para el sacrificio en los campos de batalla. "Morir, escribe, al ruido alegre de las trompetas, en la embriaguez del combate, entre los cantos que la victoria entona, es mil veces más dulce que esa muerte dolorosa y lenta que aguarda a todos en el lecho de enfermo".

Ahora, en la edición de "El Heraldo" del 20 de julio, exhibe a Aranda, prez de la República, con los peores colores que inventar puede la malicia y lo compara a Veleyo en pos de la gloria de la obediencia, y ello porque el Licenciado representa para la facción conservadora que rodea al señor Tovar, un antemural en sus propósitos de frenar la voluntad de Castro, inclinada a favorecer la tendencia de los liberales.

Con el viraje dado el 20 de junio, Castro se exhibe en una posición conciliatoria con los grupos revolucionarios y a ellos envía comisionados encargados de procurar una pacificación general. Entre los delegados sale hacia Coro el señor Esteban Aranda, hijo del Ministro, con encargo, además, de comunicar a Falcón, que permanece en Curazao, los propósitos del nuevo gobierno.

La situación de Caracas es cada día de mayor confusión. En el ánimo oficial continúa pronunciándose la tendencia de acercarse a la política de los revolucionarios, mientras se alejan cada vez más de la influencia presidencial aquellos que representan los intereses oligarcas. El 4 de julio regresa Páez a los Estados Unidos y deja a sus adeptos y a los llamados civilistas de Tovar en condiciones de profundo abatimiento. El 30 Castro ha reunido en su casa a un grupo de personajes prominentes y luego en continente se habla en la calle de que se había tratado de la proclamación por el propio gobierno de la forma federal. En la noche circula en la ciudad la proclama en que el Jefe del Estado anuncia la cercanía de cambios con consulta

de la *mayoría soberana*. "No os precipitéis, aconseja el Presidente, no desoigáis la voz de un gobierno que os habla con franqueza. Un día más y están coronadas vuestras esperanzas". Llega en medio de una espantosa expectativa el 31. Castro ha juntado en su casa un grupo mayor que el invitado el día anterior. Han concurrido cerca de sesenta ciudadanos, entre ellos, con Urdaneta, los principales corifeos del federalismo. Aranda toma la palabra y dice que el fin de la reunión es solicitar de los presentes la más eficaz colaboración con el gobierno para ver de salir del estado conflictivo que vive la República. Pero entre los presentes hay voces que advierten la inconstitucionalidad de la consulta que se propone hacer el partido oficial, pues ello representaría la abdicación del poder legítimo que representa el Presidente, para asumir el carácter de revolucionario. La junta se disuelve y Castro prosigue en su idea de abrazar la Federación.

En la noche se reúnen algunos oligarcas encabezados por Nicomedes Zuloaga y tratan con el Comandante de la plaza, Manuel Vicente de las Casas, acerca de los graves sucesos que se acercan. Los jefes y oficiales de los batallones "Convención" y "5 de Marzo" piden al Comandante que encabece él mismo el movimiento que, desconociendo a Castro, proclame a la mañana siguiente el credo federal y a su jefe el general Falcón, que el 24 pasado había desembarcado en Palmasola para seguir a unirse con Zamora. Acepta de las Casas y a las 8 de la mañana del día siguiente es detenido por su propia guardia el Presidente Castro y proclamado solemnemente el sistema federal.

Regresan las tropas a sus cuarteles y ya constituido de las Casas en jefe del movimiento, oye consejos de Urrutia, Echeandía, Rendón, Bruzual y algunos más del conventículo federal para juntar una asamblea de ciudadanos que preste carácter popular a los sucesos. La reunión es convocada para la 1 de la tarde en la Plaza de San Francisco. En ella se elige un gobierno provisorio para la Provincia de Caracas, que queda constituido así: Doctor José Manuel Rivero, Estanislao Rendón, Doctor José Manuel García, Licenciado Juan de Dios Morales y Juan Crisóstomo Hurtado. José Laurencio

Silva es nombrado Jefe de las Armas y en la tarde se inviste al Comandante Rafael Urdaneta con el carácter de Secretario de Guerra. El gobierno se instala esa misma noche en casa de Don Tomás Muñoz y Ayala, sita entre las esquinas de La Palma y San Pablo, de donde viene su nombre de Gobierno de San Pablo.

Al comandante de las Casas, que se había prestado a la prisión de Castro y al proclamamiento de la Federación, no cae bien que se le haya olvidado a la hora de organizar el régimen provisorio y cuando al amanecer del 2 de agosto recibe una nota del Comandante Urdaneta en que le ordena poner las fuerzas bajo el comando del General Laurencio Silva, no se digna responderla.

Mientras tanto los oligarcas han preparado la reacción. Tienen a su favor la constitucionalidad y se dan a recoger firmas para pedir que sea reconocido el gobierno en cabeza de Tovar o del Designado Gual. Casas, que se ha metido en este negocio sin haber consultado sus propias ideas, no halla dificultad alguna en seguir partido contrario al que ayer lo movió para traicionar a Castro. Aunque lo niegue, él tiene ambición de mando y la manera pueril como los federales de San Pablo postergaron su autoridad, le impulsa ahora a deshacer los efectos del pronunciamiento federal. Se suma al contra-movimiento que capitanea Francisco Michelena y Rojas y en ausencia de Tovar instruye a Gual de los sucesos. El Designado gana hacia la Casa de Gobierno y al pasar por el Cuartel de San Mauricio es vitoreada la Constitución y sale una compañía para escoltarlo hasta la residencia oficial. En la sala del Ejecutivo, Gual encuentra al Presidente Castro, que ha sido conducido por una compañía del "Convención". Castro se pasea nerviosamente de un extremo a otro del salón.

—Bien, doctor! ¿Qué es esto? ¿Quién gobierna aquí? pregunta al Designado el Presidente depuesto.

—Esto es una revolución, responde con tranquilidad y aplomo el señor Gual.

Los dos Magistrados platican largamente sobre los sucesos que los han puesto frente a frente. Revolución y constitucionalidad son conceptos que confunden a Castro, cuando oye a Gual declarar que precisa mantener la legalidad para que no cunda la sedición.

—Si se declara la Constitución, yo soy el Presidente constitucional, arguye.

Entonces Cadenas Delgado se adelanta para definirle su condición actual:

—Se proclama la Constitución, usted es el Presidente, pero usted está preso.

La situación no es, sin embargo, clara para la juridicidad que reclama Gual, poco avenido a sustituir al Magistrado que ha sido depuesto por un golpe de cuartel. Pero los hechos están consumados y Castro es conducido por uno de sus edecanes a la pieza que le ha sido destinada por prisión en el propio Palacio de Gobierno. En el trayecto el antiguo ayudante llama traidor al Presidente y éste en gesto altivo le responde:

—¿Traidor yo? No, mi amigo. Traidores fueron los que conmigo cenaron y a la mañana siguiente me declararon preso.

No piensa Julián Castro que la traición de sus amigos de hoy es la contra partida de la que él jugó el 15 de marzo de 1858 al Presidente José Tadeo Monagas y que la altivez puesta en rechazar las palabras infamatorias, debió haberla tenido antes, para no faltar a los compromisos que le ligaban con el antiguo jefe y ponerse al servicio de los planes de Tovar y Fermín Toro.

Despojado de su autoridad, luego se aviene por reconvenciones de Soublette a deponerla formalmente. Nula en esencia la renuncia por haber sido arrancada por la fuerza, Gual la da por buena y asume las funciones presidenciales mientras llega el Vicepresidente Tovar. "El arca santa de la legalidad se ha salvado", dice a los venezolanos el Designado en su proclama de este día.

El Gobierno está en manos de los godos, pero en San Pablo los hombres de la Federación tienen instalado el suyo. Gran parte del pueblo los acompaña y ha levantado en la plazoleta barricadas. Pronto aparecen en la colina del Calvario trescientos hombres procedentes de La Guaira que, al mando del general Aguado, vienen a fortalecer la revolución, y contra los cuales el comandante de las Casas destaca a sus efectivos. Ante la resistencia que encuentra en la capital, Aguado resuelve regresar al puerto y los de San Pablo se rinden cuando Vallenilla y Rubin atacan con la artillería. A las tres de la tarde todo está concluido y los federales se dan a buscar seguridad para sus personas.

Los espectadores miran los sucesos como expresión bastarda de esta política cruel, carente de principios, impulsada por el ansia de mandar que está agotando las esperanzas de los buenos hijos de la patria. Sesenta muertos, numerosos heridos, ciento cincuenta prisioneros y la palabra "sampablera" para enriquecer el léxico con que los venezolanos definen los embrollos, tumultos y asonadas, es el saldo de esta jornada contradictoria que ofrece el lamentable cuadro de dos gobiernos surgidos coetáneamente de la deliberación de unos mismos cuerpos militares, que en el espacio de un día han decidido a su ciego arbitrio sobre la suerte de la República, y cuya equívoca conducta intenta explicar en "El Heraldo" Juan Vicente González diciendo que fue el de "Federación" *grito provisorio* dado mientras se oía "la opinión pública y pasaba el momento de mayor peligro". En una orgía de traición debía concluir el régimen ondulante, desleal y oportunista de quien sólo tuvo decisión para faltar a sus deberes militares.

Urdaneta se pone a buen recaudo mientras se hacen las prisiones. Siempre en contacto con su amigo el Encargado de Negocios de Francia, obtiene de éste un pasaporte falso que le permita trasladarse a La Guaira para unirse a las fuerzas de Aguado. Va camino del puerto el Comandante. Le acompaña el Secretario de la Legación. Pero la ruta está llena de espías y el coche en que viajan es detenido por el comandante Garrido. Se examinan los papeles. Urdaneta esquiva la mirada del agente del Gobierno y habla sólo en

francés al Secretario. Las barbas y la peluca que cambian su apariencia no son suficientes para engañar a la autoridad y aunque el pasaporte lo haya convertido en Luis Dumas, antiguo criado de Levraud, pone sobre él la mano el Comandante Garrido y lo devuelve a la capital, donde es encerrado en La Rotunda.

El 17 de diciembre, y bajo la impresión del espléndido triunfo de los federales en Santa Inés, dirige el Ministro Morales Marcano una nota a la Corte Superior del 3er. distrito en que pide el traslado de los reos de conspiración detenidos en Caracas y La Guaira a un lugar seguro y distante del teatro de la guerra, donde no sean una amenaza para la paz pública, ya que desde los antros donde moran ocultos "bajo el ropaje del sufrimiento, prosiguen en el empeño de mantener viva y voraz la hoguera que han encendido en Venezuela". El 20 acuerda la Corte el traslado a Maracaibo del General Laurencio Silva, el Doctor Wenceslao Urrutia, el Doctor Pío Ceballos. Carlos Plaza y de otros más entre quienes se cuenta el Comandante Urdaneta.

Bien custodiados y apresados son conducidos los revolucionarios a La Guaira, donde esperan los buques de guerra "Exhibición" y "Venezuela" y el vaporcito "Unión". Ya ha sido trasladado a éste último el Comandante Urdaneta, a quien las autoridades enviaron hace algún tiempo a las bóvedas del puerto. En la madrugada del 22 oyen los presos el alerta del centinela y una voz ronca que dice: "Cabo de guardia, bote a bordo con oficial y prisioneros". Asoman como pueden la cabeza y ven llegar a los compañeros de Caracas, encabezados por el ilustre veterano de la Independencia General Silva. El espectáculo del barco es por demás desagradable. Hombres enflaquecidos por la larga prisión, con los rostros macilentos por la falta de aire y sol en que han vivido, los pies cargados de grilletes, echados sobre los baúles y capoteras en que guardan sus prendas de vestir. Pronto aparecen en la rada veloces botes que se acercan a los barcos. Son los deudos de las víctimas, a quienes se ha permitido venir a despedirlos. Son las madres aflictas y las tiernas esposas que vienen a decir adiós a aquellos que se embarcan como reos de nefando crimen. Doña Dolores ha bajado de Caracas en unión de

Merceditas de la Plaza, la joven esposa de Urdaneta. La egregia matrona tiene una larga veteranía de sufrimientos ¡Qué no ha visto ella en el curso doloroso de su vida! Su corazón está profundamente herido, mas en esta hora mortal hace esfuerzos inauditos para dar vigor al hijo y a la nuera. ¡Cómo se miran los esposos! ¡Qué de palabras callan para no hacer más lúgubre este trance infeliz donde las risas del amor se ven marchitas por las cenizas de la angustia y donde el recuerdo de los tiernos hijos hace más tristes los vocablos! Cuando se abrazan para la despedida, todos temen que sea ésta la última ocasión de estar juntos que el destino les depara. Pronto regresan en triste procesión hacia la playa los botes que conducen a las familias, mientras los presos que ven a lo lejos los pañuelos dolientes del adiós, enjutan los ojos para detener las lágrimas que hacen turbia la mirada y juran mantenerse firmes en espera de la hora en que sea plantada en la cima del Avila la bandera de las siete estrellas.

A las 11 y 30 minutos del 22 la campana de a bordo anuncia el momento de la partida. Fondean el 23 en Punta de Macoya para abastecer de leña la embarcación. A las 2 de la tarde se incorporan al vaporcito los buques de vela en que vienen los demás presos y después de haber pasado la noche de Navidad en pleno golfo de Maracaibo, echan ancla el 25 en el inhóspito islote de Bajo Seco. Seis días permanecen encerrados en los barcos los revolucionarios, pues las autoridades de Maracaibo se resisten a que sigan a esta ciudad. El 1° de enero de 1860 llega el Coronel Armas con la orden de que sean dejados en este solitario lugar, que apenas mide cosa de nueve cuadras de largo por dos de ancho y donde pululan los animales ponzoñosos. Allí los reclusos, al débil abrigo de los manglares y con el auxilio de ásperas esteras, improvisan sus miserables habitaciones. De acá y de allá van y vienen en busca del árbol donde habrán de guarecerse y repartidos en grupos de ocho, diez, o doce pasan la primera noche como si vivieran una dantesca pesadilla. Un viento fortísimo y constante levanta los médanos de arena como si fueran a sepultarlos vivos, mientras las olas rugientes por el huracán anuncian que el islote está a punto de ser tragado por

las aguas. Apenas la clara luz de la luna mitiga los horrores al permitir que se miren unos a otros para sentirse menos solos.

No falta quien lleve entre los presos el apunte de estas terribles horas de dolor y que pensando a su manera en el austero Presidente Tovar, escriba con tinta de odio y de venganza: "Tened entendido, digno hijo de la raza goda, que vuestro nombre quedará para eterna maldición y servirá de texto en las escuelas para que nuestros hijos conozcan semejante fiera y sepan que vos habéis sido únicamente el ángel malo que con su infernal fuego ha abrasado e incenciado la patria de tantos sacrificios!, la patria de Bolívar!, y mañana, cuando la muerte haya dado fin a vuestra vida criminal, os recordaremos en nuestras oraciones, recomendándolos a Satán, único ángel que ha podido inspirar el odio hacia los hombres que no piensan como vos".

Un día más y llegan planchas de madera para construir un caney y herramientas para perforar un pozo de donde abastecerse de agua dulce. Pero el líquido surge tan salobre como el agua del mar y así han de beberlo, quiéranlo o no, los deportados. La comida está a la altura del agua: galleta podrida, un plátano para tres personas, cuatro onzas de arroz y una libra de carne para ocho, una panela de dulce para dieciséis. Si no fuera posible traer a precio de oro algunos víveres de Maracaibo, pronto el sol ardiente alumbraría los áridos huesos de estos malos hijos de la patria, a quienes el gobierno oligarca pretende purificar por medio de esta piadosa cuaresma y de estas duras disciplinas penitenciales. No es bárbara la genealogía de la crueldad. Si hombres fríos e incultos la imponen a través de nuestra historia, también la patrocinan los hombres de la civilidad y el abolengo.

Sin embargo, el Gobernador Serrano, enemigo de estos desafueros, termina por enviar unas cargas de palma para que los presos construyan habitaciones menos expuestas al fragor de la intemperie. Pronto se levantan unas maneras de trojes donde los reclusos duermen como en plena selva los salvajes. No falta, a pesar de todo, espíritu para improvisar instrumentos musicales, y con una guitarra, una flauta y peines envueltos en papel acompañan las

voces angustiadas con que entonan canciones alusivas a la guerra. El 26 son conducidos a Maracaibo el Doctor Urrutia, el Doctor Ceballos, Carlos Plaza, Level de Goda, Jacinto Burguillos, Rengifo y algunos más, unos a casas particulares, otros al Hospital de Caridad. El Comandante Urdaneta permanece hasta el 17 de febrero, fecha en que se le traslada también a Maracaibo, donde vigilado por la autoridad, puede dedicarse a la práctica de algunas operaciones mercantiles con que proveer la subsistencia.

La semi-libertad de que gozan los reclusos en Maracaibo es ensombrecida por las noticias que reciben de la muerte del valiente general Zamora y de la derrota posterior sufrida por los revolucionarios en la batalla de Coplé, con la consiguiente partida de Falcón hacia la Nueva Granada.

El curso de la guerra parece fortificar al Gobierno, puesto por las recientes elecciones en manos de Tovar como Presidente y de Gual como Vicepresidente. Pero ni la derrota ni el indulto que ofrecen los constitucionalistas detiene el ímpetu que ya ha tomado la revolución. Los jefes están en las Antillas en busca de pertrechos, pero los guerrilleros mantienen la inquietud en todo el territorio nacional. Si el año anterior fue dura la situación del país, ahora lo es en grado extremo. Ya no son las masas solas quienes se dan al vandalismo: los propios oficiales de uno y otro bando se dedican al crimen y al desafuero de las poblaciones. Menudean los combates y las escaramuzas, que llevan la desolación a los hogares y exacerban los ánimos de los combatientes. El robo y el pillaje han adquirido patente de legitimidad. Los asesinatos se producen diariamente. Al gobierno se hace doblemente difícil la pacificación, ya que sus dirigentes se hallan divididos en dos bandos: los civilistas que rodean al Presidente y los que, encabezados por Pedro José Rojas, se proponen entregar el Gobierno al General Páez, quien desde marzo de 1861 ha regresado a Venezuela para asumir en abril la jefatura del ejército y anunciar una equívoca política de concordia nacional.

Ante las dificultades que por dondequiera surgen, renuncia Tovar la presidencia y entra a ejercerla el Vicepresidente Gual, quien lleva a

la Secretaría de lo Interior al Designado Angel Quintero y vuelve a poner el ejército en manos de Páez, que en mayo, por dificultades con Tovar, se había separado del comando de las armas. Cada vez se hace más aguda la lucha entre civilistas y dictatoriales. Gual declara en estado de asamblea a las provincias, con excepción de aquellas donde es menor el fuego de la guerra. Páez maquina por su lado. Gual muda de Gabinetes. Nada es ya posible de hacer para que se mantenga en pie el orden de la legalidad. Y el 29 de agosto el Coronel José Echezuría arresta al Vicepresidente y es proclamado Páez Jefe Civil y Militar de la República.

Por septiembre de 1860 Urdaneta, que ha logrado unirse a Falcón y con título de General expedido el 4 de abril en Guasdualito, se halla en Curazao con los revolucionarios que preparan una nueva entrada en el territorio nacional. El caudillo ha comisionado a Ramón de la Plaza para que trate con el Presidente de Haití en relación a la ayuda ofrecida personalmente por Geffrard al jefe de la revolución, pero de la Plaza encuentra obstaculizado el camino por las maquinaciones que ha preparado el Cónsul venezolano en la isla de Santomas, empeñado en pintar cerca de las autoridades insulares como una horda de vándalos a los hombres de la revolución. Para desmentir las falsas imputaciones, Falcón destaca a Urdaneta con pliegos para Geffrard donde se pinta la realidad dolorosa que vive Venezuela, pero ni esta misión ni el propio viaje que a la isla realiza el jefe revolucionario, fueron parte a obtener la ayuda solicitada. No quedan inactivos los federales del exterior. Van de acá para allá. Escriben cartas. Atizan la contienda. Destacan emisarios. Llenan las columnas de los periódicos, pero no son propicios los aires hasta julio de 1861, cuando en tierra firme el general Falcón anuncia a sus correligionarios desde Aguaclara su nueva presencia en el campo inmediato de la guerra.

Pronto la República ofrece el espectáculo curioso de dos sistemas sin asidero constitucional: Falcón que se dice Jefe de la Federación por la voluntad informe de las masas populares y Páez que ejerce la dictadura por un golpe de fuerza y con el apoyo de las clases que representan los viejos intereses oligárquicos. Nada de Constitución,

nada de leyes, nada de ese respeto a la casuística a que son tan apegados los oligarcas. Desde Páez hasta Julián Castro había permanecido incólume, a pesar de la deposición de Vargas y de los sucesos del 24 de enero de 1848, el hilo de la constitucionalidad. En Valencia, consultada en la Convención la voluntad popular, había surgido un orden nuevo de juridicidad, que si bien resquebrajado por el modo como fue arrancada la renuncia a Castro, se mantuvo con apariencia legal hasta que Echezuría redujo a prisión al señor Gual. Hoy la República vive un caos institucional, como apenas lo había vivido en tiempos de Monteverde y José Tomás Boves, constituidos por sí y ante sí en personeros del Rey. No hay más teoría que la legitimada por la fuerza. Pero ésta se halla dividida, como dividida está la conciencia nacional. Los valores antiguos, el mundo de las formas oligárquicas, la representación del viejo orden conservador que mantiene aún vigente la estructura colonial, están en manos de Páez, anciano y engañado, del mismo Páez que ayer constituyó, cuando estaba aún cerca del pueblo, el ariete de la revolución contra el régimen absorbente de los mantuanos coloniales. El curso de la historia, al arrancarlo de su plano original, lo ha traído a ser el símbolo caduco del mismo orden que se había opuesto al progreso de la revolución de independencia, cuya máxima expresión fue él en las pampas desiertas y bravías. Al lado de Falcón figura, con hombres que sirvieron a la oligarquía de los Monagas, una juventud empeñosa en transformar la sociedad y en dar vigencia a las ideas renovadoras que informan la plataforma liberal. Igualdades nuevas que levanten las clases oprimidas, absolución de las trabas que ha dejado la legislación colonial, mayor respeto y seguridad para la vida humana, supresión de la prisión por deudas, garantía por el Estado para quienes no pueden trabajar. Un mundo que resiste al impulso transformador de las ideas frente a un mundo que se anuncia en las promesas de libertad y seguridad económica de la revolución. Sobre el ancho campo de la República, en lucha que alcanza contornos de barbarie, donde el fuego destruye los poblados, el saqueo es ley de los ejércitos y el robo y el asesinato accidentes casi naturales, se despedaza con asombro de los pocos hombres reflexivos la sociedad venezolana. Los ingenuos que siguen las ideas liberales, piensan con candor que después de la

noche tremenda de la guerra vendrá el alba esplendorosa donde brille la justicia. No intuyen ellos que tras el triunfo de las ideas, aparecerán, como siempre, los intereses absorbentes de una nueva clase que, sobre las bases del sistema que creen destruir, mantendrá en vigor la opresion, el lucro y la injusticia de antaño. Pero mientras esa dolorosa realidad, que gestará cuando surja la autocracia guzmancista, permanezca en el campo de lo imprevisto, los liberales miran su bandera como símbolo de un propósito de dilatar las posibilidades humanas frente al restricto método que defienden los oligarcas; y el pueblo que ha sufrido la pesadumbre antigua, huelga, como siempre, con la esperanza de ver ancharse el radio de sus derechos naturales.

Páez ha iniciado una política de atracción hacia los revolucionarios. Desembarga los bienes de Falcón y excarcela aquellos presos que ofrecen adherir a la Dictadura, mientras reduce a prisión a quienes defienden el orden de la legalidad. Por octubre envía una comisión cerca del jefe federal para proponerle una pacificación. Salen el Doctor Antonio Parejo, el Presbítero Miguel Antonio Baralt, el Licenciado Francisco Conde y el Comandante Manuel Antonio Páez a entenderse con Falcón en su cuartel de Churuguara. Al llegar los comisionados al cuartel del jefe oligarca Coronel Facundo Camero, en San Luis, éste destaca dos propios que vayan a invitar al jefe revolucionario, quien a su vez da comisión al General Urdaneta, a Jacinto Regino Pachano y a Amoroso García para concertar el convenio de parlamento, que a los ojos perpiscaces de Guzmán Blanco, Secretario del jefe federal, se insinúa como una tentativa de capitulación. El 8 de noviembre ambas comisiones ajustan en Agualarga el siguiente tratado:

"Art. 1º—El ciudadano General Falcón pasará a tener una entrevista con S.E. el General Páez en el Tinaquillo o cualquier otro punto entre San Carlos y Valencia, que S.E. estime más conveniente, de acuerdo con el General Falcón. Al efecto, el ciudadano General Falcón se pondrá en marcha a la mayor brevedad acompañado del presbítero señor doctor Miguel A. Baralt,

uno de los comisionados por el Gobierno, procurando hallarse en la ciudad de Araure el 25 de los corrientes, o antes si fuere posible".

"Art. 2º—Para que el ciudadano General Falcón sepa oportunamente la resolución de S.E. el General Páez, le enviará éste un posta avisándole el día, la hora y el lugar en que haya de tener efecto la entrevista, no debiendo haber en él ni en sus inmediaciones fuerza alguna de ninguno de los beligerantes, a cuyo efecto se harán retirar a otros puntos las que por allí existan; pero S.E. el General Páez podrá asistir acompañado de su Estado Mayor y aun de una pequeña fuerza que estime conveniente, avisándolo al ciudadano General Falcón al indicarle el lugar de la entrevista, para que haga o no uso de las mismas precauciones".

"Art. 3º—Continuarán como han estado últimamente suspensas las hostilidades entre las fuerzas del Gobierno y las federales existentes en las provincias de Coro y Barquisimeto; y se suspenderán igualmente entre ambas fuerzas en todos los demás puntos de la República, a cuyo efecto se librarán a la mayor brevedad posible las órdenes correspondientes por el Jefe Supremo de la República y por el ciudadano General en Jefe del Ejército Federal a sus fuerzas respectivas, para que se abstengan de todo acto de hostilidad, movimiento u operación militar, permaneciendo a la defensiva, hasta que se libren órdenes en contrario, previas las formalidades que se indicarán en el artículo 5º por llegar el caso no esperado de haber de romperse las hostilidades; encargándose a los que reciban las órdenes sobre suspensión de éstas que avisen el recibo de ellas a los jefes de las fuerzas contrarias más inmediatas, excitándolos a la reciprocidad, mientras les llegan órdenes semejantes de sus respectivos jefes, a fin de que cualquier retardo involuntario en el particular no dé lugar a nuevas desgracias".

"Art. 4º—Los jefes, manden las fuerzas del Gobierno o las federales, que se encuentren inmediatos, procurarán conservarse en perfecta armonía; y cualquiera dificultad que se presente, la allanarán entre sí o por medio del jefe superior más próximo, a fin de evitar un rompimiento".

"Art. 5º—Si de la entrevista entre el Jefe Supremo de la República y el ciudadano General en Jefe del Ejército Federal no se obtuviere por desgracia un feliz resultado que dé término a la guerra, o si por cualquier incidente, que no es de preverse, no tuviere lugar dicha entrevista, y hubieren de romperse las hostilidades, esto no podrá tener lugar sino después que el ciudadano General Falcón haya regresado a su cuartel general en esta provincia, acompañado con toda seguridad por dos ciudadanos responsables nombrados por S.E. el Jefe Supremo: y luego que verificado el regreso de aquel a su cuartel general, cualquiera de las partes beligerantes notifique a la otra que va a romper las hostilidades, transcurridos que sean diez días después de la notificación".

"Art. 6º—El Coronel Facundo Camero. Comandante de Armas de la provincia de Coro y Jefe de operaciones de las de Coro y Barquisimeto, seguirá ocupando con las fuerzas de su mando en esta provincia de Coro los puntos de Cumarebo, San Luis, Sabaneta y Casicure y los demás de dicha provincia que hoy ocupa y que quedan a retaguardia; y las fuerzas federales de que dispone el ciudadano General Falcón en esta misma provincia de Coro, se escalonarán desde Costa-arriba hasta Urumaco. Agualarga, Noviembre 8 de 1861.—*J. C. Falcón.—F. Camero.—Francisco Conde.—A. Parejo.—Manuel A. Páez.—Pbro. Miguel Antonio* Baralt".

Para acompañar a Páez desde Caracas hasta Valencia Falcón ha comisionado al General Rafael Urdaneta, Jefe del Estado Mayor del Ejército Federal. Urdaneta es recibido con señalada distinción por el General Páez. En los círculos conservadores reina gran entusiasmo, no tanto por la perspectiva de la paz cuanto porque en ellos se piensa que las conferencias traerán el sometimiento de Falcón a la autoridad del jefe de la Dictadura. Para agasajar al General Páez organiza el Doctor Julián Viso una fiesta de campo el 25 de noviembre, a la cual es convidado el General Urdaneta. Los conservadores prodigan a éste toda clase de atenciones y aún buscan de halagarlo para inclinar su voluntad a los planes del caudillo conservador. Urdaneta sabe dónde está, y aunque su

misión sea de paz, ella no le impide, de lo contrario, es su deber, imponerse del estado de ánimo de la población y de la actitud de sus correligionarios, alarmados ante la idea de un avenimiento que conduzca a la renuncia de los planes revolucionarios. En sus conversaciones con los federales obtiene datos de los recursos con que éstos cuentan y de la hostilidad que en la capital reina contra el gobierno del General Páez.

El 28 parte el Jefe Supremo por la vía de La Guaira hacia Puerto Cabello acompañado de los Secretarios de Estado, del Licenciado José Santiago Rodríguez y del General Domingo Hernández. Con él viaja también nuestro amigo el General Urdaneta. Van en el vapor "Venezuela", que a remolque conduce las goletas "Tovar" y "Carabobo", donde viajan el Estado Mayor y la columna "Maturín" que sirve de guardia personal al Dictador. El 29 arriban a Puerto Cabello, donde la población, enemiga del régimen *de facto*, recibe con frialdad la comitiva. Los amigos de Páez se aprestan a festejarlo y en uno de los salones del piso bajo de la casa del señor José María Pérez Marcano, es ofrecido un suntuoso banquete al Jefe del Gobierno. Terminados los brindis, Páez se pone de pie y habla con entusiasmo de las conferencias que va a celebrar con el General Falcón. Este Páez de ahora no es el Páez rústico de 1821. Habla con soltura y propiedad. Sus maneras son las maneras de un gran señor. Sus palabras tienen el brillo que le presta el pulimento adquirido en su trato con los hombres de mayor cultura y en el estudio a que ha dedicado sus fecundos ocios. ¡Si él ya ha cambiado el antiguo tinglado de las pampas, donde fulguró su lanza invencible, por el tablado urbano, donde llega a representar personajes de farándula! Quiere ahora impresionar al auditorio y en un arranque teatral exclama: "Sí, ciudadanos: abominemos la guerra, matemos el monstruo de las revoluciones, y procuremos que en estas conferencias de Carabobo, donde hace cuarenta años se selló la independencia de Colombia, quede también sellada la paz de Venezuela, para que no se vuelva a derramar sangre hermana".

Para dar mayor énfasis a sus palabras, el anciano gobernante descarga el puño con fuerza sobre la mesa y ¡oh, presagio horrible!,

de lo alto desciende un chorro de sangre que baña la mano del Disctador, quien, sorprendido, la levanta y salpica a los vecinos, entre quienes se halla el General Urdaneta. Se invoca la paz y es sangre lo que acude en silencio para responder a las voces clamantes de los hombres. No son lenguas de fuego quienes vienen a iluminar a los guerreros en el momento de preparar los ánimos para negociar la paz; es la propia sangre, y sangre del pueblo, lo que se derrama sobre los blancos manteles del ágape cordial. ¿De dónde ha bajado este licor trágico, propio de servirse en banquetes donde Agamenón se siente con los verdugos de Ifigenia? Se busca la causa del suceso y alguien explica que, pisando en la parte alta sobre cascos de botellas, un criado ha sufrido abundante hemorragia que destila por entre las ensambladuras del entablado. ¿Podrán estos hombres con las manos signadas por la sangre firmar el pacto que ponga fin a la contienda? ¿Será augurio de concordia esta lluvia extraña que rubrica las palabras del Dictador?

En medio de entusiasta aclamación entran el General Páez y su comitiva en la ciudad de Valencia el sábado 30 a las seis de la tarde. En todos los espíritus bulle la alegría por la vecindad de la concordia y el pueblo frenético, siempre dispuesto a agasajar a los hombres que simbolizan el Poder, lo saluda con hurras entusiastas y riega flores a su paso como si se tratara de festejar a un vencedor. El pueblo, y sobre todo este pueblo de Valencia, quiere a Páez como símbolo vivo de la antigua heroicidad que puso a la espantada la contumacia del poderío español. Su misma senectud pronuncia los relieves de leyenda en que se enmarca su existencia cargada de gloria singular. No es a los ojos del público el caudillo de la guerra civil, sino el Padre de la Patria, el Centauro nevado por los años, que viene al encuentro de los hombres nuevos que le disputan el derecho de mandar a la República.

Pronto llega Guzmán Blanco a concertar con el Jefe del Gobierno los trámites de la entrevista y regresa luego a unirse con el jefe de la revolución. Pocos días después y vencidas las primeras dificultades surgidas con motivo de la fijación de las tropas de ambos bandos, Falcón acampa en Tinaquillo. Al amanecer del 8 de diciembre el

Gobierno se encamina a Carabobo. Van con el General Páez el Licenciado Rodríguez, el General Hernández, el Doctor Pedro José Estoquera, el Licenciado Conde, el Padre Baralt, el Doctor Canuto García, el Doctor Manuel Porras, el Doctor Miguel A. González, Carlos Pérez Calvo. Jesús María Guevara, Francisco Sandoval, Antonio Lovera y muchos otros. Con el Dictador va también el General Rafael Urdaneta, personero de Falcón cerca del Gobierno oligarca. Media hora después de alojado Páez en la casa señalada al efecto, se presenta el Jefe de la Federación. Ambos caudillos se ven por vez primera. A Falcón impresiona la venerable ancianidad de quien ayudó a cimentar en este mismo campo glorioso la independencia de Venezuela. Páez en la llanura inmortal no es ya el jefe de una facción empeñada en retener los privilegios del poder. Como si la tierra le diese anteica fuerza, aparece ante los ojos del joven conductor de los ejércitos federales como el héroe sin interés que había quebrantado en este mismo sitio la pujanza de los soldados de España. Se abrazan ambos jefes y después de breves palabras de cortesía, se encierran durante media hora en una habitación donde, solos, empiezan a negociar la paz de ambos ejércitos, que es la paz de la sociedad venezolana, dividida por los odios y las aspiraciones encontradas de sus hijos. Al comparecer de nuevo ante la comitiva, los dos se muestran satisfechos del resultado de la primera conversación. Trata Falcón con Pedro José Rojas y le expresa su propósito de ir a una franca conciliación con el Gobierno de Caracas. Antes de sentarse al almuerzo que está dispuesto en la propia casa donde se aloja el General Páez, Falcón manifiesta deseos de trasladarse a la casita vecina en que se hospeda y ordena a Urdaneta y a Guzmán Blanco que vayan en su compañía. Los hombres del Gobierno no miran con buenos ojos la conferencia que tendrá el caudillo federal con sus leales colaboradores, pero sobre todo recelan de Urdaneta, que ha auscultado la realidad de Caracas y evitará que Falcón caiga en la red que le preparan los dictatorialistas.

Buena palabra para vestir equívocos propósitos ésta que tiene a flor de labios los personeros de la oligarquía. ¡Paz! ¿Quién no se siente inclinado a deponer posiciones privativas sobre el altar de esta

deidad benéfica? ¿Es poca, acaso, la angustia que ha vivido Venezuela desde los días turbulentos de 1858? ¿Adónde irán estas furias desatadas que asuelan de uno a otro extremo el territorio nacional? Falcón no gusta de la guerra y está dispuesto a hacer máximos esfuerzos por poner fin al huracán que azota los hogares de la patria, pero ese fin no debe ser el término del movimiento revolucionario de que es cabeza y centro. Equilibrio de los contrarios es la posición justa que ha de traer una pausa en la lucha fratricida y no entrega de la revolución en las manos de la autoridad gubernamental. Las condiciones en que está Caracas y las noticias que allá se tienen acerca de los contingentes de ambos bandos, no son para aconsejar una capitulación que dé, con alguna honra, oportunidad a los federales para separarse del teatro de la guerra. Esto lo ha comprobado Urdaneta cuando en la capital trató con los hombres que integran el comité revolucionario. Y lo que es peor, esto lo saben Pedro José Rojas y la camarilla de Páez, que ahora temen los informes que el Jefe del Estado Mayor pueda transmitir al caudillo federal. Urdaneta quiere la paz. El es hombre culto que prefiere los ejercicios de la vida civil a este mare mágnum de la revolución y el exterminio. Su hogar lo llama con la voz tierna de los hijos, con las caricias de la amante esposa y con el afecto de la madre venerable. No es él de los que quieren la guerra para saciar instintos criminales o para escalar peldaños en la consideración social. Tiene títulos, y así lo declara más tarde Pedro José Rojas, "para sentarse entre los hombres más notables de su patria". Pero ante todo y sobre todo es hombre leal a los ideales de su causa y no va a convenir en que por una inútil bondad de Falcón se sacrifique la victoria ya cercana de los ejércitos revolucionarios a las demandas de un gobierno carente de legalidad y dispuesto a todo evento a defender la vigencia de una política vieja y desacreditada. Lo que han hablado Falcón, Urdaneta y Guzmán Blanco apenas lo intuimos por el curso de las subsiguientes conversaciones de los negociadores, pero sí estamos ciertos de que en esta rápida plática de los jefes federales se convino en que jamás depusiese el jefe de la revolución su condición de quedar como General en Jefe de los Ejércitos Federales mientras el Gobierno, presidido por Páez y con secretarios de ambos bandos, llame al pueblo a resolver por medio

del sufragio la forma de gobierno. Si algo se puede anotar a la cuenta de Urdaneta es su defensa de los derechos de la revolución, sacrificada acaso a las pretensiones del partido dictatorialista sin su empeño y visión del momento.

Terminado el almuerzo se reanudan las conversaciones con los Secretarios de Estado. Todos hacen protestas de paz, todos manifiestan estar dispuestos a sacrificarlo todo por la dicha de la patria. Se habla de elecciones, se admite que no haya gobierno plural, mas al llegar al carácter con que ha de subsistir el caudillo federal se esquivan las respuestas formales y el propio Rojas, *alter ego* de Páez, llega a declarar que Falcón tendría en los nuevos cuadros del gobierno de pacificación un cargo militar, pero que ello "sería obra de la voluntad del Jefe Supremo". Sobre estas bases las conferencias de paz no serían sino una rendición incondicional a los deseos del cenáculo oligarca o, como tan bien lo expresará después en "El Independiente" el Secretario de lo Interior, "la adhesión de Falcón al Gobierno de S.E." ¡Pero si a esto no ha venido el caudillo federal! ¿De dónde ha tomado pie la facción gubernamental para pretender que la invitación a concertar la paz implique la sumisión de Falcón al régimen de la dictadura? No sólo se juega en ello el prestigio personal del jefe federal, sino la suerte de una causa que ha echado raíces en media Venezuela.

A nada se llega en esta reunión del mediodía y acuerdan los negociadores que en la noche, a las siete, se reúnan una vez más Falcón y el General Páez. Cuando esperan los oligarcas la presencia del jefe federal, éste envía recado para anunciar que, sintiéndose indispuesto, prefiere posponer para la mañana del siguiente día la prosecución de la conferencia.

Al amanecer del 9, Pedro José Rojas se adelanta a platicar con Falcón a fin de preparar el ánimo del caudillo para la subsiguiente conversación formal que habrá de celebrarse a las nueve de la mañana. Rojas encuentra al jefe de la revolución en actitud que le hace entender la confianza en que descansa de un rápido triunfo de los federales, a lo que agrega estar informado del general descrédito

del gobierno. A las nueve se reúnen Páez y Falcón y éste presenta en forma clara sus puntos de vista, contenidos en el siguiente escrito:

"1º El General Páez, con su carácter de Jefe Supremo, organizará el Gabinete de modo que las dos revoluciones se vean francamente representadas en la Administración General de los intereses públicos.

"2º Este Gabinete procurará equilibrar los intereses de las dos revoluciones, inspirar plena confianza a los hombres de una y otra; y tan luego como lo permitan las circunstancias procederá a organizar el tren que debe preceder a las elecciones, que han de ser tan libres como las reclaman los pueblos.

"3º La Asamblea constituyente fijará el sistema de Gobierno que en definitiva quiera la mayoría.

"4º El General Falcón, con su carácter de Jefe de los Ejércitos federales, dictará todas las providencias que conduzcan a los altos y patrióticos objetos de este convenio, a fin de que se realice, cuanto antes, el arreglo definitivo que deje a la República en plena paz y en posesión de su sagrada soberanía para lo cual situará su cuartel general en la ciudad de Coro.

"5º El General Páez y el General Falcón tratarán privadamente de aquello que se refiere a la designación de hombres, pues son ellos los que pueden juzgar de quiénes les inspiran o no confianza".

Los términos son por demás honorables, pero Rojas, olvidado de que Páez no preside un gobierno legítimo sino una revolución que logró derrocar en Caracas el orden constitucional y apersonarse de la representación pública de la Nación, considera que estas bases conducen a la posibilidad de un Estado frente a otro Estado. La situación de Falcón no puede ser otra. Si acepta una dependencia militar que derive de la autoridad de Páez sería tanto como adherir a su sistema personal de gobierno, con lo que ocurriría solamente que

la Dictadura ganase un general más con que luchar a la revolución, que quedaría en pie frente al gobierno oligarca, y nada lucraría la paz de la República con el desprestigio del caudillo federal. Rodríguez, Conde, Estoquera, García y Porras combaten la posición de Falcón, y como nada se logra en definitiva, acuerdan proseguir las conferencias al día siguiente en la ciudad de Valencia. Páez regresa esa misma tarde a la capital de la provincia y Falcón promete seguirle al día siguiente.

Pero en la noche Falcón recibe por conducto del Comandante José León Romero unos pliegos del General José González en que se le anuncia que el Coronel Camero ha manifestado su propósito de romper las hostilidades. Se abstiene en consecuencia el caudillo federal de concurrir al nuevo parlamento y comisiona a los Generales Urdaneta y Guzmán Blanco para que vayan a Valencia a entenderse con el jefe de la oligarquía. Entre las cartas que éstos llevan va una de Falcón para el Licenciado Rodríguez. En ella dice el jefe de la revolución: "Ya Ud. ve, mi respetado amigo, que no se quiere la paz; yo siempre sigo pidiéndola con instancia, con humildad, y continuaré en esta línea hasta el fin". Los comisionados de Falcón ponen en manos del general Páez el siguiente documento:

Ciudadano General José A. Páez.

"Mi estimado general:

"Son las 10 de la noche. Acabo de recibir la comunicación y la carta adjuntas, que el comandante José León Romero me ha traído desde la Sierra de Coro, en nueve días, avisándome el General González, Jefe de operaciones de aquel territorio, que el coronel Camero le había notificado que ya iba a romper las hostilidades. No alcanzo el género de razones que haya determinado este proceder, cuando el artículo 4º de la convención de Agualarga establece *que cualquier dificultad la allanarían los jefes entre sí, o por medio del superior más inmediato.*

"Además, General, como verá U. por el artículo 3º, el coronel Camero no está en su derecho al pretender el pase a Barquisimeto de tropa armada. El prohíbe *todo acto de hostilidad, movimiento u operación militar durante la tregua*, y no creo que aquel jefe deduzca que por consentirle yo que pasara él, si lo tenía a bien, hasta con su Estado Mayor, quedaba autorizado para atravesar nuestra línea con parte de las fuerzas que, según el convenio, deben mantenerse acantonadas en los lugares de Coro fijados expresamente allí. Pero, en todo caso, si tiene dudas, *¿por qué no ocurre al Jefe superior más inmediato?*

"Esta es una seria complicación que puede venir a ser inminente. Tengo que proceder a prevenir sus consecuencias, no vayan a romperse las hostilidades antes de tiempo, y sin preceder las formalidades de que habla el artículo 5º de mi arreglo preliminar con los comisionados de U. Temo, por otra parte, que la noticia del rompimiento de Coro precipite el de Barquisimeto, y quizá el de la parte de Portuguesa, y debo esperar aquí la próxima comunicación del General González, la cual, si me trajera el parte de haberse consumado, o estarse consumando aquella desgracia, me obligará a volar a mis campamentos para hacer frente, o procurar dirigir sucesos tan imprevistos para mí, y estoy seguro que para U. también. No puedo exponerme a que por estar yo en Valencia, se reencienda la guerra sin mi dirección: esto no convendría a la patria, ni a U. ni por supuesto a mí".

A esta carta el General Páez responde en los términos siguientes:

"*Señor General Juan C. Falcón.*—Carabobo.

"Mi querido general y amigo:

"Los señores generales Guzmán y Urdaneta me han entregado su estimable carta de anoche. Siento vivamente lo ocurrido en Coro entre el coronel Camero y el jefe de las fuerzas de U., y siento más aún la importancia que U., da a este suceso puramente local, y que lejos de ser motivo para suspender nuestras conferencias, es una

razón más para apresurarnos a sellar un arreglo definitivo que liberte a Venezuela de las desgracias que puedan venirle por la imprudencia o temeridad de algunos. Si este suceso lo alejase de estos lugares, pronto tendría usted el pesar de saber que la República le culpaba de haberse negado a hacer un último esfuerzo en favor de la paz que forma hoy el delirio y la esperanza de todos.

"Por otra parte, mi querido general, tengo la satisfacción de anunciarle que el temor de U., no llegará a convertirse en realidad. Fuera de la confianza que me inspira el coronel Camero a quien creo incapaz de romper las hostilidades echando sobre sí una inmensa responsabilidad, tengo constancia oficial y particular de todo lo ocurrido, y aseguro a U., que si bien es cierto que envió al coronel Minchín con una fuerza a Barquisimeto, éste regresó a Coro para impedir un rompimiento y Camero invitó al señor González a venir a San Luis para allanar entre ambos la dificultad. Para el día 4. hasta cuya fecha tengo noticias de la provincia de Coro, todo estaba en paz, y no había temores de que se perturbase el orden: ya U. ve, pues, que aunque en la nota pasada por Camero pueda haber alguna frase que se traduzca por una amenaza, él no la llevaría a cabo, ni ha tenido esto consecuencia alguna, lo cual aseguro a U., por las cartas que tengo del día 4.

"Desde que emprendí la política que nos ha acercado hasta estrecharnos afectuosamente las manos, he tropezado con dificultades de todo género, y algunas de carácter tan grave y más que la que se asoma en Coro: por el momento puedo citar a U., los sucesos de Aragua, y más recientemente aún las notas que ha visto el señor Guzmán del Gobernador de Coro y del Jefe de Cumarebo, en que me participan que el jefe federal que ocupa a Costa-arriba ha introducido públicamente armas y pertrechos después del convenio preliminar; lo mismo que haber sido interceptado un correo el día 7, a poca distancia de Carabobo y quitándosele las valijas, etc., etc., pero yo llamo a esto telas de araña que no tienen fuerza alguna para detenerme en el camino que emprendí con tanto fervor, y que no abandonaré sino con dolor y sólo por cumplir los deberes que he aceptado.

"Suspendí por un momento esta carta para oír al oficial que trajo las correspondencias: él me asegura que no hay ni remotamente temor alguno de rompimiento, que hasta su salida, que fue el 5 a las 12 de la noche, todo marchaba bien, y que el coronel Camero había desistido del viaje de Minchín, enviando en su lugar al señor Lara, sin fuerzas, a cumplir la comisión. Así, pues, mi amigo, insisto en que venga a Valencia".

Convencido Páez de que Falcón no irá a Valencia, le escribe el 11 en los siguientes términos:

"Mi querido General y amigo: Anoche escribí a U. mi carta, y nada le dije en ella respecto al ultimátum que U. me envió en la suya.

"Preocupado por una parte con el suceso de Coro, que me esforcé en situar en su verdadero punto de vista, y esperanzado por otra parte en que le vería hoy aquí, me pareció mejor no hablar de lo que había de ser objeto de conferencia.

"Los Sres. Guzmán y Urdaneta instan, no obstante, por una contestación sobre la materia, y he juzgado que es mejor que los Sres. Doctor Porras y Jesús María Guevara vayan a su campamento con aquellos señores, y que todos juntos discutan las bases del convenio que debamos ajustar. Me decido a este paso porque le veo a U. poco inclinado a venir a Valencia. Intereso a U. mucho porque haga en obsequio de la paz cuantos esfuerzos estén a su alcance: no olvide que la posteridad juzga sin prevención a los hombres públicos, y los coloca en el puesto que han sabido conquistarse.

"Si desgraciadamente no pudiere U., entenderse con los señores Porras y Guevara, ellos estipularán con Ud. lo que deba practicarse hasta llegar al rompimiento de hostilidades; todo de acuerdo con el artículo 5º del convenio de Agualarga. Ellos llevan instrucciones para este evento desgraciado.

"Si ésta fuere la última vez que tenga el gusto de escribirle amistosamente, porque mis deberes me impongan el silencio, quiero

aprovecharla para asegurarle mi estimación personal. Lamentaré siempre que se pierda esta ocasión solemne de unirnos para trabajar juntos en la felicidad de la patria.

"Su amigo sincero,

José A. Páez"

En Tocuyito encuentran a Falcón los señores Porras y Guevara. Esa misma noche tratan con él e insisten en la fórmula inflexible de Pedro José Rojas: pleno reconocimiento por parte de Falcón de la autoridad de Páez y admisión de un cargo militar dependiente del Dictador. Desnudando los hechos, buceando en los propósitos de Rojas, esta fórmula se reduce a dar un paso más en el camino de someter la República a la voluntad del primer Ministro, porque todo este aparato de Dictadura, donde aparece la ilustre figura de Páez al frente de un movimiento que desdice abiertamente los hábitos a que le habían acostumbrado sus viejos mentores del civilismo, no es sino el melampo con que el ambicioso Rojas cubre la luz de sus intentos. El quiere ser el primero en la República. Páez es un simple accidente que utiliza para afincar sus ansias de poder. La misma paz es hoy pretexto para aniquilar la fuerza de la revolución y el prestigio de su caudillo, y poder así obrar abiertamente en su anhelo de ser en realidad la cabeza del gobierno. Urdaneta y Guzmán Blanco han descubierto desde el principio el juego que se trama y con sus oportunos consejos mantienen firme la voluntad del jefe federal. Ellos saben que Rojas teme más que a la guerra una paz honrosa para las armas federales, a cuyo amparo la nación decida de su suerte libremente. El mismo Rojas, sin advertir el valor profundo de la declaración, lo escribirá después en "El Independiente". "La paz llegó a infundirnos, dice, más miedo que la guerra, bajo auspicios tan desventajosos". ¿Desventajosos para quién? ¿Habla acaso la República, cuyos sagrados intereses invocan los oligarcas? La fórmula de Falcón acerca, en cambio, la posibilidad de una asamblea que resuelva en el campo de la concordia la suerte del país. No. Hablan los intereses de Rojas, sus aspiraciones desmedidas de mando, su empeño en imponer el criterio que más favorezca sus planes de dominio.

Al amanecer del 12 están de regreso en el Cuartel del General Páez los comisionados que la noche anterior han discutido con Falcón.

—Prepárese Ud. para la guerra, anuncia Porras al Secretario Rojas, y hágala el Gobierno con todo el vigor de que es capaz.

Sin embargo, Falcón no ha renunciado a sus deseos de llegar a un avenimiento que a lo menos regularice la contienda, y envía a Valencia a Guzmán Blanco para que trate de nuevo con el Jefe Supremo, en cuya morada se celebra la última reunión. Expone el comisionado federal los propósitos y la situación de ánimo del caudillo revolucionario, pero los hombres del gobierno responden con el más hostil silencio a sus proposiciones. "Nosotros contestamos a todo con el silencio", dirá más tarde Rojas. Ridículo es en su concepto tratar de paz a estas alturas, porque ellos no piensan en concordia alguna desde que saben que Falcón no está dispuesto a capitular. Ellos no quieren nada que sea distinto a la entrega incondicional del caudillo federal, cuyas proposiciones quedan en los archivos de Páez, sin que se les enfrente por parte de quienes en la prensa procuran hacer recaer sobre aquél la responsabilidad del fracaso, ningunas contra-proposiciones honorables. Por eso, mientras los hombres de la Dictadura asisten en silencio a esta "póstuma conversación", en la Secretaría del Jefe Supremo se está girando la circular en que se avisa a la República que la lucha proseguirá con todo su implacable fragor.

Pedro José Rojas, retornado a Caracas, se afanará en presentar el fracaso de las conferencias como fruto de un empeño terco del Caudillo federal y de una desleal actitud del General Urdaneta. Este ha empezado también a defenderse de las viles imputaciones en que se intenta presentarlo como traidor a la palabra empeñada, en razón de haber sido leal a la causa a que ha dado su entusiasmo y su vigor juveniles. ¿Podía Urdaneta impulsar a Falcón para que adhiriese a los planes de Rojas? ¿No estuvieron los jefes liberales dispuestos a aceptar un arreglo que pusiera término por medio de una consulta popular a este espantoso estado de barbarie que vive la República? ¿No permaneció aún Falcón hasta fines de diciembre en espera de

nuevas proposiciones del gobierno? No son ellos culpables de que los amigos de Páez, sin respeto al prestigio del viejo Centauro, lo lancen al abismo donde su enorme figura se confunde con las sombras del más doloroso fracaso político. El mismo revisará mañana su vida y al describirla para la posteridad, echará al olvido esta época sombría, cierto de que su carrera pública debió de haber terminado cuando empuñó en 1848 la espada gloriosa para defender las instituciones civiles de la nación.

Falcón y sus hombres estaban dispuestos a avenirse a un régimen transitorio, donde, mantenido el honor del jefe liberal, figurase como cabeza de la República el anciano patriarca de la independencia, cuyas glorias de antaño brillaron una vez más ante los ojos de los jefes liberales, cuando el héroe de Carabobo, sobre la propia pampa gloriosa, evocó ante el atónito espíritu de los circunstantes, el desarrollo de la inmortal batalla. Seis meses después, en documento público, el jefe federal dirá al General Páez, que ha ordenado la erección de patíbulos para sacrificar a los federales: "Por notoriedad se sabe que para evitar la sangre me presté en las conferencias de Carabobo a todo lo que no envolvía una traición a mi causa. Y es del dominio público que desde diciembre propuse a U. un tratado de regularización de la guerra y que luego le pedí que aceptase el canje de prisioneros". Pero aquel Páez inmenso de la independencia ha venido al antiguo teatro de su gloria para proclamar que es inútil todo esfuerzo por encauzar la República hacia los senderos de la paz si no se pliegan a su mando absoluto los contrarios, y allí mismo, donde ayer aseguró la libertad de Venezuela, invita a la prosecución de una contienda, en que usará el despótico derecho de "aterrar a la sociedad so pretexto de salvarla". El no es ya sino un débil juguete al servicio de bastardas pasiones. Si se examina su conciencia, allá en el mero cascabullo se advierte la baldía nobleza del héroe que sacrifica un glorioso pasado ante la falsa idea de estar sirviendo a la nación. Pero no es a ésta a quien sirve el anciano dictador. Su nombre ha sido tomado como símbolo de unión para revestir ambiguos intereses. Ahora, con el fracaso de la anhelada paz, se sacrifica la más pura gloria que sobrevive como recuerdo del ciclo homérico de la patria.

Fracasadas las conferencias, el General Falcón encomienda a Urdaneta el cargo de General en Jefe de los Ejércitos del Centro. Su misión principal es dar unidad a la lucha de guerrillas que se realiza en las provincias de Caracas, Aragua, Carabobo y Guárico. Nadie mejor que Urdaneta para poner método a esta guerra, carente de un jefe de prestigio que someta la acción dispersa de los guerrilleros y traiga a las filas federales los elementos desafectos. Es militar de antigua graduación, inteligente y de ancha cultura, que ha sabido hacerse querer de la generalidad de quienes le conocen. Desde su Cuartel General de Carbonate y después de nombrar al General José Leiciega para Jefe del Estado Mayor, dirige en 21 de diciembre su primera proclama al ejército de su mando. Es sobria, altiva y entusiasta esta arenga, donde recuerda la gloria del padre, cuyo nombre revive en la historia nacional. En ella dice:

"*Soldados:* El ciudadano General en Jefe de los Ejércitos de la Federación me ha honrado con el elevado puesto de Jefe de Operaciones de los Estados del Centro. Al aceptar un cargo tan superior a mis escasos conocimientos he contado con vuestro patriotismo y lealtad, nunca desmentidos, con vuestra decisión a sustentar la libertad y con vuestro valor probado ya en mil gloriosos combates.

"*Soldados:* Me encuentro ya entre vosotros resuelto a compartir vuestros peligros, a dirigir vuestros esfuerzos y a acompañaros hasta exhalar el último aliento que de vida me quede en la gloriosa y noble lucha contra el tirano de nuestra patria.

"*Soldados:* Me siento orgulloso de teneros bajo mis órdenes. Los jóvenes Generales que os mandan os conducirán en breve a la Victoria: a su lado, en el puesto de más peligro, encontraréis a vuestro Jefe, animado por el ardor patriótico que le legara el veterano de Colombia, a quien debe su existencia.

"Viva la Federación.

"Viva el General Juan C. Falcón".

Responsable de su gran misión, Urdaneta busca medios de atraerse al General Cristóbal Medina y al Coronel Benjamín Fonseca y no pudiendo lograrlo por las vías pacíficas, lo hace por la fuerza. En los primeros días de marzo de 1862 concentra unas partidas por los lados del Carmen de Cura y Camatagua y con hombres en número de cuatrocientos toma esta última población y planea marchar sobre Barbacoas, para seguir a los cantones orientales de Guárico. Amenazado el día 7 por Unceín, sale el 8 hacia Orituco, e impuesto de que ha sido tomada por los oligarcas esta plaza, se encamina por Carmen de Cura a Barbacoas, defendida apenas por ciento veinte hombres de Unceín. Entran los federales victoriosos en Barbacoas el 10 de marzo y en momentos en que Urdaneta toma posesión de la plaza, le notifican que se acerca una fuerza del gobierno, la mayor parte de caballería. Son tropas de Unceín, y Urdaneta, mal a caballo y con sólo cuatro compañeros, sale imprudentemente a inspeccionar al enemigo y avanza más de lo necesario. El quiere hacer buenas sus palabras de estar en los puestos de mayor peligro. La gente gubernamental, bien conocedora del terreno, al advertir la soledad de los federales, hace un movimiento que corta a Urdaneta toda retirada en el sitio llamado la Cruz de la Palma. Intenta el jefe retroceder, mas ya es vana toda salvación. Lo alancea un soldado de Unceín, contra quien inútilmente descarga la pistola y sobre la pampa solitaria cae sin vida. Logran salvar las suyas, a pesar de estar herido, su ayudante el Coronel Agustín Egui, e internándose en la selva, el Doctor Feliciano Acevedo.

Fuera de los oligarcas no hay otros testigos de la muerte. Voces se corren de que había orden de Caracas para perseguir y asesinar en cualquier forma al joven militar. Sea ello cierto, nada, fuera de llamarse unánimemente crimen alevoso el final del jefe federal, permite creer que el propio Páez haya dictado la sentencia de muerte a mansalva del joven militar. Falcón desde su cuartel de Llano-colorado y en la oportunidad de protestar ante Páez por el fusilamiento de Herrera y de Paredes, escribirá dolido: "Urdaneta, inteligente General, digno por su patriotismo, valor y educación, no menos que por el nombre que tan honrosamente llevaba, de una saña menos implacable, le cupo la suerte más cruel en medio de los

feroces oligarcas, y también murió asesinado, al cabo de una acción, después de haberse cubierto de gloria".

A la iniquidad del crimen se agrega el cinismo del despojo: "Los asesinos se repartieron las vestiduras del muerto, dice Egui, y con descaro insultante fueron a obstentarlas como trofeo de victoria; y la espada sin mancha del héroe pasó a las manos sangrientas de un bandido, y sobre sus inmundas carnes se puso la túnica del apóstol". "El Dictador, agrega el testigo, aplaudió esta profanación de lo más sagrado y en báquico festín celebró el horrendo sacrificio: como Satán gozándose en la caída del primer hombre, así él, ebrio de alegria, se durmió acariciando su eterna dictadura".

Dos piadosas mujeres, cuyo nombre guarda la historia, se acercan al campo del suplicio y recogen el cadáver abandonado por los odios fratricidas. Son la señora Lorenza Sánchez de Hernández y su joven hija Ramona. Desnudados de sus vestiduras militares, cubiertos sólo de su sangre generosa, yacen en tierra los despojos hechos sagrados por la muerte. Si la guerra ha sido el ulular de un coro bárbaro de Erinnias, ahora aparece, guiando los pasos de estas mujeres bondadosas, la sombra benéfica de Antígona, para enseñar que en medio de esta embriaguez de muerte y de crueldad, hay seres nacidos no "para el odio mutuo sino para el mutuo amor".

Pedro José Rojas en "El Independiente" procura frenar el júbilo que la caída de Urdaneta ha traído a los hombres del Gobierno, pero no intuyen los oligarcas que esta muerte será vengada y echado al suelo el parapeto de la Dictadura, y que no está distante el día en que Caracas rinda justa apoteosis a los restos del egregio militar, estupenda promesa de la patria, frustrada por los enconos de la guerra.

El 26 de agosto de 1864 la histórica iglesia de San Francisco, donde la patria se ha citado antes para honrar a sus fundadores, ve colmadas las naves por patriotas y amigos que rinden digno homenaje al muerto ilustre, cuyos restos son conducidos con el aparato máximo diputado para estas solemnes ceremonias, en medio de la tropa con

armas a la funerala, banderas plegadas y tambores a la sordina. Entre los severos adornos que decoran el templo, brilla la musa de Juan Vicente González, ayer enemigo de la revolución y víctima después de la Dictadura. Su pluma ha ayudado al orador sagrado para el brillante panegírico y en verso puro ha labrado la ofrenda propia, donde, con el dolor de los amigos, pinta el duelo de la patria por las ferocidades de la guerra fratricida y graba la promesa a que por siempre deben sentirse atados los hombres que aspiran a la grandeza y dicha de este suelo.

Harto agitó el furor los corazones,
Harto en la lid brillaron los aceros,
Harto, ay! la Patria devastamos fieros,
Alzando sobre ruinas los pendones.

Avergonzado de los triunfos crueles,
Espántanos la sangre que vertimos;
Somos hermanos, fratricidas fuimos,
Rompamos en las sienes los laureles.

Urna sagrada que amorosa encierras
Las cenizas del héroe que lloramos!
Escucha nuestra voz: *Juramos*
Eterno Encono a las Civiles Guerras!

NIÑEZ Y ADOLESCENCIA
(1823-1824)

II

"En la iglesia Catedral de Bogotá a diez de febrero de mil ochocientos veintitrés, el señor doctor Juan Agustín de la Rocha, Canónigo de Merced de la misma Iglesia con mi licencia, bautizó solemnemente a un niño de dos días de nacido, a quien nombró Rafael Juan Guillermo, hijo legítimo del señor Comandante General de los Ejércitos de la República Rafael Urdaneta y la señora María de los Dolores Vargas París, de esta feligresía. Abuelos paternos M(iguel Jerónimo) Urdaneta y la señora María Alejandrina Farías. Maternos el señor doctor Ignacio Vargas y la señora Ignacia París. Fueron Padrinos el señor Ramón París y la señora María Santa María y Ricaurte, quienes quedaron impuestos en el parentesco y obligaciones que contrajeron.—Doy fe, *Juan Agustín de la Rocha.*—*Juan de la Cruz Gómez*".

Espléndida es la infancia de Urdaneta en la antigua Santa Fe. "Era la época en que el señor daba por espectáculo al mundo la maravillosa Colombia, que creemos una fantasía y que existió en realidad para asombro de los contemporáneos. ¡Qué bello debió parecer a sus padres el destino de aquel niño, a quien dan música los clarines de la victoria, a quien arrullan las canciones guerreras, que contempla sus primeras sonrisas en el espejo de las espadas!"*.

(*) Este párrafo, donde se delata la pluma de Juan Vicente González, es de la oracion funebre pronunciada por el Pbro. Manuel Vicente Iradi en las honras al general Urdaneta. Vide: "Honras Fúnebres al general Rafael Urdaneta".—Caracas.—Oficinas de "El Nacional". 1864.—Briceño-Iragorry: "Juan Vicente Gonzalez y el Padre Iradi". Boletin de la Academia Venezolana. N° 6.

Pronto ocurren los grandes sucesos que dividen en diversas banderías a los patriotas. La Cosiata en Venezuela, la Convención de Ocaña, el 25 de septiembre, el asesinato de Sucre, la muerte de Bolívar, y con ésta la definitiva disolución del grande Estado, llamado a servir en el marco del Caribe de muro resistente contra el futuro imperialismo de la América del Norte.

El viejo Urdaneta se ha visto precisado a presidir la dictadura con que se intenta poner vallas a la guerra intestina de Nueva Granada, pero el curso de los sucesos le obliga, después de firmar los tratados de Apulo en abril de 1831, a abandonar por junio, en unión de la familia, el territorio granadino.

Su patria de origen está hoy gobernada por el general Páez y por el partido antibolivariano. Urdaneta, que ha dedicado los mejores años de su existencia a luchar por la emancipación de Venezuela, ve cerradas las puertas de ésta por la pasión política y es obligado a refugiarse en Curazao. Cargado de honra y de méritos, con la salud agotada por el fragor de las grandes jornadas libertadoras, el veterano insigne ha de vivir en tierra extraña, con una larga familia sumida en la pobreza. Rafael Guillermo, niño de nueve años, se ve forzado a trabajar en modesta industria, donde su ingenio y aplicación se ponen de resalto.

"(Curazao), agosto 1º de 1832

Señora Dolores Roche de París.*

Mi amada Mariquita:

Tiemblo al tomar la pluma para escribirte pues no tengo que comunicarte sino mil pesares y desgracias que han caído sobre nosotros. Un año hace que estamos en esta isla donde pensábamos que podríamos vivir dos o tres años tranquilos, mientras se

---

(*) Esposa del Gral. Joaquín París, tío de Doña Dolores.

calmaban las pasiones y disturbios de nuestro país para volver a él. Pero muy pocos meses han sido los que hemos tenido de tranquilidad. Yo no sé por dónde principiar a contarte nuestros padecimientos. Te acuerdas que varias veces me encontraste afligida por unos papeles de Yoli que tomó Pepe. Bien me anunciaba mi corazón que este asunto tendría malos resultados y cuán justa era mi pena. Yoli después de hablar horrores contra mi marido, pidió embargo de nuestra casa para pagarse de cinco mil pesos que decía que le habían costado sus papeles, pero después la malvada S. declaró que ella sabía de positivo que los papeles habían sido vendidos por uno de la casa que no quiero nombrar, por diez mil pesos, y los abogados han dado su parecer de que los deben pagar. Don Luis ha mandado ya los papeles pero Yoli no los ha querido recibir y he pasado por la pena de ver mandar para Yoli los documentos de propiedad de la casa, única finca que teníamos para dejarles a nuestros hijos. Hemos perdido nuestra casa y se habla del honor de mi marido y de mi hermano, pues todos creen que él fue el que dispuso de los papeles por la declaración de la mujer.

Como era preciso trabajar para que no se nos acabaran los pocos reales que trajimos, mi marido entró en una compañía con un colombiano llamado Machado, el cual le cogió dos mil pesos, se fue para Venezuela y se ha quedado con todo. También salió de fiador por otros mil pesos, se cumplieron los plazos y no hay esperanzas de que el hombre vuelva. Lo poco que nos quedaba estaba empleado en café para llevarlo él mismo al Norte, pero determinó venderlo para pagar la fianza y apenas lo había recibido el comprador, cuando lo han embargado de parte de este gobierno por un reclamo de San Thomas contra Aranguren, y dicen que mi marido por haber sido la casa de Aranguren, tiene que pagar lo que él debe. La cosa es sumamente injusta, pero aquí nos arruinarán; para pagar los mil pesos hemos tenido que empeñar cuanto teníamos y esta es nuestra situación. Pobre Rita. Cuánto recuerdo ahora todo lo que padeció en Londres. Nosotros no hemos llegado a este extremo de pobreza en que se vio ella, pero quién sabe cuál será nuestra suerte más tarde, si ella se obstina en perseguirnos.

En lo único que nos ha ido bien es una peinetería que tenemos en casa, pero que ya vamos a dejar por falta de fondos. Yo les mandé a Uds. tres peinetas de ella y no sé si las han recibido. Mi hijo mayor trabaja ya bastante bien, pues tiene mucha paciencia y es muy aplicado. De esta especulación nos quedan algunas peinetas vendiéndose en Colombia y es cuanto tenemos.

Mi cuñado nos ha servido mucho en esta ocasión, pues es sujeto muy apreciable. El no podía prestarnos dinero por tener todo su capital empleado en Colombia, pero nos hizo la diligencia de empeñar nuestras prendas, pues si las hubiéramos empeñado nosotros las habrían embargado también.

A más de los pesares, estamos llenos de enfermedades. Tomasa resultó con bubas y se las pegó a Adolfo; mis demas hijos no están buenos; mi marido sigue con sus antiguos males y yo me he visto a la muerte por una elevación de sangre a la cabeza que me hacia sufrir terribles dolores. Los médicos que me curaban de reumatismo y por supuesto, siempre seguía peor, pero por fortuna me vino un flujo de sangre por las narices, tan copioso que me duró tres días, se me quitaron los dolores y sin duda me habría restablecido si hubiera seguido viviendo tranquila, pero los pesares presentes y la idea del porvenir me tienen consumida. También padezco por ustedes, pues los considero llenos de escaseces; hace mucho que no recibo ninguna carta de allá y nada sé de mi hermano. Yo muchas veces no les escribo porque creo que interceptan todas nuestras cartas. Otro de nuestros tormentos es estar a cada momento temiendo la cólera morbus, pues estando tan fuerte en el Norte, no se duda de que pronto llegará aquí, y ya están preparando los hospitales.

Día 11.

Mi Mariquita, se me presenta ocasión de mandarte esta carta. Nuestra situación es la misma que cuando empecé esta carta. (Omitiendo lo de los papeles de Pepe, puedes referir a Susana lo demás, pues yo no tengo tiempo de hacerle a ella la relación y me refiero a tí). Salúdame a todos con el mayor cariño y escríbeme largo

bajo la cubierta del Sr. Hermoso de Coro. Tuya *D(olores Vargas de Urdaneta).*

Me ha parecido mejor que no digas nada a nadie de nuestra situación; si la saben nuestros enemigos, se alegrarán"*.

A fines de 1832 es permitido al General Urdaneta trasladarse a Coro y para probar que no es su intento de hoy terciar en la politica, se dedica a labrar la tierra en el hato de Turupía.

El niño ingreso luego en el Colegio que regenta don Mariano Raldiris y por julio de 1836 tiene ganado el segundo bienio de Filosofía.

"Como Catedrático de la Clase de Filosofía de este colegio nacional, certifico que el señor Rafael Urdaneta, cursante de dicha clase, ha ganado el primer año del trienio filosófico, cumpliendo las obligaciones de la clase y obteniendo la aprobación en las materias enseñadas y queda matriculado para el segundo año.

"Coro, julio 5 de 1835

"(Fdo.) *Mariano J. Raldiris.* (Rúbrica).

"Conforme, quedando matriculado en el folio 25 del libro destinado al efecto. Fecha ut supra.

"El Vicerrector Secretario,

"(Fdo.) *Domingo Torres.* (Rúbrica)".

(*) El original está en el archivo de los herederos de la familia París, en poder del doctor Francisco Ortega París.

"Mariano J. Raldiris, Rector del Colegio Nacional de esta Provincia y Catedrático de la Clase de Filosofía del mismo.

"Certifico que el señor Rafael Urdaneta, cursante de dicha clase ha ganado el segundo año del tienio Filosófico, cumpliendo con los deberes impuestos en la mencionada clase y obteniendo la aprobación en las materias enseñadas en dicho año y queda matriculado para el tercero.

"Coro, 5 de julio de 1836.

"(Fdo.) *Mariano J. Raldiris.* (Rúbrica).

"Conforme, queda matriculado al folio 16 del libro destinado al efecto.—Coro, julio 8 de 1836.

"El Vicerrector Secretario,

"(Fdo.) *Domingo Torres.* (Rúbrica)".

Después de haber ayudado a debelar la revolución de las Reformas Urdaneta es elegido Senador por la Provincia de Coro, y al instalarse el Gobierno interino de Soublette éste le designa para la Secretaría de Guerra, con el obligatorio traslado de la familia a la capital de la República.

Rafael Guillermo ingresa el 1º de marzo de 1837 como alumno militar de la Academia de Matemáticas. Cadete aún, sale a recibir el espaldarazo de guerrero bajo las órdenes inmediatas de su ilustre padre, comisionado en 1838 para pacificar la Provincia de Maracaibo. Cuatro meses dura en campaña y a su término regresa al instituto militar, donde permanece hasta el 15 de enero de 1841, fecha en que es dado de alta como Subteniente de Milicia activa.

Invitado por su tío abuelo don Pepe París, y con el sueldo de Oficial de la Secretaría de Guerra, se embarca para Europa por junio de 1842*.

(*) José Ignacio París Ricaurte, tío de Doña Dolores Vargas de Urdaneta, nació en Bogotá en 1780 y murió en dicha ciudad el 31 de octubre de 1848. Fue amigo de Bolívar desde los días en que el futuro vivió en la capital de Francia y regalo suyo a la Municipalidad de Bogotá es la estatua de Bolívar, del escultor Pedro Tenerani, erigida en la plaza de su nombre de la capital colombiana. Filántropo y civilizador, su memoria es conservada con cariño en los anales de Bogotá. Su valioso archivo se conserva en la "Quinta Bolívar", de que fue propietaria, por obsequio que de ella le hizo el Libertador, su hija Doña Manuela París, casada con Don Diego Tanco Armero, quien aparece después en la correspondencia del joven Urdaneta. Don Pepe había casado en 1812 con doña Juana Prieto y Ricaurte.

EL ESTUDIANTE VIAJERO
(1842-1845)

III

FRAGMENTO DEL PRIMER DIARIO

El día 16 de junio de 1842, a la seis de la mañana, salí de Caracas, con dirección a La Guaira, adonde llegué a las diez de la misma mañana; tomé pasaje para Burdeos en la barca francesa "Hermine", capitán Bignón y al día siguiente fui convidado a comer a bordo con otros amigos. El 20 a las diez de la mañana nos hicimos a la vela, con dieciocho pasajeros. A las seis de la tarde habíamos ya perdido de vista las costas de Venezuela, en donde quedaba mi familia, mis amigos, todos mis afectos. Entregado al furor de las olas, temeroso de que mi padre desaprobara mi viaje a Europa, incierto sobre la suerte que me esperaba y si encontraría por fin a mi tío, o si era por él mal recibido y con pocos recursos, mi posición era triste, mi corazón desgarrado de dolor se volvía incesantemente hacia mi madre, a quien había dejado entregada al llanto, inconsolable; hacia mi padre enfermo, achacoso y sufriendo mil disgustos y sinsabores en la provincia de Guayana; hacia mis inocentes hermanitos, llenos de mil privaciones; en fin, hacia otro porvenir, incierto, vago, tenebroso. Ni la alegría de mis compañeros de viaje, ni sus frecuentes invitaciones para que tomara parte en sus diversiones, podían distraer mi acalorada imaginación de tan tristes pensamientos; sentado al lado del timón, o en otros de los bancos de la cubierta, contemplando a veces los pájaros que volaban alrededor del buque, o la apacible claridad de la luna que reflejaba sus plateados rayos sobre el azul de las aguas, o ya contemplando la inmensidad del espacio, o en los mares del Norte admirando el bellísimo espectáculo

del ponerse el sol y de la Aurora boreal, se entristecía más mi alma, y todos mis votos y plegarias se dirigían al objeto que jamás podía separar un momento de mi imaginación, mi familia. Estos días memorables harán época en mi vida. El 24 en la noche pasamos entre Puerto Rico y la Mona; el 2 de julio avistamos las Bermudas; el 7 estábamos sobre el gran Banco de Terranova; allí tuvimos tres días de calma y allí vi también por primera vez ponerse el sol a las 9 de la noche; es imposible describir lo majestuoso y magnífico de una noche de luna con calma en estos mares; el 19 estábamos a la longitud de las Azores; y el 25 entramos en el Golfo de Gascogne; allí estuvimos contrariados por los vientos, las corrientes y las calmas; el 28, hallándonos con muy pocos víveres y con las corrientes contrarias, pedimos auxilio a una linda goleta inglesa que iba para Malta y nos envió alguna carne, papas, etc. A las siete de la noche del 31 avistamos la hermosa torre de Cardouen, una de las mejores del mundo; en la madrugada del 1º de agosto las costas de la Rochela, a las doce entramos por la embocadura del Garona y a las cinco de la tarde fondeamos en el Lazareto, lugar donde se pasa la vista de sanidad, situado a la orilla izquierda del río; a las seis desembarqué con Codazzi*, Benítz**, Michelena***, Soutagg, Granére y Borderie, y seguimos a pie hasta el pueblo de Pauillac que dista una legua y adonde llegamos a las ocho de la noche, después de haber estado perdidos media hora entre las viñas del Medoc...

(*) General Agustín Codazzi, nacido en Lugo (Italia) en 1793 y muerto en el Valle de Upar (Colombia) en 1859. Soldado de Bonaparte, tomó parte en la guerra de Independencia de Venezuela y a su esfuerzo se debe el primer atlas geográfico de la República, con el cual publicó su magnífico manual de Geografía y la Historia de Venezuela por Baralt y Díaz. Este ilustre extranjero figura entre los grandes civilizadores del país.

(**) Alejandro Benítz, grabador alemán que colaboró con Codazzi en la confección del Mapa y del Atlas de Venezuela, y participó en la organización de la Colonia Tovar.

(***) Guillermo Michelena (1817-1879) es una de las más ilustres figuras de la medicina nacional en el Siglo XIX. Sus restos reposan en el Panteón Nacional y una de las salas del Hospital Vargas lleva su nombre. Vide: Leopoldo Briceño-Iragorry: "Datos Biográficos de Guillermo Michelena".—Caracas.—Tipografía Americana.—1928.

Señora Dolores Vargas de Urdaneta.

Burdeos, agosto 8 de 1842

Mi querida mamá:

A los tres días de haber salido de La Guaira pasamos por Puerto Rico; el 2 de julio avistamos las islas Bermudas; el 8 estuvimos sobre el gran banco de Terranova, en la América del Norte; allí pasamos dos días casi emparamados de frío entre unos bancos de hielo, cosa muy rara, pues ahora es la estación del calor. Después seguimos felizmente hasta el veintidós que las corrientes y vientos contrarios nos arrojaron sobre las costas de España; por fin, el 1º del presente, avistamos las costas de Francia. Al mediodía entramos por la embocadura del río Garona y fondeamos en un lugar llamado "El Lazareto". Después que nos hic[ie]ron la visita de sanidad desembarcamos y fuimos al p[ue]blo de Pauillac. Toda esa tarde y la mañana del [día] siguiente las pasé recorriendo las lindas campiñas [del] Medoc y las hermosas viñas de Chateau Lafitte, [Cha] teau Margeaux y Saint Estephe, de donde salen los af[a]mados vinos que llevan los mismos nombres. El dos, a [las] diez de la mañana, embarcamos en un vapor en que venían trescientos pasajeros y, a las dos de la tarde del m[is]mo día, llegamos a esta ciudad. Nada me parece comparable a la hermosa perspectiva que veía re[mon]tando el río en el vapor: de un lado y otro inmensos campos sembrados de viñas y trigo, multitud de pueblos, castillos y casas de campo hermosísimas, rebaños de ovejas pastando en los campos, buques de todos portes cruzándose en todas direcciones y, en fin, multitud de paisajes que no me cansaba de admirar.

Todo en esta ciudad me ha sorprendido, pues, por mucho que uno lea las descripciones que hacen de las ciudades europeas no puede formarse una idea verdadera de lo que son. Sería interminable si me pusiera a describirle todo lo que he visto aquí: el Museo, la Catedral, el Gran Teatro, el Jardín Público, la Bolsa, las Catacumbas, el

Cementerio de los Católicos, la fábrica de porcelana, el hermoso puente en cuya parte interior pueden ocultarse diez mil hombres, los herm|osos| paseos públicos del Quinconce y Allées de Fourny. |Se| necesitaría un volumen para enumerar todas las cosas |que| he visto y que me han llamado la atención. |Posa|mos en el mejor lugar de la ciudad. Todas las mañanas me levanto a las cinco y, desde la ventana de mi cuarto, me pongo a ver hacer el ejercicio a mil quinientos hombres de infantería en la espaciosa plaza del Quinconce; después nos vamos a una casa de baños que tiene más de trescientos cuartos, cada uno con un gran baño* y todo lo demás necesario, con dos chorros de agua, uno frío y otro caliente para darle el grado de calor que se quiera; de estas casas hay tres o cuatro en Burdeos; también hay entre el río una espaciosa casa de natación. Después del baño tomamos café y salimos a recorrer la ciudad; a las nueve almorzamos y volvemos a salir hasta las cinco de la tarde que comemos; después de la comida vamos a uno de los paseos públicos y de allí al teatro. He visto representar varias comedias y óperas; las bailarinas del teatro son inmejorables y lo mismo las cantarinas [de] la Opera. Las comidas aquí son muy buenas y muy baratas; he tomado ya muchos helados; las peras y las ciruelas me han gustado mucho; aquí no he encontrado casi ninguna fruta de las de nuestro país y las pocas que hay son muy caras: una naranja vale cinco sueldos que es medio real nuestro.

Esta tarde seguiremos para París en la diligencia y pasado mañana llegaremos, haciendo en 48 horas ciento setenta leguas que hay de aquí a la capital. Estoy desesperado de llegar para ver si tengo cartas de U.U. pues la incertidumbre en que estoy sobre todo lo que habrá ocurrido por allá después de mi salida, sobre el estado de salud de mi papá en Guayana y, en fin, sobre todo lo relativo a mi querida familia, me tiene muy inquieto. Hace cincuenta y cuatro días que salí de casa y figúrese U. cómo habré estado en todo ese tiempo sin saber de U.U. En cuanto a salud y demás me ha ido muy bien, pues no he tenido ni un dolor de cabeza. El coronel Codazzi se ha portado muy bien conmigo, me ha cuidado mucho y me ha servido

(*) Entre paréntesis y testado "que".

de guía y conductor en este gran mundo. Mándeme una libra de caracoles junto con los ramo[s que] va a remitir mi señora Josefa: a ella le digo que los dirija a François Esquival, comerciante de esta plaza que tiene relaciones [con] La Guaira. Aquí han causado mucha admiración los objetos que yo traje y he tenido que regalarlos casi todos.

Mándele a mi papá esta carta que es también para él, pero como el paquete va a La Guaira la mando sobrecartada a U. A Octaviano le encargo que salude a Campos.

Abrazo a Teresita, Luciano, Octaviano, Julio, Amenodoro, Adolfo, Rosita, Bolivia, José María, Eleazar, Doloritas, Susana y Neptalí etc.* que continuamente estoy pensando en ellos. Saludo a los amigos Jugos, a Alba y Carías y demás amigos y amigas, que se acuerden de mí por allá. No dejen de escribirme continuamente y darme razón de todo; demen noticias de Pepito y remítanme las cartas que me escriban los amigos. Al amigo Petersen que nunca le olvido; que aquí no he oído todavía una persona que toque co[mo él]. Hay poca afición al piano; yo he oído tocar a muchas señoritas y caballeros y confieso que no me han gustado mucho; en el canto sí son sobresalientes las que he oído. Para el baile también tienen mucha gracia las bordelesas. He asistido con Michelena a dos bailes públicos. Aquí puede uno divertirse todo lo que quiera sin costarle casi nada. Por cinco sueldos puede pasear casi toda la ciudad en coche. En fin, aquí se encuentran todas las comodidades que uno puede apetecer. El señor Maury y su señora**, compañeros de viaje, me han hecho mil demostraciones de aprecio y de cariño; seguirán dentro de quince días para París a pasar allí un año; me han ofrecido casa y cualquier cosa que necesite de ellos; tienen un

---

(*) Todos hermanos de Urdaneta, menos Julio, Teresita y Bolivia. Esta última es Bolivia Melo y Vargas, que falleció muy anciana en Caracas el año 1925, hija de Teresita. Esta es hermana de Doña Dolores y esposa del discutido general colombiano José María Melo.

(**) Son Emilio Maury y doña Dorotea Iver, padres del pintor venezolano Maury.

niñito de siete años que es el retrato de Doloritas y tan gracioso y vivo como ella, así es que siempre que voy allá lo saco a pasear conmigo.

Adiós, mi querida mamá; no temo que U. esté cuidadosa por mi comportamiento por acá, pues U. me conoce y esto me basta.

Su afmo. hijo,

Rafael

Par le paquebot regulier d' Anglaterre* "Falmouth", batiment de comerce.—Señora Dolores Vargas de Urdaneta.—República de Venezuela.—Caracas vioe La Guaira.—Esquina del doctor Díaz).

París, septiembre 10 de 1842

Mis queridos padres:

Por mis anteriores se habrán impuesto U.U. de mi llegada aquí, etc. El 6 del corriente llegó a esta ciudad el señor Leidensdorf que estaba viajando con mi tío; él lo dejó en Rusia; el 20 del corriente debe estar en Hamburgo; allí se pasará 8 días y luego seguirá para esta capital adonde llegará el 1º del mes entrante; esto me lo ha dicho el citado señor Leidensdorf y, además, me ha enseñado el itinerario que debe seguir. También me ha dicho que mi tío no tenía ninguna noticia de mi venida, porque todas sus cartas han estado detenidas aquí, pues su banquero no sabía adónde fijárselas, porque él ha recorrido en tres meses el Austria, la Prusia, Sajonia, la Baviera y la Rusia. Muy pronto estaré reunido a él en esta capital, pues el señor Leidensdorf me dice que sin falta debe estar aquí el día indicado, pues está muy impaciente por ver las cartas de U.U. y de su familia de Bogotá.

(*) Testado "regulier" d'Anglaterre".

El Palacio y los jardines de Versalles me han encantado: he ido ya cuatro veces por los caminos de hierro. La primera vez que anduve por el ferrocarril tuve algún miedo, pero después me he convencido de que no hay nada que temer, pues siempre me pongo en uno de los últimos coches del tren y, en caso de que suceda alguna desgracia en la máquina, los primeros son los que sufren. El Palacio de Versalles es una de las cosas que más dan a conocer la grandeza y poderío del reinado de Luis XIV que le hizo dar la forma y extensión que actualmente tiene. Su Museo es la historia de Francia en acción: allí están representados todos los hechos notables ocurridos en esta nación desde el establecimiento del Imperio hasta la revolución de julio de 1830, en cuadros hechos por los mejores pintores de Francia y de Europa, en que todas las figuras están del tamaño natural y tan bien hechas que le parece a uno estar viendo en visión a todos los reyes y personajes de esta nación en medio de las batallas que han ganado, en las asambleas, juntas populares, etc. Para ver con toda atención estas galerías de pinturas y demás del Museo, que no ocupan más que una pequeña parte del Palacio, sería necesario una semana; allí he visto la cama de Luis Catorce, su corona y algunos otros de sus muebles que se conservan en su dormitorio; en otras galerías están las estatuas de mármol de todos los reyes, generales y hombres que han figurado y, en otras, están sus bustos; en las galerías de pinturas están sus retratos. Bajando al jardín me quedaba atónito al ver tantas bellezas como hay en él; la simetría y el orden con que están sembrados todos los árboles; la inmensidad de estatuas y grupos de mármol y de bronce que hay por todo el jardín, las cascadas artificiales, los juegos de aguas, las fuentes y la variedad de las flores: todo esto produce un conjunto encantador. Es imposible que U.U. puedan formarse una idea de lo poco que les digo sobre esto, pues ésta es una de las cosas que requieren volúmenes enteros para describirse. En fin, cuando yo vuelva haremos en el corral de casa un jardín por el mismo estilo, aunque en pequeño, pues el de Versalles ocupa un área igual a la mitad de Caracas, esto es, el Palacio y sus jardines solamente. Los dos ferrocarriles que hay de aquí a Versalles han producido en el mes de agosto próximo pasado la suma de 270.162 francos, esto es de los caminos de hierro solamente, sin contar el camino general por el

que se viaja continuamente en coches o a caballo. Esto les dará una idea del tráfico que hay entre las dos ciudades.

Del 1º al 5 del mes entrante saldrá de Burdeos un buque para La Guaira y, en él irán los encargos que hizo el Gobierno a Codazzi para la función de honores al Libertador; va un arco de triunfo pintado en tela y el cual colocarán en el Puente de la Trinidad; de un costado y otro tiene grupos alegóricos y los nombres de todas las batallas y, en la parte interior, los nombres de todos los generales; va también un catafalco para colocarse en la Iglesia: en la parte del* frente están pintadas las cinco Repúblicas en diferentes posiciones, todas tristes y llorosas por la muerte del Libertador; en los otros costados hay también varias pinturas relativas al asunto; también va el carro en que deben conducir los restos desde el puerto hasta la iglesia; los caparazones para los caballos; un velo negro con estrellas plateadas para el caballo de batalla; todos los adornos necesarios para la iglesia: banderas, escudos de armas, lámparas de cartón** que parecen de plata, candelabros, etc.; todas cosas falsas pero que harán mucha apariencia. Codazzi ha hecho demasiado, pues no le dieron sino cinco mil pesos para todo esto. A mi me parece que el Gobierno ha estado muy mezquino en esto, pues con otros cinco mil pesos que hubieran querido gastar se habría hecho una cosa algo digna del objeto a que se dirige, pero allá hará mucha bulla lo que se manda de aquí, que ciertamente es mucho para los pocos reales que han dado, y después de la función saldrá un artículo en la "Gaceta" diciendo que todos los bordados del género que se manda para adornar la Iglesia eran de oro, que las lámparas eran de plata, que las estrellas y lágrimas que hay en el terciopelo con que va cubierta la urna también son de plata, y así harán creer, o creerán ellos, que han hecho un recibimiento magnífico, pero yo repito que todo esto me parece muy mezquino; por supuesto que esto sólo a U.U. se lo digo, porque creo que romperán esta carta, pues si llegan a saber en palacio que yo les critico sus preparativos

---

(*) Testado "cuyo".
(**) Testado "plata".

para la función son capaces de quitarme los 60. En fin, yo creo que la fiesta va a hacer mucha bulla en Caracas, porque por allá nunca han visto una cosa igual y porque lo que va de aquí hará una ilusión perfecta, pero no me parece nada digna del héroe a quien se dedica. Codazzi está haciendo litografiar por su cuenta la vista del arco de triunfo, la del carro y la del interior de la iglesia y la de una parte del convoy fúnebre; aquí hemos calculado poco más o menos del orden que seguirá la procesión; así es que en la litografía del convoy hemos hecho poner el caballo de batalla, los tres comisionados, el carro fúnebre, otro carro en que irán trece niñas representando las trece provincias y regando flores, varios piquetes de milicianos (que por cierto que se han reído mucho aquí al ver el uniforme de nuestra milicia), otro piquete de alumnos de la Academia con Meneses* mandándolos y muchos grupos de gente a pie y a caballo; esto no es más que una pequeña parte del convoy, porque lo demás no se puede ver, porque la plancha es pequeña**.

Antes de ayer llegó aquí el doctor Alegría*** y se irá por el próximo paquete para Venezuela; como él no conoce aquí a nadie ni sabe hablar francés, tengo yo que conducirlo a todas partes. Ayer lo llevé a *Nôtre Dame*, la *Magdalena* y otras de las principales iglesias de aquí; hoy lo haré subir al *Panteón*, a la *Cikynba de Vebdine* y a la de *Julio;* le haré ver el *Arco de Triunfo*, la *Estrella* y los *Canois ELíseos;* mañana lo llevaré al *Hotel de los Inválidos*, a *Las Tullerías* y al *Louvre* y así todos los días le haré ver cosas nuevas, aunque en los**** doce días***** no podrá ver casi nada, pues yo hace un mes

---

(*) Coronel Olegario Meneses, Director de la Academia de Matemáticas.

(**) Vide: Briceño-Iragorry: Preparatorio para las Pompas de Bolívar (Evocación de 1842).—Editorial Elite.—Caracas, 1942.

(***) Pbro. Dr. José Manuel Alegría, ilustre levita a quien el 29 de septiembre de 1841 el Ejecutivo Nacional comisionó para juntar en Europa hasta cien sacerdotes que viniesen a hacerse cargo de los curatos vacantes por falta de sacerdotes nativos. Se le comisionó también para concertar una misión de religiosos que viniesen a hacerse cargo de las Misiones del Caroní.

(****) Testado en el original.

(*****) Testado en el original.

que estoy aquí y todavía no he visto ni la tercera parte de las curiosidades de París y desde las seis de la mañana que me levanto estoy en la calle. Cajigal* me ha conducido a algunos museos y establecimientos públicos; con quien más paseo es con Tanco, pues Codazzi está todavía muy ocupado en sus negocios y los encargos del Gobierno.

Ayer me convidó a comer el señor Villasmil: a las 6 de la tarde fui allá y, entre los convidados, me encontré con Florentino González** y Bernardina Ibáñez; ésta al verme entrar, me dirigio la palabra y me manifestó el placer inexplicable que [sentía] al ver al hijo de la que habia sido su mejor y única amiga verdadera en Bogotá. Me dijo que mi vista le traía a la memoria recuerdos de aquellos tiempos que jamás olvidará; empezó a hablar sobre U.U. y a hacer los elogios que se merecen; su marido me hizo mil ofrecimientos y me dijo que deseaba vivamente que yo le ocupara en cualquier cosa que pudiera ofrecérseme; el asiento que me tocó en la mesa fue casualmente junto a ella; allí no cesó de hacerme mil agasajos. Después de la comida me llevó la señora Villasmil a un gabinete donde tiene un pequeño museo para enseñarme algunas curiosidades y cuando volví a la sala ya se habían ido todos los convidados y sólo Bernardina había quedado allí, pues su marido se fue temprano a una diligencia y no había vuelto; eran ya las once de la noche y ella

---

(*) Juan Manuel Cajigal, nacido en Barcelona el 10 de agosto de 1803, es una de las mas prestantes figuras de Venezuela en el Siglo XIX. Educado en Madrid y Paris, desecho ofrecimientos para ejercer el profesorado en la antigua Metrópoli, y vino a Caracas donde fue primer profesor de la Academia de Matematicas inaugurada en 1831. A sus luces se debio el desarrollo de los estudios de las ciencias exactas que tanto prestipió la escuela caraqueña. Actuó en la vida politica de la nación y en todos sus actos puso de presente sus extraordinarias condiciones de civilizador. Murió en Yaguaraparo el 10 de febrero de 1856 y en la Universidad Central su estatua severa mantiene el recuerdo de su brillante obra de educador. El Observatorio astronómico lleva su nombre y sus trabajos sobre calculo integral han merecido estudios y ponderación de sabio de los quilates de Francisco José Duarte.

(**) Florentino González es el mismo que actuó en el atentado del 25 de septiembre contra la vida del Libertador y quien fue expulsado de Colombia en virtud de sentencia del general Rafael Urdaneta. La relación que hace el joven Urdaneta desvirtúa en mucho el relato de Perez Soto en el Tomo II, pág. 143, de "El Crimen de Berruecos", acerca del encuentro del viejo Urdaneta con el septembrista el año de 1845.

se encontraba sola, a más de media legua de distancia de su casa que queda muy cerca de la en que vivo yo y sin conocer las calles; en este estado no hubo más remedio sino que tuve yo que entrar en un coche con ella y conducirla a su casa. En todo el camino no hizo más que hablarme de U.U. y por todo lo que me dijo conocí que ella quiere mucho a mi mamá y que nunca la olvida; esto lo había yo sabido también antes de ahora por Cajigal y Stricher que la visitan y con los cuales me había mandado varios recados; llegados a la casa me reiteró todos los ofrecimientos que me había hecho; me dijo que yo debía ver su casa como mía, que debía tratarla a ella, no como a una extraña, sino como a una persona de mi familia, pues además del parentesco que tiene su marido con mi mamá ellas se habían tratado siempre como hermanas; después de esto nos despedimos; aunque por una parte veo que no debo ir allá siento por otra que se me presentan inconvenientes (que tengo)* para frecuentar la casa de la única persona de aquí con quien puedo hablar sobre U. U. porque los conoce muy bien y les hace siempre los justos elogios que se merecen; de la antigua amistad de mi mamá, que tantas cosas me han contado de ella y que con tanto placer las recuerda. Su marido se ocupa aquí en el comercio; hace grandes remesas de mercancías a la Nueva Granada y está muy bien. Bernardina está todavía tan buenamoza que aquí, en París, donde tanto abundan las bellas tiene fama entre las personas que la conocen.

En días pasados llegó del campo la señora Ignacia Montilla; la he visitado varias veces y me ha hecho mucho cariño lo mismo que sus hijas; hace muchos recuerdos de mi papá a quien me encarga salude de su parte; lo mismo Stricher.

Hace cuatro días que está aquí el Ministro Plenipotenciario de la Nueva Granada en Londres, señor Mosquera**, con su señora; ayer vino a visitarme y no me encontró en casa; me dejó una

(*) Testado en el original.

(**) Dr. Manuel María Mosquera, gemelo con el Arzobispo y hermano del Gral. Tomás Mosquera, quien "en la encarnizada y funesta lucha entre Bolívar y Santander se dio con furor por el primero". Estaba casado con Doña María Josefa Pombo O'Donell.

papeleta y en ella me dice que tanto él como su señora, (hermana del doctor Pombo), desean mucho verme; yo pienso ir mañana a hacerles una visita.

Cada día estoy con más cuidado porque no sé nada de U.U. y no sé por qué conducto me han dirigido las cartas, pues supongo que me habrán escrito, pero lo cierto es que ninguna ha llegado a mis manos. Como no sé a qué casa iremos a vivir cuando llegue mi tío, no puedo darles la dirección que nos han de poner en las cartas, pero sí les diré que mientras tanto deben dirigirlas por el paquete sin necesidad de que vengan recomendadas a ninguna persona de Londres, pues con ponerles en el sobre escrito: "*Aux soins de Mr. S. Leidensdorf. Cité d'Autin, N° 14. París*", llegarían con mucha seguridad a nuestras manos.

Reciban muchas memorias de Codazzi. Saludos a todos los amigos y amigas y toda la gente de casa, que con Mr. Sauvage les escribiré a todos, que no dejen de escribirme con frecuencia pues será el único...

París, septiembre 28 de 1842

Mi querido papá:

Le remito el número 35 de "La Falange", periódico de esta capital, en el cual se habla del Libertador en términos no muy favorables. Ha de saber U. que aquí se publican 150 periódicos, la mayor parte diarios; por consiguiente, nadie lee sino algunos de los más acreditados, o los que tengan artículos de interés general o particular. "La Falange" es un papel a quien muy poco hacen caso y que no tiene ningún crédito aquí. En la parte que habla de Venezuela, en el mismo artículo, tiene muchas inexactitudes: dice que la República se formó bajo los auspicios del doctor Vargas; que muy pronto se comunicarán las costas y el interior por caminos de hierro, etc. Remito también el número del "Journal de Debats" en que está el artículo sobre Méjico que contesta "La Falange".

Allá en Venezuela creen que la cuestión Barima está arreglada con haber quitado las marcas. Nada de eso. El tratado todavía ni se ha iniciado y el Ministro Británico le saca elscuerpo con no muy buenas intenciones, según se dice aquí. Baralt* hace ocho meses que está en Madrid buscando documentos y Fortique** en Holanda. Dios quiera que esta cuestión no traiga disgustos a Venezuela.

Aquí está el coronel Wilson, recién casado con una inglesita muy chiquitica y flaquita, pero muy rica***. El seguirá muy pronto para Venezuela de Encargado de Negocios de Su Magestad Británica. Ha comprado aquí y en Londres muchos muebles y cosas muy buenas para montar bien su casa en Caracas. Me ha preguntado que si sería bueno llevar calesa; yo le he dicho que allá no se usa. He paseado aquí con él y le he hecho ver algunas cosas pues él no conocía a París. Me ha preguntado mucho por U.U. y me dice que desea mucho verles. Ha venido muy a tiempo para dirigir al pintor que está haciendo los retratos del Libertador, pues había hecho ya algunas caras y ninguna salía parecida, porque tenía ocho o diez retratos del Libertador a la vista y todos diferentes, así que el pobre no sabía qué hacerse; ahora Wilson lo ha sacado de dudas y hará una cosa muy buena, pues es uno de los más hábiles artistas de París y muchos cuadros suyos figuran en los palacios de *Louvre*, del *Luxemburgo* y de *Versalles*****.

En este mismo paquete debe irse el doctor Alegría y un hermano suyo; estuvieron aquí doce días y yo les serví en todo lo que pude; fui con ellos a Versalles, etc. Les gustó mucho esta ciudad, aunque no vieron casi nada, pues en tan pocos días no se puede conocer a

---

(*) Rafael María Baralt, ilustre escritor e historiador, ocupado a la sazón en Madrid en funciones diplomáticas.

(**) Dr. Alejo Fortique. Ministro de Venezuela en Londres.

(***) Coronel Belford Hinton Wilson, antiguo Edecán del Libertador y recientemente Encargado de Negocios en el Perú, designado para igual posición en Venezuela.

(****) Se refiere a Paulino Guerin.

París; es necesario estarse lo menos una semana en cada palacio, en cada iglesia, en cada edificio, en fin, para poder decir que se ha visto y ellos no hicieron más que recorrer de paso algunas de estas cosas. Yo les recomendé una visita para U.U.; así que lleguen mándelos saludar, tienen su casa junto a las monjas Carmelitas. El doctor Alegría es un hombre llamado a figurar en Venezuela por su talento y sus virtudes y U.U. verán como lo hacen Obispo en la primera vacante que ocurra.

Del 5 al 10 del entrante saldrá el buque en que van todas las cosas necesarias para la función del Libertador. Confieso que después que he visto todo concluido me ha parecido mucho mejor de lo que pensaba y dije a U.U. en mi anterior y todo el mundo se ha admirado aquí de que con tan pocos reales se haya hecho una cosa semejante. En el *Journal de Debats* ha salido un artículo en que se habla de esto y, entre otros disparates, dice que el Libertador murió desterrado en Lima, que en el arco de triunfo están los nombres de las batallas ganadas en defensa de las *Repúblicas Argentinas**. Es increíble la ignorancia en que están aquí sobre la geografía e historia de nuestro país; así es que frecuentemente confunden a Río de Janeiro con Caracas, a Quito con México, etc. En el pasaporte de seguridad que me puso el *Maire* o Gobernador de Burdeos dice: "Rafael Urdaneta, natural de Bogotá, en la República de Venezuela, etc." En general, no conocen aquí más que los nombres de Colombia y de Bolívar, pero solamente los nombres, porque si se les pregunta dónde queda Colombia no saben dónde.

Aquí he conocido al señor Julio Thirión, hermano del yerno del señor Dallacosta**. Es un excelente sujeto, me ha hecho muchos ofrecimientos y nos hemos visitado varias veces.

(*) Subrayado en el original.

(**) Don Juan Bautista Dallacosta, padre del benemérito ciudadano de su mismo nombre que figura entre los grandes propulsores de la cultura de Guayana. Estaba casado con una hermana del Gral. Soublette.

Antes de ayer se fue de aquí el señor Mosquera. ¡Qué excelente sujeto! Casi todos los días nos veíamos y siempre me hacía mil demostraciones de cariño, lo mismo su señora, que es muy joven y no mal parecida. Hace días que está aquí el señor Ayala: inmediatamente que llegó vino a verme y a ofrecerme su casa; todos los días me insta porque me vaya allá; yo no lo he hecho porque estoy todavía con Codazzi, con el cual me va muy bien. Este no se irá de aquí hasta el 8 ó 10 del entrante y mi tío debe estar aquí del 1º al 5, según se lo dice al señor Leidensdorf en una carta que le escribió de San Petersburgo. Cada día estoy con más impaciencia por verle llegar para ver si entre las cartas que tiene aquí hay algunas de U.U. para mí, pues no puedo ya vivir más en el estado de incertidumbre en que estoy, sin tener ninguna noticia de U.U. y sin saber si habrá sucedido alguna desgracia por allá. La última carta que ha recibido el señor Thirión es una esquela: le participa que U. había llegado bueno a Angostura y había sido allí muy bien recibido; esto es lo mismo que supe yo en La Guaira el día antes de salir. Cajigal ha recibido cartas de Venezuela y no le dicen nada de Guayana, por lo que deduzco que no habrá ocurrido novedad, pero esto no me satisface; es necesario que vea letras de U.U. para convencerme de que están buenos.

Ayer comí con Cajigal y otros venezolanos casa de la señora Montilla*.

Me figuro cómo estará por allá la guerra de papeles y los insultos con motivo de las elecciones. A Cajigal lo llaman de allá con empeño para que vaya a trabajar en ellas, pero él no quiere salir de París y tiene razón, porque pasa aquí una vida con un regular sueldo y sin tener nada que hacer.

Saludos a Octaviano, Clemente y toda la familia, pues que esta carta irá primero a mamá. Dentro de tres o cuatro días les escribiré muy

---

(*) Esposa del Gral. Juan Pablo Montilla.

largo con Mr. Sauvage. Han hecho nuevos arreglos sobre los paquetes ingleses y quedarán como antes, es decir, que sólo habrá un paquete mensual entre Venezuela e Inglaterra.

Su afmo. hijo,

Rafael.

Este año se han incendiado muchas ciudades: Hamburgo y varias ciudades de Francia y Alemania han sido casi destruidas. El 23 del corriente se incendió parte de la ciudad de Liverpool, en Inglaterra. Perecieron 1.700 personas y se quemaron muchos almacenes de mercancías, cuya pérdida se calcula en millón y medio de pesos.

(Par le paquebot anglais.—A Monsieur le Général Rafael Urdaneta, ou dans son absence a Mme. Dolores V. de Urdaneta.—Caracas voie La Guaira).

Señor general Rafael Urdaneta.

París, noviembre 28 de 1842

Mi querido papá:

El 25 del corriente le escribí por conducto del señor Thirión. Al día siguiente recibí una carta de mi mamá en que me dice que Ud. regresaría a Caracas en octubre, por haber renunciado ya al destino de Gobernador de Guayana. Yo previ las difíciles circunstancias en que Ud. se iba a encontrar por allá [y sen] tí mucho que U. hubiera ido a Angostura, porque necesariamente [alguno de los] dos partidos debía atacarlo y no podría U. estar allí [atendido] como conviene a su salud. U. no debe ya aceptar ningún destino público, sino tratar de conservar su importante salud para bien de todos nosotros. ¡Harto ha hecho ya en beneficio de la patria! En Venezuela el que sirve bien se atrae enemigos, pues nunca faltan descontentos y miserables que andan buscando la primera ocasión que se les presente para atacar a los hombres de bien. Algunos artículos del

despreciable monigote González que he visto en "El Venezolano" me han indignado y lo mismo a sus amigos...*. En fin, me alegro mucho que U. haya salido de ese [infierno] de Angostura y que esté otra vez en casa.

El 29 del mes pasado llegó mi tío y me recibió muy bien. Me ha auxiliado en todo lo que he necesitado y me ha colmado de favores y de atenciones. Ha resuelto que yo quede aquí algún tiempo más, y después vaya a Londres a aprender bien el inglés. Con esta fecha escribo al general Soublette pidiéndole un año más de licencia, pues mi tío saldrá para América en octubre o noviembre del año entrante y me iré con él hasta Caracas, pues él va a esa ciudad para de allí seguir a Bogotá. Los cursos que he empezado a seguir aquí duran meses y necesito estar en Londres lo menos cuatro para hablar bien el inglés. Bajo esta base es que he pedido un año más de licencia.

Estoy asistiendo con Cajigal a un curso de Economía Política, a otro de Historia, a otro de Geología, a otro de Derecho de Gentes. Todas éstas son materias que él sabe muy bien, pero sólo por acompañarme es que sigue ahora estos cursos. Como almorzamos y comemos juntos, en la mesa me hace explicaciones sobre las lecciones que hemos oído en el día y de esta manera aprovecho mucho. En fin, él toma el mayor interés por mí. El desea ser nombrado aquí Encargado de Negocios, y si esto no es posible, Cónsul General; este destino tiene el mismo sueldo que él gana hoy como Secretario de la Legación de Londres, pero nombrado Cónsul cuenta con su permanencia segura en París y está en la escala para ascender a Encargado de Negocios. Venezuela, necesariamente, debe establecer aquí una Legación, pues que las relaciones comerciales entre ambos países [reclaman] ya esta medida. Además, la Francia tendría que intervenir en el arreglo de la cuestión Barima y entonces es absolutamente necesario un Agente

---

(*) Se refiere a Juan Vicente González, entonces amigo y colaborador de Antonio Leocadio Guzmán en "El Venezolano".

de Venezuela aquí, sobre [todo] la República no pierde nada con esto y las ventajas que le resultan serían inmensas. El mismo sueldo que se le da a Cajigal como Secretario de la Legación de Londres se le daría aquí como Cónsul General. La Legación de Londres, hasta ahora, no ha necesitado de Secretario, pero si acaso le necesitare, llamará a Baralt que gana hoy el mismo sueldo y está en Madrid sin hacer casi nada. Cajigal ha escrito al general Soublette [para] si acaso establecen aquí una Legación o Consulado General me [nombren] oficial de ella. Espero pues que U. hará por allá todo lo posible para que me den ese destino. Me parece muy fácil conseguirlo y no dudo que U. hablará al general Páez. A Cajigal le han escrito de Venezuela diciéndole (esto es muy reservado) que lo harán Ministro de lo Interior en cuanto llegue, sin embargo, él prefiere ser Cónsul aquí. U. debe considerar las ventajas que me resultan de estar aquí con Cajigal y estudiar juntos siquiera dos años, al cabo de los cuales renunciaría el destino que solicito ahora y regresaría a Venezuela cargado de conocimientos y con otras esperanzas, otra expectativa más lisonjera que la que tengo. En fin, U. hará lo que crea conveniente en el particular. También indíquele algo al general Soublette, pues sé que él me estima y hará por mí algo sobre esto.

Antes de ayer le hicieron a mi tío una operación en el brazo izquierdo; ha estado por esto algo enfermo, pero ya está mejor. Cada día estoy más agradecido a sus bondades y lo mismo a las de Henrique*, con quien he [hecho] muy buena junta.

El 25 del corriente escribí muy largo a mi mamá y Luciano por el bergantín "Uni" que debía salir el 26 del Havre. Por el mismo buque escribí al señor Gaspary, de La Guayra, remitiéndole un cajón marcado D.U. Nº 1, en el cual va una partida de libros y un grafómetro para Luciano, un da [mero]? que me encargó mi mamá para Rosita, un lente de oro que me [lo] remite a don J. Camejo y dos

---

(*) Hijo de Don Pepe París.

paquetes de impresos [que Stri] cher manda a Luis Delpech. En este momento [recibo] carta del Havre en que me dicen que dicho buque no saldrá ya sino el 6 de diciembre, de manera que los encargos no llegarán allá hasta mediados de enero.

En España están nuevamente en guerra; el 15 del corriente hubo en Barcelona un levantamiento contra el gobierno de Espartero. Este ha salido el 21 de Madrid con algunas tropas, pero se dice que los barceloneses están resueltos a defenderse a toda costa.

La guerra en China está ya concluida. Los ingleses se aprovecharon del miedo que les tenían los chinos para exigirles condiciones muy ventajosas. Firmaron [un tratado] estipulando que la China pagará a la Inglaterra [veinte] y un millones de fuertes; que le cedería a perpetuidad una isla importante y que cinco de los principales puertos de los chinos estarían abiertos al comercio inglés*. Así pues que los ingleses han tenido la satisfacción de ser los primeros que hayan visitado el Celeste Imperio y de haber conseguido que los chinos abran sus puertos al comercio extranjero.

Mucho deseo recibir cartas de U. de Caracas y saber el estado de su salud. Hasta ahora no he recibido más que una carta suya, fecha en Angostura a 4 de julio. La última que tengo de mi mamá es de 25 de septiembre que me remitió antes de ayer el señor Mosquera.

Espero que me manden todos los papeles públicos en que salga la descripción de los honores que se hagan a los restos del Libertador el día en que entren a esa capital.

En la carta que le escribí a mi mamá el 25 le digo que, además de escribirme por los paquetes, lo hagan también por todos los buques que vienen a Burdeos y al Havre; éstas pueden mandármelas por conducto de la casa de Esquivar, en Caracas, o por la de Gaspary, en La Guaira, pero de todos modos deben ponerles en el sobre escrito

---

(*) Tratado de Nakin de 29 de agosto de 1842.

mi dirección, que es: *Rue du Helder N° 16. París.* Las que me escriban por los paquetes deben continuar mandándolas por conducto del señor Mosquera, lo mismo que las de mi tío.

Adiós, mi querido papá. Hasta octubre del año entrante que estaré en Caracas con mi tío y Henrique, los cuales ansían ver a U.

Saludo a toda la familia y soy su afmo. hijo,

Rafael.

Memorias al doctor Alegría y a su hermano si los viere; que el señor Fortique está muy sentido con ellos porque ... Me olvida decirle que me parece justo que el sustituto en mi [destino reci]ba todo el sueldo durante la nueva licencia que pido, pues temo que en caso [de no hacerlo] me critiquen. En fin, U. arreglará esto allá.

VIAJE POR BELGICA, ALEMANIA Y SUIZA

El 10 de agosto de 1843, a las once de la mañana, salí de París. Pasé por Senlis, Peronne, Cambrai y Valenciennes. En estas dos últimas ciudades me llamaron la atención las fortificaciones construidas por Vauban. En Quiebrain tomé el camino de hierro. Pasé a Mons, etc., y a las doce y media del 11 de agosto llegué a Bruselas, en donde encontré a mi tío. Esa tarde recorrí algunas calles de la ciudad; admiré el aseo que reina en ella, la belleza de sus edificios; estuve en el *Parc Royal*, hermoso paseo público. El 12 acabé de recorrer la ciudad y, por la noche, estuve en el gran teatro, "Théâtre Royal". El 13 visité con Henrique C. y mi tío la Catedral, hermoso edificio (el púlpito es una obra muy curiosa); la *Place des Martyrs*, que es lindísima, tiene en el centro un monumento elevado a las víctimas de 1830, que están enterradas en la misma plaza; esta plaza es un hermoso jardín, el *Hôtel de Ville*, uno de los mejores edificios góticos del mundo; el Museo (en la galería de pinturas hay algunos cuadros de Rubens) es muy rico en cuadros antiguos. Todas las plazas de Bruselas son magníficas por la belleza y el aseo de los edificios que

las rodean. A las doce y media nos pusimos en camino para Waterloo, adonde llegamos a las dos y media. En el "Hôtel des Colonnes", en el pueblo de Mons de Saint Jean, tomamos un poco de pan, queso, mantequilla y vino del Rhin. Dejamos allí el coche y seguimos a pie a visitar el campo de batalla; llevamos un guía inglés, el sargento mayor Cotton, que había peleado en Waterloo. Recorrimos todo el campo; subimos a la pirámide hecha con tierra del mismo campo y en cuya cima está el león colosal de Waterloo; desde allí se domina todo el campo de batalla. Por la tarde regresamos a Bruselas.

Vivimos en el "Hôtel Bellevue", el mejor de esta capital. Está situado en la *Place Royal;* se ve toda la *Rue Royal,* el *Parc Public,* los palacios del Rey, del príncipe de Orange y del Congreso, en fin, su situación es pintoresca. Es el mejor punto de vista de Bruselas. La *table d'hôte* es espléndida y cuesta tres francos diarios. El 11 comí por primera vez un plato de ranas y me gustaron mucho. En la noche del 13 fuimos a un café que está cerca del teatro del parque, y estando helados debajo de los árboles oímos cantar muy bien a un italiano acompañándose de la guitarra.

El 14 visitamos el hermoso palacio del duque d'Aremberg. Tiene una buena galería de pinturas con algunos cuadros de Rembrandt, Van Dyck, Teniers, etc.; muy buenos modelos antiguos de ébano; un hermoso *menage;* un buen retrato de María Teresa y otro de José I. El 14 por la mañana vi pasar a unos 4.000 hombres de infantería por el frente de nuestro hotel; esta tropa me pareció lucidísima, sobre todo el uniforme de las bandas de música. El palacio del príncipe d'Orange, espléndido edificio, la mayor parte de mármol en lo interior; los *plafonds* son magníficos, de madera de diferentes colores. Está sin muebles; éstos lo hizo transportar el príncipe a La Haya. Palacio del Senado y Cámara de Representantes, llamado "Palais de la Nation"; su arquitectura es muy elegante; llama la atención el frontispicio por su hermoso bajo relieve. La sala del Senado es muy simple; la de los Representantes está en anfiteatro y es mejor que la del Senado. Después visitamos una fábrica de encajes en que trabajan mil quinientas personas. Los

encajes más finos los hacen todos a la mano con una paciencia extraordinaria; algunas viejas que tenían ya cincuenta años de trabajo estaban ocupadas en hacer encajes riquísimos; en el aprendizaje emplean siete años. Una libra de hilo para los encajes más finos cuesta tres mil francos. El encaje más fino no puede tejerse de más de una pulgada de ancho, luego los unen.

El jardín botánico, hospital, etc., son magníficos.

El 11 visité la iglesia de Saint Jacques de Caudenberg, en la *Place Royal* y al lado del hotel de *Bellevue*, segunda iglesia parroquial. El frontis está sostenido por seis columnas de ornamento corintio; cinco bajos relieves en el interior del pórtico; el interior, compuesto de una sola nave, es bellísimo; el coro está rodeado de un semi círculo de columnas corintias y, a los lados, dos estatuas de un apóstol y una religiosa; el *plafond* está adornado de esculturas; el campanario no está en armonía con lo demás del edificio; hay un magnífico reloj. El jardín botánico es hermoso edificio; muy buenas *serres chaudes*; el hospital general, etc.

A las cinco de la tarde del 14 de agosto salimos de Bruselas por el camino de hierro. Pasamos por Malinas, Louvain, etc., y a las ocho y media de la noche llegamos a Liége.

En el palacio del duque d'Aremberg, en Bruselas, hay una buena biblioteca; dos cabezas muy antiguas de Laocoon, una de ellas de tres mil años y una copia en pequeño del grupo de Laocoon.

Liége, situada en la confluencia de los ríos Sambre y Meuse. Llegamos al "Hôtel de l'Europe", el mejor, en la calle *du Spectacle*. El 15 por la mañana fuimos a la Catedral, en donde estaban diciendo una misa cantada. Me acordé mucho de Caracas por la semejanza que hay en algunas costumbres, principalmente en la iglesia; el país es también muy parecido: los alrededores, el campo, todo es idéntico. Visité también la hermosa iglesia de Saint Jacques y la basílica de San Martín; el Palacio de Justicia; *Hôtel de Ville;* teatro. Edificios regulares. La plaza de Grétry, en medio de la cual está la

estatua en bronce de este compositor. Los puntos de vista y el campo son lindísimos. El reloj de la Catedral toca un retazo de ópera cada cuarto de hora. Población: 66.000 habitantes. Ciudad muy manufacturera: artillería, principales armas de fuego, una fundición de cañones. Las casas de Bélgica son casi todas de tejas.

A las siete y media de la mañana del 16 nos fuimos en el camino de hierro y a las diez y media llegamos a Verviers, bonito pueblo con veinte mil habitantes. Allí tomamos un coche y seguimos hasta Aix-la-Chapelle, adonde llegamos a las tres y media de la tarde. En Eupen, primer pueblo de Prusia, en la frontera de Bélgica, nos visaron los pasaportes. Allí almorzamos a las dos. En Aix-la-Chapelle llegamos al magnífico hotel de la "Couronne Imperiale" que tiene un bello jardín. A las siete y media de la noche, después de haber comido, fuimos a pasear a los *boulevards*, hermoso paseo público. En la noche entramos al magnífico edificio de Elisenbrunnen (baños de Elisa), situado en el *boulevard*. Allí se toman las aguas termales antes de entrar al baño; se dan gratis en vasos muy bonitos de una fuente que viene del corredor. A las seis de la mañana empieza a llegar la gente y a tomar el agua. Una música deliciosa está tocando constantemente durante las horas de baño, y por la noche desde las ocho y media en el magnífico corredor que da al *boulevard;* allí se toman helados, etc., pues es un café. En la mañana del 17 fuimos Henrique y yo a tomar el agua: es de un olor muy desagradable pero de un sabor muy bueno. Es lo mismo que tomar caldo de huevos. (Ese mismo día estuvimos en la casa de juego que es magnífica. El juego está prohibido en toda Prusia, excepco en esta ciudad).

El mismo día visitamos el *Hôtel de Ville (Rathhaus),* hermoso edificio que fue habitado por Carlomagno y allí se firmaron también los tratados de 1648 y 1818. Vimos allí una exposición de los productos de la industria y había cosas muy buenas, como paños, pianos; etc. En la plaza del *Hôtel de Ville* hay un mercado y en el centro una fuente con la estatua de Carlomagno. Vimos después la Catedral *(die Dom Kirche),* magnífico edificio imitando la iglesia del Santo Sepulcro; fue consagrada por León III y asistieron a esta

ceremonia trescientos sesenta y cinco arzobispos y obispos. Esta Catedral encierra tesoros preciosísimos y son: el verdadero vestido o camisón de la Virgen, los clavos con que crucificaron al Salvador y el paño en que cayó la cabeza de San Juan Bautista cuando fue decapitado y los pañales en que fue envuelto el Niño Jesús; éstas son las grandes reliquias que sólo se enseñan cada siete años; la última fue en 1839 y vinieron sobre ochenta mil peregrinos. Las otras reliquias las vimos y consisten en lo siguiente: un pedacito de la verdadera Cruz que tendrá una diez líneas de largo y dos de ancho, el cinturón de la Virgen, un pedazo de la cuerda con que ataron a Nuestro Señor, un ídem de la esponja con que le dieron a beber vinagre, un poco de pelo de San Juan Bautista, un pedacito del hueso de la pierna de San Simón, tres dientes de San Bartolomé, la cruz que usaba Carlomagno de piedras finas con una astilla de la verdadera Cruz, la canilla, un pedazo de cráneo y una parte del brazo de Carlomagno y otras varias. Todas estas reliquias están en cajas de plata dorada unas y otras en cajas de oro riquísimas y todas guarnecidas de brillantes y otras piedras preciosas. También vi y me senté en el butaque *(fauteuil)* de Carlomagno, es de mármol y estaba todo cubierto de oro con bajos relieves; ahora está desguarnecido y el oro adorna la alacena en que están las cajas de las reliquias. Vi también un buen retrato de Carlomagno, su sepulcro y su corneta de caza *(cor de chasse* de diente colmillo de elefante, etc.) El teatro es mejor que los de Bélgica y en lo exterior aventaja también a los de París porque es nuevo y de una arquitectura elegante *(Schauspielhaus).*

Aix-la-Chapelle es una ciudad importante en la historia. Aquí era donde se coronaban los emperadores alemanes. En la Edad Media fue afamada (y hoy día también) por sus manufacturas de paños y otras telas en ese mismo tipo. Se reunieron aquí muchas Dietas del Imperio y algunos Concilios; después se han celebrado aquí algunos Congresos memorables; en 1608 y 1668 se firmó el tratado de paz entre Francia y España; en 1748 fue firmada aquí la paz por los soberanos de Europa y, en 1818, los emperadores de Rusia y Austria, el rey de Prusia y los embajadores de Luis XVIII y de

Inglaterra decidieron la evacuación de la Francia por el ejército aliado.

El 17 por la tarde fuimos al magnífico café de Lousberg, situado en una eminencia que domina todo el campo. Este panorama es lindísimo, de lo mejor que puede verse. La población de Aix-la-Chapelle (Aachen o Aquisgrán) es de cuarenta mil habitantes.

El 17, a las seis y media de la tarde, nos pusimos en el camino de hierro. Pasamos por el estupendo viaducto y después de seis estaciones llegamos a las ocho y media a Colonia. El camino de hierro de Liége hasta Colonia es una obra maestra por las dificultades que han tenido que superar; hay *tunnels* hasta de media legua de largo y han tenido que taladrar unos doce cerros (de roca casi todos) y en otras partes construir viaductos o puentes inmensos. El 18 por la mañana salimos a visitar la ciudad de Colonia. (Estamos en el mejor hotel, "Rheinberg"). Fuimos primero a la Catedral que no está aún acabada, pero es una obra maestra de la antigua arquitectura teutónica. Estuvieron trabajando en ella doscientos cincuenta años. Las bóvedas están sostenidas por cien columnas y las cuatro del medio tienen treinta pies de circunferencia, y cada una de las cien columnas está adornada de un bello chapitel. Hay una campana que pesa veinticinco mil libras y es tirada por doce hombres. Subimos a lo más alto, desde donde se disfruta de una vista magnífica sobre toda la ciudad, los alrededores y el Rhin. El coro, cuya bóveda se eleva majestuosamente hacia el cielo, es, con las capillas que le rodean, la única parte acabada de la Iglesia. Grupo de columnas esbeltas se lanzan a una altura prodigiosa como los árboles de un auténtico bosque. La piedra del altar es un trozo de mármol negro de dieciséis pies de largo y nueve de ancho. En las columnas de la entrada del coro hay dos bellas estatuas de mármol blanco de la Virgen y de San Pedro, obras preciosas de la escuela italiana. Los sepulcros de los dos hermanos y arzobispos Adolfo y Antonio de Schanenbourg tienen hermosas estatuas de mármol blanco y bonitos follajes en bajo relieve. Los apóstoles de piedra que adornan las columnas son monumentos preciosos. Hay un excelente órgano. Las pinturas de los vidrios de las ventanas son muy antiguas y muy

apreciadas. El monumento de los tres Reyes Magos es de orden jónico y está en una capilla detrás del altar mayor. Las reliquias de los tres Reyes están en una gran caja de oro que pesa dos arrobas; allí están también las de San Félix, Nabor y Gregorio de Spoletto; está dividida en dos partes: en la más ancha están las reliquias de los tres Reyes, cuyos cráneos se ven con los nombres escritos de rubíes: Gaspar, Melchor y Baltasar. Toda la caja está rodeada de arcadas, óvalos, según el gusto del siglo XII, sostenidas por columnas de un trabajo admirable en esmalte y con una multitud de *estatuotas*. La caja está sobrecargada de toda especie de piedras preciosas (1.200) y de piedras griegas y romanas. Todo es admirable y riquísimo. Cerca de esta capilla están enterrados los electores de la casa de Baviera. También está allí la tumba de María de Médicis, cubierta de una simple lápida, sin ninguna inscripción. En otras capillas están enterrados algunos arzobispos, entre ellos, Conrado de Hochstedten, fundador de la Iglesia. Hay también un famoso cuadro antiguo representando la adoración de los Magos. En otra capilla hay también multitud de alhajas riquísimas y está representada toda la pasión en marfil, trabajo finísimo y que duró treinta años. El Rey de Prusia actual destina anualmente fuertes sumas para continuar los trabajos de la Catedral. Cuando esté acabada será uno de los mejores edificios del mundo. La iglesia de Nuestra Señora del Capitolio es la más antigua de la ciudad. Está allí enterrada Plectruda (fundadora de esta Iglesia, mujer de Pepin y madre de Carlos Martel). También está enterrada allí Santa Ida parienta de Plectruda. La iglesia de "Saint Géreon et des Saints Martyrs de la légion thébaine" es una de las más bellas de la ciudad. Allí fueron enterrados todos estos mártires; sus huesos están colocados en las galerías altas del edificio. La iglesia de San Pedro, en donde fue bautizado Rubens; hay un buen cuadro de este pintor representando la crucificación de San Pedro. Vimos después la Iglesia de Santa Ursula, en donde está enterrada esta santa. Toda la Iglesia está llena de huesos de las once mil vírgenes y en un cuarto con muchos adornos de oro están conservados multitud de cráneos de estas vírgenes. Su historia está pintada en la Iglesia. La iglesia de los Jesuitas tiene muy bonitas decoraciones en lo interior: un banco de comunión de mármol blanco cubierto de arabescos y bajos relieves; el órgano y el púlpito

son muy buenos. No hay Jesuitas en Colonia. El Museo tiene una buena colección de pinturas de la antigua escuela alemana; vimos otra colección de pinturas magníficas. Estuvimos en el panorama del pasaje del Rhin por el general Hoche en 1797 y en un diorama vimos la casa en que murió María de Médicis; en la misma nació Rubens.

Estuvimos en la tarde en la pintoresca isla del Rhin, donde hay un buen café. Después fuimos a la *Bellevue* que está del otro lado del río, en la antigua ciudad de Deutz; allí estuvimos largo rato sentados en el jardín oyendo una música deliciosa. En la mañana de ese día y en la del siguiente 19 vi pasar muchos cuerpos de infantería, caballería y artillería. Los uniformes no me gustaron. Las bandas de música me parecieron magníficas. La población de Colonia es de setenta mil habitantes. Es ciudad bien fortificada.

A las diez y media de la mañana del diecinueve nos embarcamos en un magnífico vapor, el mejor que he visto hasta ahora (comidas, infinidad de pasajeros, etc., en este vapor) y seguimos con dirección a Coblentza. Pasamos por Bonn, patria de Beethoven, célebre por su universidad y situada en uno de los lugares más pintorescos que he visto. Seguimos pasando por infinidad de pueblos y ciudades bellísimas y admirando las encantadoras orillas del Rhin hasta Coblentza, adonde llegamos a las ocho de la noche. Esta ciudad está situada en la confluencia del Rhin con el Moselle, con una población de diecisite mil habitantes. Guarnición: 7.000 hombres.

Lo más interesante que tiene son sus fortificaciones, reputadas como de primer orden. Enfrente de la ciudad y en la orilla opuesta del río, se eleva el peñasco de Ehrenbreiststein, cubierto de fortificaciones que han costado treinta millones de francos. En esta fortaleza pueden acuartelarse catorce mil hombres con víveres para seis años y agua para dos. Esta posición es intomable y por su situación domina el Rhin. Cuatrocientos cañones defienden su entrada. La ciudad está rodeada de enormes murallas que cruzan sus fuegos con los de los diferentes fuertes destacados que hay en las alturas inmediatas.

Llegamos al "Hôtel Bellevue", muy bien situado a orillas del río y bueno. El 20 nos embarcamos a las nueve de la mañana en un vapor de la compañía de Colonia y continuamos remontando el majestuoso Rhin. Esta es la parte más pintoresca e imponente del río. A las ocho de la mañana llegamos a Maguncia. "Hotel de l'Europe" (el mejor en que hemos estado). Al día siguiente, 21, tomamos un coche y salimos a recorrer la ciudad. Estuvimos en la Catedral que es magnífica. Allí está enterrada Frastrada, esposa de Carlomagno, y el trovador Fraunlob. Los epitafios de 22 arzobispos son interesantes. Tiene esta ciudad un buen teatro, biblioteca de noventa mil volúmenes, una bonita colección de pinturas, una colección de antigüedades romanas, un gabinete de medallas, etc., etc. Esta ciudad está situada sobre una pequeña eminencia, en un país rico, fértil y pintoresco y muy cerca de la confluencia del Rhin con el Main. Tiene cuarenta y cinco mil habitantes y nueve mil hombres de guarnición, prusianos y austriacos. El uniforme de estos últimos me gustó mucho: pantalón de paño azul celeste y casaca blanca de paño con vueltas encarnadas. Es capital de Ducado de Hesse-Darmstadt; muy bien fortificada y con tres y media leguas de circuito. En esta ciudad nació el inventor de la imprenta, Gutenberg, cuya estatua colosal, fundida en París por un modelo de Torwaldsen, vi en la plaza principal que lleva su nombre. La mayor parte de los edificios públicos de esta ciudad están construidos con piedra de color de ladrillo. El teatro, Catedral, palacio que habitó Napoleón, etc., son de esta piedra.

Es imposible describir la variedad de objetos que se presentan a la vista del viajero que recorre las encantadas márgenes del Rhin. En ninguna parte la naturaleza ofrece sitios más variados, montañas más bellas, paisajes más encantadores, ruinas más imponentes. La escena varía a cada instante. Tan pronto se ven ciudades inmensas, populosas, situadas entre jardines y campos inmensos de viñas que desaparecen de nuestra vista para presentarnos algunos lugares solitarios; después de haber seguido su curso por llanuras inmensas, se encuentra de reprente el río encajonado entre dos cadenas de montañas, en cuyas cimas se distinguen a cada paso restos de antiguas fortificaciones, de palacios construidos por Julio César o por

Carlomagno o por Luis XIV etc. Las tradiciones que se conservan en el país y las leyendas que de ellos se han formado hace más interesante estas ruinas.

El 29 de agosto, a las seis de la tarde, salimos de Maguncia por camino de hierro (cuya estación está en Capel) y a las siete llegamos a Francfort, ciudad situada entre jardines a orillas del Main. Llegamos al magnífico "Hôtel de l'Empereur romain". Estuvimos el 22 en la Catedral, edificio notable por su antigüedad. En el *Roemer (Hotel de Ville)*, edificio interesante por sus recuerdos históricos. Allí se eligieron durante siglos los emperadores de Alemania. Vi los retratos de todos los que han ocupado el trono, desde Conrado hasta nuestros días. También está allí la bula de oro promulgada por Carlos IV en 1356 que formaba la gran carta o ley fundamental del imperio germánico. En el *Roemer* hay varias oficinas públicas. La sala del Senado me pareció muy mala, peor que la de Bruselas. La galería de pinturas fundada por Mr. Staedel, en donde hay cuadros muy buenos. La colección de esculturas de Mr. Bethmann, colocada en un bonito edificio en medio de un jardín; esta galería contiene muy buenas copias en yeso del grupo de Laocoon, de la Diana etc. En una pieza separada está la famosa estatua en mármol de Ariana, obra maestra del escultor Dannecker y la maravilla de Francfort; es magnífica, costó veinte mil florines. El lindo jardín de Mr. Rothschild, casi igual al que tiene Suresnes, a orillas del Sena. El nuevo cementerio, en donde hay una galería o corredor inmenso; allí vi un monumento de la familia Bethmann, ejecutado por Torwaldsen; costó treinta y dos mil florines. Hay en este cementerio un aparato ingenioso para conocer si los cadáveres que van a ser enterrados allí conservan algún signo de vida. Francfort tiene cincuenta mil habitantes y es la ciudad más bonita que he visto en Alemania. La belleza de sus alrededores, el aseo y blancura de la mayor parte de las casas, su pintoresca situación a orillas del Main, todo contribuye a hacer de esta ciudad uno de los puntos más agradables que darse puedan. Vi también el monumento de los Hessois, matados en el asalto de 1792 en la puerta de Heriedberg y otras varias cosas. Por la tarde (22) fuimos al lindo café situado a orillas del río, cerca de una de las puertas de la ciudad; se

llama "Mainlust" y su situación es encantadora; el jardín muy bien dispuesto y los nuevos edificios son de mucho gusto y elegancia; allí nos estuvimos hasta las ocho de la noche que nos fuimos en el camino de hierro para Mayence, adonde llegamos a las nueve y cuarto. Volvimos al mismo magnífico "Hotel de la Europa". En el cementerio de Francfort vi una muchacha muy bonita. El 23, a las tres de la tarde, nos embarcamos en un vapor y continuamos remontando el lindo Rhin. Por la tarde llovió mucho e hizo bastante frío. Por la tarde llegamos a Mayence por el río; también llovió mucho y el buque venía sumamente lleno de pasajeros. A las nueve y media de la noche del 23 llegamos a Mannhein. "Hôtel de l'Europe" (regular, muy bien situado). Esta ciudad está situada en la confluencia del Rhin con el Neckar. Población: 24.000 habitantes. Es la ciudad más regular que he visto en Europa. Es una de las ciudades más bellas de Alemania, pero es sumamente triste y solitaria; se asemeja mucho a las ciudades de América. Está rodeada como Francfort de hermosos jardines y paseos públicos. El 24 por la mañana subí al Observatorio, edificio de ciento quince pies de altura; desde la plataforma se descubren todas las campiñas de los alrededores, lo que forma un golpe de vista delicioso. Desde allí, con un anteojo, descubrí las ciudades de Worms y Spyre. Estuve también en las dos plazas públicas: la primera sirve para las paradas militares, en el centro hay una bonita fuente; la segunda es la plaza del mercado, en cuyo centro hay un magnífico grupo de figuras de mármol blanco, haciendo alusión a la situación de la ciudad entre el Rhin y el Neckar. El jardín público, sobre el dique del Rhin, es muy bello. Del otro lado del Neckar hay muchas casas y jardines públicos muy agradables. El Arsenal es un hermoso edificio; lo mismo el *entrepot* (almacenes de depósito). La iglesia de los Jesuítas es sumamente bella y los edificios que de ella dependen magníficos. En el palacio de esta ciudad reside la duquesa Estefanía, hermana adoptiva de Napoleón*. Hay en Mannhein un regular gabinete de historia natural; la colección de caracoles me pareció bastante completa. El 24 salimos de Mannhein para Heidelberg, adonde

---

(*) Cuñada de Napoleón.

llegamos en tres cuartos de hora por el camino de hierro. Está la ciudad a la entrada del bello valle del Neckar y del camino de las montañas que va a Munich. La universidad es la más antigua de Alemania, después de la de Praga. Llegamos al "Hôtel du Prince Charles" (muy bueno). Después de habernos paseado en coche por las orillas del Neckar nos dirigimos a las ruinas del antiguo palacio de los condes Palatinos, situado en una eminencia que domina la ciudad y sus lindos alrededores. En la mitad de la cuesta entramos a una casa donde hay dos estanques de truchas, había una infinidad; son allí criadas con mucho cuidado para después venderlas. Hay allí un ojo de agua cristalina, pura y fría; la mejor que he tomado en Europa; igual a la de la venta en la Silla de Caracas. A poco rato llegamos al palacio que fue arruinado por una tempestad en 1760. Varios rayos cayeron allí y lo incendiaron. Quedan, sin embargo, bastantes despojos para dar a conocer su primera magnificencia y la habilidad consumada del arquitecto. Se ven allí las estatuas mutiladas y las columnas que en siglos anteriores adornaban el palacio imperial de Carlomagno en Jughelheim. En la cueva vi un tonel que parece contener doscientas ochenta y cuatro mil botellas de vino. La población del Heidelberg es de quince mil habitantes. Después de haber visto las ruinas del palacio bajamos al hotel. Caminamos y seguimos por el camino de hierro a Carlsruhe, adonde llegamos a las ocho de la noche, en dos horas de marcha. "Hôtel de la Croix" que pasa por el mejor de la ciudad. Nos pareció malo, bien es que apenas encontramos dos malos cuartos porque los demás estaban ocupados. Esta ciudad es bellísima y sus calles muy espaciosas y regulares; sus edificios muy buenos. Tiene la forma de un abanico, cuyo centro o mango es el palacio del Gran Duque; de allí salen las once calles que forman un semicírculo completo, y a la dirección opuesta, formando el otro semicírculo, hay un inmenso bosque de *Hort* con otras veinte y una calles y alamedas. La plaza del mercado es la principal de la ciudad. Allí está el "*Hotel de Ville*", bonito edificio; la iglesia protestante; la fuente con estatua del Gran Duque Luis; en el centro de esta plaza, bajo una pirámide, están los restos del margrave Carlos Guillermo, fundador de Carlsruhe; un poco más allá está la bonita puerta Etlingen, con bajos relieves, haciendo alusión a la reunión del Palatinado con Baden. El palacio

del Gran Duque es magnífico, ricamente decorado; tiene piezas con adornos de todos los colores, es decir, de cada color una; de lo alto de la torre cubierta de plomo que se eleva en medio del palacio se descubre un panorama magnífico. Hay en el palacio, cerca de la gran sala de baile, una pieza con muchísimos espejos en donde se ve uno por todas partes, pero tiene la particularidad de que, colocado el espectador en el centro de la pieza, aunque esté enfrente de todos los espejos, no se ve en ninguno de ellos. Los jardines del palacio son lindísimos. Vi también el Arsenal, la Escuela Politécnica y la Casa de Monedas edificios bastante buenos. El teatro, aunque malo en lo exterior, es bueno en lo interior. Estuve en el Cuartel de Caballería. Por la calle del cuartel vi pasar quinientos hombres de esta arma; iban veinticuatro músicos en caballos rucios y tocando divinamente; uniforme azul celeste y calzones blancos; seguían cien caballos alazanes, luego cien castaños claros, cien castaños oscuros, cien negros y cien rucios. Esta tropa me pareció muy buena; los caballos magníficos.

El 25, después de almorzar, salimos de Carlsruhe en un coche de *remise*. Descansamos un rato en Etlingen. Pasamos por la bonita ciudad de Rastadt y por otros pueblos y a las seis horas de viaje llegamos a Baden, al magnífico "Hôtel de l'Europe". A las cinco comimos en la magnífica *table d'hôte* (150 cubiertos) al son de una música agradable. Después de comer fuimos a la *maison de conversation*, magnífico edificio de un estilo elegante y grandioso; está situado en el paseo principal, en donde se reúne la excelente sociedad que visita a Baden todos los años. De las seis de la mañana a las ocho se toman las aguas en otro moderno edificio situado cerca de la *maison de conversation*. A todas horas está llena la *maison de conversation* pero principalmente al mediodía y por la noche están todos los salones ocupados por una inmensidad de gente y lo mismo el paseo público que está enfrente de la casa; allí hay un gracioso pabellón en donde se reúne la música por la mañana y por la noche. La *maison de conversation* contiene un restaurante, un teatro, café, una librería en la cual hay una linda francesita parecida a A. de B.*

(*) A. de B., está testado en el original.

un gabinete de lectura, pero lo más bello del edificio son las salas del juego y de baile. La primera tiene ciento cincuenta pies de largo y cincuenta y dos de ancho; la segunda es un poco más pequeña. Todas dos suntuosamente amuebladas. En otra parte del edificio está la "reunión des etrangers". Además de la sala de baile ya mencionada hay otros salones muy bien amueblados y en donde se reúnen en *soirée* los abonados cuando no hay gran baile. En fin, todo el edificio es inmenso, imponente. La fachada está sostenida por ocho columnas de orden corintio. En las inmediaciones de la "casa de conversación", entre ésta y el riachuelo de Ahlbach, hay multitud de tiendas debajo de los árboles, muy surtidas de todo cuanto puede necesitarse. En la noche del 25 estuvimos paseándonos en los alrededores de la "casa de conversación" y oyendo la música que se toca allí desde las seis hasta las ocho de la noche; luego vimos jugar un rato y después nos fuimos a acostar. Nuestro hotel está situado a orillas del riachuelo de Ahlbach y enfrente del principal paseo y a la *maison de conversation*. A las seis de la mañana del 26 tomamos las aguas en otro magnífico edificio destinado al efecto, y luego estuvimos paseándonos y oyendo la música. Después de almorzar hicimos una expedición en burros, conducidos por dos muchachos de diez a doce años, a las ruinas del antiguo Castillo de los Príncipes *(vieux chateau)*, situado a media legua de Baden, en la cima de una montaña. El camino que conduce a ellas está sembrado de árboles, acacias, hasta la entrada de la selva en donde hay una cabaña, de donde se goza de una vista magnífica. Continúa después un camino muy cómodo para coches, sembrado de pinos, encinas, *hêtres*, etc., hasta las imponentes ruinas del antiguo palacio. Subimos hasta la torre cuadrada desde donde se descubre el Rhin serpenteando en medio de un risueño valle, el pueblo de Baden con sus pintorescos alrededores y, detrás de las ruinas, unos enormes peñascos de *pórfiro* que, separados en cuatro grupos, presentan el aspecto de muros de apoyo destinados a sostener la parte meridional del castillo. El panorama que se desplegaba ante mi vista es uno de los más pintorescos y bellos que he visto. En medio de estas ruinas hay una vegetación abundantísima que impide al sol penetrar en ellas. Después de haber tomado cerveza al pie de un árbol, en medio de las ruinas, volvimos a

montar (tomar nuestra asnal cabalgata) en nuestros burros y bajamos por el mismo camino hasta la entrada de Baden, en donde visitamos el palacio nuevo, cuya arquitectura no tiene nada de particular, pero su posición es admirable, pues domina todo el valle; sus jardines son hermosos. Lo más curioso que visitamos en este palacio fue las horribles bóvedas subterráneas en donde, según la tradición, se reunía antiguamente un tribunal secreto. Nada he visto más horroroso e imponente al mismo tiempo que estos subterráneos: las enormes puertas de piedra que dos hombres pueden apenas mover, la pavorosa obscuridad del lugar, la humedad que hay allí, las horriles *trapes** en donde se ejecutaban las sentencias de aquel tenebroso tribunal, todo me transportaba a los tiempos bárbaros de la Inquisición y a pesar de estar allí rodeado de mi gente, con buenos guías y bien alumbrado, no pude menos de sobrecogerme al verme en aquella horrible mansión. Después de haber salido de allí continuamos hasta nuestro hotel. Comimos con más acompañamiento que el día anterior (250 a 300 personas) y luego fuimos al paseo llamado "Allée des chénes", a cuya entrada se distinguían tres rudas casas de campo, una de las cuales pertenece al príncipe de Wasa. De ambos lados, el camino está plantado de antiguas encinas; a la derecha se ven verdes colinas; a la izquierda, en medio de floridas paredes, los baños llamados de "Stephanie" y, a lo lejos, la cima del Mercurio, coronada de pinos. Este paseo es muy concurrido a esta hora por la gente de coche y los de a pie. Por la noche fuimos a la *maison de conversation*. Estuvimos viendo jugar un rato y luego entramos mi tío y yo al baile que había esa noche en la magnífica sala destinada al efecto. La reunión era muy numerosa y escogida: había allí representantes de todos los países de Europa y de algunas naciones de América. Abundan los *liones* de París, los príncipes y princesas rusos y alemanes, los ricos banqueros de Hamburgo y Amsterdam, los lores, *dandys* y *ladys* ingleses, los compositores italianos, los turistas norteamericanos, los barones belgas, los refugiados poloneses y los condes escandinavos, los estudiantes de Heidelberg, y algunos delegados del país latino y de la *Chaumiére* se encontraban allí en minoría, y, en fin, mi tío y yo,

(*) Por trappes.

los dos únicos representantes en aquella reunión cosmopolita de la gaita de Bogotá y de la zapa de Venezuela. El baile se empezó con mucha circunspección hasta que uno de los delegados del país latino y una condesa de contrabando, olvidando el lugar en que se encontraban y creyéndose tal vez en la *Chaumiére* o en la *Chartreuse*, empezaron a regalarnos con el baile nacional francés, el famoso *cancan*, y a escandalizar las sencillas alemanas y las delicadas *miss inglesas*. Afortunadamente dos rubicundos gendarmes alemanes nos desembarazaron de aquellos dos tipos, del estudiante y de la *griseta* de París, y el baile continuó sin interrupción. Después de haber bailado una cuadrilla con una linda francesita, otra con una vieja duquesa austriaca (compromiso a que me vi forzado por agradar a un joven "lion" amigo mío que le hacía la corte) y un vals con una divina *miss* inglesa, me retiré a dormir a las dos de la mañana. A las seis del siguiente día, 29 de agosto, me levanté, di un último paseo por la *maison de conversation* y sus lindos alrededores, vi por última vez la linda muchacha de la librería y a las ocho le compré unas vistas del pueblo.

Abandonamos el delicioso y encantador pueblo de Baden en un coche de alquiler y, atravesando fértiles y hermosísimos campos muy bien cultivados, llegamos a Buhl, pueblo importante a tres leguas de Baden. Allí descansamos un rato. Me llamaron la atención los extraños peinados y los sombreros de tres picos de los campesinos y habitantes de aquel pueblo. Continuamos nuestro camino por aquel encantado país cuyos caminos están sembrados, como algunos de los de Francia, de árboles frutales a uno y otro lado. A una legua de Buhl pasamos por el cortijo y casa de baños de *La Houb*, situado en un delicioso valle rodeado de colinas y a través del cual serpentea un límpido arroyo. A una legua de distancia está el monumento erigido a Turena, en el lugar en que una bala puso término a su vida el 27 de julio de 1675. En fin, a las tres y media de la tarde, pasamos por Kehl, ciudad pequeña y floreciente sobre la orilla derecha del Rhin y enfrente a Strasburg, de la cual está separada por dos largos puentes. El río se divide en dos brazos y forma en el medio una isla; en esta isla hay un monumento elevado y dedicado por el ejército del Rhin a la memoria del héroe de

Marengo, general Dessaix. Consiste en una pirámide truncada, con bajos relieves a los lados. Es espectáculo curioso el ver en la orilla derecha del río la aduana y guarnición alemana, y a la orilla izquierda, a algunos pasos de distancia, la aduana y guarnición francesa. Después de una minuciosa y pesada visita que hizo esta última a nuestros equipajes, entramos en la ciudad de Strasburg a las cuatro y media de la tarde y fuimos al magnífico hotel de la "Ville de París". Tuve una alegría inmensa al verme otra vez en Francia, aunque aquella ciudad más bien parece alemana, tanto por haber hecho parte de aquella nación durante muchos siglos cuanto porque el idioma alemán es allí casi más común que el francés, pues Luis XIV fue quien la agregó a Francia en 1681. Comimos a las cinco y media en la magnífica y concurrida *table d'hote* de nuestro hotel, y por estar lloviendo no salimos esa noche. Al siguiente día, por la mañana, 28 de agosto, recorrí una gran parte de la ciudad. El Ill, río navegable, atraviesa la ciudad y luego se pierde en el Rhin. Las calles de la ciudad son, en general, estrechas; las casas sumamente altas. Población: 50 a 60.000 habitantes. Quince iglesias: siete católicas, siete protestantes, una reformada. Catorce puentes atraviesan el Ill entre la ciudad. Es una de las primeras plazas fortificadas de Francia, pues el famoso Vauban, de orden de Luis XIV, fue quien construyó su ciudadela, que tiene la forma de un pentágono. Lo más interesante que tiene Strasburg es su Catedral, empezada a construir por Clovis, continuada por Carlomagno, destruida (quemada) enteramente por el rayo en 807, y empezada de nuevo en 1015 fue acabada en 1275. La torre y la aguja (flecha) fueron empezadas en 1726. Esta última tiene cuatrocientos cuarenta y cinco pies (de París) de altura y es, por consiguiente, ocho pies más alta que la cúpula de San Pedro, en Roma, y tres más baja que la gran pirámide de Egipto. Se sube hasta la punta de la aguja por seiscientos sesenta y cinco escalones y desde allí se goza de uno de los más bellos panoramas del mundo. Yo subí hasta la punta y me quedé allí unos dos minutos disfrutando de aquella magnífica vista. El magnífico reloj de la Catedral estaba parado cuando yo fui. Al salir de allí fue a ver la estatua de Guttenberg y la del general Kellerman, situadas en medio de dos bonitas plazas. El 28, a las cuatro de la tarde, tomamos el camino de hierro para Bâle. Pasamos

por Seletstadt, Colmar, Mulhausen (una de las ciudades más manufactureras de Francia). A las ocho de la noche llegamos a San Luis y de allí un ómnibus nos condujo a media hora de Bâle (Basilea). "Hôtel des Trois Rois". Estuvimos alojados en malísimos cuartos por la inmensa cantidad de viajeros que allí había. Bâle es la capital del cantón llamado Bâle-Ville. Está situada sobre ambas orillas del Rhin, formando un ángulo sobre las fronteras de Francia, de Suiza y de Alemania. Población: 24.000 habitantes (4.000 católicos). El 29 por la mañana fuimos a visitar la Catedral, situada en un lugar elevado a orillas del río. El conjunto del edificio, aunque de una arquitectura muy ordinaria, es de un aspecto interesante y pintoresco. Vi en ella la tumba de la emperatriz Ana, mujer de Rodolfo de Habsburgo y madre de la línea de príncipes de la casa de Austria; la de Erasmo y las de los tres reformadores Alcolampadinos, Gryneaus y Mayer con otros menos importantes. Estuve en la sala llamada del Concejo *(Conseil)* situada cerca del coro y en donde se celebraban las sesiones del famoso Concilio de Basilea que estuvo reunido desde 1436 hasta 1444. Esta sala es muy baja y no tiene sino cuatro ventanas góticas. Se conserva todavía en el mismo estado en que estaba en tiempo del Concilio. Las dos torres o flechas de la iglesia son de una piedra colorada. Detrás de este edificio hay un lindísimo terraplén *(terrasse)* elevado como unas ochenta varas sobre el nivel del río, sembrado de castaños, desde donde la vista se extiende sobre el valle del Rhin, la ciudad entera y las montañas de la Selva Negra y cuyo conjunto forma un delicado panorama. De allí fuimos al "Hôtel de Ville" *(Rathhaus)*, situado en la plaza del mercado, edificio gótico bastante bonito. Allí se reúnen el grande y el pequeño consejo del cantón. En el friso están los escudos de los cantones primitivos de la Suiza; al pie de la escalera está la estatua de Munatios Plaucus, fundador de Basilea. Esta ciudad es muy aseada y hay muchas fuentes en su calles. Hay una magnífica calle moderna llamada *Eisen Gasse* (Calle de Hierro), muy ancha y con hermosos edificios a los lados. No tuve tiempo para ver la biblioteca, en donde existen las actas originales del Concilio de Basilea y otros manuscritos muy curiosos de Erasmo, Lutero, Zwinglius, etc.; tampoco vi la afamada galería de pinturas de Holbein, hijo de esta ciudad. Los dos célebres matemáticos Euler

y Bernouilli nacieron también en Bâle. Las manufacturas más importantes de esta ciudad son las de cintas y de papel. El 29, a las dos de la tarde, salimos de Bâle en un coche de alquiler. Atravesamos la ciudad y entramos en el territorio del Gran Duque de Baden, en la orilla derecha del Rhin. Pasamos por los pueblos de Bengen, Sakingen, Lauffenburg y, a las ocho de la noche, llegamos a Waldshut, pueblo de mil habitantes, rodeado de murallas y situado a la orilla derecha del Rhin, en los confines de la Selva Negra. Nos apeamos en el "Hôtel de Rebstock" y nos alojaron en los mejores cuartos que había y por cierto que no eran nada cómodos. Ese día era el de la fiesta del Gran Duque y los oficiales y soldados de la guarnición daban un baile en la sala principal del "Hôtel Rebstock". El dueño del hotel me invitó a que asistiera al baile. A las diez de la noche, después de haber tomado el té que nos sirvió un criado muy borracho y muy gracioso, me dirigí a la sala de baile en donde los oficiales, clases y soldados bailaban mezclados los unos con los otros en la más completa armonía e igualdad ante la ley del baile. Las parejas eran todas viejas y feas (a este propósito diré que [en] mi viaje por el Rhin no vi una sola mujer bonita), y la gravedad de los valses alemanes y el orden y seriedad que allí reinaban me hacían comparar aquello con los bulliciosos e indecentes bailes públicos de Francia, en donde reina el *cancan* y la algazara, y esto me pintaba a lo vivo el carácter nacional de ambos pueblos. El 30, a las ocho de la mañana, almorzamos en un pequeño pabellón situado en el jardín a una altura considerable, a la orilla derecha del Rhin, y desde allí gocé de una de las más bellas vistas que pueden imaginarse, viendo correr a mis pies las azuladas aguas del Rhin; enfrente, las lindas campiñas de Suiza; a la derecha, los severos bosques; a la izquierda, la confluencia del Rhin con el Aar y, a la espalda, un lindísimo jardín. Me quedé largo rato contemplando aquel risueño y sin igual panorama y creyéndome en un lugar encantado. A las nueve nos pusimos en marcha y a las dos de la tarde llegamos a Neuhausen, pueblo situado cerca de la catarata del Rhin. Nos alojamos en la posada llamada "Zum Reinfall" y de allí nos dirigimos a la famosa catarata. La anchura del río en este lugar es de trescientos pies y la altura de la catarata de unos setenta. En medio de ella se encuentran tres altas rocas aisladas; después de haber saltado del lecho superior,

el río parece reposarse en un especie de estanque semicircular. Nos detuvimos en el *Chateau de Werth*, en la orilla derecha del río y frente a la catarata. Hay allí un café y fonda y en el primer piso una cámara oscura, dispuesta de tal modo que la catarata toda entera, las rocas, las aguas del río y los árboles de las orillas vienen a reflejarse con sus colores naturales sobre una superficie blanca de algunos pies, y el viajero sentado en una silla ve delante de sí la representación exacta de aquel grandioso espectáculo. Allí tomamos una canoa conducida por un antiguo soldado de Napoleón que chapurreaba el español y nos dirigimos a la otra orilla, en donde está situado el pintoresco *Chateau de Laufen*, sobre una roca elevada que domina toda la catarata. Allí vive un artista que tiene una magnífica colección de vistas de la Suiza. Desde un balcón que da al pie de la catarata se ve el enorme volumen de agua que se despeña por aquel precipicio; en una azotea del mismo palacio hay una multitud de vidrieras de todos colores, a través de las cuales se ve la catarata y el magnífico paisaje que la rodea del color que el espectador quiera. Después de haber admirado largo rato aquel grandioso espectáculo volvimos a pasar el río. Comimos en la posada de la orilla derecha de que he hablado antes y luego visitamos unas fraguas en la misma orilla, movidas por las aguas del río. Nos fuimos a la posada del pueblo y por la noche volvimos a admirar, a la claridad de la luna, la más pintoresca y bella catarata de Europa. En la madrugada del 31 salimos de Neuhausen. Sin alejarnos mucho del Rhin seguimos por el territorio de Baden, pasando por los pueblos de Jestetten y Lostetten y atravesando terrenos accidentados que representan los más lindos paisajes hasta Eglisau, pueblo de cerca de dos mil habitantes, situado a orilla del Rhin en un estrecho valle montuoso. Las aguas del río son aquí de un color verde muy subido. Hay una bonita posada, "El Ciervo de Oro", en donde nos detuvimos un rato. Luego pasamos el río sobre un puente de madera, cubierto, y continuamos hacia Bulach, adonde llegamos poco después. Desde las alturas de Bulach se descubre los Alpes y el Righi. Desde allí, hasta Zurich, el camino es una serie no interrumpida de vergeles, lindos jardines, deliciosas casas de campo y pintorescas colinas. A la una de la tarde entramos a Zurich, la ciudad manufacturera más importante de la Suiza, situada al

extremo norte del lago de su nombre y en el lugar en que el río Limmat se pierde en dicho lago. La inmensidad de magníficos edificios de esta ciudad atestiguan la prosperidad de los quince mil habitantes que la componen. Las principales manufacturas de Zurich son las sederías y algunas telas de algodón; hay una fábrica de máquinas en donde se han construido las de casi todos los vapores que navegan en los lagos de Suiza. Llegamos al "Hôtel du Lac", uno de los mejores no sólo de la Suiza sino de Europa, situado en el muelle adonde atracan los vapores y dominando la vista de toda la ciudad, el lago y sus alrededores. Magníficos alojamientos. *Table d' hote* inmejorable.

Señor general Rafael Urdaneta

Francfort s/Mein: agosto 22 de 1843

Mi querido papá:

El 19 del corriente nos embarcamos en Colonia en uno de los magníficos vapores que navegan en el Rhin, que son los mejores que he visto hasta ahora por su aseo, la finura de su construcción y por las comodidades de todo género que proporcionan. A poco rato de haber salido de Colonia llegamos a Bonn, célebre por su universidad que es una de las mejores de Alemania. Esta ciudad está situada en uno de los lugares más pintorescos que he visto. Allí nació Beethoven. Es imposible describir la variedad de objetos que se presentan a la vista del viajero que recorre las encantadas márgenes del Rhin. En ninguna parte la naturaleza ofrece sitios más variados, montañas más bellas, paisajes más encantadores, ruinas

más imponentes. La escena varía a cada instante: tan pronto se ven ciudades inmensas, populosas, situadas entre jardines deliciosos que desaparecen a nuestra vista para presentarnos algunos lugares solitarios, silenciosos, semejantes a los bosques de América; después de haber seguido su curso por llanuras inmensas, se encuentra de repente el río encajonado entre dos cadenas de montañas, en cuyas cimas se distinguen a cada paso restos de antiguas fortificaciones construidas por Julio César, por Carlos V, por Luis XVI o por Napoleón; o bien algunos peñascos inaccesibles, coronados de ruinas de antiguos castillos feudales; las tradiciones que se conservan en el país y las leyendas que de ellas se han formado hacen más interesantes estas ruinas. En la tarde del 19 llegamos a Coblentza y allí nos detuvimos un día. Esta ciudad, cuya población asciende a [17.000] habitantes, está situada en la confluencia del Rhin con el Moselle y su fundación data desde antes de Jesuscrito. Lo más interesante que tiene son sus fortificaciones, reputadas como de primer orden; enfrente de la ciudad y en la orilla opuesta del río, se eleva el enorme peñasco de Ehrenbrenstein, cubierto de fortificaciones que han costado treinta millones de francos; en esta fortaleza pueden [vivir] acuartelados catorce mil hombres con víveres para [seis] años y agua para [dos]. Esta posición es intomable y por su situación domina el Rhin; cuatrocientos cañones defienden la entrada; la ciudad está rodeada de enormes murallas que cruzan sus (fuegos) con los de los fuertes destacados que hay en todas las alturas de las inmediaciones. El 20 continuamos nuestro viaje por el Rhin y, esa noche, llegamos a Mayence (Maguncia), capital del ducado de Hesse. Darmstadt, ciudad bien fortificada, con tres y media leguas de circuito y una población de cuarenta y cinco mil habitantes; su guarnición consta de nueve mil hombres, la mitad austriacos y la otra mitad prusianos. Esta ciudad está situada sobre una pequeña eminencia, en un punto fértil y pintoresco y muy cerca de la confluencia del Rhin y del Mein. Su Catedral es magnífica. La ciudad tiene un buen teatro, biblioteca de noventa mil volúmenes, una bonita colección de pinturas, una colección de antigüedades romanas, un gabinete de medallas, otro de historia natural, una colección de instrumentos de física y de mecánica, muchísimas instituciones públicas para la instrucción y para el bien

de la humanidad etc., etc. En esta ciudad nació el inventor de la imprenta, Gutenberg, cuya estatua colosal está en la plaza principal que lleva su nombre. En la Catedral vi la túnica de Frastada, esposa de Carlomagno. Se conservan todavía algunos monumentos romanos y otros del tiempo de Carlomagno. Ayer, a las cinco de la tarde, nos pusimos en el camino de hierro y a las seis llegamos a esta ciudad, distante de Mayence nueve leguas. Francfort está situada a orillas del Mein y su población consta de cincuenta y cinco mil habitantes; sus edificios son magníficos y es la ciudad más bonita que he visto en Alemania; la encuentro muy parecida a Bruselas. No me detendré a hacerle a U. la descripción de ella porque no tengo ya tiempo. Todas estas cartas para U.U. que remito hoy las he ido escribiendo en las noches pasadas y después de las once o de las doce, porque no tengo lugar a otra hora. Aunque mi tío, Henrique y Elisa no salen hasta después de las diez de la mañana, yo me levanto a las cinco y media y salgo a las seis, para tener tiempo de ver todo lo que hay en las diferentes ciudades en que nos detenemos.

Mañana, a las siete, seguiremos por el camino de hierro a Wiesbaden, capital del ducado de Nassau; de allí, volveremos a Mayence, Heidelberg, Carlsruhe, Baden-Baden, Strasburg etc. Luego pasaremos a la Suiza.

Saludo a toda la familia. Reciban mil memorias de mi tío y Henrique y el corazón de su afmo. hijo,

Rafael

Cádiz, octubre 1º de 1843

Señor general Rafael Urdaneta.

Mi querido papá:

El 16 de septiembre p. pdo., a las cinco de la mañana, salimos de Marsella en un buque de vapor español; pocas horas después

volvíamos a dicho puerto de arribada por haberse descompuesto la caldera. Esa noche escribí a U. muy de carrera y en la mañana del 17 salimos nuevamente de Marsella. Por la noche sufrimos un horrible temporal que nos rompió el palo mayor y nos hizo perder algunas pipas de vino. En la tarde del 18 llegamos a Barcelona en donde no nos dejaron desembarcar y tuvimos que salir inmediatamente. La ciudad estaba sitiada por las tropas del Gobierno y no dejaban entrar ni salir a nadie. El 19 amanecimos en Tarragona, ciudad importantísima y populosa en tiempo de los romanos, y que apenas cuenta hoy once mil habitantes. Las ruinas de un circo, de un anfiteatro, el acueducto y otras antigüedades romanas que hoy se admiran, son testimonio de su pasada grandeza; es capital de la provincia de su nombre y la segunda ciudad de la Cataluña; su Catedral pasa por una de las mejores de España; a mí no me pareció gran cosa; hay un bonito teatro y muy malos actores. Estuvimos alojados en una malísima fonda o posada, la mejor de la ciudad. Figúrese U. una oscura y desaseada casa, con ennegrecidas y húmedas habitaciones, sucias e infernales camas, malísimos servicios y peor comida y tendrá U. una idea de las posadas de España. Al principio creí que en saliendo de Tarragona encontraríamos mejores posadas, pero la experiencia me ha hecho ver que en casi toda España son iguales. Le aseguro a U. que la impresión que han hecho en mí todas las ciudades de España que he visitado (excepto Cádiz) es muy desagradable. Al ver las posadas, la falta de policía, [el sucio] en todas las calles y casas, el estado de abandono en que están todas las poblaciones, la multitud de pobres pidiendo limosna por las calles, al ver los perros, los marranos, cabras y gallinas sueltos por las calles, y en las casas viviendo (por decirlo así) en sociedad con la gente, no he podido menos de entristecerme, porque he recordado que todas estas cosas y otras peores se ven en nuestros países de la América del Sur.

En Tarragona estuvimos treinta horas. La numerosa guarnición que allí había estaba en continua alarma y afortunadamente no se le antojó secundar el pronunciamiento de Barcelona; yo mucho lo temí ese día porque vi varios grupos de oficiales conferenciando sobre el partido que debían tomar. El 20 por la tarde salimos de Tarragona y

el 21 amanecimos en el Grao, puerto de la ciudad de Valencia, que dista de allí media legua. Inmediatamente después de haber desembarcado fuimos a la ciudad por una linda alameda que desde el Grao conduce a ella. Esta ciudad tiene muchas iglesias y otros edificios muy buenos, pero el aspecto de ella, en general, es desagradable; todas las calles sumamente angostas, muy tortuosas y sin empedrado. La Catedral es magnífica; tiene algunos buenos cuadros de la escuela española y otras preciosidades. Hay hermosos paseos públicos y los alrededores de la ciudad encantadores. Las valencianas son las mujeres más bonitas de España; tuve ocasión de ver mujeres divinas porque era día de fiesta y estaban las iglesias llenas. Me bañé en un establecimiento de baños que se conserva todavía desde el tiempo de los árabes. En la noche del 21 salimos de Valencia y el 22 amanecimos en Alicante, ciudad situada en un terreno árido y salitroso; la parte nueva de esta ciudad tiene muy buenas calles y casas. Por la noche nos pusimos en marcha y al día siguiente llegamos a Cartagena, ciudad sucia, triste y desagradable; su bahía es tal vez la mejor del mundo. Su arsenal es un edificio grandioso, digno de la Francia o de la Inglaterra; está casi abandonado. El 24 llegamos a Almería, ciudad muy parecida a Coro, situada [entre tun]ales y cardones; tiene algunas ruinas interesantes [del tiempo de los] árabes. La Catedral, bastante buena, y algunos otros edificios son dignos de verse. El 25 amanecimos en Málaga, ciudad interesante por su comercio, su Catedral y otros magníficos edificios, que posee una casa de baños muy bonita, hermosas plaza de toros etc.; ciudad sumamente sucia y sin policía; así, todas las noches se cometen robos y asesinatos en sus angostas calles. El 26 por la mañana desembarcamos algunos pasajeros en Gibraltar y en Algeciras, y a las cinco de la tarde entramos a Cádiz, ciudad situada en una lengua de tierra que forma el extremo norte de la isla de León. Es plaza fuerte de primer orden, rodeada de murallas que tienen más de una legua de circunferencia, de baluarte y de castillos y con una cortadura en un istmo por donde se comunica con dicha isla de León. Tiene cincuenta y nueve mil habitantes. Esta ciudad es según todos los viajeros la más linda de España. Está situada sobre las mismas peñas en que se rompe el mar. Sus calles no son anchas, pero están limpias, bien enlosadas y

empedradas, con buen alumbrado de noche. Las casas son muy bonitas; no se ve un solo tejado; todas son de azoteas con miradores; las paredes bien blanqueadas y los balcones y ventanas pintados de diferentes colores; todos los zaguanes, patios y corredores enlosados con mármol y, en fin, un aseo esmerado en todas las calles y edificios. Tiene varias plazas, de las cuales las mayores y más bonitas son la de la Constitución (antes San Antonio) y la del general Mina, rodeadas de árboles y con cómodos asientos de mármol, pero donde se reúne principalmente la gente por la tarde es en la lindísima alameda; los jueves y domingo de las seis a las ocho de la noche, se reúne allí a tocar la música de varios regimientos. El trato de la gente de esta ciudad es amable, franco, desinteresado; en fin, todo aquí me ha encantado. Hay aquí un niñito de seis años, profesor de violín, que ha dado tres conciertos en estos días; es verdaderamente admirable ver a un chiquitín que apenas puede con el violín dirigir una orquesta de veinte o treinta músicos y ejecutar en su instrumento las más difíciles variaciones. Se llama Jesús María Monasterios*.

No he encontrado aquí ninguna carta de U.U. y esto me tiene con mucho cuidado.

Esta tarde vamos a dar un paseo al puerto de Santa María; después pasaremos a Chiclana, Jerez y Sanlúcar; a la [vuelta] visitaremos la Carraca y el cuarto en que murió el general Miranda y dentro de tres días estaremos otra vez en Cádiz. De aquí seguiremos a Sevilla. Allí veremos en qué estado están las cosas para seguir a Madrid; si no podemos ir a la capital regresaremos a esta ciudad para embarcarnos en un vapor inglés que sale... del corriente para Londres, tocando en Lisboa y otros puntos. De todos modos el 1º del corriente debe embarcarse mi tío en Londres en el paquete inglés que va a nuestras costas.

(*) Jesús Monasterios y Agüero, que llegó a ser distinguido ejecutor y compositor, nació el 18 de abril de 1836 en Potes y murió en Santander el 28 de septiembre de 1903.

Esta España está en el más completo estado de desorganización y de anarquía que se puede imaginar, sin gobierno estable, porque el que establecen hoy lo derrocan al día siguiente; con un ejército numeroso, sin sueldo, insubordinado y revolucionario; con un populacho soez, ignorante y revoltoso; con un millón de pretendientes a los empleos públicos que buscan en las revoluciones los medios de medrar; el país empobrecido, sin comercio, sin derechos de aduanas, porque los ingleses tienen en Gibraltar inmensos depósitos de mercancías y desde allí inundan de contrabando todas las costas de la Península, en fin, esto está en el más completo caos. Los pronunciamientos se están generalizando en todos los pueblos; los unos piden Junta Central; otros quieren a Espartero; otros quieren el casamiento de la Reina con un príncipe francés; otros gritan vivas a don Carlos y otros, en fin, no saben lo que quieren, pero todos se pronuncian contra el mismo ministerio López que hace pocos días aclamaran por unanimidad y, en medio de todo esto, la nación sigue en decadencia, la deuda se aumenta, los capitalistas se alejan de este desgraciado país y todo se lo lleva el demonio!

No le doy noticias particulares de los últimos pronunciamientos porque esto lo verá U. en los periódicos. Ayer tarde hubo algunos tumultos en esta ciudad en que gritaban vivas a Espartero; fueron arrestados inmediatamente algunos de los revoltosos. El Capitán General de la provincia ha pasado hoy en persona... revista a todas las tropas de la guarnición de esta ciudad y las ha pasado por las calles para imponer respeto a los facciosos y hacerles ver que esta tropa obedece al gobierno actual.

Siento no tener tiempo para escribir a mi mamá y demás familia, pero el correo se va. Esta carta es pues, para todos. A todos los abrazo. Saludos a los amigos, particularmente a Alva. Reciban U.U. memorias de mi tío Pepe y el corazón de su afmo. hijo,

Rafael

Economía Política.
Las crisis industriales.

París, 18 de enero de 1844

Se llama crisis industrial el desarreglo serio y profundo que trastorna de repente las relaciones comerciales, hace bajar el precio de las cosas y arruina los negocios. Un desarreglo entre las proporciones naturales de la oferta y la demanda; esto es la causa, lo que prepara o lo que constituye la crisis.

En Inglaterra hubo una crisis terrible en 1825 ó 1826. Como se había exportado a América una barbaridad de cargamentos se creyó que todo se podía vender y se montaron talleres gigantescos y fábricas costosas; pero nada fue comprado y entonces sobrevino la crisis.

En Lyon hay hoy día una crisis a causa de la falta de demanda de los Estados Unidos que se experimenta; allí se enviaba todos los años por valor de ochenta millones de francos. Los derechos sobre las sedas fueron aumentados y entonces no hicieron más pedidos a Lyon.

En 1831 hubo en París una crisis muy grande a causa de las revueltas de julio. La oferta y la demanda son la causa de las crisis.

Coaliciones de Empresarios y Obreros.

Las disputas entre empresarios y obreros son muy corrientes. Las coaliciones de dueños son más peligrosas para los obreros porque son secretas, no hacen ruido. Para las coaliciones de obreros la ley dispone de penas, y ciertos castigos porque se hacen siempre con

ruido, con alborotos, mientras que las de los dueños no son conocidas de la policía.

14 de diciembre. Prof. Mr. Blanqui.*

Dirección del trabajo.

Para vender mucho es preciso vender barato buenos productos: esto no puede hacerse sino con ayuda de máquinas, con ayuda de la dirección del trabajo, Si 10 hombres hacen 48.000 alfileres, cada uno hace en realidad 4.800; pero si tuviese que hacer un solo hombre, un solo alfiler habría que pagarle enormemente caro. La dirección del trabajo, que es del interés de todos, es perjudicial para los que trabajan; el orden del trabajo expone a los hombres a una vida excesivamente precaria y a una dependencia muy grande.

La dirección del trabajo ha sido aplicada a la hilatura de algodón: 1º el hilo hace que ciertos individuos no hagan más que alisar el hilo. Jamás el capitalista tiene que temer la falta de obreros.

En París el vino que entra paga 4 perras chicas por botella; hay sitio en Francia donde se produce todo el vino que se quiera a una perra chica la botella. Una botella de este vino se presenta en las afueras de París y paga 400% de derechos de entrada; el mismo día una de champán pagó los mismos derechos. La botella de 5 céntimos va para el pobre que tiene que pagar veinte céntimos por una cosa de cinco céntimos y el rico paga veinte céntimos por una cosa de cinco francos. Este impuesto es injusto, aunque el principio de él sea justo; hacerlo de otra manera es imposible, habría que descorchar todas las botellas que entran en París y el champán se pierde cuando se descorcha.

(*) Mr. Adolfo Blanqui (1798-1854) es hermano de Luis Augusto el comunista. Fue Director de la Escuela de Comercio de París y abrevado en las ideas librecambistas de su maestro Juan Bautista Say, las divulgó en tono revolucionario en sus libros "Resumen de la Historia del Comercio" e "Historia de la Economía Política en Europa". Más adelante Urdaneta hace un elogio entusiasta de su maestro.

La dirección del trabajo en los países civilizados disminuyó la felicidad del obrero; condena al trabajador a no perfeccionarse jamás. 3º Deforma y estropea la constitución de los individuos, casi todos mujeres, niños y niñas, que causa horror verles.

Oferta y demanda o cuestión de los precios.

Es una de las cuestiones más importantes de la Economía Política. La causa de que los productos sean caros es que son muy solicitados. Una cosa ofrecida baja de precio, una cosa solicitada aumenta. Cada hombre tiene dos cosas con que vivir: su salario o sus propiedades. Un hombre que alquile una propiedad suya en 4.000 francos al año y no haga trabajo ninguno no tiene más que esos ingresos para vivir. Un empleado que gane 2.000 francos al año vive de su salario. Se llama crisis... La causa de las crisis y de las altas y las bajas es que los uno trabajan sin saber si los otros compran. Cuando nuestras Repúblicas han sido reconocidas por Francia e Inglaterra han tratado de explotar los países sin conocer sus posibilidades y enviaron millones. Hubo un navío inglés que llevó al Brasil un cargamento de patines para patinar. Lo que no hay que perder de vista cuando se produzca alguna cosa es del estado de posibilidad del mercado. La proporción debe siempre existir entre la cantidad de efectos que se producen y los que se consumen.

El que trabaja observa que, siempre que en una región sufrió la prosperidad del país, el precio de las cosas baja. La disminución de ingresos, sea cual sea la causa... El mal que se experimenta y la baja de precios que se sufre puede venir del otro extremo del mundo. La villa de Lyon vendía a los Estados Unidos 90.000.000 en sedas; el año pasado y éste tiene pérdidas enormes, la causa es el espantoso estado de crisis en que se encuentran los Estados Unidos.

El gran negocio, la regla de conducta a seguir, por los particulares y por los pueblos, es la exacta proporción entre lo que se tiene y lo que se gasta, o, mejor dicho, entre gastos e ingresos.

La mayor parte de los consumidores son las gentes que viven de su salario. Se puede establecer esta proporción: los rentistas son a los trabajadores, como los oficiales son a los soldados. Cuando en un país hay disturbios civiles, todos los industriales se arruinan. La gran consumición depende de la prosperidad del trabajo y de los salarios. La consumición está siempre en razón directa con el ingreso.

En todos los países del mundo el número de trabajadores es mayor que el de rentistas.

Clase del 29 de febrero

Patente de invención

Se llama patente de invención al privilegio otorgado por el Estado, durante cierto tiempo, a un inventor de gozar del beneficio de su invención. Generalmente en todos los países estos privilegios no duran más de 15 años. La propiedad de un invento es una propiedad más sagrada que ninguna otra.

Jaime Watt y... dejaron cada uno a sus familias 6.000.000. En Inglaterra se compensan más los inventos que en Francia. Todo invento es propiedad de su inventor. Cuando un hombre crea un invento, está obligado de dar una descripción completa y detallada, acompañada de un dibujo lineal de la misma máquina. La ley exige esto porque ella concede el honor de inventor al individuo y éste está obligado a dar todo lo que inventó.

Cuando caduca la patente, todo el mundo puede imitar el invento. Entonces el Ministro de Comercio hace publicar los dibujos de la máquina y todo el mundo puede usarles. Cuando la descripción no es verdadera entonces el privilegio fracasa o incluso se anula si se dan cuenta de la trampa. Los gobiernos en ningún sitio conceden una patente si no se paga: una patente de 5 años cuesta 500 francos, una de 10 años, 1.000 y una de 15, 1.500.

Una vez que el inventor tiene su patente, si el asunto es bueno, comienzan en seguida las imitaciones. La ley castiga con penas demasiado severas a los imitadores. Es el juez de paz el que juzga en primera instancia; el juez de paz es un juez muy pequeño para ocuparse de asuntos de tanto interés. Una patente de perfeccionamiento...

Clase de 7 de marzo.

La propiedad de un invento es la más sagrada de todas

A la edad de 20 años se entra en sorteo (para la milicia): Si la sociedad puede tomar al hombre su persona, con más razón tiene el derecho de tomarle su invento y aprovecharse de él.

Los gobiernos, aun los más esclarecidos, ante el peligro de ser invadidos por una muchedumbre de inventores que querrían patentes para las cosas más insignificantes, no encontrando un medio más justo, hicieron pagar por ellas derechos muy grandes que aún hoy subsisten.

Desde algún tiempo están suprimidas las patentes de perfeccionamientos.

Cuando dos individuos inventan la misma cosa, el primero que se presenta a la Prefectura del Sena es el que tiene derecho de patente.

Se suprimieron también lo que se llamaba *patentes de importación.*

Hace treinta años había en Inglaterra la pena de muerte para el que robaba un invento para un país extranjero. Y hace sólo 14 años que se abolió la ley que prohibía a los obreros salir de Inglaterra. La fuerza humana que sustituye el vapor en Inglaterra representa unos 300.000.000 de hombres (según Michelet 100.000.000).

Clase de 21 de marzo.

Las patentes de importación han sido suprimidas en Francia

La propiedad literaria es una cosa muy importante. Mr. Thiers termina en estos momentos una historia de Napoleón que tendrá diez volúmenes; cada volumen le cuesta 50.000 francos, así que el total de la obra son 500.000 francos.

Bandry roba los libros ingleses

En Francia, Inglaterra etc., la propiedad de una obra termina desde el momento que muere el autor (20 años después de la muerte el libro pertenece a la nación). Mr. Chateaubriand está en la miseria.

Q.B. Say no era rico, ganaba todos los años de 20 a 22.000 francos de renta de sus obras; murió hace 11 años, así pues dentro de 9 años sus obras pertenecerán a todo el mundo. Los hombres sin genio son pagados de la misma manera sin haber tenido renombre.

El hijo de Franklin, encontrándose mal, vendió a los ingleses los manuscritos de su padre que contenían detalles muy curiosos sobre la libertad de los Estados Unidos.

Filangieri y el marqués de Beccaria publicaron obras admirables; los *delitos y penas* de Beccaria llevaron...

La viuda de Lavoisier, que tendió la mano en todos los despachos de beneficiencia, tuvo necesidad de pedir limosna y, si el emperador no le hubiera pasado una pensión, se hubiera muerto de hambre. Lo mismo sucedió a la viuda del famoso Bailly.

La propiedad de un invento se considera como perteneciente un poco a todo el mundo. El talento del inventor pertenece un poco a su país.

Cuando el famoso Davy descubrió su lámpara de seguridad, el gobierno de Inglaterra le compró su lámpara y le pasó una renta de

... Sucedió lo mismo con Daguerre, al cual el gobierno francés le compró su invención del daquerreotipo.

Lección del 24 de octubre de 1844.

Aplicaciones de la economía política a los asuntos públicos y privados.

La Economía política tiene hoy día mucha más importancia que hace 40 años.

El resultado de una guerra es casi siempre el aumento de precios y disminución del trabajo. La guerra, vista desde el punto de vista económico, es a las naciones lo que la enfermedad a los hombres. Hace 30 años se venía de Lyon a París en diligencia y se tardaba 9 días con 9 noches, hoy se viene en 40 horas.

La economía política es la ciencia de los tiempos tranquilos.

Hoy día que existen muchos ferrocarriles hay negocios que se estropearán. ¿Qué medios hay de reparar el daño que el establecimiento del ferrocarril hará a algunas ciudades?

A menudo se ve marchar del hogar a tres o cuatro chicos jóvenes sin una perra en el bolsillo y la esperanza de hacer una fortuna; al cabo de 20 años se les ve volver los unos ricos, los otros como marcharon. El problema de los que han hecho fortuna sin tener nada al principio se resuelve así: no gastaron lo que ganaron. Esto se llama en Economía Política *acumular, economizar.* El capital, a medida que se fortifica, aumenta, se reproduce.

En una nación en la cual las costumbres son puramente artísticas (Italia) no hay o hay pocas industrias. En Italia no hay grandes fortunas. Lo contrario sucede en Holanda donde se ven fortunas colosales. Donde se conoce la ruina de la economía, se conoce invariablemente el valor del capital. En Italia no se conoce este valor; y es por la influencia de la educación y del clima. En un

país como Holanda, donde hay mucho dinero, muchos capitales, se puede exponer uno en empresas atrevidas de utilidad pública (las grandes carreteras de Holanda son de ladrillos). En Italia no se puede hacer nada porque los capitales, siendo tan escasos, no se atreven a exponerse. Holanda es un país muy formado, gracias a la inteligencia y al vigor de sus habitantes.

Francia, Inglaterra, Holanda y Alemania prosperan hoy día gracias a la economía política. España quedó atrás porque no la practica.

Si en el mundo hay algo bien demostrado es que la sociedad es lo mismo que las familias: en un país cuyo capital (recursos) es muy abundante pero que no hay brazos no se puede hacer nada. Cuando en un país en que hay millares de hombres (en la India) pero no hay dinero ni capitales, se paga a un obrero por día dos perras chicas de salario, éste se considera muy bien pagado; es el hecho económico que se produce diariamente.

Vemos a los ingleses enviar hombres a la Nueva Gales del Sur.

La cosa más terrible que puede ocurrirle a un hombre es la dependencia indefinida. Arréglese como se arregle uno, es preciso procurar hacer todo lo que se pueda para no gastar todo lo que se gana.

Lección del 31 de octubre con Mr. Blanqui.

La potencia de una nación, como la de un individuo, consiste en la fuerza del capital (Newton).

Europa está mucho más avanzada que otros países porque en ella se comprendió muy bien en lo que consiste la riqueza de las naciones. En un país donde no hay orden ni economía la riqueza no aumenta y el país no prospera. Los estados del Papa, por ejemplo, están de esta suerte.

La potencia del capital es hoy día una cosa decisiva. Nunca, antes de fines del siglo pasado, se había buscado la causa de la riqueza de las

naciones (como el bazo, cosa que está en el estómago y que nunca se pudo descubrir para qué sirve).

La potencia del capital en los tiempos modernos es la base de la Economía Política. Los antiguos han practicado la economía política sin conocer nuestros medios, pero no olvidemos que ellos lo hacían con los esclavos y vencidos.

De estas cosas resulta la necesidad, para el hombre y para el Estado, de no gastar todo lo que gana y, de otro lado, no comer más de lo que se tiene en *riquezas mobiliarias*, nunca comerse las tierras. Ni exportarlas.

En Inglaterra y Holanda están muy bien porque son muy buenos economistas.

París, 7 de marzo de 1844

Curso de Historia y Moral por Mr. Michelet.

Mr. Michelet empieza trazando un cuadro del desorden y de la falta de organización en que se encontraba Francia hasta el año de 1789, en que estalla la Revolución Francesa. Hace resaltar el desorden en que se encontraban las finanzas del Estado, sobre todo en los reinados de Luis XV y Luis XVI. Hace ver que la Revolución Francesa lejos de haber sido un mal, como algunos pretenden, ha sido la fuente de prosperidad actual del país. Antes de la revolución no había nada en orden, después se creó todo. Algunas de las leyes que ella nos legó son admirables: los ingleses, estando necesitados de dictar un código de leyes para una de sus colonias en la India (la isla de Ceylán), se vieron obligados a copiar el código de la Convención, porque reconocieron que no existía otro mejor. Espantó el número de víctimas que la Revolución Francesa cosechó: Mr. Michelet hace observar que la inquisición de Sevilla causó más muertes; quemó 16.000 individuos. De la Revolución Francesa salió el hombre extraordinario del que Francia se honra siempre:

Napoleón. Hace a continuación algunas reflexiones morales sobre la tendencia en la educación de las mujeres de hoy día a fanatizarse. 60.000 muchachas en Francia han recibido su educación en los conventos. Dice después que una de las cosas que más le han hecho admirar a Rousseau es que dice que "los hombres deben acercarse al estado de naturaleza"; y gritó de pronto: "Sí, señores, nuestra propia naturaleza es Francia, la Francia del 89".

CARTAS DE PARIS

Señor General Rafael Urdaneta.

París, octubre 3 de 1844

Mi querido papá:

Estoy ya instalado otra vez* en casa de Mr Blanqui, de quien recibo cada día nuevos favores y atenciones. A este propósito no sería malo que U. le escribiera una carta dándole las gracias por los servicios que me ha hecho, pues esto le proporcionará a U. entrar en correspondencia con uno de los hombres más sabios que cuenta hoy la Francia. Literato distinguido, historiador profundo, naturalista y químico de mucho mérito, Mr. Blanqui es, además, el primer economista de la época y el sucesor del célebre Say en la cátedra de Economía Política del *Conservatorio de Artes y Oficios*** de esta capital, donde más de mil personas (porque el anfiteatro no puede contener más gente) se disputan la entrada cada vez que Mr. Blanqui hace su lección, pues es uno de los profesores más elocuentes que cuenta hoy la Universidad de París; es también uno de los hombres que más honran al Instituto de Francia que, como U. sabe, es el primer cuerpo científico del mundo. En fin, no acabaría hoy mismo si me pusiera a comunicar a U. las cosas que sabe Mr. Blanqui, las obras que ha escrito, los destinos que ha desempeñado y

---

(*) Testado "nuevamente".
(**) Subrayado en el original.

que desempeña actualmente, las consideraciones de que goza en la Corte, entre los sabios y en el pueblo, etc. Este es el hombre que, sin recomendación de nadie, me ha admitido en la intimidad de su excelente familia a vivir en su casa y a comer en su mesa y, con un interés verdaderamente paternal, trata de enseñarme cada día alguna cosa nueva. Para que U. pueda calcular lo difícil que es aquí penetrar en el interior de las familias respetables, le diré que la *franqueza natural*, la amabilidad y el desprendimiento que forman la base de nuestras sociedades de españoles y americanos no se conocen aquí, salvo muy pocas excepciones y, a este efecto, le copiaré un párrafo en que Mesonero habla* con una exactitud, desgraciadamente muy verdadera, del carácter interesado de este pueblo. Después de haber descrito todas las diversiones de que puede gozar el extranjero en París continúa así: "En medio de todo este aparato de compañía y rodeado de toda esta nube de obsequios, el extranjero acaba por echar de ver que está solo en medio de un millón de personas, acaba por entregarse al fastidio en medio de la más agitada existencia. ¿Qué es lo que le hace falta? (se dirá). ¡Qué! ¿No lo han adivinado mis lectores? Le falta la sociedad íntima y privada, aquella que produce las verdaderas relaciones del corazón, aquella que causa los más dulces y tranquilos goces del alma. Esta sociedad, esta grata concordancia, no vaya el extranjero a buscarla en un pueblo extraño, inmenso, agitado y egoísta; y en el momento en que saciado de su bullicioso espectáculo se le revele aquel vacío, vacío para llenar el cual son insuficientes todos los halagos brillantes de los sentidos, abandone inmediatamente aquella fantástica escena y sálgase del torbellino en cuyo centro permanece ya inmóvil y yerta su imaginación. Porque en aquella indiferente sociedad, de cuyo conjunto forma parte, hallará, sí, aduladores de su fortuna, cómplices de sus devaneos, pero no amigos desinteresados y firmes, ni compañeros en su adversidad; porque tendrá, sí, abiertas a su persona, o más bien a su bolsillo, todas las puertas de los espectáculos, todas las casas en que se reúna una interesada sociedad, pero le serán cerradas las de la vida privada, el interior de

---

(*) Testado "describe".

la familia, que en vano pretenderá conocer, porque, acaso recibirá de vez en cuando alguna elegante invitación a un festín, o a una *soirée* de su banquero de la *Chausseé d' Antin*, o de sus relaciones del cuartel de San Germán, pero pasarán muchos años antes que una familia respetable lo reciba en el reducido círculo de su gabinete, donde pueda aprender los verdaderos caracteres y costumbres de la vida privada". etc. Yo he encontrado algunas excepciones a esta regla y la principal de ellas es la de Mr. Blanqui y su familia. Como él sabe, además del griego y el latín, los idiomas inglés, italiano y español U. puede escribirle en nuestra lengua.

Thirión está en el empeño de que el Gobierno de Venezuela le permita usar, en un ojal de su levita o casaca, una cinta con los tres colores nacionales. Como aquí hacen mucho caso de toda especie de condecoraciones y Thirión ha visto que Sabás Pérez anda con una cinta tricolor en la levita porque se le ha antojado ponérsela, le ha entrado también a él la gana de tenerla y está empeñadísimo en ello. Sabás ha escrito al general Páez sobre esto y yo le ofrecí a Thirión escribirle a U. sobre lo mismo; después me lo ha recordado en una carta que incluyo a U. Aunque no hay ninguna ley de la República que autorice el uso de la tal cinta, ni nosotros tenemos tal condecoración, yo le he dicho a Thirión que se la ponga, pues nadie se meterá a averiguar quién se la ha dado ni de dónde le viene, pero él quiere una autorización del Gobierno para usarla.

Interesa mucho que U. me mande una relación detallada de su enfermedad para enseñársela al médico que ha curado a Tanco. Espero que U. me la remitirá lo más pronto posible.

No tengo hoy tiempo para darle noticias políticas.

Saludos a toda la familia y amigos y soy su afectísimo hijo,

R.

(Par le paquebot.—Señor General Rafael Urdaneta, Ministro de la Guerra.—Caracas voie La Guayra, Cote-ferme).

Señor General Rafael Urdaneta.

París, marzo 30 de 1844

Mi querido papá:

Por último paquete recibí las cartas de U.U. del 2 de febrero. Hace tiempo que no recibo correspondencia por los paquetes de mediados del mes; yo supongo que el Gobierno de Venezuela (por economía) habrá suspendido la goleta que venía a San Thomas.

Poco después de haber escrito a U. mi última carta, recibí una de mi tío Pepe, fecha en Santa Marta el 9 de diciembre. Habían sido muy mal tratados en el buque en que fueron de Jamaica a Santa Marta, pues me dice que ni pan les dieron. También me dice lo siguiente: "De Bogotá me escriben que no hay novedad en la patria ni en la familia. Mucho deseo llegar y ver a mi hija, ¿quien sabe si después lo que deseo es volver? Es difícil que reine la tranquilidad en una sociedad inestable y expuesta, como el Gobierno, a quien el menor accidente la turbe. No me encuentro con el gusto que pensé al arribar a mi tierra; quizá el calor contribuye al desaliento".

Las noticias que tenemos hoy de España son la llegada de la Reina Cristina a Madrid y las probabilidades de que pronto se rinda Cartagena; ya Alicante se había rendido y el jefe de los facciosos, Bonet, y 24 de los suyos habían sido pasados por las armas. Una coincidencia graciosa es que la Reina Cristina ha encontrado de Primer Ministro en España a su enemigo más implacable, al hombre que más la ha insultado por la imprenta, al que en un papelucho titulado "*El Guirigay*" (que leí yo en España) la trataba de p... y ladrona para abajo, a González Bravo, en fin. Lo primero que la Reina Cristina ha hecho al llegar a España ha sido enviar a Muñoz (que quedó en París, cuidando los varios hijos que ha tenido con ella) los títulos de Marqués de Rianzares y de Grande de España en Primera Clase.

En Calabria (Reino de Nápoles), en Bolonia y en algunos otros puntos de Italia ha habido algunos movimientos revolucionarios. Se

dice que esto tiene grandes ramificaciones. Si esto es así, creo que ha llegado ya el momento en que la Italia debe sacudir el yugo de sus opresores y darse un gobierno libre y más en armonía con las ideas del siglo. Ya es tiempo de que aquel país, tan privilegiado por la naturaleza, salga del estado de barbarie y de abyección a que lo tiene sometido el despotismo del Austria por una parte y, por otra, la ignorancia y fanatismo del Gobiero Papal.

Ha llegado en días pasados a Burdeos la "Lovely" y no me ha traído ni los libros que pedí a U.U. a mediados del año pasado ni los periódicos ni memorias que U. me ofreció en su última carta.

Murió el Rey de Suecia, Bernardotte. En la semana pasada han muerto aquí dos antiguos veteranos del Imperio, el general Pajol y el coronel Briqueville y les han hecho entierros muy suntuosos.

Vi hace cuatro días al señor Montilla; estaba sufriendo algo de la vista y me encargó que dijera a su familia que no les escribía por este motivo, sin embargo, después he sabido que está mejor; tal vez ha escrito, pero si no lo hubiese hecho comuniquen U.U. este aviso a su familia.

Reciba U. memorias del señor Montilla y demás amigos.

Saludos a todos los compañeros de Secretaría y soy su afmo. hijo,

Rafael

VIAJE A ITALIA

(Par le paquebot anglais.—Señor General Rafael Urdaneta.—Caracas voie La Guayra).

El día 2 de enero de 1845, a las doce del día, salí de París en una diligencia de las "*Messageries Royales*". Habiéndome acompañado

a ella los amigos Mejía, Arthur Blanqui, Michelena, Páez y Seligman. Yo estaba solo en el interior, pero a las cuatro de la tarde, cerca de Melum, entraron en él tres hombres de *blouse*, borrachos y de mal aspecto, y en Melun me pasé al *coupé* en donde sólo había una persona, Mr. Bergeyron, Cónsul holandés en Catte. A las ocho de la noche comimos en Sens; al día siguiente, 3 de enero, pasamos por Auxerre, almorzamos en Vermanton, comimos en Saulieu, y el 4, a las siete de la mañana, llegamos a Châlon'-sur-Sâone con una niebla muy espesa. Allí tomamos el buque de vapor, bajamos el río Sâone, pasamos las ciudades de Tournus, Mâcon, Villefranche y, a las dos de la tarde, llegamos a Lyon, y nos fuimos a alojar al "Hotel de Provence et des Ambassadeurs", place Bellencour, el mejor de la ciudad, situado en una magnífica plaza en cuyo centro se eleva una estatua ecuestre de Luis XIV. Nos alojaron a Mr. Bergeyron y a mí en dos malísimos cuartos; comimos a la cinco en la *table d'hotel*, bastante buena, y acompañados de una bonita muchacha con su amante y nos acostamos a las ocho, porque las dos noches anteriores las habíamos pasado en diligencia y estábamos muy estropeados.

A las cinco de la mañana del día 5 nos levantamos para ir a tomar el buque de vapor para Avignon, pero cuando llegamos ya se había ido. Ese día estuvimos paseando por la ciudad. Visitamos el *Hotel de Ville*, magnífico edificio, la Catedral (bellísimos *vitraux)*, estaba allí el Obispo Monseñor Bonalo; los dos teatros: el principal se parece al Odeón de París y al *Teatro de la Moneda*, en Bruselas; el *Palacui de Justicia*, edificio nuevo y muy elegante; el Paseo y Puente Lafayette etc., etc. A las cuatro de la tarde tomábamos la diligencia para Marsella; estábamos Mr. Bergeyron y yo en los dos rincones del *coupé* y, en el medio, un joven que acababa de salir de la Escuela Politécnica de París. El 6 amanecimos en Valence; almorzamos a las diez y media en Montelimart; pasamos a las cuatro por Orange en donde hay un hermoso arco de triunfo romano, y a las ocho llegamos a Avignon, donde comimos. Allí se nos separó Mr. Bergeyron y continué solo en el *coupé* con el politécnico Jules Faure. Hablamos de lo fácil que le sería ganar dinero en América, se embulló con este proyecto y me suplicó escribiera a Venezuela sobre el particular. El 7, a las once, almorzamos en Aix, después de

habernos detenido más de media hora —a las seis de la mañana— por haberse caído un caballo, y a las dos de la tarde llegamos a Marsella. Me fui a alojar al magnífico "*Hotel d'Orient*" que yo conocía. Pasé allí todo ese día y el siguiente. Tomé 250 francos en casa de los señores Miroglio & Co, el primero, sujeto muy amable, y a las ocho y media de la noche del 8 tomé la diligencia para Tolon, adonde llegué a las seis de la mañana del 9. Me alojé en el "*Hotel de la* Croix de *Malte*", el mejor de la ciudad. Dormí desde la siete hasta las nueve. A las doce salí a buscar a Mr. Matteren, capitán de navío, para quien traía carta de recomendación de Mr. Berthelot*. Después de mil vueltas di con él y se la entregué. A la una y media me fui a visitar el Arsenal. Recorrí las salas de armas, de instrumentos náuticos, de fábricas de cables, fraguas, utensilios de a bordo etc., etc., todo muy completo y lo mejor que he visto en su género. Luego visité el presidio que está en una isla en medio del Arsenal, y en donde hay tres mil quinientos presidiarios, todos empleados en el Arsenal; están con cadenas a los pies, muchos atados de dos en dos; vestidos con pantalón amarillo, camisa encarnada y gorro verde los condenados a más de diez años y encarnado sólo los de menos de diez años; vi los dormitorios etc., los buques que estaban allí en reparación, entre ellos el navío "Sufren" que montaba el príncipe Joinville en el ataque de Tánger y que tanto sufrió en dicho ataque, y las fragatas de vapor "Panamá", "Montezuma" y "Labrador" y el famoso navío de tres puentes y de ciento viente cañones "Montebello".

El 10, a las ocho y media de la mañana, salí en la diligencia para Niza. Al salir de Tolon noté lo bien fortificada que está esta plaza. Todo el camino que atravesé ese día está sembrado de olivos, siempre verdes; a las doce nos detuvimos a cambiar de caballos en el pueblo de Cuers; a las cinco llegamos a *le Luc*, y a las ocho de la noche a Draguigan. Todo ese día tuve por compañera de viaje, en el interior de la diligencia, a una vieja italiana de muy mal humor y a

---

(*) Savino Berthelot (1794-1880), Secretario General de la Sociedad de Geografía de París.

su marido, pobre francés de estos que sólo se casan por tener quién los mantenga (supuse yo), porque ella lo trata muy mal y él aguantaba todo pacientemente. En Draguigan comimos o mejor dicho, cenamos, y a las doce continué en otra diligencia para Niza. Es increíble lo mal arreglados que están en el mediodía de Francia los servicios de las diligencias: conductores insolentes y malcriados, caballos flaquísimos y siempre estropeados, retardo para mudarlos, inexactitud en las horas de salida; todo esto molesta infinito al viajero que viene del Norte y sobre todo de París, en donde este servicio está tan bien arreglado: los caballos siempre listos a la hora que llega la diligencia, los conductores atentos y respetuosos, y todo, en fin, que no deja que desear. Habiendo continuado a las doce de la noche, como dejo dicho, a las seis amanecimos sobre unas alturas, desde donde se descubrían a lo lejos las cimas nevadas de los Alpes marítimos, hacia otro lado el mar, y a nuestros pies una serie de colinas siempre verdes. La salida del sol en este lugar me hizo recordar el grandioso espectáculo de la salida del sol en el monte Righi. A las diez de la mañana del 11 llegamos a Cannes, puerto de mar, lugar en donde desembarcó Napoleón a su regreso de la isla de Elba, situado en medio de jardines sembrados de naranjos, rosales, olivos grandísimos, y en un clima delicioso. Allí almorzamos; a las doce y media continuamos por en medio de paisajes muy pintorescos divisando el lindo golfo de Niza, y llegamos a Antibes, puertecito como Cannes, situado en la frontera de Francia y de Italia, a la extremidad meridional del golfo de Niza; enfrente está la isla de Sainte Marguerite que sirve de prisión para los árabes enviados de Argel. A las cuatro de la tarde llegamos al puente del Var, a la orilla en donde está la aduana francesa; allí visaron los pasaportes; pasamos el puente —que es larguísimo— y llegamos a la orilla izquierda en donde está la aduana sarda, pues la mitad del puente pertenece a la Francia y la otra a la Cerdeña. Después de una corta visita hecha a nuestros equipajes por los atentos y corteses empleados de la aduana, entramos en Niza a las seis de la tarde. Llegué al mejor hotel *("Hotel des Estrangers")*, pero por estar todo ocupado me dieron el único mal cuarto que había vacante. Después de comer me fui al teatro que es muy pequeño pero muy bonito. Daban una representación a beneficio de los pobres: el tercer acto

de la ópera bufa "*Il ritorno de Columella da Padova*" que me gustó; un lindísimo dúo de la ópera de Mercadante "*I Normandi a Parigi*", en que la signora Riva Giunti y su marido (hombre idéntico a Ildefonso Meserón) cantaron divinamente; después empezaron un *ballet* en tres actos que no pude soportar porque las bailarinas eran todas feísimas, y regresé al hotel a acostarme. Los habitantes de esta ciudad son casi todos extranjeros, principalmente ingleses que vienen huyendo de las nieblas de Londres a disfrutar de un clima delicioso, en donde los árboles están siempre verdes y jamás hace frío. El 12 salí a pasear por la ciudad cuya parte nueva es muy bonita; las calles anchas, rectas y muy bien empedradas. Esta ciudad está situada en anfiteatro sobre unas colinas a la orilla del mar; el inmenso número de magníficas casas de campo y los bosques de naranjos, olivos, rosales, que la rodean, la belleza del golfo y lo delicioso del clima, hacen de ella uno de los lugares más bellos de Europa. Ese día fui a casa del conde Eugenio de Cessole a entregarle una carta de recomendación que me había dado en París mi amigo Seligmann; no lo encontré, pero su amabilísima señora me recibió muy bien y me hizo mil ofrecimientos. A las cuatro y media de la tarde subí en el coche del correo y salí de aquella deliciosa ciudad con una lluvia que me acompañó hasta Génova. Al salir de Niza subimos por un camino bastante bueno hasta la cima de la alta montaña de Montalbán. Después de haber pasado varios pueblos y sitios pintorescos, cuya belleza no pude contemplar a causa de la oscuridad de la noche, llegamos a las ocho y media a los Estados del príncipe de Mónaco, cuya extensión es de tres y media leguas de largo y dos de ancho. A las nueve y media llegamos a Montone, ciudad sarda en la frontera de Mónaco, en donde visitaron nuestros equipajes. Después de haber pasado en la noche varios torrentes impetuosos etc., amanecimos en San Stéfano; a las ocho y media almorzamos en Port Maurice; a las nueve continuamos. Pasamos por Oneglia, patria del célebre Andrés Doria, y lugar donde Napoleón se hizo cargo del mando del ejército de Italia en 1796 en reemplazo del general Scharer; es un pueblo bastante bonito. Este camino de Niza a Génova está casi todo hecho sobre el lado de los Alpes marítimos que mira al mar y el nombre de "*Corniza*" que se le ha dado no podía estar mas bien puesto; es una verdadera cornisa

en donde al menor paso falso que hagan los caballos, puede el viajero estar seguro de rodar por aquellos peñascos y desfiladeros hasta el mar, que en algunas partes está a quinientas o seiscientas varas de profundidad. Lo majestuoso de aquel espectáculo en que el viajero ve a sus pies el inmenso mar y sobre su cabeza las nevadas cimas de los Alpes, la multitud de lindos pueblecitos que se atraviesan al bajar de la cornisa, los fértiles campos de olivos, naranjos etc. y la belleza del golfo de Génova compensan el peligro que se corre al pasar por aquellos desfiladeros. Ese día empecé a notar el desaseo de todos aquellos habitantes, lo desgreñadas que estaban todas las muchachas, la gente sucia, sin zapatos etc.. lo que contrasta con el aseo de las graciosas "*grisetas*" parisienses que ponen todo su orgullo en estar bien peinadas, bien calzadas y bien ajustadas (pues allí, desde que una muchacha nace, sea de la clase que fuere, lo primero que hace su madre es ponerle un *corset;* por eso no hay francesa que tenga mal talle). Al atravesar estos pueblos tan bonitos, estos campos tan fértiles y al ver al lado de ellos tanta miseria y tanto abandono, me parecía estar recorriendo el lindo país de Valencia, en España, y la deliciosa Andalucía, en donde los mismos hechos económicos se reproducen. Después de haber pasado por Diano-Marina, Cervo, Laiguelia, Alasio, la isla Gallinaria en donde estuvo desterrado San Martín, Obispo de Tours, llegamos a la bonita villa de Albenga, con cuatro mil habitantes, una hermosa catedral etc.; continuamos a Loano, Pietra, Finale, Noli y otras pequeñas poblaciones, todas muy parecidas las unas a las otras y situadas en el litoral, y a las seis de la tarde llegamos a Savona, donde comimos. A la una y media de la madrugada y con una lluvia muy fuerte llegamos a Génova, cuyo faro veíamos desde la siete de la noche. Me fui a alojar en el magnífico "Hotel Feder" que me había recomendado en París mi amigo C. Santamaría. Hice el viaje de Niza a Génova en el cabriolé del correro con el conductor, joven italiano muy amable y que me colmó de atenciones.

14 de enero en Génova. Día de lluvia. Visité con el "cicerone" el *Palazzo Brignole,* edificio suntuoso, con una magnífica fachada y algunos cuadros preciosos, entre ellos "El Salvador llevando la Cruz" de Van Dyck, un retrato de la marquesa de Brignole por el

mismo, "Jesucristo echando del templo a los mercaderes" por Guido Reni, "La Asunción" por el Correggio; el Palacio Palavicini, en el cual vi otras pinturas notables, como "La Magdalena" de Aníbal Carraccio, uno de los cuadros que más me han gustado, *Silene ivre* por Rubens, la "*Madonna della Colonna*" (Nuestra Señora de la Columna) del inmortal Rafael; Mucio Scévola en presencia de Porsena por el Guerchino; el *Palazzo Serra* cuyos cuadros no son gran cosa, lo que hay de curioso es una sala recargada de dorados, esculturas y adornos de lapislázuli en polvo (que no me gustaron como los de la capilla que vi en Lisboa) rodeada de dieciséis columnas de orden corintio, de mármol de Carrara dorado y con magníficos espejos, cortinas etc. Visité a mi banquero, Mr. de la Rue, hombre muy amable. Tomé 300 francos. Fui a la casa del Vice-Cónsul de México a entregarle una carta del señor Sarro y no le encontré. Por la noche fui al *Teatro Carlo Felice*, edificio magnífico, con seis órdenes de palcos y el más grande que he visto hasta ahora. Había poca gente. Representaban la linda ópera de Donizzetti a "*María di Rohan*". La señora Adelaide Moltini, que hacía el papel de María, me pareció una excelente cantarina, aunque inferior a la de Niza. Recitó de una manera admirable los lindos retazos del primer acto que empiezan, el primero:

Cupa fatal mestizia
In questo core ha stanza
Qua dentro un' urna gelida
Qui muta é speranza etc.;

el segundo:

(Ricardo)
Ah! tutto io deggio a te!
Ben fu il giorno avventurato
Che conoscerti imparai;
Nobil cor, che tanto amai
Non in van fidava in te etc.

El signor Carlos Guasco, que hacía el papel de Ricardo, es un tenor de primer orden; el recitativo de la escena segunda del primer acto que dice:

Quando il cor da lei piagato
Sul mio labbro amor ponea
Quando al piede io le cadea
Ella udirmi, é ver, negó;
Ma di pianto mal frenato
Le sue luci asperse intanto...
Ogni stilla di quel pianto
Una speme in me destó!

y del acto segundo

Alma soave e cara
Che al tuo fattore ascendi etc.

El signor Natale Costantini, que hacía el papel de Enrico, es otro buen tenor. Después de la ópera hubo una pantomima y baile *(ballet)* histórica intitulada "*Baldassarre re di Babilonia*" que me fastidió mucho, porque era muy pesada como todas las pantomimas y porque las bailarinas eran todas feas. En seguida otro *ballet* cómico en dos actos, titulado "*Le guardie marine*", que tampoco me gustó. Al salir del teatro con un fuerte aguacero me perdí y pasé mil trabajos para ir al hotel.

18 de enero, Génova. Visité el Palacio Ducal, antigua residencia de los Dogos. Edificio muy grande, está ocupado por algunos tribunales. Lo que hay en él de interesante son las dos salas del tiempo de los Dogos; la gran sala me encantó por la belleza de su arquitectura y por la profusión de mármoles que contiene; está rodeada de columnas y pilares de un mármol de España que llaman los italianos "*brocatelle*", y que sostiene una tribuna que rodea la sala, destinada a los espectadores y músicos en las ceremonias públicas. En esta sala estaban colocadas antiguamente las estatuas de algunos hombres célebres que fueron destruidas en una

revolución y reemplazadas por otras que no son gran cosa. La otra sala es pequeña y no tiene nada de particular; es, sí, memorable porque en ella se reunía el Consejo de los Diez en tiempo de la República; hay allí un bonito cuadro que representa la llegada de Colón a América. El palacio Real, que no pude ver interiormente porque el Rey estaba allí, y cuyo exterior no me gustó, tiene un bonito patio; el Palacio Durazzo tiene una magnífica escalera de mármol, adornada con veinticuatro columnas de orden dórico también de mármol y varios cuadros de un gran precio, entre ellos una *Magdalena* del Ticiano; "El Tributo" por el Guerchino; "La Mujer Adúltera" por Procaccino (pintor moderno de gran mérito, nacido en Bolonia y muerto en 1826) etc. La iglesia de la *Annunziata* es una obra maestra de elegancia en el interior, pues está tan recargada de mármoles de todos colores y de dorados que el espectador no puede contener su admiración al ver tanta riqueza; hay un magnífico cuadro de Procaccini, "La Ultima Cena"; el Palacio Doria, con una magnífica columnata de mármol que sostiene una azotea también de mármol, célebre por haberlo habitado Carlos V y Napoleón; la Catedral (San Lorenzo), casi toda construida de mármol blanco y negro, tanto interior como exteriormente; la Capilla de San Juan es rica en obras de mármol y en adornos; la iglesia de San Ciro, grande, muy antigua y rica en mármoles; el altar mayor contiene algunas esculturas del célebre Puget. Visité otras iglesias y palacios de menos importancia.

Génova es una ciudad de mucho movimiento por los muchos buques de todas las naciones que concurren a su puerto, uno de los mejores del Mediterráneo; sus calles —con excepción de las de Carlos Felice, Nuova, Nuovísima, Balbi y otras pocas que son anchísimas— son sumamente angostas e irregulares, pero bien empedradas aunque sin aceras. Las casas son muy elevadas y pintadas de varios colores al exterior, como las de Curazao.

A las tres de la tarde de ese día salí de dicha ciudad en el correo; la atravesé toda, y desde el pie del gigantesco faro que hay en uno de sus extremos disfruté del magnífico panorama de la ciudad, situada en anfiteatro sobre unas colinas; seguí por todo el arrabal de San

Pietro d'Arena, que es una calle larguísima con hermosos edificios; atravesé después, siguiendo la orilla izquierda del río, las lindas campiñas y suntuosas casas de campo que rodean la ciudad, y a poco rato empezamos a subir los Apeninos por un camino muy malo y con un tiempo lluvioso, y atravesando varios torrentes y pasos peligrosos a las nueve estábamos en Novi, pueblo pequeño en donde se dio la famosa batalla en que murió el valiente general Joubert. Habiendo dejado a la izquierda el famoso campo donde en 1800 dio Napoleón la gloriosa batalla de marengo, llegamos a las doce a Tortona en donde nos sirvieron una mala cena. Mi compañero de viaje en el *coupé* era, además del conductor, un alemán que no hablaba ninguno de los idiomas que yo conozco y que me tenía apestado con el humo de sus tabacos.

El 16 de enero amanecimos en Castaggio Giovani, pueblecillo sin importancia, y a las ocho llegamos a la orilla derecha del Pó que estaba muy crecido y que había inundado todos los campos de los alrededores. No habiendo puente en que pasarlo (cosa que me pareció un descuido grandísimo del Gobierno, aunque dicen que había hace poco uno que fue destruido por otra inundación) tuvimos que apearnos del coche, descargar los equipajes y pasar al otro lado en una canoa que estuvo a pique de volcar en medio del río por la fuerza de la corriente; llegados a la orilla izquierda continuamos en el coche del otro correo que estaba allí detenido y que pasó al otro lado para seguir en el nuestro. A poco rato llegamos al río Ticino que también estaba muy crecido y que corre a unas dos cuadras de los muros de Pavía; habiéndolo pasado sobre un puente nos detuvimos a las puertas de Pavía para que visitaran nuestros equpajes, pues es allí la frontera que separa los Estados Sardos de los Lombardo-Vénetos. La visita que hicieron a mi baúl fue minuciosa y el imbécil empleado de la aduana que la presenciaba quiso confiscarme algunos libros que traía, y entre ellos la *Gerusaleme liberata* del Tasso, pues es tal el miedo que tiene el gobierno austriaco de que los pobres italianos recobren su independencia, que todos los empleados en las fronteras tienen orden de registrar minuciosamente todos los libros etc., que traigan los viajeros, y de no dejar entrar aquellos que puedan de algún modo hacer despertar a los italianos del letargo

vergonzoso en que los tiene sumergidos la dominación odiosa y tiránica del Austria. El empleado que visitaba mi baúl se apoderó de varios cuadernos de notas que he hecho en mis viajes y, entre ellos, de éste que escribo, y no quería devolvérmelos por más que le dije que aquellos cuadernos no contenían nada de malo y que me parecía que él no tenía el derecho de tocar mis papeles particulares; también tomó la *Gerusaleme liberata* y empezó a examinarla (esto me probó que el muy animal no conocía, ni siquiera de nombre, el más bello monumento de la literatura italiana); después que la hubo examinado algún tiempo, repitiendo varias veces la palabra "*liberata, liberata*", pues el solo nombre de *libertad* o cualquier otro parecido les daba un miedo pánico, fue a consultar con el jefe de policía que estuvo largo rato examinando mis cuadernos, y al fin me los devolvió. El mismo jefe, en cuanto vio en mi pasaporte la palabra "*República*" y la circunstancia de que había estudiado en París, y a pesar de estar en regla (pues tenía el visa del Embajador de Austria en París) me hizo llamar, y después de un riguroso examen en que me preguntó con qué objeto venía a Milán y si pensaba permanecer allí algunos días, qué especie de estudios había hecho en París y otras impertinencias por este estilo, me dijo que puesto que sólo pensaba permanecer pocos días en Milán me dejaría pasar. Despachados en la aduana, atravesamos la calle principal de la antigua ciudad de Pavía y, al salir de ella, pasamos por el campo en donde se dio en 1525 la memorable batalla de Pavía, en la cual Francisco I fue hecho prisionero por Carlos V; continuamos por toda la orilla del canal llamado de Pavía que sirve de comunicación entre las dos ciudades, y a las tres y media de la tarde entramos a Milán por la bonita puerta llamada Ticinese, en donde nos exigieron los pasaportes y nos dieron un recibo de ellos, en que se decía que debíamos presentarnos a la policía antes de las veinticuatro horas y en caso de no hacerlo estaríamos expuestos al rigor de las leyes. La ciudad me pareció grandiosa; sus calles anchas, muy bien empedradas y muy aseadas, con lujosos y grandes almacenes y mucho movimiento. Vi un gran número de mujeres bonitas. Me fui a alojar al "Hotel de la Gran Bretaña" *(Albergo de la Gran Bretagna), Corsia di San Giorgio Nº 3323.* A las cuatro y media comí en la mesa redonda con tres italianos muy amables, y a las siete me

fui al teatro de la Scala que es considerado justamente como uno de los mejores del mundo. Es el más grande que he visto, pues puede contener tres mil seiscientos espectadores; tiene seis órdenes de palcos, todos muy cómodos y lujosos; todos los órdenes de palcos son blancos con adornos dorados, las cortinas y el interior de los palcos de varios colores; todos tienen, como los de la Opera Cómica en París, un gabinetito para descansar en los entreactos; los asientos del patio me parecieron indignos, no sólo de tal teatro, sino del teatro más miserable del mundo, pues son de madera muy ordinaria, y el asiento de una especie de badana de un color muy triste; las decoraciones magníficas, aunque no tan buenas como las de la Opera de París, y la escena inmensa, pues tiene cuarenta y ocho pies de ancho por ciento doce de largo (es la más grande que existe). La parte exterior es también grandiosa. Representaban la ópera de Verdi (compositor contemporáneo muy distinguido y el único que escribe expresamente para los teatros de Italia, pues Rossini está ya retirado y Donizzetti no escribe sino para los teatros de París, Viena etc.) *I Lombardi alla prima Crociata*, cuyo conjunto me pareció bastante bueno y algunos retazos dignos de Rossini y de los mejores compositores: la escena segunda del primer acto, la plegaria de Giselda en la escena séptima, melodía llena de sentimiento, de dulzura y comparable a las más bellas inspiraciones de Bellini, la escena séptima del segundo acto, la visión de Giselda en el cuarto acto de la escena segunda y toda la escena quinta son retazos muy notables. Los actores eran bastante buenos, sobre todo el tenor Carlo Guasco que tiene una voz casi tan dulce como la de Mario, y la signorina Erminia Frezzolini Boggi que hacía el papel de Giselda, muchacha idéntica a Nieves Peoli, cantarina distinguida que vocaliza sin desafinar un punto y que en la plegaria a la Virgen, del primer acto, me pareció inimitable. La otra cantarina, que hacía el papel de Vilinda, la signora Tereza Ruggeri, no canta bien: es muy parecida a Isabel Mancebo. Tuve esa noche un verdadero rato de placer al ver dos personas que me recordaban tánto a dos de mis buenas amigas. Después del segundo acto hubo un *ballet* histórico en cinco actos titulado "*Gismonda da Mendrisio*", y en el cual pude apreciar la grandeza de la escena, la magnificencia de las decoraciones y vestidos y la habilidad de casi todos los bailarines y

bailarinas, entre las cuales habían algunas bonitas. Luego empezaron otro *ballet* cómico *(Don Quijote)* que no pude aguantar y me salí.

17 de enero, Milán.

Visita al *Duomo* o Catedral que había visto de paso el día anterior. El monumento más grandioso, más bien hecho en todos sus detalles y más maravilloso que ha producido la arquitectura gótica, y el que más me ha llamado la admiración de cuantos hasta ahora he visto en Europa. Ni la grande e imponente catedral de Colonia, ni la soberbia y rica catedral de Sevilla, ni la severa abadía de Westminster, ni la colosal iglesia de San Pablo en Londres, ni las suntuosas catedrales de París, de Ruen, de Chartres y de Strasburg, pueden compararse al colosal *Duomo* de Milán. Todo el edificio es de mármol blanco, trabajado con un gusto y con una delicadeza admirables; todo él se distingue por la belleza de su ejecución y por la profusión de sus adornos, por la firmeza de sus agujas piramidales, por lo gigantesco, por la infinidad de las vidrieras de sus ventanas, en las cuales están representadas toda la historia santa desde el principio del mundo y, en fin, por las *cuatro mil* estatuas, todas de mármol, que adornan el edificio. Esta mole gigantesca de mármol que fue empezada hace cinco siglos y en la cual se trabaja aún, pues deben colocar todavía otras mil estatuas que harán en todo cinco mil, fue empezada a construir por Juan Galeazzo Visconti, primer duque de Milán, protector decidido de las artes y gran criminal, y que según algunas crónicas de aquel tiempo hizo fundar el *Duomo* de Milán y la célebre cartuja de Pavía, en ejecución de un voto que había hecho a la Virgen con el objeto de tener hijos varones, y según otros Visconti hizo construir estos dos grandiosos monumentos religiosos con el objeto de expiar sus crímenes. Sea de ello lo que fuere, debemos felicitarnos de los crímenes del duque Visconti o de la esterilidad de su mujer, pues uno u otra nos han producido el más grandioso monumento que puede verse y cuyo único rival, según dicen, es la iglesia de San Pedro, en Roma. La forma interior del edificio es la de una cruz latina con cincuenta y dos enormes pilares de mármol, otros cuatro aún más gruesos sostienen la cúpula del centro de la

iglesia. El edificio tiene de largo 199 metros, 87 de ancho y 109 de alto; las dos columnas anteriores de la puerta principal son de una dimensión colosal y de un solo pedazo de granito cada una. Imposible me es describir todo lo que ví en aquella catedral, pues esto requeriría volúmenes enteros y una pluma maestra; sólo citaré la capilla donde está enterrado San Carlos Borromeo, Arzobispo que fue de Milán a fines del siglo XVI y uno de los bienhechores de la humanidad y de los que más han contribuido al engrandecimiento de Milán; su cuerpo reposa en una urna toda de plata, y la capilla subterránea en donde está colocada es una obra maestra de gusto y de ejecución; toda ella está adornada de bajos relieves de plata de un trabajo prodigioso que representan los principales hechos de la vida de este santo. Todo el pavimento de la iglesia es de mármol de diferentes colores, incrustado con arabescos. Una magnífica estatua de San Bartolomé, desollado y cargando su piel sobre las espaldas, con un enorme libro en la mano. Los mausoleos del célebre J. J. Medici, tío de San Carlos, hermano de Pío IV y uno de los mejores capitanes de Carlos V; el del conde Caraccioli, gobernador de Milán; los de Otto Visconti y de los dos Juan Visconti, todos de la ilustre familia bajo cuyo gobierno alcanzó Milán un alto grado de esplendor. En la sacristía hay objetos riquísimos, entre ellos dos estatuas de plata maciza de San Ambrosio y San Carlos. Después de haber admirado largo rato todo el interior de este estupendo monumento, subí a la cúpula desde donde se admira en toda su grandeza la parte exterior de él, y desde cuya cima se descubre casi toda la Lombardía; se goza del panorama de la grande y bella ciudad de Milán, de la multitud de canales, de la inmensa cantidad de pueblos, jardines, campos cultivados, prados, colinas, palacios y casas de campo de que está rodeada, y de la vista de los Alpes, sobre los cuales descuellan las blancas y gigantescas crestas del Monte Blanco y Monte Rosa. En fin, no saldré de esta Catedral sin recordar que fue en ella que Napoleón se hizo coronar rey de Italia en 1805 y que este grande hombre, después de su coronación, ordenó que los bienes provenientes de las corporaciones religiosas suprimidas y los de la Catedral fuesen vendidos inmediatamente para concluir el edificio; la suma que esto produjo fue de tres millones y medio de francos, con la cual se adelantaron mucho los trabajos. Es lástima

que la plaza donde está situado este edificio sea pequeña y estrecha, pero según dicen piensan agrandarla y despejar todos los alrededores del *Duomo* para que pueda verse en toda su grandeza. De allí me fui a la "Arena", vastísimo anfiteatro destinado a las fiestas públicas, como fuegos artificiales, ascensiones aerostáticas, carreras de caballos, justas sobre el agua (pues por medio de un canal que viene del lago de Como, puede llenarse de agua en diez horas hasta la altura suficiente para que naveguen buquecitos de vapor) etc.; es de forma elíptica y puede contener treinta mil espectadores; el edificio destinado a la Corte está sostenido por columnas de granito y es bastante hermoso; tiene un balcón que da sobre la inmensa plaza de armas, a la izquierda se ve un hermoso cuartel y a la derecha el *Arco della Pace* (Arco de la Paz), adonde fui al salir de la "Arena". Este arco portentoso que de lejos me pareció muy pequeño, está reconocido como el más magnífico y rico monumento que ha producido la moderna arquitectura italiana. Es todo de mármol blanco, recargado de bajos relieves y de adornos exquisitos y de un estilo elegante y gracioso. Este arco fue principiado en 1806 con el objeto de perpetuar el recuerdo de la apertura del camino del Simplón, pero en 1814 se suspendieron los trabajos, y en 1825 el emperador Francisco I dispuso que se concluyera la obra dedicándola a la Paz, y que las esculturas correspondieran a los hechos que habían dado lugar a la fundación del Reino Lombardo-Véneto. Todo el arco es de orden corintio y de un trabajo precioso. Está *surmonté* por un carro tirado por seis caballos y guiado por la Paz, todo de bronce, y en los cuatro ángulos, rodeando al carro, hay cuatro estatuas ecuestres, también de bronce, todo colosal y muy bien ejecutado; los caballos me parecieron del mismo tamaño del león de Waterloo; sería largo enumerar los bajos relieves históricos y alegóricos a la Paz de que está adornado este arco; me bastará decir que después del *Duomo* es el edificio que más me ha contentado de cuantos he visto; el Arco de Triunfo de la Estrella, en París, me parece más grande, pero éste tiene la ventaja de ser de mármol y de estar mejor trabajado que aquél, que es de piedra ordinaria; desde el pie de los caballos, adonde subí, se descubre un panorama como el que vi desde el *Duomo*.

San Ambrosio, una de las iglesias más antiguas de la ciudad, fundada por San Ambrosio que está allí enterrado. A la entrada hay una especie de patio, rodeado con columnas, todo del siglo IX. El altar mayor es notable por las cuatro columnas de pórfiro que lo sostienen y por sus adornos de plata dorada guarnecidos de piedras preciosas; hay también un mosaico precioso. Todos estos trabajos son del siglo IX. Los restos de San Ambrosio reposan bajo este altar. Hay en esta iglesia muy bellas pinturas.

San Victor (San Vittore), iglesia riquísima en pinturas al fresco del mayor mérito; tiene varias capillas con buenos cuadros; en el *plafond* varias cabezas de angelitos que parecen vivos, por los dos Provaccini, pintores modernos de Bolonia. Toda la iglesia está pintada al fresco y forma un conjunto precioso. El altar mayor está hecho con toda clase de piedras, con mármoles de diferentes colores, ágata, pórfiro, lapislázuli, amatistas etc., etc. El coro y las puertas contienen bajos relieves en madera admirables. San Víctor está allí enterrado (Cardenal Lambruschini). El Cónsul General del Papa me encargó de un pliego para él.

18 de enero, Milán.

Visita al templo de San Lorenzo, construido al lado de un antiguo edificio consagrado antiguamente a Hércules, y del cual se conservaron dieciséis columnas de orden corintio y todas de mármol; están ya muy ennegrecidas y gastadas por el tiempo. El templo es de forma octágona y su cúpula es grandiosa; hay en él algunas buenas pinturas de B. Luini (pintor natural de Luino, en el lago Mayor; que floreció a principios del siglo XVI) y de otros hábiles pintores. Al lado de San Lorenzo y en comunicación con él hay otro pequeño templo o capilla de forma octógona consagrado a San Aquilino mártir, cuyos restos reposan allí sobre el altar mayor; detrás de él hay un cuadro muy bueno que representa el martirio de Santa Catalina por Carlos Urbino. En esta misma capilla hay una urna sepulcral antiquísima que contiene los restos de Galla Placidia, hija del emperador Teodosio, y de su marido Ataúlfo. Al salir de este templo pasé por la casa que habitó y en la cual se convirtió San

Agustín, cuando vino a enseñar la retórica en Milán. De allí me fui a la iglesia de *Santa María della Grazia*, edificio de arquitectura gótica, compuesto en el interior de tres naves con una magnífica cúpula, hermosísimo altar mayor y una infinidad de buenas pinturas. Al lado de esta iglesia, en un antiguo convento que sirve de cuartel desde el tiempo de Napoleón y en una sala custodiada con mucho cuidado, vi el famoso cuadro al fresco de Leonardo da Vinci que representa la "Ultima Cena" de Jesucristo con sus doce apóstoles, obra maestra de ejecución y de colorido, y que la humedad, el tiempo y la brutalidad de algunos soldados han dañado en muchas partes. Hasta ahora nadie ha podido retocarlo. El guardián de este precioso cuadro me dijo que Napoleón (que enviaba al Museo de París todo lo bueno que encontraba en los países conquistados) había hecho los mayores esfuerzos para llevarse este cuadro, pero no pudo hacerlo a causa de la blandura de la pared.

El palacio Brera o de las Ciencias y Bellas Artes, uno de los más vastos edificios de la ciudad. A la entrada hay un gran patio rodeado de una doble columnata, de orden dórico las del *rez de Chaussée*, y jónico las de encima o del primer piso. Subiendo la escalera, y a mano izquierda, están las dos estatuas de mármol del poeta Parini y del marqués César Beccaria; este último está representado sentado y teniendo en las manos sus obras de economía pública, su famoso tratado de los delitos y penas *(Dei delitti e delle penna)* etc. A la derecha de la escalera está la estatua del célebre poeta Monticomo, los arquitectos Piermarini y Albertolli, los pintores Bossi y Pedroni. Alrededor del corredor del primer piso hay otros bustos de hombres ilustres. En este primer piso está la pinacotea o galería de pinturas; al entrar hay una sala pintada al fresco por el célebre Bernardino Luini; en otras salas hay cuadros preciosos de los mejores pintores; el que más me llamó la atención fue el que representa el matrimonio de la Virgen por Rafael, el robo de Proserpina por Albano (nacido en Bolonia etc., etc. Hay en este palacio una buena biblioteca, un gabinete de medallas, una escuela de grabado, otra de arquitectura, un observatorio astronómico y otros varios establecimientos de instrucción pública. De allí me fui a la Biblioteca Ambrosiana, la

más considerable de la ciudad, y fundada por el Cardenal Federico Borromeo; contiene ciento cuarenta mil volúmenes y quince mil manuscritos; es rica en libros sagrados. Entre los manuscritos vi un Virgilio con pinturas que perteneció al Petrarca, quien escribió al margen varias notas de su puño y letra; las "Antigüedades Judaicas", escritas sobre papiro; un manuscrito de Leonardo da Vinci (nacido en 1452 cerca de Florencia), titulado "Código Atlántico"; un manuscrito samaritano y otros varios en lenguas orientales. En otras salas vi algunas curiosidades, como monedas antiguas, medallas etc., los retratos de los hombres ilustres de Italia; me llamó la atención el de Maquiavelo por lo largo de su nariz y lo chupado de la parte inferior de la cara, parecida a la de Peterson; otro de un cardenal de cuyo nombre no me acuerdo, me sorprendió también por lo largo de las narices, que son las más colosales que he visto y que espero ver; probablemente este hombre vivía en tiempo de Quevedo y fue a él a quien el satírico poeta español dirigió aquellos versos que empiezan

"Erase un hombre a una nariz pegado".

En otra sala vi el precioso cartón original de la escuela de Atenas, pintado por Rafael (nacido en 1487 en Urbino) en el Vaticano hay otros cartones pequeños del mismo, de Miguel Angel (nacido en Florencia en 1474) y de otros célebres pintores. En otra sala vi el monumento elevado al célebre pintor Bossi, cuyo busto en mármol de Carrara es obra del inmortal Canova y los lindos bajo relieves que le adornan son del escultor Marchesi. Omito hablar de otras iglesias y monumentos que vi.

La ciudad de Milán es muy hermosa, con lindos paseos, calles anchas y bien empedradas, sobre todo la que conduce del *Duomo* a la magnífica puerta oriental, que son dos lindos monumentos cuadrados, adornados con columnatas de granito y con las estatuas de mármol de la Fidelidad, de la Justicia, de Ceres, de Vulcano, de Minerva y de Mercurio; hay en Milán un lindo pasaje o galería cubierta, parecida a la de París; a su entrada están las estatuas de Cristóbal Colón, Marco Polo, Américo Vespuccio y Flavio Gioja. No

hay ninguna plaza que merezca la atención: la del *Duomo* es pequeña y angosta; hay en ella un café desde donde se goza de la vista de toda la fachada de este grandioso edificio; la plaza llamada *dei'Mercanti* (de los Mercaderes) cuyo centro está ocupado por el edificio del Archivo de los Notarios; hay otra especie de galería con muchas tiendas. En la plaza de San Ambrosio hay una antiquísima columna romana. En medio de la plaza Fontana hay una linda fuente de mármol rojo. En la plaza Borromeo hay una estatua de San Carlos; en fin, otras varias plazas pequeñas con estatuas de santos. Los cuarteles me han parecido grandísimos y bien construidos. La tropa de caballería me ha parecido lucida con sus pantalones azul-celestes, chupa blanca y cachucha; lo que me ha parecido ridículo son los sombreros redondos con las alas apuntadas de la infantería. El Palacio Arzobispal no tiene nada de notable. Los palacios Belgiojoso, Serbelloni y otros no los vi sino exteriormente. En fin, esta ciudad está situada a la orilla izquierda del Olona y varios canales la hacen comunicar con otras ciudades del interior: el de Naviglio-grande viene del Tesino, el Martesana del Adda y, en fin, el canal de Pavía que viene de aquella ciudad; estos canales sirven también para regar los campos. Milán es la capital del reino Lombardo-Véneto. A las seis de la tarde salí de esta bella ciudad con el correo. A las diez de la noche tomé un malísimo café en una pulpería de Lodi, ciudad célebre por su exquisito queso, que impropiamente llaman de *Parmesan*. Al salir de allí atravesé el puente situado sobre el Adda y sobre el cual se dio, en 1796, la batalla que lleva su nombre. A las cuatro de la mañana entramos en Cremona, donde nos detuvimos un rato y a las doce del día 19 llegué a Mantua, plaza fuerte de primer orden, ciudad antiquísima y bastante hermosa; visité la Catedral, compuesta de cinco naves, con buenas pinturas de Julio Romano, Juan Pippi, (nacido en Roma en 1492) y de otros maestros; está allí enterrado San Anselmo, protector de la ciudad, el palacio de los antiguos duques, que contiene pinturas al fresco de Julio Romano de un gran valor, entre otras, el Carro del Sol, tirado por cuatro caballos blancos, que para cualquier lado que se vuelva el espectador parece que ellos se vuelven también y lo mismo otro carro tirado por otros cuatro caballos; en este salón y alrededor de los dos cuadros están

representados los principales hechos de la guerra de Troya, todo al fresco y por el mismo Julio Romano. Los salones modernos de este palacio son magníficos; uno de ellos me llamó mucho la atención por estar todo él pintado figurando bajos relieves, con una tal maestría que la ilusión es completa; estas pinturas de bajos relieves son superiores a las de la Bolsa de París que tanto llaman la atención de los extranjeros. En la Catedral vi también otras pinturas iguales. Visité la iglesia de San Andrés, en la cual hay pinturas al fresco preciosas de Julio Romano, de Mantegna y de otros; esta iglesia se hace notar por su soberbia cúpula construida bajo la dirección de un célebre arquitecto español llamado Guevara. Visité la *place aux herbes* que me pareció era la principal, o del mercado; la plaza de Virgi [lio]...

Roma, febrero 4 de 1845

Mi querida mamá:

Después de haber pasado ocho días en la deliciosa ciudad de Florencia en donde recibí las cartas de U.U., fecha 6 de diciembre, me dirigí por tierra a esta capital a la cual entré el 31 del pasado por la magnífica Puerta y Plaza del Pueblo (Piazza del Popolo), que es, después de la Plaza de la Concordia en París, la más bella que he visto en Europa. Aquí me he encontrado en medio de las más brillantes y divertidas fiestas del Carnaval, que hacen venir a esta ciudad un número tan crecido de extranjeros que con dificultad encuentran alojamientos en estos días.

Antes de ayer asistí en San Pedro a la fiesta más suntuosa que se hace todos los años en Roma, pues según me dicen es superior a las de la Semana Santa. Esta es la fiesta del Papa actual, que se hace siempre el 2 de febrero, aniversario de su elevación a la Silla Pontifical. A las diez y media de la mañana sale el Papa del Vaticano y entra, seguido de su numeroso cortejo de cardenales, guardias etc., en la sin igual iglesia de San Pedro en donde le tienen preparado un trono en el cual se coloca y, entonces, empiezan a

desfilar todos los cardenales, arzobispos, obispos, clericos, corporaciones militares, diputaciones de todos los conventos etc., etc.; al llegar frente al Papa se van arrodillando y besándole el pie, excepto los Cardenales que se quedan parados y sólo le besan la mano; cada individuo de éstos recibe del Papa un grande hachón de cera y va a colocarse en su puesto, formando un inmenso círculo. Esta ceremonia que dura más de una hora me pareció pesadísima; yo había logrado conseguir un buen puesto y estuve durante toda ella colocado a cuatro o cinco pasos de distancia del Papa, de modo que pude examinarlo muy bien y lo mismo a todos los cardenales etc., que le iban besando el pie, y entre los cuales vi figuras originalísimas y dignas de formar la más graciosa colección de caricaturas que puede imaginarse. Después de esto empezó la misa cantada en la cual ofició uno de los cardenales, con toda la pompa y la solemnidad que U. puede imaginarse en tal lugar y en tal ocasión; en seguida sacaron en procesión al Papa sentado en su lujosísimo butaque de terciopelo bordado de oro, cargado por doce hombres, precedido por todos los cardenales y arzobispos con sus riquísimos vestidos, de su guardia suiza y de su guardia noble, que es la tropa vestida con más lujo que hay tal vez en el mundo, y seguido por más de quinientos obispos, frailes, clérigos, monigotes; después de haberlo paseado dos veces alrededor de la iglesia en el interior, lo volvieron a llevar al Vaticano. El Papa es un viejo de ochenta años, bastante fuerte; observé que durante toda la procesión estuvo con los ojos cerrados y si no lo hubiera visto echando bendiciones a derecha e izquierda, habría creído que estaba dormido*. Estoy, no diré admirado, sino espantado de la riqueza de los coches y séquito de lacayos etc. de los cardenales, pues cada uno de ellos ostenta más lujo que Luis Felipe o que cualesquiera de los otros reyes que he visto, y los hombres que predican, o hacen predicar, contra el fausto y la ostentación son los que dan el ejemplo de estas dos cosas. Estas y otras muchas cosas que se ven aquí en Roma, contribuyen a desacreditar la religión.

(*) Se refiere al Papa Gregorio XVI.

Estoy hoy con un fuerte dolor de cabeza y no puedo continuar; escribiré más largo en el próximo paquete. Saludo a toda la familia y amigos y soy su afmo. hijo,

Rafael

Sr. J. J. París

Roma, 4 de febrero de 1845

Mi querido tío:

Al fin veo realizadas, gracias a la generosidad de U., los deseos de toda mi vida: ver a Roma. Por fin me encuentro en la Ciudad Eterna, visitando sus portentosos monumentos y curiosidades, tropezando a cada paso con ruinas que me recuerdan la antigua grandeza de este pueblo y los heroicos hechos de sus hijos y deplorando el estado de decadencia y de atraso a que ha venido a quedar reducida la antigua dominadora del mundo.

Hace 4 días que estoy aquí; antes de ayer asistí a la fiesta del Papa en la sin igual Iglesia de San Pedro, fiesta que U. habrá visto, en la cual sacan en procesión al Papa y lo pasean dos veces alrededor de la Iglesia. Ayer vi las carreras de caballos y los juegos del Carnaval en el Corso y anoche estuve en el Teatro Apolo en donde vi bailar a. la célebre Mlle. Corrito. Hoy que es el último día de Carnaval tal vez no pueda salir porque estoy con un dolor de cabeza tan fuerte que ni sé lo que escribo. Apenas pongo estas cuatro letras para U. y otras cuatro para mi papá, pues temo que si lo dejo para mañana, no alcancen el paquete del 17. En el próximo lo haré más extensamente.

Hace ya algún tiempo que no tengo el gusto de recibir carta de U. Tal vez sus ocupaciones le impidan escribirme; pero si así fuere, sólo exigiré de U. dos renglones en cada paquete diciéndome que

está bueno; esto me salvará del cuidado en que quedo siempre que no recibo cartas.

Adiós, mi querido tío; dispense que no le escriba más largo, porque no puedo más.

Mil abrazos a mi querida Enriqueta. Mis expresiones a Manuelita y Elisa; memorias a Escallón, Antoñito y demás amigos y U. disponga siempre de su affmo. y agradecido sobrino,

R. G. Urdaneta

Señor general Rafael Urdaneta.

Roma, febrero 15/1845

Mi querido papá:

Embarazado me veo al empezar esta carta, pues quisiera hablar a U. muy largo de Roma, pero la materia es tan vasta y mis ideas están en tal desorden que no sé por dónde dar comienzo a tan difícil empresa. En efecto ¿cómo podré yo describir una ciudad en que hay trescientas sesenta y cinco iglesias, todas notables, ya por sus riquezas, ya por su antigüedad y, entre ellas el primer templo de la cristiandad, el famoso San Pedro, superior a cuanto puede imaginarse de bello, de grande, de rico y de maravilloso? Yo lo prefiero a la Catedral de Milán que es el mejor edificio gótico del mundo, porque siempre me ha gustado más la arquitectura griega, y San Pedro es modelo de este género. El abuso que el Papa León X hizo de la venta de indulgencias con el objeto de llevar adelante la fábrica de esta iglesia, fue el motivo principal que tuvo el valeroso monje Lutero para levantar el estandarte del protestantismo, de manera que el más suntuoso templo que posee la religión católica ha sido una de las causas de la decadencia de ésta. La iglesia de San Juan de Letrán, donde se coronan los Papas y que posee la capilla Corsini, la más rica del orbe, y la Santa Escalera, traída de Jerusalén, es, después de San Pedro, el primer templo de la

cristiandad, así es que se le ha llamado "Ecclesia Urbis", "Urbis mater", "Caput Ecclesiarum". Esta iglesia es la Catedral del Sumo Pontífice que toma de ella posesión con una gran solemnidad después de su elección. En ella se han reunido dos Concilios memorables. La de Santa María la Mayor, la de San Pablo, la de San Giovanni in Fonte y otra infinidad son edificios de primer orden. ¿Cómo podré tener tiempo para nombrar siquiera la multitud de obeliscos traídos desde las orillas del Nilo para adornar los suntuosos palacios de los emperadores romanos y que hoy se ven en las tristes plazas de la moderna Roma; el sin número de columnas, de arcos triunfales, de estatuas, de lindas fuentes y cascadas, de paseos públicos y deliciosos jardines que hermosean esta ciudad? ¿Cómo enumerar siquiera las imponentes ruinas que atestiguan su antigua grandeza y poderío?

A cada paso que doy en esta ciudad tropiezo con los restos de algún edificio antiguo y se puede decir que aquí sólo se vive de recuerdos.

Hay en Roma dos ciudades: Roma antigua y Roma cristiana. La primera descansa en el valle circundado por las siete colinas, que se extiende detrás del Capitolio; hoy está convertido en campo para las vacas *(Campo vaccino)*. Cada vez que voy allá me encuentro rodeado de los más gloriosos y terribles recuerdos de los primeros tiempos de Roma. Allí existía la plaza pública donde se reunían las asambleas del pueblo para elegir sus Cónsules en los felices tiempos de la República; allí estaba la famosa tribuna desde donde los grandes oradores —y el más grande de todos, Cicerón— arengaban al pueblo; allí fue donde Bruto hizo matar a sus hijos porque conspiraban contra la República; allí Virginio asesinó a su linda hija por no verla deshonrada; allí se ven los restos de la Curia Hostilia donde tenía sus sesiones el famoso Senado, a quien Roma debió todo su poder y todas sus conquistas y ante quien los mismos reyes se humillaron; tres columnas de *la Grecostasis*, palacio en donde se recibía a los embajadores extranjeros; los restos del templo de Vesta donde se conservaba el fuego sagrado a cargo de las Vestales, que tenían pena de ser enterradas vivas una vez que le dejaban apagar. Allí estaban reunidos los altares de los dioses a orillas de la Vía Sagrada; los templos consagrados al soberano protector de Roma

bajo sus diferentes nombres: "Júpiter tonante", "Júpiter Feretro", "Júpiter Stator"; el templo de Venus, el de la Concordia y los dedicados a Vespasiano, a Antonino y Faustino; al lado de estos templos, los palacios y los arcos de triunfo de los emperadores. El mejor conservado de estos templos en el de Septimio Severo, de este africano que Roma, enervada y fatigada de los cuidados del mundo, se había dado por señor; el arco de Tito, modelo de simplicidad y de buen gusto, erigido para conmemorar las conquistas de aquel emperador en Asia. Un poco más lejos, y al dejar la Vía Sagrada, el arco de Constantino, último monumento de victoria del mundo antiguo, rico y majestuoso, pero producto de un arte en decadencia.

Cerca del arco de Septimio Severo existía el Capitolio, sobre cuyas ruinas se ha construido el edificio moderno que lleva el mismo nombre y en donde el ilustre Petrarca fue coronado; allí [de]bió también recibir tan insigne honor el inmortal Tasso, si no hubiera muerto la víspera del día señalado para esta ceremonia. Cerca del Capitolio está la roca Tarpeya y, en el lado opuesto, las cárceles manertinas, uno de los edificios más antiguos de Roma, pues fue construido por Numa Pompilio y ensanchado por Servio Tulio; allí murió de hambre el valiente africano Jugurtha; allí fueron ahorcados los cómplices de la conjuración de Catilina; allí estuvieron presos San Pedro y San Pablo. Por lo poco que acabo de decir del foro calculará U. la importancia de este lugar, el más interesante de Roma antigua. No muy lejos del Foro, y a orillas del río, se ven algunos restos del puente Sublicio en donde se inmortalizó Horacio Cocles y en la isla del Tíber las ruinas del magnífico templo de Esculapio.

Los monumentos mejor conservados que nos quedan de la antigua Roma son: el Panteón de Agripa, modelo inimitable de arquitectura griega; las famosas columnas de Trajano y de Antonino; los mausoleos de Adriano (hoy Castillo de San Angelo), de Augusto, de los Escipiones, de Cecilia Metella, mujer de Craso y el de Cayo Cestio que, a usanza de los antiguos egipcios, quiso ser enterrado debajo de una enorme pirámide de mármol.

Ya el tiempo se me pasa y todavía no he hablado a U. de las ruinas de los arcos de triunfo de Claudio, de Druso, de Dolabela, de Jano, de

Galiano, de Marco Aurelio, de los jardines de Salustio y de Domiciano, del Circo Máximo donde tuvo lugar el robo de las sabinas, y de los de Rómulo, de Flaminio, de Nerón, de Heliogábalo; de los teatros de Marcelo, en que había capacidad para treinta mil espectadores, y de Pompeyo en que se acomodaban veintiocho mil; de las colosales termas o baños de Agripa, de Tito, de Constantino, de las de Diocleciano en que se bañaban cómodamente tres mil seiscientas, de las de Livia y de tantas otras ruinas interesantísimas que nos dan a conocer la grandeza y suntuosidad de los antiguos dominadores del mundo.

En la pendiente de las siete colinas que rodean al Foro están los restos del colosal palacio de los Césares, de las basílicas, de las curias, de las termas, de los circos y, en medio de todas estas ruinas, la maravilla de la arquitectura de Roma imperial, el símbolo de sus costumbres públicas, el lugar que reunía a todos los partidos en la embriaguez del placer, el Coliseo o Anfiteatro Flavio, lugar destinado a los combates de los gladiadores y de las fieras y en donde cien mil espectadores podían estar cómodamente sentados. En los cien días de fiestas públicas que dio Tito por la inauguración de este monumento perecieron en él dos mil gladiadores y cinco mil fieras.

La era antigua de Roma se personifica principalmente en el Coliseo; la moderna en San Pedro. Además de ellos, Roma posee aún innumerables recuerdos de una y otra época.

El antiguo Egipto está representado en Roma por sus obeliscos, sus jeroglíficos, sus ídolos macizos y pesados, sus símbolos oscuros; la Etruria por sus admirables vasos funerarios, últimos vestigios de una civilización que todavía nos es desconocida. Atenas ha dado la arquitectura de sus templos y de sus teatros, sus estatuas a veces de una sencilla elegancia, a veces recargada de la inteligencia del artista, a veces respirando la delicadeza y sensualismo de la voluptuosa Jonia; la nación romana ostenta lo que le pertenece exclusivamente, las obras del ingenio práctico y positivo que la hizo conquistar el mundo: las calzadas, construidas con materiales que

han resistido a la devastación de los siglos y que parecen imperecederas, los sólidos y útiles edificios construidos por los ediles, los arcos de triunfo, las columnas levantadas a la gloria de los ejércitos imperiales. El cristianismo, a su turno, está representado aquí por las obras del arte nuevo, por las instituciones modernas de caridad y de ciencia y por las iglesias entre las cuales descuella la colosal San Pedro. Intentar la descripción de este gigante de las iglesias sería demasiado atrevimiento en mi.

Por esta rápida enumeración conocerá U. lo interesante que es Roma para los anticuarios, y un individuo que venga a esta ciudad sin conocer la historia antigua (si no es amigo de bellas artes, que es lo único en que sobresalen los romanos de hoy), se fastidia al poco tiempo. Yo, que soy amigo de antigüedades y un tanto aficionado a las bellas artes, pasaría gustoso aquí mucho tiempo sumergido en los recuerdos de la antigüedad y admirando, al mismo tiempo, las inimitables obras maestras de pintura y de escultura que existen en el gran museo del Vaticano y en más de cincuenta galerías particulares. Allí está el grupo de Laocoonte y el Apolo Belvedere que con la Venus de los Médicis y el grupo de Niobe, que he visto en Florencia, son las más bellas producciones del cincel griego que los modernos no han podido, ni podrán tal vez, jamás imitar. En cuanto a pinturas, el Vaticano posee el mejor cuadro del mundo, la famosa "Transfiguración" por Rafael; el "Juicio Final" por Miguel Angelo y otra multitud de telas por estos célebres pintores y de tantos otros que han engrandecido a su patria en este ramo, como Leonardo da Vinci, Domenichino, Guido Reni, los dos Carracci, el Guercino, el Ticiano, Albano (el que mejor ha pintado los muchachos), el Tintoretto, el Perugino (maestro de Rafael), Julio Romano (el mejor de sus discípulos), Salvator Rosa y tantos otros que sería pesado citar.

En cuanto a edificio, el Vaticano, construido sobre las ruinas del palacio de Nerón, es el más colosal de Europa, pues tiene treinta patios, ocho grandes escaleras, doce mil viviendas, once mil salas, inmensos jardines, una biblioteca de ochenta mil volúmenes impresos y veinticuatro mil manuscritos preciosísimos. Entre los

demás edificios de Roma sólo enumeraré el Quirinal, residencia actual del Papa, notable por su riqueza interior y por la belleza de sus preciosos jardines; los palacios [Coloma, Doria, Chiglio, Barberini, Sciarro], Rospigliosi y tantos otros edificios particulares dignos de morar en ellos reyes.

En Roma todo arrastra irresistiblemente a la reflexión y al estudio. El carácter del pueblo es contemplativo; a ejemplo de sus antecesores, los ciudadanos de la Roma imperial, los de la Roma moderna se interesan poco en los trabajos productivos, "le pain de l'esprit semble leur être plus necessaire que le pain du corps" como ha dicho muy bien un escritor francés; gustan de la ociosidad y de las fiestas, y esta vida abandonada no destruye en el romano, como en el napolitano, la dignidad de los sentimientos.

Las romanas son hermosísimas; conservan aún el tipo antiguo y en cuanto a costumbres si no abundan las Mesalinas, Julias y Plotinas, en cambio no hay muchas Lucrecias ni Virginias.

Los alrededores de Roma son tan interesantes para el anticuario como la ciudad misma. En ellos he visitado la fuente de la ninfa Egeria, consultora de Numa, el campo del combate de los Horacios y los Curiacios, el lugar donde se inmortalizó Scévola, el puente Molle donde tuvo lugar la famosa batalla entre Constantino y [Magencio en] la que murió este último [I aun] queda mucho que decir. Lo haré en la próxima.

Memorias a todos y soy su afmo. hijo,

*Rafael**

Hotel Franz. Via de'Condotti.

(*) Entre las cartas figura una para Octaviano de la misma fecha, en que repite la descripción anterior.

Roma, febrero 18 de 1845

Mi querido papá:

En el último paquete no tuve el gusto de recibir carta de U., pero por la de mi mamá supe que U. estaba en La Guaira mudando temperamento. En la carta que hoy escribo a ella verá U. lo que digo sobre la venida de U. a París y no dudo de que U. se resuelva a hacer el viaje. Dentro de tres meses espero tener el gusto de ver a U. en aquella capital, pues saliendo de La Guaira el 1º de abril estará el 1º de mayo en Burdeos o en el Havre; no deje U. de traerse a Luciano, pues además de que U. no debe venir sólo a él le será muy útil este viaje.

No sé si he hablado a U. antes de un joven que acaba de salir de la Escuela Politécnica de París y que desea ir a América. U. sabe que la Escuela Politécnica de París es el primer establecimiento científico del mundo y que un joven que ha tenido la fortuna de ser admitido en ella, y ha logrado pasar los rigurosos exámenes que se exigen para la admisión y para la aprobación al salir de allí, es un hombre muy fuerte en ciencias. Desgraciadamente el Gobierno no puede emplear convenientemente y como ellos lo merecen los ciento cincuenta jóvenes que cada año salen de la Escuela; ocho o diez son destinados a la Escuela de Minas y veinticinco o treinta a la de Puentes y Calzadas; todos éstos tienen asegurada una carrera brillantísima. A los demás el Gobierno les da a escoger entre el Estado Mayor, la construcción marítima. la artillería, la administración de tabacos y otras carreras parecidas que no tienen esperanza de gran lucro. Este joven amigo mío de quien hablo a U., concluyó sus estudios en diciembre último y fue examinado y aprobado al salir de la Escuela Politécnica, pero desgraciadamente no tuvo la fortuna de ser destinado a las minas ni a los puentes y calzadas y el Gobierno le dio a escoger entre las otras carreras que he dicho antes. El no se ha decidido todavía y quiere ver si yendo a Venezuela o a la Nueva Granada podrá encontrar ocupación, bien por cuenta del Gobierno o por cuenta de los particulares. Si el Gobierno de Venezuela le diera la seguridad de que al llegar allí lo empleaba, él

se quedaría aún dos o tres años más en París para perfeccionarse en los puentes y calzadas, en las fortificaciones, en las fábricas de productos químicos, en los ingenios y demás maquinarias etc., etc., según el ramo en que pudieran emplearlo allí; también podría regentar allá algunas cátedras de astronomía, de física, de química, ciencias en que estamos tan atrasados; no digo de matemáticas porque allá tenemos buenos profesores en este ramo. Espero que U. hable con algunos miembros del Gobierno sobre esto y me diga si puede dársele a mi amigo alguna esperanza de que puede ganar algún dinero yendo a Venezuela.

Aquí he tenido el gusto de conocer y tratar al ilustrado joven granadino doctor Eladio Urisarri, Encargado de Negocios de la Nueva Granada en esta capital, de quien he recibido mil atenciones. Me dice que conoció a U. siendo él muy joven, pues en 1827, cuando se recibió de doctor en Bogotá, se fue a viajar por Europa y estuvo aquí hasta 1832; a su regreso a Bogotá hizo la oposición a la administración del general Santander y, en 1837, escribió aquellas famosas cartas en que tantas verdades le decía*. El Secretario de la Legación, Matías Ahumada, es también hijo de un amigo de U.

Aquí vi, en días pasados, la magnífica estatua del Libertador mandada hacer por mi tío; ya se envió a Génova para que de allí siguiera a Santa Marta en el primer buque que salga para aquel puerto**.

Dentro de seis días salgo para Nápoles, en donde espero recibir cartas de U.U. de principios de enero.

Mil memorias a toda la familia y amigos y U. reciba el corazón de su afmo. hijo,

Rafael

(*) El Dr. Urisarri es tío de don Rufino José Cuervo.
(**) Vio sólo el modelo.

Sr. J. I. París.

Nápoles, marzo 6 de 1845

Mi querido tío:

Desde el 24 de ppdo. estoy en esta interesante y preciosa ciudad después de haber pasado 25 días en Roma, donde tuve el gusto de escribir a U. Aquí pensé encontrar noticias de U.U. pues desde Florencia encargué a Tanco que me escribiera a esta capital enviándome las cartas que recibiera para mí, por el paquete de principios de febrero; pero hasta ahora estoy esperando la carta de Tanco y empiezo a creer que habrá tal vez salido de París antes de la llegada de mi carta a aquella capital. Desde que llegué a Roma no he vuelto a saber más nada de él ni del Sr. Made, ni de nadie; figúrese U. pues cómo estaré de aburrido cuando además del gran disgusto de viajar solo, me encuentro hace tanto tiempo sin noticias de las personas que más quiero en este mundo como son mi familia y U.U. La última carta que tengo de U. la recibí en parís y tiene ya 6 meses de fechada. Tal vez mis cartas se han extraviado en las desarregladas oficinas de correos de Italia. En fin, tendré paciencia y esperaré aun cuatro o cinco días aquí para ver si al fin llegan las tan deseadas cartas.

No pudiendo volver a Roma para la Semana Santa, porque según lo que me robaron allí en la época del Carnaval, calculo lo que me robarían en la Semana Santa y Pascuas, época en que todo cuesta allí el triple o cuádruplo de su valor y porque habiendo viajado siempre solo, he gastado ya más de la mitad del dinero que saqué de París y regresando por Roma, Florencia, &. llegaría a Venecia sin un centavo con que seguir a Inglaterra; he resuelto embarcarme aquí para Malta, cuyo viaje sólo me cuesta 60 francos, y en Malta tomaré el paquete que va a Venecia tocando en algunos puntos de la Grecia; este viaje me sale por la mitad de lo que me costaría el otro por Roma. Mucho siento no ver la Semana Santa en aquella capital, ni la famosa iluminación de San Pedro, ni los fuegos de artificio del Castillo de S. Angelo, ni oír el célebre Miserere, pero esto no es posible porque me falta la pólvora, como diría Gómez.

No pude ver en Roma la magnífica estatua del Libertador que U. mandó hacer, porque estaba ya en camino para Génova sólo vi el modelo en yeso, que me pareció soberbio*.

Mucho me sirvió en Roma el Sr. Valenzi que hace muchos recuerdos de U. lo mismo que el Sr. Tenerani y demás personas que tuvieron el gusto de conocer a U.

Estaré en Venecia dentro de un mes y de allí me largaré derecho a Londres a pasar los cuatro meses que U. ha tenido la generosidad de aumentar al largo tiempo que hace que me sostiene en Europa. No pierdo la esperanza de poder algún día corresponder a U.U. algunas partes de los favores que les debo; ojalá pudiera yo ser útil a U.U. en algo y entonces me descargaría un poco de la inmensa suma de favores de que me han colmado, sin fruto alguno para U.U. y sólo movido por su generosidad y por el deseo de hacer bien a los demás.

Mil memorias de mi parte a mi querido Enrique, a Elisa, Manuelita, Antonio y demás familia. Un millón de cosas a Escallón y demás amigos y U. mi querido tío, disponga como guste de su affmo. y agradecido sobrino,

R. G. Urdaneta

Señora Dolores de Urdaneta

Nápoles, marzo 6 de 1845

Mi querida mamá:

Hace doce días que estoy en la deliciosa y linda Nápoles, la ciudad que vista del mar o del Vesubio presenta el más bello panorama del

---

(*) En la obra de Arboleda sobre los París se dice que fue fundido en Munich.

mundo según todos los viajeros (según Lamartine y Blanqui, Constantinopla es aún más bella; Mr. de Chateaubriand y otros muchos prefieren a Nápoles). Vista del mar la encuentro muy superior a Lisboa y es lo más bello que hasta ahora he visto; situada en medio de un golfo que tiene cinco leguas de ancho y seis de largo, la ciudad se eleva en forma de anfiteatro sobre tres colinas, y luego se extiende por una llanura dominada por la fortaleza de San Telmo y por los palacios y lindos jardines de *Capo di monte*; se extiende a la izquierda hasta los pueblos de Portici, Resina y Torre del Greco que forman una prolongación de la ciudad hasta las ruinas de Pompeya, situadas a ocho millas de distancia y, sobre ellas, el Vesubio vomitando fuego y lava, más allá, y siempre a la orilla del mar, los pueblos de Castellmare y Sorrento (patria del ilustre Tasso) y para cerrar el golfo por este lado la preciosa isla de Capri. Saliendo de Nápoles por el lado opuesto, y costeando siempre el mar, se encuentra reunido a la ciudad el pueblo de Pausilipo, sobre un cerro, debajo del cual hay un pasaje subterráneo de ejecución gigantesca y digno de compararse a los famosos *tunnels* de Inglaterra y de Bélgica; a la entrada de esta gruta está la tumba del gran Virgilio; a una legua de distancia la Solfatara, antiguo volcán que aún humea y que tiene comunicación con el Vesubio; más adelante el pueblo de Puzzoli, donde se ven algunos restos de un magnífico templo consagrado a Serapis, de un anfiteatro de la misma forma del famoso Coliseo de Roma aunque más pequeño y menos conservado, de algunos otros templos antiquísimos y de un puente de más de una legua de largo que Caracalla hizo construir sobre el mar, queriendo imitar las locuras de Jerges y para celebrar triunfos imaginarios. Desde Puzzoli hasta Baia se encuentran por toda la orilla del mar las ruinas de los magníficos palacios que los antiguos romanos habían construido en esta tierra de delicias, adonde venían a pasar una gran parte del año entregados a los placeres. Allí tenían sus habitaciones de invierno los famosos Pompeyo, César y Augusto, el feroz Nerón, el bárbaro Caracalla, el imbécil Claudio, los insensatos Mario y Sila que devastaron la Italia y casi destruyeron a Roma por satisfacer venganzas personales, el gran Cicerón y otros ilustres romanos. De la ciudad de Baia, tan floreciente en aquellos tiempos, sólo quedan hoy escombros, entre

los cuales se distinguen los de tres templos dedicados a Mercurio, Venus y Júpiter, que debieron ser magníficos en su tiempo; un poco más lejos está el sepulcro de Agripina, enterrada en el mismo lugar en que su hijo Nerón la hizo asesinar y, cerca de ésta, el de Scipión el Africano, el digno competidor y vencedor de Anníbal; el cabo Misena y la isla de Prócida, en donde las mujeres conservan aún el vestido griego, cierran el golfo por esta parte. Las cercanías de Puzzoli y de Baia son el país clásico de la mitología: allí he visitado el Averno, que lejos de ser un lugar pestilencial y sombrío es hoy un delicioso lago, en cuyas orillas se ven las ruinas de un antiguo templo de Plutón; allí me he bañado en las aguas del Stix y del Aqueronte, sin que ningún Cancerbero me saliera al encuentro; en lugar del viejo Caronte me encontré con un joven pescador napolitano que me pasó en su barca al otro lado del Aqueronte, en donde visité los famosos Campos Elíseos, muy distantes hoy de ser un lugar de delicias y la digna morada de los justos; los temblores y las erupciones volcánicas han cambiado tanto estos lugares que los antiguos dominios de Plutón son hoy fértiles y deliciosos y los Campos Elíseos tristes y malsanos. Entré a la gruta de la Sibila de Cumas, situada a orillas del Averno; después de haber bajado hasta una distancia de más de doscientos pies por una cueva horrorosa y angosta, conducido por guías que conocen el lugar, y con una multitud de antorchas encendidas que no por eso disipaban las espesas tinieblas de aquel horrible antro, me encontré en un lugar aún más angosto y con mil trabajos penetré algunas varas hasta un pozo fétido y negro en donde apenas pude aguantar dos minutos y salí medio asfixiado; después de haber visto lo tenebroso y horrible de aquel lugar no extraño que los antiguos hubieran colocado allí la entrada del infierno. En aquellos lugares recordé el famoso tribunal de Minos, los suplicios de Tántalo, de Sísifo, de Ixión y de las Danaides, la bajada de Orfeo, de Eneas, de Hércules y de Teseo a los infiernos y tantos otros cuentos con que la brillante imaginación de los antiguos poetas ha hecho célebres estos lugares. En el Aqueronte, llamado hoy lago de Fusaro, se crían hoy los mejores ostiones que he comido. De allí me fui a visitar las ruinas de la antigua Cumas, la primera ciudad que fundaron los griegos en Italia después del incendio de Troya, y adonde se retiró y murió Tarquino

el Soberbio, último rey de Roma; de aquella ciudad que sus riquezas y su bella situación hicieron llamar "la feliz y la afortunada" sólo quedan muy pocos vestigios. Largo y pesado sería continuar la enumeración de las ruinas de templos, palacios, termas o baños, puentes, etc., que he visitado por estos lugares. Sólo puede juzgarse de la grandeza de los antiguos romanos y de las comodidades que se procuraban después de haber visto las ruinas de Roma y las de las cercanías de Napoles.

He estado en Capua, tan famosa en la antigüedad por ser una ciudad de placeres y tan funesta a Anníbal y a su ejército. Si este gran capitán después de su prodigiosa entrada a Italia atravesando los Alpes, considerados hasta entonces como intransitables, venciendo a los romanos en Turín, en el Ticino, en la Trebbia, en el lago de Trasimeno y en Cannas, se hubiera dirigido sobre Roma, espantada con los triunfos del valiente cartaginés...

Señor general Rafael Urdaneta

Nápoles, marzo 6 de 1845

Mi querido papá:

Desde que recibí en Roma la carta de mi madre, fecha 17 de diciembre, no he vuelto a saber más nada de U.U. y esto me tiene con muchísimo cuidado. Debía haber encontrado aquí las cartas de U.U. de principios de enero, pues había recomendado a Montoya que me las enviara aquí, pero hace ya doce días que me encuentro en esta ciudad y las cartas no parecen. Ya empiezo a creer que el paquete se perdió o que mis cartas se han traspapelado en alguna de las desarregladas oficinas de correos de Italia.

Después de haber visitado las curiosidades de la linda Nápoles y sus interesantísimos alrededores, pensaba irme hoy para la Sicilia en un buque de vapor que sale esta tarde para aquella isla y para la de Malta, pero he resuelto esperar aquí hasta el 9 que sale otro paquete,

para ver si en estos tres días tengo la fortuna de recibir las tan deseadas cartas de U.U.

Después de haber recorrido casi toda la Italia he formado una idea de lo rica que sería esta nación si en lugar de estar dividida en una multitud de Estados, casi todos mal gobernados, [ella] formara [una sola] nación bajo un buen gobierno. Con el clima más agradable de Europa, la prodigiosa fertilidad de su suelo y los inmensos recursos naturales con que cuenta, con una feliz situación defendida al sur, al este y al oeste por el mar y al norte por los elevados Alpes, pudiendo, en menos de ocho días, enviar los productos de su suelo a los principales mercados de Europa, Asia y Africa, dueña del Mediterráneo, y con la buena disposición de sus habitantes, a quienes sólo les falta un poco de libertad para poder competir con los franceses y los ingleses, esta Italia podía ser tal vez el país más floreciente del universo. Dividida como está hoy, su influencia sobre las otras naciones y sus progresos estarán siempre paralizados; los estados del Norte, como la Lombardía y el territorio de Venecia, bajo el poder tiránico del Austria o bajo su influencia inmediata, como los ducados de Parma, Módena y Lucques, gobernados, el primero por María Luisa y los dos últimos por otros príncipes de la casa de Austria; los reinos de Cerdeña y Nápoles dirigidos por príncipes déspotas y enemigos de todo progreso intelectual; los Estados Romanos en poder de clérigos que serán hombres eminentes en teología y ciencias eclesiásticas, pero que en política, en administración y ciencia de gobierno son hombres nulos; el Principado de Mónaco que ni nombrarse merece, pues sólo se compone de dos o tres pueblos con tres mil habitantes, treinta o cuarenta hombres de fuerza permanente y dos o tres cayucos por marina; la republiqueta de San Marino, aún más pequeña que el Principado de Mónaco. Entre toda esta partida de estados desgraciados el único feliz es el Gran Ducado de Toscana, gobernado por un príncipe liberal y amigo del progreso; este Ducado es un modelo que la mayor parte de las naciones debiera imitar. Mientras que en los otros estados de Italia nadie puede escribir ni leer sino lo que permiten los mandatarios, en Toscana existe la libertad de prensa y la libertad de leer y pensar lo que se quiera; allí

se encuentran los mejores caminos, los mejores servicios de correos y los más florecientes establecimientos industriales de la Italia; allí los extranjeros viven con libertad y reciben una hospitalidad franca y desinteresada sin que sean robados por el Gobierno y sus agentes ni molestados con las impertinencias de la policía, como sucede en los dominios del Papa, en los de Austria y en los de Nápoles. En resumen, aquel es el único buen gobierno que hay en Italia.

He recibido aquí mil atenciones del duque de Montebello, Embajador francés en esta capital a quien vine recomendado por el duque Decasez. El duque de Montebello me ha preguntado con mucho interés por U. y por mi mamá y me ha encargado les diga mil cosas de su parte y que jamás olvida las atenciones que U. tuvo con él en Bogotá y los buenos ratos que pasaron juntos.

Estoy desesperado por recibir cartas de U.U.. para saber si por fin se ha resuelto U. a venir a París.

Saludo a toda la familia y amigos y U. reciba el corazón de su hijo,

Rafael

Roma, marzo 29/845

Mi querida mamá:

Recibí en Nápoles la carta de U. de 17 de enero y en esta capital la de 30 de diciembre y 3 de febrero. Por la última veo que mi papá estaba ya mejor, lo que me ha consolado mucho y espero que pronto llevará a cabo su viaje a Francia.

Yo he pasado aquí la Semana Santa y Pascua. Las ceremonias religiosas de estos días me han parecido magníficas, aunque yo me las figuraba mejores. Casi todas se hacen en la Capilla Sixtina en que apenas cabrán cerca de mil personas, de modo que la mayor

parte de las personas que vienen a Roma expresamente para ver estas ceremonias se quedan sin verlas, pues para ello es menester ir con cinco o seis horas de anticipación para encontrar puesto. El Jueves Santo, después de la gran misa cantada, el Papa baja a San Pedro y lava los pies y luego les sirve a la mesa a trece sacerdotes peregrinos. El Viernes Santo lo que más me interesó fue el famoso *Miserere* cantado por un coro de voces que parecen salir del cielo, pues son tan puras y acordes que es imposible oír otras mejores. El Domingo de Resurrección el Papa dice la misa en San Pedro y varios cardenales le sirven de ayudantes; luego, lo sacan en procesión por toda la iglesia en silla de manos y lo suben al balcón que da a la plaza, y desde donde echa la bendición a más de sesenta mil personas que están allí reunidas. Esa noche se ilumina de un modo mágico toda la fachada y la cúpula de San Pedro, y al día siguiente hay fuego de artificio e iluminación en el Castillo de San Angelo (el antiguo mausoleo de Adriano). Estas iluminaciones y fuego son lo mejor que he visto en su género, pues son aun superiores a las de París.

Empiezo ya a recoger las semillas que U. me encarga y desde París le mandaré una buena colección.

Memorias a toda la familia y amigos, y soy su afmo. hijo,

Rafael

Sr. J. I. París

Venecia, abril 22 de 1845

Mi querido tío:

Por mi anterior se habrá U. impuesto de que por fin vine a Roma para la Semana Santa, pues encontré en Nápoles tres compañeros de viaje que me han acompañado hasta aquí y de este modo nos ha salido barato; pasamos la Semana Santa y Pascuas en Roma y luego

nos vinimos a Venecia por Ancona, Bolonia y Ferrara con un *vetturino* que como U. habrá notado es el modo más cómodo y barato de viajar en Italia, sobre todo siendo tres o cuatro compañeros. Aquí estoy detenido, esperando de un momento a otro noticias de U.U., pues las he pedido a Tanco hace ya algunos días. Desde que estoy en Italia no he tenido el gusto de recibir una sola carta de U. y esto me ha afligido muchísimo: sin saber nada de U.U., recibiendo en todos los paquetes noticias alarmantes sobre la enfermedad de mi papá, viajando solo y entre la gente más ladrona que hay en Europa, mi paseo por Italia, más bien que agradable, me ha sido molesto e incómodo. Desespero ya por verme en Inglaterra y embarcarme para América. Inmediatamente después que reciba la carta de Tanco, y otras de casa, que espero aquí, me dirigiré a Londres.

Como U. conoce la Italia mucho mejor que yo, nada puedo decirle sobre este país tan interesante y tan desgraciado al mismo tiempo: de todos los Estados de Italia que he recorrido, el único que me ha parecido bien gobernado y feliz, es la Toscana; Nápoles, los Estados austriacos, y sobre todo los del Papa ya U. sabe cómo andan y si se podrá esperar algo de una nación en que un Arzobispo es Ministro de Guerra... U. calculará los progresos que ha hecho la civilización en los Estados Papales después de la salida de U. por el extracto que voy a hacerle de un edicto publicado por el Cardenal Cogiano, Obispo y Gobernador de Sinigaglia y que leí en aquella ciudad, viniendo de Ancona a Bolonia. Disponía aquel Cardenal en el edicto de que hablo atrás cosas curiosísimas: que el individuo que quiera cortejar una mujer, debía ante todas cosas, presentarse al Cura de su parroquia y hacerle una declaración por escrito de sus intenciones; si el Cura la aprobaba, nuestro hombre podría ir libremente a la casa de la pretendida; si al contrario, el Cura la desaprobaba, el pretendiente tenía que retirarse de la casa; de manera que según esto, era menester pasaporte o permiso del Cura para enamorar... En otro artículo disponía que el individuo que fuera tres veces en una semana a una casa en donde hubiera mujeres solteras o *viudas*, tenía obligación de casarse con una de ellas. Los contraventores a estas disposiciones eran castigados con muy severas penas. Como

aquí en Italia no se pueden censurar los actos de los funcionarios públicos, a los que todo el mundo debe obedecer ciegamente, el edicto se cumplió y ya U. concebirá lo favorable que fue para las viudas principalmente a las que no faltaban medios de hacer ir tres veces en una semana al pobre paciente sobre que habían puesto sus miradas y obligarlo, con la ley en la mano, a que se casara con ella. Considerando mi persona amenazada en aquella ciudad, me apresuré a salir pronto de allí. Después he sabido que el Gobierno de Roma había echado una reprimenda al Cardenal Cogiano y que el edicto había sido desaparecido de todas las esquinas en que estaba fijado.

Mil memorias de mi parte a Manuelita, Elisa, Enrique y Antonio Escallón y demás familia y amigos y U., mi querido tío, disponga de su affmo. y agradecido sobrino,

R. G. Urdaneta

Señor general Rafael Urdaneta

Trieste, abril 28 de 1845

Mi querido papá:

Recibí en Venecia hace cuatro días las cartas de U.U. del 4 de marzo, y mucho me ha consolado el saber que la mejoría de U. sigue adelante. Ojalá que el médico que lo asiste le cumpla la palabra que le ha dado de curarlo enteramente, pues según lo que U. me dice veo que su viaje a Francia no se realizará. La curación de Tanco, en París, no está aún concluida, según me ha escrito últimamente, a pesar de haberle ofrecido el médico que en cuatro meses lo pondría enteramente bueno y ya hace nueve que lo asiste.

Hace tres días que estoy en esta ciudad, una de las principales de la Iliria y la plaza comercial más importante del mar Adriático. Esta ciudad, por ser puerto franco, goza de muchos privilegios, lo que

contribuye a su prosperidad que se aumenta cada día. He notado ayer en la bolsa que nuestro café es muy estimado aquí; en las ventas que se hicieron ayer, el café de La Guaira (como ellos lo llaman) obtuvo mejor precio que el famoso de Moca. He aquí la proporción en que se vendieron: el de Santiago de Cuba de 36 a 42 florines de convención las cien libras de Viena; los pocos sacos que había de Venezuela y el de Puerto Rico de 26 a 34 florines de convención las cien libras y el de Moca de 30 a 32. Cien libras de Viena hacen unas ciento veinte libras nuestras; dos florines de convención hacen un peso fuerte español. En general, todos los artículos llamados por acá coloniales, que son los nuestros, obtienen precios exhorbitantes en Trieste, Venecia, Ancona y demás puertos del Adriático porque no los reciben jamás directamente sino por la Francia, la Inglaterra, Génova etc. Creo pues que una casa de comercio de La Guaira que entrara en relaciones con otra de Trieste o de Venecia para enviarle nuestros frutos, ganaría mucho en este negocio. Si alguno quisiera emprender este negocio podría yo recomendarle en Venecia la casa de los hermanos Schielin.

Mañana me embarco para ir a dar un paseo a las islas Jónicas que están muy cerca de aquí. Regresaré muy pronto.

He leído aquí, en los periódicos ingleses, que el gobierno español acaba de celebrar un tratado con Venezuela. Mucho me alegro de esto, pues no esperaba que se consiguiera tan pronto nuestro reconocimiento por la España.

FRAGMENTO DEL DIARIO

El 1º de mayo, a las cuatro de la tarde, salida de Trieste, costeando las bajas costas de la Istria y de la Dalmacia, con un tiempo tan bello que el mar no hacía el menor pliegue y sus aguas estaban más tranquilas que las de un lago. En la madrugada del dos vimos las costas de Romania, que había recorrido hace un mes con el desgraciado Simoncelli. A las ocho de la mañana fondeamos en

Ancona; vi de nuevo y con gusto las preciosas muchachas de esta ciudad, sobre todo una lindísima vendedora de naranjas que me regaló varias flores y a quien vi varias veces y estuve tentado de quedarme en Ancona por ella; es una de las muchachas más preciosas que he visto. Compañeros de viaje de Trieste a Ancona, entre otros muchos, un franciscano reformado que había pasado catorce años en las misiones de Albania y que traía dos muchachos albaneses muy interesantes; su idioma me pareció algo más duro que el griego.

Dialecto Valaco: una mezcla del español corrompido que hablan los judíos en Turquía y en Alemania y de italiano también corrompido.

VIAJE A GRECIA

I

(Estas notas parecen más bien el borrador de una carta).

El 1º de mayo, a las cuatro de la tarde, me embarqué en Trieste en el "paquete" de vapor del Lloyd austriaco "*Arciduca Ludovico*", capitán Francisco María Zenovich. Salimos de allí con un tiempo bellísimo y un mar tan tranquilo que parecía más bien un lago. Costeamos aquella tarde las bajas y pintorescas tierras de la Istria y el 2 amanecimos a la vista de las de Italia (Romania, marca de Ancona etc.); a las ocho de la mañana entramos en Ancona. Me apresuré a ir a tierra para admirar de nuevo la belleza de las mujeres de aquella ciudad. Encontré una bellísima vendedora de naranjas de lo mejor que he visto y que me regaló varias flores. A las cuatro de la tarde zarpamos de aquel puerto y el 3 amanecimos a la vista de la costa de la Dalmacia. Todo aquel día estuvimos muy cerca de tierra. Por la tarde entramos en el laberinto de centenares de islas de la Dalmacia; luego costeamos los altos cerros Acroceraunios, la Albania (el antiguo Epiro), una de las provincias más florecientes de la antigua Grecia, hoy una de las más miserables y salvajes de la Turquía; allí existía Dódona en donde estaba el oráculo más antiguo de la Grecia, Ambracia y tantas otras ciudades opulentas que hoy han desaparecido. Por la tarde avistamos la isla de Fano (que algunos creen ser la de Calipso; yo soy de la opinión de los que colocan esta isla en Africa) y la de Corfú (la antigua Corcira), adonde entramos a las cinco por el estrecho de media legua que la separa de la Albania; a las siete de la noche estábamos fondeados en Corfú, capital de la República de las Islas Jónicas; los señores del Congreso de Viena, que dispusieron a su antojo de los Estados pequeños de Europa en favor de los grandes, consintieron en que las islas Jónicas formaran una República bajo la *protección de la Inglaterra*. Como U. debe figurárselo esta protección se ha convertido en dominación y este simulacro de República es una verdadera colonia inglesa. La llamada República se compone de siete islas que formaban antiguamente uno de los

más bellos dominios de la Grecia. El Presidente de la República es aquí un cero a la izquierda, pues no hace sino lo que le manda el Lord Comisario, nombrado por la Inglaterra, y que es el verdadero jefe de la nación; toda la guarnición es inglesa; los principales empleados, ingleses; el Secretario del Senado, nombrado por el Lord Comisario, inglés; de modo que el Presidente del Senado, que es el Presidente de la República, ejerce un empleo ridículo. El Senado se compone, además del Presidente y del Secretario, de cinco senadores, uno por cada una de las islas de Corfú, Cefalonia, Santa Maura y Zanto y otros por las tres de Itaca, Paxos y Cerigo. (Esta circunstancia de un senador por tres islas me hace recordar que en la Dieta suiza hay diputados que sólo tienen medio voto, los de los cantones de Zug y de Schwytz por ejemplo, y mucho me reí una vez que asistí a la sesión de la Dieta, en Lucerna, al ver que veinte votos y medio estuvieron por una proposición y diez y medio en contra, etc.) La situación de Corfú es deliciosa y la vista de que se disfruta desde la explanada es bellísima. El palacio del Lord Comisario es un magnífico edificio con un jardín público en donde vi una parada de la tropa; la música de los regimientos ingleses me pareció mezquina, acostumbrado como estaba ya a las lucidas e inimitables bandas militares austriacas de Venecia y de Trieste; las calles no tienen nada de particular; el teatro, pequeño; el casino, insignificante; la población me pareció mal compuesta, y aquella mezcla de griegos, albaneses, italianos, soldados ingleses borrachos, etc., formaban un conjunto desagradable. Hay una multa de un *shilling* al que orine en la calle, medida algo rigurosa, sobre todo para el que viene de Francia y de Italia. En esta isla fue arrojado Ulises, desnudo; después de su naufragio, apercibido por la bella Nausicaa, hija del rey de Scheria (Esqueria) —que así se llamaba entonces la isla— quien le condujo a su padre Alcinoo; éste lo colmó de obsequios y dio un banquete para que lo condujera a Itaca. La figura de Ulises desnudo delante de la bella Nausicaa, que lavaba su ropa con sus compañeras, no deja de ser muy poco poética y pintoresca. Después de haber visto las bellas campiñas de estas islas, no me parece exagerada la descripción que hace Homero de los famosos jardines de Alcinoo. En Corfú empecé a respirar el aire de la Grecia: veía las costas del Epiro, las islas de Santa Maura

(Léucade) etc., y ansiaba por llegar a la tierra clásica de la antigüedad, al país de nuestros maestros en todo y de los hacedores de grandes cosas, como Epaminondas llamaba a sus compatriotas. En la noche del 4 tuvimos muchísima dificultad para encontrar un bote que nos llevara a bordo a Mr. Circovich y a mí. Mr. Circovich, compañero de viaje, excelente sujeto y primo hermano del que está en Caracas. El 5, a las doce, salimos de Corfú; poco después pasamos por la isla de Paxos que produce el aceite más estimado de este país; a las ocho percibimos a Prevez, en Albania, el golfo de Laval, el famoso cabo de Accio, en donde hace diecinueve siglos se dio la célebre batalla en que Marco Antonio y Cleopatra fueron derrotados por Marco Agripa, general de Octavio. Nos avanzamos hacia la isla de Santa Maura (la antigua Leucadia) y entramos en el estrechísimo canal que separa esta isla del continente de la Grecia; pasamos por el famoso "salto de Leucadia", roca elevadísima, desde donde los amantes desgraciados se arrojaban al mar creyendo encontrar un alivio a sus penas; la mayor parte de ellos morían ahogados, como es fácil de suponer arrojándose desde una altura considerable; de este número fue la bella e ilustre poetisa Safo y aquella famosa Artemisa, reina de Caria, que dio tántas pruebas de valor en la batalla de Salamina, por lo que Jerjes dijo que en aquella acción los hombres se habían portado como mujeres y las mujeres como hombres; luego pasé por la fértil, pintoresca y memorable isla de Itaca; esta patria de Ulises que tántos trabajos tuvo para encontrarla a su regreso del sitio de Troya, esta isla me trajo naturalmente a la memoria el inmortal poema de Homero, la *Odisea*, en que este rey de los poetas cantó los innumerables trabajos del rey de Itaca, me recordó las aventuras de Telémaco y las virtudes de Penélope etc.; luego pasamos por la isla de Cefalonia y entramos en el golfo de Patrás, dejando a la izquierda a Misolonghi, nombre célebre en la historia moderna de la Grecia (el San Mateo de este país) y lugar en donde murió el ilustre poeta inglés Lord Byron. En Patrás me detuve seis horas: allí pisé por primera vez la tierra de la Grecia, allí saludé la tierra de los civilizadores del mundo, y al ver los griegos modernos y las miserables cabañas en que están alojados mil sentimientos de tristeza me asaltaron; me figuraba la antigua población griega, sus suntuosos edificios, sus inimitables templos y me

entristecía al ver la miserable iglesia de Patrás, que no pertenece a ningún orden de arquitectura; los inventores del más bello estilo de arquitectura que se conoce son hoy los más atrasados en este ramo. Patrás es la antigua Patrea; busqué en vano en sus cercanías las ruinas del templo de Baco y del de Diana, en donde antiguamente inmolaban a esta diosa víctimas humanas; los campos de Patrás son lindísimos; me hicieron recordar la prodigiosa vegetación de América y los bellísimos paisajes de nuestro país. La vista de la ciudad y del mar desde lo alto de las ruinas de una fortaleza turca es incomparable; veía a mis pies extenderse la ciudad y sus bellas campiñas; a la izquierda, las islas de Itaca y Cefalonia; al frente, las montañas de la Etolia y de la Lócrida; a mi derecha, el golfo de Lepanto. Allí noté los vestidos griegos: gorro encarnado; chaqueta azul, encarnada o negra, o blanca, con alamares negros y las mangas descosidas bajo el brazo; fustán blanco; una especie de calzoncillos anchísimos que llegarán hasta la rodilla, y de allí para abajo medias blancas y zapatos o chinelas encarnados. A las doce del 6 salimos de Patrás; a la una entramos por el estrecho que separa los dos golfos, defendido por dos antiguas fortalezas, una llamada de Morea, la otra de Romelia, y empezamos a surcar las aguas del golfo de Lepanto, único nombre moderno que iguala en belleza los nombres antiguos, como dice Chateaubriand; veía a la izquierda el pueblo de Lepanto; me encontraba sobre las mismas aguas en que cerca de tres siglos antes, el 7 de octubre de 1571, la flota de la cristiandad, mandada por don Juan de Austria, derrotó la poderosa flota de Alí, capitán bajá; sobre estas aguas en que flotaron aquel día treinta y cinco mil cadáveres y cuyo bello color azul celeste se convirtió en rojo con la sangre de treinta y cinco mil muertos y más de diez mil heridos de ambas partes. Fertilidad, vegetación y belleza de ambas orillas del golfo. Es imposible describir la belleza de las aguas del mar de las islas Jónicas y del golfo de Lepanto, y los más bellos colores que se emplearan para imitarlas no darían sino una pálida copia de lo que son (cuando el mar está tranquilo, como me tocó verlo). A las dos de la tarde llegamos a Vostizza, la antigua Aginun, donde Agamenón convocó a los jefes griego para decidirlos a marchar contra Troya; en el tiempo del esplendor de la Grecia se reunían allí los representantes de la liga aqueana. Hoy es un pueblo pequeño y que

como las demás ciudades griegas se reconstruye con rapidez y sin simetría, pues los propietarios parece que están apurados. Allí dejamos algunos pasajeros y embarcamos otros, y una hora después estábamos costeando de nuevo las lindas praderas del golfo de Lepanto. Esa noche, a las diez, llegamos a Lutraky, en donde sólo existen dos casas ocupadas por la guarnición de aquel puerto que, con el tiempo, será importante por ser la estación hasta donde llegan los vapores del Lloyd austriaco que vienen de Trieste. El 7 de madrugada me levanté, tomé un caballo y me dirigí a Corinto, a dos leguas de distancia de Lutraky, desde donde se ve aquel pueblo y su famosa ciudadela; visité la aldea que ocupa el lugar de la opulenta y rica y voluptuosa Corinto, de aquella ciudad cuyos habitantes, los mejores marinos de la Grecia, fueron a Corcira y a Siracusa que debía de ser un día la ruina de la Grecia, y fundaron a Bizancio, lugar en donde se celebraban los Juegos Istmicos, instituidos por Teseo a imitación de los Olímpicos, fundados por Hércules; y lugar que abunda en recuerdos históricos, patria de Timoleón y de tántos otros héroes. Dionisio, tirano de Siracusa, echado del trono por este mismo Timoleón, vino a Corinto, y el hombre que había hecho temblar a tantos millares de hombres, que había vivido sumergido en los placeres y en las riquezas, se vio reducido a ser maestro de escuela en Corinto y, después, a andar por las calles reunido a una partida de músicos borrachos, pidiendo limosna y siendo el escarnio del populacho y de todos los griegos que venían expresamente a Corinto a cebarse en su desgracia. Visité la fuente Pirene que los antiguos veneraban como una divinidad. La situación de Corinto fue lo que la hizo florecer en la antigüedad; situada en el istmo que lleva su nombre, con puertos sobre el golfo de Corinto (hoy Lepanto) que la ponían en comunicación con la Europa, y del otro lado, por donde recibía los productos del Archipiélago y del Asia; los suntuosos edificios que la adornaban, las innumerables obras maestras de Phidias y de Praxiteles, de Apeles y de Parrasio que hacían la admiración de todos los extranjeros, todo esto desapareció en un día: el cónsul Mumnio entró en Corinto con sus legiones, destruyó y saqueó e incendió la ciudad, se apoderó de los habitantes a quienes vendió como esclavos, según la costumbre de aquellos tiempos, y de aquella famosa ciudad sólo quedó el lugar en que estaba fundada;

después fue reedificada y destruida nuevamente por Julio César, luego por Adriano y, en fin, por Mahomet II y por los musulmanes en la última guerra de independencia de la Grecia. Hoy empieza de nuevo a reedificarse y apenas hay construidas unas veinte o treinta casas. Estando en Corinto subí a la famosa ciudadela que hacía la admiración de los antiguos, situada en la elevada cima de un cerro a cuyos pies existe la ciudad. Desde aquella ciudadela se goza de uno de los más bellos puntos de vista del Universo: tenía a mis pies el bello golfo de Lepanto y el istmo de Corinto; a la derecha, las fértiles campiñas que se prolongan hasta más allá de Delfos, coronadas por el Helicón y el Parnaso, montes igualmente célebres; a la izquierda, las bellas llanuras de Nemea y las ruinas de la antiquísima Sycione, construida dos mil años antes de J. C.; hacia el Este, Magara, Eleusis, el Himeto, la Acrópolis de Atenas y el cabo Sunio; al sur, Epidauro, en donde existía el famoso templo de Esculapio y el mar Argos. Después de esta corta narración de lo que se distingue desde la ciudadela de Corinto, verá U. que no exagero al decir que es uno de los más bellos puntos de vista del universo. Al bajar de nuevo a Corinto, atravesé el istmo y en Kalamaky tomé un barco que me condujo al Pireo, costeando al pie de las escarpadas rocas Skyrónidas, de donde Skyron precipitaba los viajeros al mar y que Teseo precipitó a su turno etc.; pasando luego por las islas de Egina y de Salamina, surqué las aguas en que hace veinte y tres siglos el gran Temístocles destruyó la flota de mil ochocientos buques de Jerjes. A las cuatro de la tarde desembarqué en el Pireo. Visité la tumba de Temístocles a orillas del mar y a las ocho hice mi entrada en Atenas. Es imposible describir la impresión que sentí al verme en la ciudad [que] ha hecho más ruido en el mundo, al pasar por el templo de Teseo, al divisar la Acrópolis coronada por las ruinas del nunca bien ponderado Parthenon, al ver la colina del Aerópago, la del Museo y al atravesar el lugar en donde existieron los jardines de la Academia, en donde Platón enseñaba la filosofía de un modo tan poético.

Encuentro del amabilísimo e ilustrado joven Conde las Navas, Secretario de la Legación de España, que me colmó de atenciones y servicios.

Visita a la Acrópolis, en donde están encerrados los restos de las más admirables producciones de la arquitectura griega. Es allí donde se forma uno una idea de la riqueza y de la grandeza del siglo de Pericles. Al entrar a la Acrópolis lo primero que se presenta son las majestuosas columnas de los Propileos, que servían de frontispicio a la ciudadela de Atenas, construidos, como todos los templos y todo lo que se admira en la Acrópolis, con el bello mármol pentélico, que se saca del monte del mismo nombre de las cercanías. Para que U. se forme una idea de la magnificencia de este edificio le diré que su construcción costó dos mil veinte talentos de plata (cerca de un millón y medio de pesos); quedan aún seis columnas y están en un estado perfecto de conservación; a la derecha de los Propileos se ve el templo de la Victoria, erigido a la memoria de Egeo y en el lugar de donde este príncipe, viendo regresar el buque de Teseo con las velas negras, se precipitó, no al mar que está a dos leguas de distancia, sino al pie del cerro; al lado de este templo están los restos de la Pinacoteca en donde se conservaban los cuadros de los principales pintores. Después de haber pasado los Propileos se presenta a la vista el monumento más perfecto de arquitectura y de escultura que hasta ahora han hecho los hombres, el famoso Parthenon o templo de Minerva que ha hecho la admiración de todos los siglos pasados, y cuyas ruinas hacen hoy la de los presentes. Mandado [a] construir por Pericles, ejecutado por Ictino y Calícrates. decorado por Fidias, este edificio se conservó intacto hasta la conquista de Atenas por los venecianos en 1587, en que una de las bombas lanzadas contra la... *(Aquí se detienen estos Apuntes, que parecen ser borradores de las cartas que se insertan).*

(Empiezan en unas cuartillas numeradas del 1 al 19).

El 7 de mayo, a las seis de la tarde, llegada al Pireo. Desde las cuatro, al pasar por entre Salamina y Egina, había empezado a ver las columnas amarillentas del famoso Parthenon. El Pireo me pareció un puerto bastante animado; la ciudad, moderna, con hermosas y anchas calles, magníficos edificios, entre los cuales sobresalen la Escuela Militar y el Lazareto, uno de los más grandes de Europa. A las seis y media fui a tierra, e inmediatamente tomé un coche con el dueño del "Hotel de Francia" en Atenas. Pagué

algunos centavos al empleado de aduana que había en la orilla donde desembarqué para que no registrara mi maleta y seguimos para Atenas que dista dos leguas del Pireo. Ibamos en un *cabriolet* cuyas fuertes sacudidas recordaban las incómodas tartanas de Valencia. El camino es todo llano, pero mal cuidado. Media hora después de haber salido del Pireo nos detuvimos en una especie de venta o pulpería que hay en la mitad del camino y en donde todos los cocheros se detienen para beber un trago y a dar agua a sus caballos. Allí encontramos multitud de coches que iban también a Atenas y una patrulla que recorre todas las noches este camino, pues parece que hay ladrones. Luego pasamos el famoso Cefiso de la antigüedad, que es hoy un caño sucio y con poquísima agua, y a las siete y media entramos a Atenas en medio de la oscuridad. Me instalé en el "Hotel Francia" en un bonito cuarto con vista hacia la Acrópolis. Esa noche no pude dormir: la alegría de verme en Atenas, de pisar la tierra de Pericles, de Platón, de Demóstenes, de Sófocles, de Aristófanes, de Solón, de Fidias y de Apeles, me tuvo toda la noche desvelado. Repasaba en mi mente la prodigiosa historia de aquel pueblo, me veía a pocos pasos de distancia de la Acrópolis, a algunas cuadras de la Academia y del Liceo, del Areópago, al lado de la antigua calle de Hermes, testigo de las glorias de la nación más civilizada del mundo. El ocho, al aclarar el día, estaba en mi ventana, con los ojos fijos en la Acrópolis, descubriendo multitud de ruinas que las elevadas murallas que rodean la ciudad me impedían distinguir y reconocer. Esa mañana salí a recorrer la ciudad que sólo tiene tres calles rectas y bellas: la de Hermes que conduce del Palacio Real al camino del Pireo y dos transversales: la de Minerva que conduce al Stoa de Adriano y la de Eolo que concluye en la Torre de los Vientos. El resto de la ciudad se compone de calles tortuosas, muy mal empedradas (peor que las de Caracas), sin nombres y sin números. El alumbrado [por] la noche es mezquino y sólo existe en las tres calles principales que acabo de nombrar. En la calle de Hermes, y a la salida de la ciudad para el Pireo, hay un bello palmero (palmar), representante de la aridez de los desiertos del Africa que existe en Atenas y sus cercanías. Ese día visité la Acrópolis que en otra parte he descrito, la Torre de los Vientos, vasto y bello edificio octágono, todo de mármol blanco;

cuatro de sus costados corresponden a los cuatro puntos cardinales; sus ocho lados están coronados en la parte superior por ocho bellísimas figuras en bajo relieve que representan los diferentes atributos de los vientos; debajo de cada una de estas figuras hay trazado un reloj de sol (cuadrante). Casi la mitad del momumento está bajo el nivel del terreno de la ciudad actual, como el templo de Antonio y Faustina, el arco de Septimio Severo y otros monumentos de la antigua Roma están debajo del nivel de la Roma moderna. La Torre de los Vientos tiene cuatro puertas de entrada y al lado de estas puertas hay varios restos de columnas, tal vez de otros edificios adyacentes. Las ruinas de un acueducto se ven al lado de esta Torre.

Monumento de Lisicrates o la Linterna de Demóstenes; cerca del teatro de Baco, es un monumento de forma circular y mucho más pequeño que la Torre de los Vientos. Se compone de seis lindas columnas de orden corintio que sostiene un soberbio friso con bajos relieves alrededor, todo de mármol blanco. *La Stoa de Adriano.* Quedan aun ocho columnas *cannelées* de este magnífico edificio; estas columnas son de orden corintio con sus capiteles en un estado perfecto de conservación; [son] los únicos restos de Atenas que están ennegrecidos por el tiempo, pues todos los demás conservan su color blanco, o un bellísimo color anaranjado que les da mayor realce. Al [lado] de estos restos de la antigüedad existe el mercado actual de Atenas, muy inferior a nuestro mercado de Caracas y como él al aire libre *(en plein vent).*

Buenos "cafés" en la calle de Eolo, principalmente uno, francés, en donde se reúne la mejor sociedad de Atenas y en donde almorzaba yo todos los días. La juventud de Atenas se reúne allí por la mañana a leer los numerosos periódicos de la capital y a discutir las cuestiones políticas que agitan las Cámaras.

Visité al Encargado de Negocios de España para pedirle noticias de mi amigo Heriberto García. El Encargado de Negocios no estaba en casa, pero me recibió el apreciabilísimo joven Conde de las Navas, Secretario de la Legación, quien me colmó de atenciones y de

ofrecimientos sinceros, como me lo probó después. Nada de García, que hasta aquel día no había pasado por Atenas.

Nueva recorrida por la ciudad con el amigo Circovich que llegó del Pireo. Calles como las he descrito antes, sin orden, sin empedrado (la mayor parte), muladares entre la ciudad, en fin, Atenas es hoy una ciudad de provincia de Venezuela, pero una ciudad de provincia que encierra los restos de los más portentosos monumentos de la arquitectura griega. Las construcciones modernas no valen nada, sin simetría y sin orden, y las únicas casas bien construidas que hay son las de los Embajadores y Encargados de Negocios extranjeros y algunas pocas de ricos particulares y principales empleados públicos. El palacio del Rey es un edificio gigantesco, digno de París o de Londres, construido casi todo con el bello mármol blanco del monte Pentélico, y que no está aún concluido; su plano no me gusta y tiene la apariencia de un gran cuartel por la multitud de ventanas y ninguna elegancia de su disposición. Este palacio está construido sobre una eminencia, al este de la ciudad y aislado, pues ningún edificio lo rodea. Ese día visité sus preciosos jardines, plantados hace pocos años, por consiguiente, los árboles están aún pequeños; el aire puro y embalsamado que allí se respira, la verdura de aquellos árboles que contrasta con la aridez y sequedad del resto de Atenas, la multitud de árboles y flores de nuestros climas que allí encontré, me hicieron pasar horas deliciosas en aquel jardín que es muy extenso y plantado por el estilo francés.

Por la noche fui al "café" con el amigo Circovich; con la taza de café me dieron un dulce de arroz con rosas exquisito, que no había comido desde que salí de Caracas.

9 de mayo

Nueva visita a la Acrópolis y a las otras ruinas que vi ayer. Estuve en el Stoa o arco de Adriano, todo de mármol blanco y compuesto de dos cuerpos: el primero es un arco como el de Constantino, en Roma; sobre este arco se elevan nueve elegantes columnas de orden corintio que sostienen un *frontón*. El gusto romano, muy inferior al

griego, se reconoce inmediatamente en este monumento. Este arco fue construido por el Emperador Adriano para separar la antigua ciudad de Atenas de la moderna que él hizo construir al lado. De una parte se ve una inscripción que dice: "*Esta es la ciudad de Adriano y no la de Teseo*"; de otra: "*Esta es la ciudad de Teseo y no la de Adriano*". *La puerta de Agora*, cuatro columnas dorias sosteniendo un pedazo de friso, restos de uno de los famosos pórticos que rodeaban la plaza del mercado de la antigua Atenas.

El *Templo de Teseo*. El monumento mejor conservado de cuantos se admiran en Atenas. Todo de mármol pentélico, a quien el sol de tantos siglos ha dado el más bello color amarillento que puede verse. Es un cuadrilátero, rodeado de un pórtico o *peristyle* compuesto de seis columnas en cada fachada y de doce de cada lado. Todo de orden dórico. La pureza y la simetría de las líneas arquitectónicas, la sencillez del plano y la elegancia de su construcción, hacen de este templo una de las principales obras maestras de los griegos. Este templo sirvió de modelo al famoso Parthenon que es mucho más grande, y como dice el sabio abate Berthelemy, estos dos templos son el triunfo de la arquitectura y de la escultura. El templo de Teseo fue construido por Cimón, hijo de Milcíades, 415 años antes de J.C. y cincuenta antes que el Parthenon. En el interior reposaban los restos de Teseo y de Hércules y estaba colocada la estatua del primero de estos héroes. En las fachadas y alrededor del templo estaban representados en bajos relieves de la mano de Fidias y de sus discípulos, las hazañas de los dos héroes. Hoy apenas quedan restos mutilados de aquellos famosos bajos relieves; todo lo demás del templo está bien conservado y las columnas han sufrido muy poco. Este templo está colocado en una altura, a mano derecha, a la entrada de la ciudad viniendo del Pireo; elevado seis u ocho pies sobre el nivel del [suelo], pues hay que subir cuatro o cinco escalones de mármol. Está hoy convertido en museo y lleno de pedazos de estatuas, de inscripciones, de restos mutilados que se encuentran todos los días en Atenas. No vi una sola estatua antigua, ni un solo bajo relieve en buen estado. Todo lo que hay allí es polvo y restos informes, únicas cosas que quedan en la Grecia de tantos millares de obras maestras de la antigüedad, que los extranjeros se

han llevado y que adornan todos los museos de Italia, de Inglaterra, de Francia etc., pues la Grecia, durante siglos, ha estado condenada a ser saqueada por todas las naciones. Hoy, que renace de entre sus ruinas, se encuentra enteramente despojada de sus antiguas riquezas y apenas puede mostrar al mundo el esqueleto destrozado de lo que fue.

Visita al templo de Júpiter Olímpico, uno de los más famosos y admirables monumentos de la antigüedad, situado entre la puerta de Adriano y el Ilisso, a dos cuadras de distancia de la ciudad. Este templo, comenzado por Pisistrato 530 años antes de J. C. fue concluido por Adriano siete siglos después, y debió ser el templo más grande de la antigüedad a juzgar por sus ruinas. Estas consisten en diez y seis columnas colosales de orden corintio (de sesenta pies de altura), las más grandes que he visto, todas de mármol pentélico. Este templo tenía ciento veinte columnas y tenía, según dicen algunos autores, mil varas (a lo menos) de circuito; muchas de estas columnas fueron transportadas a Roma. Sentado al pie de una de las columnas del templo de Júpiter Olímpico permanecí más de dos hora aquella tarde, contemplando en un silencio religioso el panorama sin igual que tenía delante de mí: sobre mi cabeza veía los hermosísimos capiteles corintios de las columnas, semejantes a un bosque de mármol; a mi derecha, la Acrópolis, coronada por el Parthenon y los Propileos, rodeado de su enorme muralla veneciana y, al pie de ésta, las ruinas de los teatros del Odeón y de Baco; la ciudad moderna, a sus pies, terminaba por el bello arco de Adriano; a mi izquierda, el Himeto, el Illiso, la fuente Calirhoé (*) y el Estadio; delante de mí, el bello terreno ondulado que se extiende hasta el Pireo y Munihici (**), en donde se distinguían los mástiles de los buques que había allí fondeados; las ondas azules y tranquilas del mar Egeo y las islas de Salamina y de Egina terminaban el horizonte por este lado; a mi espalda, el suntuoso palacio del rey Otonio (***) con sus bellísimos jardines y, detrás de él, el estéril y

---

(*) Calirroe.
(**) Muniquia, Muniquión.
(***) Otón I, hijo de Luis I de Baviera.

amarillento monte Licabeto con su forma cónica y en su elevadísima cima una iglesia moderna, cerro aislado en aquellas llanuras. Si a esto se agrega la pureza del cielo de Atenas, los dorados rayos del sol que se ponía detrás de las montañas de la isla de Salamina y que esparcía una pálida claridad sobre aquel mágico espectáculo, los recuerdos que se agolpaban a mi memoria de los hombres que habitaron aquellos lugares hace veinte siglos etc., todo esto me hizo pasar horas deliciosas en aquel lugar encantado. Después fui a visitar la antiquísima fuente Calirhoé y el famoso Illiso, que no tiene hoy una gota de agua y que ha dejado de ser el torrente impetuoso a cuyas orillas se paseaban Platón, Demóstenes, Isócrates etc., y cuyas aguas han sido tan célebres en la antigüedad. En vano busqué a sus orillas algunos restos de los templos de Diana y de Ceres y del altar dedicado a las Musas que allí existían hace veintitrés siglos.

Habiendo pasado el Illiso, visité del otro lado el Estadio, del lado de acá del lugar donde existió el Liceo; en vano busqué los magníficos jardines, la estatua dedicada a Apolo y las famosas pinturas que adornaban aquel lugar en donde la juventud ateniense se ejercitaba en los ejercicios gimnásticos. Todo es soledad y desolación en aquellos lugares tan animados otro tiempo. El Estadio ha sido construido de nuevo y tiene exactamente la misma forma y las mismas dimensiones que en la antigüedad. De allí regresé por el Palacio Real, la Casa de los Encargados de Negocios de Prusia y de Baviera y los demás edificios aislados que se encuentran alrededor de la ciudad; la universidad, hermoso y elegante edificio, el mejor de Atenas después del palacio del Rey; el jardín del pueblo, que no tiene nada de particular, a la calle de Eolo y allí entré al café.

10 de mayo, Sábado.

Nueva visita a la antigüedad de Atenas que había ya visto. Recorrí los bazares y los mercados. Nada de lo que en ellos había me llamó la atención. El teatro, actualmente cerrado, es pequeño y miserable. Al lado del teatro hay una columna, resto de un antiguo templo de Esculapio. El pueblo de Atenas ha guardado fidelidad al culto del dios de la salud, pues la columna se considera como profética.

Cuando un individuo está enfermo los de su familia le arrancan un cabello y lo pegan con cera, por las dos extremidades, en la columna de Esculapio, al mismo tiempo arrojan algunas monedas en una especie de alcancía hecha en la columna; si el cabello (otros ponen una [he] bra de [e seda]) queda pegado por algún tiempo el enfermo no morirá pronto, si se despega por una sola extremidad el enfermo sufrirá mucho tiempo antes de morir y, en fin, si el cabello o la seda se despegan de ambas extremidades (lo que sucede casi siempre, pues el sol ardiente de aquel país derrite la cera) el enfermo curará. Al pie de la columna hay una especie de nicho o casucha en donde los enfermos y sus parientes tienen siempre velas encendidas. Visita que me hizo el apreciable Conde de las Navas.

Encuentro del ilustrado joven Andrés Regópoulos *(Avopeas Peyorovaos)* que había conocido a bordo del vapor de Kalamaky al Pireo. Este joven, a quien tuve ocasión de conocer y apreciar, es de Patrás, en el Peloponeso. Poeta, orador, literato y filólogo distinguido, de un talento y de una instrucción prodigiosa para la edad que tiene (23 años), habiendo concluido sus estudios y recibídose de abogado en Atenas, está llamado a ser dentro de pocos años el Demóstenes de la Grecia actual. El famoso discurso que pronunció en Patrás el día del aniversario de la independencia de la Grecia, sus numerosas composiciones poéticas, sus brillantes exámenes, han revelado a la Grecia lo que debe esperarse de este nuevo bardo y orador, llamado a resucitar [en] su her[moso] país los tiempos de Homero y de Demóstenes. Muy agradables momentos he pasado con este apreciabilísimo joven, entusiasta y admirador del pueblo americano y de sus héroes, como yo lo soy del griego y de los suyos. Este joven está llamado a ser regenerador de su país cuando tome asiento en las Cámaras Legislativas y en el Ministerio que indudablemente ocupará dentro de algunos años. (Para ser diputado en Grecia se necesita tener treinta años de edad). Este joven y otra infinidad que como él han recibido su educación en la Grecia, sin irla a buscar al extranjero, son una prueba del ingenio y de las buenas disposiciones de los griegos que, en mi concepto, no han degenerado de lo que eran antiguamente y responden victoriosamente a los viajeros modernos que insultan a este heroico pueblo

pintando a sus habitantes como una horda de facinerosos. El pueblo griego sólo quiere que le dejen desarrollar sus talentos naturales; es un pueblo de poetas, de oradores, de héroes; las discusiones políticas, la literatura, los combates, la marina, he aquí la pasión de todos los griegos; jamás serán buenos industriales ni artistas (hablo de las artes mecánicas, pues las bellas artes las empienzan a cultivar con gran éxito como sus antepasados. Testigo: la exposición de pintura que tendrá lugar en Atenas el mes entrante y en la cual habrá más de cuatrocientos cuadros hechos por artistas griegos). La imaginación ardiente de los griegos, ayudada por la hermosura y belleza del idioma, hace que todos ellos sean oradores, así es que el más simple campesino de la Arcadia o de Vostizza, el más rudo marino de Argos o de Corinto, sentados en las Cámaras por la voluntad de sus comitentes, sube a la tribuna y cautiva al auditorio por la facilidad y elegancia con que se expresa.

Domingo, 11 de mayo.

Recorrida a la ciudad. Visité el lugar donde existió la Academia, a un cuarto de legua de la ciudad, lugar desierto como todos los de las cercanías de Atenas, pero lleno de recuerdos. Allí Platón, el más sabio de todos los filósofos, enseñaba su divina filosofía a los hombres más ilustres de la antigüedad. Me transportaba con el pensamiento a veinte y tres siglos de nosotros, cuando aquellos lugares hoy áridos y desiertos, estaban cubiertos de bellísimos jardines, cuando existía allí el templo al Amor, con la estatua de este dios, y los templos de otras divinidades y a poca distancia el templo de las Musas, habitado por Platón. Me figuraba a este grande hombre paseándose por las alamedas que componían la Academia y dando sus lecciones a discípulos como Aristóteles (el más sabio de los discípulos de Platón), el serio Jenócrates, Demóstenes, el más ilustre de los oradores antiguos y modernos, Esquines. Me parecía ver al cínico Diógenes pasearse por allí cubierto de harapos y burlándose de los demás hombres; al orgulloso e ilustre Isócrates, émulo de Diógenes; al más virtuoso de los mortales, al excedente y digno Foción y, en fin, a la juventud ateniense de aquel tiempo, ávida de instrucción, ilustrada e inteligente como todo el pueblo de

Atenas, pueblo hecho para comprender y apreciar los grandes hombres de que estaba rodeado. Pasé largas horas en aquel lugar memorable. Regresé a Atenas. Salí un rato con mi amigo Regópoulos con quien comía todos los días en la fonda de la calle de Hermes que hace esquina con la calle de Eolo. Recorrí un barrio que no había visto al sur-oeste, en donde vi hermosas casas con bellos jardines. Ese día, por ser domingo, todas las señoritas estaban en las ventanas y las mujeres del pueblo sentadas de un modo nada gracioso a las puertas de sus casas; los hombres formaban grupos en las calles, principalmente en la de Hermes. Por la tarde, toda la población se dirigió al paseo público situado a un cuarto de legua de la ciudad, saliendo por la calle de Eolo y el cuartel de artillería. Este paseo está sembrado de árboles aún pequeños y conduce a un café con un lindo jardín llamado "Tívoli" (a imitación de París); allí toman exquisitos helados a la sombra de los árboles. Lo más elegante de Atenas estaba esa tarde en el paseo y allí tuve ocasión de admirar la belleza de las atenienses y la elegancia de los diferentes vestidos que llevaban. A las cinco y media la música militar, compuesta de diez o doce individuos, empezó a tocar algunas marchas y otras piezas de muy mal gusto, y a las seis se presentaron al paseo el Rey y la Reina sin ningún séquito ni aparato de lujo. El joven rey Othón, hijo segundo del rey de Baviera, tendrá unos veinte y nueve años, buenmozo, esbelto, elegante y de una educación muy distinguida, este rey pasa su vida entregado al estudio y fastidiado de la soledad y aislamiento en que se encuentra; su joven y linda consorte, la princesa Amelia de Oldemburg, no menos instruida que él y entusiasta decidida de la equitación y del baile, le hace soportable su permanencia en una corte nueva, sin sociedad, y en donde pasadas las primeras impresiones de admiración por los grandes recuerdos de lo pasado, todo es tristeza y aislamiento. Esa tarde se manifestaron muy amables y populares con todo el mundo y a la media hora se retiraron a su palacio. Me reuní con varios amigos, entre ellos el Conde de las Navas, que me presentó en el paseo al Encargado de Negocios español, el señor García Villalta, literato y anticuario distinguido, cuyo apreciable trato y amena conversación me hicieron pasara muy buenos ratos; después tomé varias veces helados en la multitud de cafés y

sorbeterías improvisadas que había esa tarde en el paseo, y con una fuerte llovizna regresé a todo correr al café de la calle Minerva.

Lunes, 12 de mayo.

Nueva visita a la Acrópolis, al templo de Teseo y a algunas otras antigüedades de Atenas: Areópago, Palacio Real, Cámaras.

CARTAS DE GRECIA

Señora Dolores Vargas de Urdaneta

Atenas, mayo 10 de 1845

Mi querida mamá:

Se sorprenderá U. al recibir una carta mía fechada en Atenas, si no ha llegado a Caracas (como lo temo) la que escribí a mi papá de Corfú, en la cual le decía que probablemente prolongaría mi viaje hasta la célebre ciudad de Teseo. En efecto, el 5 me embarqué de nuevo en el vapor que me había traído hasta Corfú; ese día pasé por la bonita isla de Paxos; poco después nos acercamos al golfo de Lapta (antiguamente llamado de Ambracia) y el cabo de Accio *(Actium)*, en cuyas cercanías se dio hace diecinueve siglos la célebre batalla naval en que Marco Antonio y Cleopatra fueron derrotados por las tropas de Octavio; un momento después entramos en el estrechísimo canal que separa la isla de Santa Maura (la antigua Leucadia) del continente de la Grecia; pasamos al lado del famoso salto de Leucadia: roca elevadísima desde donde los amantes desgraciados se arrojaban al mar, creyendo encontrar un alivio a sus penas; la mayor parte encontraba (como era natural) la muerte: de este número fue la bella e ilustre poetisa Safo y aquella famosa Artemisa, reina de Caria, que dio tantas pruebas de valor en la batalla de Salamina, lo que dio motivo a que Jerjes dijera que en aquella acción los hombres se habían portado como mujeres y las

mujeres como hombres. Enseguida costeamos la patria de Ulises, la fértil, pintoresca y memorable isla de Itaca. El 6 amanecía en Patrás, ciudad moderna, construida sobre las ruinas de Patrea, antigua ciudad importante del Peloponeso: allí pisé por la primera vez la tierra de la Grecia: "Cette terre, como dice Lamartine, d'où sortaient presque à la fois Miltiade, Leonidas, Thrasybule, Epaminondas, Démosthènes, Alcibiade, Periclès, Platon, Aristide, Socrate, Phidias; cette terre qui dévorait les armées de deux millions d'hommes de Xerxes, qui envoyait ses colonies á Bysance, en Asie, en Afrique, qui creait et renouvelait les arts de l'esprit et les arts de la main, et les poussait en un siècle et demi jusqu'a ce point de perfection où ils deviennent types et ne sont plus surpassés; cette terre dont l'histoire est notre histoire, dont l'Olympe est encore le ciel de notre imagination; cette terre d'où la philosiphie et la poésie ont pris leur vol vers le rest du globe, oú elles revienent sans cesse, comme des enfans á leur berceau", c'est la Grece, "ce pays *des faiseurs de grandes choses*, comme Epaminondas appelait sa patrie". No he podido resistir a la tentación de transcribir estas elocuentísimas palabras de Lamartine que resume en ellas cuanto pudiera decir en elogio de los griegos.

En Patrás me estuve seis horas recorriendo los fertilísimos campos de las cercanías de aquella ciudad, que me hacían recordar los bellos paisajes y la prodigiosa vegetación de nuestro país. La ciudad de Patrás, como casi todas las ciudades griegas, ha empezado a construirse de nuevo después de la última guerra de independencia y, por consiguiente, no presenta nada de interesante. Después de haber visto esta ciudad y otras varias de la Grecia, y sobre todo, la parte moderna de Atenas, me he convencido de que los griegos, que han inventado el más bello estilo de arquitectura que se conoce, que han construido edificios como el Parthenon, el templo de Júpiter Olímpico, que nadie ha podido ni podrá jamás imitar, están hoy tan atrasados como nosotros en este ramo, que es cuanto puede decirse contra ellos.

Como siempre subo a las alturas que dominan las ciudades, porque nunca dejo de encontrar en ellas bellos puntos de vista, me dirigí a

una fortaleza turca que está encima de Patrás; desde allí veía a mis pies la ciudad y sus lindos alrededores; al frente, Misolonghi, célebre en la historia moderna de la Grecia y lugar donde murió el ilustre poeta inglés Lord Byron; a mi izquierda, las islas de Itaca y Cefalonia y a mi derecha el famoso golfo de Lepanto, único nombre moderno que iguala en belleza a los antiguos, como dice Chateaubriand. A las doce y media del día salimos de Patrás y a la una entramos en el golfo de Lepanto y empezamos a surcar las mismas aguas en que, cerca de tres siglos antes, la poderosa flota de Alí, capitán o bajá, fue destruida por los valientes españoles e italianos mandados por don Juan de Austria. Me figuraba aquellas aguas del más bello color azul que puede imaginarse, cambiadas en el mar de sangre que debieron formar los treinta y cinco mil muertos y los diez mil heridos de ambas partes que hubo en aquella acción, las galeras turcas echadas a pique o quemadas, y calculaba la confusión que habría aquel día en aquellas aguas, hoy tan tranquilas y transparentes. Poco después entramos en Vostizza, ciudad aún más miserable que Patrás, y en la noche fondeamos en Lutraky, en el istmo de Corinto. En la madrugada del 7 fui a tierra, alquilé un caballo y me dirigí a Corinto; sólo encontré unas treinta o cuarenta casas modernas, habitadas por pescadores y labradores, en el lugar en que existió una de las más ricas y opulentas ciudades de la Grecia; ciudad cuyos habitantes monopolizaron casi todo el comercio de Europa, Asia y Africa; fundaron a Corcira y Siracusa y ayudaron a los de Megara a fundar Bizancio; esta Corinto que por sus riquezas, su feliz situación, la belleza de sus mujeres y las obras maestras de arquitectura, de pintura y de escultura que encerraba, llamaba la atención de todos los extranjeros; en cuyo recinto se realizaban los famosos juegos ístmicos, instituidos por Teseo, a imitación de los de Olimpia, fundados por Hércules, y a cuyas solemnidades concurría la Grecia entera; esta ciudad, patria de Timoleón, y adonde Dionisio, tirano de Siracusa, después de haber vivido sumergido en los placeres y en las riquezas, vino a ser maestro de escuela y a pedir limosna por las calles, esta ciudad, digo desapareció en un solo día: el bárbaro cónsul romano [Mummio] entró con sus legiones a Corinto e incendió [los edificios], mató a todos los hombres que allí había y vendió como esclavos a las

mujeres y a [los] niños, según la costumbre de aquellos tiempos, y de esta famosa ciudad sólo quedó el lugar en que estaba con[strui]da; algún tiempo después fue reedificada por dos veces y destruida por los musulmanes en tiempo de Mahomet II, en la última guerra de independencia. Hoy empieza a levantarse de nuevo y había ya construidas treinta o cuarenta casas. Visité en sus cercanías la famosa fuente Pirene que los antiguos adoraban como una divinidad, y luego subí a las ruinas de la famosa ciudadela que hacía la admiración de los antiguos, situada en un lugar elevadísimo que es uno de los más bellos puntos de vista del universo. Colocado en las ruinas de la ciudadela, veía a mis pies el bello golfo de [Lepan]to y el istmo de Corinto; al frente, las bellas llanuras que se prolongan hasta Delfos, coronadas por el Helicón y el Parnaso; a la izquierda, los fértiles campos de Nemea y las ruinas de la antiquísima Sicione; a la derecha, Megara, Eleusis, las islas de Egina y de Salamina, la Acrópolis de Atenas, el Himeto y el cabo Sunio (Sunnium); hacia el sur, Epidauro y el mar de Ar[gos]. En aquel momento mi vista dominaba los lugares más célebres de la Grecia y por más de dos horas [estuve] sin q[uerer] ale]jarme de aquel lug[ar] encantado que me hacía repasar en mi mente las más bellas [páginas] de la historia de la Grecia y me transportaba a los tiempos más felices de este extraordinario país. Al bajar de [nuevo] a Corinto encontré una partida de [mucha]chas que iban a la fuente Pirene; no había entre ellas una sola fea, y esta circunstancia me hace creer que la raza de las preciosas mujeres de Corinto no ha degenerado. Después de [haber atravesa]do el istmo me [embarqué en Kalamaki y costeamos] al pie de los desfiladeros de donde [Sciron arrojaba] al mar a los viajeros que iban por tierra de [Atenas] a Corinto, y en que Teseo venció después a aquel[sal]teador y lo arrojó al agua. Pasé luego p[or las] islas de Egina y de Salamina y entré en el golfo en que hace veintitrés siglos el gran Temístocles destruyó la poderosa flota de mil quinientos buques de Jerjes. A las cuatro de la tarde entré al Pireo. Visité en las cercanías la tumba de Temístocles. A las seis y media, dejando a la derecha el famoso templo de Teseo, las colinas de Aerópago y del Museo, entré en la calle principal de la moderna Atenas, que se construye de nuevo con una rapidez extraordinaria. Es imposible describir la impresión que sentí al

verme en la ciudad cuyo nombre ha hecho más ruido en el Universo, al pisar la cuna de la filosofía, de las letras, de las bellas artes y de casi todas las ciencias, pues los griegos han sido maestros nuestros en todo; al subir a la Acrópolis y contemplar los restos de los más bellos [monumentos] que hasta ahora han hecho los hombres. En el desorden en que tenía mis ideas y vista la premura del tiempo, pues el vapor francés que llevará esta carta hasta [Marse]lla sale [dentro] de tres horas del Pireo, suspenderé hoy mi relación y en mi próxima carta sólo hablaré de Atenas.

La transición de los países oprimidos de la Italia a un país libre y bien constitui[do, como la Grecia], me ha colmado de [satisfacción, pues] respiro libremente; nadie me ha pedido el pasaporte ni registrado el equipaje; ya se acabaron las vejaciones, los [robos], las averiguaciones inquisitoriales que me hacían en Italia, en donde antes de entrar a cada ciudad había que pasar por dos o tres cuerpos de guardia que exigían el pasaporte y otras tantas [aduanas cu]yos directores, con el mayor descaro y delante de todo el mundo, me salían al encuentro y me decían que si no les regalaba algunos reales hacían bajar el equipaje y registrarlo en el medio de la calle. Como allí nadie puede quejarse, ni hay quien haga justicia, el extranjero tiene que resolverse a que los señores de las aduanas le roben su dinero o lo detengan horas enteras visitándole los baúles. Después de haber pasado por los cuerpos de guardia y las aduanas, debe el viajero presentarse a la policía y si quiere quedarse algunos días en aquella ciudad no puede hacerlo sin un permiso escrito del Director de la Policía, que no se acuerda si el indi[viduo no] presenta un fiador que responda de [su conducta]. Todos estos vejámenes, todos estos robos, [todas estas] molestias, me habían enfermado en los [días] de mi viaje por Italia. El aire puro [y libre] de la Grecia me ha repuesto entera [mente].

Adiós, mi querida mamá. No ten[go] más tiempo. Saludo a toda la familia y soy su afmo,

Rafael

Señor Luciano Urdaneta

Atenas, mayo 12 de 1845

Mi querido Luciano:

Por mi carta anterior se habrán impuesto U.U. de mi llegada a la famosa Atenas. No tuve tiempo aquel día para hablar a U.U. de algunos de los preciosos restos de la antigua Atenas; hoy he acabado de visitarlos todos y sólo enumeraré los principales, porque el tiempo urge. Los primeros pasos del extranjero en esta capital se dirigen siempre a la Acrópolis o ciudadela, que era el centro de la antigua Atenas, y en donde existen los restos de las más admirables producciones de la arquitectura griega; es allí donde me he formado una idea de la grandeza y de la riqueza del siglo de Pericles, época en que se construyeron los más [hermo]sos monumentos de esta ciudad. Lo primero que se presenta a la vista al entrar a la Acrópolis son las majestuosas columnas de los Propileos que servían de frontispicio a los incomparables edificios de la ciudadela, construidos todos, como los Propileos y otros muchos templos y teatros antiguos de Atenas, con el precioso mármol del monte Pentélico; a la derecha de los Propileos se ven los restos de un templo erigido en honor de Egeo, en el lugar en que este príncipe viendo regresar el buque de Teseo [con velas ne]gras se precipitó al pie del cerro y no al mar Egeo, como creían todos los historiadores; para precipitarse en el mar, que está a dos leguas de distancia, habría tenido que dar un buen brinco; a la izquierda están las ruinas de la Pinacoteca en donde se conservaban los cuadros de Apeles, de Parrasio y demás célebres pintores. Al pasar al otro lado de los Propileos se presenta a la vista el monumento más perfecto de la arquitectura y de la escultura que hasta ahora han hecho los hombres: el famoso Parthenon o templo de Minerva, en donde se veneraba la estatua de oro y marfil de esta diosa, hecha por Fidias, y en la cual se emplearon cuarenta talentos de oro (unos setecientos mil pesos). Mandado [a] construir por Pericles, ejecutado por Ictino y Calícrates, decorado por Fidias, este templo se conservó intacto hasta fines del siglo XVII, en que una de las bombas lanzadas por los

venecianos, cuando bombardearon a Atenas, desplomó el techo del edificio y destruyó algunas de las columnas que lo rodean; entrados los venecianos a esta ciudad se llevaron algunas de las estatuas del Parthenon, y más tarde, (a fines del siglo pasado), un Embajador inglés obtuvo de la Puerta Otomana el permiso de despojar a Atenas de sus principales adornos y de llevárselos a Inglaterra; este bárbaro arrancó del Parthenon y del templo de Teseo, del Erecteo etc., los innumerables bajos relieves de Praxíteles, de Fidias y de sus discípulos que hacían el adorno principal de ellos; se llevó las principales estatuas, muchas columnas enteras y, en fin, todo cuanto pudo. Todos estos despojos que colocados en sus respectivos lugares y bajo el bello cielo de la Grecia hacían la admiración del mundo, se ven hoy arrinconados en el museo de Londres y ennegrecidos con la humedad y la espesa niebla de aquel clima; sin embargo, lo que queda del Parthenon es lo mejor que se conoce en arquitectura. Entre otra multitud de ruinas de la Acrópolis sólo citaré las de la Tesorería (el antiguo *Opistodomo)* y las del templo de Erecteo; de este último sólo quedan nueve columnas que han visto pasar treinta y cinco siglos sin sufrir el menor daño; digo treinta y cinco siglos porque sabemos que este templo fue construido poco tiempo después de la muerte de Erecteo, que fue uno de los primeros príncipes que gobernaron a Atenas después de la llegada a la Grecia de la colonia de Cecrops, que fue legislador y civilizador del Atica y el verdadero fundador de Atenas. Erecteo vivió poco más o menos trescientos años antes de la guerra de Troya y dieciséis siglos antes de J.C. Al bajar de la Acrópolis, y en la misma colina, existen los restos del templo de Baco, de la gruta de las Ninfas y de los teatros del Odeón y de Baco. En otra colina, al lado, existen aún algunos asientos del Areópago, de este famoso tribunal que tanto contribuyó al engrandecimiento y a la felicidad de los atenienses. Cerca del Areópago se ve el Pnyx, que era en Atenas lo que el Foro romano en Roma: el lugar de las asambleas del pueblo, en donde se hacían oír los famosos oradores. Al lado del Pnyx he visitado los restos de la prisión de Sócrates. Muy largo sería hablar del famoso templo de Teseo, el monumento mejor conservado que existe en Atenas; de las gigantescas columnas del templo de Júpiter Olímpico que era una de las siete maravillas del mundo (si mal no recuerdo);

de los restos del Estadio, en donde se hacían las luchas y carreras; de los jardines del Liceo, de la Academia y de tantos otros restos de la antigua Atenas que hoy existen confundidos con las bárbaras construcciones de la ciudad moderna.

Muchas veces, sentado en las ruinas del Parthenon o del templo de Teseo, me he transportado con el pensamiento a la Atenas de hace veintitrés siglos; me imaginaba el pueblo más ilustrado del mundo, el París de aquella época, admirando en los templos, en las plazas y en los famosos pórticos de Atenas, las obras maestras de escultura de Fidias, de su discípulo Alcámenes, de Praxíteles; los inimitables cuadros de Parrasio, de Zeuxis, de Apeles, de Eufranor y de Polignoto; veía las procesiones regresar de Eleusis por la vía sagrada, después de la celebración de los tenebrosos misterios de Céres, dirigirse a depositar sus ofrendas a los dioses en los famosos templos, sobre cuyas ruinas estaba yo sentado; me transportaba a los jardines de la Academia, en donde el divino Platón enseñaba los principios de la s[u]bl[ime] y verdadera filosofía a discípulos como Aristóteles, Demócrates, Esquines, etc., etc., que debían inmortalizar de siglo en siglo su nación y sus nombres. Me figuraba a estos mismos hombres paseándose por la tarde en los pórticos y aplaudiendo por la noche en el teatro de Baco las inimitables tragedias de Esquilo, Eurípides y de Sófocles, y en el Odeón las picantes comedias de Aristófanes; me transportaba al Pnyx y veía la famosa tribuna pública ocupada por Demóstenes e Isócrates y, en fin, me figuraba a todos estos hombres, a los padres de la filosofía, de la tragedia, de la comedia, de la elocuencia, de la historia, de la pintura y de la escultura etc., protegidos y animados por el gran Pericles, pues la mayor parte de ellos fueron contemporáneos de aquel hombre extraordinario.

Me dejaré de sueños y de pensamientos de la antigüedad y hablaré a U. de la Atenas moderna y de sus habitantes con la mayor brevedad posible, pues en la carta que le he escrito hoy a mi papá le hablo también de lo mismo.

No pueden U.U. figurarse lo bien recibido que he sido en la Grecia y principalmente en Atenas. La llegada de un americano, y sobre todo

la de un colombiano, hace época en este país. Es increíble que por allá no lo [sepan] el entusiasmo y la admiración de los griegos por nuestro Libertador; desde el momento que han sabido que un compatriota del gran Bolívar está en Atenas todo el mundo ha querido festejarme, todos me visitan, todos me convidan a sus casas, todos me manifiestan sus simpatías por nuestra nación y por nuestros héroes; los griegos no olvidan jamás los auxilios que los americanos del No[rte] les prestaron en la guerra de independencia. [Yo] les he hecho ver la imposibilidad en que estábamos nosotros de auxiliarlos en aquel tiempo; les he manifestado el entusiasmo que [causó] en todo el continente americano la revolución griega; los votos que hacían nuestros padres por la regeneración de este heroico pueblo y los que nosotros hacemos por su prosperidad y engrandecimiento. Esta gente conoce nuestra historia mucho mejor que las demás naciones extranjeras y el nombre de Bolívar es pronunciado por todos con respeto y admiración. Anoche fui convidado a un soirée y, al llegar, encontré reunidas unas veinte señoras y señoritas. Después que el dueño de la casa me hubo presentado a las que yo no conocía, todas a un tiempo me dijeron: "Parlez nous de Bolivar, nôtre héros de predilection".

La buena sociedad de Atenas es ilustradísima y las señoras aún más que los hombres. No hay aquí una señorita que no hable bien el francés y el italiano y muchas el inglés y el ale[mán]; ellas toman una parte muy activa en la [política] del país, no pierden una sola sesión de las Cámaras y discurren con tanto juicio sobre la política y la literatura de la Grecia como sobre las de las naciones extranjeras, y en ellas reconozco a los descendientes de aquellas señoras de la antigua Grecia, a quienes su deseo de instrucción hacía asistir disfrazadas de hombres a las lecciones de Platón y de Aristóteles. El pueblo griego es inteligente y valeroso y el más celoso de su independencia y [liber]tad que hasta ahora he visto. He estado [en la] universidad; me he relacionado con varios jóvenes y [des]pués de haberlos tratado me he convencido de que la antigua raza griega no ha degenerado; la juventud actual elevará la nación a un alto grado de esplendor. Una de las familias con quien más me he relacionado aquí es la de Mauromicalis, familia de héroes y de

buenas mozas; de héroes porque casi todos los hombres se han distinguido y muchos han perecido en la guerra de independencia; de buenas mozas porque no hay una sola fea ente la multitud de muchachas de que se compone; dos de ellas son señoritas de honor de la reina; otras dos, recién casadas, son las mujeres más bonitas de la Grecia y los verdaderos tipos de las griegas que sirvieron de modelo a la Venus de Praxíteles y del Alcámenes. Ambas, con el marido de una de ellas, me han embullado para que las acompañe a dar un paseo a alguna de las islas del Archipiélago y pasado mañana, el 15, nos embarcaremos en el Pireo. He observado que las familias del Peloponeso son más ilustradas y tienen mayor número de mujeres bonitas que las de Atenas, y recuerdo que lo mismo sucedía en la antigüedad. La familia Mauromicalis es de Esparta y reúne todas las virtudes y el heroismo de los antiguos esparciatas, sin participar de la ridiculez de algunas de sus antiguas costumbres.

No tengo tiempo para más. Hoy salgo para Maratón y veré si alcanzo hasta Tebas, pues el [debo] estar de regreso. Estoy contentísimo de haber visitado la [Grecia], que casi nadie visita hoy, porque a estos europeos les espanta la idea de tener que viajar a caballo y de no encontrar magníficas posadas a cada cuarto de legua, como en Inglaterra o Francia etc.

Mil memorias a todos y soy afmo. hermano,

Rafael

Incluyo una carta del señor D. Circovich, excelente amigo [con] quien he tenido el gusto de viajar desde Trieste hasta aquí, para su primo el señor G. Circovich, de Caracas, a quien U. saludará de mi parte.

Señor general Rafael Urdaneta

Atenas, mayo 12 de 1845

Mi querido papá:

Hace seis días que me encuentro en la antigua ciudad de Minerva, en esta Atenas cuyo nombre encierra toda la poesía, la filosofía y las bellas artes de la antigüedad, cuya historia hace la admiración del mundo, cuyos despojos hacen el principal adorno de los museos europeos. Esta Grecia dominada por más de tres siglos por los bárbaros musulmanes, abandonada y olvidada de todas las demás naciones, dio por fin signos de vida insurgiéndose en 1821 contra sus opresores; los guerreros que tomaron las armas en defensa de la libertad hicieron ver a los musulmanes que la raza de los Milciades, de los Temístocles, de los Epaminondas y de los Leónidas no estaba aún extinguida en este heroico pueblo. Después de mil combates, de varias asambleas nacionales, auxiliados por la Francia, la Inglaterra y la Rusia, cuyas flotas destruyeron en Navarino la poderosa armada turca y egip[cia, la] Grecia fue constituida en nación y [ca]paz de gobernarse como República, eligiendo como [Presidente a] uno de los héroes que la habían salvado, el conde Capo d'Istria. Mientras tanto los tres, Talleyrand, representante de la Francia; Lord Palmerston, de Inglaterra; Mr. Lieven, de la Rusia, con el título de protectores del nuevo Estado griego, disponían en sus conferencias de Londres de los destinos de este país A[sí] decidieron que la Grecia formase una monarquía constitucional e hicieron saber al gobierno griego que sólo de este modo sería reconocido por las demás naciones. En consecuencia, los tres *protectores* ofrecieron la corona de Grecia al príncipe Leopoldo de Sajonia Coburgo (el actual rey de Bélgica), quien rehusó admitirla; en su lugar fue nombrado uno de los hijos del rey de Baviera, el príncipe Otonio (Othon), jovencito de diecisiete años. Se convino que mientras el príncipe cumplía los veinte, la Grecia fuese gobernada por tres regentes nombrados por el rey de Baviera. Se contrató un empréstito de sesenta millones de dracmas (diez millones de pesos fuertes españoles), se trasladó la capital de Nauplia a Atenas, se admitieron

al servicio tres mil doscientos soldados bávaros y los tres regentes entraron a ejercer sus funciones. Estos tres mostraron desde el principio una grande ignorancia del carácter griego y de las disposiciones de este pueblo. Se rodearon de empleados alemanes, disiparon la mayor parte del empréstito y al cumplir el rey veinte años, en 1835, quedaron siempre gobernando el país como ministros. Tiene U., pues a los griegos, que tantos sacrificios habían hecho para sacudir el yugo extranjero, obligados a recibir la ley que les impusieron sus *protectores* [franceses, ingleses y ru]sos y gobernados exclusivamente [por extran]jeros hasta el año de 1837 en que se fueron los ministros y los principales empleados alemanes. En aquel año, el rey formó un ministerio griego y las cosas empezaron a marchar mejor. Mientras tanto los griegos, a quienes por el pacto hecho con el rey de Baviera se había ofrecido una constitución liberal y una representación nacional, esperaban en vano una y otra; se pasan en este estado años y años, y viendo que ni el rey ni los protectores les cumplían sus promesas, el pueblo se impacienta y conducido por el general Kalergi y por otros varios campeones de la independencia, ataca el 3 de septiembre de 1843 el palacio del rey, y obliga a éste a convocar una asamblea nacional y a cumplirle sus promesas. Desde entonces las cosas marchan cada día mejor; la nación tiene su Constitución liberal, su Senado y Cámara de Representantes, está establecida la libertad de imprenta, el juicio por jurados y demás instituciones que forman un país libre. Desgraciadamente los hombres más influyentes de la Grecia están divididos en tres partidos, porque cada una de las tres potencias protectoras quiere influir más que las otras en los negocios del país. El partido llamado "francés" tiene a su cabeza al general Kolettes, actual Presidente del Consejo y Ministro de Relaciones Exteriores; el partido del Embajador inglés está capitaneado por el famoso Maurocordatos, que ha sido varias veces Ministro; el partido ruso por el señor Metaxas, actual Ministro de Hacienda. Los dos primeros son aquí lo que Thiers y Guizot en Francia, es decir, que cuando uno de ellos está en el Ministerio, el otro emplea todos los medios [a su alcance] para derrocarlo y colocarse en su lugar. Son in [numerables los] insultos, los ataques de todo género que los par[tidarios de] Maurocordatos dirigen al Ministro Kolettes en las Cámaras y por la

imprenta. Si estos dos hombres se unieran olvidando sus rivalidades y no pensaran sino en el bien del país, la Grecia adelantaría en cinco años lo que no adelantará en diez, si subsiste la división entre sus dos primeros hombres políticos. A pesar de todos estos contratiempos, la Nación marcha a paso de gigante hacia su engrandecimiento. En el poco tiempo que hace que se gobierna por sí misma cuenta ya una aduana regular establecida, un ejército nacional organizado (las tropas bávaras fueron despedidas hace tiempo), las ciudades se construyen con rapidez, el comercio prospera, se han creado universidades, museos, gimnasios, escuelas, bibliotecas públicas, academias, vastos hospitales, etc., etc. Pero gracias a los señores *protectores* las islas de archipiélago que más sacrificios hicieron en la guerra de independencia como Chio, Candía, etc., y las antiguas provincias griegas del Epiro y de la Tesalia, en donde existen el Pindo y el Olimpo, montes eminentemente griegos, estas provincias y las islas que he mencionado, han quedado en poder de la Turquía.

La actual población de la Grecia asciende a 800.000 habitantes; las rentas a diez y ocho millones de dracmas (siete millones de pesos fuertes de España); los gastos a dieciséis millones, de modo que este año ha habido un sobrante de dos millones de dracmas.

Ayer vi al rey Othon y a su bonita mujer, la princesa Amelia de Oldemburg, en el paseo público. Esta corte es muy sencilla y no gasta ningún lujo. El rey y la reina se presentan todos los domingos en el paseo público con menos ostentación que los criados de los Cardenales en las solemnidades de Roma. Hoy asistí a una sesión de las Cámaras para conocer a los principales hombres públicos de este país; allí he visto a [Kolettes, Mauro] cordatos, Metaxas, Canaris (Ministro de la Marina)... (Ministro de la Guerra), Givas, el hijo del famoso [guerrero y] otros héroes de la Independencia.

En días pasados, regresando de Eleusis por la antigua vía sagrada, alcancé a un joven vestido a la europea con quien trabé conversación y que resultó el Secretario de la Legación de España, el Conde las Navas, ilustrado y amabilísimo joven que me presentó...

(Aquí se interrumpe esta carta).

CARTAS DE ESMIRNA Y CONSTANTINOPLA

Sra. Dolores Vargas de Urdaneta

Esmirna, 17 de mayo de 1845

Mi querida mamá:

Desde ayer piso la tierra de Asia, esta tierra de prodigios, esta cuna del género humano tan rica en recuerdos históricos: desde ayer me veo en un mundo nuevo y extraordinario para mí, en la ciudad más floreciente del Asia menor, en la patria de Homero, en fin.

El 14 del corriente en la noche me embarqué en el Pireo en un vapor austriaco: el 15 amanecí en la importante ciudad de Hermópolis, capital de la isla de Lyra: ese mismo día volví al vapor y continué el viaje tocando en varias islas del Archipiélago: ayer por la mañana llegué a Esmirna. En el buque en que he venido hasta aquí estaban reunidos todos los idiomas, todas las costumbres &. La facilidad con que se viaja hoy en Oriente es extraordinaria por la infinidad de buques de vapor turcos, griegos, austriacos, rusos, franceses e ingleses que recorren estos mares en todas direcciones; como todas estas compañías son rivales, resulta de ello un gran bien para el viajero a quien conducen casi de balde a todas partes. El espectáculo que presenta uno de estos buques de vapor es extraordinario y sorprendente para un recién llegado de las regiones de Occidente. En cada uno de los lugares en que se detenía, tomaba nuevos y más curiosos pasajeros que llamaban mi admiración por sus vestidos, su idioma, sus costumbres.

Tan pronto 50 ó 60 peregrinos cristianos que iban a Jerusalem, se encontraban reunidos con otros tantos peregrinos musulmanes a la Meca. Varios pachás de 3 o más colas y algunos otros personajes y miembros del imperio Otomano sentados en el suelo sobre sus riquísimos tapices de Persia con dos o tres criados cubiertos de galones y bordados de oro de los pies a la cabeza que les presentan a cada momento el narguile o las enormes pipas de dos o tres varas de

largo que tantos trabajos me han hecho pasar en estos países: varios clérigos armenios con sus larguísimas barbas y su mirar humilde y muchos albaneses y otros griegos con sus preciosos vestidos nacionales, su aire marcial y desembarazado que contrastaba con la pereza de los turcos y entusiasmados con la libertad y hablando de conquistar a Constantinopla: multitud de preciosas griegas y entre ellas dos amigas mías con quienes he venido desde Atenas, con sus pintorescos y preciosos vestidos y que son las mujeres más bonitas que he visto en Oriente: una mezcla curiosa de turbantes de todos colores, de fez (gorro encarnado de los griegos), de sombreros de todas formas y de todas dimensiones y tanta multitud de escenas cómicas y curiosas que se ven.

Mi admiración se ha aumentado aún más al recorrer los bazares, al visitar las mezquitas, al ver llegar esta mañana dos caravanas, una de 3.000 camellos que venía de la Persia con los más ricos tapices y otros géneros de aquel país, otra de 1.000 camellos que viene de Damasco: ayer por la tarde salí a recorrer los lugares con una de las preciosas griegas, mi compañera de viaje y estuvimos seguidos por una multitud de gente: todos me envidiaban, varios pachá y otros personajes enviaron gente detrás de nosotros para ver quiénes éramos y proponerme que si quería vender la preciosa hurí que iba conmigo, me darían algunos millones por ella. Es imposible transitar en las calles de esta ciudad, en los bazares o barrios turcos, por la multitud de camellos, burros, caballos cargados, los caleteros, los millares de perros sin dueños, sueltos por las calles, y que impiden la circulación, &, &.

He considerado el gusto que U. tendrá en ver una carta mía fechada en Jerusalem y estaba ya resuelto a hacer este viaje, pues tomando el vapor austriaco que sale hoy en aquella dirección, estaría mañana en Rodas, pasado mañana en Chipre, el 3er. día en Beyrout y Jaffa, el 4º o dentro de 2 días estaría en Jerusalem: para que el viaje no me costara nada, estuve resuelto a armarme de un enorme rosario y de un largo bastón de peregrino y de este modo sólo me costaría 2 o 3 pesos: he estado toda la noche pensando en esto pero hoy por la mañana habiendo salido al muelle vi llegar dos vapores turcos de

Beyrut que traían la noticia de que la espantosa guerra entre los Drusos y los cristianos ha empezado con más encarnizamiento que antes; que la peste está dominando la Siria y principalmente Jerusalem. Esta terrible enfermedad se ha declarado hoy a bordo de los dos vapores en donde había 400 peregrinos y que regresaban unos de Jerusalem y otros de la Meca. En vista de esto y no queriendo permanecer aquí expuesto a morir de un momento a otro si la peste entra a la ciudad, aprovecho de un buque de vapor que sale dentro de dos horas para Constantinopla, que allí veré de qué modo regreso a Francia o Inglaterra.

Sra. Dolores de Urdaneta

Constantinopla, mayo 27 de 1845

Mi querida mamá:

Ayer escribí a mi papá muy de carrera para aprovechar la salida de un vapor para Marsella: hoy lo hago también de prisa, porque acabo de saber que esta tarde sale un vapor extraordinario enviado por el Embajador de Francia, con pliegos importantes para su gobierno.

Tengo tantos millones de cosas que decir sobre esta maravillosa ciudad y sobre el Oriente en principal que no sé por dónde empezar, ni qué ramo tratar de preferencia. He tenido la fortuna de ver en estos 8 días lo que otros no han visto en muchos años de residencia aquí: Hablo del mercado de esclavas, abierto hace muy poco tiempo a los europeos, del famoso serrallo del sultán y de las mezquitas para los cuales se necesita un *forman* o permiso escrito del Gran Señor, quien no lo acuerda sino de siglo en siglo y después de mil empeños. Quisiera hablar a Ud. de los inmensos y suntuosos bazares de esta capital en donde se ven reunidas todas las riquezas del Oriente; de las encantadas orillas del Bósforo, el lugar más bello del Universo; de las originalísimas costumbres de los musulmanes, de las curiosísimas ceremonias religiosas de los Derviches que adoran a

Dios bailando al son de la música más destemplada y desapacible que he oído: de mi paseo a Brusa, la antigua capital de la Bitinia en el Asia menor: todo esto requeriría muchos días y algunos volúmenes para ser descrito extensamente: no entraré a describir las maravillas del serrallo, ni sus magníficos jardines ni los deliciosos kioskos del Sultán, ni el harem o departamento de las mujeres con sus 60 salas de baños, todas de mármol y en donde corren en abundancia los más exquisitos perfumes y esencias del oriente; ni los elegantísimos salones de las sultanas favoritas, todos cubiertos de oro y de arabescos, ni las salas en donde antiguamente humillaban a los Embajadores extranjeros, ni la famosa puerta principal (sublime puerta) que ha dado su nombre al imperio. Para que U. se forme una idea de lo grande que es este serrallo, bástele saber que puede formar una ciudad entera, y que ocupa casi todo el espacio en que estaba fabricada la antigua Bizancio: este serrallo contiene un sinnúmero de palacios, de kioskos, de habitaciones de los eunucos, de los *bostandchis* (cuerpo de 8.000 hombres encargados del servicio interior del serrallo y del magnífico e inmenso palacio de los icoglaus). Los icoglaus son los hijos de los principales funcionarios y nobles del imperio que vienen a recibir su educación en el serrallo: todos estos jóvenes se educan para servir de pajes al sultan; a los unos vi enseñar a hacer dulces y sorbetes, a otros a fabricar las exquisitas esencias y pastillas de que se hace un consumo inmenso en el harem, a otros les enseñan a manejar las armas y otros, en fin, se destinan a ser eunucos: las cocinas del serrallo son tan grandes como la ciudad de Coro.

La mezquita (antigua iglesia de Santa Sofía) es uno de los templos más vastos que el cristianismo ha poseído: convertida en mezquita después de la toma de Constantinopla por Mahomet, es hoy uno de los más famosos templos del islamismo. Las mezquitas de Solimán y de Achmet son aún superiores a la de Santa Sofía; las colosales columnas de mármol de esta última, son mucho más gruesas que las del templo de Júpiter Olímpico en Atenas.

El efecto que producen estas mezquitas con sus innumerables cúpulas doradas, con sus elevadísimos y elegantes minaretes, con

los colosales cipreses que las rodean, es igual si no superior al efecto que produce la vista de San Pedro de Roma y la de la Catedral de Milán. Delante de la mezquita de Achmet se extiende la famosa plaza del Atmeidan (el antiguo hipódromo del Bajo imperio) que ha sido el teatro del más sangriento drama de los tiempos modernos: hablo de la destrucción de los Jenízaros por el sultán Mahmoud. Estos bárbaros fanáticos y temibles soldados eran los verdaderos dueños de Constantinopla, pues el día que se les antojaba entraban al serrallo, mataban o deponían al sultán y colocaban a otro en su lugar; los desgraciados Othman Mustafá y Selim tuvieron esta suerte: las sangrientas revoluciones de los Jenizaros en 1807, 1808 y 1825 y la resistencia que éstos oponían a las reformas que el sultán Mahmoud quería introducir en la administración del imperio, hicieron concebir a este sultán la idea de deshacerse de esta milicia turbulenta y facciosa; pero para ello tenía que luchar contra las preocupaciones del pueblo más fanático del mundo que consideraba a los Jenizaros como a los verdaderos soldados del Profeta. Muchos años estuvo Mahmoud meditando el modo de llevar a cabo la destrucción de este cuerpo, hasta que en 1826 se resolvió a ejecutarla. Para ello hizo tocar la llamada y todos los Jenízaros entraron a sus cuarteles en la plaza del Atmeidan; en seguida el sultán tomó el estandarte sagrado de Mahomet y acompañado del gran Muftí, del gran visir y demás funcionarios superiores se dirigió a la plaza y desplegó el estandarte sagrado: al mismo tiempo el Muftí rodeado de sus ulemas pronuncio con voz solemne la abolición y destrucción de los jenízaros; éstos al ver el estandarte sagrado del Profeta y al oír la sentencia de Muftí (quien es para los musulmanes el oráculo del Koran y el representante de Dios en la tierra) quedaron aterrados y se resignaron a su suerte sin oponer la menor resistencia, pues estaban convencidos de que Dios mismo ordenaba su destrucción. Las tropas regulares del sultán que ocupaban todas las avenidas de la plaza empezaron a hacer descargas de artillería sobre los Jenízaros que se dejaron matar como corderos y en pocas horas cuarenta mil cadáveres recalaron hacia el mar de Mármara. Los otros ciento cuarenta mil Jenízaros esparcidos en el resto del Imperio tuvieron la misma suerte; y desde entonces el sultán pudo dormir más tranquilo y continuar con menos

obstáculos sus proyectos de reformas. Esta misma plaza del hipódromo ha sido testigo de otras muchas escenas famosas en tiempo del Imperio de Oriente: aquellos Emperadores se hacían representar en ella juegos a imitación de los olímpicos de la Grecia: en esta plaza el gran Belisario de regreso de sus gloriosas expediciones venía a deponer a los pies del Emperador Justiniano los despojos de sus enemigos vencidos: pocos años después se vio sobre esta misma plaza a Belisario ciego y pobre, pedir limosnas a los soldados que antes había conducido a la victoria. En un tiempo se encontraron reunidos en esta misma plaza las obras maestras del cincel griego: al lado del colosal y famoso Júpiter Olímpico, de oro y marfil de Fidias, se veían, la Venus de Praxíteles, la Palas de Scillis, la Juno de Lisipo y los cuatro inimitables caballos de bronce dorado, también de Fidias, que hoy adornan la plaza de San Marcos de Venecia.

En la magnífica mezquita de Solimán he visto la tumba de este sultán, y a su lado la de su destestable favorita Roxelana, que tantos crímenes le hizo cometer. En otro edificio vecino he visto los ataúdes de los demás sultanes pero éstos no están enterrados sino colocados en cajas cubiertas de magnífico terciopelo bordado de plata y oro y salpicado de diamantes; sobre cada ataúd está colocado el turbante o el gorro del sultán con una enorme estrella también de diamantes y al lado un ejemplar del Koran, ricamente encuadernado.

He estado varias veces en el Bazar en donde se venden las esclavas, que es un inmenso patio con varios cuartos y corredores alrededor: en los corredores están las esclavas negras: las blancas, es decir, las circasianas y las georgianas, ocupan cada una un cuarto: los vendedores, hombres de un aspecto feroz, se pasean gravemente muy bien armados con su par de pistolas y sus dos puñales a la cintura y un fuete en la mano: he visto allí muchachas preciosísimas; en días pasados pregunté por curiosidad cuánto querían por una linda circasiana que me había llamado la atención desde el principio: me pidieron por ella treinta mil piastras (mil quinientos pesos fuertes); poco después vino un Pachá y la compró para su harem.

Lo que más me incomoda en esta ciudad son los millares de perros flacos y sarnosos que recorren todas las calles de día y de noche, pues no tienen dueños: se calcula que hay en la ciudad 60.000 de estos animales que son una amenaza continua para los extranjeros, a quienes conocen por el vestido y a quienes atacan con frecuencia; siendo éste un animal sagrado para los turcos, pues el Koran les prohibe matarlos, los dejan procrear libremente en las calles y nadie se atreve a maltratarlos. Ningún turco sale a la calle después de puesto el sol, y a la misma hora nos encierran a los extranjeros en los barrios de Pera y Galata, únicos que nos es permitido habitar; y lo más particular es que en estos mismos barrios nadie puede salir de noche sin un farol en la mano, aunque la noche esté más clara que el mediodía. La noche del primer día que pasé aquí salí a la calle y sin estar al corriente de aquella disposición empecé a encontrar a toda la gente con sus faroles y no podía menos que reirme al ver que todo el mundo tenía su luz con una noche bellísima y la luna llena que esparcía una claridad igual a la del sol en Francia o en Inglaterra; no sabía qué pensar de aquello, hasta que al fin me sacó de dudas una patrulla que me echó mano y me llevaba a la cárcel porque andaba sin farol; afortunadamente, sin poderme explicar con aquellos hombres, me ocurrió sacar un peso fuerte y regalárselo al comandante de la patrulla, quien al recibirlo cambió de dirección y me trajo a casa. Al día siguiente supe que lo del farol estaba dispuesto por la policía.

Aunque he visto millares de mujeres turcas, no puedo decir a U. si son bonitas o feas, pues salen siempre a la calle cubiertas de un espeso velo blanco que sólo les deja ver los ojos y la tercera parte de la nariz; muchas veces he estado tentado a levantarles el velo para verles la cara; pero al acercarme a ellas han salido corriendo y gritando *giaour*, *giaour* (hereje, infiel), pues es tal la superstición de esta gente que se consideran profanados cuando un cristiano las toca. Los musulmanes son los hombres más fanáticos, fatalistas, perezosos y celosos que puede haber en la tierra, pero al mismo tiempo son los más caritativos y los que más piensan en Dios. En una ciudad como Constantinopla que tiene 100.000 habitantes y en donde casi no se conocen la industria y las artes, no he visto un solo

pobre; los musulmanes siguen ciegamente y al pie de la letra los preceptos del Koran (libro que he tenido la paciencia de leer todo entero y en el cual he encontrado entre un millón de cosas absurdas, multitud de cosas buenas); y una de las cosas que más les ha predicado Mahomet es la caridad para con sus semejantes. Digo que es el pueblo que más piensa en Dios, porque no hay un solo musulmán que por lo menos cinco veces al día no se prosterne a adorar al Creador del Universo, pues así lo ordena el Koran. 5 veces al día un muzlín en cada plaza pública y en cada minarete (pues no usan campanas) recuerda a los musulmanes la hora de rezar; inmediatamente todos, sea en las mezquitas, sea en sus casas y hasta en las calles empiezan a hacer su abluciones (a lavarse la cara, manos, brazos y pies) y luego extienden sus tapetes y vueltos hacia el Oriente permanecen prosternados contra el suelo por más de un cuarto de hora rezando. No hay una ciudad que tenga mayor número de fuentes públicas que Constantinopla; cada una de las 350 mezquitas tiene su elegante pila rodeada de árboles, adornada con riquísimos bajos relieves, arabescos y con versos del Koran escritos con oro sobre campo azul o verde; los de las mezquitas de Santa Sofía, de Solimán, de Achmet, y sobre todo la de Tophana son verdaderas obras maestras de arquitectura y de escultura árabe; además de éstas, en cada cuadra se encuentran siempre una o dos fuentes; teniendo obligación de lavarse cinco veces al día. U. puede considerar que los musulmanes son también los hombres más aseados del mundo.

Lo que más me indigna, me exaspera y me llena de compasión es la suerte de las mujeres musulmanas. Cada vez que encuentro por las calles y en el Bósforo (y esto me sucede a cada instante) las mujeres conducidas como rebaños de bestias por los horribles y grotescos eunucos negros, no puedo contener mi indignación. Las mujeres son consideradas aquí como muebles y nada más. Cada musulmán tiene su harem compuesto de mayor o menor número de mujeres según se lo permiten sus riquezas: estas mujeres iguales las una a las otras y odiándose de muerte tienen que vivir bajo el mismo techo y sufrirse las unas a las otras: el dueño elige entre ellas sus favoritas y pasa con ellas ratos, algunas veces bien amargos. Las afecciones de

familia que dan para mí la verdadera felicidad y el principio de toda comunidad bien organizada, no existen entre esta gente. Estoy convencido de que mientras la mujer sea considerada como esclava y no ocupe el rango que la naturaleza le ha destinado, el de compañera del hombre, este pueblo será siempre bárbaro.

Creo haber dicho a U. lo bien acogido que fui en toda la Grecia y las simpatías que todo americano encuentra entre aquella heroica gente, digna de sus antepasados. En las ciudades, en los campos, adonde quiera que iba, al decir *eiuaauepixavos* (soy americano), todos me rodeaban y me invitaban a sus casas. También creo haber dicho a U. que desde Atenas he venido hasta aquí con dos amigas mías y el marido de una de ellas: esas dos griegas son las mujeres más bellas e instruidas de Oriente, además de su idioma hablan con muchísima perfección el francés, el inglés, italiano, alemán, ruso y turco: sin ser nada pedantes pueden discurrir con tanto juicio y elegancia sobre una comedia de Aristófanes, de Moliere o de Kotzebue, como sobre una tragedia de Sofócles, de Schiller, de Shakespeare o de Racine, o de Manzoni; sobre un poema de Homero, como sobre uno del Tasso o de Lord Byron, están tan al corriente de la cuestión de Tejas como del bloqueo de Montevideo, de la expedición de los franceses en la Kabilia como de la expedición de los rusos en el Cáucaso y de los ingleses en el Afganistán, conoce tan bien, la posición de los Drusos y los maronitas en el Líbano, como la situación desesperada de la reina Pomaré en O'Taiti: en fin, hasta ahora no he encontrado por donde cogerles, como decimos por allá. Desde Atenas había empezado a chapurrear el bello y armonioso idioma griego, y con la linda *Owaelvn Marpwuxaes* he continuado tomando lecciones: ya U. puede considerar que teniendo por maestra a la mujer más bella e ilustrada del Oriente, mis progresos deben ser rápidos, en cambio le enseño el español. No se habla de otra cosa en Constantinopla que de las dos preciosas griegas y de un americano (que soy yo) que tiene la fortuna de andar siempre con ellas. Siempre que salimos, todos nos siguen, todos me envidian, todos pelean por disputarse un puesto para ver pasar a las dos griegas. El viernes fuimos a ver pasar al Sultán con su inmenso cortejo que iba a rezar a una mezquita: al vernos mandó a uno de

sus oficiales a averiguar quiénes éramos y a decirnos que daría millones por una de aquellas dos griegas: mucho nos divirtió la proposición. *Owaelvn* que es con quien más salgo me ha sido útil aquí, pues como habla muy bien el turco vamos a todas partes sin necesidad de pagar intérprete: en días pasados, paseándonos solos en el Bósforo en un caico* alcanzamos a ver en un delicioso jardín unas 50 turcas que componían el harem de un Visir: nos acercamos a tierra y a fuerza de empeños logramos que el eunuco principal que las custodiaba dejara entrar a *Owaelvn* a ver las mujeres que jugaban en el jardín: yo le encargué que tratara de sacarle todos los informes que pudiera sobre la vida que pasan en el harem: al cabo de un cuarto de hora salió porque el dueño del harem la había visto, y corría el riesgo de que la dejaran allí encerrada para siempre: me contó cosas curiosas e interesantísimas sobre la vida interior y las miserias de las desgraciadas turcas; misterios que hasta ahora nadie había podido penetrar.

En mi paseo a Brusa fui embarcado en buque de vapor hasta Modania, del otro lado del mar de Mármara: travesía de 8 horas. De Modania a Brusa pude haber ido a caballo en 5 ó 6 horas; pero habiendo encontrado allí una caravana de 1.000 camellos que iba a Bagdad, tomé también mi camello y me les reuní: yo era el único hombre vestido a la europea entre todos, persas, turcos, armenios, &, que iban en la caravana: empleamos 12 horas para llegar a Brusa. Esta ciudad es una de las más bellas y opulentas del Asia y tiene mayor número de mezquitas que Constantinopla: cerca de 400. No tengo tiempo para contar a U. los trabajos que pasé con la caravana y sobre todo con mi camello. Muchos trabajos he pasado también en la Grecia y aquí para acostumbrarme a fumar el narguile y las pipas turcas. A los muchachos desde que nacen les ponen en la boca el chibuk (pipa); y así es que no hay un oriental que no fume: los europeos residentes aquí han seguido también la costumbre turca. El mayor honor que una persona puede hacer aquí a otra que va a visitarla es presentarle un chibuk: muchos malos ratos he pasado en

(*) Por *caique*.

visitas en que lo 1º que me han presentado es una enorme pipa turca (chibuk) de dos o tres varas de largo, que he debido siempre aceptar porque lo contrario sería considerado como un insulto al dueño de la casa: al principio las dejaba siempre apagar pero esto no me valía porque inmediatamente venía un criado y me la volvía a encender y por más señas que yo le hacía de que me la dejara apagada el muy salvaje no comprendía, al fin me he acostumbrado a fumarlas.

En Trieste dejé mi baúl con casi toda mi ropa, mis libros, multitud de curiosidades de Italia y todos mis papeles; pues como había pensado regresar muy pronto a aquella ciudad y para ahorrar trabajo en las aduanas & sólo puse en una maleta algunas mudas de ropa.

Ahora veo que me es imposible regresar por Trieste y temo mucho que el dueño de la posada en que dejé el baúl se quede con él, al ver que yo no vuelvo ni volveré más a aquella ciudad: hoy le escribo para que me lo envíe a Londres por mar, pero dudo mucho que lo haga. La pérdida que más siento es la de mi diario de viajes y demás apuntes que había hecho en Italia y que me habían costado tanto trabajo, y sobre todo, tantas trasnochadas. Solamente sobre la famosa galería de los Médicis en Florencia había escrito más de 50 páginas, pues en la semana que pasé en aquella ciudad (Florencia) me iba matando a fuerza de trabajo mental.

Grandes preparativos se están haciendo aquí después de algunos días para el matrimonio de la Sultana Adilé (hermana del Sultán), con Mahomet Ali Pachá (no el viejo virrey de Egipto sino el joven y buenmozo comandante principal de la artillería). El novio no conoce a la novia, ni podrá verle la cara hasta después que esté casado; pues sólo entonces la mujer se quitará delante de su marido el velo que le cubre la cara. Este modo de casarse aquí es muy curioso y favorable para las mujeres: muchos jóvenes creyendo casarse con una muchacha se encuentran después con una vieja por esposa. Los magníficos preparativos que hasta ahora han hecho para el matrimonio de la Sultana Adilé me hacen creer que la fiesta se

celebrará con todo el lujo y magnificencia orientales, de que apenas tenemos una idea en Occidente.

Ya esta carta está muy larga y todavía no he dicho casi nada de la inmensa y maravillosa Constantinopla, ciudad que me parece más grande que Londres, pues ayer he necesitado 4 horas para atravesarla a caballo, ya el tiempo urge y no puedo continuar.

Mañana o pasado salgo para Viena por el Mar Negro y el Danubio: tengo que atravesar toda la Europa para ir a Londres: lo más difícil será de aquí a Belgrado por paises salvajes y desordenados; cuando me vea en Viena me consideraré en tierra de salvación.

Adiós mi querida mamá, mil abrazos a toda la familia; memorias a todos los amigos y amigas y soy su afectísimo hijo.

Rafael

POR EL DANUBIO

El 6 llegada a Gladova a las diez. Dejamos el vapor y tomamos una gran barca tirada por bueyes y por hombres para remontar hasta Orsova, por la orilla derecha del Danubio. Enfrente de Servia, paisajes románticos: montañas y vegetación que sólo se ven en América. El río, como siempre, encajonado entre dos cadenas de montañas cubiertas de la más bella vegetación que he visto en Europa. Anduvimos largo rato a pie en Servia. Delicioso país. Pasaje peligroso de las Puertas. Fortaleza turca cerca de Orsova. Llegada a este pueblo a las seis de la tarde. Lazareto a un cuarto de legua, rodeado de bellísimos cerros. Paisaje sin igual. Salida del Lazareto después de nueve horas de permanencia allí. Nos fuimos al hotel de Orsova. Magnífica comida en el jardín, a orillas del Danubio. Recuerdo de Waldshut. Aventuras por la noche. Dormimos juntos los cuatro (Stura, Abel, David y yo) en un cuartito. Criada bella, etc. Salida de Stura. A las cuatro y media de la mañana fuimos al

Lazareto a buscar nuestros equipajes. Inconvenientes con los libros. Pasaportes. Paseos en el pueblo. Gordísima turca cubierta de escudos de oro toda la cabeza y pecho, etc. Salida de Orsova a las once y media en el vapor "Lawding", más grande y mucho más aseado que el otro, pero sin colchones, ni siquiera cojines, para dormir. El río encajonado entre dos montañas cubiertas de una vegetación prodigiosa, ninguna roca, y paisajes salvajes sin igual. Caverna...etc. Drenkova: preciosa muchacha. A las seis de la mañana del 8, Pancsova. A las diez, un hombre empleado en el río, a la parte de Servia. A las once, Belgrado. Magnífica ciudad. Minaretes y torres. Fortaleza de primer orden. Casas y jardines a la turca. Semlín.

(Notas en tinta).

8 de junio en la tarde, Semlín; delicioso jardín público como todos los de Alemania, con buena música, buena cerveza, preciosas muchachas, hermosas calles regulares de la ciudad, buenas fortificaciones; ciudad de Esclavonia entre el Danubio y el Save; multitud de judíos que vienen de Belgrado. Por la tarde, paseo al jardín público y la ciudad. Preciosas muchachas, todas p... Divina muchacha en el hotel "Los Tres Reyes"; horas deliciosas pasadas con ella, etc., etc. Por la noche me fui a dormir al vapor y a las tres de la mañana del 9 salimos de allí. Multitud de islas muy pintorescas. Llegada a las dos a Neusatz* y a Peter-wardein**, situadas la una enfrente de la otra, y se comunican por un puente de botes. Famosa fortaleza de Peterwardein situada sobre una elevada roca, etc. Recuerdo de la famosa batalla que el príncipe Eugenio de Saboya ganó a los turcos en este lugar en 1716, en donde perdieron treinta mil hombres. Salida de Neusatz a las cuatro. Preciosas colinas a derecha e izquierda del río, cubiertas de verdura, etc. Llegada por la noche a Vukovar, pueblo de la Esclavonia, a la

---

(*) Hoy Novisad.
(**) Hoy Peterwarad.

derecha del Danubio y en la confluencia de este río con el Vuka. Hermoso puente sobre este último. Paseo por el pueblo, como en Semlín, con Stura, Abel, el cadete y otros. Parranda por la noche con estos dos últimos; recorrimos el pueblo en la obscuridad, cantando y gritando. A las once de la noche muchachas en una casa a orillas del Danubio y cerca del vapor; el cadete y Abel tomaron la vieja, yo me quedé con la muchacha, preciosa y muy parecida a L. B. A las doce, vapor. A las dos de la madrugada del 10 salimos.

Ruinas romanas. Multitud de labradores húngaros que entraron al vapor; éstos (como los del Rhin que conducen la madera hasta Holanda formando inmensas balsas, etc) cortan su madera de pino, cedro, etc., en las cercanías de Presburgo*, hacen sus balsas, bajan el Danubio hasta Semlín, etc., y regresan por el vapor. Curiosos vestidos de estos campesinos; enormes sombreros redondos con grandísimas alas de cuero con ocho o diez placas de cobre; zapatos que se componen de la suela y de multitud de cordones de cuero que se enrollan en las piernas, etc. Inmensidad de pasajeros que nos impedían estar cómodamente a bordo. Llegada a Mohacs a las cuatro. Muchacha muy bonita y p... que se embarcó con nosotros. A las cinco llegada a Bajá. Embarcación para ir a la ciudad algo distante; fui con el berlinés y otro joven alemán (Romso). Paseo por el pueblo. Preciosísima muchacha con quien pasé tres horas deliciosas: B. Ibáñez joven, de facciones divinas, lindos ojos, su cutis terso y finísimo color, en fin, B.I. joven. Regreso al vapor a las diez. Encontramos dos preciosas muchachas que se habían embarcado esa noche; memorable aventura con el cadete y las dos muchachas a quienes ofrecimos nuestras camas, algunos asientos angostísimos que servían de cama. Buen humor de todos los pasajeros; imitamos todos los animales con la voz. Noche pasada sin dormir un solo momento, etc. El 11, a la siete de la noche, llegada a Pest, después de haber pasado aquel día por lugares deliciosos y sumamente

---

*) Hoy Bratislava.

pintorescos. Inmensas selvas, etc. Multitud de molinos entre el río antes de llegar a Pest. Amores y locuras de Stura con una cocinera del vapor. A las ocho nos instalamos Stura y yo en el hotel del "Rey de Hungría". Dormimos en un malísimo cuarto por estar todo el hotel ocupado, pues la feria había traído en esos días a Pest millares de personas de todas partes del Imperio. El 12, paseo por la ciudad que es magnífica: hermosas, rectas, bien empedradas y anchísimas calles con suntuosos edificios, lujosos almacenes, etc. Esta ciudad es una de las más bellas de Hungría. Comunica con Ofen o Buda, que es la capital, por un puente de botes. Me llamaron la atención los lindos vestidos húngaros de los cocheros y porteros de los hoteles; el del nuestro tenía pantalones morados de paño, levita azul con bordados de oro, un gran sable a la cintura y un precioso gorro húngaro con su plumaje; otros varios vi más o menos pintorescos. En este país existe aún el feudalismo y hasta ahora dos años ningún individuo, si no era noble o clérigo, podía ser propietario; tres nobles son los dueños del Danubio y, por todo, hasta para bañarse, es menester pedirles permiso; todos esos señores son muy fatuos y orgullosos, y los bigotes hasta de dos cuartas de largo que usan los hacen aún más ridículos. Este es el país de los bigotes y de las p... Es peligrosísimo para un joven venir aquí, pues las mujeres son todas preciosas. El 13, Buda. Precioso palacio real con magníficos jardines que se extienden en anfiteatro hasta el río. La ciudad no tiene nada de particular, pues todo el lujo se encuentra concentrado en Pest. Trabajos que pasé para beber cerveza: entré en más de diez o doce cafés de ambas ciudades, veía a todo el mundo bebiendo cerveza, pedía yo y me decían que no había; esto me tenía molestísimo, hasta que al fin vine a caer en cuenta que en lugar de pedir "cerveza" *(bier)* pedía una "pera" *(birn)*, pues en lugar de decir *biar* decía *bir* ("pera"), y por supuesto todos me respondían que no había pues no es ésta la estación; por fin di con un café donde me entendieran, etc. Muchacha en el cuarto de Stura esa noche. El viejo italiano estaba tan enamorado de ella que quería llevársela a su país, costeándole el viaje y pagándole sus deudas como todos sus gastos en Pest. Yo lo disuadí de tal idea y le impedí que hiciera una locura semejante, haciéndole presente que p... como esa se encuentran en todas las ciudades de Europa sin necesidad de hacer sacrificios por ellas.

El 14, a las siete de la mañana, salida de Pest en un vapor de la "Compañía Danubio" que, como todos los de este río, tenían a bordo más pasajeros que los que podía contener y estábamos muy mal. Lindos y risueños paisajes. Watzen, ciudad situada frente a la isla de San Andrés y a la orilla izquierda del Danubio, tiene una catedral magnífica, con media naranja o cúpula como la de San Pedro en Roma, pero más pequeña. Poco rato después llegamos a Gran, otra ciudad a la orilla derecha del río. Residencia del Príncipe Arzobispo en toda la Hungría, que disfruta de una renta de novecientos mil duros al año. Está construyendo en Gran una preciosa catedral. Después vimos sobre un cerro, a la derecha del Danubio, algunos restos de una muralla, de una fortaleza, de un acueducto y de otras antigüedades romanas. El país, en este lugar, es de lo más pintoresco que puede verse, como en las cercanías de Neusatz: las variadas escenas de la naturaleza y del arte, las magníficas plantaciones de viñas, los prados naturales, los cerros, los accidentes del terreno y el majestuoso Danubio que corre a los pies, hace de este lugar encantado y que me recordaba las pintorescas villas de los Dardanelos y las verdes y risueñas colinas de Troya, y desde que salí de Widdin gozo todos los días de un espectáculo semejante, pues toda la parte del Danubio que desde entonces he recorrido presenta poco más o menos las mismas variadas escenas. Llegada a Komarno a las doce. Ciudad fuerte de primer orden. Hermosos edificios y bellas calles. Población, doce mil habitantes. Gonio, pueblo insignificante de Raab (*); ciudad episcopal con catorce mil habitantes. Una buena universidad. Isla de Schutt muy fértil. Al fin llegamos a Presburgo, una de las ciudades más bellas de Hungría. Población, cerca de cincuenta mil habitantes. Situada sobre las faldas de una colina en cuya cima existe un vasto y curioso palacio antiguo. Calles tan hermosas como las de Pest. Magnífico puente de botes que conduce a un paseo público delicioso del otro lado del río. Magníficas casas de campo a orillas del río y al otro lado del puente. País fértil en viñas y en trigo, en pastos para el ganado. Salida por la tarde de Presburgo. Fondeamos esa noche a poca distancia. El 15

(*) Hoy Gioer.

por la noche pasamos por Wolsthal, ciudad fronteriza entre el Austria y la Hungría. Heimburgo, donde existe la fábrica real de tabaco; edifico inmenso, casi tan grande como el de Sevilla, y que emplea más de mil obreros. Altemberg, pueblo pequeño que me recordaba el inverosímil drama de la Condesa de Altemberg que ha hecho tanta bulla el año próximo pasado en el Odeón de París y que vi representar últimamente en el teatro Metastasio, en Roma. Restos de murallas y otras construcciones romanas. Por fin, a las tres de la tarde, divisé la elevadísima torre de San Esteban de Viena y, una hora después empecé a distinguir la ciudad, en una fértil y pintoresca llanura cerca de una cadena de cerros poco elevados y a orillas del Danubio. A las cinco llegamos al Prater, entrada de los vapores y lugar de desembarco.

Encuentro con un joven parecidísimo a Seligmann, en el vapor de Pest a Viena.

(Notas en lápiz)

El 27 de mayo, a las dos de la tarde, salida de Constantinopla. Ultima visita a la ciudad sin igual. Pasada delante de Scutari de navíos de guerra. Palacio nuevo del sultán. Sobre la costa de Europa todo de mármol con bajos relieves, arabescos, dibujos, etc.; lo más bonito que puede verse, color amarillento que hace un bellísimo efecto con el mármol blanco de las columnas y dibujos. Otra multitud de palacios azules, amarillos, violeta, etc., etc., con magníficas ventanas, celosías, kioskos; paisajes sin igual, que había visto horas antes en compañía de las preciosas griegas que tanta falta me hacen y con quienes he pasado tan deliciosos momentos. La bellísima descripción de Mr. Lamartine, que parece exagerada antes de ver el Bósforo, me ha parecido pálida después de haber visitado los lugares. Nadie puede, ni con palabras, ni con el pincel, dar una idea de este sin igual panorama que se ve en ambas orillas del canal: aguas dulces del Asia, preciosa ensenada donde la naturaleza ha reunido sus más preciosos paisajes.

Compañero de viaje insoportable un italiano de Turín que, desgraciadamente, hace el mismo viaje que yo hasta Viena o

Munich; el hombre más pesado, ignorante e insoportable que he visto y hasta embustero, pues dice que ha viajado por toda la América, Asia, Africa, Europa y no conoce nada de geografía: en el Bósforo se creía en el Mar de Mármara, etc. Pasada delante de los pueblos de los albaneses, Terapia y Bayukderá, que me recordaban los deliciosos momentos que en ellos pasé con las lindas Eloísa y Clara. Acueducto y deliciosos paisajes de Belgrado. Entrada al Mar Negro a las tres y media de la tarde. Continuamos el viaje costeando la Romelia y el 28, a las nueve de la mañana, llegamos a Varna. Fui a tierra con el impertinente turinés y un muchacho de Belgrado que chapurreaba el español; me tenía j... a bordo, y hablándome de los hidalgos, los mancebos, las doncellas y nombres que mejor sabía pronunciar, etc. Paseo por la ciudad rodeada por un débil muro; calles sucias y sin empedrar; varias mezquitas; casas mal construidas y de madera; muchos árboles como en todas las ciudades turcas; pobres bazares; deliciosos alrededores y fértiles colinas en toda la costa.

Salida a las once. Continuación del viaje por el Mar Negro que ese día estuvo muy tranquilo. Por la tarde millones de delfines saltando cerca del buque. Delicioso *coucher du soleil* lo mismo que la noche anterior. Colores bellísimos del cielo.

El 29, a las seis de la tarde, entrada al Danubio por la boca de Kiliash. Pueblo de Sulinam y de Ismail. Pasaje por las inmensas, verdes y anegadas tierras de la Besarbia, provincia rusa. Multitud de puestos de guardia rusos entre el agua, en la orilla izquierda del Danubio. Inmensas sabanas con ganados y caballos que recordaban el Cercado. A las dos de la tarde empezamos a variar de paisaje y a ver risueñas y verdes colinas fertilísimas que me recordaban las pintorescas colinas de Troya. Bellísimos y bien situados pueblos de Ismail y de Isatchi. En este último se embarcó con nosotros una linda muchacha armenia con su familia. Rezos de los musulmanes que a las doce y al ponerse el sol hacían sus abluciones (se lavaban las caras, manos y pies), se quitaban los zapatos, extendían un tapiz, vuelto hacia el Oriente, se postraban varias veces contra la tierra y

rezaban. A las diez de la noche anclamos a dos leguas de Galatz y, a las cinco de la mañana del 30, entramos en este puerto.

Fondeamos amarrados del muelle, pues no pudimos ir a tierra por la cuarentena de cuatro días a que están sujetos todos los buques que vienen de Turquía. A las doce remontamos hasta Ibalú, de donde regresamos a Galatz a las cuatro. El aspecto de Galatz y de Ibalú no es nada atractivo: casas de madera, calles angostas y sucias como en toda la Turquía, nada de minaretes pues la religión que se profesa es la del rito griego. A las cinco de la tarde salva de veintiocho cañonazos por nuestro vapor por ser la fiesta del Emperador de Austria. El 31, Galatz; llegada de otro vapor. A las once me embarqué en un bote con dos remeros griegos y el doctor Stura y David Heine y fuimos a dar un paseo al otro lado del Danubio (Bulgaria), pues en Galatz no podíamos entrar.

Para tomar un puesto hasta Viena pasé mil trabajos, teniendo que hablar con el agente del Lloyd a través de una reja y a una distancia respetable. El dinero que di lo lavaron con vinagre antes de tocarlo y no quisieron recibir un billete de banco porque no podía purificarlo y temían que yo les comunicara la peste etc. El mal tiempo nos obligó a refugiarnos y amarrar nuestro bote en unos arbustos en medio del agua. (Visita a los pescadores griegos entre el agua). Después de dos horas de estar allí sin hacer nada, nos fuimos a unas casuchas de pescadores griegos construidas entre el agua y que estaban cerca de allí. El señor Stura no quiso salir del bote y se quedó allí al sol; David y yo entramos en la casa de los pescadores, en donde había reunidos unos diez bebiendo vino y aguardiente, pues el dueño de la casa vendía todo y además tabaco, papel etc., (en fin, un *épicier*. Estuvimos allí más de una hora fumando nuestro *chibouk*, bebiendo un vino muy agrio y aguardiente de anis. Los pescadores, al saber que yo era americano, se pusieron contentísimos y me hicieron mil fiestas y demostraciones de contento; todos sabían las simpatías de la América por la Grecia y me decían chapurreando el italiano: "Americano buono; inglese, francese, ruso cattivo", y otras palabras griegas que me hacía traducir por David. Su contento se aumentó cuando les di vino y bebí con ellos al

engrandecimiento y prosperidad de la noble nación griega. La casa era curiosísima: construida de madera, entre el agua y el piso se componía de tablas a flor de agua. Tentativas inútiles para ir al vapor. Rabia del señor *Stura*. Regreso a la casa y acogida que me dio un excelente viejo griego en su buque falucho, en que tenía toda su familia, su hijo y dos nietos, lo que me hizo recordar la barca en que Mr. de Chateaubriand fue de Gea a Esmirna etc. Resistencia de los marinos a conducirnos al vapor. Después de habernos exigido un precio exhorbitante, pues se valieron de la ocasión para hacernos la ley, nos fuimos al vapor con mil trabajos pues el río estaba más enfurecido que el océano en un gran temporal; llegamos a bordo y, allí sólo pagamos dos duros a los barqueros vengándonos de este modo de su mala fe etc. Me divertí muchísimo ese día con el miedo y las rabias del originalísimo Stura.

El 1º de junio, a las tres de la mañana, salida de Galatz en un vapor de la "Compañía del Danubio" el *Zrinye*, muy inferior al otro que dejábamos. Llegada a las cinco a Ibrailú. Nos detuvimos dos horas. Inmensas llanuras, como las de Rusia, en ambas orillas del Danubio. Nos detuvimos en Hirsova. Por la noche, a las nueve, dimos fondo en la orilla derecha porque la oscuridad no nos permitió continuar. Inconvenientes del viaje del Danubio: malísimos vapores, sin camas, un sofá alrededor de una sala común, fiebres, mosquitos y zancudos en abundancia que me hacían recordar los ríos y otros parajes de América y, que desde mi salida de la patria, sólo había visto en Cádiz y una vez en los jardines de Trianon. El dos, deliciosos paisajes; inmensas llanuras anegadas; millares de garzas y de pelícanos etc. Silistria... Fui a tierra con Mr. Stura y al llegar a la puerta de la ciudad, un turco que estaba en ella y que debía ser un centinela nos agarró bruscamente por los brazos y nos echó a la espalda, sin armas, y sin un garrote con qué defendernos de aquel bárbaro que estaba bien armado, habiendo oído el cañonazo del vapor que nos llamaba abordo, tomamos el partido de regresar con *el rabo entre las piernas*. Más adelante, en el pueblo de Jurtukai, se nos reunió un francés, comerciante en el ramo de sanguijuelas, que traía varios quintales de su mercancía. Me sorprendió el modo con que las transportaban desde aquí hasta

París, a una distancia de seiscientas leguas y teniendo que quedarse quince días en camino: Cinco o seis cajas como las gallineras de abordo y con dos o tres *étages*; en cada una de ellas había un poco de paja y sobre esta paja las sanguijuelas amontonadas las unas contra las otras. Para que no muriesen había todos los días la penosa operación de vaciarlas en varias tinas, lavarlas y volverlas a meter en los sacos. Vi sanguijuelas enormes que más bien parecían culebras. En la noche del dos anclamos, a las nueve, a inmediaciones de Rusteburk y, el 3 por la mañanita, llegamos a esta ciudad. Todas las ciudades de Valaquia, Moldavia, Bulgaria etc., que hasta ahora he visto a orillas del Danubio, no merecen el nombre de tales y sólo son pintorescas por la mezcla de minaretes, de casas de todos colores de tejas y de paja y, sobre todo, por la vigorosa y lucida vegetación de que están rodeadas y mezcladas. El 3, a las dos, llegada a Sistou, pueblo cuya situación es de lo más pintoresca que he visto y que si fuera una ciudad opulenta podría compararse a Bonn y su sin igual situación a orillas del Rhin. A las siete y media, después de haber pasado por lugares deliciosos, llegamos a Nicópolis, plaza fuerte situada en parte al pie y parte en la cima de una montaña calcárea y sumamente salvaje que me recordaba los Alpes de Suiza. A las cuatro de la mañana salimos de Nicópolis y continuamos viendo los mismos deliciosos paisajes, que no tienen nada de común con los del Rhin y que sólo pueden compararse a los de los ríos de América. Inmensos rebaños de ovejas y de cabras y de vacas, etc. etc. Pueblos miserables que no merecen el nombre de ciudades, pero colocados en las situaciones más pintorescas de la tierra etc. etc. Este es el espectáculo que tengo delante de mí desde que entré en el Danubio. El 4, a las cuatro, aventura de un joven griego y un turco: quiso darle una puñalada en el vapor porque, al pasar, pisó el tapiz en que éste estaba sentado; el fanático y bárbaro turco lo consideró como profanado por el contacto con un *giaodur* (infiel), y los demás turcos que estaban a su lado quisieron cargar con todos los *giaodures* que estábamos delante; el capitán tuvo que intervenir y llamar al orden a aquellos bárbaros. Dos días antes también había habido una escena abordo porque un joven húngaro, que venía con nosotros, miró con el lente a una preciosa armenia que, con su familia, venía de Ismail; el padre, feroz y celosísimo,

amenazó al conde y tuvieron un altercado y el capitán tuvo que apaciguar. Estos ejemplos y otros muchos, que no tengo tiempo de citar, pueden dar una idea del fanatismo, del carácter celoso y feroz de estos salvajes y, sobre todo, del odio contra los que no profesan su religión. Las dos únicas cosas buenas que encuentro en la religión musulmana son la caridad y el pensamiento constante en Dios que forman la base de su religión. Pero esta conducta sólo la ejercen con los de su propia religión y el pensamiento en Dios lo exageran, abandonando todas sus ocupaciones y no haciendo otra cosa que rezar, fumar, joder y dormir. Son los hombres más apáticos y perezosos que puede haber en la tierra y, mientras esta raza de hombres ocupe Turquía, este país, que es el más bello del mundo, continuará siendo el más desgraciado y el más salvaje.

Inmensos rebaños de ganado por millares, vistos ese día a la orilla derecha del Danubio.

Griegos de Macedonia, compañeros de viaje; esperanza que tienen de ser pronto libres etc.

Turcos se rapan la cabeza, a lo menos dos terceras partes, y sólo les queda un círculo de pelo en la parte superior.

Dos eunucos venían con nosotros destinados a los harenes de Widdin, negros, muy feos, muy bien vestidos, bien cuidados, con riquísimas levitas recamadas de seda bordada. Los turcos cuentan las horas de un modo diferente a los italianos y a nosotros: empiezan a contar desde la ocho de la mañana nuestras, y las nueve son la una, las diez, las dos, etc.

Por la tarde llegamos al pintoresco pueblo de O Palanka; fui a tierra con los griegos de Macedonia. Calles sucias etc. Como todos los pueblos turcos. Esa noche fondeamos a unas dos leguas más adelante. El 5, a las ocho de la mañana, llegamos a Widdin. La ciudad estaba inundada. Visita al Pachá etc. etc. Diez mil habitantes.

Alí Pachá, joven muy buen mozo de treinta años de edad, se casa con la sultana Adilé, hermana del Gran Señor. No verá a su mujer hasta después de casado, pues en Turquía los matrimonios son una especie de mercado y el comprador (marido) no ve a la mujer sino cubierta por el velo turco; y ésta no se lo quita hasta después de casada y sólo para estar en casa pues en la calle todas lo usan.

Hace tres años Mahomet Alí tenía una lindísima esclava circasiana en su haren, y, habiendo descubierto que tenía amores con uno de los servidores jóvenes que antiguamente amaba, que después de la visita de su querida lograba introducirse como criado en la casa, Mahomet Alí hizo decapitar al hombre; según la antigua y bárbara costumbre turca, cosió a la bella circasiana en un saco y la arrojó al Bósforo. Aventura sucedida a un joven francés a quien una turca hizo entrar en su casa y no lo largó hasta después de cinco días que pasó en el harem, estuvo dos días encerrado en un armario por temor de que el dueño lo descubriera y salió flaquísimo y extenuado.

Turcas y griegas; collares y círculos alrededor de la frente, compuestos de escudos de oro.

Queso como el de Venezuela, comido en Bulgaria en cuajada.

VIENA-MUNICH

El 15 de junio, a las cinco de la tarde, llegada a Viena. Visita nada severa hecha a bordo a nuestros equipajes por los empleados de la Aduana. Desembarco en el *Prater*. Atravesamos todo este magnífico paseo público hasta el "faubourg" de *Leopoldstadt*. El *Prater*, menos salvaje, por consiguiente más pintoresco que los Campos Elíseos de París, es un verdadero parque inglés. Multitud de cafés con música y numerosísima concurrencia. Hermosísima calle de *Jager Zeile* y del *Prater (Praterstrasse)* que se prolonga desde el *Prater* hasta el puente Ferdinando, sobre el Danubio, y que por su anchura, su

magnífico empedrado y los suntuosos edificios que la adornan sólo puede compararse a la *Regent-street*, de Londres. Recorrimos dos o tres hoteles sin encontrar alojamiento; por fin nos instalamos (Mr. Sester, jardinero en jefe del Sultán; el joven Runchi, el señor Meunier y yo) en el "Hotel del Aguila Negra".

El 16, paseo por la ciudad; empedrado y aseo sin igual en toda ella; magníficos almacenes; lujo de coches etc., que me hacían recordar a Londres y a París. Correo: cartas de casa que me llenaron de satisfacción por las noticias sobre el buen estado de salud de mi papá etc.. San Esteban, coloso de arquitectura gótica que después describiré. Magníficas fuentes públicas etc. Por la tarde salida para ir al teatro italiano con Madame M., y después de haber dado mil vueltas por la ciudad nos volvimos a casa porque no lo encontramos. Exquisitos helados en el "café" que está a orillas del Danubio y en frente del Hotel de *Golden Lamb* (Carnero de Oro). Monigotes con sombreros de dos picos, negro, que me hizo reir mucho.

El 17, salida para ir a ver la galería de pinturas (pública todos los martes). Atravesamos todo el *Leopoldstadt*, toda la ciudad y una gran parte de las magníficas alamedas y jardines exteriores y, al fin, llegamos al suntuoso palacio que encierra las pinturas; escalera principal bastante elegante; primera sala de entrada, primer piso, todo de mármol blanco y de granito fino con dorados, como sólo se ven en Italia. En esta sala sólo hay los retratos del emperador José II y de la emperatriz María Teresa; después siguen multitud de salas a derecha e izquierda y, en el tercer piso y en el que está al nivel del patio, debajo de la escalera, que no tiene nada de notable en su construcción y que contiene millares de cuadros de las diferentes escuelas. En los de la italiana me llamaron la atención tres de Rafael: una Santa Familia que reconocí inmediatamente ser de este célebre pintor por la cara de la Virgen, que es la misma en todos sus cuadros, Santa Margarita y el Reposo en Egipto; una Anunciación y una Santa Familia de Rafael Mengs; una Venus desnuda y acostada del Ticiano; dos o tres Santas de Carlo Dolci que por la expresión divina de las fisonomías, la dulzura y [bondad] que están pintadas

en sus rostros, no desmienten el pincel que hizo la famosa Magdalena de la galería de Florencia.

De la escuela española sólo había dos cuadros de Ribera y unos cuatro de Velázquez que me parecieron muy dudosos; a este último no le daba el tiempo para pintar muchachos, pues todos los hace con unas caras anchísimas, gordiflones y feos, después de haber visto los muchachos del Albano etc. En la escuela flamenca, centenares de retratos y otros cuadros de Van Dyck, Rubens, Teniers etc. El colorido de esta escuela no me gusta y, mucho menos el de la alemana (palidísimo), y no tiene aquel vigor y fuerza de color de la escuela italiana, española y francesa (excepto el Baupin, cuyos cuadros son también palidísimos). Mucho me divirtieron y me parecieron ingeniosísimas algunas caricaturas hechas con frutas pintadas por Ardeindolds, y en que mezclando diferentes frutas forman cabezas completas, graciosísimas; dos batallas y un paisaje de Salvador Rosa, que sobresale en estos géneros; una Santa Familia de Miguel Angel y otra de Andrés del Sarto; un *Ecce Homo* y otros dos cuadros de Leonardo da Vinci; un *Ecce Homo*, una Santa Familia, un San Juan, una Magdalena (que no creo sea de este pintor), pues que en nada se acerca a la famosa Magdalena del palacio Sciano, en Roma, del mismo pintor, y otros pocos cuadros de Guido Reni; unos poquísimos cuadros de los tres Carracci y de Francia; dos Vírgenes del Corregio, notables como todas las Vírgenes de este famoso colorista. Multitud de telas de Rubens, Van Dyck, Rembrandt, los dos Teniers etc., etc., etc.; muchas de Alberto Durero, Holbein y Van Dyck etc., etc., etc. La fachada del palacio, que es el de Belvedere, es grandiosa e imponente, superior a todos los palacios de Francia por su elegancia aunque no por su grandeza. El Belvedere, delicioso jardín que me recordaba el del palacio Pitti, en Florencia, y el del Quirinal, en Roma.

Por la noche fui al teatro italiano con el señor Sester, Mr. Meunier y Rumchi. Magnífica sala con seis órdenes de palcos; en cada orden un lacayo con librea para servir a los espectadores helados y todo lo que pidan, con disposición magnífica y que sólo aquí he visto. Representaron la preciosa ópera del maestro Persini *Il Fantasma*;

Mms. Persiani, a quien no veía hacía siete meses me pareció mejor que nunca y me hizo confirmar en la idea de que ella es la primera cantarina que hay hoy en el mundo; el primer año de mi permanencia en Europa prefería la Svise; el segundo me pasé a la Persiani y ahora, después de haber oído a todas las primeras cantarinas de Italia y de la Europa entera, adjudico el primero puesto a la Persiani. Esta noche, en el papel de Erinnia, se *surpassé a elle mesme*, como dicen los franceses, en el lindo dúo de la escena cuarta del primer acto con Ernesto (signor Marini) en que hizo prodigios de vocalización, sobre todo en el bellísimo dueto que empieza "*Padre ti chiamo*" etc. y en el final de la misma escena, el movimiento de vals "*Sento, ali sento di questo amplesso*" etc.' en el tercero de la escena sexta y en el final de este terceto "Non temore, son licta appieno" etc., retazo más difícil que puede darse y con cuyas dificultades pujaba a la Persiani, hacía prodigios de vocalización, pasando de las notas más graves a las más agudas sin el menor esfuerzo y sin el menor desentono, etc., etc., y. en fin, en toda la pieza que es bellísima y digna de Rossini, de Verdi o de Donizetti. Los señores Marini (Ernesto), Ferretti (Adolfo), Bossini (Ernanno) y Rovere (Gennaro), secundaron muy bien a la Persiani. Bellos decorados y magníficos vestidos.

El 18, visita a la grande exposición de los productos de la industria autriaca. Edificio casi tan grande como el de París y situado entre la ciudad y un "faubourg", en medio de los árboles. Los objetos que me llamaron la atención fueron las porcelanas de la Fábrica Imperial de Viena que pueden rivalizar con las de Sevres; magníficas mesas, soberbios cuadros, riquísimos servicios y varios candelabros colosales, todos de porcelana de tres o cuatro varas de alto. La cristalería de Bohemia y de Viena, sobre todo la última que no tiene igual en el mundo; vi cosas preciosas en este ramo: también magníficos y grandísimos candelabros, todos de cristal. En la maquinaria no vi gran cosa: un alambique y un aparato para el azúcar muy inferior a los de la exposición de París en 1844. En las sederías y terciopelos he notado grandes adelantos; vi cosas que podían pasar por fabricadas en Lyon; los tapices y la imitación de chales de Cachemira me parecieron muy inferiores, bien es que

después de haber visto en Esmirna y Constantinopla los riquísimos tapices de Esmirna y las famosas Cachemiras de la India y de la Persia, debo estar difícil en este ramo. En la fabricación de instrumentos de música sobresalen los alemanes y sobre todo los austriacos; había centenares de pianos, muchos de ellos lujosísimos; unos cuyas teclas blancas eran todas de nácar y las negras de carey, la caja de riquísima madera de palisandro. Preciosas cosas de carey y de nácar. En el grabado les concedo grandes adelantos; los ingleses les son superiores. En la tipografía están muy avanzados y, sobre todo, en la impresión de lenguas orientales; vi obras impresas en turco, armenio, chino etc., bellísimas. La imprenta de Papseh, en Trieste, la que conocí en aquella ciudad, ha enviado muy buenas cosas a la exposición. En los paños no vi nada que pudiera rivalizar con los famosos de Louviers, Elbeuf, en Francia, ni con los de Bélgica. Muy buena seda en bruto de la Lombardía que puede rivalizar con la de Valencia, en España. En la fabricación de pipas hay que adjudicarles el primer puesto, había millones y preciosas en la exposición. En la fabricación de productos químicos están también muy adelantados, lo mismo que en la zapatería y en la tenería etc. En la próxima visita que haga a la exposición continuaré mis observaciones.

El 18 perdí casi todo el día en la Aduana para reclamar un paquete de libros que venía sellado desde la frontera (Orsova) y que al llegar había entregado a los empleados de Aduana que visitaron mi equipaje. Después de mil vueltas y revueltas, de haber tenido que tocar con más de quince empleados (pues hay más de quinientos en esta Aduana principal), me aburrí y me fui. El 19 volví y después de dos horas de molienda, haciéndome ir de una mesa a otra, me los dieron y me hicieron pagar 21 *kreutzers* de derechos (creo que la tinta y plumas que han gastado en este negocio les cuesta más) y me hicieron ir a la censura para que los examinasen allí; abrieron solamente uno y me los devolvieron todos sin examinarlos. Ese día visité el gabinete de historia natural, riquísimo en la parte de zoología; contiene la colección más completa que he visto de peces y de serpientes y de pájaros americanos. Toro húngaro con los cuernos tan colosales como los toros papales. Plaza Joseph con la

estatua ecuestre del emperador José II. Cochera del Emperador: centenares de coches de viaje, ordinarios; coches para los entierros de las personas de la familia, de terciopelo encarnado y franjas de oro; coche de la coronación, todo de ébano con los más preciosos adornos y dibujos de la misma madera. Coche de la emperatriz María Teresa, el más lujoso y rico que he visto, superior al del Papa, todo de riquísima madera, cubierto todo el interior de terciopblo encarnado, con multitud de bordados y franjas de oro; lo mismo el exterior, todo cubierto de dorados y forrado en terciopelo con franjas de oro; las dos portezuelas y las partes del frente y espalda contienen soberbias pinturas al óleo sobre la madera; el coche me dijeron que había costado quinientos mil francos y las pinturas veinte mil, más cinco cabriolés, hechos para el uso de los aliados cuando estuvieron en Viena, todos iguales, cada uno de precio de treinta mil florines de convención, con todo de terciopelo verde con franjas y bordados de oro. En fin, vi otra multitud de coches y trenes *(traineaux)* de menos valor. De allí nos fuimos al jardín del pueblo, lugar delicioso, por el estilo francés, con un magnífico café y la puerta más bella de Viena, especie de pórtico muy elegante. En este jardín hay un templete hecho a imitación del famoso templo de Teseo, en Atenas, pero mucho más pequeño y de groseros materiales (me pareció de ladrillos), blanqueado con cal. En el interior está el grupo de Teseo matando al centauro, una de las mejores obras del Fidias moderno, el inmortal Cánova. Este grupo es colosal. Visitamos enseguida la Iglesia de la Corte o de los Agustinos; edificio pequeño; el altar mayor, todo de mármol, es muy elegante; hay un buen cuadro de la Crucifixión por Bock y otro que representa a San Agustín por Maulbertroh. Esta iglesia encierra una de las obras maestras de Cánova: el mausoleo de la Archiduquesa Cristina, mujer del duque Alberto de Save-Teschen. Este mausoleo, todo de mármol blanco, representa una alta pirámide con una estrecha puerta de entrada; sobre esta puerta, y en bajo relieve, se ve la Felicidad conduciendo al cielo el retrato de Cristina; un cortejo se dirige hacia la entrada de la pirámide: abre la marcha la Virtud conduciendo en una urna las cenizas de la difunta, síguenle dos preciosas muchachitas con hachones encendidos y, a alguna distancia detrás, viene la Caridad conduciendo por el brazo a un

viejo enfermo, sostenido por una muchachita; a la derecha de la entrada de la pirámide, un león, sentado en la misma postura que uno de los famosos leones del mismo Cánova que se ven en la tumba del Papa, en San Pedro, en Roma; al lado del león reposa un genio alado. El conjunto de esta preciosa composición es de lo más bello y sorprendente que puede verse en escultura; la expresión de cada una de las figuras es inimitable y me recuerda los más bellos grupos de la escultura griega. En esta iglesia están enterrados varios emperadores de Austria y algunos otros personajes, como el mariscal de Daum que venció a Federico el Grande en Neollín y en Planiass en 1757.

Luego estuvimos en la plaza del Palacio (Burgplatz), encajonada toda entre el Palacio Imperial, que después veré.

Enseguida fuimos al Arsenal y R. En el patio que está a la entrada hay más de mil doscientas bocas de fuego y multitud de proyectiles, modelos de cañones, de coches, puentes, máquinas y otros instrumentos de artillería todo muy bien dispuesto y arreglado. Alrededor de este patio, y colgada en la pared, se ve la gran cadena con que los turcos quisieron impedir la navegación del Danubio, cerca de Pest, en 1529. Todas las salas del primer patio de este arsenal, el más bello que he visto, contienen ciento veinte mil fusiles y otros millares de sables etc., arreglados con un orden y simetría maravillosos, formando los grupos y dibujos más sorprendentes y agradables a la vista en varias partes; en los techos están figurados con sables, pistolas etc., las armas de Austria y otros dibujos muy bien ejecutados; las columnas se componen de cañones de fusiles y los capiteles están formados con pistolas etc. Multitud de banderas, la mayor parte tomadas a los franceses, adornan todas las salas. Este museo es riquísimo en armaduras antiguas. Entre sus curiosidades notaré un globo aerostático tomado a los franceses por el Archiduque Carlos, en la batalla de Amberg; una de las mil cadenas que los turcos habían destinado a los prisioneros cristianos cuando el sitio de Viena; la coraza, un gorro encarnado y un poco de pelo del famoso príncipe Eugenio de Saboya, terror y espanto de los turcos a fines del siglo XVII y principios del XVIII; la armadura del

rey de Hungría Luis II, que murió en la batalla de Mohacs contra los turcos en 1526; en aquella batalla murieron con este rey cerca de veintitrés mil hombres; las armaduras de Rodolfo I, Maximiliano II y otros emperadores de Austria; las insignias del feldmariscal príncipe de Schnartzemberg, general en jefe del ejército de los aliados en 1813 y 14; algunas banderas polacas; las llaves de oro de Lyon; armadura de Scanderberg, rey de Albania, famoso guerrero que se encontró en veintidós batallas y mató más de dos mil turcos de su propia mano; el busto del príncipe Wenceslao de Licheenstein, general a quien la artillería austriaca y este arsenal deben su organización; busto del emperador Francisco I y de su esposa María Teresa; armadura del emperador Carlos V; las insignias de la orden militar de María Teresa que usaba el emperador de Rusia, Alejandro I; bandera polaca del valiente general Kociusko; cota de malla del famoso general Montecuculi, émulo de Turena; los bustos de José II y de su esposa María Isabel de Parma; armadura de Felipe II, rey de España; una levita de cuero de búfalo que tenía puesta Gustavo Adolfo, rey de Suecia, cuando fue herido y muerto en la batalla de Lutzen; armadura de Libusin, reina de Bohemia; armadura y casco del famoso rey de Polonia Juan Sobieski, libertador de Viena contra los turcos; la bandera ensangrentada del Gran Visir Kara-Mustafá; armadura del conde de Staremberg, uno de los heroicos defensores de Viena contra los turcos; algunos trofeos de Godofredo de Bouillon; el sombrero que el Papa Urbano II dio a Godofredo de Bouillon, conquistador de la Tierra Santa; dos banderas de los Cruzados: la una con la imagen del Salvador, y la otra con la de la Virgen y el Niño Jesús; estas banderas están muy estropeadas; una especie de máquina infernal figurando un piano, y a cada tecla que se toca sale por detrás una bala; en fin, la armadura de Atila. Observaré que en Venecia me han enseñado otra armadura como de Atila; en la duda de saber cuál de las dos es la verdadera me pronuncio por la de Venecia, pues la de Viena está muy bien trabajada y pulida para ser de aquel jefe de bárbaros.

Por la tarde, paseo por el Prater, en donde había poca gente.

El 20 nuevo paseo por el interior de la ciudad. El *Graben*, la plaza más bella de Viena por los magníficos edificios que la rodean; los

riquísimos almacenes que en ella se encuentran; la columna de la Santísima Trinidad y las dos bellas fuentes con varias arcadas que las adornan y, en fin, por ser allí donde se reúne mayor concurrencia de gente *comme il faut* durante todo el día. La columna de la Santísima Trinidad que adorna el centro de esta plaza es toda de mármol blanco, de sesenta y seis pies de elevación, de forma triangular y de la más grande elegancia. La primera figura que se ve sobre el pedestal es la Fe, a cuyos pies se ve la peste aterrada por un angel; el emperador Leopoldo I está arrodillado al lado; en la cima de la columna está la Santísima Trinidad, riquísimos bajo relieves adornan el pedestal y una multitud de ángeles y otras figuras alegóricas embellecen esta magnífica columna que el emperador Leopoldo I hizo construir en cumplimiento de un voto que había hecho a la Santísima Trinidad, cuando la peste desolaba la ciudad; la calle de los *Señores (Herrstrasse)*, en donde se ven multitud de suntuosos palacios, como el del duque de Módena, el del príncipe de Lichtenstein y otros muchos; en el ángulo formado por la calle de los Señores y el *Kohlmark* está la plaza de San Miguel con la iglesia del mismo nombre. Esta iglesia es hermosísima: en el altar mayor hay un magnífico bajo relieve en estuco que representa a San Miguel aterrando al demonio. Esto mismo está ejecutado en mármol en la fachada de la iglesia. Hay en el interior algunos buenos cuadros de la escuela alemana moderna, y uno muy interesante por ser hecho por un pintor bizantino hace algunos siglos y traído de Candia a Viena en 1670; este cuadro representa a la Virgen y es de madera de ciprés. El célebre poeta Metastasio está enterrado en esta iglesia.

La iglesia de San Esteban, uno de los más bellos edificios góticos que se conocen, muy superior —aunque más pequeña— a Notre Dame de París y aún a la famosa catedral de Ruan; su elevadísima flecha es más elegante que la de la catedral de Strasburg; el interior, dividido en tres naves por doce enormes y elegantísimos pilares *(canarebí) (Sic)*, con los más preciosos dibujos y otros adornos con más de cien estatuas; los vidrios *(vitraux)* son magníficos, aunque inferiores a los famosos de las catedrales de Lyon y de Chartres. El altar mayor, todo de mármol negro, está adornado con once estatuas

también de mármol; el coro es de madera ricamente trabajada en bajo relieve y uno de los más ricos y elegantes en este género que he visto; el púlpito, de la misma piedra con que está fabricada toda la iglesia; algunos buenos cuadros, todos alemanes: el del altar mayor representa la lapidación de San Esteban, pintado por Bock. Están enterrados en ella el célebre príncipe Eugenio de Saboya y su primo el príncipe Miguel, el emperador Federico III y varios arzobispos, obispos y otros personajes. La elevadísima torre de esta catedral es uno de los edificios más altos del mundo; un escritor austriaco le da 146 metros de elevación y la coloca en segundo lugar, después de la más alta pirámide de Egipto; los franceses colocan siempre después de la Pirámide la catedral de Strasburg y los italianos San Pedro de Roma; habiendo visitado y subido hasta la cima de estas tres famosas catedrales, me inclino a creer que el edificio más alto del mundo, después de la Pirámide, es la catedral de San Pedro; en tercer lugar colocaré la de Strasburgo y en cuarto la de Viena. Hay en esta iglesia dos órganos, uno de ellos de treinta y dos registros. La campana mayor es más grande que la famosa de Notre Dame de París y necesita la fuerza de veinte hombres para sonarla (la de París, diez y seis hombres).

Por la noche fui a los valses de Strauss en el jardín de un restaurant, pero toca cada noche en diferentes lugares (Strauss es un hombre chiquito, de unos cuarenta y cinco años, flaquito y muy vivaracho)* con su orquesta de cuarenta o cincuenta músicos que ejecutan *a ravir* los deliciosos valses y polcas, dirigidos por el mismo Strauss que toca divinamente el violín, es capaz de hacer bailar hasta los árboles y piedras del jardín; el entusiasmo que excitan en el auditorio los deliciosos valses de Strauss es extraordinario, y los aplausos y vivas se prolongan por mucho tiempo después de cada valse; esa noche le hicieron repetir cuatro o cinco veces un valse nuevo que hizo furor.

El 21 recibí la visita de Stura que por fin desistió de sus locuras en Pest; siguió mi consejo y se vino. Salimos juntos a visitar el Odeón,

---

(*) Se refiere a Johann Strauss el viejo (1804-1849).

hermosa sala de baile arreglada con una magnificencia admirable; por la noche fui a un baile en el mismo Odeón. La orquesta, dirigida por Strauss, compuesta de cien músicos, hizo prodigios esa noche; la concurrencia era numerosísima y elegante y las lindas vienesas desplegaron allí todas sus gracias y coqueterías. Son las alemanas más bonitas que he visto; la frialdad que caracteriza a las alemanas del norte no se encuentra en éstas. Esa noche todo el mundo se volvió loco al oír a Strauss y sus valses. No hubo viejo de los que estaban allí que no tomara su pareja y saliera bailando con los jóvenes. Con una tal orquesta, con tales valses y con tan lindas muchachas era imposible dejar de bailar; había también muchas viejas que también encontraron quién las sacara, pues nadie se quedó sentado. Hasta los instrumentos parecían querer escaparse de las manos de los músicos y salir bailando por la sala!

22. Domingo. Paseo por el Prater con Sophisimus. Concurrencia extraordinaria. Multitud de orquestas. Infinidad de *saltimbancos*, de acróbatas, de titiriteros, de domadores de fieras, etc., exactamente como en los Campos Elíseos de París en un día de fiesta nacional o de Semana Santa; cosmorasmas, contadores de historias (cuentos) que divertían mucho al pueblo, como los de Nápoles y Venecia etc. Había más de veinte o treinta juegos de caballitos de madera, en cada uno de ellos una orquesta; los caballos dan vueltas al son de la música, y lo que me admiró y me convenció de la simpleza del pueblo austriaco fue ver hombres barbudos, viejos de sesenta y ochenta años, y señoras de la misma edad, montados en los caballitos de madera como muchachitos y divirtiéndose como ellos; todos se disputaban los puestos y había más hombres y mujeres que muchachos; vi varias *menageries*, en una de ellas algunos animales americanos, como la alpaca, el jaguar, algunas serpientes domesticadas con las cuales jugaba todo el mundo. Vi un animal que no había visto en ninguna *menagerie* de Europa hasta hoy: un toro del tamaño de un burro y con crines de caballo. Manía de los soldados de andar siempre con las cuidadoras de niños *(bonne d'enfants)*, como en París. Pasión de los alemanes por la cerveza; no beben otra cosa. Almuerzo siempre a las ocho o nueve de la mañana, comen a la una, y todo el resto del día se lo pasan bebiendo

cerveza y comiendo pan. La gente que tiene medios se va a las siete o a las ocho a los jardines públicos, oyendo la orquesta de Strauss o la de otros maestros de capilla. Hay en Viena millares de espías y no debe el extranjero fiarse de nadie.

El Prater es muy superior a los Campos Elíseos de París, pues en él se encuentran alamedas como en los Campos Elíseos y, además lugares como los parques ingleses y, más adelante, lugares enteramente salvajes, en donde uno puede creerse a cien leguas de toda población; también hay prados con vacas y, en fin, presenta todas las variedades de campo que puedan desearse. Alrededor de la ciudad y entre los fosos (también alrededor) de sus elevadísimas y también en inexpugnables murallas, se ven alamedas lindísimas, prados artificiales, jardines etc., etc. Es una verdadera delicia pasearse alrededor de Viena y ninguna ciudad de Europa posee tantas bellezas en este género; hay que exceptuar, sin embargo, a Francfort, pues Francfort está rodeada de casas de campo que pertenecen a ricos particulares, mientras que Viena está rodeada de alamedas etc., todas para el público.

En la semana del 22 al 29 acabé de recorrer la ciudad. El tiempo estaba malísimo y siempre lluvioso. Por la tarde me iba al Prater o a pasarme sobre las murallas; paseo delicioso alrededor de la ciudad, desde donde se disfruta de una hermosa vista etc., o bien, en las alamedas alrededor o al *Aufgarten*, precioso jardín público con alamedas como las de las Tullerías y aun más bellas, formadas por los tilos y los *morronieres* de las Indias, con sus prados y bosques salvajes como los parques ingleses; en fin, este magnífico jardín me recordaba los famosos de Versalles: está rodeado de templetes, desde donde se descubren los bellísimos campos muy bien cultivados de los alrededores; los pintorescos cerros desde San Leopoldo hasta Dorubach, cubiertos de una vegetación prodigiosa, el Danubio, la inmensa pradera llamada *Brigettenden*. En fin, este jardín es uno de los más hermosos que he visto; por la tarde es generalmente frecuentado por los monigotes estudiantes que van a repasar sus lecciones en las numerosas y sombrías alamedas del

jardín; a la entrada de la noche, los zancudos hacen desaparecer de allí a todos los paseadores.

Por la noche me iba al teatro italiano o a los valses de Strauss.

El 29, teatro italiano. Representación del "Ernani" de Verdi, que todo el mundo considera como la obra maestra del joven ilustre compositor; yo la encuentro magnífica, pero prefiero *Il due Foscari*. La señora Moltino desempeñó muy bien el papel de Elvira; el señor Ferreti estuvo admirable en el de Ernani; el señor Marini hizo muy bien el de Ruy Gómez y el señor Colini, joven buenmozo y elegante hizo furor en el del Rey Don Carlos: su fresca y potente voz, su bella persona, sus maneras nobles y distinguidas y sus movimientos trágicos, hacen de este joven uno de los mejores tenores que hay hoy en Europa.

El 2 de julio, a las seis de la mañana, salida de Viena. A las siete y media, llegada a Naisdorf, estación de los buques de vapor. Salimos a las ocho; excelente sociedad de gente de todas naciones que allí había; preciosa condesita húngara de dieciséis años, casada con un hombre de cuarenta y cinco, que no se mostraba indiferente a mis miradas. Familia italiana; un joven con su tía, piamonteses, con otros de su mismo país, hablando siempre su feo dialecto nacional; la linda muchacha que yo había visto en Viena, especie de *femme entretenue*, una de las más bonitas que he visto y que venía a Munich, tal vez a buscar fortuna; el capitán del buque, señor Mayz, triestino, de grandes conocimientos e instrucción, hombre amabilísimo que me colmó de atenciones y servicios. Multitud de antiguos castillos vistos ese día; hermosos conventos, uno de ellos tan grande como...; deliciosos, encantados paisajes en ambas orillas del Danubio que, en esta parte, es más bello que el Rhin... hotel... con un francés. La preciosa muchacha de un bávaro que la tomó por sirvienta; tomamos asiento en el correo para Munich, y salimos a la una de la tarde; disposición cómoda y sabia que hay en toda Alemania de dar asiento en el correo a todos los pasajeros que quieran, y cuando hay muchos agregan el número de coches necesarios; jamás un viajero dejará de partir el día que quiera por el correo; no sucede así en

Francia, donde los pocos asientos de la *malle-poste* es menester tomarlos con ocho o diez días de anticipación. Calor de La Guaira que tuvimos aquel día; el siguiente, paisaje sin igual y valles deliciosos que me hacían recordar los valles encantados de Ethes y de Crumenthal, en Suiza. La Baviera parece una continuación de la Suiza y del... exactamente como los cantones de Suiza, me hacían creer que estaba en aquel país. Todo ese día y el siguiente atravesamos un país delicioso; por la noche comimos en la frontera; allí cambiamos de coche y el 4, a las cuatro de la tarde, llegamos a Munich. Atravesamos el Isar sobre un hermoso puente y entramos en los *fauborgs* que rodean la ciudad. Baño, pasaporte, pipa, carta. Al pasar los *fauborgs* y entrar en la ciudad propiamente dicha, no pude contener mi admiración al ver la belleza y regularidad de las calles, la magnificencia de los edificios públicos y de las casas particulares que todas son palacios; al llegar a la plaza de Maximiliano José en donde está el Palacio Real, el teatro, uno de los más bellos que he visto en Europa; la Casa de Correos, con un inmenso pórtico, con pinturas al fresco como las de Pompeya. Me instalé esa tarde en el "Hotel du Cerf d'or", el mayor de la ciudad, en la mejor calle, la de Luis. Por la noche fuimos al teatro. Representación de la "Norma" [de Bellini] en alemán; me produjo el mismo efecto que produce siempre en mí esta música extraordinaria y divina. La Hetznecker no hizo mal el papel de Norma; la Weissmüller me pareció una Adalgia muy mediocre aunque bonita; los alemanes, por más fuerza que hagan, no podrán jamás representar bien una ópera como los italianos, franceses o españoles; el idioma tan áspero, su carácter nacional tan serio y áspero, no convienen a las apasionadas o alegres piezas italianas, francesas y españolas; les falta, en fin, el *chic* de aquellas naciones. La orquesta me pareció superior a la de Viena y una de las mejores que he oído. El interior del teatro es bastante bello: seis órdenes de palcos; muy buenas decoraciones; disposición sabia como en Viena de que en cada orden haya un sirviente ofreciendo helados y otros refrescos. Multitud de muchachas bonitas etc. Lujosos vestidos de las comparsas. La representación empieza siempre a las siete y concluye a las nueve, todavía de día en esta estación. Asientos muy baratos: un *stable* en el patio cuesta uno y medio francos.

Sr. J. I. París

París, julio 14 1845

Mi querido tío:

Ayer tarde llegué a esta ciudad y me encontré con la agradable noticia de que mi papá viene de Enviado Extraordinario a España y que debe llegar el 21 a Southampton. Y esta noticia, el recibo de tres apreciabilísimas cartas de U. después de 6 meses que estaba privado de este gusto, el haber encontrado a Tanco casi bueno, y el haber visto a mis amigos después de 7 meses de ausencia, todo esto reunido me tiene tan contento, que estoy medio aturdido.

Escribo a U. muy a la carrera estas cuatro letras para decirle que mañana salgo para Southampton a recibir a mi papá y que con él me iré a España, tal vez de Agregado de la Legación.

En el próximo paquete escribiré a U. muy largo y contestaré la carta de Escallón, muy atrasada, que acabo de recibir porque me la dirigió a casa de Mr. Blanqui y allí me la han guardado hasta ahora.

Mil recuerdos de mi parte y abrazos a mi querido Enrique, a Antonio Escallón, tía Manuelita y demás familia, y U., disponga de su affmo. y agradecido sobrino,

R. G. Urdaneta(*)

(*) Esta carta y las anteriores al Sr. París nos fueron suministradas en copia por el extinto historiador colombiano doctor Carlos Arbeláez Urdaneta.

París, agosto 30-1845

Excmo. Señor General C. Soublette

Mi respetado y querido General:

Tengo que dar tregua por un momento al inmenso dolor que me agobia para participar a U. la tremenda desgracia que acaba de sucedernos, el golpe funesto que deja a una larga y desgraciada familia sumida en la orfandad, en la miseria, en la desesperación... la muerte de mi padre, acaecida en esta ciudad en la madrugada del 23 del corriente.

Ni los esfuerzos del acreditado Dr. Civiale, ni los Dres. Valpeau, Marjolin, Chomel y otros a quienes llamé en tan apuradas circunstancias fueron bastantes a salvarle: la irritación había degenerado en inflamación, los riñones estaban deshechos y la vejiga enteramente dañada; era pues, imposible que mi padre viviera más tiempo y los médicos no podían hacer milagros. El 21, como último recurso, quisieron los médicos hacer la operación de la talla, pero después reflexionaron que sería martirizar a mi padre inútilmente y hacerlo morir dos días antes, pues en el estado en que se encontraba, no habría podido resistir esa operación; el 22, a las dos de la madrugada, le entró una gran fatiga al pecho; llamé inmediatamente al Dr. Civiale y éste me dijo redondamente que mi padre no duraría 24 horas más. En efecto, todo aquel día estuvo con la fatiga, orinando gotas de sangre pura, cada dos o tres minutos, sufriendo dolores atroces hasta las doce y media de la noche que exhaló el último suspiro al acercarle yo a los labios un vaso de agua que me había pedido.

Figúrese U. mi general, cómo habré quedado después de aquella fatal noche; sin embargo, he tenido que hacer esfuerzos sobrehumanos para entenderme con todas las ceremonias de funerales, depósito, etc. etc. No quería que los preciosos restos de mi padre quedaran abandonados en una tierra extranjera a 2.000 leguas de la

patria y he resuelto enviarlos a Venezuela; para eso he hecho embalsamar el cadáver por Monsieur Gannal.

Para cerciorarme de que los recursos de la medicina fueron insuficientes para salvar a mi padre, he hecho practicar la autopsia del cadáver y me he convencido del estado de daño en que estaban los riñones y la vejiga y he hecho sacar la piedra más colosal que ahora se ha visto; después de la autopsia todos nos hemos quedado admirados de que mi padre haya vivido tanto tiempo y haya tenido tanta resistencia para sufrir los dolores atroces que le producía esta piedra.

El 26 hicimos a mi padre unos modestos funerales en la Iglesia de la Magdalena y dejamos el cadáver depositado en una bóveda de la misma iglesia, hasta mediados del mes entrante, que lo enviaremos al Havre para que de allí siga a Venezuela en un buque que saldrá el 1º de octubre. Yo he resuelto irme para Caracas en el próximo paquete para consolar a mi desgraciada madre y ver si algo puedo servirle en estas circunstancias tan fatales.

Ha quedado en mi poder el Tratado con España y al pasar por Londres lo dejaré depositado en la Legación de la República en aquella capital.

No me atrevo a comunicar de repente a mi madre la fatal noticia y así sólo le digo, en una carta que envío al señor Manrique, que mi padre está gravemente enfermo*. Espero que U. y el señor Manrique se pondrán de acuerdo para hacerle saber esta desgracia del modo que le sea menos mortal, pues es tan sensible y el golpe que le espera tan fuerte, que temo mucho por su salud.

No tengo nada que recomendar a U.U. en este particular, toda vez que conozco la fina y sincera amistad que lo ligaba a mi desgraciado padre y sé todos los servicios que U. U. han dispensado y dispensan

(*) Juan M. Manrique. Secretario de Relaciones Exteriores.

cada día a mi familia; confío mucho en U.U. para este delicado y penoso encargo.

El señor Garró está fuera de París por diez días; mucha falta nos ha hecho en tan terrible trance. Mucho tengo que agradecer los servicios que en estas circunstancias nos han prestado los señores Mosqueras, Joaquín y Domingo Acosta, Montoya, Barón Gros y otros amigos de mi papá que hay actualmente aquí.

Tenga la bondad de poner a los pies (q. b.) de mi señora Olalla y de disponer de su atto. y affmo. servidor,

Q. b. s. m.

R. G. Urdaneta

Incluyo a U. una carta para mi mamá que U. tendrá la bondad de hacerle entregar luego que ella sepa esta desgracia, *de ningún modo antes*".

Granada, octubre 10 de 1845

Señor J. I. París.

Mi muy querido tío:

Cuando U. reciba esta carta, ya habrá llegado a Bogotá la noticia del terrible acontecimiento que ha destruido para siempre mis esperanzas, mis contentos, mi dicha... la muerte de mi excelente padre, acaecida en París en la madrugada del 23 de agosto.

Como Tanco debe haber impuesto a U. de todo, omito entrar en pormenores que avivarían más el profundo dolor que me agobia. El excelente e inmejorable Tanco nos sirvió en tan tristes circunstancias y nos acompañó en toda la enfermedad y muerte de mi papá

con el interés y celo de que sólo él es capaz; no contento con esto, y como digno representante de la generosidad de U. se hizo cargo de pagar todos los gastos de enfermedad, funerales, etc., pues yo no tenía con que hacerlo, pues no habiendo desempeñado mi papá la comisión que tenía para España, después de su muerte, sólo tomé un mes de sueldo que le correspondía, y con ese dinero dejé a mi hermano Luciano en París para que se perfeccione en las matemáticas y arquitectura y regrese dentro de 14 ó 18 meses a Caracas a ayudarme a dar de comer a nuestra generosa y desgraciada familia; mi papá lo había llevado a Europa con ese intento y yo he cumplido con él dejándolo en París.

Como yo creo que el Gobierno venezolano abonará los gastos de médico, embalsamamiento y funerales, pondré esa suma a disposición de Tanco, pues sólo a esa condición admití los numerosos ofrecimientos de él, contrario sería abusar de la generosidad de U.U. y de lo mucho que les debemos.

Pasado mañana llegaré a Caracas y allá veré lo que hago; me parece que volveré a mi anterior destino en la Secretaría de Guerra ganando 60 pesos por mes. Con esto y otro tanto que gana Octaviano en la Secretaría de Hacienda, trataremos de no dejarnos morir de hambre hasta que se reúna el Congreso, quien tal vez a propuesta del Gobierno nos acuerde alguna pensión. Yo tengo alguna esperanza en la justicia del Congreso venezolano, que no dejará morir de hambre a la familia del hombre que no sólo fue uno de los principales fundadores de la Independencia, sino que después de la regeneración de Venezuela, no ha dejado de servir un solo instante y ha muerto en misión de la República.

Hoy me separo de los excelentes amigos Montoya, Correa y F. Sáez que han venido conmigo desde Inglaterra y que por sus finos cuidados y atenciones han contribuido a hacerme más llevadero el viaje en las tristes circunstancias en que me encuentro.

Me han asegurado que Melo está en Ibagué. Hágame el favor de averiguar eso y avisarme su paradero para escribirle recordándole

su conducta infame para con nosotros y preguntándole si está resuelto por fin a abandonar para siempre a su mujer y sus dos hijos*.

Adiós, mi querido tío: estoy temblando de llegar a Caracas, pues temo encontrar nuevas desgracias en mi familia. El 30 ppdos. debieron recibir la fatal noticia y ya U. puede figurarse cómo habrán quedado después de un golpe tan fuerte.

Mi recuerdos a Enrique, Elvira, Manuelita, Antonio Escallón y demás familia y amigos y U. créame siempre su affmo., y agradecido sobrino y amigo,

R. G. Urdaneta

Caracas, octubre 29 de 1845

Señor J. I. París

Mi muy querido tío:

El 13 del corriente llegué a esta ciudad y ya U. puede figurarse la aflicción en que he encontrado a mi familia. Ya a esta fecha mi mamá está algo consolada y respirando el aire del campo en una quinta fuera de la ciudad que un amigo nuestro ha tenido la bondad de franquearnos; esperamos que el tiempo y los cuidados de todos sus hijos y de sus innumerables amigas la harán al fin conformarse con la triste suerte que le ha tocado.

Ahora es que he venido a conocer lo mucho que querían a mi papá en Venezuela; su muerte ha sido un duelo en toda la República,

---

(*) Doña Teresa y los hijos de ésta a quienes alude en carta de París y que vivían con Doña Dolores. Melo parece que celebró matrimonio en México en vida de su primera esposa.

pues todos los partidos lo tenían previsto para Presidente en el próximo período; todos han quedado ahora desconsolados y sin saber en quién fijarse para candidato. Nuestra familia ha recibido y recibe todos los días tantas atenciones y tantas pruebas de simpatía de todo el mundo, que estamos sin saber cómo manifestarles nuestro agradecimiento. Todo Caracas, desde el Presidente de la República, Ministros, Gobernador, Arzobispo, comerciantes, artesanos y hasta los hombres más insignificantes están interesados en nuestra suerte. Han hecho una suscripción nacional para recibir los restos de mi papá y hacerles honores tan suntuosos como los del Libertador; han formado una sociedad con ramificaciones en todas las provincias para que de todas ellas vengan representantes al próximo Congreso pidiendo una pensión para mi mamá y un Decreto de honores a la memoria de mi papá. En fin, esta gente está haciendo por mi papá lo que hasta ahora ninguna República americana ha hecho por ningún hombre. Venezuela les va a dar el ejemplo de que sabe apreciar y recompensar los servicios de sus hijos.

Yo he vuelto a ocupar mi destino en la Secretaría de Guerra y pronto creo que me emplearán en la de Relaciones Exteriores, en donde podré prestar mis útiles servicios con más provecho para el Gobierno y para mí*.

Hoy estamos esperando el paquete que salió de Southampton el 2 y dentro de 6 u 8 días esperamos la barca francesa "Nancy" que trae los restos de mi papá.

No tengo hoy tiempo para más, dentro de pocos días escribiré a U. muy largo. Mil abrazos a Enrique, Manuelita, Elisa, Antonio y demás familia. Reciban todos U.U. muchas memorias de mi mamá, Teresita y todos nosotros; saludo también a Escollón, Cordovez, y demás amigos y me repito de U. affmo. y agradecido sobrino,

---

(*) Fue una verdadera lástima que no se hubiese realizado el propósito de trasladar al servicio exterior a quien tenía más vocación para las disciplinas de las letras que para las agrias y estériles de la milicia.

No sería malo que reimprimieran en la N. Granada los artículos que sobre mi papá publicó "El Liberal" N° 566 que envié a U. por el correo pasado*.

(*) Estas tres últimas cartas se conservan originales en la biblioteca de la "Quinta Bolívar". en Bogotá y las ha publicado por vez primera el historiador Arbeláez Urdaneta en su "Biografía del general Rafael Urdaneta".—Maracaibo.—Imprenta del Estado Zulia.—1945".

FAMILIA Y SERVICIOS DE URDANETA
(1845-1858)

IV

Grados y servicios anteriores a 1858

1845.— Jefe de Sección en la Secretaría de Guerra.

1846.— (27 de noviembre).—Teniente de reserva.

1847.— Enero. Pasa de la Secretaría de Guerra a desempeñar una comisión en la de lo Interior.

1848.— Con el grado de Capitán de Infantería es designado en marzo Edecán Secretario del Presidente en campaña y hace con éste la campaña del Llano y Occidente durante diez meses.

1849.— Jefe de la Sección 3ª de la Secretaría de Guerra y Edecán del General Santiago Mariño en la campaña de Oriente.

1853.— 2º Comandante de Infantería y Oficial Mayor interino de la Secretaría de Guerra.

1855.— Secretario interino de Guerra por ausencia del General José Laurencio Silva.

1857.— Se separa de la Oficialía Mayor para concurrir al Congreso Nacional como diputado por la Provincia de Maracaibo.

1858.— Subsecretario de Guerra y Jefe de Estado Mayor de las fuerzas que al mando del General Carlos Luis Castelli se situaron en La Victoria para resistir a Julián Castro, hasta la renuncia de Monagas.

Matrimonio y familia de Urdaneta

"En nueve de junio de mil ochocientos cincuenta y un años; yo el Cura Rector en propiedad de esta parroquia de Ntra. Sra. de Altagracia de Caracas habiendo precedido el escrutinio de voluntades, examen de la Doctrina Cristiana y más principales misterios de nuestra santa fe, dispensadas las tres canónicas moniciones que dispone el Santo Concilio de Trento por el Sr. Prov. Vic. Captlr. Gobernador del Arzobispado Dr. Juan Antonio Hernández Monagas, cuyo documento reposa en el Archivo a mi cargo, confesados y comulgados y sin necesidad de licencias; presencié el matrimonio que por palabras de presente *et facie eclesiae* celebraron los señores Rafael Urdaneta natural de Bogotá hijo legítimo del General Rafael Urdaneta ya difunto y Dolores Vargas, con Merced de la Plaza, hija legítima de Ramón de la Plaza y Merced Manrique de esta feligresía; fueron testigos de este acto los Sres. Ramón de la Plaza y Dolores Vargas: inmediatamente recibieron las bendiciones nupciales siendo testigos el referido señor Plaza y la señora Merced Manrique y entre otros Zoilo Rodríguez de que certifico.—(f) José Ignacio Eleyzalde".

De esta unión nacieron:

1º.—Rafael, el 16 de mayo de 1855, muerto en la infancia;

2º.—Rodolfo, el 29 de febrero de 1858, que murió soltero en 1904; y,

3º.—Mercedes, el 12 de abril de 1859, casada con su primo hermano Don Pedro González y Plaza, y quien, sin sucesión, falleció en Caracas el año de 1937.

CARTAS DE AMIGOS DE URDANETA

V

Monsieur R. Urdaneta

Amigo: como no lo veo a la hora que le indiqué ayer, supongo que usted recibió mi carta en retardo, es decir, cuando ya era pasada tal vez, la hora dicha.

Todavia es tiempo; el entierro no se hará hasta las dos de la tarde: hágame el favor de venir a esa hora. Iremos al camposanto y después comeremos juntos. Mañana espero que pasemos algún rato más agradable que el del domingo pasado, calle Angoulema Nº 8. Mis males han casi enteramente desaparecido y yo espero, con todo el poder del deseo, que no tan pronto tendrá usted, que hacerme meter en el bocoy de aguardiente.

De todos modos, suyo

Guillº Michelena

No me atrevo a convidar al amigo Mauri porque temo desagradarlo; pero si es que este temor es infundado, dígale que, acompañándome a honrar los restos de un americano, honrará una de las más vivas súplicas que yo me permita hacerle. Ese pobre joven, honró el nombre de americano con sus excelentes cualidades y con su laboriosidad. Como el buen médico, murió sobre el muerto. Espero que ustedes no permitan que desaparezca enteramente de este mundo en que nos fue compañero sin honrar en sus restos, sus

virtudes y el nombre americano. Los conozco; ustedes son buenos amigos míos y de la tierra que les dio ser. Los espero.

Suyo,

G. M.

Monsieur Rafael Urdaneta
Rue d' Angoulema, 6.—París. (*)

Londres, 4 de junio de 1843

Señor Rafael Urdaneta

Mi amigo: Ayer no pude ir personalmente a casa de Miranda, como ofrecí a U., por habérmelo impedido una visita, pero, en cambio, le escribí pidiéndole las cartas que tuviese para U. y me ha contestado lo que U. verá en la esquela que le incluyo.

El paquete ha llegado antes de ayer; parece que ha habido una disminución en las rentas debido a causas que yo estimo transitorias; los bancos se hacen una guerra de muerte que ha puesto en alarma a los agricultores del Tuy, pero en medio de todo, el país está tranquilo y el orden legal se observa bastante bien.

Se ha concluido un tratado de paz, amistad, navegación y comercio con la Francia; yo le celebro y me alegraría que me encargaran del canje de las ratificaciones.

Yo había pensado ir unos días a París, pero estoy casi resuelto a esperar aquí la llegada del próximo paquete para saber qué han resuelto las Cámaras en las últimas sesiones. Sí diré a U. que ha

---

(*) No hemos logrado conocer el nombre del médico fallecido.

pasado en la discusión del presupuesto la partida correspondiente a la legación, aunque Vargas parece haberse mostrado opuesto. Yo pienso que él desea mi regreso.

Si a U. le dicen algo importante, comuníquemelo, y cuente con la reciprocidad.

Por último paquete escribí a Caracas insistiendo en mi nombramiento cerca del Gobierno francés. Veremos el resultado.

Ha fallecido la mujer de Ramón Díaz, y Josefita Montilla quedaba gravemente enferma; otras muertes ha habido de personas menos notables.

Memorias al señor Pavio, a Enrique y a Michelena, y reciba U. un abrazo de su afectísimo,

J. M. de Cajigal

Señor Rafael Urdaneta

Génova, febrero de 1844

Mi querido amigo:

Desde antenoche me tiene U. aquí, por no haber encontrado buque de vapor para Liorna o Civita-Vechia; y como aseguran que no lo habrá antes del jueves, ha determinado seguir por tierra hasta Roma, pasando por Luca o Florencia. El camino de Niza a Génova me pareció sumamente peligroso, aunque los que están acostumbrados a él aseguran que no hay tal. Casi todo este camino es, como el nombre que lleva, una verdadera *corniza* que corona enormes precipicios a cuyo pie bate el mar en unos lugares, y en otros se ve sólo un profundo abismo. Le aseguro que sólo por una gran necesidad volvería a pasar por el tal camino; y aconsejo a mis

amigos que eviten esta ruta, en que el descuido de un postillón, la caída de un caballo o la rotura de una rueda del carruaje precipitarían al viajero en un abismo de miles de pies de hondura. Casi me he alegrado de no haber encontrado buque de vapor aquí porque el tiempo ha estado malo, principalmente de noche, y es probable que el viento tan fuerte como lo es en tierra, haya causado o cause algún temporal en las costas. Yendo por tierra no tengo más inconvenientes que la molestia que ocasiona el carruaje y alguna dilación, pero esto se compensa con la seguridad del elemento que nos es propio.

Algo he visto de Génova. Tiene muchos y hermosos palacios, lujosas iglesias, y un magnífico teatro donde estuve anoche. El canto me pareció bastante malo.

Le molesto con la adjunta para La Guaira para el paquete del 2; pero que U. me hará el favor de poner en el correo anticipadamente. Espero que no deje de hacer uso de los pocos francos que dejé en casa de Thirión, que como dije a U., no necesito hasta abril. De ellos no tengo que entregar por lo pronto más que 4 ó 500 a Hupenet a cuenta de la bomba grande, cuando esté adelantada y los exija.

No se olvide de comunicarme cualquier noticia de nuestra tierra, que tanto nos interesa, ni olvide a Perreymond. A éste y a Mr. Berthelot y su señora mil recuerdos amistosos, así como al amigo Michelena, y demás que se acuerden de mí.

En tanto que tengo el gusto de ver a U., me repito el mismo afectuoso amigo y servidor.

Guillermo Espino

Monsieur Rafael Urdaneta.—Hotel d'Anglaterre. Rue des Filles Saint Thomas.—París.

Señor Rafael Urdaneta

Roma, febrero 30 de 1844

Mi querido y estimado amigo: en días pasados recibí su favorecida del 8, en que me incluía una carta del señor Fortique, que no contesté inmediatamente aguardando la llegada de la que me anunciaba U. como portadora de las cartas de recomendación ofrecidas por el coronel Armandi. Ayer tuve el gusto de leer la que tuvo U. la bondad de dirigirme con fecha del 19 conteniendo muchas e interesantes noticias. Veo que se ha extraviado o se retarda por lo menos, la del 13 que aún no ha llegado a mi poder: así como tampoco he recibido las cartas del paquete, que a la verdad no sé si desee o no, por las malas noticias de familia que temo me comuniquen. Hoy es día de correo, y ocurriré a ver si me vienen, lo mismo que la de U. del 13 u otra.

Se equivocó U. mi amigo, cuando supuso que no alcanzaría yo el Carnaval en Roma, y que lo pasaría en Florencia. Sí señor, lo alcancé y bien alcanzado; eso sí, tuve que marchar en regla y siempre por tierra que es mayor gracia; porque temí el mal tiempo que se observaba generalmente todas las noches en el mar. Mi ruta fue de Génova a Pietra-Santa, de aquí por Massa-Carrara a Luca, y de esta a Florencia, donde sólo me detuve dos horas, habiendo tenido la fortuna (fundada en la desgracia de otro) de encontrar un asiento de los tres que sólo tiene el Correo de Roma, que por supuesto estaban tomados; pero aunque yo lo sabía, como recordase aquello de que "la diligencia es madre de la buena ventura", me fui inmediatamente después de mi llegada a la oficina del Correo, e informándome sobre el particular se me dijo que aunque los tres puestos estaban tomados, uno de los pasajeros acababa de enviar recado que se había enfermado, y que no podía hacer el viaje. Sin esto no me habría contentado con el Carnaval de Florencia, que no es muy afamado, o hubiera tenido que pagar un dineral por un carruaje particular que marchase en posta, y no como los ordinarios, que gastan casi 5 días en el camino. Convenga pues en que su cálculo de mi quedada en Florencia era fundado. Llegué a Roma el

sábado por la mañana del 17: de modo que gocé de las fiestas de este día y de las del lunes y martes (no las hay el domingo). Me agradaron mucho, y creo que valen la pena del viaje para los que sean curiosos y estén desocupados. No en balde se encuentran aquí en estos días millares de extranjeros, aunque en verdad no creo que sea sólo el carnaval lo que los atrae, sino el buen clima que comparado con el suyo en el invierno, es celestial, aunque inferior al caraqueño. U. sabe cuáles son las diversiones de aquellos días. Juegan el Carnaval arrojándose hombres y mujeres mutuamente ramilletes de flores, haciéndolo con mucha suavidad, y diestramente tanto al enviarlos como al recibirlos. La Vía del Corso está materialmente obstruida con un gentío inmenso, y centenares de carruajes cargados de alegres jugadores tanto hombres como señoras, disfraces y enmascarados muchos que recorren lentamente las calles por impedir el gentío hacerlo más ligero. Las casas bien adornadas en sus frentes, parecen amenazar ruina por la multitud de personas, principalmente señoras, que ocupan los balcones y ventanas. En ellos como en los coches se ven muchas hermosas caras y muy interesantes fisonomías: el tipo de éstas se acerca mucho al de las caraqueñas, y esta circunstancia debe tener mucho atractivo para los venezolanos.

Por las tardes cerca del oscurecer hay las corridas de caballos libres, es decir sin jinetes; lo que da fin a las fiestas del día, siguiendo las de la noche, que son funciones de teatro, bailes de máscara, y otras diversiones. El martes después del juego de los ramilletes y confetis, que también se usan particularmente por los extranjeros, entre los que se distinguen los ingleses, y acabada la corrida de caballos, empieza el juego de los *moccoleti*, que son pequeñas y delgadas velas de cera con que están provistos todos los jugadores de uno y otro sexo, y con que iluminan también los balcones, ventanas y puertas: entonces se renueva el ataque con los ramilletes que se arrojan unos a otros con el fin de apagar las lucecitas. En éste como en el otro juego son muy diestros y certeros en su puntería, así como en defender su *moccolo*, el que apagado causa gran contento al apagador así como sentimiento al que lo tiene. También emplean los pañuelos para apagar las luces lo mismo que cañas con lienzos a sus

extremos; y todo este continuado ejercicio va acompañado del incesante clamoreo de "sensa moccolo", con que se saludan unos a otros en el ataque. La Vía presenta entonces una interesante perspectiva, apareciendo como incendiada, tal es la innumerable cantidad de *moccoleti*, que tienen la ventaja además de iluminar millares de bonitas caras femeniles, con su correspondiente número de feas, por supuesto. En fin, aunque no tomé parte activa en los juegos me divertí bastante, y permanecía muchas horas en el Corso de simple espectador, unas veces inmoble, otras recorriendo la *vía*.

Vamos a lo que me interesa, a lo de Caracas y Venezuela. Creo como U. que el Sr. Urbaneja será el Vicepresidente, porque muchos de los que lo han contrariado en la Presidencia, me parece que lo sostendrán en la lucha eleccionaria de este año, que no pienso sea reñida, por lo menos, en la cuestión de la Vicepresidencia.

El proyecto del Sr. Aranda de que U. me habla, aunque no lo conocemos en sus pormenores, me parece irrealizable por lo que veo de sus bases. ¿Cómo el Banco Nacional puede comprometerse a pagar por los agricultores 5 millones de pesos que le serán integrados en 20 años? Ni el Banco consentirá, ni el Congreso aprobará semejante medida; porque la considero también injusta, teniendo el mismo derecho a la protección nacional toda clase de ciudadanos, que como aquéllos estén en dificultades: y el artesano, el comerciante y todo industrial reclamaría con sobrada razón que se atendiese a sus necesidades, que en todas profesiones las hay. En fin, no podemos juzgar del proyecto hasta que no veamos desenvuelto el plan. El Sr. Aranda es hombre de talento y luces, y no es de creer que proponga una medida extravagante para aliviar la agricultura.

Siento que U. se haya molestado tanto solicitando las cartas ofrecidas por el coronel Armandi, que si las ha dado al fin, ya me serán inútiles porque pronto seguiré para Nápoles, tal vez dentro de 8 ó 10 días, para regresar a ver la Semana Santa aquí. Cuando me escriba, que sea a Nápoles, Posta Restante, contando que sólo estaré allí hasta el 28 ó 30 del entrante marzo, y hasta el 6 ó 7 de abril en

Roma. Después no sé la dirección que tomaré, si por el Mediterráneo para Francia, o por Austria a Hamburgo: esto último es lo más probable. Cuando se acerque el tiempo de determinarme, le avisaré.

Mucho me alegro que U. esté viviendo con el Sr. Berthelót: me parece que ha hecho U. perfectamente. Estará muy bien alojado; en amable é instructiva sociedad y contando con personas que se interesen por U. en caso de una enfermedad.

Doy a U. pues, la enhorabuena, por esta buena idea, que creo le producirá muchas ventajas; porque el Sr. Berthelot es muy comunicativo y su conversación muy interesante e instructiva. Espero que U. tenga la bondad de saludarle afectuosamente de mi parte, así como a su amable esposa. Dígale como seguí su itinerario hasta Génova, de que quedé muy agradado, sólo que la interesante Corniza me causó algún temorcillo particularmente durante la noche, porque a los que no estamos acostumbrados a esta clase de caminos, nos parecen muy peligrosos.

No me gustan las dilaciones de Perreymond. Si deseaba extender el trabajo, esto no impedía que hubiese publicado lo ya escrito. Parece que desea ser rogado e instado. No veo por qué no pueda enviarme su periódico a Roma cuando aquí se reciben muchísimos de Francia, Inglaterra y otros lugares. Si salen algunos números, con los artículos de Venezuela y U. puede enviármelos a Nápoles o aquí según mi itinerario, no deje de mandarme un ejemplar de cada uno. La satisfacción que U. experimentará, y la idea de que puede U. contribuir al bien de nuestra cara patria le compensarán las horas de trabajo que ha empleado para suministrar a Perreymond los datos de que me habla y en lo demás hecho y que hará.

Está bien lo de los balcones, botas, lotería, Mr. Mixio y Buen Jardinero. Creo que efectivamente di al librero sólo 10 francos, debiéndole por consiguiente la diferencia, y el costo de empastadura de un ejemplar. Me alegro que haya consentido en el cambio de tono por el periódico agrícola.

No es necesario que se moleste U. tanto con Hupenet. Con tal que despache pronto la primera bomba de bronce, para que el Sr. Thirión la envíe en el primer buque para la Guaira estoy conforme. La grande no me urge, y basta que esté lista para fin de abril, en que pueda yo probarla para poder pagarle el resto de su importe, si ha recibido una parte o el todo, si no ha tomado nada a cuenta.

La bomba de bronce debe probarse también antes de embarcarla, aunque no dudo que, como pequeña, no tendrá defectos, pero no tengo la misma confianza en la grande, que es la primera que hace este mecánico.

No deje U. de hacer conocimiento y tratar lo más que pueda a Mr. Moll, a quien puede hablar en el Conservatorio mismo, cuando no en su casa. Tóquele varios puntos sobre agricultura, y apunte cuanto crea interesante, particularmente lo que tenga relación con los países tropicales. Convendría mucho imponerse de sus medios de existencia en Francia, para calcular si se le puede hacer alguna indicación sobre su establecimiento en Caracas, para cultivar un campo bien situado y cercano, proporcionándole los medios y avances necesarios, y dándole parte en las utilidades. Me ocurre que yo podría hacer un negocio semejante de que sacaría utilidad, y el país también: y como nada se arriesga sondeando el hombre, en caso que su posición no sea muy brillante en París, y sin comprometerse uno, le recomiendo este trabajo. Infórmese con él de donde está situada la Férme de que hablé a U. y cuyo nombre al fin he recordado, la Férme d'Aubitín, que según una obra que tengo en Caracas es la composición más bella en su género, uniendo la hermosura al provecho.

Celebro que U. se divierta bastante, y que se cuide mucho, aunque la prudencia que le es característica hace inútil tal encargo de los amigos que le aprecian.

Mil cosas al amigo Michelena: dígale que cuento con su cooperación en cualquier trabajo en favor de Venezuela, aunque sea sobre cosas materiales y positivas. Creo que continuará visitando a menudo a

nuestros amigos Decazes y Luis Felipe, quienes hace dias no me escriben. Le encargo mil cariños afectuosos para ambos chicos.

Mis recuerdos amistosos al Sr. Thirión con mis respetos a su señora, significándoles mis deseos porque continúen gozando de perfecta salud y todo género de prosperidades.

Mucho he visto ya de Roma, tanto de ruinas admirables, como templos y edificios modernos en nada inferiores a lo que fueron aquellas. Lo mismo digo de las estatuas y pinturas y otras curiosidades de que ya me voy cansando, y por lo tanto pensando ya en visitar Pompeya y el Herculano.

Ayer tomé maestro de italiano, aunque pocas lecciones podrá ya darme. Su pronunciación difiere algo de la del Dr. Guitera, el de París; y ambos aseguran que la suya es la verdadera y pura del italiano. No sé a qué atenerme porque el de aquí (el maestro) dicen que es muy bueno. De noche no tengo en qué emplearme: leo un rato los periódicos en un gabinete de lectura a que estoy abonado, y me recojo temprano para leer algo más sobre agricultura.

Por su ceremoniosa disculpa sobre borrones, me obliga U. a usarla también para las enmendaturas numerosas de mi carta; pero es mejor que nos absolvamos de ahora para siempre, y que no atendamos sino a nuestra mutua voluntad y amistosa correspondencia.

La adjunta para La Guaira, y dispense también tantas bromas como le da el amigo que le distingue y aprecia de veras, y es su muy afecto servidor.

*Guillermo Espino**.

(*) Don Guillermo Espino, de Caracas, fue un gran caballero que llegó a nonagenario. Hombre progresista y amante de la agricultura, fomentó las tierras de Valle Abajo, donde su nombre se perpetúa en la Acequia Espino, tomada de la orilla derecha del Guaire y que, faldeando el cerro, atraviesa por lo alto del Portachuelo. Durante muchos años fue encanto de Caracas la laguna que construyó en los alrededores de su finca, en la cual hizo notables experiencias agrícolas.

P. D.—Los portes de mis cartas deben ser elevados por su volumen. Pelearemos si U. intenta pagar algo por mí. *Mientras más amistad más claridad.* Otra: acabo de recibir la de U. incluyéndome la de Fortique, que como pesada me costó fuerte y medio. No tengo tiempo de contestarla porque se va el correo. Adiós. Nada de cartas por el paquete.

Monsieur Rafael Urdaneta.—Hotel d'Anglaterre, Rue de Filles de Saint Thomas.—París.

Caracas, 1º de mayo de 1844

Señor Rafael Urdaneta

Mi apreciado amigo:

Con mucho gusto leí la apreciable de U., fecha 30 de marzo, así por ser suya como por los recuerdos que contienen de algunas personas que estimo.

Celebro que viva con el célebre Mr. Blanqui, no tanto por su buena mesa y surtida cava, cuanto por las buenas relaciones que U. puede adquirir en su casa; el señor Blanqui puede serle a U. muy útil en sus estudios, encaminándole por una buena senda. Reciba pues mis sinceras enhorabuenas.

Lejos de causarme pena la noticia que U. me da del casamiento de Mlle. Ancelot me ha proporcionado un verdadero placer. Como amigo Me. (Madame) Ancelot y apreciador del distinguido mérito de su hija, no puede menos de complacerme cuanto les acaezca de próspero. Usted no me dice el nombre del afortunado, pero la indicación de que ha defendido a Me. Lafarge me hace sospechar que sea Mr. Lachand que, según entiendo, empezaba a visitar la casa cuando yo salí de París. Dios les conceda una larga y masculina sucesión.

Deme, por su vida, noticias más nuevas de París! No sabe U. y todo el mundo que Mlle. Rachel ha más de un siglo va a todas partes de brazo con Walenski y que poco les falta para vivir maritalmente? Respecto a las otras divinidades de las tablas que U. cita, no conozco sino a Mlle. Page, y en verdad que me agradaba su persona y un tanto cuanto a su juego escénico.

Hágame el favor de hacer en mi nombre las siguientes visitas: a la familia de Villamil, a Gavio, a Rosales y a Martínez de la Rosa y de darle memorias a Berthelot y a Michelena. Si viese a Tourveil dígales que se tenga la bondad de presentarle mis respetos a Me. Ancelot y a su hija.

Estudie mucho, sáquele a Mr. Blanqui cuanto sepa y trágueselo; no caiga en la tentación de seguir en punto a filosofía las huellas de Tourveil; escriba de cuando en cuando a sus amigos y entienda que ninguno lo es más de U. que su afectísimo,

J. M. Cajigal

(Traducción)

Mi querido Urdaneta:

Puesto que habéis tenido la bondad de ofrecerme de encargaros de mis pequeños encargos, me tomo la libertad de rogaros que me compréis un balón como el que tanto nos ha calentado ya, pero más grande y, a ser posible, más sólido. Me lo traeréis el domingo, si podéis venir. Mi madre os escribirá unas letras entre semana para deciros qué día os espera.

Seligmann le debe carta y, como suponemos que vendréis juntos, se guiará por su carta. Haremos todo lo posible para que no os aburráis demasiado.

Adiós, mil saludos a Seligmann; cuando lo veáis, decidle que espero que merecerá quitàrse el nombre de Werther.

Mi padre marchó esta misma mañana para Auvernia y no vuelve hasta fin de mes para la famosa fiesta.

Hasta el domingo, espero.

Todo vuestro,

Arturo Blanqui

Aunay, 19 de agosto, 1844

Señor R. G. Urdaneta

Londres, septiembre 17—1844

Mi muy querido amigo: extrañará usted que esté aún aquí; pero la culpa la ha tenido el paquete que se antojó no llegar hasta antier; y con tan poca correspondencia para mí que casi no he sabido más que de mi familia. Por otras personas y sobre todo por un señor Seijas comerciante de La Guaira venido por vía de los Estados Unidos, sé que las cosas no marchan muy bien en nuestra tierra, aunque es verdad que no se teme ya una revolución a mano armada por la actividad y aun firmeza que desplegaba el gobierno, pero sí es de temerse una revolución legal, es decir, que mucha gente mala entre al Congreso y haga disparates. Las elecciones de las parroquias de Caracas las ganó el partido de Guzmán, y aunque había esperanzas de que en las foráneas no sucediese lo mismo no es cosa que se puede asegurar. Pero aún suponiendo que por efecto de las votaciones de éstas se sacasen los electores del partido que sostiene el orden, el efecto moral de la pérdida en las de la capital será de mucha trascendencia y dará armas a los descontentos para seguir su sistema de desmoralización y subversión de todo principio. No me

gusta nada el estado de la tierra, ni sé qué medidas puedan mejorarlo, ni el resultado de un estado de cosas tan violento tanto en lo político como en lo material respecto de las fortunas de muchos individuos. Usted sabrá que Escudero y su hijo político Paz Castillo están presos en la cárcel de Caracas, y se les sigue causa como conspiradores, según dicen. Pero usted tendrá noticias más detalladas, que espero me comunique, aunque no sean tan frescas como las que le doy de la pérdida de las elecciones en el casco de Caracas. (No recordaba que me dio la noticia de la prisión de Escudero).

Si no le sirve de molestia escríbame a Ginebra donde estaré hasta el 28 del presente. Después de esta fecha, no tengo lugar seguro, pero aguardaré en Munich cartas hasta el 15 de octubre: en Viena hasta el 25: en Berlín hasta el 10 de noviembre y en Hamburgo hasta el 20 del mismo. De manera que si usted me escribe debe calcular el tiempo que gasten las cartas a fin de que me llegue antes que yo deje los lugares indicados, siendo mejor que las cartas aguarden por mí, que yo por ellas. Dígame en primera ocasión si usted permanecerá en París, o si lleva a cabo un viaje a Inglaterra u otro país, para yo dirigirle las mías y tal vez, algunas para Caracas.

La apreciable de usted, de 14 de agosto no la recibí sino el 6 de presente en que regresé de mi paseo por Escocia, Irlanda, etc. Este lo hice muy de carrera, y aún así se me ha hecho muy tarde para el de la Suiza donde poco tendré que ver de bellezas naturales por lo adelantado de la estación.

Celebro que se haya divertido usted mucho en el campo con Mr. Blanqui y su familia. Supongo que volvería usted al baile de este mes para que fue convidado.

Recibí las dos cartas que usted, me envió aunque no interesantes, no estaban bien rodando y me alegro hayan venido a mi poder. Le doy las gracias.

Esta tarde me voy a Dover, y mañana sigo para Ostende. Pronto espero estar en Suiza.

Dígame si continúa en cas de Mr. Berthelot o si se muda otra parte. Mis recursos amistosos a este amigo y su señora. También a Michelena, París, Moure, Martínez y demás amigos. Y usted, crea que le quiere y estima de veras su afecto amigo.

Guillermo Espino

Mr. Rafael G. Urdaneta.—Rue de Petit Augustin, Nº 24.—Paris.

Madrid hoy, 20 ocbre. 1844

Mi querido amigo:

Acabo de leer la grata de U. fha. 14 corriente por la que veo ha recibido la mía que se apresuró a escribirme, por lo que le doy infinitas gracias.

Celebro infinito la decisión que tiene U. de venir a fines de enero a conocer esta antigua metrópoli; pero si quiere emprender viaje a Italia a principios de febrero, véngase antes a Madrid pues hay mucho que ver, y mejor será emprender aún el viaje por marzo. De todos modos yo me propongo acompañarle a U.

Consérvese U. bueno y crea le quiere de corazón su adicto amigo y paisano q. s. m. b.

J. Heriberto García de Quevedo.*

(*) El ilustre poeta nativo de coro, amigo íntimo de Isabel II, falleció en París en 1870 a causa de una herida en las luchas de la Comuna.

Sr. Rafael G. Urdaneta

Munich, noviembre 10 de 1844

Mi querido y apreciado amigo:

En Constanza tuve el gusto de recibir su cartica de 14 de octubre, y por ella veo con gusto que U. continuase con salud ˆ divirtiéndose bien, sobre todo en compañía de la familia de Mr. Blanqui: que todo sea para honra y gloria del Señor, como dice nuestro Dn. Alejo. Yo no he tenido el gusto de ver a Fontainebleau sino pasando por él y en invierno: era uno de los lugares que deseaba visitar; pero es imposible verlo todo cuando uno está tasado en su tiempo.

Las noticias que U. me da de Caracas son bien tristes, el estado del país es desanimante: sólo tengo esperanzas en la buena suerte que hasta el presente nos ha sacado en bien de lances bastante apurados, y que parecía no tendrían un desenlace favorable. Le agradezco tanto más su carta cuanto que son aún las únicas noticias que tengo de Caracas, no habiendo encontrado aquí, como lo esperaba, mis cartas. Supongo que están en Viena.

He pasado una semana aquí, y estoy muy contento en Munich; que es bellísima ciudad y en progreso. Puede llamarse la segunda Roma en cuanto a producciones de las bellas artes. Los edificios modernos son magníficos; los monumentos de mucho gusto, las habitaciones de particulares hermosas, y todo aumenta diariamente. Las galerías de pintura y escultura son ricas en sus colecciones, y respecto de los edificios que las contienen, diré que me parecen los más lujosos y bien dispuestos que haya visto hasta ahora. La galería o corredor del frente, de la de pinturas es más elegante y lujosa que la del Vaticano; pues si bien los frescos que aquella posee son de Rafael, han sufrido mucho por el tiempo y la acción del aire, y los de ésta están brillantes y garantidos por vidrieras. Por otra parte, la situación de estos edificios es la más conveniente para su objeto, y los deja ver en toda su perfección.

Tuve una sorpresa agradable al visitar una fundición de estatuas, pues encontré que la de Bolívar, para Bolivia, acababa de ser ejecutada en bronce por un modelo de Tenerani. No pude menos de darle un abrazo, aunque U. sabe que aunque admirador, no fui gran amigo de nuestro héroe. Diga esto a Michelena para que vea que me convierto*.

Estoy en cuenta de que U. piensa permanecer en París y que vivirá con la *familia de Mr. Blanqui* (no se ponga colorado) es natural gustar de lo bueno, y aunque U. no me diga nada, supongo que lo hay. En fin, en serio, U. está siempre en lugares que le convienen y que le hacen honor, contribuyendo a su instrucción.

Hasta nuestra vista en diciembre se despide de U. su amigo afectuoso y apreciador.

G. Espino

La adjunta para La Guaira. Dispense. Mis recuerdos a todos los amigos. Muchas cosas a Gutiérrez.

Mr. Rafael G. Urdaneta.—22 Rue St. Pierre Popincour. Boulevard des filles du Calvarie.—Paris.

Señor Rafael G. Urdaneta

Berlín, diciembre 9/844

Mi querido amigo:

Todavía me tiene U. por estas honduras cuando debiera estar ya en París; y no es lo peor esto, sino que por haberme dilatado tanto,

---

(*) En la fundición de J. Millien fue fundida la estatua donada por el Sr. París a Bogotá.

quizás tengo que irme directamente a Inglaterra, donde probablemente estaré un mes antes de pasar a esa capital. Estas no son más que suposiciones, puesto que mi ida a uno u otro lugar depende enteramente de lo que me digan las cartas de Caracas del último paquete, que cuento recibir en Hamburgo del 12 al 15. Allí supongo también encontrar las del paquete anterior, que contra mis esperanzas no hallé aquí, seguramente por no haber recibido Fortique mi carta donde le encargaba dirigirlas a Berlín. Considere, pues, cómo estaré de ignorante de noticias de Caracas, y cuál no será mi inquietud no teniendo razón de la tierra, más tarde que septiembre 4. Temo también algún extravío de las cartas que remití a U. para el paquete del 2 del presente; pues como en la mía le decía que dos letricas suyas me serían muy agradables y que podían alcanzarme en Berlín (no sé si estoy equivocado en lo que digo) y como debía haber llegado a su poder el 28 pasado, dudo que así haya sucedido porque no he recibido la cartica que le pedía.

Ya estoy casi al terminar mi caravana, pues de aquí me planto en Hamburgo dentro de dos o tres días: allí pasaré 4 ó 5 días, dos o tres más en Bremen, y de allí sin detenerme en los lugares intermedios iré a esa o a Londres, según el contenido de las cartas que reciba, como dejo dicho.

Mi amigo, en viajes de recreo no se puede formar cálculo alguno sobre su duración; porque si uno tiene la intención de visitar una docena de ciudades por ejemplo, le sucede, sin saber cómo, que visita cincuenta. Esto me ha sucedido particularmente en esta mi última correría, así es que ganaré un mes o mes y medio más del tiempo que me propuse al salir de Inglaterra. Mucho me ha gustado la parte de Alemania que he visto, y bastantes curiosidades y obras de bellas artes he encontrado que no esperaba, tales por ejemplo son los magníficos edificios en casi todas las capitales de una exquisita arquitectura muchos de ellos, y abundantísimos sobre todo en Berlín, donde en proporción de la población se puede augurar que son más numerosos que en cualquier otra ciudad de Europa. He visto también riquísimos y bien ordenados Museos, galerías de pinturas tan buenas como en Italia, música como en ninguna parte,

excelentes teatros, tesoros en joyas reales sin igual: en fin, vale más la Alemania de lo que yo me figuraba.

Después que salí de Viena he visitado a Praga, Dresde, Leipzig y Potsdam fuera de otras ciudades que he visto de paso. Dresde no me gustó por lo que hace a sus edificios, que ninguno fuera del teatro es notable; pero en galería de pinturas es de primer orden, y la orquesta del teatro la mejor que he oído. Leipzig es bonita y próspera: se fabrican muchas hermosas casas de muy buena arquitectura. A Potsdam la llaman el Versalles de la Prusia, pero es más hermosa ciudad que la francesa, aunque triste y despoblada cuando la Corte no está allí. Hasta las casas de particulares tienen el aire de palacios pequeños, todas de mucho gusto arquitectónico. El palacio dentro de la ciudad aunque no grande es lindísimo. El famoso Sans Souci es pequeñísimo y no merece el nombre de tal; pero contiene curiosidades de Federico el Grande y de su amigo Voltaire. En el jardín reposan los *manes* de once perros y del caballo de aquel monarca: los sepulcros tienen sus lápidas en que están esculpidos los nombres de los difuntos, entre los cuales debía ser enterrado Federico, según lo dispuesto en su testamento que no se cumplió en esta parte. Pregúntele al amigo Michelena ¿qué le parece esta disposición del grande hombre, y se avendría (Federico) con aquellos sus amigos en el otro mundo? El cuarto de Voltaire curiosamente adornado con relieves y festones de flores en madera de trabajo exquisito e interesante por descubrirse en estos adornos el carácter picante y burlesco de Federico. Casi todos los relieves son de animales, por medio de los cuales quiso el monarca pintar alegóricamente el genio e inclinaciones dominantes de Voltaire; y como éste no consintiese en dejarse retratar, su amigo colocó en su lugar un mono, cuya malignidad es tanto más conocida cuanto que en un retrato de lápiz que él mismo hizo, aunque con la semejanza del filósofo, le dio también el aire de un mono. Cerca de Sans Soucí hay otro hermoso palacio del tiempo de Federico.

Estoy ya tan cansado de ver que por nada de este mundo emprendería viaje alguno con este objeto. Cuanto deseo es fijarme en una ciudad, y si posible es, encerrarme en mi casa o en la de

algún amigo y no hacer más que conversar, leer y estudiar: y de tarde en tarde ir al teatro. Tengo hambre de sociedad de amigos caraqueños y sobre todo, de las de mis predilectos como Don Rafael.

He olvidado hasta ahora un encargo con que debo molestarlo, porque si lo dejo para desempeñarlo yo temo que sea tarde. U. se acuerda del sombrero que me hicieron ahí para Fortique, sombrero de resorte o sea, de ópera. U. sabe lo que es, y donde lo tomé, cerca de mi hotel. Pues quedó muy grande de cabeza y lo estoy usando yo. Hágame el favor de mandar hacer otro igual en todo, menos en la medida de la cabeza, a la que debe quitársele *media* pulgada. Estuve fatal con los encargos de Fortique. Los guantes que me hicieron para él en la calle Castiglioni Nº 8, casa de Bovin, no fueron conformes los de color con el encargo escrito, ni con los que para mi uso me hicieron, que sí están conformes: es decir, que en los de Fortique en lugar de los de color pajizo, *paille*, o amarillo mahón, le pusieron unos morados de color muy feo. Fue muy singular que siendo igual el encargo de color para los de Fortique y los míos, estuviesen los últimos conformes y los de aquél equivocados. Necesito pues, que me mande a hacer en dicha casa 1 docena de los pajizos por la medida última de Fortique, (pues antes hubo una equivocada) y que encargue no confundan el color pajizo o sea, amarillo mahón o nanquis, con los blancos que siempre tienen un colorcito tirando a amarillo canario. Ambos encargos lo estimaré se los envíe a Fortique, por algún conocido: y si no se presenta, como se pueda. Dispense mi amigo tantas bromas como le doy.

Mis recuerdos amistosos a Michelena, Gutiérrez, Berthelot y Sra., Thirión y esposa, Sr. Montilla, Martínez, Moure, etc., y U. reciba todo el afecto que le profesa su amigo.

Espino

P. D.—La adjunta para Caracas. Tenga paciencia.

(Traducción)

Sr. Representante de Francia en Oriente

Mi querido señor:

Me tomo la libertad de recomendar a vuestra benevolencia al señor Urdaneta, hijo del Ministro de la Guerra de la República de Venezuela y antiguo alumno de la Escuela de Comercio, que va a Constantinopla a hacer conocimiento con Oriente. Es un joven muy distinguido, de costumbres sencillas y del más noble carácter. Os lo recomiendo con tanto más interés cuanto que he tenido ocasión de apreciarlo y que su padre es el huésped benévolo y solícito de todos los franceses que recorren el país. No os digo más; sois en este momento el representante de Francia en Oriente y sé que nada se os escapa de lo que pueda servir, directa o indirectamente, los intereses franceses. Guardad el mayor tiempo que podáis el puesto en donde estáis tan bien recibid la expresión de mis más afectuosos sentimientos

Blanqui

París, 2 de enero de 1845

(Traducción)

Mi querido Urdaneta:

Estoy muy retrasado con vos; pero llevé una vida tan terrible desde vuestra marcha, que me perdonaréis mi largo silencio en favor de mis largas tribulaciones. No sabéis lo que es una elección en un país constitucional, cuando se representa un principio atacado violentamente, como el de la libertad de comercio, por ejemplo, del cual soy el apóstol. Por fin, a pesar de las simpatías de la ciudad de Burdeos por esta noble causa, mi elección ha sido disputada y mi éxito fue

grande en proporción a los obstáculos que encontré. Os agradezco las felicitaciones que me dirigís a este respecto. Hubiérais hecho mejor de dirigirlas a mi mujer, que tenía más deseo que yo de la diputación y que estuvo tan encantada como de una victoria.

Vemos de tarde en tarde a vuestro excelente hermano, que tendríamos el gusto de tener en Aunay, si no hubiese pasado sus vacaciones haciendo excursiones útiles a sus estudios. Contamos con que vendrá este verano a ocupar vuestra habitación, a no ser que vengáis vos mismo a dar una vueltecita por Europa, lo que nos causaría una gran dicha. De paso veríais Aunay embellecido y agrandado de varias fanegas, la granja vecina comprada, derruida y emplazada por un hermoso jardín, y mil otras distracciones dignas de un aficionado como vos. Las viejas serán excluidas, como es natural.

Sois un perezoso bien grande por no habernos enviado aún la caja de granos que nos prometísteis. Vuestro hermano me enseñó algunas curiosidades botánicas, entre otras una vaina cubierta de una pelucilla gris muy curiosa. ¿Qué es esa vaina? ¿De qué temperatura proviene? ¿Cómo se llama? Mandad hacerme una caja de todos estos granos por un botánico del país, y nosotros le enviaremos otra caja llena de granos no menos interesantes para él. ¡Vamos hombre dormido, despertaos y poned vuestro continente en relaciones con el nuestro!

La paz continúa reinando por aquí, a pesar del mal humor causado a Inglaterra por la boda del Duque de Montpensier con la infanta española. Austria, Prusia y Rusia acaban de confiscar la pequeña República de Cracovia, a pesar de los tratados que garantizaban su existencia. Siempre los fuertes han aplastado a los débiles y los grandes se comen a los pequeños; pero al menos entre los zorros y las gallinas no hay ningún tratado hecho en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Esta pequeña glotonería política produjo una viva sensación; pero seguramente Francia e Inglaterra no turbarán la paz del mundo por la República de Cracovia.

Toda mi familia habla de vos a menudo y recuerda vuestras emociones cuando escuchábais al gran Seligmann, que se ha hecho muy alegre, muy voraz y ya no pone agua en el vino. Octavio sigue siendo muy amable; Arturo cursa derecho y la Bouguignoune sigue haciéndose pis en la cama, las otras dos hermanas son encantadoras y la madre aún más. Todos se unen a mí para saludaros y yo os reitero, mi querido Urdaneta, la seguridad de mi vieja amistad.

Blanqui

París, 20 de septiembre de 1846

Bogotá, 17 de julio de 1845

Señor general Rafael Urdaneta.*

Londres

Mi querido Rafael:

No sé cómo expresarte la suma satisfacción que he recibido viendo por tu apreciable de 20 de mayo que se te han proporcionado de una manera honrosa el medio de conseguir el más importante de los bienes que tanto te he deseado, como la salud, y de gozar diversas impresiones a cual más agradables, entre otras la de encontrarte con Rafael, utilizarte de sus conocimientos, y de participar con Luciano de todos estos goces. ¡Cuánto vas a celebrar haberme mandado a Rafael en tan buena ocasión y ¡cuánto más me complacerá que él contribuya a hacerte más grata y cómoda tu estada en Europa! Como te digo, yo no entraré a manifestarte la complacencia que he

---

(*) Aunque esta carta esté dirigida al viejo Urdaneta, hemos juzgado oportuna su incorporación en este pequeño epistolario amistoso por las gratas referencias que hace acerca de Urdaneta el joven.

experimentado con la interesante noticia que me das, porque es imponderable, y tú la graduarás por el conocimiento que debes tener de la estimación que siempre me has merecido y te conservo.

Me dice que a tu vuelta de La Guaira habías sufrido nuevos ataques y te confieso que ya no me fueron tan penosas estas noticias porque encontraba al mismo tiempo la que me inspiró una fecunda esperanza de que conseguirás tu curación y ensancharás el ánimo que no es poca felicidad. Lo que interesa, pues, y por lo cual te intereso mucho, es que atiendas con preferencia a tu reposición, y que me des noticias de ella con la frecuencia posible.

Hoy escribo a Rafael felicitándolo por este nuevo gusto que se le espera con tu llegada que va a ser el complemento de todos los que ha experimentado en su permanencia en diferentes partes de Europa, y a tí también se dirige la misma felicitación porque encontrarás en tu digno hijo un joven de provecho y de un juicio y discreción que pueden servir de modelo a otros de mayor edad y que cuentan más viajes sin la mitad del provecho que ha adquirido Rafael. ¡Que sean, pues, completas las delicias y que me perticipen de ellas haciéndome noticioso de aquellas particularidades que interesan a los amigos!

No dejará de serme útil tu permanencia en Europa por algunas cosas que no dejarán de ofrecérseme; y te agradezco la advertencia que me haces a este respecto.

Recibe los más afectuosos recuerdos de Manuelita y Enrique y la cordial estimación de tu amigo affmo.

J. I. París

(Tradkcción)

París, 10 de octubre de 1847

Mi querido Urdaneta:

He recibido esta mañana, por medio de Mr. Fourquet, vuestra carta del 4 de septiembre, y veo con placer que seguís bien. Os doy las gracias de los afectos me decís acerca de la boda de mi hija mayor. Su marido se llama M. Freydean y es tal como lo podíamos desear, un chico bueno, honrado y valiente, lleno de inteligencia y de gran corazón. Desgraciadamente desde su boda mi pobre Inés no cesó de estar enferma y, como no se trata de una de esas enfermedades que curan al cabo de nueve meses, no sabemos cuándo terminará esto. Está mejor, sin embargo, desde hace algún tiempo. Una vez más, mil gracias.

Os estoy agradecido también por la atención que habéis tenido de hacerme con gran trabajo una colección de maderas de vuestro país y una de plantas parásitas; y no me consuelo del naufragio de ese pobre navío "Le Bordelais" que ahogó todas mis esperanzas. Tengo muy buena opinión de vuestra paciencia y de vuestra amistad para esperar que hagáis de nuevo esta colección con nuevo entusiasmo y que podré enseñaros en 1849 una mesa hecha de todas vuestras maderas, sobre la cual almorzaremos a vuestra vuelta.

Hace un siglo que no hemos visto a vuestro hermano. Es un verdadero salvaje de la América del Sur y nosotros lo sentimos mucho porque sería siempre recibido aquí como otro *vos mismo*, si nos hiciera el placer de venir más a menudo.

¿Aún estáis en revolución allá? Debísteis ver, sin embargo, por nuestro ejemplo que las revoluciones se parecen a las indigestiones, no hay que tenerlas a menudo. Se prepara en Europa una muy curiosa, es la de Italia agitada por el Papa*. ¡Un Papa reformador y

---

(*) Refiérese a la primera política de Pío IX, que era liberal.

casi revolucionario! Es curioso. En España hay una joven reina que cambia muy a menudo de *influencias;* es el nombre que se da ahora a los amantes de las grandes damas. Cambia tres veces de ministerio por semana, tan a menudo como de amantes. No se sabe verdaderamente dónde se parará. *¡Mujeres! ¡Mujeres!*

Todo está tranquilo en París, donde apenas se resienten de la crisis financiera que apena a Inglaterra, donde hubo en tres semanas quiebras por valor de trescientos millones de francos. Nuestras cosechas de trigo y sobre todo de vino son magníficas. No se sabe dónde poner el vino, tanto hay por todas partes, sin excepción, en todos nuestros viñedos. Espero por lo tanto que el invierno que entra será mejor que el que hemos pasado con tanto trabajo y en el cual casi muere toda Irlanda.

Arturo agradeció mucho vuestro recuerdo. Ya es un gran chico. Hace su segundo año de Derecho y creo que entrará dentro de pocos días como agregado al Gabinete de Monsieur Guizot. Seligmann está dando conciertos en España.

Tenéis siempre una habitación preparada en Aunay... Si venís en 1848, como me lo prometéis, la encontraréis muy embellecida y sobre todo agrandada. Compré todas las casas de la vecindad en número de siete; las he derribado e hice un jardín inglés muy bonito. Tengo ahora un famoso jardinero del "jardín de plantas" que hace maravillas. Hice traer dos caballitos preciosos de Córcega y los amantes de los paseos pueden perderse a su gusto en los bosques.

Mi mujer me encarga de deciros, mi querido Urdaneta, cuánto agradece ella también vuestros cariñosos recuerdos. Estará encantada de volver a veros y de recibiros en nuestra casa solariega. Su salud siempre es buena, aunque delicada. Su chico pequeño, Maestro Octavio, hoy día un ciudadano de seis años, comienza a leer y a escribir y sintió mucho que vuestra carta fuera en español porque la hubiera leído con gusto.

Aún adiós, querido y excelente muchacho. El mar que nos separa no puede alterar los sentimientos de afecto que nos unen a vos.

Blanqui

Curazao, febrero 28 1848

Señor Rafael Urdaneta

Mi muy querido Jefe y amigo: cuánto sentí no despedirme de Ud., pero nuestro viaje fue resuelto a las nueve de la noche y verificado a las seis de la mañana. Esto hizo que no tuve tiempo ni para pedir prestado todo lo necesario para el viaje y principio a temblar de la especie de trabajos que sufrirá bien pronto mi dulce y amada mitad. Así, si hubiese vendido el caballito mándame los reales casa del Sr. G. W. Hellmund, a Curazao, amigo mío. Si acaso yo me hubiese ido ya, lo que no creo, él me los enviará adonde me encuentre.

El Sr. Delclisure, de La Guaira, o más bien el Cónsul de Holanda en Caracas pueden servirnos en este negocito.

Me han dicho que papá se halla sin la tercera parte que le habían dado hasta ahora, si esto es así, el pobre estará en la miseria: déle la mitad o el todo según su estado (del valor del caballo). Antes quisiera verme pasar hambre que verlo pasarla a él.

Mi amigo muy estimado: si en este conflicto las circunstancias lo ponen a Ud. en el caso de salvarme a mi buen viejo, sálvemelo por Dios y por la memoria de su padre: él es hombre inofensivo: no hay cosa que pierda por las intrigas ni por sus ataques. Si la situación de mi padre no fuese tal no olvide, mi amiguísimo, las angustias de un buen hijo que le estará eternamente reconocido.

En este instante me ocurre el ir a Puerto Rico: yo le avisaré más tarde mi resolución.

Mi general y jefe amigo: ya son las once de la noche y de madrugada sale el buque, o por la mañana: escríbame y dígame algo.

Me repito muy particularmente amigo: le encarezco presente mis atenciones a su señora madre y hermanitas y Ud. cuente con todo lo que la amistad tiene de más cordial y más franco.

Guillermo Michelena

Santiago de Cuba, diciembre 19.—1849

Señor Don Rafael Urdaneta

Mi muy querido General: no extrañe usted que le ponga el *Don* de nuestros viejos: aquí es un insulto el privar a la gente de ese Don.

¡Qué silencio tan grande entre nosotros, mi buen amigo!... Lo rompo en la esperanza de que no permitirá usted, que vuelva a sepultarnos el uno para el otro. El silencio a tanta distancia equivale a darnos por muertos.

Hablemos mi buen amigo de cosas generales... ¡Cuántos sacudones ha sufrido nuestra adorada patria!... ¿Servirán para su bien,... o envolverán su ruina? Por Dios, escríbame, mi amigo, háble me de mi patria. Usted sabe que mi padre y mi patria son mis grandes religiones y que soy fanático en ellas. El Gobierno de Venezuela que parece ver con alguna bondad a mi desgraciada familia me ha enviado, (a petición del Cónsul de Venezuela en esta ciudad) un salvoconducto y aunque yo no me atreva a ir aún a Venezuela, al ver que me abrían la entrada, me sentí lleno de ese inexplicable sentimiento del patriota que se deja sorprender un momento por la lisonjera idea de volver a su hogar.

Aquí me va muy bien como médico, tengo mucho crédito y no es sino con sobrada pena que estoy resuelto a abandonar una posición hecha por ir a aventurar de nuevo en tierras nuevas. Usted me conoce, sabe que el *gorro* de mi *tocayo* Tell me electriza el corazón, que la atmósfera de ese gorro me embriaga. Y por más inofensivo que yo sea me ven con temible desconfianza. En principio deliro por la feliz libertad de todos los hombres; pero fuera de mi tierra no me haré matar por éstas y por otras ideas, sobre todo aquí donde son irrealizables, y sobre todo, donde no viviría yo una hora si llegaran a realizarse dichas ideas. En mi patria sí, sostendría con frenesí, con sacrificio de vida y de fortuna y hasta del mismo honor, el *gorro* de Tell y el *árbol* hasta su última *hoja*. Huiré con horror de la guerra fratricida; pero volaría a morir o a vivir con gloria si una planta audaz profanase esas playas en mi patria en donde, amo hasta los peñascos, en donde, hasta el ruido de las olas me electriza el alma si me anima la esperanza de volver y me la compunge cuando desespero de ese inefable bien.

Pronto, dentro de tres meses tal vez, me iré a Nueva Orleans en los Estados Unidos, y deseo llevar algunas buenas recomendaciones para españoles o franceses de aquella ciudad o para ingleses. Si usted puede mi amigo procurarme algunas cartas se lo agradeceré. Tal vez usted desaprobará esta resolución de aventurar pero es inevitable, hay unas cosas que no se hicieron para otras. El corazón que se acostumbró a respirar aire puro se enferma si deja de respirarlo.

Adiós mi buen amigo, démele un abrazo muy fuerte a Luciano y póngame a los pies de su señora madre y de sus hermanitas. Memorias a Matías Torrero y a todos los conocidos, y usted crea que no olvido que soy su amigo.

G. Michelena

Señor Rafael Urdaneta

Mi muy estimado amigo (y General): he escrito a usted dos carticas y no he recibido respuesta a ninguna de ellas. Lo mismo me sucede con varias cartas escritas a miembros de mi familia y a varios amigos como Acosta* supongo, y no sin razón, que no será la falta de mis amigos, y menos aún de mi familia.

Aquí, como nada se sabe de positivo, cada partidario inventa a su capricho, y da por hecho lo que sólo ha pasado por la mente. Nada sé de mi adorada patria: a esta distancia y ajeno de pasiones, sólo veo las desgracias de mi país; los nombres de los contendientes no suenan más a mis oídos, y mi cordial deseo es que esa bella Venezuela vuelva al carril de la felicidad de que la sacaron los intereses particulares. Usted sabe General que el bien común es mi anhelo político, usted lo sabe mejor tal vez que nadie pues que usted ha visto los últimos pliegues de mi corazón grabados con tinta de lágrimas. Usted me entiende.

Dites moi mon tres cher ami qq chose de... G. Encore, mon bon ami, je souffre pour elle. Je ne parlerai pas de si je l'aime: ce serait un autre crime d'y penser; j'adore ma compagne; mais j'avoue qu'il y a qq chose d'attendement dans le martire que me cause le remord de la'avoir aimé, de l'avoir, sacrifiée. Valez moi, je vous en pris, mais en Francais, je mourrai de honte **si l'ange que j'ai eu le bonheur** d' avoir pour compagne pouvait souffrir par les souvenir mondains a un diable repantant.

Mi caro General, el vapor se va de largo, y acorta esta carta; pero usted sabe que yo lo estimo y lo quiero mucho.

Sé que Luciano ha venido, démele un abrazo, me pongo a los pies de su señora madre y hermanitas y me repito, grande y buen amigo, suyo sincero y affmo.

G. Michelena

Febrero, 18.—1849
Señor Rafael Urdaneta.—Caracas

(*) Dr. Eliseo Acosta, como Michelena, notable médico.

[Habana], abril 2-1849

Señor Rafael Urdaneta

Mi amigote. ¡Qué tal! ¡qué de cosas! Y cuántos detalles que yo no conoceré ¡Cuántas pasiones y cuantos medios de esas pasiones habrán contribuido a aumentar su experiencia, para confirmarle en la idea que usted me habrá oído sobre lo que vale la parte activa de la sociedad!... Cada vez se convencerá usted más de las verdades que usted ha leído en la grande obra de *Guillemiro*. Usted creía que aquel *pesimismo* era una exageración de la maldad humana, fruto de mi triste misantropía. No, mi *grande y buen amigo*, mi disgusto por los hombres nace del extremo amor que a mi pesar les tengo y que antes de resignarme a aceptar las cosas como son me he debatido contra el imposible impelido por el disgusto de ver que tanta miseria y tanta mezquindad la dotación conocida de la humanidad *(sic)*. Es posible, mi generalote, que usted esté hoy más de acuerdo conmigo en el colorido que yo daba a la sociedad.

Enemigo, en cuanto a mi patria, de todo error político, he deseado hacer algo desde mi destierro (por esa sublime y santa idea que llaman Patria) y usted verá tal vez un articulito que usted conocerá por el olfato. Bien verá usted que le huele a Guillemiro. En él verá usted la idea de que la emancipación moral es prueba de que el creador se reconcilia con su criatura.

He compuesto un Catecismo del Republicano, que está muy lejos de lo que entreveía mi mente o mi deseo humanitario; pero que sin embargo, creo sea lo mejor que bajo tal título, y con igual fin, se haya escrito. Ningún hombre superior ha escrito nunca sobre esto, es decir con el objeto de formular los Mandamientos de la República; sólo hombres incapaces se han ocupado de ello. El ridículo cayó sobre los catecismos, y lo más sublime y trascendente de que sea capaz el genio humano quedó relegado a hombres que sintieron que era preciso convencer a todos por medio de principios evidentes y cortos, pero que no pudieron lograr su objeto. El oro de una mina no se hace patente sino después que han bajado al

profundo subterráneo que lo esconde. Y la verdad final clara y sencilla de una cosa, requiere, para que todos la vean y la palpen, el que un genio analice la misteriosa profundidad de dicha cosa y que después de ver él claramente haga ver claro también a los que sin él no habrían visto ni claro ni obscuro.

¿Cuál es la grande obra del sublime Jesuscrito? *(sic)*. El haber formulado el decálogo, que implica en diez sentencias tantas verdades, tanta moral, y tantas cosas que en el progreso de la humanidad creemos nuevas y que si examinamos con atención, y forzando un poco, hallamos que entra más o menos en el decálogo. Si yo pudiese comprimir hasta reducir a diez principios o sentencias (aunque fueran veinticinco) todas las ideas de justicia y de verdad que ha fraguado en mi cerebro la pasión fija que ha hecho mi destino, tendría la satisfacción de haber sido útil a mis semejantes antes de serlo a los gusanos que devorarán los restos mismos que le darán ser. Mi general, mi buen amigo: (el grande lo suprimo porque parece que no *porte bonheur)* si usted cree que yo pueda concebir algo que valga la pena de ocupar el ilustrado Caracas y sobre todo algo que temple y purifique el corazón republicano, respóndame, tendré particular satisfacción en encargarlo a usted de dicha publicación.

Si el público no lo hallase suficiente —yó tampoco lo hallo tal— pero me parece que si mi adorada patria acogiese bien ese trabajo que le destino y que alguien en su nombre me pidiese mejorarlo sabiendo ya que podía serle útil a ella, le consagraría todo el tiempo necesario, de que antes no me atreví a disponer, y aunque no llenando nunca las exigencias de una tan inmensa y sublime empresa, al menos, y sin duda, podría hacer algo un poco menos imperfecto e incompleto, aunque más concentrado y más evidente que lo que por ahora ofrece.

Usted no me responde a varias cartas que le he escrito. ¿Teme usted que lo acusen de tratar a un oligarca? Usted que me conoce a fondo; dígales quién soy: y que si exigen pruebas, que vean el catecismo, el

Guillemiro* y el diablo y el demonio y cuanto he escrito y dicho y hecho desde que tengo razón. Respóndame sobre esto: porque no mandaré el manuscrito hasta estar seguro.

A Luciano que se ha olvidado enteramente de mí. Sin embargo, démele uno o dos abrazos, y recuerdos cariñosos a sus hermanos.

Tenga la bondad mi general de ponerme a los pies de su mamá y hermanitas, y usted no dude de tener un sincero y afectuoso amigo.

G. Michelena

(Traducción)

París, 7 de diciembre de 1849

¿Os acordaréis aún de mí, mi querido Urdaneta, a pesar de tanto tiempo que no nos hemos visto? Os espero sin embargo, pues, por mi parte, no os he olvidado y he pensado muy a menudo en los dichosos días que con vos pasé. Y he aquí una buena ocasión que se me presenta para hacer que os acordéis de mí; he aquí que llega a vuestro lado mi primo el señor Emile Philip, un excelente joven que va a probar fortuna en vuestros afortunados climas. No creo haberme hecho demasiadas ilusiones sobre vuestra bondad al esperar que tendréis a bien allanarle las dificultades que podría encontrar en la nueva carrera comercial que va a emprender. No puedo recomendaros a un chico más honrado, ni tampoco puedo recomendarle a un hombre más amable.

Muchas cosas han acontecido, mi querido Urdaneta, desde el tiempo que nos separamos; hemos padecido revoluciones y todas las crisis que ellas traen consigo. Las artes, naturalmente, han sufrido

---

(*) *G. Michelena:* Catecismo del verdadero Republicano.—Caracas. Imp. de George Corces. 1851.—Guillemiro o las Pasiones. Caracas. Imp. Indendiente 1864.

conmociones. Después que os marchásteis he ido a visitar toda Italia, desde Trieste hasta Nápoles, y un pequeño rincón de España. He sido presentado en la Corte de Madrid, pero no esperéis por esto que os vaya a hacer una *arenga* en español "es menester esperar troppo lungo tiempo per esta". Entended esto como podáis, no sé mucho más.

Su Majestad la Reina Isabel me dio *en español* unos magníficos botones de brillantes que yo puse en *francés* en mi bolsillo. El botón de diamantes es un admirable lenguaje comprendido en todo el mundo.

Os veo esperando con ansiedad que os hable de los Blanqui... Pues bien, querido mío, voy a satisfaceros: estoy reñido con ellos desde hace tres años. Sin embargo, mi hermana sigue yendo a dar clases a Julita. Inés se casó con un buen chico que se llama Feydian; son muy felices y no tienen hijos; no es como en los cuentos de hadas. Pero, en revancha, la señora Blanqui va a dar de nuevo a luz dentro de pocos días. Arturo tuvo algunas misiones del gobierno, se fue a Alemania. No lo veo a menudo pero debe de estar en París en estos momentos. No vamos ya a Aunay desde hace tiempo: Aunay está abandonada a los cuervos y a las ranas. Ya veis, amigo mío, cómo todo cambia, cómo todo se regenera, cómo todo se soluciona. Pero aún se es dichoso cuando se escribe a un ser querido ausente, teniendo agradables cosas para recordarle y esperando de él algunas líneas que le hagan saber que no está borrado del todo de su memoria. Es lo que espero y sabré con mucho placer.

Habladme de vuestra suerte, de vuestra mujer y de vuestros niños, si tenéis, y dadme esperanza de volver a veros en París, a no ser que yo me decida, como mi primo, a ir a haceros una visita en Caracas. Pensaba ir este invierno a Argel y a Niza, pero el cólera de un lado, las guerras de otro me han hecho aplazar este dulce viaje; quedo en París este invierno... Iré a Londres en la primavera y a Caracas un poco más tarde... ¿Qué os parece?

Si fuese posible ser feliz con ello y pudiera ser una *honesta diversión*, como se dice entre los burqueses, no os diría *adiós*, sino

hasta la vista, mi querido Urdaneta. Haced la suerte, si es posible, primero de mi primo Emilio, ya veremos más tarde si la mía también. Termino mi carta la que he empezado, recomendándooslo mucho, como pariente, como amigo y como merecedor bajo todos los aspectos de todas vuestras bondades.

Os abraza muy cordialmente, vuestro devoto amigo,

P. Seligmann

(Traducción)

Mi querido señor Urdaneta:

Recibo hoy la carta que me dirigís, por medio de vuestro amigo Mr. Philips; me llega en un momento en que mis lágrimas corren abundantemente: Hoy hace seis meses que perdí al mejor de los maridos, el amigo más cariñoso; vos le conocísteis y le quisísteis, no podía ser de otro modo. Esta pérdida es tan irreparable para la ciencia como para su familia. Gracias por las lágrimas que mezcláis a las nuestras, vienen de un noble corazón; la dulce simpatía que me testimoniáis será, en estas circunstancias, un gran alivio a mi dolor. Seguís siendo nuestro amigo; a pesar de la ausencia y del alejamiento, vuestro recuerdo me es aún más querido. Gracias otra vez por vuestra buena carta, es un bálsamo para mi dolor.

La cruel enfermedad que nos quitó al que tanto queríamos, duró dos años; fue a fuerza de trabajo y de noches pasadas (en vela) que sucumbió su robusta salud; le hemos rodeado de nuestros cuidados y de nuestra ternura hasta su último momento. Entregó su último suspiro su mano en mi mano. ¡Este suspiro, gran Dios, penetró en mi alma y se llevó la mitad consigo! ¡Oh, amigo mío, qué dolor el mío! son precisas todas mis fuerzas para resistir un tal sufrimiento.

Mr. Philips me dice que acabáis de casaros, que tenéis una mujer encantadora; es digna de vos, pues nunca he conocido un corazón

mejor que el vuestro. Habladle de mí de cuando en cuando, de mis niños; decidle que tiene en nosotros unos buenos amigos.

Mr. Philips me dice que os proponéis venir a Europa, a París el próximo año; realizad este proyecto, venid a vernos y traed vuestra joven esposa con nosotros, que podamos abrazarla de todo corazón y darle todo nuestro cariño, como a vos. ¿Vuestro hermano sigue bien también? ¡Dios mío, qué gusto hablar un poco de los tiempos pasados, cuando esos tiempos han sido tan alegres, tan dichosos, y el presente es tan triste para nosotros!

Queréis que os hable de mis hijos; es hablaros también de lo que yo amo: No ignoráis que Inés se casó hace siete años; se casó con un chico encantador que la hace la más feliz de las mujeres; sin embargo, en medio de esta dicha le faltan hijos. ¿Cómo siendo hija de una madre que ha sido tan fecunda, lo es ella tan poco? ¡Ella que tiene tan fuerte constitución! Dios tiene sus designios; puesto que El hace nacer y morir a su voluntad, sometámonos y esperemos. Os hablaré de mi hijo, de mi querido Arturo, del cual estoy alejada hace cuatro años: está en estos momentos en la provincia de Corrientes, a un centenar de leguas de Buenos Aires; paga ahora, el pobre niño, las tristes locuras de su juventud. Es la llaga de mi corazón; era también la de su padre. ¿Cuándo lo volveré a ver? Sólo Dios lo sabe.

Julia y Sanny son dos jóvenes personitas encantadoras, sin duda las veo con ojos de madre. ¡Pobres niñas!, no les queda por toda fortuna más que el nombre que llevan. ¿Encontrarán un buen chico que las tome por su cariño solamente? Son muy dignas de interés.

También está Octavio, que es la perfección. Es un niño adorable bajo todos conceptos; es tan hermoso como bueno; se acuerda mucho de los paseos que le hacíais dar en Aunay. Después de la muerte de mi marido la compró mi yerno y vive allí en estos momentos con todos mis hijos. Estoy sola en París, con una niñita que no conocéis vos; tiene cuatro años y me llegó bien a mal tiempo. Es también muy simpática y me hace compañía en mi aislamiento.

Ya estáis al corriente de todo lo que me interesa. Si tenéis alguna alegría al recibir mi carta, probádmelo escribiéndome algunas veces: los buenos amigos como vos son muy escasos para abandonarlos.

Pienso usar la vía que Mr. Philips me ofreció para daros noticias nuestras; os ruego que hagáis lo mismo y me haréis muy dichosa. Os estrecho la mano de todo corazón, lo mismo que a vuestra madre, y beso a vuestra querida mujer, si ella lo permite.

Madame Julia Blanqui

28 de julio [de 1854]

Señor Comandante Rafael Urdaneta

(Maracaibo)

Querido Rafael: Con satisfacción he sabido que estás en la ciudad y no en Bajo Seco donde, según informes, se sufre mucho. Lo que deseo más vivamente es que vuelvas al seno de tu familia a gozar en paz de sus afectos y sus cuidados, para que queden así compensadas las penalidades de la ausencia y de las privaciones que has sufrido.

No es aún fácil prever el término de esta lucha fratricida, en que ciegos unos y otros por la pasión, sólo nos ocupamos en devorarnos.

Quiera la Providencia acordar algún juicio a los venezolanos! Que la unión que todos pretenden buscar venga al fin y con ella la dicha y la prosperidad de esta tierra feliz por su naturaleza e infortunada por la locura de sus hijos.

Adiós, mi querido amigo, no dejes de hacer lo que puedas por volver a Caracas donde está tu familia y tus amigos.

G. Michelena

Mi buen amigo:

Ayer tuve el gusto de recibir su grata esquela en la cual me satisface en un todo por el olvido involuntario de decirme una palabra de amistad el día de mi santo y cumpleaños. Le diré a usted con franqueza que eché de menos su cumplimiento y así lo signifiqué a una amiguita nuestra. Más convencido como estoy de los motivos de su silencio, en tal ocasión, me apresuro a significarle, que he sentido infinito todos sus padecimientos desde siete meses ha, y que quisiera poder poner un término a ellos aunque fuese haciendo yo un sacrificio. Pero ya que no me es dado, acepte usted todas mis simpatías amistosas y todos mis votos, por su libertad. Es cierto que la suerte le ha favorecido, trayéndolo al seno de la estimable familia Aranguren. Don Manuel es un excelente amigo y sus hijas, unas personas muy amables y no hay duda que usted encontrará mil consuelos bajo ese techo hospitalario*. Devuelvo a usted la encantadora portadora de su amistosa esquela, cuya fisonomía graciosa y melancólica, revelan sus sufrimientos por el esposo ausente. ¡Pobre esposa! Ella me inspira un verdadero cariño y deseo que lo sepa y también que la he abrazado antes de devolverla a su compañero. Una de estas noches tendré el placer de ver a usted y reciba mi sincera amistad.

Casimiro F. de Santana

Marzo 27—(1860)

Sr. Coronel R. Urdaneta

(*) Don Manuel Aranguren, respetable comerciante de Maracaibo, abuelo de nuestro excelente amigo el general Juan Ignacio Aranguren, a quien hemos dedicado la presente obra.

FUENTES

Alvarado.—*La Revolución Federal.*

Gil Fortoul.—Historia Constitucional de Venezuela.

González Guinan.—Historia de Venzuela.

Level de Goda.—Historia Contemporánea de Venezuela.

Pachano.—Biografía de Falcón.

Villanueva.—Vida de Zamora

Marqués de Rojas.—Tiempo Perdido.

Arbeláez Urdaneta.—Vida del General Rafael Urdaneta.

José Santiago Rodríguez.—La Guerra Federal.

Rondón Márquez.—Guzmán Blanco.

Juan Vicente González.—"El Heraldo".

Pedro José Rojas.—"El Independiente".

Antonio L. Guzmán.—"El Venezolano".

"*La Estrella del Guárico*".—Calabozo. Nov. de 1863. Nº 9.

"*Honras Fúnebres del General Rafael G. Urdaneta*".—*Imp. "El Nacional", Caracas, 1864.*

Jose Rafael Munar.—Bajo Seco.—Apuntes para la Historia.—Caracas. Imp. de Jesús Maria Soriano. 1865.

Rafael G. Urdaneta.—Papeles sueltos. (Archivo del autor).

Julio Arboleda.—Los Parises.

Vicente Dávila.—Historial Genealógico del General Rafael Urdaneta.

Archivo General de la Nación.—Secretaria de Guerra.—1845-1862.

Academia Nacional de la Historia.—Papeles de Felipe Francia.

GENTE DE AYER Y DE HOY
(1953)*

(*) Tomado de la 1ra. edición. Caracas. Ediciones Independencia. 1953. 16 p.

A Joaquín Gabaldón Márquez,
testimonio de afecto de
M.B.I.

JUSTIFICACION

Estas páginas ni siquiera son bocetos biográficos. Apenas aparecen en ellas rostros esfumados. Junto con egregias figuras de nuestro mundo político, religioso y literario, evocan figuras y hechos que tal vez sin ellas desaparecerían definitivamente para el recuento de la historia pequeña donde afinca la oculta y amable trabazón de los pueblos.

Alguien podría decir que muchos de estos apuntes tienen excesivo color localista y pronunciada valorización personal. Jamás me he desdeñado de lo local y de lo propio. Altamente me place ser el escritor trujillano más vinculado por su obra a la región nativa. Siempre he considerado que los hombres de letras estamos en el deber de recoger pormenores enraizados en lo folklórico de nuestras respectivas localidades. También creo que estamos obligados a hablar un poco de nosotros mismos, ya que no somos figuras colocadas en mero plano de testigos, sin pasión alguna que nos vincule con el pueblo. Las propias doctrinas filosóficas expresan el temperamento de sus creadores. La pasión humana, al aflorar como testimonio de personalidad, da tono y carácter a la obra literaria. Por medio de ese darse a sí mismo en sus escrituras, el autor alcanza mayor comunicación con el lector y logra, en consecuencia, que sus ideas sean más inteligibles y sencillas.

Al recoger recuerdos viejos y recuerdos presentes de gente de ayer y de hoy, he querido contribuir a la permanencia de ciertas

memorias, hábitos, costumbres, expuestos a desaparecer fácilmente. Sin que al bulto pareciera, estas líneas sirven al tema de defensa de lo nacional, que forma el motivo central de mi obra literaria. Con ellas procuro mantener en vigencia ciertos valores espirituales que hacen contacto con nuestra realidad de pueblo. Tras las grandes figuras que desfilan en este paso de valores criollos, se mueven personajes de vigorosa garra que no alcanzaron, en cambio, los niveles de la notoriedad constante. La sillería donde se fundan las naciones no sólo la forman las figuras radiantes que produjeron los temas en cuyo recuerdo se fatigan las musas de la Historia. En el suelo de ésta se mueven también personajes carentes de brillo que, sin embargo, poseen fuerza de cariátides para soportar el arquitrabe del edificio.

De otra parte, las figuras luminosas de la Historia hacen invisibles los pormenores y las circunstancias que forman el aire del tiempo. La magnificencia tórnalas extraordinarias y casi intemporales. Por donde es urgente cuidar que no desaparezcan los pormenores humildes en que enreda la vida cuotidiana de los pueblos y donde permanece oculta el alma misma de las cosas. Pormenores humildes que son como la atmósfera que da relieve a las grandes pinturas de los maestros.

En estas páginas aparecen reunidos nombres venezolanos profundamente separados por el juicio histórico y por la apreciativa común. Sin embargo, en la arquitectura general de la nación todos juegan un papel eficaz. Tan bien ha servido a Venezuela Alberto de Jesús Güerere talando montañas y desguazando ríos sin madre, como Rafael María Baralt escribiendo los anales de la patria y puliendo el instrumento de nuestra lengua nacional. Juan Iturbe, desvelado sobre el microscopio, ha sido un factor de cultura como lo fue Manuel María Carrasquero cuando impuso a los militares insolentes la obediencia debida a las autoridades civiles. Rufino Blanco Fombona, con personalidad que rompe los propios linderos del idioma, no queda mal, como factor de República, al lado de la honesta y pacífica figura de Nemesio Sáez.

Muchas de estas páginas encierran una viva añoranza de mero ámbito personal. A los poetas es autorizada la extraversión de sus sentimientos más personales; también tenemos derecho los demás escritores a referirnos a nosotros mismos para revivir nuestro pasado y para dar durabilidad a hechos secundarios de que fuimos espectadores. Esa misma intimidad contribuye al mantenimiento del aura que rodeó los tiempos pasados.

Sobre todo otro motivo, una sencilla razón justifica la conservación de estas líneas. Lo simple, lo cuotidiano, lo popular que pueda haber sido aprehendido en ellas, sirve al robustecimiento de la oculta tradición del pueblo. Una vez más insisto en repetir que los pueblos se definen tanto mejor cuanto más vigorosamente sienten el impulso de su acervo tradicional. Algunos han dado en la flor de confundir lo tradicional con una supuesta actitud retardataria de simple contemplación fetichista del pasado. Tradición y progreso, en cambio, jamás han reñido. Tradición es cauce por donde se desliza hasta un presente dado la fuerza social que viene de atrás. Los valores antiguos, como los ricos doblones ganados por los abuelos, sirven para engrosar nuestro capital presente. Tradición es entrega de la herencia que recibimos de nuestros mayores. Los enemigos de la tradición son como dueños de jardín que se negaran a la ceba de los perfumes. por considerar el aroma de las flores algo momentáneo llamado a irse con el viento. Fragancia del pasado; embriaguez de capitosos néctares; lámina de ley, batida por las generaciones antiguas, la tradición es el decoro, la fuerza, el tono y el signo de una cultura. Sin ella, el pueblo carece de cuajo y de resistencia. Lo noble, lo creador, lo vigoroso que forjaron los hombres y las mujeres de ayer, debe mantenerse en actitud de valor de cultura. En cambio, el antecedente disvalioso,. la actitud amañada, el error repetido, no tienen título para ser tenidos como tradición con derecho a pervivir en el orden de los pueblos.

En estas páginas, como en frascos desasistidos de gracia, hé querido recoger olores, fragancias, aromas, condenados a desaparecer al más

leve soplo de los aires del tiempo. Pobres los perfumes, pobre el desairado continente, sólo los enriquece la voluntad de quien quiere mostrarse siempre vinculado a los diversos y fuertes valores que hacen más profunda la nostalgia por la patria, "remota y prohibida".

M. B. I.

Madrid, agosto de 1953

MARIA SANTIAGO

Rafael Hernández posiblemente creyó que fuesen mayores los haberes de sus presuntos suegros, y contrajo a la ligera matrimonio con María Santiago. Las bendiciones debieron recibirlas los desposados en la iglesia de Nuestra Señora de la Paz de Trujillo, alrededor de 1670, a pocos años de concluida su fábrica. La vida de los nuevos esposos comenzó, pues, bajo modestos augurios. Rafael Hernández pertenecía seguramente a familia pobre. Cuando lo contrajo, nada aportó al matrimonio, y durante el curso de éste nada recibió a título hereditario. No era, consiguientemente, del principal de la ciudad, integrado por terratenientes y encomenderos. Debió de formar parte del artesanado que se venía creando en nuestros pueblos. Posiblemente herrero, carpintero o maestro de obra. Los hombres llanos que se metieron en la aventura de la conquista, habían ganado, junto con dinero y tierras, título de Hidalgos, y constituían el señorío de las ciudades. Rafael Hernández creyó que con los bienes de la esposa podría cambiar de situación, y ante la realidad de los hechos, resolvió a poco tiempo de casado, alejarse de la ciudad de Trujillo, "faltando a la ley natural y divina". Hace diecisiete años se fue a vivir en jurisdicción de El Tocuyo, sin que le valiesen de nada "las muchas amonestaciones y ruegos" que se le hicieron para el retorno.

Ahora corre el año 1693. Este largo espacio lo ha pasado en absoluta soledad María Santiago. Dejó a Trujillo y se vino al vallecito de Nuestra Señora Santa Ana, cerca del pueblo y doctrina de la Santísima Trinidad de Siquisay. Aquí tiene un bonito paño de tierra

que heredó de sus padres, donde se cultiva abundante el maíz y donde crecen muy frondosos los frutos menores. Vive sola, con su alma y con su sombra, María Santiago. A veces viene a cambiar de temperamento su sobrina y ahijada María Isabel. Suele también venir por San Juan o Santa Rosa la hermana Mensía. Frecuentemente la visita el cura doctrinario de la comarca y su confesor, el Padre Ambrosio Mejía de Amaya, hombre de severa y áspera vida, como funcionario que es de la Santa Inquisición.

La señora María, como la nombran los indios libres que la ayudan en el cultivo de la tierra, no tiene esclavos. Sus bienes son extremadamente cortos. Posee una buena mula rucia de silla con todos sus aperos, que monta cuando va al pueblo o a la ciudad de Trujillo. El macho negro no es de paso y lo utiliza para el transporte de los frutos. Algunos puercos y gallinas hacen ruido en la huerta de la casa. Esta es de tierra pisada con techumbre de palma. Una gran sala, donde, con los taburetes de rústica madera, se guardan los aperos y los yugos. La sala está dividida por un bahareque que aisla el pequeño dormitorio, con salida a la cocina rústica. María Santiago tiene una pequeña cría caballar. Posee en la actualidad cinco yeguas de vientre y dos potrancas. Tiene también cuatro vacas. Con la venta de las potrancas, con lo que le producen las cuajadas de la incipiente quesera y con lo del maíz y demás frutos, tiene para vivir María Santiago. La tierra está siempre limpia y bien roturada. Para eso están las dos yuntas, que también sirven para transportar el maíz y las vituallas.

A nadie le debe la señora María, ni nadie le debe nada a ella. A nadie envidia ni de nadie es envidiada. Ha pasado feliz sus años en este lindo valle. Pero como empieza a sentirse enferma, ha meditado acerca del mejor destino que dará a sus cosas. Quiere que la muerte la halle aligerada de lo material tanto como lo está en las cosas del espíritu. Tiene hablado con el confesor lo pertinente al entierro, que ha de ser en la iglesia de Nuestra Señora Santa Ana. Quiere que se le oficie misa de cuerpo presente y se le apliquen algunos otros sufragios. Una vez sacados los gastos del funeral, los bienes serán entregados a su sobrina. La tierra la deja al hermano Luis. Al revisar

un cofre viejo que trajo de Trujillo con su ajuar, encuentra dos sayas, dos fundas y cinco camisas. Estas piezas se las compartirán las hermanas. Fuera de esto, tiene la señora María en gran aprecio tres retablos: uno de la Purísima Concepción, otro de Santa Rosa de Santa María, otro de San Antonio. La olla de fierro de la cocina, el imbaque, el chorote, el balay, la tinaja, el coco de agua, son menudencias adheridas, como el fiel perro y las topias, al destino de la casa.

Con sus vacas, con sus yeguas, con sus santos, ha vivido en pacífica soledad la abandonada esposa de Rafael Hernández. A nadie recuerda deber cosa alguna, ni en corta ni mucha cantidad. A ella no le debe nada persona alguna. Morirá en la perfecta paz de los justos. Con ella se va una vida perdida, sin sentido humano. Una vida desprovista de amor y carente de historia. El recuerdo de su minúsculo mundo, retenido en el rincón de un amarilleado testamento, sirve, en cambio, para decirnos cómo fue de pobre, de sencilla, de bondadosa y de resignada la oscura existencia de la gente que se adentró en nuestros campos a labrar nuestra vieja riqueza agropecuaria. Las yeguas, los bueyes, los machos y las vacas de María Santiago constituyen la célula vigorosa y modesta de un sector olvidado y clamante de la atención venezolana. Son el submundo que no mira la historia, pero que sirve de apoyo a sus mejores creaciones, del mismo modo como el pueblo constituye el soporte anónimo de la gloria de las naciones. Viven ocultos en los rincones de la selva y en el confín rural de los barrios. Nadie sabe nada de ellos, del mismo modo como nada sabemos de los pastores que cuidaron los gruesos rebaños de donde salió la cecina que nutrió los ejércitos de Bolívar, ni de los conuqueros que sembraron la yuca de donde salió el casabe con que era sustituida la bélica galleta. Son el pueblo sufrido, sencillo y heroico donde reside el verdadero poderío de las naciones.

Fuentes: *Testamento de María Santiago Trujillo. 1693.*

EL "LICEO DE LECTURA" DE TRUJILLO

Por el año de 1865 andaban las cosas de letras un tanto atrasadas entre los moradores de la ciudad de Trujillo. La rica simiente regada por los observantes del convento franciscano de San Antonio, debió haberse quedado dentro del lustre académico y ser todo ciencia de Teología y Cánones, amén del bachillerato con cuatro años de latín que se hacía por entonces en el Colegio Nacional levantado en los viejos claustros conventuales. Escasas las comunicaciones entre los pueblos; tardo el libro —caminador sobre pesadas acémilas—, llegaba con dificultad a la montaña; la educación estaba más que todo reservada a aquellos que la bebían en los claustros lejanos, y si bien el Colegio contaba con excelentes profesores y estudios de rigor, que más tarde, en 1871, llevaron a Guzmán, sobre la consideración de un brillante informe, a elevarlo a categoría universitaria, era poca la cultura que se servía fuera de los círculos doctos. Bibliotecas las había, y muy ricas, colmas de pergaminos que cubrían joyas del Siglo de Oro; tratados de Teología; la *Summa*, de Santo Tomás; la *Política*, de Aristóteles; las *Odas*, de Horacio. Los doctores leían a Bentham, con permiso del Ordinario. Abundaban la *Ascética* y las *Vidas* de santos. *El Genio del Cristianismo* era, con los *Mártires*, lectura favorita de la época, y junto con Calderón y Lope de Vega se leía a Racine y aun a Voltaire. Las *Institutas*, las *Partidas* y la *Recopilación de leyes de Indias* adornaban los escritorios de caoba de los letrados. El convento Regina Angelorum, que aún no presentía la sombra del Ilustre Americano, abría para los señores su rica biblioteca, de la cual aún andan por ahí, llenos de unción y con huellas de manos beatíficas, tomos cubiertos de

amarillentas pieles de becerro. Sobre todo, se hablaba de política, y de esto con vaguedad, pues la prensa de Caracas llegaba muy de tarde en tarde.

Todavía la Colonia dominaba las costumbres. De noche la ciudad estaba a oscuras, apenas alumbrada al reclamo del comisario por las luminarias domésticas, a cuyo rededor se platicaba, presididos los concurrentes por el más viejo o por el más conservador de los reunidos. Frente a las casas vetustas, recuerdos de la espaciosa arquitectura colonial, sobre cuyas puertas se veían escudos e inscripciones latinas que aún perduran, las acacias florecían y daban más sombra: todavía la fiebre amarilla, en una errada profilaxia, no había hecho destruir aquellos ubérrimos quitasoles urbanos. La ocupación favorita de los señores, pasada la guerra de cinco años, era conversar de los asuntos de la ciudad. La nueva forma de gobierno inquietaba a muchos que la tomaran en serio. La Federación no se avenía bien con sus espíritus conservadores. Las rentas de la ciudad, los bienes del Colegio, los beneficios de las Reginas eran temas interminables, y casi a diario se consultaba el Libro Becerro de la ciudad, que databa de los fundadores. Estaba el libro en el Regina Angelorum, y bien custodiaban las monjas aquel tesoro urbano, donde se hallaba inscrita la propiedad colectiva. Después, cuando las pobres vieron roto su nido, también voló como ellas el precioso libro, objeto hoy de consejas y de maliciosas conjeturas. ¿Quién lo tiene? Se lo preguntáis a cualquiera, y se forma en seguida la larga historia de andanzas del raro manuscrito.

—El último que lo consultó fue Monreal. De tarde, sentado a la puerta de su casa, en el Callejón de los Carrillos, lo sacaba a la luz del crepúsculo y tomaba notas para armar sus pleitos— dice Neptalí Valera.

—¡Pero en la mortuoria no apareció el libro! —agrega el albacea Magín Briceño, para descargar su conciencia.

—Lo había prestado al Concejo en la época de don Antonio Briceño para sacar el título de las Termas, cuando empezaron éstas a ser

segregadas y tomadas por muchos como cosa realenga, y aun la copia se perdió— agrega otra persona entendida en la materia.

—¡Está en Caracas, en poder de Tomás Carrillo Márquez!

—¡Está en Nueva York, en manos de Leopoldo Baptista!

¡Pobre Libro Becerro, consultado por los Ayuntamientos coloniales, fojeado por frailes y por monjas, con notas de los componedores y de los obispos visitantes!... Por 1865 lo consultaba una noche el doctor Mateo Troconis, a la luz de un candil titilante, en su cuarto de estudio, en el segundo piso de su casa solariega. Los muchachos hacían ruido abajo, entusiasmados por las historias de María Rosario Rangel, mientras don Mateo, en su balcón, se dedicaba al estudio. Le acompañaba en aquella labor su afín Andrés Iragorry, administrador de los bienes del Colegio.

—Sólo ahí debe estar la escritura que se necesita para el arrendamiento— dice Iragorry, mientras la busca con paciencia el doctor Troconis, foja tras foja, sin topar con ella. De cuando en cuando se entretiene descifrando raras caligrafías, que, a pesar de lo añejas, lee con destreza. Don Diego Osorio, en la primera composición de 1599, dejó allí estampada su firma, junto con la del escribano de Gobernación, don Fernando Ruiz. Por 1634 Fray Mauro de Tovar, obispo de Venezuela, aprobó constituciones y dejó allí también su firma, junto con la del secretario Diego Sevillano. Otro expediente tiene a la mano el doctor Troconis, el cual ha recordado al ver la firma de don Diego Osorio, y deja por éste el Libro Becerro. Es interesante el asunto: los indios de Esnujaque reclaman tierras, cuyos títulos arrancan de la primera composición del gobernador Osorio. A don Rafael María Urrecheaga, nativo de aquellos lugares, y quien se ocupa en salvar la lengua de los indios, se lo enviaron para una confrontación y dictamen. La modestia de don Rafael, sin título de letrado, le ha obligado, sin necesidad, a pasarlo al doctor Troconis. El título viene de don Diego Osorio, y con él defendió a los naturales en 1761 su protector doctor Antonio Nicolás Briceño, el viejo, contra una ocupación de Mérida, y más

tarde, en 1833, dieron opinión favorable el sabio doctor Ricardo Labastida, honra de Valera, y el doctor Agustín Chipia, de Mérida. Le toca ahora al doctor Troconis estudiar tan intrincado litigio, y cambia por este asunto la búsqueda del título del Colegio, y aunque Iragorry no es letrado, le impone de la esencia del asunto.

Aún es temprano y hora de visita. Una de las niñas anuncia al doctor Bourgoin, que vive hace algunos meses en Trujillo, después de haberlo hecho en Escuque, para seguir más tarde en Mérida a dar impulso a los estudios universitarios hasta llegar a ser un gran Mecenas. El doctor Enrique Jorge Bourgoin tiene nostalgia de Francia, la patria lejana, y no se aviene con esta vida cansada de provincia. Naturalista y hombre de gran ciencia, pasa horas de agradable coloquio con don Pedro Pou, vecino del doctor Troconis. En la farmacia de aquél, la única de la ciudad, los forasteros entretienen sus ocios. Don Pedro, que también tiene nostalgia de España, su patria, es espíritu muy cultivado, de filantrópica conducta, muy dado al estudio y de criterio novedoso. En Trujillo se respeta mucho a Don Pedro, siempre vestido de negro, con su quitasol verde y su sombrero de copa; sólo los muchachos le faltan a veces al respeto e inquieren el por qué de su peluca. Aquella noche los dos extranjeros han dispuesto hacer algo por la educación de la ciudad y también para solaz de sus espíritus. Nace la idea de formar un Ateneo, y para ello es necesario reunir los elementos principales de la ciudad. Muy cerca está el doctor Troconis, y hacia él va, en primer término, Bourgoin. Allí encuentra, grata sorpresa, a Iragorry. Iragorry es de Maracaibo, y vive en Trujillo desde el 51. Tiene ideas amplias y es amigo del progreso y de la educación, aunque ésta la reduzca al latín. Para él la gente es decente si sabe leer a Virgilio en su propio idioma. Amigo de las luces, introdujo en Trujillo los fósforos de madera que sustituyeron el viejo pedernal. La iniciativa es recibida con entusiasmo: se establecen las bases: "Leer fraternalmente obras históricas, dramáticas, líricas, científicas y de cualquier otra especie y cultivar el gusto para las bellas letras, estimulando los talentos"; las sesiones serían los domingos, de seis a ocho de la tarde, en una habitación particular, y se haría anualmente una velada. Los miembros consignarían cinco pesos

para la compra de revistas y periódicos, y tendrían derecho a disertar por dos veces sobre los temas de la lectura. Al hacer la lista de personas notables aparecieron nombres de personas hoy ilustres: Juan Bautista Carrillo Guerra, Francisco Vásquez, Pedro Arellano, Francisco de Paula Vásquez, Pedro María Izarra, Antonio Braschi, Juan Antonio Vale, Félix Niño, Ramón y Máximo Briceño, éstos para instalar el "Liceo de Lectura", como se llamó el centro, pues más tarde se sumaron nuevos valores, y que bien los había: Diego Luis Troconis, doctor Juan N. Urdaneta, su hermano Fernando, Rafael María Urrecheaga, Francisco de Paula Martínez, don José Félix Fonseca, Juan Pablo Bustillos.

El 5 de julio, día de la patria, fue la inauguración en la casa del doctor Troconis, primer presidente. Grave es el acto, entre caballeros de negras levitas y en presencia de señoras severas, que lucían amplias crinolinas. Menguado para hoy el piscolabis, hecho a base de refrescos preparados en la casa. En pleno período romántico y para solaz de las damas, don Máximo Briceño lee algunos versos de Zorrilla y pone charadas de buen gusto, mientras las muchachas indiscretas echaban ojos a la peluca de don Pedro Pou, recordando aquello de:

—Pelón, pelado
¿quién te peló?
—Don Pedro Pó,
que ni las orejas me dejó

RAUL CHUECOS PICON

Traje propósito de escribir en Mérida sendos prólogos cordiales para las ediciones de las obras completas de Roberto Picón Lares y de Caracciolo Parra León, con quienes en 1918 inicié fraterna amistad en esta ilustre ciudad de Santiago de los Caballeros de Mérida. Vine, pues, con la intención de evocar gratas memorias de mi alegre vida de estudiante merideño, y, para aguzarlas, cae en mis manos el recientemente aparecido volumen de versos de Raúl Chuecos Picón, que, bajo el escéptico rubro de "Humo", ha editado la Dirección de Cultura de la Universidad de Los Andes, cuyas autoridades no se desdeñan de adornar sus publicaciones con el viejo sello mitrado, que recuerda el religioso origen del Instituto.

El año 1912 conocí en Caracas a Raúl Chuecos Picón, en compañía de Juan de Dios Celis Paredes y de Julio Gutiérrez Arellano, que habían ido a tomar cursos en la Universidad Central. Poco tiempo vivió el poeta en la capital; pero al regresarse a la provincia había dejado con crédito su nombre entre la gente de letras. Su "Oda a las Orejas" reveló a la atención pública la fuerza creadora y el sentido poético del cantor, encuadrado en el momento rútilo de nuestra hora modernista. La última vez que hablé con Alfredo Arvelo Larriva creo que por el año 1928, me preguntaba el ilustre autor de "Sones y Canciones": "¿Y qué se hizo aquel gran poeta merideño que escribió un canto a las orejas?" Y no hace muchos años, en una de esas salidas luminosas que hace el entenebrecido Arreaza Calatrava, me decía el bardo infortunado: "De los últimos poetas de la montaña, el único que recibió el signo de la poesía fue Chuecos Picón".

Cuando Arvelo Larriva me preguntaba por Chuecos Picón, aún estaba éste en el mundo natural de los vivos, pero era todo un muerto. En un ensayo sociológico de algún alcance pienso estudiar exhaustivamente el socorrido tema de la hostilidad del medio frente a la obra trunca de algunos escritores. En el presente caso, no creo que el medio impidiese por sí solo el desarrollo pleno de la personalidad del poeta. Chuecos Picón fue fundamentalmente un hombre que careció de voluntad para luchar consigo mismo. Llegó a creer que la sociedad no le perdonaba "el delito de tener talento". Posiblemente la sociedad lo que no le perdonaba era que, abastado como estaba de grandes dotes de inteligencia, no las hubiese utilizado en la obra de vencerse a sí mismo. Florencio Sánchez lo habría incluido en la dolorosa galería de sus "muertos".

De abolengo le venía el talento literario. Blas Ignacio Chuecos, el tío, se recuerda en Trujillo como poeta de estro fácil; Gonzalo Picón Febres, el otro tío, representa una de las más conspicuas cumbres de la literatura nacional; el abuelo, Gabriel Picón Febres, figura entre los más claros valores de la intelectualidad merideña; doña Felina, la noble madre, fue abnegada educadora; el padre, Juan Pedro Chuecos Miranda, era gran médico y prosista atildado. Chuecos Picón recibió, pues, la literatura como pan de familia. Y era poeta.

Raro como el padre, quien puso libre término a la vida, acaso la existencia del poeta discurrió bajo este sino de tormento. En su poesía "Fe", dejó un atisbo de su mirar hacia la puerta falsa del suicidio, cuando dijo a la tierna novia:

> Yo no tengo ni el miedo de perderte,
> ni el valor insensato de dejarte
> irte sola a los valles de la Muerte;
> ique aunque Dios lo quisiera, yo sabría
> de su gloria fantástica arrancarte
> por el insulto de la muerte mía!

Varias veces escuché al poeta hacer el elogio de la muerte libre. Comentaba con doliente palabra el trágico fin del padre, y sentía sobre sí el peso desgarrador de aquella muerte.

Saber, padre mío, que yo estoy sufriendo
por las amarguras de tu corazón.

Dentera por las uvas en agraz del progenitor, como en la sentencia bíblica, sufrió el poeta que no tuvo voluntad para luchar contra el destino.

Atormentado espíritu que buscó para su males el mismo camino donde en balde creyeron sosegar los "poetas malditos". Chuecos Picón negó a su vida oportunidad para que su obra literaria cuajase en espléndidos frutos. Peró, inconclusa y llena de amargura, ella salva la memoria de un poeta, de un gran poeta, que ganó, con poco y disperso esfuerzo, sitio permanente en las letras nacionales.

He hojeado con el viejo cariño del compañero de juventud el centón lírico de Chuecos Picón. Muchos de sus poemas los conocía ya impresos, otros se los escuché leer, aún fresca la tinta, en mi cuartucho de estudiante, donde solíamos reunirnos en las tardes, para mí cansadas de Papiniano y de mitológicos principios de derecho público, a fin de platicar sobre amenos temas literarios. Muertos están también los otros poetas con quienes frecuentemente comunicábamos nuestros sueños y fantásticos proyectos: Juan Antonio Gonzalo-Salas, Emilio Menotti Spósito, Antonio Spinetti Dini y José Félix Fonseca. Inacabados, al igual de como está quedando para Mérida la obra literaria de sus ilustres hijos Julio Sardi, Julio Consalvi, Pedro José Godoy, Ulises Picón Rivas.

No he encontrado en el poemario de Chuecos Picón el Canto a Nueva York, que, con historia y todo, ha debido figurar en sitio honroso. Como falta el relato lo pondré aquí, a reserva de dar más tarde con los versos de esta aventura, en que pudo tocarme buena parte.

En Trujillo, por febrero o marzo de 1918, comencé a publicar una pequeña revista literaria bajo el sugestivo nombre de "Juan Cristóbal". La impresión que me había hecho la obra de Romain Roland me llevó a buscar los medios de divulgar su pensamiento

cargado de humanidad. Chuecos Picón me favoreció con su poema a Nueva York, que debería aparecer en la segunda entrega de "Juan Cristóbal". Yo era empleado subalterno de la administración de Trujillo, y como injustamente se me negó un ascenso, renuncié el cargo y me vine a concluir en Mérida una profesión que me permitiese separarme del empleo público. (Dicen que el zaguán del Infierno está empedrado de buenas intenciones). Se acababa, pues, mi revista, y dejé los versos de Chuecos Picón para que se publicasen en el periódico oficial, que aparecía dirigido por el Bachiller José Rafael Almarza. Una mano enemiga, que quería cobrar al poeta sus travesuras en "La Penca de Tuna" (ya esto entra en los fueros de otra historia), llevó el periódico al señor Mac Goodwin, a la sazón Ministro de Estados Unidos en Caracas. Se produjo el reclamo, y enseguida de Caracas giraron órdenes a Trujillo y a Mérida para la prisión de Almarza y de Chuecos Picón. En su poema, éste, con criterio arielista, imprecaba la feroz cultura industrial del pueblo yanqui, próximo a ganar la primera guerra. Y fue hecho preso nuestro poeta, por cuanto el tema de sus versos desagradó al quisquilloso diplomático, que seguramente lo presentó al Gobierno como peligroso agente germánico. (Hoy hubiese sido calificado de agente comunista).

Con clara intuición de poeta, Chuecos Picón sentía cómo se agrandaba la mano de hierro que, para apretar a otros pueblos del Continente, crecía donde en bronce alzaba su llama simbólica la estatua de la veleidosa Libertad.

Ya entonces el poeta había configurado su credo de patriota, y podía decir:

> Como soy un salvaje ciudadano,
> los gavilanes de mi pluma mojo
> —con bríos de español y de africano—
> en sangre azul y amanecer de oro.

"Salvaje ciudadano". Antinómica idea, en aquella hora representada por el poeta. Del mismo modo como no supo gobernar sus

complejos, tampoco dejó que desde fuera se intentase dominar su rebeldía de soñador y su independencia cívica. Esa "ciudadanía salvaje" que tanta falta está haciendo en un pueblo que por falta de conciencia de sus deberes, día a día, va perdiendo los quilates de la nacionalidad, quiso domarla en Raúl Chuecos Picón la misión diplomática yanqui. Y logró que se le castigase, porque en el poeta hubo de fallar, para complacer en algo al poderoso, la resistencia general a la política belicista que opuso nuestra Cancillería, con decoro y altivez, durante la primera conflagración mundial. Aquellos versos y aquella prisión dan título a Raúl Chuecos Picón para ser mirado como víctima de la presión de Washington sobre el pensamiento libre de nuestra sufrida América. Junto al poeta de sensibilidad de desollado, festejemos la memoria de quien sufrió en carne viva la garra amenazante del Norte. Que ella sea capaz de avivar los ánimos timoratos.

Mérida, 1952

JOSE ANTONIO TAGLIAFERRO

En Valera, por el año 1911, cuando un día cualquiera iba a tomar a las seis de la mañana el grueso texto de Física de Ganot o el severo tomo de Filosofía de Balmes, escuché alarmados toques de campana que anunciaban incendio. Dejé los libros y me eché a la calle en búsqueda curiosa del lugar de las llamas. El fuego ardía a pocas cuadras de distancia. Creo que en una casa pajiza, cercana a la habitación de los Alvarez de Lugo. Yo no fui a ayudar. Yo fui a mirar. Entre lo que pude ver, jamás olvidaré al doctor José Antonio Tagliaferro, con toda la barba y su pata coja, encaramado en el techo de la casa vecina, encabezando con sus propias manos la obra del salvamento.

Eso era Tagliaferro. Hombre inquieto, servicial y progresista, dispuesto a todo lo que significase bien público. Valera lo vio, caballero en rucia mula, transitar los peores caminos en busca del enfermo necesitado de sus luces médicas. Y lo vio todo el Estado Trujillo. Porque, ante todo, Tagliaferro fue un médico eminente. Formaba en los cuadros de aquellos nuestros viejos médicos que ya curaban con la sola presencia ante el paciente: Diego Bustillos, Gabriel Briceño Picón, Rodolfo Montiel Zuleta, Rafael Quevedo Viloria, Octaviano Urdaneta Maya, Rafael Terán, más que sabios eran taumaturgos. Pero no se detenía su obra benéfica únicamente en aliviar la población enferma. Tagliaferro era una fuerza de poderoso e insistente progreso. En toda empresa que representase favor para Valera, ahí tenía él metida la mano. El Club del Comercio, el Ateneo de Valera, la Luz Eléctrica, la Red Telefónica

del Estado, el Hospital antiguo, la fabricación del hielo, la Iglesia, la plaza, el consorcio papelonero, el colegio, las calles, si fueran a escribir su historia, tendrían que consagrar grueso capítulo a la participación del doctor Tagliaferro.

No estaba, tampoco, solo Tagliaferro. Habia en la Valera que yo conocí en 1910 un conjunto entusiasta de hombres que se empeñaban en hacer del modesto pueblo una ciudad floreciente. El Padre Miguel Antonio Mejía, después ilustre obispo de Guayana, Ernesto Spinetti, Abel Cifuentes, Pompeyo Oliva, Domingo Giacopini, Américo, Manuel y Ceferino Briceño Valero, los dos Ibarra, Juan Ignacio Montilla, los Vetancourt (Miguel y Camilo), los Martínez Aldana, Jesús Briceño Casas, José Amando Mejía, don Juan Haack, el doctor Francisco Sánchez, Julio y José Luis Troconis, los Terán, Eleazar González Troconis, los Santini, don Andrés y Alfredo Carradini, los Ordóñez, los Mannucci, Antonio Bertoni y tantos y tantos más que escapan al ligero recuerdo, formaban una asida voluntad de progreso. Tampoco estaba personalmente solo el viejo Tagliaferro. Los Tagliaferro de Valera eran cuatro. Todos emprendedores, activos, esforzados. Luis, Simón, Horacio, trabajaban en diversas actividades. Luis era más urbano. ¿Quién puede olvidar la bien surtida botica de don Luis Tagliaferro, con su famosa "peña", encabezada por el propio Padre Mejía y por el chispeante don Domingo Giacopini? Los otros hermanos preferían el trabajo del campo.

Los Tagliaferro no son de Trujillo. Nacidos en el Táchira, de uno de los tantos honorables matrimonios de inmigrantes italianos como enriquecieron el plasma social de la cordillera andina durante el siglo XIX. A principio de la presente centuria, ya estaban residenciados en la febril y entusiasta Valera. En la sangre traían la política. Casi todos estos inmigrantes venidos el siglo pasado eran garibaldinos, malvenidos en la Península nativa. Traían ideas de progreso y libertad. Luego el medio y los tiempos los empujaron a participar en nuestras viejas contiendas locales. Tagliaferro formaba en el grupo de los Araujos y Baptistas, que reconocían como cabeza directora al doctor y general Leopoldo Baptista. En dicha parcialidad

trabajó hasta que en 1911 el doctor Victorino Márquez Bustillos y el general Juan Bautista Araujo Briceño cometieron el error de dividir las viejas fuerzas trujillanas en beneficio de la hegemonía gomecista. Del transitorio triunfo de los disidentes, Tagliaferro resultó senador por el Estado. Esto lo llevó a dejar el viejo y estrecho marco de la provincia para venir a desarrollar en Caracas su inmensa capacidad de trabajo. Otros examinarán su obra y sus errores de político; yo apenas pongo en resalto la parte positiva de su existencia.

La Sanidad Nacional, el Censo, la Academia y el Senado fueron los principales campos donde se distendieron sus facultades públicas. Al exterior llevó misiones políticas y culturales. Separado materialmente de Trujillo, siguió con lealtad e interés las líneas del progreso regional. Trabajó mucho, ganó bastante dinero, más carecía Tagliaferro del sentido metódico y conservador del capitalista. Por eso, jamás llegó a consolidar como hombre de fortuna.

Sus últimos haberes los consagró a una empresa de cultura. Cuando en Caracas más se hacía sentir una publicación formal que reemplazase a "El Cojo Ilustrado", él se puso en 1918 al frente de "Cultura Venezolana". No se pudieron sostener "Actualidades", de Rómulo Gallegos y Aldo Baroni; "La Revista", de Luis Alejandro Aguilar y Adriano Riera; "Venezuela Contemporánea", de Gabriel Espinosa y Andrés Eloy de la Rosa. "Cultura Venezolana" logró vivir hasta 1931, año de la muerte de Tagliaferro. En dicha publicación lo acompañaron principalmente Lisandro Alvarado, Jesús Semprún y Leopoldo Landaeta. Aquella revista fue tribuna y antología excelente del pensamiento patrio. Supo mantener una altitud que no es fácil guardar en este tipo de publicaciones. De material ecléctico y variado, ahí se publicaron desde la fina balada hasta el abstruso cálculo de embalses y de puentes. La colección de "Cultura Venezolana" y los libros publicados por ella constituyen ricos documentos para el estudio del pensamiento de Venezuela durante el intersticio de las dos primeras guerras mundiales, claro que relacionando sus proyecciones al estado de censura general que vivían las ideas durante aquella época de dictadura.

"Cultura Venezolana" fue la última gran pasión creadora del viejo Tagliaferro. A la revista consagró sus postreros años con un amor y una devoción que lo hacen acreedor a la gratitud de las letras nacionales, en la misma medida en que supo ganarse la gratitud del pueblo de Valera. En la historia literaria de Caracas, Tagliaferro reclama puesto de honor junto con los grandes animadores de las letras patrias. Al lado de Navas Espínola, Valentín Espinal, Tomás Antero, Gerge Córcer, los Rojas, Jesús María Herrera Irigoyen tiene bien ganado su sitio el infatigable Tagliaferro. En Valera su memoria será conservada junto con la de monseñor Miguel Antonio Mejía, Juan Ignacio Montilla, Pompeyo A. Oliva, Carmela Sánchez de Jelambi y María Dolores de Araujo, como la de uno de los más vigorosos propulsores de su cultura.

Caracas, 1952

RUFINO BLANCO FOMBONA

En este alegre Madrid, donde diariamente ocurren tantas cosas, donde todo lo humano pasa y se transmuta, he tenido el placer de topar con la sombra de un gran venezolano. No he dado con ella ni en las anchas calles soleadas ni en los tenebrosos y recatados rincones. A Rufino Blanco Fombona lo he hallado de cuerpo entero en casi todas las librerías de viejo. Podría explicarse su presencia frecuente en las ventas de lance, por el hecho de la infatigable labor editorial por él realizada en esta Villa y Corte del Oso y del Madroño. Pero, junto con sus libros de pie matritense, he tropezado con obras suyas editadas en Caracas, en París, en Roma.

Madrileño y español por su larga estada en la Madre Patria y por la acendrada devoción a la memoria del ilustre abuelo don Evaristo —promotor en Caracas de la Academia Venezolana Correspondiente de la Española de la Lengua—, Rufino Blanco Fombona llegó a calar muy hondo en el propio pensamiento histórico y literario de España. Lo caló no sólo por los almanaques que hubo de desglosar durante su forzada permanencia de más de veinte años en la egregia capital del mundo hispánico, sino en razón de la fuerza y de la dimensión de su personalidad de historiador y de crítico.

En lo que va corrido de siglo, quizá, o sin quizá, las figuras literarias que han dado mayor renombre a Venezuela son las de Rufino Blanco Fombona y la de Rómulo Gallegos. La obra novelística de Gallegos no sólo rompió las lindes de lo nacional, pero también la propia geografía de la lengua. Gallegos tiene derecho a la

universalidad que el Premio Nóbel concede frecuentemente a escritores nórdicos de fama pasadiza. Así acaba de ser comentado en Salamanca con motivo de las recientes Jornadas de Literatura Hispanoamericana.

Rufino Blanco Fombona abarcó, junto con la historia y la novela, diversas disciplinas literarias. Poeta, crítico, periodista, cuentista, su bibliografía tiene cuerpo de catálogo en las librerías. Sin embargo, en Venezuela no se ha hecho aún justicia al grande escritor. Más que al hombre de la gloria, se recuerda al hombre común de las pasiones violentas. En la evocación humana de Blanco Fombona pareciera que sus defectos fueran tantos como para opacar por completo la grandiosidad de su obra intelectual. En otros, con deficiencias sociales más notorias: se han olvidado caídas y errores para exaltar condiciones que no llegaron a la altitud de las prendas ilustres del grande escritor.

Conocí a Rufino Blanco Fombona ya en los últimos años de su fecunda vida, y me tocó el honor de ver puesto mi nombre a la cabeza de la lista de amigos que invitaron a su entierro. Cuando me reincorporé en 1941 a las actividades de la Academia Nacional de la Historia, después de grata estancia en Centroamérica, hallé a Rufino ocupando el sitio que lo esperaba desde tantos años. Pedro-Emilio Coll oficiaba en la biblioteca del Instituto; yo entré a ejercer la Secretaría. Por aquel entonces los viejos escritores cordializaban y discutían en el mismo tono en que Blanco Fombona alababa y hacía reparos por 1902, en su columna de "La Renaissance Latine", a la obra primigenia de Pedro-Emilio y con la misma cordialidad y buen humor con que Coll, siendo encargado de Negocios en España, se acercaba al diario "La Voz", donde Blanco Fombona había publicado un artículo contra el general Gómez para dejar las cosas en su puesto. En aquella ocasión, al escuchar nuestro renaniano escritor que Luis de Oteyza le decía: "Bueno, bueno, señor Coll: no nos venga a decir nada de quién es Gómez, porque bastante lo conocemos por acá", Pedro-Emilio le respondió: "No, señor; pues se equivoca usted; yo no vengo a hablarle del general Gómez, sino a decir quién es Rufino Blanco Fombona".

Lo que en realidad era Rufino Blanco Fombona, y que bien se lo sabía Pedro-Emilio, como lo muestra el prólogo de "Dos años y medio de inquietud", no lo sabe Venezuela aún. De boca en boca del público anda el anecdotario florido, violento, sarcástico, paradójico, que nos pinta a un Rufino agresivo, arbitrario, impulsivo, tierno, delicado, generoso, áspero, alegre, torvo, capaz del crimen y de la injusticia, y capaz también, como lo hizo en Río de Janeiro, de sospechar el tintineo de la transitoria locura e internarse por sus propios pies en una casa de orates. Ese Rufino, como tema inagotable para la tertulia de hombres que se complacen, según es ley en Venezuela, en sólo hacer inventario de los defectos ajenos, es sobrado conocido de un cabo al otro del país. Pero el Rufino escritor, historiador, poeta, novelista, crítico y patriota no lo conoce nuestra gente en la medida que lo reclaman las necesidades de cultura del pueblo y la necesidad de justicia para la memoria de los grandes valores que dan prestigio a la República.

Lo que Blanco Fombona hizo por nuestras letras y por nuestra historia constituye por sí solo una labor que llenaría el destino de un hombre. Las ediciones críticas y divulgativas de nuestros escritores del siglo XIX, sus trabajos de difusión de nuestra historia y de nuestras letras de ayer, comprometen hacia su recuerdo la gratitud del pensamiento nacional. La "Biblioteca Ayacucho", de la Editorial que dirigió en Madrid, es un monumento a América. A través de ella, Blanco Fombona divulgó el estudio de la historia del Continente. No se limitó á exaltar el culto a Bolívar, en forma sistemática y ardorosa que lo sitúa entre los más altos intérpretes del pensamiento del Libertador. Para él, Bolívar, pese a su grandeza extraordinaria, era hombre de carne y hueso, susceptible de errores y sometido a las líneas normales de la tipología humana.

Como escritor era, en realidad, Blanco Fombona un volcán de pasión. Cuando lo ponía a arder al servicio del odio enemigo, ni escritor ni político alguno subsistía al fuego devastador. Pero ese volcán tenía su contrapartida creadora. Venezuela y América fueron para él una pasión constante y un delirio permanente. El sentía a nuestra América mulata con ardor inmenso que lo llevaba a

olvidarse de su propia sangre de oligarca. Contra el imperialismo europeo y contra el imperialismo yanqui estuvo en permanente vigilia. Jamás creyó en el panamericanismo a lo Blaine, que habría de destruir nuestras raíces diferenciales. El abogó por el panhispanismo, o al menos por el luso-hispano-americanismo. "Un Congreso de plenipotenciarios latinoamericanos, reunidos en algunas de nuestras ciudades: Santiago de Chile, México, Guatemala, Caracas, Río de Janeiro, Bogotá, pudiera, como ya lo intentó la previsión de Bolívar en el Congreso de Panamá, decidir de los destinos de nuestra raza y de nuestro continente", escribía con certera visión de las necesidades de América.

En el cuadro de los egregios valores que dedicaron pensamiento y acción a la idea de rehacer la unidad de nuestra América española bajo los nuevos signos de libertad y autonomía ganados por los padres de la Independencia, Rufino Blanco Fombona ocupa puesto de primicia.

Para juzgarlo plenamente precisa desvestirle la faz de aventura que en él explotan sus frecuentes apologistas y presentar al vivo el tuétano de sus grandes ideas. A despecho de algunos críticos amanerados que pudieran sentir fastidio por el contenido permanentemente universal de los principios que orientaban su pensamiento, urge hacer el inventario positivo de la gran obra realizada por Blanco Fombona. Para reencontrar a la Venezuela materna, que pareciera desvanecerse en el afán sensualista de las nuevas generaciones, es necesario levantar faros capaces de señalar los angustiosos caminos por donde se va a la realidad de la nación. Nuestras letras están reclamando una exploración crítica del pensamiento y de la obra de Blanco Fombona, en la cual se vea, sobre lo anecdótico, el fundamento de las ideas que sirvieron de espina dorsal a su vasta obra. Dicha exploración reclama una profundidad y una serenidad de juicio que sean capaces de poner sosiego a la enemiga que aún suscita la memoria del combativo escritor.

Aun las aves del cielo lucharon en honra y para símbolo del gran venezolano. A la hora de salir su féretro de la capilla ardiente

levantada en el salón de juntas de la Academia de la Historia, hubo riña de pájaros en el jardín alegre, solemne, pacífico del viejo Instituto. Entre el verde follaje de los altos cipreses se persiguieron de manera feroz dos avecillas. Un colibrí y un arrendajo lucharon con crueldad humana por la posesión de un nido, hasta caer el último sin vida sobre las dormidas aguas de la alberca. En homenaje al poeta muerto bien pudo haber caído "una estrella errante en la copa azul del mar". Pero como se trataba de un poeta doblado en temible espadachín, los dioses quisieron honrarlo con el sacrificio de aves errantes y cantoras...

Madrid, 14 de agosto de 1953

EDMUNDO URDANETA

Creo que antes de morir publicó algunos apuntes sobre su larga y dolorosa permanencia en el castillo de Puerto Cabello. Quienes le conocieron en prisión, más que advertir su vocación por las letras, tropezaban con el corazón ancho y generoso que se le salía del pecho. De sus compañeros de cárcel, especialmente de Jóvito Villalba, he oído los más asombrosos elogios para su derramada bondad.

Yo no sabría decir cómo Edmundo Urdaneta, rico, generoso y pacífico ciudadano de Maracaibo, llegó a convertirse, con Rafael Vegas, Armando Zuloaga Blanco, Pancho Angarita, José Rafael Pocaterra, en compañero del general Román Delgado Chalbaud, cuando la aventura del *Falke*. La última vez que lo vi en Maracaibo fue el año 1921. No pensaba Edmundo en actividades políticas. Trabajaba su fortuna y distribuía, como fiel intendente evangélico, buenas sumas de dinero entre las personas que tocaban a la puerta de su noble corazón.

Aquella vez recordamos Edmundo y yo nuestros años comunes de colegio, bajo la recia y cariñosa dirección del gran maestro Félix Andrés González Maldonado. Mentar a este insigne pedagogo y no hacer su elogio sería faltar a la justicia debida al ciudadano y al maestro insuperable. En actitud ejemplar, González Maldonado fue ambas cosas. A la virtud de enseñar letras aunaba una conciencia excepcional del deber cívico. En honor a Maracaibo y al Zulia es bueno recordar que cuando en aquellos martes declinaban las

virtudes públicas en otras porciones del país, en la tierra de Urdaneta y de Baralt se mantenía el rescoldo de una altiva posición republicana. La vida madura de González Maldonado alternó entre la cárcel y el colegio. Si el Liceo San Andrés es recordado con respeto en Maracaibo, también en Trujillo, adonde por tres épocas lo trasladó su director, se memoran sus aulas con admiración y acendrado cariño. Gran maestro, González Maldonado poseía en grado máximo el don de enseñar a aprender, que es la virtud suprema del educador. Más que por ganar un salario para atender su modesto pasar de hombre virtuoso, González Maldonado enseñaba por el placer de abrir espíritus a la dicha de la luz. Cada alumno pagaba, por debajo del estipendio regular, la cantidad que era posible a la familia. Cuando mi padre murió y él supo la pobreza de mi hogar, pasé a ser alumno de gracia en el Liceo San Andrés.

Como los buenos educadores, sabía que la palabra, ora escrita, ora hablada, debe ser el primer cuidado de la escuela. Vehículo de comunicación social, mientras mejor sea la calidad del instrumento de expresión más correcta y clara será la inteligencia entre los hombres. Entre la palabra y el pensamiento existe un vínculo tan fuerte que llevó a Schopenhauer a compararlo con el nexo existente entre el feto y la placenta. González Maldonado promovía, en efecto, entre sus alumnos ejercicios de lectura y de redacción. La vieja crestomatía de Mantilla era leída en alta y modulada voz por los alumnos, una vez concluidas las clases de tabla. Y, junto con la tarea de la lectura cuidadosa, la explicación del valor de las palabras y de la manera de alterarlas de sitio en el juego de la oración. Mientras otros maestros no daban precio al libro modesto de lectura escolar, él nos hacía quererlo como obra del amigo de Martí que prestó su pluma para el cabal pensamiento del general Páez.

Al impulso de este grato trabajo, Edmundo Urdaneta y yo dimos en hacer un periódico. Para el efecto, ambos teníamos buena letra y sabíamos moldearla en orden a simular caracteres de imprenta. La empresa del nombre fue laboriosa. No hallábamos cómo denominar la minúscula hoja. Nuestras escasas lecturas de los doce años no habían remontado los instrumentos escolares. Leíamos *La Edad de*

Oro. de Martí; *El Tesoro de la juventud* y la *Astronomía popular*, de Flammarion, con que mi padre había premiado mis últimos exámenes. En las claras y maravillosas noches de Maracaibo, Edmundo Urdaneta y yo, desde la azotea de mi casa, en la calle Ancha, procurábamos dar a las estrellas el nombre que tenían en el libro. Cielo arriba se iban nuestras miradas de muchachos. Y en el cielo hallamos nombre para nuestra hojita infantil. La llamamos *Venus*. Cualquiera pensaría que el nombre derivase de un sentimiento de belleza plástica, como si en la infancia velada del deseo persiguiésemos la imagen de Venus Anadiámene. Nuestro pensamiento, en cambio, estaba lleno de sueños. Alguien nos refirió que el gran vate José Ramón Yepes había dado en el vacío, al llegar al extremo de los muelles, porque iba absorto en la contemplación de las estrellas. Nosotros juzgábamos que con mirar los astros descendía sobre los hombres el numen poético. Venus nos pareció el lucero más propicio, por ser el más cercano a nuestro mundo. Y así se llamó la hojita en que empezamos a dar circulación a nuestras incipientes ideas. Creo que un cuartillo cobrábamos a los compañeros por el ejemplar. Estos no llegaban al número de diez. Los compraban José Ramón y Jaime Pocaterra, el *Tuerto* Cubillán, Rafael Nones, Finolito, Rembolt, Pepe Menda, que nos ganaba en años y vivía, como nosotros, en la calle Ancha y era animador económico de nuestra empresa periodística. Para que hubiese mayor número de ejemplares, a horas furtivas de su trabajo de empleado de la firma Menda, él copiaba dos o tres.

Yo debía a Edmundo Urdaneta este sencillo recuerdo fraternal. A su lado, en humilde papel "Amistad", y en apretadas columnas manuscritas, empecé mi trabajo literario. Hoy escribo en papeles más grandes y en apretados libros. De entonces acá ha mejorado un poco mi instrumento de expresión. En cambio, no encuentro a la mano aquel papel sencillo, cordial, nobilísimo, donde mi espíritu empezó a sentir el precio de la sin par palabra. Ese papel se ha fugado de la circulación de los mayores. Nadie quiere comprometerse sobre hojas tan humildes y sencillas. Hoy, cuando escribo estas líneas, creo que a la cabeza del papel lucen las manos enlazadas del papel desahuciado por los hombres.

No siguió Edmundo Urdaneta el camino de la pluma. Labró generoso capital, y ofreció después a la República su revolucionario esfuerzo juvenil. Era hombre para vivir en un mundo mejor que el mundo venezolano que le tocó sufrir. Quijote de la libertad y del decoro cívico, resolvió mirar hacia el mundo de las estrellas. Apenas el lucero venusino permanecía iluminando el alba de su espíritu. Permanentemente en el horizonte, como promesa de mañana vecina, no logró verlo apagado por la plena luz solar que su espíritu anhelaba para la fecundidad de la República.

MONSEÑOR MIGUEL ANTONIO MEJIA

Presididos por mi viejo amigo don Luis Tagliaferro, nos hemos reunido un grupo de amigos y discípulos de monseñor Miguel Antonio Mejía con el fin de recaudar fondos para erigir al ilustre prelado un monumento en la progresista ciudad de Valera.

Imaginativamente, yo trasladé la reunión a la esquina valerana de la botica que regentaba Tagliaferro. En la frontera esquina funcionaba el colegio Santo Tomás de Aquino. La plaza Bolívar no tenía la fronda sombrosa que la constituye hoy en oasis amable; apenas la adornaba un gracioso quiosco construido con motivo de las fiestas del Centenario. La "peña" de la botica, lejos de presidirla el dueño de casa, era presidida por el Padre Mejía. Desde allí, el ilustre levita vigilaba la vecina iglesia y el alegre colegio. Los alumnos le miraban con el respeto que imponía su facha más que su carácter. Ni a encender un cigarrillo se atrevían los muchachos cuando sabían vecina su voz autoritaria. Desde lejos, como el temido Agamenón, gobernaba su pelotón de estudiantes. Para temerle no era preciso enfrentarse a sus amenazadoras y frondosas cejas. Con que el viejo Perdomo dijera que el padre había cortado su siesta, bastaba para que la grey estudiantil estuviera ya lista a la obediencia. Desde la botica le era también fácil recibir los avisos del sacristán de la parroquia. Los entierros y los bautizos le hacían ir y venir del templo al colegio, o del templo a la botica. Muchas veces regresaba con la bolsa abastecida de los estipendios de tabla. Pero ahí mismo se iban los dineros para la casa de la viuda, del enfermo o de los huérfanos que acudían a su munificencia desbordada. ¡Cuántas

veces don Luis Tagliaferro hubo de cargar con la última dádiva que no pudo sufragar el Padre Mejía!

Hoy, don Luis encabeza la colecta para pagar a la memoria del egregio Pastor lo que le deben Valera y su cultura. La "peña" es otra. Como venerable recuerdo de la reunión antigua, don Luis preside el conjunto de quienes ayer, muchachos, cuando recibíamos el regalo de su palabra educadora y la aspereza de su oportuna admonición, veíamos como algo vedado la reunión de los mayores. Aunque no están todos, la reunión es plena. Los que figuran en la lista están presentes en agradecida memoria. ¡Cuántos discípulos del maestro eminente han hecho honor en la vida venezolana a las enseñanzas del Santo Tomás! Enumerarlos sería hacer un censo interminable. A la memoria, además, escaparían nombres valiosos, escurridos de la copiosa lista. A mis propios compañeros de curso me sería difícil nombrar en su totalidad, así no pueda resistir el deseo de recordar a aquellos que como Régulo Pérez, José Nicomedes Rivas, Rafael María Villasmil, Jesús Rosales Aranguren, José de Jesús Santini, José Araujo Mannucci, José Felipe Márquez Cañizales, Rutilio Martini, Rafael José Pimentel, Pedro Briceño Cols, han seguido siendo mis amigos de todos los tiempos.

Con la aportación generosa de los antiguos discípulos y de los viejos amigos será costeado, pues, el monumento que en Valera se erigirá al ilustre levita, justamente en lugar que hace frontería con el Comedor Popular que lleva su nombre. Comedor y busto harán par en el empeño de indicar lo que Valera debe al maestro. Al huérfano, a la viuda y al enfermo ayudó con su óbolo material; al grande y al pequeño ofreció el pan de la cultura.

La labor educativa del Padre Mejía no consistió en abrir un colegio y llamar a los futuros educandos. La suya fue recia lucha con el medio. El no esperó al muchacho conducido dócilmente de la mano autoritaria del padre. Sus primeros alumnos los sustrajo del garito, del bolo y la gallera. Era lucha abierta contra un ambiente donde pululaban las oportunidades favorables al vicio. Con su talante marcial se hacía obedecer de las propias autoridades policiacas,

cuando era preciso defender la cultura y la justicia. Primero, con Américo Briceño Valero, también benemérito educador de Valera, dirigió el colegio Vargas, de fundación oficial; más tarde, con internado que albergaba jóvenes de todo el Estado Trujillo, fundó el Santo Tomás de Aquino, tan afamado en la Cordillera como el célebre colegio de La Grita, de monseñor Jáuregui. Allí él enseñaba desde Química hasta Griego, desde Algebra hasta Historia Universal. Buen humanista, poseyó conocimientos en letras divinas y humanas que le permitían ser maestro en opuestas y variadas disciplinas. De fuera del Estado tuvo alumnos el Santo Tomás. Mariano Picón-Salas vino de Mérida a vestir el curioso uniforme aquinatense: pantalón blanco, saco negro, corbata azul y cachucha roja. ¡Vaya que era gracioso el atuendo!

Si en el orden de la didáctica y del periodismo la labor del Padre Mejía calza puntos de excelencia, su obra de párroco y de ciudadano le valieran elogios subidísimos. Tan pronunciadas eran sus dotes evangélicas, ya como orador sagrado, ya como modesto catequista, que antes de recibirla se adivinaba sobre su altiva cabeza el esplendor de la mitra. Cuando se le preconizó para el Obispado de Guayana, en Valera hubo alegría y duelo. Alegría, por la honra que ilustraba al hijo benemérito; duelo, por la ausencia del párroco solícito, del educador insigne, del periodista que libró estupendas batallas por la verdad, por el progreso y por el bien; del filántropo que prodigó la bondad a manos llenas, del amigo que jamás supo de alternativas y de espaldas. (Tres cosas combatía tesoneramente en su colegio: el gerundio, el qué galicado y la deslealtad, y sus discípulos nos preciamos de ser fieles a su enseñanza).

Se le tenía por hombre de recio e incedable carácter. Su modo de expresarse era, en verdad, áspero y autorizado, y como jamás conjugó el miedo para el discurso de su vida, se le consideró de carácter indomable. Al ser consagrado obispo en 1923, visitó al presidente Gómez y le pidio la libertad del general Román Delgado Chalbaud, quien desde 1913 soportaba dura carcelería en La Rotunda. El Caudillo apretó el ceño y, tascando su disgusto, se limitó

a comentar con sus íntimos: "¡Y qué les parece a lo que se atreve el "general" Mejía!"

Mas lo cierto es que el mote bélico con que se fue bautizado el bondadoso prelado distaba de caerle justo como distan de nosotros las estrellas. Yo he tenido oportunidad de leer la correspondencia de monseñor Mejía con el santo arzobispo Rincón González, cuando, despojado éste de la jurisdicción episcopal en virtud de la famosa visita apostólica, asumió el obispo de Guayana el gobierno de la Arquidiócesis de Caracas. Hay que ver la ternura y la delicadeza como el obispo auxiliar comunicaba a la víctima las medidas que le era "obligado" tomar. Un mundo de dolor, de bondad y de cristiana obediencia se esconde en esas cartas magníficas, que tanto sirven para honrar la sumisión apostólica del arzobispo perseguido como para medir los puntos de delicadeza, de ternura y aun de debilidad obediente que eran prenda del grande espíritu de monseñor Mejía*.

Me tocó el honor de tratarlo de nuevo muy de cerca cuando el año 1944 fui presidente del Estado Bolívar. La gente sabía que yo le rendía el respeto y el afecto debidos a un viejo maestro. A él acudían, pues, en demanda de recomendaciones para cargos y beneficios públicos. El no sabía decir a nadie no. Pero él sabía que no podía yo atender sus continuas recomendaciones. Sin que le reclamase nada, se presentó un día a mi despacho, y después de cruzados los saludos, y en medio de la ancha, cordial y sincerísima risa que le era característica, me declaró: "Soporte mis tarjetas; no les haga caso; pero a mí no me es posible negarme a la gente que me pide recomendación cerca de mi discípulo". Y cuando cariñosamente le argüí que con ello me creaba un problema con el público, me respondió con su gran risa de siempre: "Pues busque usted quien le arregle su evasiva, que yo con sólo enviarle tarjetas resuelvo mi problema".

(*) Cuando esta nota salió en la prensa, gente de cogulla me llenó de furtivos papeles con injurias para ambos mitrados.

Afanoso por servir, jamás pudo dar a nadie la negativa por respuesta. Violento en el impulso, la gente apenas escuchaba el borbotar de las palabras altisonantes. Quien, en cambio, se detenía a indagar su mundo interior y su menuda vida, daba en saber que la suya era rudeza que, al igual de la nuez, se quedaba en la mera superficie. La parte oculta de su espíritu era regalo de mieles y fineza de bondades.

Si con el mundo tuviera cuentas, las saldó con sobrados beneficios en el largo tormento que fue su última enfermedad. Ni una queja, ni un lamento salieron de sus labios por el dolor de la gangrena que invadía sus extremidades inferiores. Indomable por la amenaza y por el dolor, el suyo fue carácter que sólo se rendía a la bondad y a la obediencia. Luchó con la muerte en forma heroica. Hasta lo último mantuvo su autoridad de obispo y su alegría de sano montañés. Casi en pie, como los árboles de la cordillera nativa, se entregó al golpe certero de la muerte. Era en verdad un recio árbol, cuya madera servía para resistentes fábricas y en cuya tupida y sombrosa fronda colgaron sus nidos pájaros seráficos...

NEMESIO SAEZ

Cuando lo conocí en Trujillo por 1914 era hombre que frisaba con los sesenta años. Vivía en un amplio cuarto encalado del viejo hotel de la Cruz Verde, entre libros, baúles, expedientes y canastos. Todas las semanas venía el peón de Carache con la carga de manzanas, uvas, membrillos y duraznos, con los sabrosos quesos de Las Virtudes, con el buen amasijo del horno familiar, con los bocadillos de las Rojas, para repletar los rústicos cestos que adornaban la pared. El doctor Nemesio Sáez tenía gusto especial en obsequiar con estas finezas de la tierra a las numerosas amistades que contaba en Trujillo. El era hombre en permanente trance de obsequiar algo: una fruta, un libro, una moneda o un consejo.

A las ocho de la mañana ya el doctor Sáez, pulcramente vestido —blancos los pantalones, negro o gris paltó y chaleco—, estaba entrando en la Casa de Gobierno a su Juzgado de Primera Instancia Civil. El reloj lo llevaba siempre adelantado, sin que ello impidiese que lo usara más para esperar que para actuar, según sutil observación de Marañón sobre Felipe II. En el recorrido de las dos largas cuadras que separaban su posada del palacio gubernamental, el buen juez había hecho, por lo menos, diez posas para saludar a los amigos. Quienes le veían la cara barbada, evocadora del rostro adusto del presidente colombiano Rafael Núñez, lo tomaban por persona hacedora de pocas migas. Pero el doctor Sáez, a pesar de la hispidez de su físico, era extremadamente amable. Dechado de hombre generoso y pacífico era este encantador viejo Sáez.

De sus fincas agrícolas de Carache, donde desempeñaba a cabalidad oficios de patriarca, fue llevado a la capital para que administrase justicia. El no era abogado, más había concluido la facultad de Derecho en nuestro antiguo Colegio de Primera Categoría, que tanto lustre dio al viejo Trujillo y que llegó a tener título y categoría de universidad, en aquellas épocas gratas que no hacían presumir para la ciudad y para el Estado la posibilidad de un terco empeño por ponerlos a la cola de los otros Estados y de las otras ciudades de Venezuela.

El doctor Sáez era, más que cuidadoso, un juez meticuloso. Cuando una causa caía en sus manos, surgía en su ánimo el temor de que pudiera fallarla con mengua de la justicia. De otra parte, ambos contendores eran a la continua sus amigos. ¿Cómo, entonces, desagradar a uno o a otro? Por ello, el doctor Sáez, después de vestir con grande esmero los expedientes y de ponerlos a boca de "Vistos", tomaba una prudente licencia y se iba a su pacífico Carache, a desgajar de la rica huerta familiar los suaves durazneros, los verdes manzanos y las parras deleitosas.

Oasis de paz, la vieja ciudad por Bolívar motejada de inquebrantable realismo, ofrecía al doctor Sáez la ternura de su clima, el verde de sus vegas deleitosas y la cordial sencillez de sus vecinos. Ciudad de ancianos, donde a la muerte se le hacen difíciles los caminos, Carache goza del más agradable y salutífero clima de la cordillera. Frescos y secos aires la ventilan, sin que siquiera se sienta su curso, por el abrigo que le prestan los empinados cerros erodados que fórmanle anfiteatro. La suya es dulce paz que mantiene en lugar fijo la columna de mercurio de los termómetros. A la meridiana y al conticinio, los caracheros gozan de igual temperatura.

Esa quietud la llevaba el doctor Sáez también en el espíritu. Jamás intentó modificar su vida de fuera ni su vida de dentro. Enemigo de novedades, fue opuesto a que Carache tuviese camino carretero. "Los automóviles, lejos de traernos el buen progreso, nos traerán los vicios de las ciudades", decía, cuando en 1928 se decretó el ramal que une a Carache con la carretera transandina. Que le hablaran de

novedades revolucionarias, de progreso social, de reforma de principios, y él lo miraba todo sin interés. "Cumplan los hombres cabalmente los mandamientos de la Ley de Dios, que lo demás les vendrá por añadidura", era su respuesta para los soñadores. Huía las tempestades humanas, y para conjurar las de sus vecinos tenía siempre en los labios la palabra de paz y de concordia. Como esa concordia no la lograba siempre a través de los procesos judiciales, ensillaba, como he dicho, su mula rucia, se ponía su gran sombrero de Panamá y la blanca ruana, y se partía a la paz de su Carache familiar.

Cuando yo era mozo, visitaba al doctor Sáez en su posada de la Cruz Verde. A horcajadas en su vieja hamaca, tocado de gorro bordado en hilo de oro y lentejuelas, con pantuflos del mismo estilo, presidía la pequeña tertulia, a que concurrían, entre otros, el doctor Julio Sánchez, Abel Cañizales, Julio Quintero, Manuel Briceño Graterol, José Félix Fonseca, Pionono Márquez. Gente de toda suerte de edades y pensamientos, que gozaba con la charla sencilla, educadora, generosa, del discreto juez.

Si algo detestaba yo eran las leyes y el título de doctor en Ciencias Políticas. Se me hacía que los abogados, obligadamente debían cultivar la política, y yo andaba buscando la oportunidad de no depender de cargos públicos. (No sabía entonces lo que me esperaba en la vida). Pero de oír al doctor Sánchez y al doctor Sáez, terminé por creer en el Derecho. Del primero tuve ocasión de escuchar largas exégesis sobre la obra jurídica de Gil Borges. Me pareció que la Justicia era una musa aprehensible, en cuya conquista no se perderían vanamente desvelos y sacrificios. El doctor Sáez puso en mis manos las *Institutas* comentadas por Ortolán. A poco yo creía ciegamente que la *constante y perpetua voluntad de dar a cada quien lo suyo* podía ser eje de la sociedad humana. Los años me han ilustrado lo que yo me sabía por mí mismo desde que vi encarcelar a un modesto funcionario que había retardado un giro oficial, porque, sin voluntad de robo, dispuso del dinero para cubrir una letra vencida, en espera de que le fuese entregada mayor suma; mientras tanto, frente a la bodega embargada del amigo preso, se vendían el

aguardiente y el azúcar que altos hombres del poder explotaban como cosa suya en las incautadas haciendas de los Baptistas, Pedro Carrillo Márquez y Tista González.

Entre las conversaciones sobre temas viejos que escuché al doctor Sáez he recordado siempre la que se refiere a la niñez del doctor José Gil Fortoul, discurrida en la hacienda "San Antonio", en jurisdicción de Carache. El *Pelón* Gil como buen oligarca, hubo de refugiarse en Trujillo durante la Guerra Federal. Entonces vino al mundo quien llegaría a escalar en Venezuela los más altos sitiales de la cultura, de la hombradía y de la política. Decía el doctor Sáez que Gil Fortoul era nacido en cercanías de Carache. En la primera edición de mis *Lecturas Venezolanas*, expresé que las glorias del larense Gil Fortoul podía disputarlas Trujillo, por haber quien dijera que había nacido en Carache. Corrieron los años, y en 1939, conversábamos en los jardines del viejo Palacio de las Academias Gil Fortoul, Pedro de Répide, Rafael Paredes Urdaneta y yo. Entonces el Maestro, que aspiraba una curul congresil por el Estado Trujillo, ya que Lara se la había negado, declaró que era cierto su nacimiento en cercanías de Carache. En la edición siguiente de mi libro estampé la confirmación de Gil Fortoul. Quizá a éste reclamaron más tarde sus coterráneos larenses la admitida oriundez trujillana, y en junta de la Academia de la Historia, estando yo presente, desautorizó lo dicho. No le repliqué. Era tan respetable el Maestro y era tan grande la carga de sus años, que consideré rendir a mi discreción un homenaje, cuando me limité a decirle: "Debí haberle oído mal, querido Maestro. Borraré lo dicho en próxima edición". Después expliqué a mis colegas el caso singular de olvido o de enmienda de un travieso error.

Mas, se ha repetido que yo inventé esta fábula para sumar a Trujillo el prestigio de un gran nombre. No ha habido tales martes. No soy, en primer lugar, chovinista, así ame apasionadamente mi región y así esté dispuesto a defender la tradición que enseña cómo en el viejo zanjón de Mucas tuvo lugar el nacimiento de María Santísima, con el mismo entusiasmo como los toledanos asientan que su noble y peñascosa ciudad fue fundada por el propio padre

Adán. Fantasía no me falta para pintar la teoría de ángeles que vinieron a llevarse a la primorosa bambina. Estas cosas las creo, con la misma ingenuidad con que las pueden sostener a su vez tirios y troyanos. Mi nacionalismo sabe romper las lindes del afecto lugareño. En días pasados unos chicos del Colegio Santiago de León de Caracas vinieron a conversar conmigo a efectos de un reportaje para su periódico mural. Me preguntaron qué ciudad de Venezuela prefiero yo después de Trujillo, y les dije que para mí Trujillo se me había ido ensanchando a medida que crecí en años y a medida que fui conociendo a Venezuela, al extremo de que en cualquier parte del país me siento como si fuese mi ciudad natal, llámese el sitio Mérida, Maracaibo, Upata, Caracas o Valencia. Más que de Trujillo, y por ser trujillano, me considero hijo de la Venezuela indivisible.

Para sentirme partícipe de la honra del paisanazgo con Gil Fortoul me da lo mismo que haya nacido él en Barquisimeto o que hubiera nacido en casa paredaña con la casa donde di mi primer grito de angustia ante la luz del mundo. No creo tampoco que Trujillo tenga tal desesperación por lucir verdaderos valores nacionales como para salir a robar los valores más notorios del vecindario. Cuando apunté en 1926 la referencia de un posible nacimiento en Carache del doctor Gil Fortoul, la hice en homenaje a la gloria nacional del Maestro.

¡Vaya que de algo sirvió el apunte del doctor Sáez! ¡Hoy, cuando quiero recordar al viejo amigo, con la gratitud de quien siente en su vida actual la influencia poderosa de su generosidad y de su consejo, sale a dar brillo a la modestia de su personalidad de provinciano empedernido, la gloria fulgurante del niño que él tuvo en sus brazos de niño más grande, cuando la Patria vivía una hora de profundo dolor!...

1952.

RECUERDOS DE "EL PALADIN"

Persona amiga me ha obsequiado con una pequeña colección del periódico político *El Paladín*, que se editaba en Trujillo por los años 1908 y 1909. De sus escasos números me he valido para hacer una rápida evocación cariñosa de mi ciudad natal.

Cuando salía *El Paladín* era yo muchacho que tenía concluida la instrucción primaria y me preparaba a ingresar en el viejo Colegio Federal de Varones, que por entonces publicaba avisos de los nuevos cursos lectivos. Firmaban los avisos el director, doctor Ignacio Carrillo, y el subdirector secretario, doctor Edmundo Anzola. Por dicho tiempo me acercaba ya, en el orden físico, a los tipos de imprenta. En aquellas vacaciones mi padre me puso a trabajar en la imprenta del Estado, donde se imprimía *El Paladín*. El primer componedor que tuve en la mano lo recibí de Aparicio Lugo. ¿Quién dice que no pude haber compuesto yo algunas notas de este número de agosto que ahora tengo en mi escritorio?

De lo contenido en las amarillentas hojas de esta vieja publicación de mi provincia nada me habla con tanta vivacidad como los avisos. La parte seria y noticiosa evoca en mí pocos recuerdos; en cambio, cómo rehago mi vida de muchacho al compás de la lectura de estos deliciosos avisos! De nuevo me siento en la silla de la barbería que Delfín Rivero tenía en la Cruz Verde, cuando doy con el anuncio que se hizo poner para exaltar sus habilidades de fígaro: "Sale jovencito y buenmozo todo el que pase por debajo de sus navajas y tijeras, por viejo y arrugado que sea". Si el doctor Fausto

hubiera ido a Trujillo maldita la falta que le hacía vender el alma al diablo, cuando con una peseta el cojo Delfín lo habría puesto en atributos de conquistar a Margarita.

Frente a mi casa de "El Matacho", tenía su taller de talabartería "La Trujillana", don Alejandro García. Ofrecía sus trabajos a la "altura del gusto más exigente", y, en realidad, que eran verdaderas obras de arte los aperos que salían de "La Trujillana", como fiel trasunto de la bonhomía y seriedad que caracterizaban a don Alejandro. Aquella época de caballerías, y el lujo equivalente a un fastuoso Cadillac, era un buen caballo o una mansa mula. De tarde, los señores salían a recorrer las calles en finas cabalgaduras, cuyo mejor adorno era una lujosa montura. Con evocar los aperos, en un atropellado proceso surrealista, han aparecido en mi mente bestias y jinetes. De nuevo he visto caracolear su nervioso caballo plateado, al ilustre trujillano doctor Inocente Quevedo, tenido por uno de los hombres que mejor montaba en Trujillo. Bridas y pluma eran en sus ágiles manos instrumentos dóciles. A caballo se sentía como en pedestal de mando. El era hombre para las alturas: no se le recuerda fácilmente sobre el ras de la tierra; para bien imaginarlo, hay que darle su tribuna de estupendo orador o ponerlo sobre el altivo lomo de los briosos caballos. También salía de tarde a repicar las calles empedradas, Armando Márquez, entonces en pleno período de galanteador; pero en esta evocación de *El Paladín*, Armando Márquez aparece en su alegre tertulia de la esquina de El Sol, al frente de su negocio de mercancías y compra de café. No era él entonces hombre de una sola cabalgadura, sino, en cambio, ofrecía "bestias de alquiler para toda clase de viajes, como para cabalgatas de recreo". (Las cabalgatas estaban reservadas para los sábados y días de fiestas. Era evento que ponía en balcones y ventanas a las hermosas muchachas, cuya sonrisa animaba a los jinetes).

A pocos pasos del negocio mercantil de Armando Márquez quedaba la sastrería "La Elegancia", de don Juan Félix Hernández. Don Juan era de Santo Domingo y su esposa doña Rosaura, de Carora. Excelente pareja, llegaron a ser una institución en Trujillo. Don Juan era hombre de maneras muy finas y de mucha lectura, que

hizo de su taller una especie de club social, donde de tarde y en la noche se reunía una "peña", a la cual concurrían los más visibles personajes de la ciudad. Jamás olvidaré que fue don Juan Hernández quien primero midió sobre mi cuerpo un traje de paño cortado a la moda de los hombres. A don Juan debe Trujillo que sea hoy su vecino y fiel hijo de adopción, el maestro Rafael Antonio Pernalete, llegado entonces como oficial de tan ilustre maestro de tijera, y quien, a ser buen sastre y excelente músico, agrega las virtudes del amigo perfecto y del ciudadano sin tacha.

Ahí mismo, en la propia esquina de El Sol, quedaba "El Siglo XX", negocio mixto de don Juan José Carrillo Guerra. Entre las medicinas que ofrecía en venta figuraban "jarritas de Bromo Selter, remedio eficaz para jaquecas y dolores de cabeza". Anunciaba también "El Siglo XX" velas de cera, cinta para luto, tinta indeleble, pasta dentífrica "que impide las caries de la dentadura", Odol, Listerine, limpiadientes de pluma. Un poco de la personalidad de don Juan José se pone a flor de evidencia en este anuncio. Aflora en él un sentido de previsión, de higiene y de reposo muy en concordancia con el fino espíritu de quien supo ser siempre ejemplo de caballeros. A él, y no a otro, correspondía poner la nota severa que sirviese de contrapeso al jacarandoso aviso de Luis Mendoza, quien decía que su establecimiento mercantil de la calle Arriba era "el mejor centro para la Bohemia, pues a más de tener a su frente la vistosa plaza Restauración, expende la exquisita caña que hace chasquear de gusto al paladar más insensible".

Esa franqueza de los vecinos de la Chiquinquirá ha hecho que la calle Arriba sea el lugar más alegre y cordial de la ciudad de Trujillo. A la austeridad y a la "capilla" de la calle Abajo, los "parroquianos", como se les llamaba antes, han opuesto siempre un aire de fiesta y de franqueza. Guitarras, vihuelas y canciones llenaban de dulces notas la calle Arriba, cuando la voz cantora de caballeros y muchachas no había sido apagada por la música de discos. Pedro Torres, en la esquina de su propio nombre (antes se llamaba del Padre Torres), tiene instalada hoy su radioemisora, como testimonio de fidelidad a la tradición musical chiquinquirense.

Aunque las parroquias se dividan en las esquinas del Padre Miguel y de los Carrillos, la verdadera calle Arriba siempre se ha contado desde la esquina de la Rochela, donde por 1908 Clemente Vivas tenía su afamado negocio "La Sonrisa". Sonrisa, rochela, música, alegría, de todo eso era prenda la "Parroquia".

Junto con la sugestión provocada por estos ingenuos avisos, que de nuevo traen a la memoria los nombres de Ismael Barreto, Néstor Ponce y Eladio Briceño, como ejemplo de grandes "mostradores"; la posada de Rafael García y Luis Pimentel, en la Cruz Verde; las sastrerías de Víctor Braschi y de Rafael Paredes Gil; la venta de cal de don Magín Briceño; la Botica Nueva de Buenaventura García, llega también la brisa del recuerdo de todo el pequeño mundo encerrado en cada sitio. Se hace viva, además, en la memoria la historia ya olvidada que va saliendo de la crónica deficiente del entierro, del examen, del funeral, de la partida, del matrimonio, del bautizo. Todo renace y se colorea a la evocación ingenua que produce la lectura de estos papeles amarilleados por el tiempo. Mi pensamiento, proclive a la añoranza, deshizo los pasos de mi vida y me sentí lleno de la frescura de la infancia. Fui a la vieja Escuela del Bachiller Rafael María Altuve, ejemplo de amigos. Oí el ladrido medroso de los perros vecinos. Recordé el 23 de mayo y la siembra de árboles en la llamada plaza de la Restauración. Allí sembré árboles, que una vez crecidos, fueron derribados de orden del jefe del batallón acantonado en nuestro viejo colegio, para alimentar con su leña la cocina de la tropa.

Como aquella plaza, ha sido y continúa siendo deforestada y atropellada la República. Cuando se sembraron los primeros árboles, creo que el año 1905, hubo distribución de dulces entre la muchachería. Yo recibí un pequeño cucurucho de papel florete, con confites merideños. Los hijos del presidente, del secretario, del tesorero, recibieron grandes bolsos con almendras y caramelos extranjeros. Fue mi primer encuentro con el favoritismo de la discriminación política. Yo sentí la diferencia, pero carecía de elementos para hacer juicio. Si hubiera sabido reflexionar, desde entonces habría reído de la vanidad de estos transitorios privilegios.

El mismo periódico *El Paladín* es elocuente lección de lo que valen los encumbramientos azarosos de la política. En su número 29 dedicó lisonjero editorial para comentar el decreto del Ejecutivo, por medio del cual se declaraba festivo el 22 de octubre, en razón de ser aniversario de la entrada del general Cipriano Castro en la capital de la República, y con la cual se dio término, según el periodista, a "la más hercúlea y rápida campaña que hayan presenciado los enhiestos Andes, pedestales seculares de cuarzo y de granito, que dirán en muda, pero elocuente lengua, a las futuras generaciones: "Por aquí pasó Cipriano Castro, el olímpico caballero de la Libertad, castigando severamente con su pluma y con su espada a los prevaricadores de la Ley". Dos meses después, el mismo periódico, sin haber cambiado de personal redactor, comentaba el ascenso del general Juan Vicente Gómez a la suprema magistratura nacional en los términos siguientes: "Es la reivindicación de los derechos ciudadanos conculcados; la liberación de las industrias, atrapadas miserandamente por los cien tentáculos de malditos monopolios, y la solemne rehabilitación de las leyes a su omnipotente y vital soberanía". Buen aviso este último, que yo no podía entender por entonces y que hoy reaviva en mi memoria lecciones dolorosamente aprendidas en las angustiosas páginas de nuestra historia patria. Inútiles lecciones, que descuidan los magistrados a quienes desfiguran pensamiento y conciencia los aúlicos palaciegos.

POMPEYO A. OLIVA

Suelo visitar los cementerios de los pueblos donde discurrieron mi infancia y juventud. Es una manera de ponerme en comunicación con el pasado que dio nutrimento a mi vida. A la entrada del camposanto de la alegre y progresista Valera, he tropezado con la tumba de Pompeyo A. Oliva. Ya marchita, la adorna una corona que le fue ofrendada en reciente oportunidad de celebrarse el Día del Periodista. Si al cruzar la esquina sudeste de la plaza Bolívar, donde tuvo su sede el "Centro Industrial", ya había evocado el grato recuerdo del ilustre amigo, frente a su sepulcro fue más viva la añoranza.

Justamente en agosto de 1951 se cumplieron cuarenta años de mi primer contacto intelectual con los tipos de imprenta, ocurrido en los talleres de don Pompeyo, como lo llamábamos con merecido respeto. En unión de Jesús María Rosales Aranguren, hoy abogado de empuje y de nota; Carlos Briceño Altuve, Reinaldo Salas, Américo Valero y otros compañeros del Curso Filosófico en el Colegio "Santo Tomás de Aquino", comenzamos a publicar un periodiquín en dieciseisavo, llamado *Génesis*, donde aparecieron nuestros titubeantes escarceos en el campo de las letras. El 1º de agosto de 1911 salió a la calle la pobre hojita, en la cual, con una audacia digna de mejores causas, echamos a rodar unos articulejos, merecedores apenas de los reparos que debiera hacerles el lápiz azul de nuestro profesor de Literatura. El mío se llamaba "Fiat Lux". Era un rápido y petulante recuerdo del progreso de las ciencias. Su único mérito radicaba en el escogimiento del epígrafe con que lo

adorné. "El mundo marcha; quien se detenga será aplastado, y el mundo continuará marchando". Lo tomé del prólogo de la edición española de la *Astronomía Popular*, de Camilo Flammarion, y es de la rica cosecha del gran Balmes. Sin saberlo ni entenderlo, había tomado un excelente lema para mi trabajo intelectual. Ir adelante. Caminar con conciencia alerta. Sin dejar de ser uno mismo, buscar, sobre el valor existente, los nuevos valores de la cultura. "Vivir en un perpetuo ¡quién vive! ante las propias convicciones", como enseña Ortega y Gasset. Cuando miro hacia atrás, tropiezo en el orto de mi vida de escritor con tamaña consigna. Ella me ha llevado a hermanar en el cascabullo de mi conciencia posiciones de la más aparente contradicción. En esa rebusca, he logrado saber que nada ayuda tanto al progreso como el recto sentido de la tradición. Porque ésta en sí es un proceso móvil de entregar a los nuevos hombres las conquistas de los hombres viejos. Traslación del ayer al mañana. Actitud vigilante de centinela que busca no ser sorprendido por ninguna aurora.

Génesis, nuestro modesto periodiquín de los quince años, salió de los talleres de "El Centro Industrial", de Pompeyo Oliva. La vieja cultura de la "Sultana del Motatán" o de la "Roma trujillana", por sus siete graciosas colinas, como se llamaba románticamente a Valera en las columnas periodísticas y en los discursos altisonantes, tenía su más encendido hogar en las prensas y en los chivaletes de "El Centro Industrial". Demasiado tema para una nota ligera sería la evocación de la antigua Valera. Apareció el poblado a la vida de ciudad luciendo vestidos de señora. Cuando era pueblo pajizo, donde apenas empezaban las macizas construcciones de teja, Valera ya ostentaba ribetes de excepcional cultura. Dos Colegios de segunda enseñanza contaba a principios de siglo: el "Vargas" y el "Santo Tomás de Aquino". Y para señoritas, el afamado instituto que dirigió la insigne educadora doña María Dolores Araujo. Bajo la férula de rector y de párroco del egregio Padre Miguel Antonio Mejía, los jóvenes dejaron el garito y la gallera, para tomar su puesto en las bancas de ambos Colegios. Jesús Briceño Casas, Eladio Alvarez de Lugo, José Antonio y Alejandro Colina Montilla, Alfonso Mejía, Dámaso Cardozo, Rafael María Rosales Aranguren, Andrés

Cornieles (más tarde, clérigos los tres últimos), Juan de Dios Troconis, Ricardo Cifuentes Labastida, ilustran la primera generación formada bajo la experta y rígida dirección del futuro obispo de Guayana.

Para otras disciplinas, y no satisfechos con la buena lectura que ofrecía la Biblioteca del "Club de Comercio", fundaron por 1905 el "Ateneo de Valera", centro que podría servir hoy de orgullo a cualquier pueblo culto. No era, como digo, suficiente la tertulia del "Club de Comercio" para satisfacer los anhelos de ilustración de la comunidad valerana. El Club era, a la verdad, más que salón de billares, mesas de cartas o mostrador de aguardiente. Su alma la constituía la Biblioteca.

El de Valera de fines del siglo XIX y principios del actual era comercio que miraba por encima de la regatonería. Sus actividades cabían en el alto elogio que de Tiro y de Cartago hace el Padre Borges. Cuando no existía la estación ferrocarrilera de Motatán, Valera fue centro intermedio donde tuvieron sucursales las principales firmas comerciales de Maracaibo. Los extranjeros que trabajaban en estas actividades se juntaron con la ya afirmada inmigración italiana que espontáneamente, desde alrededores de 1840, se había trasladado a la Cordillera. A la intolerancia austríaca y pontificia que imperaban en la península itálica debemos el arribo a nuestras montañas de numerosas y distinguidas familias, que, junto con el ejemplo de un inteligente trabajo, nos traían prédicas de democrática libertad. Todavía yo alcancé a mirar en viejas casas de italianos oleografías de Cavour y Garibaldi, que servían de *paladium* a los emigrados que buscaban libertad en el Nuevo Mundo.

La colaboración de estos extranjeros produjo inquietud intelectual. El comercio no era, como es hoy, un mero afán de distribuir mercadería extranjera, sino empeño de fomentar riqueza y promover cultura. No era este comercio antinacional de la hora, cuyo solo norte es buscar consumidor a la industria de los yanquis. En aquella época se importaba lo que no producía la tierra y se

miraba a que ésta produjese frutos para el intercambio. Comercio y agricultura no estaban reñidos en la forma destructora en que están hoy. A principios del siglo, el gran comercio de Maracaibo había trasladado de Valera a Motatán el asiento de sus negocios, pero en la ciudad quedaba, en cambio, un inquieto trabajo y un anhelo de superación cultural. El Padre Mejía; José Antonio Tagliaferro, que compensaba la cojera física con un espíritu de incansable progreso; Américo Briceño Valero, ilustre trabajador de la cultura, a quien Valera habrá de reconocer algún día lo mucho que hizo por su mejoramiento; Rafael Terán, brillante escritor que honra las letras de Trujillo; don Juan Haack, bondadoso y recto caballero alemán, que por 1885 regentaba en la ciudad de Trujillo la vieja botica de don Pedro Pou; Wenceslao y Víctor Rosa Martínez Aldana, humanistas y hombres de leyes; Julio Febres Cordero, abogado de amplísima cultura; el bachiller Federico Vetancourt, cuyo modesto título no denunciaba la anchura de sus conocimientos; Juan Ignacio Montilla, uno de los más resaltantes Padres de Valera; José Amando Mejía, Abdón Briceño, Pompeyo Oliva, Ernesto Spinetti, Rodulfo Terán, Andrés Carradini, Anselmo Escalona, Abel Cifuentes, Manuel Briceño Valero, Miguel de Jesús Carrasquero, Máximo Barrios, Clemente Mannucci y otros que escapan al recuerdo, fundaron el Ateneo, cuyo órgano periodístico, la revista *Cosmos*, editaba Pompeyo Oliva.

Cosmos, al evocar al barón de Humboldt, delataba la amplitud de miras de los ateneístas. Hasta entonces no se había editado en la Cordillera una revista tan ambiciosa. Sus páginas revelan un esfuerzo cultural que, sobre dar mérito a sus colaboradores, levanta muy en alto el pasado cultural de Valera. Más tarde, José Poggioli, en *Páginas*, intentó hacer algo que igualase aquel estupendo esfuerzo de ilustración.

Cuando los actuales periodistas de Valera honran la memoria de Pompeyo Oliva realizan un acto de justicia histórica. Don Pompeyo fue, en realidad, un civilizador que creía en la fecunda eficacia del plomo de imprenta. Unico plomo que en verdad crea. Guardando las distancias, yo diría que Pompeyo Oliva fue nuestro Valentín

Espinal. En el orden de la cultura trujillana desempeñó papel semejante al que Espinal representó para la cultura de Venezuela. Modesto, sencillo, siempre en mangas de camisa, con los anteojos sobre la punta de la modesta naríz, de rostro que evocaba nuestro ancestro mongólico, mirando hacia el suelo, como si algo se hubiese perdido, don Pompeyo dividía el tiempo entre el taller, el escritorio y el mostrador de la pequeña librería. Siendo en extremo bondadoso, parecía amargo por la frialdad de la sonrisa. Con nosotros era en extremo generoso y nos imprimía nuestro periódico, a pesar de no estar en regla con la caja. Le hacía compañía el maestro Poleo. El viejo Poleo era un superviviente de la antigua imprenta complutense, donde el cardenal Cisneros hizo imprimir la Biblia Poliglota. Era grabador, que pasaba todo el día trabajando sus láminas y sus maderas con los mismos instrumentos de paciencia utilizados por los maestros grabadores de Alcalá de Henares. Con ácidos labraba el cobre y el plomo. Con finos cinceles de xilógrafo tallaba la madera, donde Cruz Carrillo apareció tan feo que protestaron sus parientes. Hilarión Hernández, que hoy trabaja en Caracas, era el amable jefe de cajas y el paciente corrector a quien debíamos que salieran con menos faltas nuestras escrituras. Desearía recordar los nombres del prensista y del rolero, para evocar en su integridad la familia de "El Centro Industrial". En ellos es justiciero rendir el homenaje debido a la labor silenciosa, sufrida y fecunda de la vieja imprenta valerana.

Falta por alabar la más preciada virtud de don Pompeyo: su carácter. Quien lo vio callado y esquivo pudo imaginar que fuera hombre de poco. El andar pausero, la voz suave, el discurso lento, no delataban la reciedumbre interior. Jamás cultivó la injuria y la procacidad con que algunos periodistas de la hora pretenden mostrarse por hombres de carácter. Pero cuando era necesario decir la verdad a quien fuere, particular o Gobierno, los talleres de "El Centro Industrial" estuvieron a la orden de la justicia. Las virtudes cívicas que fueron prenda de la vieja Valera, tuvieron ardoroso crisol en las cajas de la imprenta de Pompeyo Oliva. Sin ser hombre de humor, no negó la aportación de sus talleres al espíritu satírico, y así rió a sus anchas cuando en su imprenta el travieso Padre Andrés

Cornieles sacó por 1915 la hojita ocasional *Hoplittis*. El vulgo no sabía adónde iban las flechas de Cornieles; tampoco parece que lo advirtiera el propio Gobierno. Pero el hecho era que por entonces en Valera no podía vivir tranquila la gente a causa de las terribles "sagradas" enviadas de Caracas a perseguir a Araujos y Baptistas y a explotar sus tierras. Los "sagrados" eran en verdad algo peor que las siete plagas de Egipto. Cornieles inventó entonces el vocablo que hacía referencia a la hinchazón castrense que mantenía en angustias al Estado. Hoy podría revivirse la palabra, y mejor formada aplicarla a la Hoplitomiasis que sufre Venezuela.

Frente a la tumba de Pompeyo Oliva he vuelto a vivir los tiempos idos de mi grata juventud valerana y las horas lejanas en que soñé con la vanagloria de las letras. *Génesis* fue para mí la inicial materialización de un anhelo literario surgido en los días del Centenario. Nada me emocionó tanto en aquel tiempo como presenciar los Juegos Florales en que María Ernesta Spinetti, bella mujer en plena primavera, entregaba su cetro de Reina a una Dama de Honor, para colocar la Flor Natural en el pecho del poeta agraciado. El Padre Mejía hizo el elogio del *Gay Saber*. Más que al poeta, envidié la palabra del Mantenedor. Años después, en la propia Valera que celebraba el centenario de su fundación, logré satisfacer mis sueños juveniles. Pero, como testimonio de la vanidad de todo, al distraer los ojos de la tumba de Pompeyo Oliva, tropecé con el nombre de María Ernesta Spinetti, también grabado en blanca piedra funeraria.

Valera, diciembre 1951

RAFAEL DOMINGUEZ

Conocí a Rafael Domínguez cuando el año 1921 ingresé al Ministerio de Relaciones Exteriores. Buenos tiempos aquellos, cuando el gobernalle de la riesgosa nave tenía sobre sí las manos seguras de Pedro Itriago Chacín. Era modesta la Casa Amarilla en aquel tiempo. Apenas cuatro Direcciones, con escasos empleados, despachaban el trabajo de rutina. Lisandro Alvarado, humilde como el verdadero sabio, tenía a su cargo la Política Económica; César Mármol Cuervo, con gran señorío, dirigía el Protocolo y el Ceremonial; Guillermo Ramírez, acompañado de la *Sapa* Carías, desempeñaba la sección consular; yo estaba al frente de la Dirección de Política Internacional. De mis compañeros de Dirección sobrevive, con su bondad y leales hábitos, el *Brujo* Ibarra; los otros dos, Efraín Cayama Martínez y Jacinto Fombona Pachano, como si se hubieran acordado, tomaron el mismo año 1952 billete para el viaje sin retorno. Nobles amigos, prestigiaron ambos una ilustre generación universitaria y dieron después honra a la República.

Describir la Casa Amarilla de entonces no es por hoy mi intento. ¡Cuánto tendría que decir de los ilustres consultores Carlos Grisanti y Francisco Arroyo Parejo! Tendría aún que reproducir el recuerdo de don Pepe Austria, recién partido para una Legación. Necesidad tendría de evocar a Mariano Picón-Salas, a Juan Clavo, a Francisco y a Luis Caballero Mejía, a Guillermo Austria y a Melquiades Parra Márquez, creo que el único superviviente, en unión del Delfín Enrique Páez, del viejo personal de planta en 1921, pues entiendo que en días recientes a Eduardo Carreño se le dijo que no hacía falta

su buen castellano como ingrediente diplomático. (Hubo época en que Santiago Key Ayala y Eduardo Carreño tenían la misión de revisar la literatura de nuestra Cancillería). En una evocación de la Casa Amarilla de aquel ya lejano tiempo tendrían que aparecer la figura solemne y la voz imponente de Juan Miguel Alarcón, y junto con la suya, la amable humanidad de José Antonio Ramos Sucre, quien todos los días amanecía con la truculenta historia de una nueva causa de su insomnio constante, jamás consultado con un facultativo, en razón de sostener él que "cuando dos médicos se juntan, lo primero que hacen es reír". Sabio como Lisandro Alvarado, a Ramos Sucre se acudía en todo apuro, no por los treinta y tantos diccionarios de su oficina de traductor, sino por su depurado gusto y su acendrada cultura. Incólume en su bonhomía permanece Juan Jackson, hoy jefe de conserjes. Frisan con los cincuenta los años que lleva de trabajar en Relaciones Exteriores, y a pesar de ellos, se ha salvado de caer en el hábito de la duplicidad, tan frecuente en quienes no saben mantener la integridad personal junto con el forzado ejercicio del disimulo diplomático.

Como he dicho, no trato de evocar la Cancillería de 1921. Apenas la he tomado de punto de partida en el itinerario de mi amistad con Rafael Domínguez. Con el doctor Estévez, Domínguez trabajaba silenciosamente en el archivo. Por entonces ya era un viejo. En su juventud había tenido brillante figuración en la política y en la diplomacia. Caedizo en redes de amor, había profesado ejercicios galantes. "Me ves viejo y feo; ¡ah!, pero cuando mozo mi porte se hacía sentir", me declaró en cierta oportunidad. Era la nostalgia de un brillante pasado. Sin embargo, viejo y pobre, recayó en matrimonio con hermosa dama. Indudablemente que Rafael Domínguez tenía el secreto fáustico de la inacabable juventud. En la Cancillería, el doctor Domínguez se hacía sentir por su risa mordaz y su crítica permanente. Erudito y de fina inteligencia, fácil le era topar con los yerros de los otros. Tenía, en medio del meloso disimulo que caracteriza a muchos de nuestros escritores, el don de criticar a rostro descubierto. Cultivé, en cambio, la amistad con Rafael Domínguez desde el día que me esperó con un artículo mío en la mano y me advirtió más de dos disparates de que yo andaba

muy ufano. ¡Malhaya no haber encontrado a diario un amigo semejante durante mi ya larga vida de escritor!

En 1928 tropecé de nuevo con Rafael Domínguez en la Universidad Central. El hacía algún tiempo que desempeñaba el cargo de Bibliotecario. Yo llegaba a la Secretaría. Plácido Daniel Rodríguez Rivero era Rector, Caracciolo Parra ocupaba la Vicerrectoría. Eran tiempos duros en que no podía intentarse mejorar la didaxia presente. Nosotros, Parra y yo, nos dimos a estudiar las raíces de la cultura venezolana. Rafael Domínguez tenía las llaves de unos tesoros que era preciso explotar. Ya él había empezado a escribir el desarrollo de la Facultad de Derecho. Su libro *Galería Universitaria*, publicado por la Editorial de Caracciollo Parra, sirve de elocuente testimonio. Domínguez era un apasionado por los estudios coloniales. "De allá nos vino todo", decía entusiasta. A él se debe la iniciación de nuestros trabajos archivísticos. En su escritorio de la Biblioteca, Domínguez fue poniendo en nuestras manos los viejos expedientes de grados. Poco tiempo después teníamos una famosa conclusión. Ni Bello ni Vargas eran autodidactos. Eran, al contrario, fieles productos de la Colonia. Si méritos especiales tienen en la cultura nacional los doctos libros del insustituido Caracciolo Parra, forjados con los datos que le dieron los viejos expedientes, el principal de dichos méritos es la prueba para la venezolanización de la cultura formativa de Andrés Bello y de José Vargas, si bien entrevista por algunos espíritus despabilados, negada o puesta en duda por los enemigos de la cultura colonial. La *Filosofía Universitaria Venezolana*, de Caracciolo Parra, así sea de entusiasmo tal que rebasa el de los propios españoles por el valor de las mismas universidades peninsulares de la época, pone de bulto los medios que gozaba nuestra calumniada y sufrida Universidad de Santa Rosa, en orden a formar espíritus selectos. Con los datos de Parra pude yo decir en mis *Tapices de Historia Patria:* "Quien se detenga a contemplar la figura del Bello venezolano, expresión admirable de la cultura de su época, llegará a la conclusión de que sus brazos en cruz serían buen puente para borrar el hiato o abismo que los historiadores románticos pretenden introducir entre la Colonia y la República".

Esos estudios nuestros sobre los archivos universitarios recibieron el impulso y tuvieron la ayuda oportuna del infatigable Rafael Dominguez. Entonces, y ya concluida su vida de don Vicente Tejera, escribia su magnifico ensayo sobre el doctor Vargas. Trabajador como la hormiga, algo hacia todos los días Rafael Dominguez. En pequeñas cuartillas y a clara letra escritas, nos mostraba sus constantes trabajos. Un dia, Dominguez creyó ganar mejor posicion y fue hecho secretario del Senado. Como ambos edificios hacen frontería, no descuidaba la Biblioteca y el Archivo universitarios. Siempre a pasos menudos, ahora mejor vestido, Dominguez, tarde y mañana. Iba a la casa universitaria con las manos llenas de manuscritos. A poco tiempo falto de nuestro mundo la risa un sí es o no burlona del viejo amigo. Se nos dijo que alguien habia informado a las autoridades que él y Alejandro Fernández Garcia estaban escribiendo de furto una biografía del general Gomez, donde el Jefe no quedaba bien parado. Ambos escritores dieron con sus huesos en "La Rotunda" y en sus respectivas casas fueron pesquisados sus papeles.

Cuando Dominguez recibió la libertad, ya era otro hombre. La cárcel y otros reveses lo habían destruido fisicamente. Su espíritu también se había modificado. A Caracciolo Parra y a mi nos buscó, no ya en función de simples amigos, sino como hombres de fe. A poco había trocado con *La Imitación* su viejo Voltaire. Domínguez mismo no advirtió cómo el dolor lo llevó de nuevo a la fe de su infancia. Por nada extrañó que un día lo visitásemos, ya enfermo, con el fraile Mesanza, a quien él no quería. Al día siguiente, Caracciolo Parra y yo acompañábamos al Padre que le llevaba la Eucaristía. En todos sus cabales, lloró después de comulgar. Albaceas del testamento de su fe, nada logramos, en cambio, con relación a sus numerosos manuscritos. ¿Dónde están? ¿Fueron tomados por las autoridades? Entre ellos, al igual de su ensayo sobre Vargas, guardaba Rafael Domínguez una biografía de don Andrés Bello. Prestigio Rafael Domínguez de la cultura larense, bien podría el Gobierno de Lara abrir caminos para dar con estos manuscritos, a fin de publicarlos en la magnífica Biblioteca que hará inolvidable el nombre de Carlos Felice Cardot.

MONSEÑOR JOSE HUMBERTO QUINTERO

El pasado día de la Epifanía de los Reyes Magos, sin pensar en la clase de regalo que pudieran los Reyes traerme a mi casa caraqueña, gozaba yo en Mérida un espléndido día, lleno de luz y de frescura. Buen madrugador, había asistido a la misa de cinco del recio y nonagenario deán Mejía. A las nueve volví a la Catedral, ahora con el profano fin de participar en el mentidero que suele reunirse a esa hora en las gradas del templo en construcción. Los amigos de las "mentiras" no habían concurrido aún, y, mientras llegaban, me asomé a la puerta del Sagrario. En la cátedra del Espíritu Santo, Monseñor José Humberto Quintero predicaba de la Epifanía. No oía hablar a Quintero desde 1942, cuando hizo en el Panteón Nacional su elogio magistral del grande Arzobispo Méndez. Ahora hablaba de los Reyes y de la estrella que les había anunciado al milagro de Cristo. Habló también de Herodes. Habló de cómo los Magos no retornaron a Jerusalén una vez lograda la visión del Mesías. Ya Jerusalén no sería la meta de los peregrinos de la fe. Jerusalén iba a ser a poco luego la ciudad sin fe. La ciudad de los sacerdotes y de los reyes. Su visión, como arrancada de un fresco profético, quedará por símbolo de lo que vive más allá de los horizontes. *El Sancta Sanctorum* de la vieja ley vivirá de ahora en adelante en el espíritu de los hombres reengendrados por la gracia. Pocos años faltan para que Paulo, y no Tito, destruya con su palabra la vieja ciudad que había sido centro de la salvación del pueblo elegido. En lo sucesivo, Jerusalén estará donde una comunidad cristiana invoque con fe el nombre de Cristo.

Mientras escuchaba el verbo iluminado del gran levita, recordaba los años de nuestra vida de estudiantes: 1918, 1919, 1920. Yo, en la antigua Universidad de San Buenaventura, concluía la Facultad de Leyes; él, más joven, hacía en el Seminario, de donde salió la Universidad, el Bachillerato de Filosofía y Letras. Imperaban las leyes de Instrucción de Guevara Rojas. Los estudios sólo eran intervenidos por el Estado en cuanto a la inspección de los trabajos prácticos, reservados a los establecimientos oficiales. El Seminario tenía cierta concesión para realizar prácticas fuera del Liceo Libertador, dirigido, como anexidad de la Universidad, por el ilustre Rector Diego Carbonell. Entre éste y el Obispo Silva hubo una diferencia en razón de cierta censura impuesta al libro de Carbonell sobre *La epilepsia del Libertador*, no porque el Obispo hubiese incluido en el añalejo al padre de la Patria, sino en razón de unas blasfemias estampadas en el libro.

Deshechas las paces entre la Universidad y el Seminario, Quintero no podía dar su examen final ante las autoridades del Estado. Pero Quintero tenía necesidad de título que acreditase su cultura filosófica, pues iba a Roma a seguir la Facultad en la Gregoriana. De todo esto se hablaba en los corrillos merideños, especialmente entre clérigos y estudiantes. Pasados unos días, recibí convocatoria del Rector del Seminario para asistir a un examen de grado. Extrañado del caso, concurrí a la hora fijada al viejo edificio del Seminario, donde, con su gran señorío, fui recibido por el Rector, mi ilustre amigo Enrique María Dubuc, más tarde dignísimo Obispo de Barquisimeto. En el salón principal, y bajo la presidencia del egregio Obispo Silva, se iba a constituir el jurado que examinaría al seminarista Quintero. De aquella junta, y en unión del actual Arzobispo Chacón, del Rector Dubuc y del inolvidable Caracciolo Parra León, tuve el señalado honor de haber formado parte. Baldío sería ponderar la brillantez de las pruebas. Esto no viene al caso. Jamás podía sorprenderme la perspicua palabra y el caudal de conocimiento del graduando. Mi sorpresa fue otra. Terminado el examen, Quintero, puesto en pie, pidió el grado correspondiente. Entonces, Monseñor Silva, hecha visible la inmensa estatura interior que contrastaba con su mezquina estatura física, respondió

al solicitante: "En virtud de los privilegios que a Nos competen y en nombre de este nuestro Seminario, te declaramos Bachiller en Filosofía y Letras, con todas las prerrogativas inherentes a tal grado".

El del gran Obispo había sido bautizo sacerdotal de fuego, cuando en nuestra antigua isla de Trinidad, Monseñor Guevara y Lira, donde había sido echado por Guzmán Blanco, le confirió las órdenes sagradas. Como los hijos de Zebedeo, era en verdad un "hijo del trueno". Entre relámpagos había descendido sobre su cabeza el fuego del Espíritu Santo. Y la marca del fuego le duró siempre. El parecía que mantuviese, junto con el don de las letras que hizo grandes a los Briceño, a los González de Acuña, a los Baños y Sotomayor, a los Méndez y a los Fortique, el don de la altivez que dio lustre a otros beneméritos Obispos venezolanos. (Apenas una amañada intervención del Nuncio Pietropaoli, hizo ceder, ante la invocación del nombre del Pontífice Romano, la energía del Obispo frente a intereses arbitrarios del oficialismo).

No fue Quintero creado sacerdote entre refusiles de tormenta. Apenas fue hecho Bachiller por medio de un acto de soberanía del imponente Obispo Silva. Tan bien dado estuvo el título, que la Universidad que cerró sus puertas para otorgarlo en buena ley, engalanó de togas y de ínfulas su claustro, para recibirlo después como su doctor honorario. Lo que el viejo fariseísmo de los acápites y de los artículos legales hizo en mengua de la justicia del Bachiller Quintero, lo reparó el espíritu de una Universidad que quiere ver su birrete de honor sobre la digna cabeza del eminente levita que tanto lustre da a la cultura nacional.

Pero con el título y el orden, Monseñor Silva transmitió al discípulo el secreto de su insobornable decoro. En el antiguo cura de la caraqueña parroquia de San Juan, la altivez de conciencia se unía al bullicio altanero de la sangre. Descendía el Obispo del aguerrido conquistador Garci González de Silva. El sentía el orgullo de ver transformada en sus manos la antigua encomienda donde el abuelo explotó al indígena, en ancha encomienda de conciencias, a las

cuales ofrecía miel y leche de palabras, sin pedirles la recompensa del servil trabajo. Quintero se formó en los ventisqueros de la montaña andina, divertida la mirada en los dorados trigales de espiga generosa. Mientras el carácter del viejo Obispo se le salía a la cara, entre relámpagos severos de sus ojos luminosos y aquilinos, el berroqueño carácter de Quintero se esconde tras la timidez de una permanente sonrisa. En cambio, nacido también para la mitra y el cayado, podría decir mañana, como lo dijo el incomparable Silva, al jurar las leyes ante las autoridades civiles: "Me complace saber que esta dignidad me viene sin haber transitado las antesalas de los gobernantes que me presentan a Su Santidad".

Desde hace algunos años se habla en Venezuela de cierta resistencia de Quintero a la pesada carga de los ornamentos episcopales. En verdad, siente él desgana por la honorífica función. En cambio, no creo que llegue a la resolución que movió al gran Nimaleón a lapidar la puerta de su celda para que no se le forzase al Obispado. No son las luces para ocultarlas bajo el celemín. Venezuela necesita el esplendor de todos sus fanales. Luces piden todos nuestros caminos. A los Magos envió Dios la estrella para encaminarlos a Belén. Cuando Quintero habla, se siente cercano el fulgor de las estrellas...*.

(*) Cuando recojo estas líneas en libro, me llega a Madrid la noticia que Quintero se avino a aceptar la sucesión de la Archidiócesis de Mérida. Venezuela tendrá, pues, un grande Obispo.

VIEJOS AMIGOS

El caso de esta nota por nada se relaciona con la lija o el serrín que puedan necesitar muchos contemporáneos para que luzcan como dignos descendientes, por juro de deudo o por imperativo de nación, de los grandes valores que ayer iluminaron la tornadiza historia de nuestro pueblo. El caso que me ocupa es, por el contrario, la defensa de los errores que suelen "adornar", ora de intento, ora a la mera casualidad, las escrituras periodísticas.

No trato de defender el error periodístico en sí, aunque ello ni sea difícil ni deje de estar al orden del día como profesión productiva. Me limitaré a explicar algunas de sus causas. Al efecto, habré de evocar la manera como publicaban sus artículos hace apenas veinticinco años, unos de más otros de menos, nuestros buenos escritores. Para el caso, pongamos al día la memoria de alguno. Evoquemos, por ejemplo, a Luis Correa.

Sonreído, alegre, con esa exquisita gracia de las gentes que fue don del gran escritor, Correa ha salido con las ocho de la mañana de su pastoreña casa de Puente Monagas. Es tiempo de noviembre, como ahora, y el día está neblinoso. Cosa grata es el fresco amanecer de La Pastora en estos tiempos cercanos al fin de año. Acaba Correa de dar el último pulimento a uno de los deliciosos ensayos que después recogerá bajo el sugestivo nombre de *Terra Patrum*. Para el momento no interesa inquirir el tema. Puede tratar de Bello o de Gutiérrez Coll. Correa toma el lento tranvía que lo traerá hasta la esquina de San Jacinto. Ha dado los buenos días a una gorda señora

del vecindario que viene a hacer mercado. Ha pagado al colector, por ambos, apenas veinticinco céntimos. El tranvía es vehículo barato y honorable que ayuda a realizar la gran diástole al corazón urbano. El impulsa el ritmo sereno, apacible y un sí es grave o es alegre de la descansada vida caraqueña. Correa llega con su misma risa y su inalterable buen humor a la plaza Bolívar. Posiblemente tropieza con un canónigo que dirige sus pasos lentos a la misa conventual de Catedral. "Buenos días, Padre Esculpi". "¿Qué tal, don Luis? ¿Cómo va esa vida?" El saludo es breve y el escritor sigue derecho a *El Universal*, en su vieja casona de Gradillas a Sociedad. Como buen *gourmet*, echa Correa una mirada golosa de diabético sobre las ricas pastas que exhibe la vidriera de la recién abierta botillería de "La India". Por ser de la casa, ni siquiera para en la Redacción, donde seguramente no ha llegado nadie aún, y sigue a los talleres. Habla Correa con el amigo linotipista. Le recomienda de modo muy especial algunas palabras que se prestan a confusión y luego pregunta por la hora de las pruebas. El quiere el artículo para la edición del viernes. Hoy es martes. "Mañana, a mediodía, estará listo, señor Correa". Se despide complacido el escritor, y cuando sale, tropieza con Guillermo Silva. "¡Qué tempranero, don Luis!" "He dejado un trabajo para la edición del viernes", responde el escritor. (¿Cuántos años lleva Guillermo de trabajar en la Administración de *El Universal?* Claro que no vino con el viejo Vigas, pero la fecha, de averiguarse, le subiría mucho los almanaques a este incólume joven).

Enrumba sus pasos Correa hacia la oficina cercana. Por este tiempo trabaja en la Biblioteca del Congreso. Al día siguiente, el escritor camina de nuevo hacia el diario de Las Gradillas. Ahora sí hay gente a quien saludar, y no se puede pasar libremente a los talleres. "¡Hombre, qué tal Luis!" Son varias las voces que llenan el modesto recinto de la Redacción. Es justamente la hora en que vienen los colaboradores para traer material y para corregir sus pruebas. Ellos, los colaboradores, son, entre muchos que hoy no vemos, José Eustaquio Machado, severo y enjuto (pensé poner magro, pero me propongo no frecuentar este vocablo, a cuya causa un linotipista me hizo llamar negro a don Manuel María Carrasquero), camina a

cortos pasos, usa sombrero negro, de alas recogidas, espejuelos a la antigua y lleva el fino bastón bajo el brazo. Don José viene a corregir su "Día Histórico" y a traer material para toda una semana. Está el bachiller Munguía, monopolizando la atención con su estrepitosa risa y su desenfadada fachenda. El bachiller viene con un fajo de "Crónicas Mazorrales", que, a menudo, junto con instruir, deleitan. Entra *Don Anselmo* o *El Cieguito de los Viernes*, pues de ambas maneras firma el inquieto e incisivo general Delfín Aurelio Aguilera. Don Delfín, que camina a la giba, trae los espejuelos sobre la frente, como los usaba don Simón Rodríguez, y entre los labios burlones trae además algún apunte mordaz respecto a algún político empingorotado. Cuándo debía faltar el cumplidísimo Gabriel Espinosa, siempre metido en la severidad kantiana de su difusa filosofía y siempre en actitud de proferir alguna sentencia sobre el último disparate leído en la prensa de la mañana. Por lo regular discute Gabriel Espinosa con Víctor José Cedillo, como Felipe IV, "todo de negro hasta los pies vestido". Cedillo escribe con fina pluma la Crónica Social del periódico, y esto le ha creado cierto discreto prestigio entre el mundillo femenino. Quizá de aquí arranquen los motivos por los cuales el filósofo Espinosa impútale debilidades de las que *el Padre* Cedillo, no pudiendo defenderse, se hace el desentendido. Pedro Sotillo debiera estar con su liquiliqui y su ancha risa animando la tertulia, pero el gran Pedro guarda grillos en "La Rotunda", por no haber podido poner quietud a su corazón, violentado por alguna injusticia de las autoridades. Reído y con la boca llena de latines, entra el buen *Fides* de la crónica religiosa. Tocado de camarita y con su cara prófuga de un retablo del Greco, el doctor Pedro Ignacio Romero, es, en lo físico y en lo moral, una curiosa figura. A veces *Fides* quiebra el número racional de tragos y se le ve tomado por la vinolencia. Pero algo no se quiebra en él, y son su juicio y su bondad. "Corrige tu vida; no blasfemes!", dice entonces a Espinosa y a Churión, que hacen profesión de ateos. Jamás la palabra descompuesta, el chiste vano o la expresión malévola. Si se fuera a buscar un paradigma de bondad entre quienes vienen a *El Universal*, cualquiera votaría por el feo y abandonado *Fides*. *Pepe Alemán*, que así firma Federico León, es el jefe de Redacción. Sin embargo, es más el tiempo que está al

teléfono que el gastado en escribir. Algo misterioso está hablando en este momento Federiquito. Platica en voz baja, melosa y a cortos párrafos. A las once ya Federico tiene una nueva "conquista". No podrían faltar a la tertulia Lucas Manzano, Raúl Carrasquel y Valverde, alias *Alonso Manchego*, Guillermo Austria y Agustín Aveledo Urbaneja. También está Fernando Paz Castillo. Tiene aún negra la melena, que alcanza casi al ala del sombrero. Sus amigos le llaman cariñosamente *Brumas*, por su manera de vivir sobre la realidad. "Brumoso aeda", acaba de saludarlo, con su cordial risa fraterna, el jacarandoso Raúl.

El Universal es la gran peña del momento. Aunque Mata sea político y también lo sea el codirector, Luis Teófilo Núñez, la peña política la monopoliza la palabra inquieta, aguda y chispeante de Laureano Vallenilla Lanz, en la esquina de El Conde. En *El Universal* no hay la seriedad que impone el audaz sociólogo y el fino político que se doblan en la grande y discutida figura del autor de *Cesarismo Democrático*. Acá se puede, a la chitacallando, tratar temas políticos. En *El Nuevo Diario* se hace política. Los juicios de su director hacen y deshacen carreras públicas. A Laureano le temen aún ciertos ministros. Su amistad es solicitada por el placer que da su cultivo y por el prestigio que transmite su opinión.

En Las Gradillas hay más ligereza. Y esta hora de las once es la más movida. Luis Correa ha saludado a todos los fablistanes que pueblan la Redacción. Aunque en la República de las letras reina la anarquía, Correa sabe mantener el equilibrio de la cordialidad con todos sus compañeros. Ha tomado Luis las pruebas de manos del viejo Pedro Aristeguieta y se ha sentado a la gran mesa destinada para este menester. Sobre la mesa ha puesto el grueso bastón en cayado y el sombrero gris. De la escasa naríz ha descabalgado los lentes de miope y se ha dado con alma y corazón a la tarea de leer las galeradas impresas. Ocho o diez veces ha consultado el maltrecho diccionario, de empasteladas hojas. En un momento se detiene y piensa con los ojos cerrados. Al abrirlos, mira enfrente al gran Eduardo Carreño, sabio, humilde y generoso, que fuma un hediondo tabaco. "Eduardo, ven acá", le dice con palabra

insinuante. Ya se ha acercado a la mesa el poeta y crítico. "¿Qué te parece este régimen?", pregunta Correa. Carreño lleva la vista a las galeradas y lee silencioso. "¡Magnífico, magnífico!" Sigue Correa en su labor correctiva, y cuando concluye, busca al viejo Aristeguieta y le dice: "Sácame un repaso. Yo volveré a la tarde".

Así cuidaban su literatura los escritores de apenas hace un cuarto de siglo. Ello era posible en la dulce y tranquila Caracas de antaño, cuando se podía ir y volver en menos de una hora de nuestra casa u oficina a otra casa o a otra oficina. La gente vivía con pausa. Se cultivaba la parsimonia y el reposo. Se cultivaba también la amistad. La vida de hoy, con su vértigo yanqui, con su locura indígena e importada, con su precipitación de herederos sin testamento que ven la muerte próxima del pariente, ha modificado todo. Los escritores no tenemos tiempo de frecuentar las viejas "peñas" periodísticas. Somos unas especies de islas luminosas, egoístas, poseídos de una suficiencia digna de mejores causas. Vamos a los periódicos cuando se trata de cobrar el parvo estipendio de las colaboraciones, frecuentemente enviadas por medio de extrañas manos. En aquellos julios, los principiantes alternábamos en las Redacciones con los escritores consagrados. Lisandro Alvarado, Eloy Guillermo González, Santiago Key Ayala, Pedro Emilio Coll daban claridad a las charlas de las Redacciones. Hoy jamás nos encontramos los escritores en las tertulias de los periódicos. Vivimos todos de carrera, con el credo en la boca, en medio de este fárrago bárbaro de automóviles y de camiones en que se nos ha convertido, para beneficio de los gringos, nuestra pacífica Caracas de antaño. Sin que exista un propósito de solidaridad, somos solidarios en el disparate ambiente. Aun regañando, estamos obligados a soportar nuestros errores, como soportamos los empellones que recibimos cuando tratamos de hacernos camino a través de las calles. Todo se ha modificado. Todo ha sufrido. También ha debido modificarse, para peor, en este caso, la manera de cuidar los escritores sus columnas periodísticas.

1952.

LA AMISTAD DEL PADRE BARALT

Gran figura de la Iglesia venezolana es el Padre Miguel Ignacio Baralt. Buen teólogo y orador perspicuo, su fama anda en boca de gente de sotana y en boca de piadosos feligreses. Es guapo también el clérigo, y se murmura su conducta en las veladas de tonsurados y en los salones de la sociedad mantuana de Caracas. Está cambiando aires en el litoral el Padre Baralt, y hoy, 16 de junio de 1863, se encuentra en La Guaira, ciudad más inflamada por el entusiasmo del triunfo federal que por los tórridos calores de la época. La Guaira, fuera de los beneficios que le trajo la carretera construida el 41, es la misma Guaira antigua, olorosa a café y cacao fermentados, todavía con su poco de añil y hacinados de fétidos cueros los depósitos de la aduana. Por aquí salen los productos de la tierra, ahora mermados a causa de la guerra recién concluida. Pero La Guaira, en razón de la lenttitud del tránsito con la capital, es ciudad sedentaria, como lo será por mucho tiempo más. Los comerciantes y los empleados del Gobierno forman una buena sociedad. Hay buena prensa. Hay veladas. Hay postín y tono que le dan carácter.

El Padre Baralt es fino, cortés, de amabilidad que subyuga fácilmente. Tiene por ello muchos amigos el Padre Baralt. Y él cultiva la amistad como el hortelano cultiva óptimos frutos. No se crea tampoco que es raro el caso del Padre Baralt. En Venezuela hay hombres que edifican todo su prestigio social en el respeto a la amistad. Los padres legan a sus hijos consignas de amistosa consecuencia, como si les testaran bienes materiales. En la guerra que acaba de pasar, se ha puesto en resalto esta noble virtud

venezolana. Y justamente ahora, concluidos los bravos martes, se han traído al tema diario los nombres de los federales que estuvieron a seguro en las casas de conspicuos y leales conservadores de "uña en el rabo", mientras corrían veloces las órdenes de prisión salidas de la Secretaría del Dictador. El Padre Baralt sabe hacer, a costa de toda manera de sacrificios, buena y cumplidera la amistad. Ahora lo está probando con el amigo Rafael, que en Caracas finiquita unos negocios, a tiempo que deja correr los días para que sosiegue el ánimo de la esposa, un tanto quebrantado por los devaneos del compañero.

Va larga la carta que el Padre Baralt está escribiendo al amigo ausente. La parte mejor de ella está dedicada a informarle de la esposa. Acaba justamente de verla, después de faltar algunos días a la casa. Aunque sea indiscreto, miremos sobre el hombro del Padre Baralt, para ver lo que escribe: "Me pareció que había llorado y se quejaba de que la culpases de que no te daba pruebas de afecto. Ella siempre le encuentra explicación a su aparente indiferencia en otra tuya más o menos reciente; y yo, sea la verdad dicha, acabo siempre por darle la razón. Una esposa como la tuya, siempre la tiene. Aconsejarle conformidad y tolerancia con tus fragilidades es perder tiempo; díceme: "Sí la tengo, Padre Baralt", pero es ya con la voz anudada y los ojos llenos de lágrimas.

¡Cómo conoce el espíritu humano este fino clérigo! Ya ha puesto a llorar a la delicada esposa. Sus lágrimas, tiernas, dulces, calladas, van en este amistoso papel hasta el propio corazón del esposo culpable. Ya es tiempo, pues, de hablar directamente a los delicados sentimientos del autor de la querella. Y continúa la carta: "Tú debes ser modelo de fidelidad y de amor. De lo último sé que lo eres; de lo primero no lo has sido siempre, pero puedes serlo".

El está desnudando las culpas del amigo para llevarlo por la reflexión al buen camino. Está metiendo el Padre Baralt las manos en el fuego. ¡Cuidado, que estas cosas de conciencia precisa tratarlas con gran sinceridad y energía! El Padre Baralt quiere sacar del peligro al amigo caedizo, y ha de hablarle en nombre de su propia

experiencia. El Padre Baralt es todo un hombre sincero y por jamás niega sus faltas, mucho menos cuando le sirven de argumento de autoridad para reducir la liviandad de don Rafael. Es preciso decirlo, y él lo dirá. La sociedad murmura. Dios lo sabe, y sabe también de su arrepentimiento. "Más frágil, más enamorado que tú, sé cómo puede uno ser honesto y cauto". Sí, señor. El lo sabe bien. El ha caído y ha tenido la dignidad de confesar su culpa y de buscarle remedio en la penitencia y la oración. Fogoso, violento, espontáneo, no sólo declara la falta, sino le da mayor bulto. "Más enamorado que tú", dice. No es poca cosa esta confesión. No cayó, como suelen declarar los pacatos, en razón de no haber podido detener el aura ardiente de una sorpresiva tentación. Cayó por enamorado, por ser muy enamorado. Así se habla, Padre Baralt. Nadie, ante tan humilde franqueza, puede negar la absolución a su reverencia. Además, para eso está la caridad de la penitencia. "Dios —dice el Padre Granada— no es juez achacoso, siempre a la husma de minucias para condenar. Dios es perdón".

Encantadora, maravillosa confesión hecha al amigo con el fin de reforzar razones que lo lleven a la honestidad y la cautela, que han de ser prenda de un buen marido, muy más si la compañera es de los quilates que adornan a la esposa de don Rafael. Leamos lo que ahora escribe el Padre Baralt: "Dos mujeres he conocido de iguales ideas: la tuya y la esposa de don Lorenzo Marturet. Tipos muy raros ya en estos tiempo (y en todos), cuyo mérito es indisputable, aunque su imitación sea muy difícil". No sabemos, en cambio nos remitimos a duda, que algo semejante esté pasando a la gentilísima doña Carmen Santana, digna compañera de don Lorenzo Marturet y Goñi, cultísimo y severo gentilhombre vasconavarro, que ha fundado en La Guaira una de las firmas comerciales más respetables del puerto. Sólo sabemos que de doña Carmen se hacen lenguas quienes la conocen, para ponderar la dulzura de su genio y las grandes virtudes que la erigen en retablo de matronas.

Pero el amigo llega a más. El Padre Baralt tiene tanto celo por la dicha de los esposos querellantes como por su propia alma. "Me haré un deber —le dice ahora— de no desagradar más a Dios con

repetidas culpas, para orar por ti con tranquila conciencia. La desgracia te amenaza y debo salirle al encuentro armado de la oración y la penitencia". Alma de Dios, dechado de bondad, el Padre Baralt haría hasta lo imposible por la salud del amigo. Para poder hablar al señor con seguridad de obtener misericordia, ha de limpiar su alma de todo reato pecaminoso. El Padre Baralt no volverá a la culpa, a fin de tener limpios y anchos los caminos de la oración impetratoria con que confía salvar al amigo.

Y no se crea que es un viejo de quietos pulsos el Padre Baralt. Frisa apenas con los treinta y cinco años y vegeta en una pobreza justiniana. Vive de la misa que canta y del sermón que predica. "Estoy pobre, pobrísimo —dice al amigo—; sin una onza guardada ni camisa que ponerme, sin que en esto exagere una línea". Pero él, como buen lector de la doctora de Avila, se sabe muy bien que "la verdadera pobreza trae una honraza consigo que no hay quien la sufra". Así, la carencia de bienes la siente reemplazada por los frutos del espíritu y por el privilegio de nobles amistades. No teme el hambre, porque sabe dónde está el pan de la fraternidad. "Te tengo a tí —le dice—, a cuyo plato puedo arrimarme y a quien puedo pedir una camisa". El sabe que la amistad suple todo. Se tiene él bien aprendido que don Rafael es alma gemela de la suya, capaz, como San Martín de Tours, de partir la capa con el primer necesitado, cuanto y más con el amigo.

Otros asuntos trata el Padre Baralt en su larga, deliciosa carta. Todos de importancia, pero ninguno de la delicadeza y ternura de este tema, donde contrarían las espinas y las flores, hasta quedar aquellas perfumadas e intactos los sedosos pétalos, y en la cual ha sabido derramar toda la sinceridad de su elevado, sutilísimo y generoso espíritu.

Buena cosa es tener amigos como el Padre Baralt. Nacen algunos hombres bajo signos de excepción. Tienen la gracia de topar al torcer de los caminos con espíritus vaciados en el troquel del Padre Baralt. Otros, en cambio, sienten el dolor de ver rotos los vértices de inmensos, sinceros y ponderados afectos.

DON MANUEL MARIA CARRASQUERO

Al ocurrir el derrocamiento del gobierno del general José Tadeo Monagas, como consecuencia del golpe de marzo de 1858, se suscitan diversas situaciones conflictivas en el interior del país, que llevan rápidamente a actuar como Jefe de operaciones en Occidente al General Ramón Soto. Este, desde su cuartel general de Barquisimeto, ha destacado hacia Trujillo una columna de que es jefe el Comandante Juan Vejarano, quien, el 10 de abril ya está en actitud de abrir operaciones en Carache.

En realidad, la provincia, vuelta al "estado de paz y perfecta tranquilidad", de que gozaba anteriormente, no necesita la presencia de cuerpos militares. Pero sobre los intereses de la seguridad se mueven seguramente otros, que no es difícil alejar del pecunario de los empréstitos. Esto produce una serie de notas entre el Gobernador político de Trujillo, el General Soto y el Comandante Vejarano, notas en las cuales se alegan ingentes principios constitucionales relacionados con la misma anarquía, como el de la reabsorción de la soberanía por las provincias, a virtud de haber desaparecido, junto con el general Monagas, el Congreso con quien aquél compartía teóricamente el ejercicio de la suprema función pública nacional.

Terco e impetuoso es el jefe de operaciones, pero recio y firme es el Gobernador de Trujillo. Si aquél invoca razones de fuerza, éste replica con argumentos de derecho. Y cuando lo cree necesario y bien metido en su levita civil, pone en armas la provincia para

repeler la amenaza que constituye la columna del comandante Vejarano.

No es poco hombre este magro y activo sujeto que ocupa con dignidad espartana la Gobernación de Trujillo. Antes de la República, sus mayores firmaban Fernandez Carrasquero. Para acordarse con la llaneza de las nuevas costumbres republicanas, eliminaron el Fernández, del mismo modo como los Hurtado de Mendoza sólo se llamaron Mendoza; los Rodriguez Picón, sólo fueron Picón; los Valcárcel Pimentel, dejaron, como los Rodríguez del Toro, el primero de los apelativos. Manuel María Carrasquero, a secas, firma el severo, altivo y enérgico Gobernador. Se educó en el Seminario de Caracas, donde latines y buena gramática le dieron un estilo claro, directo y elegante. Hermano uterino del inflexible doctor Ricardo Labastida, posee como éste brillantes dotes de orador y de estilista. No es poca cosa mantenerse a la altura de hermano que ocupa en este tiempo puesto cabecero entre los grandes varones de Occidente. Si sabe gobernar pensamientos y palabras, también sabe gobernar hombres este ilustre varón que, con sobra de títulos, es buen espejo de la celebrada arrogancia del montañés antiguo. Los cuerpos políticos conocen su voz precisa y ductora. Las luchas de la prensa ya han dado oportunidad para que luzca tanto su fino estilo como la inobjetable razón de sus tesis.

Ahora don Manuel María Carrasquero discute en papel oficial, esmaltado de las armas de la República, con todo un benemérito General al frente de un ejército. Aquél tiene batallones. El tiene sólo tinta y principios. Como el General está bastante lejos, él se entiende con su adelantado. Dicta don Manuel al asustado amanuense: "El infrascrito, como primer magistrado de esta provincia, a quien está subordinada toda fuerza armada que en ella exista, previene a usted que inmediatamente y sin pérdida de un instante, se ponga usted en marcha con las fuerzas de su mando a la provincia de Barquisimeto, a cuyo efecto han sido dos o tres veces racionados". Pero don Manuel, en trance de profesor de civismo, no se limita a fulminar órdenes. El Comandante Vejarano necesita ver clara y cierta su republicana actitud, y él se la explica: "Ayer no

más usted, y otros dignos jefes de esa fuerza y yo conspirábamos para derrocar a la atroz tiranía de Monagas y establecer el suave imperio de la ley, bajo los auspicios de la libertad, y compartíamos los peligros, azares y tribulaciones de una horrible conjuración; y hoy, señor Comandante, a poco de haber triunfado sobre el tirano común, usted y esos dignos jefes que ayer vestían con honor la casaca negra, sostienen con las armas en la mano, y por virtud de la obediencia pasiva, los mismos principios políticos que el General Monagas acaso no habría llevado, como el General Soto, hasta sus últimas consecuencias. La libertad no será jamás un hecho allí donde los ciudadanos no tienen bastante valor civil para defender sus prerrogativas. De nada servirá destruir a un tirano, si sobre sus ruinas se levanta otro tirano. Lo que importa es respetar los derechos del pueblo, porque su causa es la nuestra; lo que importa es que no lo ultrajemos con la fuerza armada, porque la fuerza armada es para protegerlo; lo que importa es que no elevemos torpemente con nuestras propias manos al poder personal a un individuo, con mengua y escarnio de los santos principios que hemos proclamado".

Don Manuel está dando una brillante lección de civismo al Comandante; mas como éste puede hacer mal uso de las armas, luego nombra a los Comandantes Nicolás González y Braulio Briceño, para que levanten una fuerza de doscientos hombres que sostengan el orden y la tranquilidad de la provincia.

No ocurre el choque. Soto no mantiene su amenaza sobre Trujillo, en razón de que en Caracas se juzga que ha obrado precipitadamente. Don Manuel ha colgado en seguro sitio el adventicio sable que pudo necesitar para imponer sus razones. En este tiempo los doctores saben dirigir la guerra y saben hacerse respetar personalmente de las autoridades. Pero, a las armas cruentas, don Manuel María prefiere la pluma que hiere y educa. Don Manuel se ha vuelto a poner la severa levita de Magistrado. Está satisfecho de haber salvado la provincia de un saqueo forzoso. El sabe que el comercio está pobre y que ningún capitalista tiene fondos desocupados para un empréstito nacional. Estos comerciantes de

Trujillo trabajan a crédito con las plazas de Santomas, La Guaira y Maracaibo. Los agricultores empeñan al comercio sus cosechas, y en razón de la actual crisis que aflige a Europa, el interés del dinero ha subido al tres y al cuatro por ciento mensuales. Don Manuel piensa que si a los agricultores se les aplica un empréstito forzado es tanto como arruinarlos definitivamente. El desearía encarcelar a los usureros. Apenas puede evitar que a éstos se sume el pulpo de la forzosa contribución de guerra. Don Manuel sabe que junto con la dignidad de las instituciones está salvando también la riqueza de la región. Está satisfecho don Manuel. Y hoy, 19 de abril, gran día de la República, recibe, como galardón de su civismo, la nota en que el Coronel Juan de la Cruz Paredes, nuevo jefe de Operaciones de Occidente, reconoce la corrección de su conducta. Don Manuel ha dejado por hoy también las leyes. Ahora, en la huerta de su casa, en medio de estos pequeños fundos agrícolas, que son los solares de Trujillo, don Manuel se ha recostado en la patinada silla de suela, a un sombroso mamón, y en la preciosa edición de Salvá que acaba de llegarle de Caracas, se ha puesto a leer al viejo y siempre nuevo Horacio. Cuando pone los ojos sobre la negada sentencia del poeta que habla a la República, y dice:

Non Di, quos iterum pressa
voces malo,

piensa que, para el aludido trance, más que dioses se necesitan hombres.

DOCTOR JOSE EMIGDIO GONZALEZ

Hacia la calle Abajo, cerca del zaguán de la Candelaria donde quedaba el hogar de mis abuelos, estaba situada en Trujillo la residencia de los González. En algún tiempo esta casa formó parte de los bienes del antiguo Colegio. Cuando la preocupación de Guzmán Blanco por mejorar la administración de los haberes adscritos a la enseñanza pública desembocó en el transferimiento de las propiedades raíces a un régimen de títulos de la deuda pública, esta casa fue subastada, y, consiguientemente, cayó en manos de un personaje adicto a la política del Septenio. Me refería la abuela que grandes y pequeños se persignaban y aun rezaban la *Magnífica*, cuando pasaban frente al portón de la casa donde residía el jefe de la familia González, el ilustre y contradictorio doctor José Emigdio González.

Eran aquellos tiempos por demás distintos de los actuales tiempos de Trujillo. De lajas las aceras y las calles recubiertas de cantos rodados, bien unidos por medio de hierba verde y apretada. No existían aún faroles. A costa de los dueños de casa se sacaban aun las viejas luminarias coloniales. En las esquinas, y a mitad de cuadra, crecían las frondas rojizas de las acacias, que servían a la vez de botalón para amarrar las acémilas. Yo alcancé a mirar todavía en 1903 algunos árboles que resistieron al desahucio ordenado por las autoridades sanitarias, que veían en ellas focos miasmáticos de amarillismo. Frente a la vieja tienda de don Juan Parilli, donde hoy tiene su botica Julio Carrillo Rojas, crecía una encendida acacia cuando yo era niño. Tumbados los primorosos

quitasoles, en quienes el buen sentido de la gente ha visto el mejor símbolo del matrimonio, sólo quedó como recuerdo de la hermosa flora antigua, la acacia de la Candelaria. Se aseguraba que la había sembrado el propio doctor González. Las Briceñitos, las Añez, Benitana, mi abuela y mis tías tenían por cierto que el maleficio de la siembra había provocado la creciente de aguas que convirtió en abismo la antigua planicie de la Candelaria.

Cuando vine al mundo, el doctor González era difunto bien rezado. Quiénes vivían en su antigua casa de la calle Abajo, no lo sé. Pero era aún patrimonio familiar. En ella se planeó el año 1899 la toma de la torre de la iglesia por las fuerzas *lagartijas* que asediaban a Trujillo. Los *ponchos* fraguaron la leyenda de que el alma del doctor González había dictado el plan sacrílego (aunque el sacrilegio empezó por convertir la torre en almena castrense), a hermosa dama que a poco luego vio desfigurada su belleza a causa de funesta dolencia.

En estas y otras diabluras se tuvo como partícipe al ánima del doctor González. Se le llamaba maligno, aun por quienes, como mi abuela, se sabían unidos a él por cercanos vínculos de sangre. Pero sus parientes negaban los lazos con el discutido personaje, del mismo modo como durante la Edad Media se excusaba el deudo con judíos, moros y perjuros.

La leyenda infamatoria contra el doctor González ha logrado ámbito aun entre sus propios amigos. Pocos hemos levantado las voces para ponderar lo que Occidente debe a este olvidado repúblico. (Pecaría de injusto si no recordara a mi amigo, el maestro Rendón Márquez, quien en *Patria*, de Mérida, pidió hace más de veinte años un homenaje para el olvidado trujillano). La fuerza, la autonomía económica, el porvenir político de los Andes estuvieron durante la Guerra Federal en manos de este calumniado gobernante. El salvó la potencialidad de donde la Cordillera derivó la fuerza aglutinante que más tarde puso al servicio de la nacionalidad.

Fiel al Gobierno de la oligarquía, preparó la defensa de la provincia de posibles incursiones federales. En torno a su prestigio se unieron

los hombres más importantes de la región, y en asocio con las autoridades de Mérida y del Táchira mantuvo en la Cordillera una paz firme, que sirvió de seguro a numerosas familias de Barinas y de Guanare, que trasladaron sus hogares y sus haberes a la montaña andina: Monsant, Bustillos, Andueza, Jiménez, Anzola, Pulido, Baldó, Rincones, Márquez, Cazorla, Gonzalo, son apellidos prestantes que se sumaron en aquel tiempo a la demografía cordillerense. Demás de esto, el doctor González mostró un elevado sentido patriótico para juzgar su futura conducta frente a los ejércitos de Falcón. En contacto con los políticos de las otras dos provincias, presionó a favor de la tesis de no resistir a los indiscutidos vencedores. El arrió la bandera antigua y él mismo enarboló los colores de la Federación. En este paso no lo acompañó su compañero y jefe de armas Coronel Juan Bautista Araujo, quien desde entonces se constituyó en cabeza de grupo frente al nuevo grupo liberal del doctor González. Más que ideas políticas, ambas parcialidades representaban fracciones de la vieja oligarquía semifeudal que pugnaba por el poder regional. Tan endebles eran las convicciones del conservatismo araujista, que en el pacto posterior con Guzmán Blanco, el General Juan Bautista Araujo apellidó su colectividad de "Partido Liberal Guzmancista Araujista".

Sin la política habilidosa del doctor González, los ejércitos de Falcón habrían sometido a hierro y fuego las provincias andinas, con mengua de su capital humano y de su riqueza territorial. En cambio, creciendo, como creció, su agricultura, se creó allá una economía pujante, donde tuvo marco y apoyo una bien nutrida y sana población, que en su oportunidad rompió las lindes señaladas por las estribaciones de sus montes y se extendió como nueva fuerza a todo lo ancho del suelo nacional.

El doctor José Emigdio González fue el remoto arquitecto de aquella obra de cuaja y de sosiego, donde aseguraron los Andes su vigor como grupo social. Pero estos hechos se divulgan menos que sus violencias y sus sarcasmos. Más se sabe de su satánica impiedad que de sus grandes dotes de repúblico. La historia la oí del doctor Juan Nepomuceno Urdaneta, pariente también del discutido Magistrado.

Cuando éste ejercía la Gobernación por el año 59, sus enemigos echaron a rodar una hoja anónima, en la cual lo presentaban como asesino y ladrón. Muy de mañana cayó en sus manos el libelo. Durante el día no salió a la calle. En la esquina de El Sol se agrupaba curiosa la gente en espera de mirarle la cara. Ya por la tarde, ordenó ensillar la mula y se fue de paseo a la calle Arriba. Pero mientras él recorría las calles de la capital, los policías distribuían la misma hoja del ataque, ahora con la siguiente coletilla: "Reimprímase y distribúyase profusamente de orden del señor Gobernador de la provincia". Era firmada ahora por el secretario de Gobierno. Ejemplos como éste sirven para exhibir al zamarro político trujillano como avisado gobernante, capaz de desarmar por la ironía los ataques, justos o injustos, que se hacían a sus actos. Quizá él se sabía bien el nombre de los libelistas, pero juzgó que era preferible la política de responder con la burla a la de ejercer sobre aquellos un acto de violencia. El era frío y sereno para la venganza, y así, cuando atinó en Mérida a sentarse en la silla de barbero del maestro Manrique, a cuyo hermano Pablo había matado años atrás el doctor González, y al preguntarle el fígaro, mientras le pasaba por el cuello la filosa navaja, cuántos años habían corrido desde la muerte de su hermano, "esas cuentas las llevan mis hijos", dióle por rápida y amenazadora respuesta al asustado barbero.

Altivo, enigmático, rodeado de odios y leyendas, expresivo testimonio de la rudeza de sus tiempos, la figura del doctor José Emigdio González es de las más curiosas entre tantas como dan color a los anales de Trujillo. Buena para enmarcarla en un relato de la alta Edad Media o para ponerla a dialogar, en los divertidos caminos, con los marañones prófugos del tirano Aguirre. Cabeza de ilustre familia que tuvo en el doctor y General Rafael González Pacheco su clímax heroico, se le mira envuelto en el halo misterioso de los viejos caudillos de horca y cuchillo. Buen pleitista, se le temió en los tribunales por los ardides de que se valía para confundir a los jueces; diserto profesor, explicó Filosofía y Derecho Público en el viejo Colegio, cuyo rectorado desempeñó durante el Septenio; hombre de lances y aventuras, se le temió a toda hora. Un mundo cuajado de contradicciones se conjugaba en la misteriosa personali-

dad de este cacique de toga y borlas académicas, capaz de liquidar a puñaladas los negocios que no dirimía la justicia. "Yo le dije al juez que le pusiera reparo a Manrique", fue la disculpa que dio por haberle matado.

Yo colocaría el retrato del doctor González en el Ateneo de Trujillo a la par del retrato del León de la Cordillera. Ambos representan un mundo complejo de violencia y hombradía a prueba de temores. El Ateneo fue el reto que en una hora de civilizadora concordia lanzó Numa Quevedo a la vieja barbarie de los caciques rurales. En la propia casa de la Guerra a Muerte se plantó la más encumbrada tribuna del Estado. Como historia, y por testimonio de la reciedumbre que cede ante el poder creador de la palabra, deben exhibirse las barbas de los hombres que ayer fueron voces de nuestra retrasada realidad de pueblo. Ellos, a la hora del progreso de las instituciones, representan la parte de tradición llamada a sólo vivir como recuerdo en los museos. Demás de esto, vis a vis, en la sala ateneísta serían símbolo vivo de la unidad del pueblo que busca fórmulas mejores para su gobierno.

EVOCACION DE "ARIEL"

En el espacio de cortos días han fallecido Claudio Llavaneras y Manasés Eduardo Capriles. Uno en Trujillo. En Maracay el otro. La ingrata coincidencia de ambas muertes me hizo añorar nuestras comunes actividades literarias de 1914. Del grupo trujillano de "Ariel" nos mantenemos con vida Saúl Moreno y yo. La muerte arremetió a media existencia con los otros.

El grupo le constituíamos los ya nombrados, junto con José Félix Fonseca, Manuel María Vargas López Méndez y Carlos Briceño Altuve. Por octubre de 1914 empezamos a sacar una hoja periodística con el nombre de *Ariel*. Eran buenos tiempos para soñar. A veinte años no llegaba ninguno de nosotros. Teníamos optimismo con que completar nuestra insuficiencia. Sonaba por entonces en América la voz esperanzada y ductora de José Enrique Rodó. *Ariel* era una manera de evangelio de dignidad en las manos de jóvenes que intuíamos la necesidad de fortalecer los vínculos del iberoamericanismo. Para mayor abundancia, Rodó había consagrado a Bolívar un encumbrado elogio. En aquellos años se sentía entre nosotros la presencia del maestro de *Motivos de Proteo* como algo vecino a nuestros propios corazones de fervorosos venezolanos.

Echamos a la luz nuestra hojita periodística con la misma alegría de quien gana una batalla. Al propio Rodó remitimos ejemplares. Debió haber sonreído benévolamente el generoso maestro. A poco tiempo empezamos a recibir revistas y libros uruguayos. Alfredo E. Martínez y Gastón Figueira iniciaron conmigo una larga y cordial

correspondencia. Vinieron libros de Bianchi, de Sabat Ercasti, de Luisa Luisi. Y vinieron, junto con éstos, *Los cálices vacíos*, de Delmira Agustini, cuya poesía tuvo una profunda repercusión en nuestro grupo. Luego, nos creíamos capaces de señalar normas a la sociedad.

Las prosas y los versos modernistas alternaban con editoriales rimbombantes, muchos de ellos cargados de bellos ideales de fraternidad latinoamericana. El sábado de la salida del periódico era para nosotros sábado de gloria. Ya en los círculos esquineros se conocía parte del material, y luego las muchachas de la ciudad sabían cuáles eran las elogiadas en la página galante. He revisado la colección de *Ariel* y he tropezado en ella con las prosas románticas consagradas a alabar la belleza y la gracia de muchachas que hoy tienen de nieve los cabellos y que el de novias han sustituido por el apacible y grave rango de abuelas. Todo un mundo de sonrisas y alabanzas surge al evocar estos nombres: Blanca Márquez, Elena Omaña, María Rodríguez, Dorila Casas, María Omaña, Dorila Araujo, Elia Tarsicia Urdaneta, Cora Urdaneta, Magdalena Araujo, Angélica Márquez, Josefa Briceño Casas, Delia Lucía Urdaneta, Carmen Hurtado Prato, Emma Josefa Isea, Alcira Graciella Urdaneta, Josefa María Ruedas, María Araujo Prato, Josefa Briceño López, Edelmira Sanz Febres, Panchita Leonardi. No tuvo tiempo *Ariel* para rendir homenaje a todas las muchachas que engalanaban la sociedad trujillana. Fueron sus nombres decoro de nuestra hoja periodística y sirven hoy de testimonio de la belleza y de la cultura que fue prez y orgullo del Trujillo antañón.

Nuestra hojita carecía de oficnas. De amplio recinto para soñar nos servía la fronda de las guaduas de la Plaza Bolívar. Cuando se trataba de algo serio nos reuníamos preferentemente en la casa del doctor Amílcar Fonseca. Noble, generoso, comunicativo, el viejo Fonseca siempre tuvo para nosotros la palabra amable y el consejo oportuno. Pero, más que Fonseca, nuestro verdadero guía fue el doctor Julio Helvesio Sánchez. Estaba un tanto dormido su entusiasmo literario, cuando nuestra inquietud juvenil revivió la fogata de su espíritu. Quizá uno de los hombres más cultos y de

inteligencia más rápida que ha dado el Estado de Trujillo fue el doctor Sánchez. Con Inocente Quevedo, Rafael García González, Angel Carnevali Monreal, Rafael Colina Montilla, Rafael Terán, ocupa sitio señalado en el grupo de vigorosos escritores con que contaba Trujillo a principios del siglo XX. Su fama de orador sobrepasaba la de escritor y de jurista. Su elocuencia era tanta, que en la tribuna se desdibujaban las ásperas líneas de su feo rostro. La luminosidad de su palabra daba claror a la faz híspida. En manos del viejo Sánchez pusimos el *Zarathustra*, de Nietzsche, y *Los cálices vacíos*, de la Agustini, y a poco luego estaba explicándonos la filosofía del superhombre y la pasión de la superhembra, que él veía encarnada en la maravillosa poetisa uruguaya. En todo momento estuvo él en trance de maestro. Por ser ministro de Corte había dejado sus lares escuqueños para venir a hacer vida solitaria en el Hotel de la Cruz Verde. Allá íbamos en las tardes a visitarlo y a oír sus pláticas jugosas. ¡Cuántas veces nos repitió lo que después escribió en el último número de *Ariel!* "Es preciso unir carácter al talento, y no hacer como muchos intelectuales de las generaciones anteriores, y aun de la presente, que al sentir el frío intenso de la falta de estímulo, o por la acerbidad de la crítica, se han dejado asfixiar por el medio, después de haber dado muestras de su preciado numen y de su indubitable vocación literaria".

Nos reuníamos también en la posada de Saúl Moreno, quien entre nosotros, por su mayor experiencia literaria, fungía de puntero. Fino poeta, Saúl labraba con primor el verso y nos regalaba con su conversación serena, insinuante e ilustrada. El nos sirvió de vínculo con los jóvenes que iniciaban en San Cristóbal el movimiento cultural del Salón de Lectura. Devoto de José Asunción Silva, era pasión suya recitar los *Nocturnos* en las noches de luna, ya en la plácida Alameda Rivas, ya en la carreterita de la Otra Banda, acompañada la voz del poeta por los ladridos lastimeros de los perros de la frontera carnicería. Cuando se suicidó la novia de un amigo muy vinculado a nuestro círculo, fuimos a instancia de Moreno a recitar el *Nocturno* de la "sombra larga" sobre la tumba de la muerta, en quien nuestra imaginación veía una nueva Delmira Agustini.

De año en año tropiezo con Saúl Moreno en esta disgregante y cosmopolita Caracas, donde hoy vive de arraigo. Colgó la lira y dejó herrumbrar la péñola, sin que los calurosos aplausos que arrancó su labor primigenia le hubieran servido de estímulo para realizar la obra que habría hecho de él uno de los más brillantes escritores del Táchira. En el silencio de su modesta vida seguramente siga "con el espíritu altamente bañado en el perfume de las cosas bellas", según escribió en el primer editorial de *Ariel*.

Fino espíritu el de Manuel María Vargas López Méndez. Tramé amistad con él cuando ambos vestimos la sencilla blusa de cadetes en la vieja y leal Academia Militar. Se le daba el nombre de *Trompa*, por aludir a no sé qué rasgo común con el célebre torero. Amigos de las letras, dirigía en la Academia, en unión de Armando Piquel, un periodiquito manuscrito llamado *El Cadete*, cuyas puyas contra los oficiales le llevaron varias veces al calabozo. Vargas ejercía en Trujillo un modesto cargo burocrático, al cual quiso reducirse cuando advirtió que la comisión militar que le mandaron cumplir al Estado era la de perseguir a los Araujos y Baptistas y la de especular con sus propiedades. De haber insistido en el trabajo literario, Vargas hubiera llegado, como su hermano Manuel Rafael, al nivel de los buenos escritores. Amaba los temas tristes y fantásticos, a que inclinábalo una rica imaginación y un natural escéptico. Allá en la dormida provincia de 1914, Varguitas escribía con pálpito profético: "Bueno es irnos preparando para que no nos cojan de sorpresa las grandes reformas que prepara el porvenir ante la necesidad forzosa de un perfeccionamiento social".

Carlos Briceño Altuve era vivaz, inteligente y díscolo. Su temperamento era el de un ácrata cabal. Amaba las letras, pero concluyó no cultivándolas para entregarse por completo a su profesión de ingeniero. "Somos cobardes; podemos destruir, aventar más allá de las regiones de la muerte a nuestro común enemigo: el obstáculo. Seamos fuertes, enérgicos, audaces, y es de nosotros el triunfo", escribía en *Ariel*.

Como Briceño Altuve, era también díscolo y un tanto misántropo José Félix Fonseca, después mi compañero de estudios jurídicos en la Universidad de Mérida. Poeta fácil, Fonseca dio magníficos versos, algunos de ellos recogidos en la colección "Hojas Errantes". De rápido y claro criterio, Fonseca estaba llamado a ser figura prestante en nuestro Foro. Estudioso y honesto como su padre, ganaba a éste en la pasión por el Derecho, que compartía el progenitor con estudios de Humanidades y de Etnografía vernácula.

También misántropo y díscolo fue Claudio Llavaneras, fallecido después de larga y oscura enfermedad. Hermano de poetas y poeta él mismo, siguió más tarde estudios de Derecho, hasta hacerse un abogado cabal. En nuestro grupo de *Ariel*, él era el de más tildes, y cuando escribía, asumía actitud de empinada gravedad. Amigo del progreso social, hablaba de "la restauración de lo inferior por lo superior" y del "avance de los que sobresalen". A pesar de su ancha y sonora risa, Claudio Llavaneras fue siempre un hombre atormentado. Con un sentido modesto y sencillo de las cosas, dejó la charla del club aldeano por el semidiálogo con las vacas que cuidaba con humano cariño en su vecina finca.

Fachendoso, alegre, cordial, Manasés Eduardo Capriles ponía con su risa y con su indumenta una nota de color en nuestro grupo. Era subteniente de Artillería del batallón "Gómez", y como tal vestía arreos de militar. Los bolsillos de la guerrera, cuando no los tenía llenos de sonetos, los llevaba repletos de bizcochos. Capriles no podía estar sin comer. Toda la gente de Trujillo llegó a quererle por su campechanía y generoso modo. Su musa fecundísima estaba señalada por un pronunciado corte erótico. Buen amigo, murió leal a sus viejos afectos y a sus antiguos compromisos militares.

Fieles soportes de *Ariel* fueron sus buenos impresores. José Eusebio Noveli, quien goza de robusta salud, lo editaba en la Imprenta del Estado; José Rafael Almarza lo imprimió más tarde en la imprenta Santana, cuando adquirió la hojita cuerpo de revista. Bajo este formato atinó a circular el mismo día que entraba en Trujillo el primer automóvil Ford, que llevó el General Timoleón Omaña,

Presidente del Estado. Ocurrió esto el 9 de octubre de 1915, aniversario de la autonomía de Trujillo. Tomaba cuerpo aquel día la revista que honraba con su nombre al maestro insigne de la unidad espiritual de nuestra América española. Entraba aquel día en nuestra vieja provincia, gozosa hasta entonces de autarquía alimenticia, el vehículo que, junto con el deseado progreso, anunciaba el trastorno de nuestra fuente de producción agrícola. El automóvil y la gasolina, por carencia de buena dirección, acabarían con la autonomía de nuestra riqueza. Rodó iba a ser derrotado por la Standard.

Luego se disgregó nuestro grupo y decayó en parte nuestro entusiasmo literario. Sin embargo, las frondosas guaduas de la versátil Plaza Bolívar siguieron cobijando nuestras permanentes pláticas literarias. Su sombra y la quietud, apenas interrumpida por el canto de los pájaros, invitaban a soñar. La placidez de esos sueños juveniles hoy la invoco en homenaje a los compañeros muertos, a quienes ofrendo, como grato tributo, mi fe en el arielismo por camino de salvación de América.

DOMINGO MARTINEZ

A Domingo Martínez lo conozco desde 1912. Y lo conocí de manera inolvidable. Estaba yo recién venido de la provincia, donde ya había empezado a trabajar los tipos de imprenta. En un periodiquín de Trujillo, y desoyendo los oportunos consejos del viejo tío Juan Pablo Bustillos, habían aparecido unos versos míos, de los cuales estaba por cierto muy ufano. ("Claro —pensaba—, al viejo tío no le gusta mi poesía porque soy modernista y él no tiene sensibilidad para el arte nuevo"). Al ser presentado a Martínez, éste me preguntó si era yo el mismo Briceño de unos versos que había leído en el escritorio de Luis Valera Hurtado. Con una magnífica presunción correspondí rápido a la pregunta, en espera de los merecidos aplausos. Entonces el poeta me agregó: "Le aconsejo que no escriba más versos. Usted jamás llegará a ser poeta". Aquello, en verdad, era fuerte. Lo soporté en silencio, como una gran derrota; pero me tomé el consejo con provecho para mí y para las letras de Venezuela. (¿Y por qué no hay Domingos Martínez que paren a tiempo los malos poetas que nos obligan a opinar sobre sus versos?).

En 1921, cuando, después del fracaso universitario de aquel tiempo, volví a Caracas, fui designado secretario de la Cámara de Diputados. En la Secretaría, donde desempeñaba la Jefatura de Servicio el magnífico y siempre joven Manuel Viadet, Domingo Martínez, derrotado de la suerte, tenía plaza de oficial. Con Martínez trabajaban otros poetas y escritores en el recinto parlamentario. Luis Enrique Mármol, Enrique Planchart, Angel Corao, Angel Miguel Queremel, José Nucete Sardi, Maximiliano Guevara, Jesús

Antonio Cova, Jesús García Lezama, Antonio Lucena, unos como empleados de número, otros como adictos al jugoso servicio de copia de leyes.

Domingo Martínez vivía en una típica pensión caraqueña, de puertas adornadas con cortinas de pepas de San Pedro, que funcionaba en los altos del viejo teatro Calcaño. (Las nuevas generaciones no saben qué cosa fue el teatro Calcaño, cuyas propias ruinas acaban de perecer en homenaje al progreso de la capital). El cuarto de Martínez era vivienda, librería y museo de pinturas. Todo en el más desorganizado desorden. Cuando los visitantes éramos muchos, la patrona nos ofrecía sillas de cajón. Los más asiduos visitantes de Domingo eran Angel Corao, que vivía en la misma casa, y quien por entonces tenía una pierna inútil, y Jesús Antonio Cova, que, como buen cumanés, buscaba el abrigo espiritual de su ilustre conterráneo.

A estas alturas advierto que estoy escribiendo como si sólo me fuesen a leer Rafael Brunicardi, Andrés Eloy Blanco, Pedro Sotillo, Raúl Carrasquel y Valverde, Guillermo Austria, Juan Serafín Penzini, Perán Ermini Luigi y los demás viejos amigos del desertor de las musas. Las generaciones que nos siguen ignoran por completo el nombre y la persona de este gran poeta y de este magnífico hombre. Cuando tropiezan en las antologías con sus célebres versos "A una sortija", preguntan los nuevos liridas: "¿Y quién era este pobre romántico?". Pocos podrían responder la pregunta de los curiosos. Los mismos que lo conocieron no sabrían decir muchas cosas del poeta. Yo, que llegué a mantener con él una fraterna e inquebrantable amistad, desconozco muchas zonas de la vida del gran Domingo. Cuando *Venezuela contemporánea*, en 1917, solicitó sus datos para los trozos autobiográficos que publicó al comenzar el segundo volumen, hubieron de conformarse Andrés Eloy de la Rosa y Gabriel Espinoza con los sonetos de "Autognosia", en los cuales, después de pintar sus dudas e inquietudes internas, termina por no saber si es mejor

cruzarse de brazos, luchar con afán:
esperar tendido como un musulmán,
o morir luchando como un gladiador.

De si mismo nada dijo. Contaban los amigos del poeta, que en la Universidad había hecho casi toda la facultad de Leyes. Para ganarse el pan de cada día, ejerció el magisterio y vendió libros. Fue discípulo del viejo Llamozas, y tocaba al piano con tanta habilidad, que luego dio clases privadas. Jamás le oí tocar. A las instancias de los amigos que le pedían música, solía llegarse hasta el teclado, golpeaba algunas teclas y decía: "Está desafinado".

¿Bohemio? Fue el más delicado, exquisito y paciente de los poetas bohemios de Venezuela. Su bohemia se mantuvo en un plano de curiosa elevación. Místico y ateo como José Asunción Silva, también fue en su juventud como el Maestro colombiano un sibarita de todos los placeres. Era devoto de la pintura, de las flores, de los perfumes, de los grandes vinos, de las ricas confituras, de las suculentas viandas. ¡Qué día feliz tuvo Domingo cuando descubrió en cierta venduta de unos árabes de Caño Amarillo unas confituras de rosas de Jericó! Estaba sin blanca, pero consiguió de alguien que le empeñase el reloj. A la noche, estábamos saboreando la bíblica golosina, entre lectura de versos y sorbos de un añejo vino de Tracia, con que había tropezado en la vieja bodega de unos griegos de Camino Nuevo. Y si sacrificaba el reloj por el regalo de unos dulces raros, sacrificaba hasta la ropa para adquirir un libro o un paisaje. Y cuando no había ni el vino ni el confite, había luna y había versos. Quizá una de las más extrañas aventuras de arte que corrí con Domingo Martínez, fue la lectura en noche de luna, a la luz de dos cirios de cera, de los *Nocturnos* de Silva, en la sabana que dominaba al antiguo Cementerio de los Hijos de Dios. Lectura dolorosa y sin vino, que imponía el recogimiento penitente en alcoba solitaria.

Pero no se crea que echaba raíces el habitáculo murgeresco de Martínez. Lleno siempre de deudas, andaba de la ceca a la meca, reñido con la incomprensible casera. ¡Qué torpes son las dueñas de

pensión donde viven poetas! ¡Cómo los acosan de cobros y de impertinencias! Sucedía con frecuencia que Domingo viviera en varias partes, como para disminuir, por la división, el volumen de los inconvenientes. Su último alojamiento caraqueño fue el interior de la acogedora Fotografía Baralt, para mí sitio de amparo espiritual desde mis primeros años de Caracas. Estaba Manuel Ignacio Baralt, de Salvador de León a Coliseo. En 1923 aún era sitio de gran rango esta céntrica cuadra caraqueña. Se asomaban a la ventana en las tardes luminosas, lindas muchachas, de cuyos vistosos trajes emanaban ricas esencias de Francia. Hoy, de las casas, sólo sale el vaho hediondo de los quesos y los abarrotes fermentados. Vivían también, a la par de Martínez, en el interior de la Fotografía, los Micheletti, recién venidos de Italia. Eran un simpatiquísimo matrimonio, con una linda bambina de cuatro años, que para Domingo y sus amigos hacía las veces de embrujado cascabel. Cuando la bambina estuvo en trance de muerte, desde el serio Manuel Ignacio hasta el negro portero, andábamos con los ojos a punto de lloro. Micheletti era de la servidumbre de la Legación italiana, y como hablaba un purísimo italiano, lo tomamos de profesor. Sobre la comedia *Scampolo* ejercitábamos la rica lengua de Dante, Domingo Martínez, Rafael Brunicardi y yo. Los domingos comíamos con los Micheletti espaguetti saboreados con perfecta lengua sienesa.

En nuestro círculo, Domingo Martínez era visto con cierto carácter patriarcal. Nos ganaba bastante en años y en cultura, y nos servía de vínculo afectivo; en gracia de su desparramada bondad, Domingo, así anduviese en apuros de forzados ayunos, vivía alegre, en medio de su pesimismo constitucional. Era el equilibrio de quien sufría para sí y reía para los otros. El espíritu de la bohemia, las deudas caraqueñas y un deseo de ausentarse de sí mismo por la ausencia de los congéneres, empujaron a Martínez a la aventura de tierra adentro.

Un día de fines de 1923 advirtieron los amigos que Domingo faltaba de Caracas. ¿Dónde está Domingo?-¿Qué se hizo Domingo? ¿Qué le pasa a Domingo?, eran preguntas que andaban de boca en boca de

los íntimos de Martínez. A mí me llegó luego a Nueva Orleans la noticia, en carta de mi fraterno amigo José H. Briceño. Domingo se había ido a vivir a orillas de un caño del Meta, en una miserable taguara, donde vendía aguardiente, queso, chimó y rústicos productos de la tierra. Sus finos modales de gran señor habían desaparecido. Larga barba cubríale el pecho y la camisa de jerga y los calzones de áspero dril, concertaban con las holgadas alpargatas. Toda manera de gestiones se hicieron para el retorno de Domingo a la vida caraqueña. En 1932, después de una tentativa que varios amigos hicimos cerca del doctor Francisco J. Parra, encargado de la Presidencia de Apure, fue a San Fernando, de donde a poco vino a Maracay. Al llegar a Villa de Cura me llamó por teléfono para citarme en la capital de Aragua. Mientras hablaba con él, creí que hablaba con un difunto. Varios amigos lo forzamos a venir a Caracas. Yo obtuve del doctor Rafael González Rincones, entonces Ministro de Educación, la promesa de hacerlo Subdirector de la Biblioteca Nacional. Nada quiso en Caracas. Se partió a San Lázaro de Trujillo, en alguno de los tantos negocios interplanetarios que lo alejan de la realidad. Más tarde vivió en los campos petroleros del Zulia, al lado de los obreros, cuyos salarios defendía de las garras de los capataces. De ahí se pasó a Carora, con el equipaje de su miseria y de su altivez insobornable.

En 1944 era yo Presidente del Estado Bolívar y logré la urbanización del salvaje poeta. En Ciudad Bolívar volvió a hacer Martínez vida de relación social. Entró a servir la Magistratura judicial. Para algo debían servirle los cinco años de Universidad. A poco luego en la vieja Angostura ya era Domingo Martínez una institución humana capaz de rivalizar con Ernesto Sifontes y con el doctor José Gabriel Machado. Su bonhomia y su gentileza le habían conquistado el afecto de la ciudad. Agotado por la larga vida de privaciones, Domingo parecía más viejo de lo que pudiera ser. (Es preciso saber que Martínez, junto con sus innumerables cualidades de hombre y de poeta, oculta también los años). Hoy propiamente no vive en Ciudad Bolívar. Trasladó su tienda a Upata. Fue en pos de la eterna juventud que aseguran las aguas cantarinas del Yocoima. Allá administra, como un patriarca antiguo, buena justicia. No hace

versos. En él murió el poeta definitivamente para el mundo exterior. De las cenizas de la poesía surge la justicia. Sereno, generoso, apacible, Domingo Martínez ha hecho en Upata el milagro del buen juez. Poesía y justicia, belleza y equidad son polos en el mundo del espíritu. Nadie goza hoy con sus versos delicados. Los infelices sienten, en cambio, el alivio de sus sentencias reparadoras.

Domingo Martínez no volverá ya a su vieja Caracas, donde aún lo aguardan los amigos. No le aconsejaría, tampoco, que retornase a la capital. ¿Dónde encontraría el espíritu romántico de este Corviére pacificado, el viejo espíritu de la Caracas de los techos rojos? Podría decírsele que paraba en Itálica famosa, y el poeta, con la fuerza de sus sueños, llegaría a creerlo. Sin embargo, todavía, en un umbroso rincón de la Caracas que no muere, María Luisa, con la cabeza blanca y las pupilas apagadas, pero con el corazón en prolongada primavera, aguarda el retorno del novio que la abandonó después de quince años de románticos amores...

ADOLFO BRICEÑO PICON

El año 1918 conocí en Mérida al doctor Adolfo Briceño Picón. La suya era figura singular, que recordaba estampas españolas del siglo XIX. Era médico y farmacéutico, y como tal se anunciaba en leyenda inclusa en la bordura del viejo escudo labrado en una de las piedras sillares de la hermosa esquina de su casa solariega. Los emblemas del escudo fueron destruidos a cincel. La casa, entiendo, fue habitación de los primeros obispos, y tiene el más rico esquinero de sillería que se conserva en Venezuela. (Bien podría Mérida adquirir para Museo de la ciudad esta hermosa y rara casa, expuesta a ser destruida por la onda de un progreso mal entendido y peor ejecutado. Y debiera hacerlo pronto, para que no se adelante cualquier comerciante progresista, y edifique allí un edificio abstracto, donde mañana se embotelle "Coca Cola").

Tras el mostrador de la botica, pasaba el doctor Adolfo las horas del día que le dejaban vacas sus clases del Liceo, donde profesaba cátedras de Biología, de Química y de Historia Natural.

Sus buenos años cargaba a cuesta en 1918 el doctor Briceño Picón. El los disimulaba con finas tintas de su propia industria y con un espíritu siempre alegre y festivo. Aún más. No era simple alegría y cordialidad lo que llenaba la vida del doctor Adolfo. Era un verdadero hombre fáustico. Luchaba tenazmente contra la vejez del espíritu. De él, antes que del Maestro Rísquez, recibí el secreto de cómo puede no envejecerse mentalmente, pese al rigor de los años. "¡Ah, mi amigo, huyo de los viejos! Yo procuro el diálogo con los

jóvenes. De ustedes recibo el vigor que pierdo cuando platico con Antonio Justo". Se refería don Adolfo a su contemporáneo el candoroso y sabio Antonio Justo Silva, doctor en Derecho, en Medicina y en Cánones, tan conservador y tradicionalista como para dar la cangreja a Salvá y Salvany. En cambio, don Adolfo se mantenía en plena corriente del progreso y en plenas ilusiones juveniles.

En los viejos claustros, amables, soledosos y evocadores de la Universidad de San Buenaventura, los jóvenes disfrutábamos muchas veces las disputas entre ambos profesores. El doctor Adolfo era liberal y progresista. En su cátedra, con enojo del doctor Silva, explicaba a Darwin y, al llegar el caso, hacía el elogio del amor libre. El amor era uno de sus temas favoritos. Se preciaba de que su padre había celebrado nuevo matrimonio cuando frisaba con los noventa años. "Nuestra raza cumple", alegaba como razón de su fe fáustica. Era, en verdad, un hombre fáustico, que en un medio más ancho y sin las dolencias sufridas en la juventud, habría realizado una intensa labor de cultura.

En sus primeros años, don Adolfo cultivó las letras y ensayó el difícil arte dramático. "Muy aficionado, desde temprana edad, a la literatura, tuve que cortar el vuelo de estas aspiraciones por las luchas apremiantes de la vida", dice de sí mismo en la introducción de sus obras teatrales. No tuvo, en verdad, pretensiones de escritor, pese a poseer un buen instrumento literario. A los quince años ya había escrito dos novelines, que recibieron la aprobación de don José Vicente Nucete, quien en los promedios del siglo pasado ejercía funciones de mentor en la Mérida intelectual. Posteriormente el doctor Briceño Picón escribió obras teatrales. *El Tirano Aguirre, Ambrosio Alfinger, Sacrificios por la Patria, Amor Filial.* Este teatro histórico representa un esfuerzo admirable y un buen conocimiento de la técnica dramática. Por 1930 me decía Leopoldo Landaeta, severo y avisado crítico, que en Venezuela no se había hecho justicia a la labor dramática de don Adolfo y que era inexplicable cómo su nombre no lo recordaban los analistas de nuestras letras.

De los cuatro dramas citados, *El Tirano Aguirre* fue llevado a las tablas en Mérida el 30 de diciembre de 1872, "con entusiasta acogida por el público". El primer acto representa "La Conspiración". Sus escenas tienen lugar a orillas del Amazonas. En ella se fragua la rebelión y se descubren los amores de Cora y Arturo; el segundo acto es "La Prisión" del amante en la Isla de Margarita; el tercero tiene por escenario a Barquisimeto, con la muerte de Cora y del Tirano. Por aquel tiempo, una compañía teatral había fundado en Mérida un llamado "Instituto Dramático", donde el propio autor ejercitó sus dotes como hombre de tablas, a punto de haber hecho el papel de Coronel Villena, novio de la hija de Aguirre, mientras la celebrada Florencia Alarcón realizaba a cabalidad el papel de Cora. Don Camilo Carnevali, don Atilio Sardi y Gabriel, Manuel y Antonio Nicolás, hermanos del dramaturgo, tuvieron el desempeño de las otras partes. "Mérida está contenta —comentaba don José Ignacio Linares— porque ha visto abrir de nuevo las puertas de su teatro por la mano de su juventud ansiosa de progreso, de glorias y de fiestas". Era la Mérida parsimoniosa, estirada, cuyos centros de mayor importancia los constituían el Obispo y los canónigos y el grave claustro universitario. Los señores vestían la grave levita y se cubrían con los negros cubiletes. El guzmanismo triunfante había hecho estremecer, sin embargo, el mundo dormido de la vieja capital episcopal, y *Justicia Negra* ya había aparecido como expresión de viejos resentimientos sociales. La noche de aquella inauguración debió celebrarse como un afortunado suceso que aseguraba a la ciudad fino y moral esparcimiento. Con los aplausos que le prodigó el público, nuestro autor debió haber sentido colmadas todas sus ansias juveniles. Se separó él, después, de las actividades literarias. Los críticos olvidaron su esfuerzo. Los curiosos apenas inquieren el paradero del pequeño volumen que contiene estos sencillos románticos y airosos ensayos teatrales. Releyendo en estos días a *El Tirano Aguirre* he llegado a pensar que podría servir de pieza para la reinauguración del Teatro Juárez, de Barquisimeto. En el IV Centenario de Nueva Segovia, bien quedaría el drama que recuerda la primera gran acción realizada en la entonces flamante ciudad de los crepúsculos.

ALBERTO DE JESUS GÜERERE

El lector y yo tenemos amigos comunes a quienes pecho y espalda no alcanzarían para lucir placas, cruces y medallas. Si intentaran exhibir todas las luminosas condecoraciones recibidas, tendrían que ir a las recepciones acompañados de un criado que vistiese el frac complementario, donde lucieran los adminículos para los cuales carece de espacio el magro tórax. Estos amigos han viajado mucho con cargo al erario y han llevado la personería de la República a múltiples Congresos y Asambleas internacionales, donde con voz engolada y al referirse a Venezuela, han dicho, en tono de propiedad y suficiencia: "Mi País piensa", "Mi País desea". Sin embargo, estos amigos que han llegado a creer que la suya fuera la propia voz de la Patria, si resolvieran escribir de sí mismos, a lo sumo escribirían una larga crónica diluída en simplezas y salpicada de resentimientos, de intrigas y de autoelogios.

Lo contrario sucede al viejo Alberto de Jesús Güerere. ¿Quién es Alberto de Jesús Güerere?, seguramente preguntará quien ponga ojos en estas líneas. Nadie lo conoce en el mundo de los grandes valores de las letras, de la política, de las finanzas. Jamás ha figurado siquiera en notas sociales. Hombre sencillo, modesto, quitado de ruidos es Alberto de Jesús Güerere. Hombre apenas, como tantos hombres buenos, modestos, sencillos con quien topamos en los pueblos y caminos del interior. Actualmente frisa con los setenta y ocho años. Vive en Maracaibo, con la satisfacción de "haber hecho por su pueblo lo que muchos de sus hijos instruidos no han hecho". ¡Hombre, a esto hay que ponerle cuidado! Este hombre sin cuna, sin

escuela, sin apoyos, venciendo la más cabal pobreza, ha hecho por su pueblo lo que no han hecho los que tuvieron cuna de oro, grandes colegios, eficientes apoyos. Este hombre es un hombre ejemplar. Desde la altura de sus largos años, Alberto de Jesús Güerere volvió hacia atrás la mirada y quiso hilvanar recuerdos. Sus recuerdos los halló íntimamente unidos a la vida del Distrito Colón, y entonces, lejos de escribir una autobiografía individualista, escribió su vida a través de la vida del Distrito Colón, y la llamó *Biografía del Distrito Colón*. El sí podría decir con propiedad "Mi Distrito", "Cuándo mi Distrito no era nada...".

Desde que este libro llegó a mis manos, lo he leído tres veces. Sin ofender a nadie y sin faltar a las consideraciones debidas a nuestros grandes escritores —fueros de Santiago Key Ayala, de Mariano Picón-Salas, de Arturo Uslar Pietri, de Ramón Díaz Sánchez, de Enrique Bernardo Núñez—, creo que éste sea uno de los libros más interesantes, por si no el más, entre los publicados en Venezuela durante el último bienio. Su autor no es intelectual. Su libro no es literatura, sino vida del pueblo. El mismo se declara ignorante del arte de escribir. Su autor es simplemente un hombre sufrido del pueblo que resolvió pintar ingenuamente sus padecimientos para abrirse camino.

En Puente Real, al lado de Melitona Güerere, la bondadosa y sufrida madre, vivió hasta los diez años, cuando entró a trabajar como peón de José Faría Virla, en la canoa *Marcota*. Por su trabajo le pagaban cinco pesos y sesenta y dos centavos macuquinos al mes. Veintitrés bolívares con diez céntimos del sistema actual. Sobre el río no podía dormir. Mientras la canoa navegaba, él tenía que trabajar. Descansaba, como las máquinas, cuando la embarcación era amarrada en algún sitio. Como el oficio no le dio resultado, dejó la canoa y estudió para "artista de circo". Se hizo "dislocador", acróbata, prestidigitador, escamoteador, transformista de la nigromancia. De su trabajo de artista, sacó la experiencia de su inutilidad y, al abandonarlo, se fue con diez hombres más a trabajar a Encontrados, como peón de caña en la hacienda "El Calvario". De un lado a otro, cambiando de sitio y de "amo" en su rudo trabajo,

jamás descuidó el rancho materno. Visitaba a la vieja para llevarle socorros, y luego seguía su ruta sin descanso, en tierras insalubres y bárbaras, talando caminos y sembrando frutos, o sobre las aguas inseguras, en canoas frágiles. A los diecinueve años compró una tierrita en Puerto Real, y lo robaron. En 1905, ya casado, volvió a adquirir tierras, que llegaron a ser más tarde la hacienda "El Congreso", fundada "bajo los auspicios de la miseria, en lucha con las enfermedades, los ciclones, chubascos, veranos, langostas y entre el capricho de autoridades ignorantes". Las cañas que llegaron a hacer de ella un fundo valioso y respetable, tuvieron origen en la fe y en el dolor de este hombre admirable. "Un día del año 10 —escribe— al llegar del campo encontré a una niñita de dos años que estaba llorando. Le pregunté a mi mujer el motivo, y me dijo que tenía hambre. No hay papelón —agregó— y el muchacho que salió a buscarlo no regresa hasta la noche. Recordé que en el monte había visto tres macollas de caña. Fui y las corté completas, hasta los cogollos. Les di golpes a los canutos con un rolo y luego torciéndolos les extraje el jugo. Los cogollos los sembré alrededor del rancho y cada vez que crecían las cañas aumentaba la plantación. Sembré una cuartilla, después dos, y luego cuatro. De allí tuve semilla y ello me llevó a ponerme a fabricar papelón. Cuando las cañas tenían un metro de altura, un día domingo, labré un rolo e hice una cimbra. En esta forma comencé a producir, obteniendo de veinticuatro a veinticinco libras por día. Y seguí sembrando".

En 1925 Güerere vendió su hacienda por ciento un mil bolívares. Ya era rico. Se trasladó a Santa Bárbara del Zulia y emprendió nuevos negocios, entre ellos el acueducto del pueblo y una flota de bicicletas. Edificó casas para renta y levantó, también, buena casa para la familia. Ya Güerere tenía nuevo destino. Hecho el suyo, se ocupaba ahora en el destino de los hijos. No quería que sus descendientes sufrieran como había sufrido él. Su interés lo subordinó durante treinta años a la educación de los hijos. Consideró la educación el punto de partida para salir del tremedal de la miseria. A sus hijos dio lo que él no tuvo quien le diera. Melitona Güerere no pudo ofrecerle otra cosa que el hontanar de su

dulzura de madre. El, a los suyos, les pudo ofrecer elementos para que sus nombres lucieran en los cuadros mejores del país.

Cuando Alberto de Jesús Güerere escribe su vida, escribe la biografía del Distrito Colón, en cuyos diecisiete mil kilómetros cuadrados cuaja hoy una riqueza maravillosa en cañas y en plátanos y donde tiene asiento el mayor centro lechero de Venezuela. Más de doscientas mil cabezas de ganado surten leche para la conocida empresa Indulac. "He querido, en medio de mis escasos conocimientos —declara—, dejar escrita esta historia para que perdure entre las generaciones venideras el recuerdo de las luchas terribles que han sido necesarias para la formación de un pueblo y el engrandecimiento de una zona tan rica de nuestro país". Hermosa historia, llena de vida, de fe, de dolor y de angustia. En ella se oye la ronca tragedia de hombres que luchan con la selva, con las fieras, con las tempestades, con los capataces, con los propietarios, con las autoridades, consigo mismos. Es la historia de la riqueza referida por los propios hombres que la hicieron con sus brazos. Otros podrán escribir la historia económica de la nación, bien sentados en muelles escritorios y entre arcas repletas de dinero que ellos no trabajaron. Aquélla es Historia viva. La otra es Historia que transita caminos de vergüenza.

Pero la vida de Güerere es la vida del hombre sufrido y heroico de toda Venezuela. Al pintar las extraordinarias peripecias de su existencia y el desarrollo del trabajo aspérrimo que dio origen a la gran riqueza agropecuaria del Distrito Colón, Güerere nos pone en contacto inmediato con la angustia que ha pesado sobre el desamparado trabajador rural venezolano. Asusta la pintura de cuadros como el ocurrido en la hacienda "La Carmen", de Ricardo Troconis. En ella vivía un peón, cuyo nombre no recuerda el autor. Llamémosle, si es preciso darle nombre, simple y solemnemente Juan Cristo. "Este pobre peón —dice Güerere— vivía con su anciana mamá y ambos habían siempre trabajado en ella. El capital de este infeliz era una imaginaria deuda con el dueño, como pago de su trabajo; un par de cotizas rajadedos (alpargatas fabricadas todas en cuero), una muda de ropa con la cual trabajaba, dormía y hasta

salía a pasear. Este traje era andrajoso, siempre se le veía harapiento y miserable, con desgarraduras en el traje, como si fuesen banderitas y con nudos de la tela por botones. En el rancho tenía por cama el suelo y por colchón una estera, donde dormían madre e hijo. Ambos eran tan flacos que parecían un zurrón de huesos y pellejo, como si no tuviesen carne. Ambos se alimentaban todos los días y en todas las comidas con cuatro pescaditos y ocho plátanos que era el pago de su trabajo. Este peón entró de concertado en la hacienda, siendo muchacho y en ella se hizo un hombre.

"No tuvo descanso ni los días de fiesta. No conoció más mundo que el campo de la hacienda, ni más mujer con quien compartir sus penas que su madre. Un día cualquiera enfermó de disentería. Estuvo tres días enfermo, y murió como había vivido, en la misma cama. En la misma estera donde durmiera, lo envolvieron, lo amarraron, y éste fue su ataúd. Cuatro indios abrieron un hueco y allí lo tiraron para que conociera por primera vez el descanso. Pero su mamá, una anciana de setenta años, tuvo que pagar la imaginaria deuda que el patrón le atribuía a su hijo muerto en pago del rudo trabajo de toda su vida. Esta pobre vieja tuvo que pasar su duelo al borde de una gran paila o fondo de cien galones, pues fue obligada a hacerle la comida a los doscientos peones de la hacienda. En esta hacienda no aceptaban peones con mujeres. La miserable anciana lavaba a diario sus mugres vestidos y su cara con el llanto de sus lágrimas. La cocina estaba formada por una enramada en zancos. En el centro estaban clavados dos horcones, los cuales tenían en la parte superior un madero horizontal que los unía. De este madero pendía una gruesa cadena atada por un cáncano, y de ella pendían cuatro lingotes que servían para sostener la gran paila... Los peones traían todos los días la ración y se la entregaban a la pobre vieja. Como eran tantos, ella no sabía quién le daba y quién no le daba. Y a la hora de la comida se presentaban todos a buscar su alimento. Hasta los que no trabajaban, a los cuales no les tocaba ración. Si faltaba comida, ella tenía que entregar la suya propia. Y si todavía faltaba, tenía que pedir fiado, con lo cual la cuenta por ella heredada del hijo se fue aumentando y no la pudo pagar sino cuando murió".

Esta sufrida vieja y su hijo infeliz son la historia viva del trabajador rural venezolano. Sobre el dolor de estos seres sin nombre se ha formado una riqueza para beneficio de los titulares de la tierra, para provecho de los caciques que ejercieron la violencia y para granjería de los pulperos que engañaron siempre al campesino.

Más que libros con los vicios de la Europa decadente, debieran nuestros jóvenes y nuestros viejos saturarse de la realidad nuestra a través de páginas como éstas, olorosas a tierra y a dolor venezolano. En ella se escucha el latir afanoso del corazón de la Patria. Debiera fomentarse este tipo de literatura terrígena, donde sin alardes de tropos se oye la voz sufrida del país que quiere crear su propio destino. Cuando se mira hacia estas vidas ejemplares, se llega a la conclusión de que mientras fallan las cabezas, sobra el brazo para la obra de salvar el destino de la Patria. Alberto de Jesús Güerere es una excepción en cuanto a biógrafo, pero como tipo humano pulula en el sustrato de nuestro pueblo. A Alberto de Jesús Güerere lo hallamos en Higuerote, en Orituco, en Quíbor, en Chejendé, en Upata, en El Cobre, en el Morro. Justamente por existir esta clase de hombres, vive aún el país. Son ellos las piedras donde descansa la fundación social. Por tener el aguante que tienen, el edificio no se ha venido abajo. La fatalidad reside en que de ellos la República no hace el debido aprecio. Siempre han vivido a merced de los *vivos*. Siempre han estado oscurecidos por los charlatanes y los logreros. Digno de aplauso es el caso de que uno de ellos, como este encantador viejo Güerere, haya levantado la voz, para que se recuerde la eficacia de los hombres anónimos que sostienen el vigor y la dignidad de la República.

1952.

ALIRIO PARRA MARQUEZ

Ariel, la pequeña hoja periodística que en Trujillo sacábamos por 1914 y 1915 Saúl Moreno, José Félix Fonseca, Claudio Llavaneras, Carlos Briceño Altuve, Manuel Vargas López Méndez, Manasés Eduardo Capriles y yo, apareció el 22 de octubre del 14. A más de editorial y poesías, publicaba notas sociales. Una de ellas estaba destinada a despedir a nuestros compañeros de colegio y de infancia, Diego Bustillos y Alirio Parra Márquez. Parra Márquez frisaba con los dieciséis años cuando dejó su ciudad natal para trasladarse a la antañona e ilustre Coro, donde su padre desempeñaba una alta posición de gobierno. En la tierra clásica de la lealtad y la hombradía, bien estaba que ejerciese altos oficios quien en nuestra reciente historia regional ocupa puesto de primicia como caballero de ejemplares ejecutorias. Recordar entre trujillanos al viejo Melquiades Parra es provocar la inmediata exaltación de la amistad, de la energía, de la circunspección y de la consecuencia que caracterizaban su conducta pública y privada. Hombre recto y modesto, que supo capear la adversidad política con una integridad ejemplar, con que daba alta sazón a la parva mesa y mayor lustre al sencillo indumento. Afable, generoso, inteligente, la mejor fortuna que dejó a sus hijos fue una muchedumbre de amigos que aún evocan el placer de haber compartido con él la sal y el vino de la amistad.

En busca del padre dejó a Trujillo Alirio Parra Márquez cuando apenas empezaba a gozar la juventud. De Coro se pasó a Caracas, donde ingresó, si no antes, el año 1919 en el Servicio Exterior. Sus

primeras armas para el ejercicio burocrático las recibió del gran Lisandro Alvarado en la Dirección de Política Comercial, recién creada por el ilustre e insuperado canciller Gil Borges.

Buena gente se iniciaba entonces en el trabajo de la Cancillería: Mariano Picón-Salas, Alberto Adriani, Eduardo Arroyo Lameda, Juan Bautista Clavo, Jacinto Fombona Pachano, Efraín Cayama Martínez, los Caballero Mejía, Delfín Enrique Páez. De la Casa Amarilla salió Parra Márquez a desempeñar el Consulado de la República en San Luis de Missouri. De vacaciones regresó a Venezuela por 1925, y ya casado él, nos vimos en Washington, cuando yo regresaba de mi misión consular en Nueva Orleans. Con Parra Márquez visité el Lincoln Memorial y los cerezos floridos del Potomac. De San Luis, Parra fue trasladado a Inglaterra, y de nuevo, en años recientes, a Barcelona de España. El, lo mismo que su hermano Melquiades, compiten con los más viejos la veteranidad en el Servicio Exterior. Sin embargo, ambos, si bien por su eficaz trabajo se han mantenido en el goce continuo de sus funciones, han carecido del mágico espaldarazo con que otros ascienden y medran sorpresiva e injustificadamente.

El año pasado de 1951, Parra Márquez se tomó unas bien ganadas vacaciones y vino a la tierra para lograr, como Anteo, fuerzas para el futuro trabajo. Sus viejos amigos estamos hoy en Caracas, pero él, con su voz tomada de metal extranjero, como la del gran Gil Fortoul, se fue al riñón de la montaña nutricia. Claro que no halló muchas cosas para él gratas del viejo Trujillo. Nuestro encantador callejón de la Cantarrana había sido aplanado y anchado para dar paso a la fea Avenida Colón. Apenas las resistentes paredes y el viejo ventanal de la casa de Andrés Rosales mantienen en la vía algo del sabor antiguo. No encontró, tampoco, la gran piedra labrada de la esquina de El Sol, donde asienta la sillería de la casa de don Pancho Casas. Había sido recortada a cincel para nivelar las aceras. Los niveles son instrumentos destructores en manos de los urbanistas irrespetuosos del alma de los pueblos. También su uso es temible en manos de políticos que procuran igualar cortando las cabezas que sobresalen, sin pensar que es mejor subir el coturno de los hombres.

Muchas cosas de menos halló Parra Márquez en nuestro viejo Trujillo. De la gente joven de 1914, a mucha sólo la encontró en la avivada memoria de los amigos. Posiblemente su primera noche de reencuentro trujillano fue para Alirio noche de profunda saudade. Después, su espíritu se hipostaseó con el invariable paisaje trujillano. El viaje que de muchacho realizaba a horcajadas sobre modestos burros, lo hizo sobre rápido vehículo, que en flaco tiempo lo llevó a redescubrir todo el encanto que rodea al vallecito de Mucas. Escuchó luego la voz de la tierra, el grito de las piedras, la canción quejumbrosa de las aguas, la voz sin lenguaje de las abejas. Se saturó de campo, se bañó de monte, se empapó de humedad de hierba. Vio de nuevo su destino de hombre de Trujillo y miró con deleite cómo se devolvían las manecillas del tiempo. 1914 reapareció en la muestra de su reloj londinense. Al fijarse en él, creyó tener en las manos el modesto reloj de níquel que le graduaba don José Antonio Asuaje. Se lo había regalado la Mamá Ina después de los exámenes. Sí. Era el mismo reloj de la infancia lejana, con su hora bien marcada entonces. Sintió la necesidad de seguir viviendo como si estuviésemos en 1914 y en su alta ventana de la esquina de las Monjas, aún sonriera la gloria en los ojos luminosos de Elena Omaña.

Hay que vivir nuevamente como trujillano castizo, que jura sobre la espada y la Biblia que en el viejo Zanjón de los Cedros nació María Santísima. No habrá en realidad ojos milagrosos en las ventanas labradas, ni se topa en la Plaza Bolívar con los viejos amigos. Pero el suelo es el mismo. En nada ha variado la dulce tierra de la infancia. Tiene los mismos siglos que tenía cuando abrió a nuestros ojos el prodigio de su mundo arbóreo. Los cafetos, los guamos, los bucares, las cañas, los maizales continúan imperturbables, como testimonios de una amable e inmoble realidad que pide manos cariñosas. Alirio Parra Márquez respondió con hechos al reclamo de la tierra maternal. En *Las Aguaditas*, a la entrada de la ciudad que busca salirse del cinturón de los cerros, hay buenas tierras de riego. Tierras de doble pan cadañero, que llevaron a los pobladores a llamarlas tierras de Pan Pan y tierras de Pampanito, como se denominan los pueblos de la cercanía. Aquí plantará su tienda

definitiva. Ejercerá el señorío rural que antaño tuvieron don Enrique García Yanes, don José Miguel Pimental, don Rafael Ruedas. A José Manuel Urdaneta, célibe patriarca de *El Prado*, pedirá el secreto de gobernar y aprovechar con justicia la tierra y de ser a la vez amigo y señor de sus peones.

Por edificante, reclama divulgación la conducta de Alirio Parra Márquez. Hoy aguarda en Barcelona el tiempo del retiro, para venirse a trabajar al suelo nativo readquirido para el lucro con las economías de su largo trabajo burocrático. Será él una fuerza en el orden de la cultura y de la economía de Trujillo. Es el reverso de lo que han sido y de lo que continúan siendo otros en relación con la abatida Provincia.

Venezuela es ejemplo de repúblicas macrocefálicas. De pocos años data el desarrollo de Maracaibo, de Barquisimeto, de Valencia, de Mérida, de San Cristóbal, de Valera. Los hombres de la provincia buscamos la capital y nos desvinculamos de la región nativa. Es natural que algunos se vengan a engrosar la población capitalina, por cuanto en el interior falta a muchos posibilidades para desarrollar la vida. En años pasados el exiguo presupuesto público de los Estados justificaba la necesidad de que ciertos hombres de capacidad buscasen campo de mayor provecho en la capital. Hoy no pasa eso. En la provincia los cargos burocráticos tienen excelente dotación. Los médicos gozan de posibilidad para trabajar con rendimiento económico y los ingenieros hallan ocasión de percibir gruesos estipendios. Tampoco se justifica que el hombre que hace fortuna en la capital se desvincule de su región nativa. Menos que el terrateniente abandone sus propiedades y se venga a buscar fáciles medros políticos. Mucho menos se justifica este absentismo, cuando la rapidez de los transportes de hoy y mayor unidad a la nación.

Los pueblos del interior reclaman la atención permanente de los hijos que han logrado fortuna e influencias fuera del círculo nativo. Estos, para darse un verde, apenas van a los viejos lares a tomarse vacaciones de turistas. No es justo que exista un mundo de distancia entre los trujillanos de Trujillo y los trujillanos de Caracas, entre los

guariqueños del Guárico y los guariqueños de Caracas. Merideños de Caracas y corianos de Caracas, tienen derecho a serlo los hijos de merideños y de corianos nacidos en la capital. Los provincianos que vivimos en Caracas adquirimos la caraqueñidad por superposición natural a la venezolanidad que nos viene de la provincia. Porque los provincianos se sumen definitivamente al movimiento de la capital no se concluye una muerte natural de sus nexos con la provincia. Con tal procedimiento faltan a su deber con Venezuela. La República reclama un constante interés nacional de los ciudadanos por sus respectivas ciudades y pueblos. Mientras más crezcan los pueblos, mayor será el crecimiento de la Nación y más brillante el sentido de la capitalidad.

Nuestros hombres públicos, pongamos por caso, una vez que descuellan en Caracas, se olvidan de la provincia. Naturalmente que existen honrosas excepciones. Pareciera que los altos cargos no se compadeciesen con un pacífico retorno a la sociedad modesta y sencilla del interior. Hay que quedarse en Caracas en espera de nueva oportunidad. Sucede lo contrario en la vecina Colombia. A su regreso de París, en 1950, el embajador Londoño Londoño aceptó la Alcaldía de Manizales. Pensar que entre nosotros un ex ministro acepte la Prefectura de su pueblo nativo es tanto como pretender ordeñar a las *Siete Cabrillas*. Colombia es en realidad una República de ciudades. En Bogotá trabajan políticos, abogados, comerciantes, banqueros, industriales, hombres de letras, que tienen segunda o primera casa en el interior. Entre nosotros el provinciano, al venirse a Caracas vende lo poco que tiene y abandona hasta tierras que cultivadas podrían ser útiles a la riqueza nacional. Personas de gran marco en la provincia las he visto liquidar pequeños haberes, para venirse a Caracas a hacer una vida de privaciones y anonimia. A otras familias sucede lo contrario, y es lo deseable y lo plausible.

Muchos casos de ausencia tienen personal y justa explicación. Algunos que hemos abandonado materialmente la provincia, sin dejar en ella otra cosa que afectos, la hemos cargado permanentemente en la memoria y en el corazón. A mí me sirve de orgullo la constante evocación de mi tierra y mi permanente estar sobre los

problemas de su Historia y de su cultura. Ello no empece para que me sienta tan caraqueño como para poner todo fervor en el desempeño de mi oficio de Cronista de Caracas. La dualidad de este sentimiento crea el verdadero sentido de la nacionalidad. Quienes se sienten intensamente venezolanos, por haber nacido en Carora, como Pastor Oropeza y Luis Beltrán Guerrero, por haber nacido en Cumaná como Luis Teófilo Núñez, o por haber nacido en El Guayabal como Julio de Armas, tienen que saberse también profundamente caraqueños en el más correcto sentido de la venezolanidad creadora. Aun los provincianos que no han vivido en Caracas están en el deber de sentir por suya la capital y en el derecho de holgar con su gloria y su progreso.

El ritmo simbiótico entre la capital y la provincia, entre la ciudad y el campo es lo que hace las repúblicas. En Costa Rica yo platiqué con mi ilustre amigo, recientemente muerto, don Manuel Francisco Jiménez, vestido él a la campesina, en su despacho de Ministro de Relaciones Exteriores. No se desdeñaba el gran Canciller tico de mostrarse a los diplomáticos en el traje con que se retiraba a las placenteras labores rurales. Se necesita esta estrecha vinculación entre los hombres de la capital y los hombres de la provincia, entre los hombres de pluma y de ciencia y los hombres de la plantación y la dehesa. Por ello, he querido exaltar el caso singular de mi amigo Alirio Parra Márquez, a quien no han servido de óbice treinta años de residencia en tierras extranjeras, para planear su regreso, casi como forastero, con el fin de labrar el viejo suelo nativo. El dirá, como digo yo, que ha cargado siempre a Trujillo en el corazón y en la memoria.

JUAN ITURBE

Venezuela es país de lamentables rarezas. Aquí todo se olvida. Nuestro espíritu bonachón y conformista nos hace echar en saco sin fondo muchas cosas que debieran recordarse con "memoria implacable", como de la mía dice malintencionadamente el embajador Manuel Arocha. La apología del olvido, como ingrediente para la convivencia social, la hice en mi libro *El caballo de Ledesma*. El olvido es la piedad del tiempo. Sin él, la existencia se haría insoportable. Pero esto vale en el orden del benéfico olvido que debemos echar, como generosa absolución, sobre los errores, las faltas y las caídas de nuestros semejantes y sobre las nuestras propias. Para otros casos, la memoria debería ser implacable.

Nosotros ampliamos las virtudes del olvido hasta convertirlo en desgracia nacional. En todos los órdenes desdeñamos lo nuestro. Si se trata de la economía, damos espaldas a las posibilidades de nuestro suelo entristecido, para resignarnos a comer lo que se cultiva en otras zonas. Si vamos a la búsqueda de elementos que sirvan para la ejemplificación social, tomamos los que nos pintan los forasteros. Queremos arte y nos fastidiamos ante las formas poéticas o plásticas de nuestros artistas, para hacer boca de bobos ante las extravagancias que nos trae el último regresado de los bulevares de París o Nueva York.

Con poca memoria se puede recordar lo que ocurrió por 1930 al establecerse el Matadero Modelo de Maracay. Alguien habló al General Gómez de la excelente manera de preparar el tasajo

uruguayo y de lo útil que sería su industrialización entre nosotros. A Gómez, que no conocía la palabra tasajo, le hicieron pagar doscientos mil bolívares por la venida de un técnico que enseñase la manera de hacerlo. Había curiosidad en el público por el nuevo producto. En cambio, la indignación del Caudillo no tuvo límites cuando descubrió que los uruguayos llaman tasajo a la vieja cecina o "carne seca" con que él había alimentado las tropas que le dieron el poder de las batallas. Venezuela, pues, pagó doscientos mil bolívares para que le enseñaran en 1930 a salar carne. Después han venido técnicos para enseñarnos de todo, inclusive a tomar *whisky*.

Con los grandes valores de nuestra cultura pasa lo mismo que pasó al General Gómez con el tasajo. Para saber que los tenemos, necesitamos que venga alguien de fuera a decírnoslo. Para que aquí se creyese que Rómulo Gallegos es el primer novelista de lengua hispana, fue preciso que lo dijeran los de fuera. Para que se admitiese que Luis Loreto es una eminente figura en la ciencia procesal, ha precisado que lo repitan grandes autoridades extranjeras del Derecho. Aún más, cuando se dice que Mariano Picón-Salas es uno de los más grandes ensayistas de América, la gente dice que Picón-Salas sólo tiene cara de bobo. Eso somos nosotros. No reconocemos otros valores sino aquellos que tengan respaldo de dinero o de mando. Por eso entre nosotros se ha producido una fatal filosofía hedonista que justifica todo esfuerzo, así pase de torcido, pero que se encamine a participar la sombra y el favor del poderoso.

Ya estoy quedándome en mi habitual terreno de escritor de temas sociológicos o políticos, sin adentrarme en el propósito inicial de escribir algo acerca de Juan Iturbe, así no posea las condiciones apropiadas para referirme a una de las más prestigiosas e ilustres figuras de nuestro mundo científico. Pero creo que para el caso debía empezar por hablar del olvido con que nuestro público obsequia a nuestros efectivos valores culturales. Si Juan Iturbe, con su pata coja, saliera a las calles de nuestra estirada y modernizada aldea, se lo llevaría cualquiera por delante, como se llevaría a Juan José Mendoza, a Francisco José Duarte, a Santiago Key Ayala, a Santos Dominici, a Simón Planas Suárez. A Monseñor Navarro no

se lo llevarían puro y puro, en razón del traje talar. (Por algo los clérigos defienden la publicidad de la sotana. Si pensaran en esta inmunidad, los académicos buscarían vestir el clásico uniforme verde, y ya no les pasaría nada. El uniforme salva lo insalvable).

Juan Iturbe es para el público cualquier cosa. Un viejo médico, con una clínica donde hacen tertulia cuatro ociosos. Algunos ya no le consultan, porque dizque pasó de moda. Entre nosotros, la gente que madura ya no sirve; en búsqueda de modernidad y de progreso se estrena de todo, desde confesor hasta limpiabotas. Un médico viejo, como un político de edad, ya no sirve para nada. Iturbe fue, en verdad, médico de gran moda, cuando la sífilis era azote social y él, en su célebre clínica de Principal a Conde, recibía desesperadas visitas procedentes de todos los vientos de la República. Hace treinta años, en problemas de Venereología, Juan Iturbe era una manera de Papa Negro. La fama de Iturbe como sifiliógrafo, felizmente fue decayendo a medida que la *lues* dejó de ser un azote social. Se le buscó mucho menos, pero su obra de sanitarista y de investigador quedaba en pie como ejemplo de constancia y de capacidad científica.

La feliz derrota de la sífilis no era para que las nuevas generaciones llegasen a desconocer y hacer a un lado la obra de este eminentísimo científico venezolano. Allí están, en copiosas monografías, los frutos estupendos del investigador que, rompiendo las lindes del país, han llevado su nombre a los más severos círculos científicos del exterior. Cuando visité en 1923 la clínica del profesor Rudolph Matas, en Nueva Orleans, apenas supo el egregio catedrático de Tulene que era yo venezolano, me hizo la alabanza de Juan Iturbe: "Es uno de los más brillantes investigadores de Latinoamérica", me dijo quien llegara a gozar fama de ser la primera autoridad en el Nuevo Mundo acerca de Historia de la Medicina.

Olvidado andaba el nombre de Juan Iturbe cuando la llegada a Caracas de una reciente película brasilera acerca de la Bilharzia hizo recordar que en 1919 ya nuestro sabio había rodado el *film* que

recogió sus experiencias personales sobre el ciclo vital del *Schistosoma manzoni*. Sin este oportuno recuerdo forastero, nuestro público científico no habría caído en la cuenta de que estaba en deuda con el sabio ilustre. El Instituto de Higiene se ha apresurado, en consecuencia, a promover actos de exaltación a la gloria de nuestro eminente científico. Los diarios han diputado redactores a que hablen con Iturbe. Yo mismo he ido a platicar con mi viejo amigo, a fin de refrescar memorias para esta nota. No porque necesite yo estímulos extraños para rendir justicia a los grandes valores de mi Patria. Justamente hace cosa de un mes, cité el nombre de Iturbe entre los genuinos benefactores del pueblo. Lo evoqué junto con los de José Gregorio Hernández, Rafael Rangel, Enrique Tejera, Arnoldo Gabaldón, José Francisco Torrealba, Pastor Oropeza, Martín Vegas, José Ignacio Baldó. Porque benefactores del pueblo en grado eminente son los sabios que se desvelan por hallar solución a los graves problemas de salud colectiva.

Claro que el gran público concede más interés a los deportistas del "Universidad" y del "Magallanes" que a los callados trabajadores a quien corresponde el mérito de que el pueblo goce la saludable alegria que se convierte en vítores y palmas para los jugadores. Claro que si. En el actual mundo del *homo ludens*, quienes jueguen algo, asi sea yo-yo, llevan todas las de ganar. Jugar a la pelota o a las bolas es buena vía para la celebridad. ¡Qué decir de los que juegan a la guerra! Quienes estamos a todo perder, somos los que fomentamos el progreso de las letras y de la paz. Y más que perdidos están estos sabios bondadosos que en sus laboratorios pelean con los gérmenes de la muerte, en medio de un siglo alegre y contradictorio que pone de moda la guerra y sus mortales instrumentos. ¡Hasta dónde habrá llegado el guerrerismo de los llamados países cultos, que en este justo momento de escribir, acabo de ver con sorpresa a una fina muchacha de dieciocho años, muy engalanada con un vistoso cinturón traído de Nueva York, cuyos adornos son un minúsculo revólver y un juego de simuladas balas!

Ha vuelto a primer plano, gracias al repique brasilero, la eminente figura de Juan Iturbe. Se ha recordado su obra de sabio, y mucha

gente, para darse postín, se ha declarado ligada por la amistad con el optimista e incansable investigador de la esquina del Padre Sierra.

Cuando fui a verle, al siguiente día del homenaje que le rindieron sus colegas, el teléfono no dejó un momento de funcionar con mensajes de congratulación. En su rostro brillaba la saludable alegría. Mientras atendía las llamadas, yo reconstruía en la memoria su figura antigua, cuando, con gris paletó-levita, cubilete, bastón y guantes, era en nuestro Hipódromo de hace treinta años una de las más visibles figuras. El Hipódromo era entonces un lugar de esparcimiento y de cita social. No se presumía su conversión en inmenso y honorable garito. Hombre de gran mundo, Juan Iturbe ocupaba en los saraos, recepciones y tertulias el mismo primer puesto que tenía en círculos académicos. Su palabra festiva de caballero, tenía la misma atracción entre damas y gente joven, que la palabra del investigador y del clínico. En sus maneras de gran señor se ponían de resalto las virtudes y modales de los distinguidos grupos sociales a que está vinculado. Doña Olimpia Bescanza, la gran matrona que le dio vida mortal y lo impulsó a hacer perdurable su nombre por el cultivo de la Medicina, le formó también el espíritu en el viejo molde del tradicionalismo guanareño. Muchos imputan a Mérida el privilegio de la capitalidad venezolana de la jerarquización social. Guanare, más que Mérida, podría señalarse, con la vieja Barinas, por reducto donde quedó arraigado el mantuanismo colonial. Se necesitó el estrujón federal para que las ilustres ciudades llaneras olvidasen un poco, en razón de la diáspora de sus más apergaminadas familias, las letras de oro y los papeles antañones. Ser guanareño, como lo comprueba Juan Iturbe, es tanto como sentirse apegado a un imperativo de señorío. Crecido para la vida de la cultura universalista en Alemania, Francia, Inglaterra y Estados Unidos, Juan Iturbe se siente vinculado por lazos de vigorosa tradición a la tierra de la Coromoto. Cuando se quiere reencontrar en venezolano, mira hacia atrás, y a través de esa intrincada red de típicos apellidos guanareños: Oráa, Bustillos, Márquez, Andueza, Mancera, Huizi, Unda, Cazorla, Anzola, se siente anudado a los valores sagrados de la venezolanidad. Por ello,

al despedirme de él y mientras le estrechaba la vigorosa mano, me dijo entusiasmado:

—Estoy de corazón contigo en tu noble campaña de defender la nacionalidad, tan amenazada por fuerzas de dentro y de fuera. Nos quedan tan pocas cosas, que un descuido cualquiera acabará definitivamente con nosotros.

Juan Iturbe está, sin embargo, errado. Nos quedan grandes valores para salvar a la Nación. Nos quedan muchos hombres que, en silencio, con paciencia de santos y bajando el tono de las voces, trabajan, como nuestro ilustre amigo, por sumar fama y decoro a la Historia de nuestra Patria...

PIO TAMAYO

En 1921 aparecieron en cuerpo de libro mis primeros trabajos literarios. En el fondo de ellos había una nota común de idealismo. Sobre mi angustia de desollado, yo derramaba la sombra de mi fe en los valores del espíritu. Cuando dediqué a la novia lejana un ejemplar de mi libro, escribí en el tono romántico de los enamorados: "En ellas hay una nota de la amargura diaria y un profundo deseo de bondad y de paz". Por patrono del libro tomé a Epicteto, cuyas rutas sólo creí posible hallar entre las estrellas lejanas. Era, pues, mi libro primicial una reunión de temas amargos e idealistas que buscaban soluciones espirituales.

Casi al mismo tiempo apareció el primoroso breviario *A la luz de mi lámpara*, de Joaquín Briceño Maldonado. Fino, noble espíritu el de Joaquín Briceño Maldonado. Pulcro por dentro y por fuera, su vestir elegante, su andar parsimonioso, sus modales señoriles acusaban el temple delicado de su espíritu. Cayó en mis manos el librito de Joaquín, y a poco publiqué sobre él una nota laudatoria en *El Universal*. Tras la nota vino el encuentro. Briceño Maldonado y yo entablamos una sincera y profunda amistad, a la cual, más que la comunidad de sangre, servía de aliento nuestro idealismo común. El mío, que buscaba los caminos cristianos; el suyo, inclinado al esoterismo teosófico.

La Teosofía suministraba fuerza idealista a muchos espíritus de escasa formación cristiana. Más que la Teosofía, la vida admirable de Sidharta Gautama, divulgada por Shouré, Arnold, Gjelerup. La

maravillosa novela *El Peregrino Camanita*, que valió a Gjelerup el Premio Nóbel, la leímos Briceño Maldonado y yo con una devoción de budistas. Todos aquellos elementos místicos elevaban nuestro espíritu sobre el grosero nivel del momento. Leídos los libros, yo los remitía a Mérida a mi admirable amigo Julio Sardi, hambriento sin cura de las buenas letras. Julio Sardi padecía un grave problema de dudas religiosas y de anhelos espirituales. (El examen de las cartas personales de Julio Sardi me dará tema algún día para otro ensayo sobre esta grande figura de nuestro mundo intelectual, huido a la zona de la inactividad literaria por inexplicables razones. De una de esas cartas tomo el siguiente párrafo sobre su lucha interior: "¿Qué quiere usted, mi noble amigo, si esto que en verdad es una desgracia, no es una modalidad voluntaria de mi ser, sino algo fatal, orgánico, congénito de lo cual no soy responsable? ¿Cómo hizo usted, qué gimnasias espirituales ensayó, qué voltereta hizo dar a su encéfalo, que cilicios teológicos puso a su razón para volver a la fe?").

Desoyendo el oportuno y valioso consejo de un compañero que me indicaba la conveniencia de darme a estudios económicos, en momentos que Venezuela carecía de economistas, yo seguía impasible en mis lecturas religiosas, lamentablemente desprovistas de método adecuado. Era la mía entonces una religiosidad renaciente de la duda, que buscaba afanosamente nuevos valores místicos. Para la problemática de la hora, yo encontraba en el hombre religioso el camino idóneo para llevar el mundo convaleciente de la primera guerra a un reencuentro con su sencillez primitiva.

Por 1921, en Venezuela no se conocía la Rusia roja. Nuestro país era entonces una isla en medio del gran comercio mundial de las ideas sociales. (Tal era la falta de contenido del vocablo social, que a la muerte del General Gómez hablaba yo con un prominente político antiguo, a quien dije que, asegurada la paz de los cuarteles, el General López Contreras robustecería su Gobierno por medio de una amplia política social. El político con quien hablaba me respondió: "Es verdad, lo que perdió al General Gómez fue haberse alejado de la sociedad de Caracas". Sin pensar que una de las cosas

positivas de Gómez fue haber humillado el veleidoso y oportunista mantuanismo caraqueño). La propia palabra bolchevique tuvo durante muchos años en Venezuela una connotación peyorativa. Creíamos mucho que en el antiguo imperio zarista se levantaría el mundo místico soñado por Tolstoy y los grandes idealistas que habían sido en la literatura fieles intérpretes del dolor de aquel inmenso y disímil conjunto humano. *El sentido de la muerte*, de Bourget, vino a agregar nuevas angustias teleológicas a nuestras inquietudes religiosas. "Salvar el espíritu para salvar el pueblo" era tema de un ensayo de Briceño Maldonado, que nunca vi publicado.

Visitó por aquellos días a Caracas el tocuyano Pío Tamayo. Como regalo me trajo un hermoso artículo sobre mi libro *Horas*, que fue publicado en la revista *Myriam*, dirigida por el español Gilbert. Largo y tendido hablamos Pío Tamayo y yo de nuestras inquietudes literarias y de nuestros planes del momento. Nos unía la juventud y la ingenuidad provinciana. En una librería caraqueña, Tamayo adquirió el libro de Briceño Maldonado. Luego, desde "El Callao", hacienda vecina de El Tocuyo, me escribía: "Tengo conmigo el pequeño volumen de prosas de Briceño Maldonado *A la luz de mi lámpara*, que adquirí en mi viaje a esa capital, y luego de recibir su carta citada, he leído atento e interesado las páginas escritas del compañero de ideales espirituales. Sano y optimista regocijo el proporcionado por estas prosas que predisponen a la bondad y austeridad del corazón. Más cerca de Dios como me hallo entre estos rudos e ingenuos hombres de nuestros campos, junto a la Naturaleza libre, que canta su himno de inmensidad".

Claro que este Pío Tamayo de 1921 no es aparentemente el mismo que conoció Venezuela en 1928. El revolucionario dormía tras los velos de la quietud mística. (También Carmen Lira, la máxima dirigente del comunismo en Costa Rica, tocó en sus primeros años a la puerta de un convento). Muchos ignoran que Tamayo poseía este temperamento profundamente religioso. Desnudo su espíritu, aparece la integridad de su mundo moral y soñador en los siguientes párrafos: "También yo trabajo para un libro próximo, obra que enrumbará por el sendero que usted, Briceño Maldonado y quizá

alguno otro adornan de luminarias. Será una obra humilde, saturada de aromas campesinas. Ante el espectáculo ya familiar y siempre nuevo de este campo, se ha estremecido mi corazón, he pensado melancólico en el dolor humano irremediable y he vagado por las amplias sendas sin obstáculos, pero sin final, en busca de la mágica voz que nos revele el enigma torturante del destino. *Prosas de beatitud* quiero llamar las mías, y para dotarlas de tranquilidad estética, nada más juicioso que este acogerme al refugio de los espíritus de selección, de los que se apartan del conjunto ciudadano y desde su retiro contemplan la vida, desapasionados y serenos, alejados del interés material y buscan solícitos la fórmula que los hará dueños del divino misterio de verdad y de belleza. Usados tópicos éstos de la vida campesina, manoseados por todos los que glosan aquel decir del seráfico Fray Luis, ante los cuales nuestro orgullo de originalidad se rebela, porque ya parecen haber perdido todo encanto, como una canción callejeramente repetida, y, sin embargo, el tema se hace eterno, porque guarda en sí la eternidad de lo bello. Y aquel que sepa ver, no dejará de hallar cosas nuevas, que no por ello sean menos ciertas y guarden intacta la emoción de la belleza". (Mayo, 1922).

Este era Pío Tamayo cuando aún no había sido tomado de la pasión revolucionaria. Su misma conformación mística lo llevó a optar la posición que todo el país le reconoce en el proceso de la prédica comunista. Cuando yo era Cónsul en Nueva Orleans, Tamayo me escribió desde Cuba y Panamá. Por sus cartas de amigo supe su actitud frente al Gobierno que yo servía. Me dio la dirección de Briceño Maldonado, que voluntariamente se había ido a Barranquilla a trabajar contra el Gobierno. Ninguno de los dos había sido echado del país, ni ninguno de los dos había fracasado en el camino del favor gubernamental. Fueron, como Atilano Carnevali, como Jacinto Fombona Pachano, como los muchachos del año 28, enemigos románticos del Gobierno. ¡Lástima que sean pocos los que hayan permanecido fieles al romanticismo juvenil!

Se fueron Briceño y Tamayo quijotescamente a luchar contra un régimen que les disgustaba. Briceño Maldonado murió en Colombia. Pío Tamayo regresó en 1926. A fines de diciembre de este año lo vi

en Maracay con unos tocuyanos que venían a pedir algo al general Gómez. Nos saludamos en "Las Delicias". Luego nos encontramos en el Hotel Bolívar. Me citó para la noche, en lugar seguro, donde quería referirme sus planes y entregarme una correspondencia para Jacinto Fombona Pachano. Yo no concurrí, y para no tropezar con Tamayo, regresé inmediatamente a Caracas. No me era posible traicionar ni al amigo ni al Gobierno que estaba sirviendo. Prefería al lustre de la acción heroica el modesto pasar que se avenía con mi débil salud y con lo que yo creía lealtad amistosa. Pocas cosas había recibido del general Gómez, pero ellas me obligaban a huir la infidencia. Me parecía más decoroso luchar contra mis propios impulsos interiores. En aquella oportunidad, nada me habló Pío Tamayo de comunismo. Se limitó a tratarme superficialmente temas de política universal y a decirme que trabajaba en una gran conspiración para derrocar al general Gómez. (Quizá era entonces el momento menos propicio para revolucionar, porque la generosa, amplia y noble política de Baptista Galindo estaba limando las garras del caudillo y Venezuela esperaba una solución pacífica para el problema de la dictadura).

El año 28 fue el año de Pío Tamayo. De la conspiración al castillo de Puerto Cabello. En las celdas sombrías montó su cátedra roja. Ya no hablaba de ideales campesinos y sencillos, ni de su vieja fe en Dios. Su credo era el credo de la revolución. A medida que su salud menguaba al peso de las torturas, él se sentía semilla de una doctrina nueva. Ahora no podrá escribir *Prosas de beatitud*, como en 1922. Ahora canta al odio que provoca el huracán de las revoluciones. Sus labios arden demasiado para pronunciar las viejas y suaves palabras con que invocaba los espíritus angélicos. Los amigos que le oían no estaban tampoco en condiciones de escuchar palabras de paz y de bondad. Querían venganza, sangre, hierro y fuego.

Desde que murió Pío Tamayo yo guardaba esta blanca flor campesina para agregarla a las rojas coronas que le ofrendan sus correligionarios. Es la misma flor de mística fragancia y suave pétalo que dejó en mis manos, cuando coincidíamos en buscar la paz social por medio del crecimiento del espíritu...

DON RAFAEL MARIA BARALT

En 1855 apareció en Madrid la primera edición del *Diccionario de Galicismos*, de don Rafael María Baralt. Intentaba nuestro ilustre compatriota defender la lengua castellana de la llamada "infición galicana", abultada aún más en la primera mitad del siglo XIX. Tal vez exageró la nota don Rafael María, hasta caer, según juicio de muchos, en extremado academismo. Sin embargo, la finalidad de su labor llevaba una nobilísima intención. Trató de salvar la lengua como instrumento capaz de resguardar la personalidad de los pueblos y de servir de vínculo a una dilatada colectividad humana, que tiene en común las normas de una misma cultura histórica.

Don Rafael María publicaba en Madrid, el año 1855, su *Diccionario*. En él venía trabajando con gran devoción hacía bastante tiempo. Don Rafael María había publicado ya en 1841 su *Historia de Venezuela*, escrita en asocio con don Ramón Díaz, para dar vida humana al Mapa y al Atlas de la República levantados por el gran Codazzi. La Historia no gustó a los poderosos de la época, que hubieran deseado verse mejor pintados en el recuento de los hechos. Tanto fue el desagrado de los políticos, que se negó la condonación de la deuda que, por su edición, tenía el geógrafo contraída con la nación; y Atlas, Geografía e Historia fueron subastados al mejor postor. Cualquiera, sin extrema rapacidad en la mirada, pudo haber visto un augurio funesto en este remate que los personeros de la República hacían de sus grandes realidades de cultura: su Geografía y su Historia. Hoy, nosotros miramos con dolor cómo se ha hecho realidad sobre el suelo y en el patrimonio

moral de la Patria la subasta recaída en cartas y en volúmenes de antaño. Y aún más: hemos visto perseguidos a los hombres que se dieron a la obra de defender los valores de la nacionalidad.

Con el remate de los libros se remató también la vida venezolana de Baralt, quien, partido al Viejo Mundo, buscó en la antigua Madre Patria su nuevo patrio suelo. Desde el alero acogedor de España, el patriota insobornable pide "con voz fuerte victoria a Dios para las justas lides" de la lejana Patria. Sin embargo, y así estén distantes de sus ojos los montes y collados, los lagos y los mares de la "tierra del sol amada", él siente que lazos fortísimos lo anudan a la comunidad americana.

Conoce don Rafael María mejor que nadie el precio de la lengua como instrumento de integridad moral de las naciones. Sabe que el idioma tiene función placentaria en la vida intelectual de los pueblos. Como el escudo y como la bandera, el idioma posee dignidad sagrada. Los griegos enseñaban que los Dioses hablaban la lengua homérica. Cuando un intérprete venal dirigió a Temístocles el mensaje en que Darío pidió la rendición de Atenas, fue condenado a muerte, en razón de hacer mal uso de un idioma destinado a transmitir nobles consignas.

En el castellano de mediados del siglo XIX, más que anglicismos, abundaban los galicismos, por la corriente de la moda literaria, por el prestigio de las ciencias, por el esplendor de las costumbres y por la elegancia de los hábitos sociales que Francia imponía en aquellos tiempos de mejor vivir. España y los países hispánicos de América se movían dentro de la órbita de la cultura francesa. Con sus reparos, muchas veces exagerados, don Rafael María quiso evitar que la lengua materna perdiese su propiedad y su elegancia. Sin estar en la línea de fuego, realizaba labor de soldado. Arma al hombro, él vigilaba los muros que guarecen la integridad de las naciones. Quienes saben distinguir el valor de las funciones del hombre en sociedad dan en la flor de menospreciar lo que aquéllas representan cuando no aparecen revestidas de la materialidad de un hecho. Defender el espíritu de la nacionalidad es tanto, y aún más,

que ofender con un cañón una altura estratégica. Regar ideas es como sembrar trigo o producir maíz. Por ello don Rafael María Baralt tiene derecho a ser mirado como uno de los grandes constructores civiles de la nacionalidad, a la par de Peñalver, Cristóbal Mendoza, Fermín Toro, Santos Michelena, Cecilio Acosta, Juan de Dios Picón, Juan Vicente González, Eusebio Batista, Luis López Méndez, Rafael Arévalo González. Culpa no es suya que entre nosotros hayan tenido más dilatado eco las palabras de los antimaestros. Su doble condición de historiador y de hablista lo constituía en maestro y en soldado.

En su plaza de Maracaibo, don Rafael María es motivo de orgullo para el civismo y el amor a las letras de sus conterráneos. Se le mira cómo símbolo de la respetable cultura literaria de los maracaiberos. Pero don Rafael María es algo más. En medio de la muchedumbre febril que cruza la plaza de su nombre, él es una manera de faro luminoso. Señala a los navegantes los rumbos que debieran seguir para llegar a la salvación del pueblo. Para marcarlos bien, miró hacia su pasado cercano y estudió serenamente a "hombres más o menos dignos de estima, según que supieron más o menos ser útiles y grandes".

Don Rafael María es paradigma del defensor de la pureza del habla. No niega las leyes semánticas que explican las nuevas aportaciones verbales al caudal de las lenguas. Todo idioma ha de estar abierto a su propio progreso. La lengua es espejo de la vida cultural de los pueblos. Con las invenciones vienen los neologismos. El neologismo es testimonio del progreso que se adentra, por vía franca, a la vista de los guardianes de los pueblos. Los barbarismos, los solecismos, como los anglicismos y los galicismos, sin razón ni sentido, son como las drogas y las mercaderías de contrabando. Así como se defiende el erario y la salud pública, hay necesidad de defender la integridad del instrumento de pensar. Si pensamos en jerigonza seremos una jerigonza social. Si cambiamos el verbo de la conciencia cambiaremos también las líneas de la misma conciencia. En días pasados, un amigo culto, para ponderar su dominio del inglés, decía: "Yo sueño en inglés". Estos soñadores bilingües posiblemente no tengan

sentido nacional en la vigilia. Se puede hablar muchas lenguas. Es algo útil. El Espíritu Santo se manifestó en los Apóstoles por el don de las lenguas. Sin embargo, teólogos sutiles enseñan cómo el milagro no consistió en que los iletrados pescadores adquiriesen idoneidad para hablar multitud de lenguas, sino en que su único lenguaje, su verbo primitivo, iluminado de la gracia, pudiera ser entendido por hombres de diversas naciones. Ellos no cambiaron nada de su ser interior. Su berroqueña conciencia se mantuvo firme en su fe de iluminados. Los de fuera, en cambio, vieron y oyeron la luz y el sentido del milagro.

Hay algo esotérico en el destino de nuestro Baralt. El Gobierno subastó su Historia. Y subastó la Geografía de Codazzi. El historiador, mientras tanto, viajaba a Europa en pos de papeles para robustecer los alegatos de la República en la cuestión Barima. Empezaba ya a desflecarse el maravilloso paño de tierra que Codazzi había estampado en su gran mapa. El mapa también se sacó a remate. La tragedia del encogimiento de nuestras fronteras seguía en progreso. Parece que los hombres le daban más valor al éxito de las pasiones personales que al triunfo de la República. El magnífico Tratado Pombo-Michelena con la vecina Nueva Granada, lo improbó nuestro Congreso para negar méritos al ilustre negociador don Santos Michelena. Años después, un conspicuo personaje de la oligarquía caraqueña propuso a la Reina Victoria la colonización de nuestra Guayana a cambio de refuerzos para pacificar la República, incendiada por el fuego de la guerra federal y por la apetencia dictatorial de Pedro José Rojas.

Baralt vivió en Madrid el resto de sus años. Don Rafael María había echado raíces profundas en España, pero se sabía en deuda con el mundo hispánico de este sufrido hemisferio. Sus armas son las letras. Si no puede dotar a sus compatriotas del Nuevo Mundo con un instrumento igual al suyo, busca alentarlos sobre el peligro de que se desfigure la lengua materna.

Continúa don Rafael María manteniendo en sus manos los más vigorosos símbolos de la nacionalidad. Baralt es la conjunción de

una idea de permanencia social. La Historia y el idioma. La Historia ya supone la Geografía. Sobre la Geografía se hace la Historia. Geografía, Historia, Idioma. Eso son las naciones. Don Rafael María era Capitán efectivo del Ejército de la República. Colgó la espada y el quepis, con que se va a la matanza fratricida y se asusta a los pueblos, y siguió, pluma en mano, siendo Capitán.

ISAIAS MEDINA ANGARITA

Si la Embajada Americana no me hubiese negado el año pasado visa para entrar en Estados Unidos, yo habría ido con Delfín Becerra y Félix Lairet a acompañar en su lecho de enfermo a mi viejo e ilustre amigo el General Isaías Medina Angarita.

Una recia amistad de cuarenta años me une a la prestigiosa persona del antiguo Presidente de Venezuela. Lo quise y lo admiré desde que era naranjo. Supe de su bondad, de su talento, de su tolerancia, desde los tiempos lejanos en que, a la par suya, vestí la blusa de cadete. Por ello puedo proporcionar al público datos personales, vivos, de la figura de Medina sin necesidad de recurrir a libros o a memorias extrañas.

Isaías Medina ingresó, antes de los quince años, en la antigua Academia Militar, por marzo de 1912. Ese mismo día entraron su primo, el inolvidable y generoso Pancho Angarita, y el rebelde "cabecilla" Juan Antonio Lossada. Ya era Medina un apuesto cadete cuando lo conocí a fines de aquel mismo año. Nos reuníamos en la pensión de las Silva Maneiro, de doctor Díaz a Colón, donde habitaba un buen grupo de estudiantes que aún esperábamos la reapertura de la Universidad. En nuestra primera noche de Año Nuevo caraqueño compartimos la modesta y sabrosa hallaca y la escasa copa de vino Julio Medina Angarita, Natalio Echegaray, José Hermenegildo Briceño, Juan José Márquez, Enrique Rotundo, Hugo Vivas, Agustín Silva Díaz, Guillermo Isea Chuecos y yo, sobre los blancos manteles de las bondadosas y honorables señoritas Silva.

Extraños al conjunto estudiantil eran Isaías Medina, que en el afecto del hermano Julio buscaba el calor del hogar lejano, y Domingo Martínez, el gran Domingo, siempre amigo de los estudiantes, de la alegría y de la pobreza.

A poco luego yo dejaba dormidas mis esperanzas universitarias para tomar el camino de la Planicie. Atiné a ingresar el mismo día que Juan de Dios Celis Paredes dejaba a un lado sus aspiraciones de médico. De ahí la fraterna amistad que llegó a unirnos. Si recordara los nombres de todos los compañeros de aquel curso, haría la historia de la época más brillante del Instituto. Son tantos y tan valiosos los amigos, que me dolería una omisión cualquiera. Han corrido los años, han ocurrido circunstancias diversas, y la amistad que nos unió entonces permanece vigorosa, cordial, como si la ventilasen aún los mismos aires de lealtad de la vieja y apacible Planicie. (A mi casa han llamado en estos días Numa Tekhaus, Rafael Paredes Urdaneta, Alejandro Fernández Ortiz para inquirir o comunicar la última noticia sobre la salud de Medina).

Permanecí en la Academia hasta el 30 de enero de 1914. En dicho día salí de vacaciones justamente con Isaías Medina y con Esteban Chalbaud Cardona. Ellos regresaron a buscar la estrella del subtenientazgo. Yo me quedé en la Provincia, donde proseguí más tarde mis estudios universitarios. Cuando regresé a la capital en 1921 fui sucesivamente invitado por mis compañeros militares a visitar el viejo instituto en plan de alegre cuchipanda, que no llegó a cumplirse. Un raro destino retardó mi regreso a la Planicie hasta el 18 de octubre de 1945. Ese día fui detenido en razón de mis funciones de Presidente del Congreso. Al día siguiente abrazaba en mi celda de preso al General Isaías Medina Angarita, que había hecho dejación del mando constitucional, creído vanamente en que su desprendimiento podría evitar la ruina social de la República.

Desde 1914 hasta 1945, la vida de Isaías Medina Angarita había sido una rutilante parábola de éxitos. Hecho oficial, permaneció como profesor y jefe de Cadetes en el prestigioso Instituto. Más tarde fue instructor de tropas y secretario del Ministro de Guerra y Marina.

Cuando el General Gómez falleció en diciembre de 1935, la República sabía que al lado del General Eleazar López Contreras trabajaba un oficial que se había atrevido a hablar en presencia del "Caudillo" de la necesidad de restaurar el civismo como método de Gobierno.

Primero, como capitán alegre y cordial que supo adentrarse en el alma de nuestro pueblo; después, como el coronel reflexivo y organizador, que no a la Táctica de Guerra, sino a la Historia y a la Sociología pedía el secreto del gobierno a los pueblos, Isaías Medina fue visto como hombre llamado a grandes destinos. En el difícil reacomodo político que le tocó presidir al General Eleazar López Contreras, Medina Angarita tuvo activa y valiosa participación como Ministro de Guerra. Quienes no conociendo el interior humano y afectivo de Medina, ni sus cualidades de cultura y discreción social, se detenían sólo en la rudeza exterior de su profesión militar, miraban en él un *duce* en gestación. Cuando fue electo Presidente, muchos temieron que el "paso de ganso" llegase a ser ejercicio diario que asustara a los modestos transeúntes. Su gobierno, en cambio, se distinguió por un espíritu de libertad, de justicia y de tolerancia que hacía evocar, para verlos superados, los viejos gobiernos románticos de Vargas, de Soublette y de Rojas Paúl. Su labor administrativa se vio marcada por realizaciones como el Seguro Social, la Reforma Tributaria, la Reforma Petrolera, la Reforma Agraria, que señalan tránsitos estupendos en el orden de la riqueza, de la libertad y de la felicidad de la República. Por eso el pueblo le recuerda y le admira como el mejor gobernante que ha tenido Venezuela.

"Mi mayor satisfacción reside en haber gobernado por más de cuatro años al país y tener la seguridad de que ninguna familia lloró por causa mía, ni niño alguno vio interrumpido a la medianoche su sueño por causa de mis autoridades", me decía el ilustre amigo en el verano de 1950, cuando en la playa de Southampton Bay, frente a las olas, volubles, movedizas e inconstantes como los hombres, platicábamos sobre la historia y el destino de Venezuela. Si desde los lejanos tiempos en que compartí con Medina pobrezas y alegrías

juveniles tenía pruebas de su bondad inquebrantable, ahora nuevos testimonios de acrisolada elocuencia me llevaban a saber que el sufrido ex Presidente era en lo interior el mismo muchacho bondadoso, sencillo, sin hiel, a quien todos sus compañeros aprendimos a querer por su inquebrantable vocación para las nobles acciones.

Por ello, confío en que si nada moral es capaz de alterar el vigor y la salud espiritual de Isaías Medina Angarita, del mismo modo la física dolencia que lo reduce a la quietud del lecho hospitalario, ninguna lesión habrá de dejar en su vigorosa corporatura física*.

(*) Cuando corrijo —septiembre de 1953— las pruebas de esta colección de artículos, me llega de Caracas la triste noticia del fallecimiento del General Medina Angarita, a cuyo cadáver el pueblo rindió un homenaje apoteósico. No amplío esta nota por cuanto espero publicar en breve un ensayo interpretativo de la figura historica del gran Presidente.

ROBERTO PICON LARES*

Conocí ampliamente, a través de una fraterna amistad, la vida y la obra de Roberto Picón Lares. Quizá no pasó un día de mi vida de estudiante merideño sin que hablase con él. No fuimos compañeros de bancas universitarias. Al contrario, cuando ingresé en las aulas venerables de la Universidad de San Buenaventura a escuchar la primera lección de Derecho Constitucional, Roberto Picón Lares ocupaba la cátedra. Apenas una o dos lecciones escuché del novel profesor, a quien la salud obligó luego a hacer dejación de las nobles tareas universitarias. Nos enseñó poco, pero nos mostró un camino: nos habló de Eugenio María de Hostos, el portorriqueño ilustre que tanto luchó contra el coloniaje hispánico de su isla, sin prever la hora infeliz de un coloniaje más duro, por extraño a la raíz del pueblo.

Para mí, en cambio, Roberto Picón Lares, siguió siendo un maestro. A más del auxilio que constituyó para mis iniciales escarceos literarios su vasta cultura en letras clásicas, fue su vida una lección de donde derivé valiosas enseñanzas.

(*) Roberto Picón Lares nació en Mérida el 2 de agosto de 1891 y falleció en Caracas el 28 de marzo de 1950. Cursó la carrera de Derecho en la Universidad de los Andes, cuyo Rectorado ejerció, junto con las Cátedras de Derecho Constitucional y de Derecho Internacional Público. Fue Director de Educación Primaria y Secundaria en el Ministerio de Educación; Presidente de la Cámara de Diputados; Director de la Secretaría de la Presidencia de la República; Consejero de la Embajada y Encargado de Negocios en Bogotá; Encargado del Ministerio de Relaciones Exteriores y Jefe de la Delegación de la República a la Primera Reunión de las Naciones Unidas.

Picón Lares y yo, a pesar de haber llegado a escribir en mancomunidad pequeños trabajos, de los cuales no podría decirse qué es lo suyo y qué es lo mío, diferíamos profundamente a la hora de conocernos. Era él hombre de arraigada e ingenua piedad religiosa; yo era, en cambio, un violento iconoclasta. Atravesaba a los veinte años esa crisis, donde la pedantería supera a la duda y con la cual muchos jóvenes continúan buscando ribetes de distinción. Moda era entonces rebelarse contra la fe de los padres y hacer el antirreligioso. (Muy agudamente me explicaba en años recientes un estudioso de nuestras formas sociales, que la enemiga contra la Iglesia fue en aquellos tiempos manera de válvula de escape por donde se daba salida a una rebeldía que no podía expresarse contra las otras formas sociales). Nuestra amistad sobrepasó la profunda diferencia que para Picón Lares, especialmente, tenía que constituir mi permanente trance de blasfemia. Con un sentido de elevada tolerancia, Roberto no pasó de decirme que le evitase molestias en sus sentimientos, que yo sabía estaban arraigados en la más estricta ortodoxia.

El ejemplo de Roberto terminó por influir favorablemente en mi ánimo, y pasados los años, lejos ya de molestarle mis negaciones, compartimos las lecturas místicas y miramos desde el mismo ángulo de la fe los problemas del mundo y de la vida. La vieja amistad que divagó sobre textos de Derecho y de Historia tuvo mejores alas en San Juan de la Cruz y fray Luis de León y bebió mejores aguas en las cisternas de Diego de la Estella y de Juan de Avila.

Quizá pocas personas llegaron a conocer el fondo de mí mismo como Roberto Picón Lares. Fue, con frase de Pascal, el verdadero testigo de mi vida merideña, llena de alegrías, de turbaciones, de ensueños, de angustias, de aventuras. A través de treinta años he releído las cartas de Roberto en que enjuicia mi pensamiento literario y opina sobre mis primeras publicaciones en libro, y encuentro en ellas la viva mirada del radiólogo que supo ver en los meandros de mi espíritu; y junto con la fina observación del crítico, la delicada confidencia de nuestros amores juveniles, cuando buscábamos unir

a nuestras vidas humanas las musas que hacían divinos nuestros sueños.

Si en verdad no eran muchos los años con que me ganaba Picón Lares, y era sobrada, en cambio, la amistad que nos vinculaba —fuerte para vencer las diferencias que provocan intereses y política— yo vi en él, más que a un compañero un sabio maestro. Lo era por el juicio del discurso, por el dominio del instrumento de expresión, por la vasta cultura que servía de soporte a su obra de escritor. Un poco introvertido, Picón Lares descuidó la fama a que tenía legítimo derecho. Era también un tanto tímido en la relación común. Tímido en el orgullo de su propio valer, rehuyó cualquier posición que pudiera tomarse como empeño de hacer brillar sus indiscutibles méritos. Bastábale gozarse en su propio mundo, con el aroma de su jardín cerrado. Se le conoció, en verdad, como grande orador, mas el grueso de sus estudios no alcanzó publicidad en vida del escritor. *Con las alas abiertas*, novela de juventud, y *Mateo Alemán y el Pícaro Guzmán de Alfarache*, ensayo de crítica literaria, anunciaron por 1918 lo que podía dar a las letras este insigne escritor, nacido clásico a la aventura literaria. Pero no tuvo afanosa preocupación por las letras de molde. Creo, por ello, que fuera de sus magistrales oraciones, cosa suya no fue a las cajas de imprenta. Mas si llegase a quedar inédita la obra del investigador y del erudito, que su familia se propone recoger en volúmenes como digno homenaje a su memoria, ya sus discursos bastarían, como recias cariátides, para sostener su nombre en el edificio perdurable de las letras nacionales.

Picón Lares era orador en toda la amplitud del concepto. Con la sangre había recibido el don divino de la palabra. Gabriel Picón Febres, el abuelo, llenó con su verbo de oro momentos inolvidables de la vieja Mérida; Gonzalo Picón Febres, el padre, fue llamado, a pesar de que lo sobrevivieron Eloy Guillermo González y Rafael Cabrera Malo, el último de los oradores clásicos de Venezuela. No escuché hablar a Picón Febres. Me dicen quienes tuvieron esa dicha que sentíase correr frío por el cuerpo a medida que discurría el orador insuperable. Pues yo también sentí frío cuando escuché por

vez primera al hijo. Roberto Picón Lares era un orador insigne, no sólo por lo apropiado de su estilo para el luminoso ejercicio de la tribuna, sino por el don de una palabra que sabía adaptarse a las necesidades de cada idea, de cada sentimiento, de cada público. Del padre no se limitó a recibir el ejemplo vivo, sino también la teoría del catedrático. "Arte sublime es la oratoria —arte como la poesía— y no existe sino para cautivar. Ciencia y filosofía caben de fijo en su lenguaje, más no con el prosaico tecnicismo y exclusivo propósito docente que ellas usan en la cátedra. Si al profesor toca enseñar y al conferenciante persuadir, la misión del orador es entusiasmar las almas con la música del himno, con el mágico esplendor del ditirambo, con el vuelo del ingenio por la divina excelsitud del ideal. El profesor lleva a la inteligencia el conocimiento exacto de los hechos y de las causas de donde se originan; el conferenciante los describe y analiza para deducir de ellos imperativas conclusiones; el orador los sintetiza en frases bellas, en melodiosas cláusulas, en períodos grandilocuentes y sonoros, para impulsar a los hombres hacia el bien y la hermosura, que es lo que engrandece y glorifica las naciones. Y así como el primero debe usar la sobriedad y concisión austeras que convienen a la ciencia y a la filosofía, y el segundo exponer con claridad y deducir con absoluta precisión, el orador ha menester —para sugestionar las multitudes y producir en ellas la tempestad del entusiasmo por los grandes ideales— de la música que encanta, de la síntesis brillante que deslumbra, del sentimiento que conmueve y de la imaginación que sobrecoge y avasalla al magnificarlo todo con la eficacia milagrosa de su poder creador". Guiado del consejo del padre, Picón Lares tuvo las cualidades que reclama el orador pintado por quien fue maestro de oradores. Dulzura de voz y claro timbre, aplomo en el decir, ágil mirada, fácil ademán, preciso gesto. Le faltaba lo que no podía proporcionarle ninguna palestra: era escasa su estatura; pero, a medida que hablaba, la luz de su palabra le hacía crecer en la tribuna.

Me ha tocado oír a los mejores oradores académicos de años recientes, y ante ninguno he sentido la emoción oratoria que sabía transmitir Picón Lares. De haber sido orador de plaza pública,

habría arrastrado multitudes con la misma facilidad de un Jóvito Villalba, de un Rómulo Betancourt, de un Rafael Caldera. En traje talar, hubiera competido con Monseñor José Humberto Quintero el primer puesto como orador sagrado. (En algunos momentos se parecen los estilos literarios de estos ilustres merideños. La manera de componer los cuadros con que saben dar color a las imágenes, pareciera aprendido en la misma escuela). Cuando en San José de Costa Rica tuve el placer de escuchar al gran orador nicaragüense Carlos Cuadra Pasos, no pude dejar de escribir a Picón Lares para decirle que había oído un orador que me llevó a pensar en él.

Nuestra oratoria tuvo, es verdad, un gran ciclo de abandono. Los oradores se hacen para el Parlamento, para el Foro, para la plaza pública. Hasta 1935 los oradores venezolanos tuvieron de escenario sólo las Academias, la Universidad, los templos y los recintos oficiales donde se festejaban patrióticas memorias. La naturaleza de nuestros procesos judiciales no reclama la voz de los oradores; sin libertad el Parlamento, la oratoria no pasaba de servir para alambicadas apologías del régimen, cuando no se tratase de temas elevados sobre el interés doméstico de la política; la calle pública, único sitio donde se hace la verdadera política, no tenía espacio para la libertad que busca de expresar la reparadora crítica. Nuestra literatura en estos tiempos de mutismo se fue a trabajar en el campo de la Historia. Así lograba escapar en parte a los peligros del medio. Mas, pese al abandono oratorio, nunca faltaron en Venezuela oradores de excelencia. La tradición de Bolívar y de Coto Paúl no ha sido rota en ningún momento de nuestra vida de nación. El venezolano, sin escuela, sin oportunidades para el ejercicio del bien decir, ha sido siempre orador de calidad. Por ello, lograr fama oratoria como Roberto Picón Lares no es alumbrar entre ciegos, sino brillar entre pares.

Los dos primeros tomos de sus *Obras escogidas*, que amorosamente vienen publicando su viuda e hijos, están dedicados a recoger su más destacada producción oratoria. Ellos contienen el cuerpo de ideas del escritor y, además, el propio esquema de su vida literaria.

El itinerario espiritual e intelectual de Roberto Picón Lares se puede fijar fácilmente a través de sus discursos. En ellos está resumido el vuelo armonioso de un pensamiento que cada vez se eleva más y hace más dilatada su parábola. Con la expresión del sentimiento casi familiar por la muerte del poeta amigo (Tulio Gonzalo Salas) y por la muerte del luchador que fue decoro de la ciudad y de la Patria (Jerónimo Maldonado), empieza su viaje oratorio. Si no con experiencia personal, en cambio, alumbrado por su ya fina observación de estudioso, sabe a corta edad que nuestra "ingrata política, con sus veleidades y claudicaciones, paga y acoge, pero a costa de la honra y del servilismo".

Con el elogio de los guerreros que hicieron la República, elogia a los hombres de la inteligencia pura que sirvieron de primeros motores en la obra creadora de la patria republicana. Exalta las letras con pensamiento y verbo que evocan a los Cecilio Acosta y a los Gil Borges. Pone en juego toda la elocuencia de su fina palabra para hacer comprender a quienes le oyen cómo

los dioses mismos perecen:
mas los versos inmortales
permanecen...

Canta el progreso de los pueblos que abren e iluminan sus caminos. Exhibe la profundidad de sus conocimientos críticos al ahondar en la vida de Mateo Alemán, revivida para la actual publicación, mientras guardaba carcelería, en un momento de ofuscación de los ánimos políticos, cuando las pasiones desbordadas echaron hacia atrás, sin que se vea la hora de la cura, las manecillas del tiempo en el reloj de la dignidad de la República. Explica el derecho constitucional y avanza a apuntar "el triste espectáculo de inconstancia política" que es nuestra historia institucional. Canta las manos primorosas de la mujer, de quien no sólo exalta el sitio encumbrado que le corresponde como madre, esposa e hija, sino el muy alto que ganó en la historia nacional por los hechos sublimes que sirven de lazos de seda para el ramillete de relámpagos de la epopeya de la libertad. Tajó los mejores puntos de su pluma e hizo el elogio del grande Obispo Antonio Ramón Silva, "hijo del trueno",

como los hijos de Zebedeo, nacido al servicio de la Iglesia cuando la tempestad de las persecuciones había echado de la Patria a su legítimo prelado: ilustre entre las mayores figuras que han decorado el episcopologio nacional, émulo de Méndez, de Arias, de Guevara y de Bosset en la defensa del decoro de la Iglesia frente a los excesos del poder civil. Con el mismo verbo que exalta la egregia figura del sin par Pontífice, honra al Padre Contreritas, modesto y santo sacerdote con quien el propio obispo confesaba sus culpas y a quien llamaba "la violeta de su jardín" sacerdotal.

Sencillo, modesto, laborioso y pulcro, don Aurelio Contreras, nuestro viejo bedel, merecía el homenaje de la pluma de Roberto Picón Lares; manera de pilar humano de la Universidad andina, el austero Aurelio la sirvió con un amor y con una abnegación que le hacen digno del recuerdo agradecido del Instituto. En el seno de éste, y constituido ya su rector, Picón Lares levanta la palabra para historiar y ponderar su obra de cultura. Cuando la alaba, no sólo rinde culto al *alma mater*, donde su espíritu bebió miel y leche de saberes. Hombre de pasado, sentía hablar por sus labios una tradición que comprometía el laurel de sus apellidos. Antonio Ignacio Rodríguez Picón y Juan Antonio Paredes, abuelos suyos, la asistieron cuando comenzó a andar al impulso de los aires remozados de la revolución de 1810; otro abuelo, Eloy Paredes, y otro más, Gabriel Picón Febres, allí enseñaron con su ciencia y con su ejemplo; allí, también, puertas y ventanas se hicieron más anchas para que se oyese fuera el verbo todo fuego de su ilustre padre. En la Universidad de los Andes, Roberto Picón Lares se sabía señor indiscutido de viejo castillo, cuyas enhiestas almenas defendieron e ilustraron sus mayores; servirla, más que un deber de ciudadanía y de gratitud, era en él un deber de estirpe: sus remotos abuelos la fundaron, sus abuelos más cercanos la dieron prestigio. El comprende que su ciencia y su verbo de hoy han de emular, en justa lid que los honra, la fama de sus antepasados.

Mérida es el tema preferente de la primera obra de Roberto Picón Lares. Sabía que el verdadero patriotismo se alza sobre las bases de un profundo afecto a la región nativa. Exaltar la historia y exaltar

los hombres antiguos y presentes que habían labrado el oro de la tradición emeritense, lo juzgó un deber indeclinable. Como el benemérito don Tulio Febres Cordero, él comprendía la región nativa "en sus más recónditos secretos y modalidades, y por comprenderla, por llevarla en lo más encumbrado de su pensamiento, a modo de blasón airoso, la amaba entrañablemente". Luego, esa obra que ya había pagado a la "patria chica" su primer tributo, se extiende en busca de nobles motivos que dan ocasión para que queden en otros sitios jalones de luz de su palabra. Trujillo, en 1927, y a cordial invitación que yo le hice, pudo oír la maravilla de su verbo cuando fue inaugurado en plaza pública el busto que su descendencia, de abrahámicas proporciones, consagró a la memoria de don Sancho Briceño, quien a su título de conquistador y fundador de pueblos agrega el de Procurador de la primitiva Venezuela cerca de la Corte de Madrid, con el cual logró merced del Rey que le da puesto singular en la historia del municipio venezolano. Después, Caracas, y más tarde Bogotá, escucharon su verbo seductor. El patriota, el crítico, el historiador y el gran venezolano se empinan más tarde en la cátedra de la Universidad Nacional de Chile para recordàr a don Andrés Bello. A quien quiera que ame a Venezuela con realidad de sentido, pocas misiones más gratas como la misión que Picón Lares llevó al Sur. En el momento de ser reinstalada la Universidad chilena, Venezuela estuvo presente con Bello; de nuevo estaba presente Venezuela a la hora de festejarse el centenario en la persona de nuestro ilustre orador. Llevar la dignidad de la palabra de la Patria y ocupar el sitio que antaño ilustró Bello, merecíalo en aquel momento histórico el digno escritor que consagró al estudio su existencia y que hizo de su vida paradigma de dignidad venezolana. Hermosa pieza, clásica en el orden del bellismo contemporáneo, el discurso que pronunció en Santiago para exaltar al patriarca inmortal de nuestras letras, sirvió también para decir que la tradición de cultura que ayer dio precio a nuestras letras, pese a la garrulería de modas y hábitos con suerte, tenía digno representante en la estirpe de estudiosos que prefirieron las lecciones de Bello, de Toro, de González, de Acosta, de Morales Marcano, a los colorines decadentes que a otros sirvieron de adornos para la fiesta de las letras.

Ya la palabra encendida y ágil de nuestro insigne orador ha cerrado una parábola de triunfos que tienen a Mérida, a Trujillo, a Caracas, a Bogotá, y a Santiago como dignos escenarios. Venezuela y América saben que por labios de Picón Lares habla un espíritu enamorado de la belleza y de la justicia; un patriota que ama el progreso tanto como la tradición creadora de la República; un escritor que busca para el brillo de las letras el oro que guardan los socavones trabajados por Cervantes, Santa Teresa, los Luises y los Juanes; un americano que sabe y siente cómo la fuerza que nos da fisonomía, carácter y espíritu arranca de la leyenda y de la Historia, donde logró proporciones ecuménicas el pueblo español, echado al *mar de las tinieblas* en pos de nuevas dimensiones. Pero el espíritu de Picón Lares necesitaba más ancho escenario para la brillantez de su palabra. Pronto la República se lo depara, y en la reunión de Londres de las naciones que buscaban la unión planeada en San Francisco, Roberto Picón Lares compareció como jefe de la Delegación venezolana.

A pesar de la profunda herida que en los espíritus sensibles al dolor y a la injusticia había ocasionado la bomba atómica, aún en el mundo se esperaba contra la misma esperanza. Soplaban todavía los aires confiados y frescos de Yalta y de Teherán, a cuyo impulso tomaron ámbito los ideales rooseveltianos. A principios de 1946, pese a las grandes quiebras del año anterior, había aún fe en las democracias. Se creía posible llegar a un mundo convivente y armónico por el equilibrio de los contrarios. Lleno de fe en el esfuerzo de los grandes países que habían derrotado mancomunadamente al nazi-fachismo, Picón Lares, en sesión plenaria del 18 de enero de 1946, decía a las Naciones Unidas: "Toda nación que ha pretendido erigirse en señora del mundo, ha terminado en la derrota y el desastre. Desgraciadamente, esa lección no ha sido aprovechada hasta el presente; mas ello no significa que no debamos tenerla en cuenta en lo sucesivo para recordársela a aquellos pueblos a los cuales pueda acometer en el futuro la psicosis del mal y de la agresión. Presente debemos tenerla, y con ella el convencimiento de que sólo la cooperación sincera de todos los pueblos y todas las razas, sin rivalidades, sin odios, sin prevenciones ni discriminacio-

nes. es el único sistema en que pueda cimentarse la paz y el bienestar del mundo".

Yo conocí profundamente a Roberto Picón Lares. Cuando en la tribuna de las Naciones Unidas enunciaba aquellos hermosos principios, él se sentía embargado de un espíritu crédulo en la posibilidad de la paz y de la concordia de los pueblos. Antes de partirse para Londres estuvo una tarde en mi biblioteca. Yo le leí un pequeño ensayo sobre los alcances de la bomba atómica, que acababa de enviar a Bogotá para la *Revista de América*, de mi ilustre amigo el doctor Eduardo Santos. Mi fe en la posibilidad de una política sincera de las grandes potencias la había destruido la bomba de Hiroshima. Mi entusiasmo rooseveltiano, como manera de juzgar la futura política del Departamento de Estado, había desaparecido desde la hora en que fue anunciado el asesinato de japoneses pacíficos. Sin embargo, Picón Lares, favorecido por naturaleza de mayor vocación que yo para la fe, exculpaba a Estados Unidos, y miraba el crimen de la bomba atómica como transitoria necesidad para ganar la paz con economía de vidas. El confiaba en el futuro pacífico de la política estadounidense. Yo, en cambio, había borrado mi creencia antigua de que "las democracias" luchaban por la Democracia. Me afiancé desde entonces en que la democracia y la libertad son estados de conciencia a que sólo se llega por medio de un proceso de educación de la sensibilidad personal. Entendí también que mientras los hombres usen las palabras como antifaces de sentimientos, el drama de la mentira y del crimen seguirá en escena. Hasta hoy no hemos hecho sino dejar baldíamente en la zona de las palabras el poder germinativo de los ideales. Precisa, para la vendimia, bajarlos a la realidad de los hechos, si no como obra colectiva, al menos como posición individual. Sin que ello se entienda tampoco por renuncia de las posiciones idealistas. Al desdecir la fraseología oportunista, condeno el ruidoso palabreo que a manera de cortina de humo oculta intenciones criminales. Desdigo el divorcio del hecho y de la idea. Contradigo toda realidad que ponga en marcha, no principios, sino inconfesables apetitos.

Ante mis dudas realistas, Picón Lares levantaba la misma palabra entusiasta y fervorosa con que en 1918 combatía mis dudas religiosas. En mí, quizá más que en él, la idea cristiana había tomado una forma de ilusivo sentimiento que me hacía buscar la expresión de una justicia inmediata. Cuando me adentré en el estudio del cristianismo como doctrina que expresa una actitud ante la vida, concebí como cristiano aquello que no se separa de lo enseñado por Jesús y los Apóstoles, y vi como herejía todo propósito de colocar las cosas visibles por cumbre de la vida religiosa. Cuando he combatido este "nuevo judaísmo", se me ha llamado sentimental e idealista. Sobre todo esto conversamos aquella tarde de su despedida, en viaje para Londres, Roberto Picón Lares y yo. Cuando nos separábamos, le dije: "Quiera Dios que muden los tiempos y los hombres, para compartir tu fe en la política internacional, del mismo modo como me llevaste a compartir tu fe en el Crucificado"...

Han pasado los años, y la política de fuera y la política de dentro han cambiado de escenarios y de perspectivas. Vencida su resistencia física por cruel enfermedad, Roberto Picón Lares se fue de la vida cuando comenzaba el año 1950. Hombre de robusta fe, murió como mueren los hijos de la luz. A la hora de ganar el camino sin longura de la eternidad, la política del mundo se inclinaba más hacia mi duda que hacia la confianza que generosamente le ofrendaba su espíritu cargado de nobleza.

El goza ya la paz eterna. A mí me dura aún la crecedera angustia. Yo en la vida, él en la muerte, podríamos reiniciar el diálogo de 1918. El disfruta en grado sumo la tranquilidad, la confianza, la resignación contra las cuales daban mi inconformidad, mi rebeldía, mis dudas de los veinte años. Podría decirme, como me escribía en aquel tiempo: "Eres un espíritu que piensa y no está contento con su pensar. Tus ideas quieren ser optimistas, buscan un optimismo salvador, pero en medio de ese optimismo amargamente sonriente, surge una sombra de desolación infinita". Sí, todavía lo soy. Para mi inquietud no he logrado aún reposo. Sigo "sintiendo como un desollado", según de mis escrituras observó en 1921 Rafael Cabrera Malo. Si no bueno, al menos fiel discípulo del Quijote, continúo

creyendo que es mejor el camino que la posada. A la cómoda, caediza posada que muchos buscan para enterrar la angustia de los sueños, prefiero el agrio camino donde se aviva la sed y crece el hambre.

Podríamos seguir dialogando, para acordarnos con Job, cuando preguntaba a los amigos si hay algún lugar en el mundo donde la inteligencia exista. El diría que ya ha visto los esplendores luminosos de esa inteligencia. Yo le respondería que espero enceguecer al mundo para verla con ojos sin mancilla.

Caracas, 1952.

EL PADRE CARRILLO

En agosto de 1947 visité mi ciudad de Trujillo para ser recibido como Miembro de Honor de su Ateneo. Si algo en verdad me ha emocionado en la vida, fue el homenaje generoso que me rindió mi pueblo natal, en horas sin brillo de política para mi nombre modesto de escritor. En aquella oportunidad, Trujillo me discernió, también, otro honor. Estaba enfermo de muerte inminente el Padre Carrillo. Se pensó que el sepelio del santo levita debía ser una verdadera apoteosis. Con asistencia del Pro Vicario, mi querido amigo Rafael María Villasmil, realizóse una discreta reunión de notables de la ciudad. Se acordó lo pertinente a la materialidad del homenaje y fui designado para que, una vez ocurrido el tránsito del gran sacerdote, fuera yo a llevar la voz del pueblo en las honras solemnísimas.

De mal agüero consideré anticipar la oración. Juzgué tan fácil hablar en Trujillo del Padre Carrillo, y más en oportunidad en que las lágrimas habrían de enceguecer la mirada y el juicio de sus pobladores, que no intenté siquiera un esquema del presunto discurso. En 1951 y en 1952 volví a Trujillo, y aún vivía el nonagenario sacerdote. Ya era apenas una sombra de sí mismo, mas el pueblo se empeñaba en ver en él al Padre Carrillo de los mejores tiempos. Ahora, cuando vivo a doble distancia de mi tierra, ocurre la muerte del gran levita. Mi voz a la hora del grandioso homenaje, fue sustituida con ventaja por la voz de mi amigo ilustre el doctor Numa Quevedo, quien debió de haber interpretado el sentimiento trujillano con la elocuencia perspicua que es decoro de su brillante palabra.

A Madrid me han llegado retazos de prensa con encomios justicieros y con parabólicos elogios al gran muerto. Se ha dicho en vano afán de agotar los adjetivos y los méritos, que el Padre Carrillo fue profesor brillante, poligloto eminente, orador diserto, escritor de tajos cervantinos. Se ha creído hacerlo mayor por medio del obsequio de cualidades que él jamás se preocupó por vestir. Al muerto se suele conceder más virtudes que aquellas que constituyeron su pedestal.

El Padre Carrillo no fue ni orador brillante, ni profesor elocuente. Su voz era hueca y cansada; su palabra apretujada y lenta. Pero en cambio, el Padre Carrillo fue un predicador elocuentísimo y un profesor de eficacísimos métodos. Toda su vida fue una oración y una cátedra maravillosa. El no hablaba en el púlpito con labios ardorosos ni con retruécanos patéticos. El no enseñaba con asombro de letras. El hablaba y enseñaba con los pies, con las manos, con el corazón encendido de bondad. Viejo e inútil, seguía siendo una lección. Por donde el pueblo no hizo cuenta de cuándo enseñaba con palabras y cuándo predicaba sólo con acciones.

Para Trujillo, durante un largo ministerio sacerdotal de más de sesenta años, el Padre Carrillo, fue el verdadero Padre, en mayúsculas y en minúsculas. Padre de pobres, los estipendios eclesiásticos y las rentas heredadas de sus mayores fueron distribuidos sin que ambas manos se pusieran de acuerdo. Durante su ministerio ha podido no brillar la materialidad del templo, empero brilló su humildad de sacerdote crucificado, muerto, enterrado y resucitado conjuntamente con Cristo, según del perfecto cristiano predica San Pablo.

Con el doctor Diego Bustillos y con el olvidado Daniel Quintero, recorrió todos los ranchos del Cerrito, de la Quebrada de los Cedros, de Hoyo Caliente, de la Otra Banda, del Calvarito, de las Araujas cuando la fiebre amarilla azotó en 1888, 1894 y 1903 la ciudad de Trujillo. A los moribundos administraba los Sacramentos; a todos llevaba el pan y el abrigo requeridos. En los comercios abría cuentas para pagar las deudas de la caridad. Después, para cancelar las

cuentas, fueron vendidas las cosechas y aun las tierras de la Quebrada de Ramos.

Con la caridad, practicó la castidad de modo angélico. El pueblo conocía sus virtudes y lo quiso y respetó por ellas. No sé si en toda la Cristiandad ocurra lo mismo, pero en Venezuela el pueblo no pide sacerdotes con pico de oro, ni sabios escalados en altura de letras. El pueblo ha pedido siempre a sus pastores castidad y pobreza, y si esa castidad y esa pobreza están unidas, como estuvieron unidas en el caso del Padre Carrillo, a una generosidad desbordada, a una humildad sin fingimientos y a un don extraordinario de consejo, ya tiene para ver en el sacerdote, como vio Trujillo en nuestro extraordinario levita, un fiel trasunto de Cristo.

Si a estas circunstancias de excepción se agrega que todos los hombres y mujeres de Trujillo sentimos unido el curso de nuestra vida a la misión sacerdotal del Padre Carrillo, ya hay suficiente materia para estimar el duelo y la repercusión provocados por su muerte. Cuatro generaciones mías tienen vínculos sacramentales con el santo sacerdote. A la abuela la ungió para el gran viaje; a mis padres bendijo en el altar; a mí me echó el agua del bautismo y me dio el pan de los ángeles; a uno de mis hijos cristianó en la misma pila donde habían nacido en Cristo todos mis mayores de Trujillo. El era, en realidad, la historia y el alma del pueblo. En él ardía el espíritu múltiple de la ciudad. El rico y el pobre, el poderoso y el abatido, el penitente y el pecador, todos a una miraban en él la persona del mayorazgo familiar.

Su bondad, su caridad, su inteligencia de las cosas, su tino social, su humildad, su castidad, sus dones espirituales todos, lo llevaron a ser en Trujillo algo así como el centro a donde convergía la vida moral del pueblo. Fue grande por ser pequeño, fue fuerte por ser débil, fue elocuente por hablar poco, fue sabio por ser simple. Cuando la resurrección franciscana de Cristo, pudo él haber ocupado encumbrado sitio entre los Juglares de Dios. El fue un verdadero juglar que cantó sin cítara ni canto. El fue por sí sólo una voz. La voz. Desde el ámbito restricto de la vieja ciudad de García de

Paredes, su voz salió sola, fluida y clara, para hacerse oír en todo Venezuela. Ya no era su voz. Era la voz de Dios que había tomado cuerpo en su desmedrada y fea figura de hombre. Fuera de Trujillo se supo de sus grandes virtudes y se le quiso elevar por dos veces al Episcopado. "No tengo cara de Obispo", solía decir en broma, para eludir a su desgarbo y a su ingraciado rostro. En cambio, cuando, encorvado por el peso de los años y de los sufrimientos, arrastraba las lentas pisadas a través de la ciudad que lo veneraba como a santo, era él la más elocuente, sonora, vibrante voz que se escuchaba en el pueblo. Era la voz cuya muerte provocó el mutismo de las almas que se sentían unidas a su vida por fuertes lazos de amor y de respeto. Orador de pesada palabra y profesor monótono, el Padre Carrillo fue por sí mismo, por su conducta, por sus obras, una voz cargada de elocuencia divina. Fue la voz de Dios. Fue la voz elocuentísima, sonora, vibrante de los simples en Cristo. Desnuda de arreos retóricos y desprovista de estridencias teatrales, su voz fluía vestida de la extraordinaria desnudez de toda cosa humana con que mejor se ornamentan quienes caminan los caminos del espíritu.

Madrid. 1953.

LECCION Y SENTIDO DE ANTONIO NICOLAS BRICEÑO (1956)*

(*) Tomado de la 1ª edición, Zaragoza, Artes Gráficas "El Noticiero", 1956, 35 p.

Sobre tu diminuta humanidad ha recaído, ¡oh mi querido nieto Antonio Nicolás!, el peso tremendo del nombre de un Briceño desgraciado. Pensaron tus padres revivir en ti el recuerdo de algunos de los abuelos distantes. Se intentó llamarte Sancho, como el viejo conquistador que llevó de España a nuestra Patria la semilla del linaje. Se honraba a la vez en esa forma al Sargento Mayor del mismo nombre, hecho célebre por sus luchas contra los corsarios que infestaban el Lago de Maracaibo y meritorio en nuestra estirpe por haber impuesto sobre el legítimo apellido de La Bastida, el antiguo apelativo Briceño. Si el viejo Sancho ilustró su nombre en la hazaña conquistadora y en el ejercicio de encumbradas funciones civiles, el Sargento Mayor, como por antonomasia fue llamado el segundo, ganó ribetes de benemerencia por razón del empeño que puso en defender a la patria nueva de la voraz rapiña de los países que atacaban la integridad de la España ultramarina. Se pensó, también, llamarte Sancho Antonio, en memoria del abuelo Alcalde, que en 1786 dio carácter público a la primera escuela de la ciudad de Trujillo, destinada a la enseñanza de niños blancos y plebeyos. En la serie de los Sanchos venían alternando como segundo nombre los de Antonio y de Nicolás, hasta reunirse en el trágico binomio de Antonio Nicolás Briceño, nacido el año 1781, y por muchos denostado con el remoquete de "El Diablo".

Este nombre, ¡oh, tierna criatura!, fue el escogido por tus padres para señalarte en el mundo cristiano de los hombres. Con él asumes una responsabilidad tremenda. Por él te vendrán, también, enojos y disputas. En cambio, la historia del desafortunado deudo que repites

en el cuadro de nuestra abrahámica familia, te ayudará a sentir con orgullo la responsabilidad de la ciudadanía venezolana.

Comenzaré por decirte que Antonio Nicolás Briceño no fue llamado Diablo por su conducta pública. Fue educado él, al igual que sus hermanos, en el Seminario de San Buenaventura, de Mérida, y en la Universidad caraqueña de Santa Rosa de Santa María. Para festejar al Santísimo se representaban en aquella época autos piadosos en los cuales, con ángeles y personajes pecadores y virtuosos, alternaba el propio Satanás. Esas fiestas dramáticas se celebraban en tinglados cerrados y en los propios atrios de los templos. Tanto eran cultas como populares las conmemoraciones eucarísticas. En Yare todavía se representa por el pueblo una danza con Diablos, para festejar el día de *Corpus Domini*. Los Diablos caen rendidos ante la fuerza del Sacramento. Esa es la finalidad educativa de la farsa. En los Seminarios, donde hizo vida de estudiante, Antonio Nicolás tuvo papel de Diablo en los autos sacramentales. Para hacer dicha caracterización se requería tener, como Briceño, distinguida talla y presencia imponente. "Su cabeza era bella", escribe Juan Vicente González. Demás de esto, hacer el desagradable oficio del Diablo vencido se miró como acendrado testimonio de devoción eucarística. Era tanto como servir de víctima para el triunfo final del Sacramento. En Antonio Nicolás la devoción eucarística había sido recibida como pan familiar, pues fue su padre, el Abogado don Antonio Nicolás, Protector General de Indios de la Provincia, quien, como Mayordomo en Trujillo de la Cofradía del Santísimo Sacramento, ganó el año 1784 letras del Obispo Fray Juan Ramos de Lora, para establecer en la ciudad el culto de las Cuarenta Horas. Aquí, pues, tuvo origen el sobrenombre con que muchos afean la memoria del fogoso patriota. Hizo el Diablo para servir a la gloria de la Eucaristía. ¡Cuántos hoy, en cambio, utilizan la Eucaristía para dar gloria y prestigio a la causa de Satanás!...

Nada de violento ni de diabólico entraba en la original estructura anímica de Antonio Nicolás Briceño. Ya abogado, como lo fue su padre ilustre, mudó su viejo solar de la fría Mendoza maternal a las ardientes sabanas de Yare. Una tradición familiar sostiene que fue

Antonio Nicolás Briceño quien, en consonancia con el remoquete que le daban sus amigos, organizó la primera cofradía eucarística que tuvo a su cargo el festejo anual del *Corpus Christi*, con aparato representativo, hasta hoy perpetuado en la devoción alegre y tenaz que da a la región el prestigio de tan encendida página folklórica.

También fue en Yare donde Briceño comenzó a polemizar con Simón Bolívar, entonces señor poderoso de tierras y de esclavos. En las actas del proceso levantado para la determinación del derecho invocado por los litigantes, la calmosa y mesurada posición de Briceño contrasta con la genial violencia del futuro Libertador. Llame ello a asombro, Antonio Nicolás Briceño era hombre de razones. Por su natural severo y persuasivo, se le pedía el consejo oportuno. Componedor de paces, siempre se le miró en actitud de echar aceite sobre las olas encrespadas de la disputa. Por filosofía y por sentimientos abrazó en edad temprana el partido de la República. El 8 de mayo de 1799 su corazón sufrió un vuelco horrible ante la horca donde fue ajusticiado José María España. Cuando llegó a Caracas noticia de los sucesos de Aranjuez y de Bayona, abrazó la causa de América y animó con su verbo entusiasta las reuniones que precedieron al memorial de noviembre de 1808. No fue condenado en la medida de Casa León, pero se le confinó, con José Ignacio, a las sabanas de Ocumare. Ganados en abril de 1810 los caminos francos de la revolución, Antonio Nicolás Briceño fue elegido por la ciudad de Mérida su representante al primer Congreso de la Nación.

No se ha hecho aún el estudio cabal de aquella ejemplar reunión de repúblicos. Se ha dejado decir, en cambio, que la República se hizo a sólo el impulso de los batallones y de las guerrillas, sin hacer cata y cala de que las guerrillas y los batallones se movían hacia la realización de los principios sistematizados por aquellos abnegados ideólogos. Cuando se pongan en relieve las egregias figuras de los próceres insignes, que marcaron los primeros pasos de la Nación venezolana, con Miranda, Peñalver, Roscio, Palacio, Fajardo y tantos otros densos personajes de nuestro traicionado patriciado

civil, la figura de Briceño sobresaldrá como la de uno de los más prudentes, avisados y enérgicos Padres de la Patria.

Como hombre de acusada autoridad en la política eclesiástica, a él se dio encargo de hablar en nombre del Congreso cuando el ilustrísimo señor Arzobispo, Narciso Coll y Prat, juró la independencia. No podía ser más grave ni de mayor trascendencia el hecho. La Iglesia, permanente y una en medio del correr y de la variedad de los tiempos, venía a dar su ascenso a la flamante República. En la sala del Poder constituyente la presencia del Arzobispo tenía valor bautismal para el sistema que asumía en nombre del pueblo el ejercicio de una soberanía que los absolutistas consideraban adherida por gracia divina a la persona de Fernando VII. "La religión de nuestros padres —dijo Briceño— es y ha sido siempre la primera en detestar, abominar y condenar el despotismo, la tiranía y la injusta opresión de los pueblos, como que los principios evangélicos no respiran otras ideas, ni establecen otra doctrina que la de la mansedumbre, la justicia y la verdad, capaces ellas solas de hacer al hombre virtuoso y digno del aprecio de sus conciudadanos". Así habló Antonio Nicolás Briceño cuando trató de ponderar el sentido que tenía el juramento arzobispal. En todo el discurso se admira el apego a la ley y a la voluntad del pueblo y se ponderan las virtudes del orden y de la justicia. Con elegancia igual, Briceño invocará más tarde la clemencia de los jueces para los primeros condenados a pena capital, en razón de las ocurrencias contrarrevolucionarias de Valencia. La justicia de Venezuela —más o menos, dijo— debe mirar a imponerse por actos generosos y no por el agresivo terror. No midieron tampoco los políticos del momento la trascendencia del juicio sostenido por Antonio Nicolás Briceño acerca de la necesidad de dividir la gigantesca provincia de Caracas, a fin de que guardase un justo equilibrio con las provincias de Cumaná, Margarita, Barcelona, Trujillo, Barinas y Mérida, y a fin, también, de satisfacer los justos deseos de capitalidad que alentaba la ciudad de Valencia. La mayoría de los diputados caraqueños insistieron en conservar la integridad de la primitiva provincia metropolitana, sin advertir que, si bien la gravedad gubernamental daba a Caracas la primicia, el regular ejercicio de la autoridad

reclamaba, como decía Briceño, "que haya más gobierno en lo interior, que conociendo de la política e ilustración de sus habitantes, les haga conocer sus derechos y sostenerlos, sin dejarse representar por hombres que se los usurpen".

A la hora de la crisis ocurrida después de la capitulación de Maracay y San Mateo, Antonio Nicolás Briceño bajó vencido al litoral para ganar, como Miranda y demás patriotas, los caminos salvadores del mar. En la Guayra se hallaba en pos de nave en que zarpar, cuando los trágicos sucesos de la noche del 30-31 de julio de 1812. ¡Noche fatídica, desgraciada noche en el curso de la historia venezolana! Miranda había llegado precipitadamente para tomar el *Sapphire*, que habría de trasladarlo a Nueva Granada, en busca de Nariño. La Guayra, más que un puerto y una guarnición, era un verdadero infierno aquella noche dantesca. La capitulación que las circunstancias imperantes impusieron al Generalísimo fue recibida de diverso modo por un distinguido grupo de patriotas, entre los cuales figuraba Bolívar, el mismo que pocos días antes se había declarado culpable en carta para Miranda, de la pérdida de Puerto Cabello.

¿Qué razones movieron a aquellos hombres para que prendieran al abatido Dictador y lo pusieran en manos de la justicia realista? Jamás historiador alguno ha descendido con paso seguro hasta el fondo de la conciencia de aquellos hombres para desentrañar una respuesta precisa, honrada y contundente. El juicio sobre la conducta de Miranda tropieza, por un lado, con la animadversión persistente de quienes lo entregaron y con el odio de los realistas que lo vendieron. Tampoco es en la frialdad lógica de una alcoba de estudioso donde se pueden desarticular los hechos para fijar las líneas claras y precisas en que sea encuadrado el caso tremebundo. Quien intente una luz en medio de aquel laberinto satánico de pasiones, de odios, de rencores, de esperanzas frustradas, de miedo reprimido, de ilusiones destruidas, de resentimientos encendidos, de juicios adversos, de razones caldeadas, de venganzas contenidas, de iras desatadas, de celos pugnaces, ha de hundirse momentáneamente en la noche ululante y desesperada de un manicomio sin

rector. Pintó Maeterlink la tragedia espantosa de los ciegos que perdieron en medio de la apretada selva al guía generoso. La noche del 30-31 de julio de 1812 en el Puerto de La Guayra solamente podría entenderla cabalmente quien haya sido testigo de una rebelión de locos furiosos en medio de las más apretadas tinieblas de un manicomio.

¿No llegaron los patriotas heridos por la pérdida de la República a entregar al infeliz Miranda a la feroz justicia del primer Monteverde? ¿No participaron en la entrega ciudadanos de la calidad de Bolívar, Tomás Montilla, Miguel Carabaño, Paz del Castillo y Juan José Valdez? ¿Fue acaso algo fácil a la lengua pulida del resentido de Miguel Peña el empujar al grupo patriota a la entrega de su jefe rendido? ¿Qué ocurrió en el ánimo entenebrecido de Manuel María de las Casas? Explicaciones dieron a su tiempo los autores, y el propio Bolívar porfió en condenar al viejo Dictador, de mano blanda y corazón de niño. Todos los juicios, a pesar del brillo con que se les ha defendido, se mantienen en el plano de una dialéctica imposible. No hay filosofía capaz de dictaminar a la luz de la razón sobre las circunstancias funestas de aquella noche inenarrable. La única explicación posible tiene sus raíces fuertemente hundidas en el mundo de lo irracional. La sola razón que guarda la clave de aquel espantoso nadir de la República, es la sinrazón de la absoluta locura. ¿Tienen lógica los locos? Pues sólo de los silogismos obscuros que armen sus mentes se puede exprimir la explicación veraz.

Aquella noche funesta, La Guayra no era una plaza militar sino un manicomio abierto. Los hombres no reflexionaban; apenas eran juguetes fáciles de la desesperación sembrada por la caída de la República y por el surgimiento del feroz monteverdismo. Perdidos en la tiniebla de la contradicción, no atinaban a marcar rumbo a su conducta de vencidos. El desastre de Venezuela había provocado un movimiento anárquico en el propio grupo patriota, herido por el desaliento que sembró el terremoto y por la creciente reacción realista. Cuando la capitulación fue firmada, la mayoría influyente de Venezuela había vuelto a la fe realista. La crueldad de

Monteverde fue, en cambio, el mejor aliado que tuvo la idea de la independencia y el apoyo más eficaz que lograron los próceres y el pueblo leal a la libertad. A una causa generalizada, se la buscó origen y motor en sólo la voluntad tambaleante del anciano Dictador. Los hombres heridos por la caída del régimen republicano necesitaban una víctima propicia que ofrecer a sus propios odios. No había razones con que argumentar, pero sobraban encendidas pasiones con que llevar al rojo vivo el fuego de la locura ambiente. Miranda fue visto como el solo culpable, y a Miranda era preciso entregar al verdugo más próximo. Cuando el gran vencido se vio en manos de sus subordinados de la víspera, lanzó la voz profética del "bochinche, bochinche", que periódicamente insurge en la historia venezolana, como expresión de nuestra carencia colectiva de responsabilidad.

La noche de la locura patriota, Antonio Nicolás Briceño estaba también en La Guayra. Don Pedro Gual pudo habernos referido la reacción inmediata de su espíritu atormentado. En él, como en Bolívar, reventó el delirio siniestro de la hora, más no en forma de venganza inmediata y absurda contra el infeliz Dictador. La suya apuntaba a otro plano. En el momento de la crisis de conciencia que varió el rumbo moral de los confundidos patriotas, Briceño dirigió hacia contrario sitio la reacción de su temperamento enloquecido por los sucesos fatales.

Dulce, amable y sensible era el Maximiliano Robespierre de la apacible casa de los Duplay. Sin embargo, la rectitud y la frialdad moral de este enigmático genio no fueron óbice para que se convirtiese durante la época roja del terror en un ser sin sentido de lo monstruoso. Moderado, piadoso, reflexivo, había sido el natural de Briceño. La educación, la cultura, el heredado bienestar económico eran parte a que hasta aquella hora sombría hubiese podido dominar los fieros instintos que duermen en el subconsciente del hombre. La bestia que merodeaba en el territorio de las bajas pasiones, recibía la luz de las ideas superiores; pero en la noche sombría del desplazamiento del eje moral de la sociedad patriota, Briceño fue víctima de un furor que relajó para siempre los resortes

de su personalidad antigua. Para lo sucesivo, en su horizonte no hubo ya sino una ofuscante visión de sangre. Su atmósfera, apenas alumbrada a la hora de la muerte, estuvo desde entonces impregnada de ígneos vapores diabólicos. Lo que se había producido como festivo recuerdo de su participación piadosa en los autos sacramentales del Seminario, reapareció con un sentido funesto de realidad. El Diablo no se arrojará ya vencido a los pies del Angel victorioso. El Diablo, como en los pactos medievales, escribirá con sangre de las víctimas, el prólogo sombrío de la guerra a muerte.

A Curazao llega luego fulminando dicterios y amenazas terribles contra el régimen español. De Curazao sigue a Cartagena y emprende una lucha sanguinaria y feliz, que luego le da título para penetrar en Venezuela antes que Bolívar. Se alió con un grupo de aventureros franceses, en quienes repercutían las voces siniestras del terror. El Evangelio de Cristo lo había sustituido Antonio Nicolás Briceño por un antievangelio, cuyo módulo era el aniquilamiento de la raza española. El fiero ancestro había surgido en el patriota enloquecido. La guerra será de exterminio absoluto, como la que animaba el brazo de sus abuelos Bergundios y Briceños cuando la reconquista cristiana de la Península. Para ganar títulos no se requería el laurel de la victoria honrosa, sino el mayor o menor número de cabezas de españoles que hayan sido echadas al suelo. Para dar tintura terrífica a sus mensajes, los encabeza con pluma cebada en la tibia sangre de las víctimas. El hombre de la reflexión cedió por completo su dominio a la bestia sanguinaria. Sobre el hombre racional se impuso el hombre del pecado con todas sus vivencias salvajes. Antonio Nicolás Briceño había perdido el juicio y obraba bajo la acción de las Furias enloquecidas.

Pero, ese hombre ensangrentado y lleno de sombras, fue conducido a extremo tan terrible por el aliento de una pasión nobilísima. Más allá de su locura estaba Venezuela. Más allá de su delirio estaba la República destruida. A él no lo empujaba la codicia, como apasionadamente dice Salvador de Madariaga. Hubiera querido lucrar con la fortuna y habría inclinado como tantos la cabeza ante el monteverdismo triunfador y se habría ido a trabajar las cálidas

tierras de Ocumare o los ricos cafetales de Mendoza. A él lo impulsaban un dolor y una esperanza, que fatalmente perdieron para el éxito la rosa de los vientos. A flor de realidad apareció en su vida el sentido de la irresponsabilidad ante el dolor humano que promueven las cruzadas. La suya era por la libertad y la justicia, como había sido por la fe de Cristo la cruzada que llevó al gran Cisneros a entonar en Orán *Te deum* sobre una pirámide de cadáveres de moros. "Cuando sacó la espada, arrojó la vaina lejos. Sabía que la esencia de la guerra es la violencia y que la moderación en la lucha es imbecilidad", habría escrito de él el célebre Macaulay. Carente de poder reflexivo para dar método a la propia acción, el patriota desafortunado caminó, sin mirar atrás, el resbaladizo camino de la crueldad y del terror. En su precipitada andanza se creía impulsado por los númemes sagrados de la Patria. Como los personajes de la tragedia antigua, él escuchaba la palabra tenaz de muertos que clamaban la justicia salvaje de la venganza. Venezuela en aquella época siniestra era para él apenas una sombra ensangrentada, que pedía a voces desesperadas el castigo de sus verdugos implacables.

Los historiadores, cuando juzgan a Antonio Nicolás Briceño se sitúan en el plano de jueces achacosos, empeñados en agregar cargos a la causa del procesado. Buscan las normas finas de la moral y las leyes austeras de la justicia para enjuiciar la conducta de un patriota enloquecido. Nadie puede jamás alabar los crímenes de la guerra a muerte, pero nadie puede negar, tampoco, la realidad espantosa que trastornó el juicio de serenos, pacíficos, honorables patriotas. En estos mismos días hemos visto el caso doloroso de un rectilíneo juez que enloqueció hasta el suicidio por haberse creído en falta con la justicia. Si no el suicidio, en cambio sí la causa de la locura es en este caso digna de admiración y de respeto. No puede exaltarse la cruel conducta de Antonio Nicolás Briceño, empero es digna de permanente loa la pasión patriótica que le hizo sentir, hasta punto de locura, el dolor y la desgracia de la Patria.

Por Venezuela murió Antonio Nicolás Briceño bajo el fuego del pelotón que ejecutó la sentencia contra él proferida en Barinas por

las autoridades de Tiscar. Murió como héroe y como cristiano. Arrodillado, pidió perdón por sus faltas y excusó a sus compañeros de sangrienta aventura. No le faltó valor en el último instante de su vida tormentosa para explicar la propia crueldad que había teñido sus días finales. Iluminado por la cercanía de la muerte, habló en cuerdo, como Don Quijote moribundo, y buscó para su conducta paralelo que la justificase en la propia Historia Sagrada. "Dios, para dar patria al pueblo escogido, mandóle que pasara a cuchillo a todos los de la tierra de Canaán. He consagrado mi vida a mi Patria y en aras de ella la sacrifico. Yo me siento feliz. Voy a morir, pero mi muerte dará vida a la más bella y querida de las madres". Así explicó entre luces su conducta el ardoroso patriota, cuya mente se había nublado a la propia hora en que se hizo noche sobre la naciente República.

El mismo día de la muerte de Briceño —15 de junio de 1813—, proclama Bolívar en Trujillo la guerra sin cuartel, como sistema contra la opresión realista. El destino de la República iba a ser la sangre y el terror. ¿De dónde salió la primera palabra?... Aún no se ponen de acuerdo los peninsulares y los patriotas de América cuando tratan de situar el punto de partida de las voces mortíferas. Sin embargo, el dulce Regente Heredia, desde el bando español, calificaba ya el propio año 10 como imprudente a la política de la Regencia. De una y otra parte hubo crueldad. En uno y otro bando más pesaban las pasiones que los argumentos reflexivos.

A los americanos nos beneficia, empero, la justicia que asiste a quienes buscan independencia y libertad. Entre los patriotas, también, se olvida la dureza de medidas tomadas fríamente por próceres egregios, para sólo acumular criterios sobre la relampagueante y fugaz memoria de Antonio Nicolás Briceño. De su anterior conducta no se recuerda la moderación, ni la prudencia, ni el culto a la virtud, para apenas mirar al familiar remoquete de Diablo. Quien desconozca la vida de Briceño, toma como puente para la fácil interpretación el fulminante apodo y hace de su primera y segunda conducta una unidad fatídica, que conjugaría el presunto satanismo antiguo con el diabólico talante del verdugo de

españoles. A mejores luces, el juicio sobre Antonio Nicolás Briceño obliga a la desarticulación provocada por los lamentables sucesos de la noche infernal del 30-31 de julio de 1812. De la Guayra se ausentó dentro de la estrujada humanidad de Briceño, un nuevo hombre, mal forjado en el crisol ardoroso de la locura, que hizo presa en el alma de los patriotas caídos bajo la ley del primer Monteverde.

Como en los misterios délficos, la locura de Antonio Nicolás Briceño tenía un punto de luminosidad sagrada. Fue el hombre que enloqueció ante la desgracia de la Patria. Fue el jurista que rompió la tabla de los viejos valores para ejercer la bárbara justicia de la horda primitiva. Fue el cristiano que olvidó la ley de caridad para seguir las normas implacables del Talión. Su amor por Venezuela llevóle a sacrificar su propia templanza en el altar de un pavoroso sacrificio. Rojas se le miran las manos, roja se pinta su figura, pero, como la de Hamlet, era la suya pasión encaminada a cumplir un deber erróneamente configurado por su falta de cordura. No se alabe en él el crimen; pondérese, en cambio, el tono de la pasión patriótica que le llevó hasta enloquecer cuando miró el cuadro de la Patria destrozada.

Sobre tu diminuta persona, ¡oh, mi nieto bienvenido!, luce al propio un nombre que te servirá de estímulo seguro para amar a Venezuela. Ese es el balance positivo de la vida del primer Antonio Nicolás Briceño. Tú, borra del nombre la carga de crueldad y toma sólo el impulso de sacrificio que le va adherido por esencia. Enemigo y víctima de monteverdismo, que siempre ha amenazado a la República, Antonio Nicolás Briceño alumbra nuestra historia nacional como testimonio de una dedicación total a la causa de la libertad y como ejemplo del patriota que hace suya hasta perder el juicio la desgracia del país. Ese signo noble ha sido invocado como numen para tu vida de hombre.

Viejo de ochenta años, cuando por pasiones políticas las turbas impedían el desembarco en Puerto Cabello de una joven dama, Antonio Nicolás Briceño, resobrino de "el Diablo", mirado por todos los Briceño como flor gallarda de la estirpe, se abrió serenamente

paso, subió la escalerilla de la nave y regresó de nuevo a tierra, dando su brazo de anciano a la joven amenazada. El espectáculo del viejo convertido en escudo de la dama en peligro, impresionó a la masa arisca, hasta el punto de hacerla vitorear al cumplido caballero.

"Lo hice a ley de Briceño", comentaba el anciano de alegre mundo. Sabía él que una historia decorosa dábale ribetes de señorío por donde compensaba la terca pobreza. Con saberse digno hijo del abanderado de Carabobo, tenía para compensar las fallas de la vida diaria. El, a la abundancia, prefería la altivez. El cargo cómodo lo pospuso a la modesta posición sin peligrosos compromisos. Vivió a la ley de caballero, como la gente de su raza.

Seamos así motejados de pueril romanticismo quienes constantemente miramos a la Historia para extraer de ella ejemplos tónicos, toma tú la lección antigua de quienes llegaron a enloquecer ante el dolor de la República y de quienes, ya ancianos, desafiaron peligros para dar el apoyo de su brazo a una dama perseguida. También la Patria es mujer, que si en función de madre nos da vida, en función de dama reclama de nosotros culto altísimo, como el rendido a Dulcinea por el maravilloso loco de la Mancha. Olvida, ioh, flamante Antonio Nicolás Briceño!, el rojo ribete que la locura puso a la memoria del viejo y desgraciado deudo. Sirve mañana tú a la Patria, en cambio, con su misma pasión y con su mismo arrojo, en toda hora desvestidos del odio y la violencia que erráronle las vías. Para servirla, educa tus sentimientos a la suave luz de la ley de Cristo y afinca en ella el gobierno de ti mismo. Vigoroso, altivo, resuelto y reflexivo en la conducta, mantente así para poder ofrecerle, hasta que seas anciano, brazo fuerte y mente lúcida, que la ayuden en sus conflictos y desgracias...

Madrid y agosto 23 de 1956.

EXPLICIT

Se hace esta publicación para recordar que el día 15 de septiembre de MCMLVI fue bautizado en la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de La Concepción (Goya), de Madrid, por el Rvdo. Padre Don Emilio Guardiola, Capellán del Monasterio de La Concepción Jerónima,

ANTONIO NICOLAS

Hijo de Jesús Omar Briceño Picón y de Beatriz Aranguren Salas, naturales de Venezuela. El niño nació en esta Villa y Corte el 9 de agosto de este año de gracia y fueron sus padrinos el doctor Rodrigo Briceño Picón y la señorita Teresa Aranguren, representados por don Mario Briceño Iragorry y doña Josefina Picón de Briceño, sus abuelos.

LAUS DEO

HISTORIAL BIBLIOGRAFICO DE LOS TEXTOS INCLUIDOS EN EL VOLUMEN 2

Gente de ayer y de hoy (Bocetos biográficos). Caracas: Edics. Independencia, 1953. 160 p.
— Caracas: Edics. EDime, 1963. 160 p.

Lección y sentido de Antonio Nicolás Briceño. Zaragoza: Artes Gráficas " El Noticiero", 1956. 35 p.

Trayectoria y tránsito de Caracciolo Parra (1901–1939). San José, Costa Rica: Imprenta Lehmann, 1940. 45 p.

— San José, Costa Rica: Imprenta Lehmann, 1940. 45 p.
— San José, Costa Rica: Imprenta Borrase Hnos., 1940. 16 p.

También en: **Obras Selecta.** Caracas: Edics. Edime, 1954 (1.103 p.) pp. 971–987.

Vida y papeles de Urdaneta el joven. Caracas: Tip. Americana, 1946. 289 p.

INDICES DEL VOLUMEN 2

INDICE ONOMASTICO Y TOPONIMICO

A la luz de mi lámpara de J. Briceño Maldonado: 459, 461.
Aachen: Véase: *Aix La Chapelle.*
Aar (afluente del *Rhin*): 152.
Abel: 256, 258.
Academia de Atenas: 221, 223, 230, 239.
Academia Militar de Venezuela: 428, 471, 472.
Academia Nacional de la Historia: 19, 23, 334, 364, 366, 382.
Academia de Matemáticas: 110, 123, 124.
Academia de Medicina: 32.
Academia Venezolana de la Lengua: 39, 363.
Accio (Actium) (Cabo de): 218, 232.
Acción Católica: 21.
Acequia Espino (*Valle Abajo-Caracas*): 304.
Acevedo, Feliciano: 100.
Acosta, Cecilio: 467, 480, 482.
Acosta, Eliseo: 324.
Acosta, Domingo: 284.
Acroceraunios (cerros): 216.
Acropolis de Atenas: 221, 222, 223, 225, 227, 232, 235, 236, 237, 238.
Actualidades (revista): 361.
Adán: 383.
Adda (río- Italia): 192.
Adilé (Sultana): 255, 267.
Adriani, Alberto: 448.
Adriano: 198, 211, 221, 223, 224, 225, 226, 227.
Adriático (Mar): 213, 214.
Afganistán: 253.
Africa: 209, 216, 223, 233, 234, 262.
Agamenón: 87, 219, 373.
Aginum: Véase: *Vostizza.*
Agora (Puerta del - Atenas): 226.
Agostini, Rafael: 64.
Agripa (baños de - Roma): 199.
Agripina (Sepulcro de - Roma): 207.
Aguaclara: 81.
Las aguaditas (*Trujillo*): 449.
Aguado, (Gral.): 76.
Aguado, Pedro de: 32, 38.
Agualarga: 83, 85, 92, 95.
Aguilar, Luis Alejandro: 361.
Aguilera, Delfín Aurelio: 407.
Aguirre, Lope de: 422.
Agustini, Delmira: 427.
Ahlbach (riachuelo - *Alemania*): 147.
Ahumada, Matías: 203.
Aix (*Francia*): 176.
Aix la Chapelle (*Aachen o Aquisgrán - Prusia*): 137, 138, 139.
Alameda Rivas (*Trujillo*): 427.
Alarcón, Florencia: 439.
Alarcón, Juan Miguel: 398.
Alasio (*Italia*): 179.

Albani, Francisco, "El Albano" (Pintor boloñés): 190, 200, 269.
Albania: 215, 216, 218, 274.
"Albano, El" véase: Albani, Francisco.
Albenga (Italia): 179.
Albergo della Gran Bretagna *(Milán)*: 184.
Alberto de Save-Teschen (Duque-Austria): 272.
Albertolli, (arquitecto): 190.
Alcalá, Diego A.: 63.
Alcalá de Henares: 395.
Alcámenes (Discípulo de Fidias): 239, 241.
Alcibíades: 233.
Alcinoo: 217.
Alcolampadinos, (reformador): 151.
Alegría, José Manuel: 123, 128, 134.
Alejandro I (Emperador de Rusia): 274.
Alemán, Mateo: 480.
Alemania: 130, 134, 143, 144, 145, 151, 154, 156, 168, 215, 257, 279, 312, 313, 328, 457.
Alfonso, Felix María: 64.
Algeciras: 158.
Alí: 219, 234.
Alí Pachá: 267.
Alicante (*España*): 158, 173.
Alighieri, Dante: 71, 434.
Allées de Fourny (*Francia*): 118.
Allegri, Antonio, "El Coreggio" (Pintor): 180, 269.
Almarza, José Rafael: 356, 429.
Almería (*España*): 158.
"Alonso Manchego" Véase: Carrasquel y Valverde, Raúl.
Los Alpes: 153, 177, 178, 179, 208, 209, 265.
Altemberg (*Austria*): 261.
Altemberg, Condesa de: 261.
Altuve, Rafael María: 388.
Alvarado, Lisandro: 333, 361, 397, 398, 409, 448.
Alvarado, Pedro de: 28.
Alvarez de Lugo, Eladio: 359, 392.
Amazonas (río): 439.
Amberg, (Batalla de): 273.
Ambracia (*Grecia Antigua*): 216.
Ambracia (golfo de) Véase: *Lapta*, (golfo de)
Ambrosio Alfinger (drama) de Adolfo Briceño Picón: 438.
América: 20, 27, 28, 29, 40, 56, 131, 144, 148, 155, 161, 175, 182, 202, 212, 219, 256, 262, 263, 264, 265, 357, 365, 366, 425, 454, 466, 483, 495, 502.
América Española: 430.
América del Norte: 29, 65, 106, 117.
América del Sur: 157, 319.
América Latina: 455.
Amor Filial (drama) de A. Briceño Picón: 438.
Amsterdam: 148.
Ancona (*Italia*): 212, 214, 215, 216.
Andalucía: 179.
Los Andes: 389, 420, 421.
Anfiteatro Flavio (*Roma*): 200. Véase: también Coliseo.
Angarita, Pancho: 369, 471.
Angostura: 128, 130, 131, 133, 435.
Annibal: 207, 208.
Anteo: 448.
Antero, Tomás: 362.
Antibes (puerto de - *Francia*): 177.
Antígona: 101.
Antigüedades Judaicas (papiro anónimo): 191.
Antillas: 80.

Antonino: 198.
La Anunciación (cuadro) de Rafael Mengs: 268.
Anzola, Edmundo: 385.
Anzola Tovar, R.: 63.
Apeles: 220, 223, 237, 239.
Apeninos: 183.
Apolo: 228.
Apolo Belvedere (escultura): 200.
Apulo (*Colombia*): 106.
Apure: 435.
Aqueronte (río de *Italia*): 207.
Aquisgrán Véase: *Aix la Chapelle.*
Aragua: 94, 99, 435.
Aranda, Esteban: 72.
Aranda, Francisco: 70, 71, 72, 73, 301.
Aranguren, Juan Ignacio: 47, 332.
Araguren, Manuel: 332.
Aranguren Salas de Briceño, Beatriz: 505.
Araguren Salas de Oliver, Teresa: 505.
Araguren de Parra, Josefina: 17.
Aranjuez (*España*): 495.
Las Araujas (*Trujillo*): 488.
Araujo, Dorila: 426.
Araujo Magdalena: 426.
Araujo, María Dolores de: 362, 392.
Araujo Briceño, Juan Baustista: 361, 421.
Araujo Manucci, José: 374.
Araujo Prato, María: 426.
Araure: 84.
Arbelácz Urdaneta, Carlos: 281, 288, 333.
Arboleda, Julio: 205, 334.
Arcadia: 230.
Arcaya, Pedro Manuel: 26, 31.
Archivo de los Notarios (Milán): 192.
Archivo General de la Nación: 11, 334.
Arco della Pace (*Milán*): 188.
Arco de Triunfo (*París*): 123, 188.
Ardeindolds (pintor caricaturista s. XIX): 269.
Arellano, Pedro: 351.
Arena de Milán: 188.
Areópago de Atenas: 221, 223, 232, 235, 238.
Arévalo González Rafael: 467.
Argel: 177, 328.
Argos (*Grecia*): 221, 230, 235.
Ariana: 143.
Arías Blanco, Rafael: 34, 481.
Ariel (hoja literaria - Trujillo): 425, 430, 447.
Aristeguieta, Jesús María: 49, 50, 52, 56, 59, 61, 63.
Aristeguieta, Pedro: 408, 409.
Arístides: 233.
Aristófanes: 223, 239, 253.
Aristóteles: 230, 239, 240, 347.
Armas, Amador: 63.
Armas, Julio de: 452.
Arnold (Edwin): 459.
Arocha, Manuel: 453.
Artemisa (reina de Caria): 218, 232.
Artes Gráficas "El Noticiero" (Zaragoza): 491.
Aruba: 64.
Arvelo Larriva, Alfredo: 353, 354.
Arreaza Calatrava, José Tadeo: 353.
Arroyo Lameda, Eduardo: 448.
Arroyo Parejo, Francisco: 397.
Así hablaba Zarathustra de F. Nietzche: 427.

Asia: 198, 209, 220, 233, 234, 245, 254, 261, 262.
Asia Menor: 248.
Astronomía Popular de C. Flammarion: 371, 392.
Asuaje, José Antonio: 449.
La Asunción (cuadro) de Coreggio: 180.
Ataúlfo: 189.
Atenas: 191, 199, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 241, 242, 246, 248, 253, 272, 466.
Ateneo de Trujillo: 350, 423, 487.
Ateneo de Valera: 359, 393.
Atica (*Grecia*): 238.
Atila: 274.
Atlántico: 31.
Atlas de Venezuela de Agustín Codazzi: 116.
Aufgarten (*Viena*): 278.
Augusto: 198, 206.
Aunay (*Francia*): 307, 316, 320, 328, 330.
Austria: 120, 138, 174, 184, 210, 261, 263, 273, 274, 302, 316.
Austria, Guillermo: 397, 408, 432.
Austria, (Gral.) José de: 70.
Austria, José (Pepe): 397.
Austria, Juan de: 219, 234.
Autonogsia (sonetos) de Domingo Martínez: 432.
Auvernia (*Francia*): 307.
Auxerre (*Francia*): 175.
Aveledo Urbaneja, Agustín: 408.
Avenida Colón (*Trujillo*): 448.
Avemo (*Lago-Italia*): 207.
Avignon (*Francia*): 175.
El Avila (*Caracas*): 61, 78.
Avila, Juan de: 476.
Azores (islas): 116.

Baco: 219, 224, 227, 238, 239.
"Bachiller Munguía" (seud). Véase: Churión, Juan José.
Baden (*Suiza*): 145, 146, 147, 148, 149, 152, 153, 156.
Bagdad: 254.
Baia (*Italia*): 206, 207.
Bajá (*¿Hungría?*): 258.
Bajo Seco. Apuntes para la Historia de José R. Munar: 334.
Bajo Seco (islote de): 78, 331.
Baldó, José Ignacio: 456.
Bale (*Suiza*): 150, 151.
Bale Ville (Cantón de): 151.
Baldasarre re di Babilonia (ballet histórico): 181.
Balmes, Jaime: 359, 392.
Baltazar (rey mago): 140.
Baños y Sotomayor, Diego: 403.
Ba(p)tista, Eusebio: 467.
Baptista, Leopoldo: 349, 360.
Baptista Galindo, Francisco: 463.
Baralt, Manuel Ignacio: 434.
Baralt, Miguel Ignacio: 83, 85, 88, **411-414.**
Baralt, Rafael María: 116, 127, 132, 340, 370, **465-469.**
Barbacoas: 50, 100.
Barbiero, Juan Francisco, "El Guercbino" (Pintor): 180, 182, 200.
Barcelona (*España*): 133, 157, 448, 450.
Barcelona (*Venezuela*): 65, 124, 496.
Barima: 127, 131, 468.
Barinas: 421, 457, 496, 501.
Baroni, Aldo: 361.
Barquisimeto: 84, 85, 93, 94, 383, 402, 415, 416, 439, 450.
Barranquilla: 462.

Barreto, Ismael: 388.
Barrios, Máximo: 394.
Basilea (*Suiza*): 150, 151, 152.
Baviera: 120, 228, 243, 280.
Bayona: 495.
Bayukderá (*Albania*): 262.
Beccaria, César: 166, 190.
Becerra, Delfín: 471.
Beethoven, Ludwig van: 141, 154.
Beirut : 246, 247.
Belarmino, Roberto: 24.
Belén: 404.
Bélgica: 134, 137, 138, 206, 271.
Belgrado: 256, 257, 262.
Bellini, Vincenzo: 185, 280.
Bello, Andrés: 40, 58, 399, 400, 405, 482.
Bengen (*¿Alemania?*): 152.
Benitz, Alejandro: 116.
Bentham, Jeremías: 347.
Berlín: 308, 311, 312.
Bermejo, María Teresa: 52.
Bermudas (Arcipiélago de las): 116, 117.
Bernardotte (Rey de Suecia): 174.
Bernouilli, (¿Jacobo?, ¿Juan?, ¿Daniel?): 512.
Berthelemy, (abate): 226.
Berthelot, Sabino: 176, 298, 302, 306, 309, 314.
Bertoni, Antonio: 360.
Besarbia (*Rusia*): 262.
Bescanza, Olimpia: 457.
Betancourt, Rómulo: 479.
Bianchi, Luis Enrique: 426.
Biblioteca Ambrosiana (Milán): 190.
Biblioteca Ayacucho (de R. Blanco Fombona, Madrid): 365.
Biblioteca Nacional: 38.
Biografía del Gral. Juan C. Falcón de Jacinto Regino Pachano: 333.
Biografía del Gral. Rafael Urdaneta de Carlos Arbeláez Urda-neta: 288.
Bitinia (*Asia Menor*): 248.
Bizancio: 220, 233, 234, 248.
Blaine, James: 366.
Blanco, Andrés Eloy: 432.
Blanco, Jesús María: 64.
Blanco, José Félix: 70.
Blanco Fombona, Rufino: 340, **363-367**.
Blanqui, Adolfo: 162, 168, **170-172**, 206, 281, 305, 306, 308, 310, 311, 315, 317, 321.
Blanqui, Arthur: 175, 307, 317, 320, 328, 330.
Blanqui, Julia de: 328, 331.
Blanqui, Julita (Bouguignoune): 317, 328, 330.
Blanqui, Luis Augusto: 162.
Blanqui, Octavio: 317, 320, 330.
Blanqui, Sanny: 330.
Blamqui de Freydean, Inés: 319, 328, 330.
Bogotá: 55, 56, 105, 111, 120, 124, 128, 131, 149, 173, 203, 210, 284, 288, 292, 311, 317, 366, 451, 475, 482, 483, 484.
Bohemia: 270, 274.
Boletín de la Academia Venezola-na de la Lengua: 105.
Bolívar (*Estado*): 376, 435.
Bolívar, Simón: 42, 56, 58, 62, 79, 106, 111, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 133, 203, 205, 240, 287, 311, 365, 366, 380, 425, 479, 495, 497, 498, 499, 500, 502.
Bolivia: 311.
Bologna: 173, 189, 190, 212.
Bolsa de París: 193.
Bonaire: 57, 62.

Bonalo, (Mons) (Obispo de Avignon): 175.
Bonaparte, Napoleón: 116, 142, 144, 153, 155, 166, 170, 177, 182, 183, 187, 190.
Bonn: 141, 154, 265.
Borges, Carlos: 393.
Borromeo, Federico (Cardenal): 191.
Bósforo: 247, 252, 254, 261, 262, 267.
Bosset, Hilario: 34, 481.
Bossini, Ernano: 270.
Bouillon, Godofredo de: 274.
Boulevard des filles du Calvaire (*París*): 311.
Bourget, Paul: 461.
Bourgoin, Enrique Jorge: 350.
Boves, José Tomás: 82.
Braschi, Antonio: 351.
Braschi, Víctor: 388.
Brasil: 163.
Bremen (*Alemania*): 312.
Briceño, Abdón: 394.
Briceño, Antonio: 348.
Briceño, Antonio Nicolás ("El Diablo"): 12, **491-504.**
Briceño, Antonio Nicolás ("El Protector", 1761): 349.
Briceño, Braulio: 417.
Briceño, Eladio: 388.
Briceño, José Hermenegildo: 435, 471.
Briceño, José Ignacio: 495.
Briceño, Magín: 348, 388.
Briceño, Máximo: 351.
Briceño, Ramón: 351.
Briceño, Sancho: 482, 493.
Briceño, Sancho Antonio: 493.
Briceño Altuve, Carlos: 391, 425, 428, 429, 447.
Briceño Aranguren, Antonio Nicolás: 12, 493.
Briceño Casas, Jesús: 360, 392.
Briceño Casas, Josefa: 426.
Briceño Cols, Pedro: 374.
Briceño Graterol, Manuel: 381.
Briceño Iragorry, Leopoldo: 116.
Briceño López, Josefa: 426.
Briceño Maldonado, Joaquín: 459, 460, 461, 462.
Briceño Picón, Adolfo: **437-439.**
Briceño Picón, Antonio Nicolás: 439.
Briceño Picón, Gabriel: 359, 439.
Briceño Picón, Jesús Omar: 505.
Briceño Picón, Manuel: 439.
Briceño Picón, Rodrigo: 505.
Briceño Valero, Américo: 360, 375, 394.
Briceño Valero, Ceferino: 360.
Briceño Valero, Jesús: 49.
Briceño Valero, Manuel: 360, 394.
Brigettenden (*Viena*): 27.
Brunicardi, Rafael: 432, 434.
Brusa (*Bitinia*): 248, 254.
Bruselas: 134, 135, 136, 143, 156, 175.
Bruto: 197.
Bruzual: 73.
Buda (*Hungría*): 259.
Buenos Aires: 41, 330.
Buhl (*Alemania*): 149.
Bulach (*Suiza*): 153.
Bulgaria: 263, 265, 267.
Buonarroti, Miguel Angel: 37, 191, 200, 269.
Burdeos: 115, 117, 118, 122, 128, 133, 174, 202, 315.
Burgplatz (*Viena*): 273.
Burguillos, Jacinto: 80.
Bustillos, Diego: 359, 447, 488.
Bustillos, Juan Pablo: 351, 431.

Byron, John: 218, 234, 253.

Caballero Mejía, Francisco: 397, 448.
Caballero Mejía, Luis: 397, 448.
El caballo de Ledesma: 453.
Cabildo de Amolonga (Guatemala): 28.
Cabrero Malo, Rafael: 477, 485.
Cachemira (*India*): 270, 271.
Cadenas Delgado, Manuel: 70, 75.
El Cadete (periódico estudiantil. Caracas): 428.
Cádiz: 156, 157, 158, 159, 264.
Cajigal, Juan Manuel: 124, 125, 129, 131, 132, 297, 306.
Calabozo (*Edo. Guárico*): 333.
Calabria (*Italia*): 173.
Caldera, Rafael: 22, 479.
Calderón de la Barca, Pedro: 39, 347.
Los cálices vacíos de Delmira Agustini: 426, 427.
Calícrates: 222, 237.
Calipso (isla de): 216.
El Calvario (*Caracas*): 76.
El Calvarito (*Trujillo*): 488.
"*El Callao*" (Hacienda de Pío Tamayo): 461.
Calle Balbi (*Génova*): 182.
Calle Castiglioni (*París*): 314.
Calle de Carlos Felice (*Génova*): 182.
Calle San Pietro d'Arens (*Génova*): 182, 183.
Callejón Cantarrana (*Trujillo*): 448.
Callejón de los Carrillos (*Trujillo*): 348.
Cámaras de Atenas: 232.
Camatagua: 100.
Cambrai (*Francia*): 134.
Camejo, J.: 132.
Camero, (Cnel.) Facundo: 83, 85, 92, 93, 94, 95.
Camino Nuevo (*Caracas*): 433.
Campos Elíseos (*Italia*): 207.
Campos Elíseos (*París*): 123, 267, 277, 278.
Canaan: 502.
Canaris (Ministro griego de Marina): 244.
Cancerbero: 207.
La Candelaria (*Trujillo*): 419, 420.
Candia (isla de- *Grecia*): 244, 275.
Cannas (*Italia*): 208.
Cannes (*Francia*): 177.
Cánova, Antonio (Escultor): 191, 272, 273.
Cañizález, Abel: 381.
Caño Amarillo (*Caracas*): 433.
Capel (*Prusia*): 143.
Capilla Corsini (*Roma*): 196.
Capitolio (*Roma*): 197, 198.
Capo d'Istria (Conde): 242.
*Capo di Mo*nt (*Nápoles*): 206.
Capri (Isla de): 206.
Capriles, Manasés Eduardo: 425, 429, 447.
Capua (*Italia*): 208.
Carabaño, Miguel: 498.
Carabobo: 86, 88, 93, 94, 98, 99, 504.
Caracalla: 206.
Caracas: 11, 21, 22, 29, 31, 38, 42, 45, 49, 52, 61, 63, 64, 65, 70, 72, 73, 77, 85, 88, 89, 91, 97, 99, 100, 101, 105, 115, 116, 119, 120, 121, 123, 124, 127, 128, 130, 131, 133, 134, 136, 172, 174, 218, 223, 224, 225, 232, 241, 283, 285, 286, 287, 292, 297, 301, 303, 304, 305, 307, 308, 310, 312, 314, 321, 324, 326, 327, 328, 331, 333, 334, 335, 348, 349, 353, 356, 361, 362, 363, 366, 376, 383,

395, 396, 409, 411, 412, 416, 417, 418, 428, 431, 434, 435, 436, 447, 448, 450, 451, 452, 455, 460, 461, 463, 474, 475, 482, 483, 486, 495, 496.
Caraccioli (Conde- Gobernador de Milán): 187.
Carache: 379, 380, 381, 382, 383, 415.
Carbonate: 99.
Carbonell, Diego: 402.
Cardouen: 116.
Cardozo, Dámaso: 392.
Carías, Rafael: 397.
Caribe (mar): 106.
Carlomagno: 137, 138, 142, 143, 145, 150, 156.
Carlos (Archiduque de Austria): 273.
Carlos Guillermo (fundador de Carslruhe-Alemania): 145.
Carlos IV de Alemania (s. XIV): 143.
Carlos V (Emperador de Alema-nia y Rey de España): 28, 155, 182, 184, 187, 274.
Carlos María Isidro (Príncipe de España): 160.
Carlsruhe (*Alemania*): 145, 146, 156.
Carmen de Cura: 100.
Carnevali, Atilano: 462.
Carnevali, Camilo: 439.
Carnevali Monreal, Angel: 427.
Caro, Miguel Antonio: 38, 40.
Caronte: 207.
Carora: 386, 435, 452.
La Carraca (*España*): 159.
Carracci, Los (Pintores: Luis, Agustín, Aníbal): 200, 269.
Carraccio, Aníbal: 180.
Carradini, Alfredo: 360.
Carradini, Andrés: 360, 394.
Carrara: 180, 191.
Carrasquel y Valverde, Raúl: 408, 432.
Carrasquero, Manuel María: 340, 406, **415-418.**
Carrasquero, Miguel de Jesús: 394.
Carreño, Eduardo: 397, 398, 408, 409.
Carrillo, Alfonso: 42.
Carrillo, Etanislao: **487-490.**
Carrillo, Ignacio: 385.
Carrillo Guerra, Juan Bautista: 351.
Carrillo Guerra, Juan José: 387.
Carrillo Márquez, Pedro: 382.
Carrillo Márquez, Tomás: 349.
Carrillo Rojas, Julio: 419.
Carro del Sol (cuadro) de Julio Romano: 192.
Cartagena (*Colombia*): 500.
Cartagena (*España*): 158, 173.
Cartago: 393.
Carujo, Pedro: 41.
Casa León, Marqués de: Véase: Fernández de León, Antonio.
Casa León y su tiempo: 11.
Casa de Austria: 151, 209.
Casa de Baviera: 140.
Casado, Wenceslao: 63.
Casas, Dorila: 426.
Casas, Manuel María de las: 498.
Casas, Manuel Vicente de las: 73, 74, 76.
Casas, Pancho: 448.
Casicure (Prov. de *Coro*): 85.
Castaggio Giovani (*Italia*): 183.
Castellanos, Juan de: 32, 38.
Castelli, Carlos Luis: 70, 292.
Castellmare (*Italia*): 206.
Castillo de los Príncipes (*Baden*): 147.
Castillo de San Angelo (*Roma*): 198, 204, 211.

Castro, Cipriano: 389.
Castro, Julián: 56, 59, 62, 63, 64, 66, 69, 70, 72, 73, 74, 75, 82, 292.
Cataluña: 157.
Catecismo del verdadero Republicano de Guillermo Michelena: 325, 327.
Catia La Mar: 57, 62.
Catilina: 198.
Catte (*Francia*): 175.
Cáucaso: 253.
Caulín, Antonio: 32, 38.
Cavour (Camilo Benzo, Conde de): 393.
Cayama Martínez, Efraín: 397, 448.
Ceballos, Pío: 63, 77, 80.
Cecrops: 238.
Cedillo, Víctor José: 407.
Cefalonia (Isla de -*Grecia*): 217, 218, 219, 234.
Cefiso (río - *Grecia*): 223.
Celis Paredes, Juan de Dios: 353, 472.
Cementerio de los hijos de Dios (*Caracas*): 433.
Centro Industrial (Imprenta-Valera): 391, 392, 395.
Centroamérica: 364.
Cerdeña: 177, 209.
Ceres: 191, 228, 239.
Cerigo (Isla - *Grecia*): 217.
El Cerrito (*Trujillo*): 488.
Cervantes y Saavedra, Miguel de: 483.
Cervo (*Italia*): 179.
César: 206.
Cesarismo Democrático de L. Vallenilla Lanz: 408.
Cessole, Eugenio de: 178.
Ceylán (Isla de): 169.
Cicerón (Marco Tulio): 197, 206.
"El cieguito de los viernes" (seud.) Véase: Aguilera, Delfín Aurelio.
El Ciervo de oro (posada. *Eglisau Suiza*): 153.
Cifuentes, Abel: 360, 394.
Cifuentes Labastida, Ricardo: 393.
Cikymba de Julio (*París*): 123.
Cikymba de Vebdine (*París*): 123.
Cimón: 226.
Circo Máximo (*Roma*): 199.
Circovich, D.: 218, 225, 241.
Circovich, G.: 241.
Ciudad Bolívar: 435.
Civita-Vecchia (*Italia*): 297.
Claudio: 198, 206.
Clavo, Juan Bautista: 397, 448.
Cleopatra: 218, 232.
Clovis: 150.
Club del Comercio (*Valera*): 359, 393.
Coblentza (*Prusia*): 141, 155.
El Cobre (*Táchira*): 446.
Codazzi, Agustín: 116, 118, 122, 123, 124, 126, 129, 465, 468.
Código Atlántico (manuscrito) de Leonardo da Vinci: 191.
Cogiano, (Cardenal): 212, 213.
El Cojo Ilustrado: 361.
Colegio Federal de Varones (Trujillo): 385.
Colegio Santa Rosa de Lima (Caracas): 39.
Colegio Santiago de León de Caracas: 383.
Colegio Santo Tomás de Aquino (Valera): 373, 374, 375, 391, 392.
Colegio Vargas (Valera): 375, 392.
Colegio de Abogados de Caracas: 19.
Colegio de La Grita: 375.

Colina Montilla, Alejandro: 392.
Colina Montilla, José Antonio: 392.
Colina Montilla, Rafael: 427.
Coliseo (*Roma*): 199, 200, 206.
Coll y Pratt, Narciso: 496.
Colmar (*Francia*): 151.
Colombia: 56, 86, 99, 105, 108, 116, 124, 128, 451, 462.
Colón, Cristóbal: 182, 191.
Colonia (*Prusia*): 139, 141, 142, 154.
Colonia Tovar: 116.
Coll, Pedro Emilio: 364, 365, 409.
Como (*Lago de- Italia*): 188.
Compañía Danubio de Navegación: 260, 264.
Compañía Guipuzcoana: 29.
Compañía de Jesús: 36.
Comuna de París: 309.
Comuneros de Castilla: 28.
Con las alas abiertas de Roberto Picón Lares: 477.
Concilio de Trento: 292.
Conde, Francisco: 57, 83, 85, 88, 92.
Conde, Pedro: 63.
Congreso de Panamá: 366.
Conrado (Emperador de Alemania): 143.
Consalvi, Julio: 355.
Conservatorio de Artes y Oficios (París): 170.
Constantino: 198, 199, 201, 225.
Constantinopla: 206, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 253, 254, 256, 261, 271, 315.
Constanza (*Alemania*): 310.
Contreras, Aurelio: 481.
Coplé: 80.
Corao, Angel: 431, 432.
Corbiere, (Edouard Joachim): 436.
Córcega: 320.
Corcer, George: 327, 362.
Corcira: Véase: Corfú (Isla de).
Corfú (Isla de): 216, 217, 218, 220, 232, 234.
Corinto (*Grecia*): 220, 221, 230, 234, 235.
Corinto, golfo de. Véase: *Lepanto,* golfo de.
Cornieles, Andrés: 392-93, 395-96.
Corniza de los Alpes: 178, 302.
Coro: 28, 58, 69, 70, 72, 84, 85, 91, 92, 93, 94, 95, 108, 109, 110, 158, 248, 309, 447.
Corpus Christi: 494, 495.
Correa, Luis: 405-409.
"Correggio, El". Véase: Allegri, Antonio.
Corrientes (Prov. de *Argentina*): 330.
Corso de Roma: 195.
La Cosiata: 106.
Cosmos (revista): 394.
Costa Arriba (Prov. de *Coro*): 85, 94.
Costa Rica: 11, 15, 42, 452, 461.
Constantini, Natale: 181.
Coto Paúl: Véase: Paúl, Francisco Antonio.
Cova, Jesús Antonio: 431-32, 432.
Cracovia: 316.
Craso: 198.
Cremona (*Italia*): 192.
El Crimen de Berruecos de Vicencio Pérez Soto: 124.
Cristina (Archiduquesa de Austria): 272.
Crónicas mazorrales del Br. Munguía. Seud. de Juan J. Churrión.: 407.
Crucifixión (cuadro) de Bock: 272.
Crumenthal (*Suiza*): 280.
Cruz Carrillo, José de la: 395.

Cruz Verde (*Trujillo*): 385, 388, 427.
Cruz de la Palma: 100.
Cuadra Pasos, Carlos: 479.
Cuba: 462.
Cubillán, ("El Tuerto"): 371.
Cuers (*Francia*): 176.
Cuervo, Rufino José: 203.
Cueva, Beatriz de la: 28.
Cultura Venezolana (revista): 361, 362.
Cumaná: 452, 496.
Cumarebo: 85, 94.
Cumas (ruinas de - *Italia*): 207.
Curazao: 72, 81, 106, 182, 321, 500.
Curia Hostilia (*Roma*): 197.

Chacón, Acacio: 402.
Chalbaud Cardona, Esteban: 472.
Chalon Sur Saone: 175.
Chartres (*Catedral de*): 275.
La Chartreuse: 149.
Chateu Lafitte (*viñas - Francia*): 117.
Chateu Margeaux (*viñas - Francia*): 117.
Chateu de Laufen (*Suiza*): 153.
Chateu de Werth (*Suiza*): 153.
Chateaubriand, Francois René: 166, 206, 219, 234, 264.
La Chaumiere: 148, 149.
Chaussee d'Antin: 172.
Chejendé: 446.
Chiclana (*España*): 159.
China: 133.
Chío (Isla de - *Grecia*): 244.
Chipía, Agustín: 350.
Chipre: 246.
Chiquinquirá (*Trujillo*): 387.
Chuecos, Blas Ignacio: 354.
Chuecos Miranda, Juan Pedro: 354.
Chuecos Picón, Raúl: **353-357.**
Churión Juan José: 407.
Churuguara (*Falcón*): 83.

D'Aremberg (Palacio del Duque de): 135, 136.
Daguerre, (Jacques): 167.
Dalla Costa, Juan Bautista: 128.
Dalmacia (costas de): 214, 216.
Damasco: 246.
Las Danaides: 207.
Dannecker, (escultor alemán): 143.
Danubio (río): 256, 257, 258, 259, 260, 261, 262, 263, 264, 265, 266, 267, 268, 273, 278, 279.
Los Dardanelos: 260.
Darío: 466.
Darmstad: 155.
Darwin, Carlos: 438.
Dávila, Vicente: 334.
Davy, (Humpry): 166.
Decasez (Duque de): 210, 303.
Dei delitti e delle penna de César Beccaria: 190.
Delfos (*Grecia*): 221, 235.
Delfín, ("El Cojo"): 386.
Delgado Chalbaud, Román: 369, 375.
Las Delicias (*Maracay*): 463.
Delpech, Luis: 133.
Demócrates: 239.
Demóstenes: 223, 224, 228, 229, 230, 233, 239.
Dessaix, (Gral. Héroe de Marengo): 150.
Deutz (*Prusia*): 141.
El día Histótico de José Eustasio Machado: 407.
Diana: 143, 219, 228.

Diano-Marina (*Italia*): 179.
Díaz, Ramón: 116, 297, 465.
Díaz Sanchez, Ramón: 442.
Diccionario de Galicismos de Rafael María Baralt: 465.
Diocleciano: 199.
Diógenes: 230.
Dionisio (Tirano de Siracusa): 220, 234.
Distrito Colón (*Edo. Zulia*): 442, 444.
Dódona (*Grecia Antigua*): 216.
Los Dogos (duques genoveses): 181.
Dolabela: 198.
Dolci, Carlos: 268.
Domenchino, (Doménico, Zampieri; Pintor): 200.
Domiciano: 199.
Domínguez, Rafael: 31, **397-400.**
Dominici, Santos: 454.
"Don Anselmo" (seud.). Véase: Aguilera, Delfín Aurelio.
Don Quijote (ballet cómico): 186.
Donizzetti, Gaetano: 180, 185, 270.
Doria, Andrea: 178.
Dorubach (*Viena*): 278.
Dos años y medio de inquietud de R. Blanco Fombona: 365.
Dover (*Alemania*): 308.
Draguigan (*Francia*): 176, 177.
Drenkova: 257.
Dresde: 313.
Druso: 198.
Duarte, Francisco José: 124, 454.
Duarte Level, Lino: 29.
Dubuc, Enrique María: 402.
Il Due Foscari (ópera) de G. Verdi: 279.
Dumas, Luis: 77.
Il Duomo (*Milán*): 186, 187, 188, 191, 192, 196, 249.
Durero, Alberto: 269.
Ecce Homo (cuadro) de Leonardo da Vinci: 269.
Ecuador: 42.
Echeandía, ? : 70, 73.
Echegaray, Natalio: 471.
Echezuría, José: 81, 82.
La Edad de Oro de José Marti: 370-71.
Egeo: 222, 237.
Egeo (mar): 227, 237.
Egeria (ninfa): 201.
Egina (Isla de- *Grecia*): 221, 222, 227, 235.
Egipto: 150, 199, 255, 276, 396.
Eglisau (*Suiza*): 153.
Egui, Agustín: 100, 101.
Ehrenbreststein (peñasco de): 141, 155.
Elba (isla de - *Italia*): 177.
Elbeuf (*Francia*): 271.
Eleusis (*Grecia*): 221, 235, 239, 244.
Eleyzalde, José Ignacio: 292.
Elisenbrunnen (*Bélgica*): 137.
Emparan, Vicente: 38.
Encontrados: 442.
Eneas: 207.
Engelke, Carlos: 57, 62.
Eolo (*Calle de - Atenas*): 223, 224, 228, 231.
Epaminondas: 218, 233, 242.
Epitecto: 459.
Epidauro (*Grecia*): 221, 235.
La epilepsia del Libertador de Diego Carbonell: 402.
Epiro: 215, 217, 244. Véase también: *Albania*
Erasmo (Desiderio): 151.
Erecteo: 238.
Erinnias: 71, 101.
Ermini Luigi, Perán: 432.
Ernani (ópera) de G. Verdi: 279.

Escallón, Antonio: 196, 205, 213, 281, 286, 287.
Escallón, Enrique: 213, 297.
Escalona Anselmo: 394.
Esclavonia: 257.
Escocia: 308.
Escuela Militar del Pireo (Grecia): 222.
Escuela Politécnica de París: 202.
Esculapio: 221, 228, 229.
Escuque: 350.
Esmirna: 245, 264, 271.
Esnujaque (*Trujillo*): 349.
España: 27, 28, 38, 40, 42, 88, 117, 133, 138, 157, 158, 160, 168, 173, 179, 181, 214, 221, 224, 244, 271, 274, 281, 283, 285, 320, 328, 350, 363, 364, 466, 468, 493.
España:, José María: 495.
Esparta: 72, 241.
Espartero, Baldomero: 133, 160.
Espinal, Valentín: 362, 394-95.
Espino, Guillermo: 298. 304, 309, 311, 314.
Espinosa, Gabriel: 361, 407, 432.
Esqueria (Isla de- *Grecia*): 217.
Esquilo: 239.
Esquina de Caja de Agua (*Cara-cas*): 62.
Esquina de Carmelitas (*Caracas*): 62.
Esquina de Coliseo (*Caracas*): 434.
Esquina de El Conde (*Caracas*): 408, 455.
Esquina de Colón (*Caracas*): 471.
Esquina de Dr. Díaz (*Caracas*): 120, 471.
Esquina de El Sol (*Trujillo*): 388.
Esquina de La Rochela (*Trujillo*): 388.
Esquina de Padre Sierra (*Caracas*) 457.
Esquina de La Palma (*Caracas*): 74.
Esquina de Principal (*Caracas*): 455.
Esquina de Salas (*Caracas*): 62.
Esquina de Salvador de León (Caracas): 434.
Esquina de San Jacinto (*Caracas*): 405.
Esquina de San Pablo (*Caracas*): 74, 76.
Esquina de Sociedad (*Caracas*): 406.
Esquina del Padre Miguel (*Trujillo*): 388.
Esquines: 230, 239.
Esquivar (Casa de- *Caracas*): 133.
Esquival, Francois: 119.
Estadio de Atenas: 227, 228, 239.
Estado de Los Andes: 49.
Estados Austríacos (*Italia*): 210, 212.
Estados Sardos (*Italia*): 183.
Estados Unidos: 72, 161, 163, 166, 307, 323, 356, 457, 471, 484.
Estefanía (Duquesa de Mannhein): 144.
Estella, Diego de la: 476.
Esteves, Felipe: 64.
Estoquera, Pedro José: 88, 92.
La Estrella (*L'Etoile- París*): 123.
La Estrella del Guárico (periódicos. XIX): 333.
Ethes (*Valle de Suiza*):280.
Etligen (*Carlsruhe-Alemania*): 145, 146.
Etolia (*Grecia*): 219.
Etruria: 199.
Eufranor: 239.
Eugenio de Saboya: 257, 273, 276.
Euler, Leonardo (matemático suizo: 151.
Eupen (*Prusia*): 137.
Eurípides: 239.

Europa: 12, 24, 50, 51, 57, 111, 115, 121, 123, 138, 144, 145, 148, 153, 154, 162, 168, 178, 193, 200, 203, 205, 209, 212, 216, 220, 222, 234, 256, 259, 261, 262, 270, 277, 278, 279, 280, 285, 312, 316, 317, 318, 319, 330, 418, 468.

La Falange (periódico- París, s. XIX): 126.
Falcón, Juan Crisóstomo: 55, 56, 57, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 72, 73, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 333, 421.
Falke (barco de vapor): 369.
Fano (Isla de- *Grecia*): 216.
Il Fantasma (ópera) de Persini: 269.
Fantoches (semanario- Caracas): 20.
Faría Virla, José: 442.
Farías, María Alejandrina: 105.
Faure, Jules: 175.
Faustino: 198, 223.
Febres Cordero, Julio: 52, 394.
Febres Cordero, Tulio: 31, 482.
Federico El Grande: 273, 313.
Federico III (de Austria): 276.
Felice Cardot, Carlos: 400.
Felipe II (de España): 274, 379.
Felipe IV: 407.
Ferme d' Aubitin: 303.
Fernández de León, Antonio: 495.
Fernández García, Alejandro: 400.
Fernández Ortiz, Alejandro: 472.
Fernando I (de Austria): 184, 209.
Fernando VII: 28, 496.
Ferrara (*Italia*): 212.
Ferrero, Carlos: 57.
Ferreti, Adolfo: 270, 279.
"Fiat Lux" (artículo juvenil de M.B.I.): 391.
"Fides" (seud.). Véase: Romero, Pedro Ignacio.
Fidias: 220, 222, 223, 226, 233, 237, 238, 239, 250.
Figueira, Gastón: 425.
Filangeri, Gactano: 166.
Filosofía Universitaria Venezolana de Caracciolo Parra León: 26, 399.
Finale (*Italia*): 179.
Flaminio: 199.
Flammarion, Camilo: 371, 392.
Florencia (*Italia*): 191, 193, 200, 204, 255, 269, 297, 299.
Flores de Ocaris, ?: 38.
Foción: 230.
Fombona, Evaristo: 363.
Fombona Pachano, Jacinto: 397, 448, 462, 463.
Fonseca, Benjamín: 100.
Fonseca, Amílcar: 426.
Fonseca, José Félix: 351, 355, 381, 425, 429, 447.
Fontanebleau: 310.
Foro de Roma: 198, 199, 238.
Fortique, Alejo: 127, 134, 299, 305, 310, 312, 314, 403.
Fotografía Baralt (*Caracas*): 434.
Francfurt: 143, 144, 154, 156, 278.
Francia: 57, 58, 63, 76, 111, 117, 121, 130, 131, 138, 139, 149, 150, 151, 152, 158, 162, 163, 164, 166, 168, 169, 170, 177, 210, 213, 214, 217, 227, 241, 242, 243, 247, 251, 269, 271, 280, 296, 302, 303, 315, 316, 350, 434, 457, 466.
"Francia El" (Pintor): 269.
Francia, Felipe: 334.
Francisco I (Príncipe de Milán-1525): 184, 188.
Francisco I (Emperador de Austria): 274.
Franklin, Benjamín: 166.

Frastrada (esposa de Carlomagno): 142, 156.
Fraunlob, ? (Trovador de Maguncia): 142.
Freydean, M.: 319, 328.
Frezzolini Boggi, Erminia: 185.
Fuente de Carlihoe (o Calirroe) (Atenas): 227, 228.
Fusaro (Lago de- Italia): 207.

Gabaldón, Arnoldo: 456.
Gabaldón Márquez, Joaquín: 337.
Gálata (Constantinopla): 251.
Galatz: 263, 264.
Galería Universitaria de Rafael Domínguez: 399.
Galiano: 199.
La Galipanada: 64.
Galla Placidia: 189.
Gallegos, Rómulo: 361, 363, 454.
Gallinaria (Isla de- *Italia*): 179.
Ganot, ?: 359.
García, Alejandro: 386.
García, Amoroso: 83.
García, Buenaventura: 388.
García, Canuto: 88.
García, José Manuel: 63, 73, 92.
García, Rafael: 388.
García Chuecos, Héctor: 31.
García González, Rafael: 427.
García Lezama, Jesús: 432.
García de Quevedo, José Heriberto: 224, 225, 309.
García Villalta, ?: 231.
García Yanes, Enrique: 450
García de Paredes, Diego: 489.
Garibaldi, Giuseppe: 393.
Garona (río): 116, 117.
Garrido (Comandante...): 76, 77.
Gascogne (golfo de): 116.
Gaspar (Rey Mago): 140.
Gaspary, ¿?: 132, 133.
Gavio, ?: 306.
Gea: 264.
Geffrard, (Presidente de Haití): 81.
Génesis (revista literaria- Valera): 391, 392.
El genio del cristianismo de Chateaubriand: 347.
Génova: 178, 179, 181, 182, 203, 205, 214, 297, 298, 299, 302.
Gente de ayer y de hoy: 12, 335.
Geografía de Venezuela de Agus-tín Codazzi: 116.
Gerusaleme Liberata de T. Tasso: 183, 184.
Giacopini, Domingo: 360.
Gibraltar: 158, 160.
Gil, Espíritu Santo ("El Pelón"): 382.
Gil Borges, Esteban: 25, 41, 381, 448, 480.
Gil Fortoul, José: 29, 333, 382, 383, 448.
Ginebra (Suiza): 308.
Gioja, Flavio: 191.
Gismonda da Mendrisio (ballet histórico- s. XIX): 185.
Giunti, Riva: 178.
Givas, ?: 244.
Gjelerup, Karl Adolph: 460.
Gladova: 256.
Godoy, Pedro José: 355.
Gómez, Juan Vicente: 35, 364, 375, 389, 400, 429, 453, 454, 460, 461, 463, 473.
Gómez, Juan de la Cruz: 105, 204.
Gonio (o *Gioer*) (*Hungría*): 260.
González, Eloy Guillermo: 409, 477.
González, Florentino: 124.

González, José Emigdio: **419-423.**
González, José del Rosario: 64, 92, 93, 94.
González, Juan Vicente: 56, 71, 76, 102, 105, 131, 333, 467, 482, 494.
González, Miguel A: 88.
González, Nicolás: 417.
González, Rubén: 35.
González, Tista: 382.
González Brabo, Luis: 173.
González Guinán, Francisco: 333.
González Maldonado, Félix Andrés: 369, 370.
González Pacheco, Rafael: 422.
González Rincones, Rafael: 435.
González Troconis, Eleazar: 360.
González de Acuña, Antonio: 403.
González de Silva, Garci: 403.
González y Plaza, Pedro: 292.
Gonzalo-Salas, Juan Antonio: 355.
Gonzalo-Salas, Tulio: 480.
El Graben (*Viena*): 274.
Gran (*Hungría*): 260.
Granada (*España*): 284.
Granada, Luis de: 39, 413.
Granere, ? : 116.
El Grao (*Puerto-Valencia-España*): 158.
Grecia: 204, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 226, 227, 229, 232, 233, 234, 235, 236, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 250, 253, 254, 263,.
Grecostasis (*Roma*): 197.
Gregorio XVI (Papa): 194.
Gretry, Andre - Ernest - Modeste: 136, 137.
Grisanti, Carlos: 397.
Gros, (Barón de): 284.
Gryneaus: 151.
La Guaira: 63, 64, 76, 77, 86, 115, 117, 119, 120, 122, 130, 132, 133, 172, 174, 202, 214, 280, 298, 303, 304, 307, 311, 318, 321, 411, 413, 418, 497, 498, 499, 503.
Guaire (río) : 304.
Gual, Pedro: 64, 66, 74, 75, 80, 81, 82, 499.
Guanare: 421, 457.
Le guardie marine (ballet cómico, s. XIX): 181.
Guardiola, Emilio: 505.
Guárico: 99, 100, 451.
Guasco, Carlo: 181, 185.
Guasdualito: 81.
Guatemala: 19, 28, 30, 42, 366.
Guayabal: 452.
Guayana: 115, 118, 128, 129, 130, 360, 375, 393, 468.
"Guerchino, El". Véase: Barbiero, Juan Francisco.
Güerere, Alberto de Jesús: 340, **441-446.**
Güerere, Melitona: 442, 443.
Guerin, Paulino: 127.
La Guerra Federal de José Santiago Rodríguez: 333.
Guerrero, Luis Beltrán: 452.
Guevara, ? (arquitecto español, s. XIX): 193.
Guevara, Jesús María: 88, 95, 96.
Guevara, Maximiliano: 431.
Guevara Rojas, Felipe: 402.
Guevara y Lira, Silvestre: 34, 403, 481.
Guía de pecadores : 40.
Guillermo o las pasiones de Guillermo Michelena: 325, 327.
El Guirigay (periódico español, 1844): 173.
Guiteras, Juan : 304.
Guizot, Francois: 243, 320.

Gustavo Adolfo (Rey de Suecia): 274.
Gutiérrez, ?: 311, 314.
Gutiérrez Arellano, Julio: 353.
Gutiérrez Coll, Jacinto: 405.
Guttenberg, Juan G.: 142, 150, 156.
Guzmán, Antonio Leocadio: 63, 65, 68, 131, 307, 333.
Guzmán Blanco de R. A. Rondón Márquez: 333.
Guzmán Blanco, Antonio: 50, 64, 83, 87, 88, 89, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 333, 347, 403, 419, 421.

Haack, Juan: 360, 394.
La Habana: 325.
Habsburgo, Ana de: 151.
Habsburgo, Rodolfo de: 151.
Haití: 81.
Hamburgo: 120, 130, 148, 302, 308, 312.
Hamlet: 503.
El Havre: 132, 133, 202, 283.
La Haya: 135.
Heidelberg: 144, 145, 148, 156.
Heimburgo: 261.
Heine, David: 256, 263.
Helicón (*Grecia*): 221, 235.
Heliogábalo: 199.
Hellmund, G. W.: 321.
El Heraldo (diario de Juan Vicente González): 71, 72, 76, 333.
Herculano: 304.
Hércules: 189, 207, 220, 226, 234.
Heredia, José Francisco: 502.
Heriedberg (*Francfurt*): 143.
Hermes: 223, 231.
Hermópolis (*Grecia*): 245.
Hermoso, José: 64, 108.
Hernández, Domingo: 86, 88.
Hernández, Hilarión: 395.
Hernández, José Gregorio: 32, 456.
Hernández, Juan Félix: 386, 387.
Hernández, Rafael: 343, 345.
Hernández, Rosaura de: 386.
Hernández Monagas, Juan Antonio: 292.
Hernández Sánchez, Ramona: 101.
Herodes: 401.
Herrera, Joaquín: 63, 100.
Herrera Irigoyen, Jesús María: 362.
Herrstrasse (*Viena*): 275.
Hesse-Darmstadt (Ducado de): 142, 155.
Hetznecker, Mnlle: 280.
Higuerote: 446.
Himeto (*Grecia*): 221, 227, 235.
Hiroshima: 484.
Hirsova: 264.
Historia Constitucional de Venezuela de J. Gil Fourtoul: 333.
Historia Contemporánea de Venezuela de F. González Guinán: 333.
Historia Contemporánea de Venezuela de Luis Level de Goda: 333.
Historia de la Economía Política de Europa de Adolfo Blanqui: 162.
Historia de la Revolución Federal en Venezuela de Lisandro Alvarado: 333.
Historia de Venezuela de Rafael María Baralt y R. Díaz: 116.
Historial Genealógico del General Rafael Urdaneta de Vicente Dávila: 334.
Hobbes, Thomas: 24.
Hochstedten, Conrado de: 140.
Hojas Errantes de José Félix Fonseca: 429.

Holanda: 127, 167, 168, 169, 258, 321.
Holbein, Hans (pintor): 151, 269.
Honras Fúnebres del General Rafael Guillermo Urdaneta: 333.
Homero: 217, 218, 229, 245, 253.
Hoplittis (hoja literaria- *Valera*): 396.
Horacio: 201, 347, 418.
Horacio Cocles: 198.
Horas (ensayos): 461.
Hospital Vargas: 116.
Hospital de Caridad (*Maracaibo*): 80.
Hostos, Eugenio María de: 475.
La Houb (baños de- *Baden*): 149.
Hoyo Caliente (*Trujillo*): 488.
Humboldt, Alejandro de: 394.
Humo (poemario) de Raúl Chuecos Picón: 353.
Hungría: 259, 260, 261.
Hurtado, Juan Crisóstomo: 64, 73.
Hurtado Prato, Carmen: 426.

Ibagué: 285.
Ibalú: 263.
Ibáñez, Bernardina: 124, 125, 258.
Ibarra, ("El Brujo"): 397.
Ibrailú: 264.
Ictino: 222, 237.
Ifigenia: 87.
Iglesia de la Annunziata (*Génova*): 182.
Iglesia de los Agustinos (*Viena*): 272.
Iliria (*Italia*): 213.
Ilisso (puerta de- *Atenas*): 227.
Ill (río- *Estrasburgo*): 150.
Illiso (río- *Grecia*)): 227, 228.
Imitación de Cristo de T. Kempis: 400.
Imperio Otomano: 245.
El Independiente (periódico-) de Pedro José Rojas: 90, 96, 101, 333.
India: 168, 169, 271.
"La India" (botillería- *Caracas*): 406.
Las Indias: 31, 278, 347.
Inglaterra: 58, 120, 130, 133, 139, 158, 161, 163, 164, 165, 166, 168, 169, 204, 206, 212, 214, 216, 217, 227, 238, 241, 242, 247, 251, 285, 302, 308, 312, 316, 320, 448, 457.
Institutas de Justiniano: 347, 381.
Instituto de Francia: 170.
La Instrucción en Caracas: 1567-1725. Caracciolo Parra León: 26.
Iradi, Manuel Vicente: 105.
Iragorry, Andrés: 349, 350.
Irisarri, Antonio José: 69.
Irlanda: 308, 320.
Isabel II de España: 309, 328.
Isar (río- *Alemania*): 280.
Isatchi: 262.
Isea, Emma Josefa: 426.
Isea Chuecos, Guillermo: 471.
Ismaíl: 262, 265.
Isócrates: 228, 230, 239.
Istria: 214, 216.
Itaca (*Grecia*): 217, 218, 219, 233, 234.
Italia: 167, 168, 173, 174, 177, 178, 185, 187, 191, 204, 206, 207, 208, 209, 210, 212, 213, 216, 217, 227, 236, 255, 268, 270, 309, 312, 319, 328, 434.
Itálica: 436.
Itriago Chacín, Pedro: 397.
Iturbe, Juan: 340, **453-458.**
Iver de Maury, Dorotea: 119.
Ixión: 207.
Izarra, Pedro María: 351.

Jackson, Juan: 398.
Jaffa: 246.
Jager Zeile (*Viena*): 267.
Jamaica: 173.
Jano: 198.
Jáuregui Moreno, José Manuel: 375.
Jenócrates: 230.
Jerez (*España*): 159.
Jericó: 433.
Jerjes: 206, 218, 221, 232, 233, 235.
Jerusalén: 196, 245, 246, 247, 401.
Jestetten (*Suiza*): 153.
Jesucristo: 23, 43, 155, 190, 326, 401, 485, 488, 489, 490, 500, 501, 504.
Jesucristo echando a los mercaderes del templo (cuadro) de Guido Reni: 180.
Jiménez, José María: 64.
Jiménez, José S.: 63.
Jiménez, Manuel Francisco: 452.
Jiménez de Cisneros, Francisco: 395, 501.
Job: 486.
Joinville, (Príncipe): 176.
Jonia: 199, 214, 216, 219.
José I (de *Bélgica*): 135.
José II (de *Austria*): 268, 272, 274.
Journal de debats (periódico- *París*, 1842): 126, 128.
Juan Cristóbal (revista literaria- *Tru-jillo*): 355, 356.
Juan Sobieski (Rey de *Polonia*): 274.
Juegos Istmicos (*Grecia*): 220, 234.
Juegos Olímpicos (*Grecia*): 220.
Jugurtha: 198.
Juicio Final (cuadro) de Miguel Angel: 200.
Julio César: 142, 155, 221.
Juno (escultura) de Lisipo: 250.
Júpiter: 198.
Jurtukai: 264.
Justiniano (Emperador): 250.

Kabilia: 253.
Kalamaky (*Grecia*): 221, 229, 235.
Karâ-Mustafá (Gran Visir): 274.
Kehl (*Alemania*): 149.
Key Ayala, Santiago: 398, 409, 442, 454.
Kiliash (Boca de- *Danubio*): 262.
Kosciusko, Tadeo (Gral): 274.
Kohlmark (*Viena*): 275.
Komarno (*Hungría*): 260.
Korán: 249, 250, 251.
Kotzebue [Augusto Von]: 253.

Labastida, Ricardo: 64, 350, 416.
Lacedemonia: 51.
Lago mayor (*Italia*): 189.
Laiguelia (*Italia*): 179.
Lairet, Félix: 471.
Lamartine, Alfonso de: 206, 233, 261.
Lambruschini (Cardenal): Véase: San Víctor, (Cardenal Lambruschini).
Landaeta Leopoldo: 36, 361, 438.
Laocoon: 136, 143, 200.
Lapidación de San Esteban (cuadro) de Bock: 276.
Lapta (golfo de- *Grecia*): 232.
Lara (Edo.): 382, 400.
Latinoamérica: Véase: América Latina.
Lauffenberg (*Suiza ?*): 152.
Laval (Golfo de): 218.
Lavoisier, [Antonio Lorenzo]: 166.
El Lazareto (*Francia*): 116, 117.
Lazareto del Pireo (*Grecia*): 222.

Lección y sentido de Antonio Nicólas Briceño: 12.
Lecturas Venezolanas: 382.
Lecuna, Vicente: 19.
Leiceaga, José: 99.
Leidensdorf, S.: 120, 126, 129.
Leipzig (*Alemania*): 313.
León, Federico: 407, 408.
León, Luis de: 39, 462, 476.
León III (Papa): 137.
León X (Papa): 196.
León (Isla de- *España*): 158.
Leonardi, Panchita: 426.
Leonidas: 233, 242.
Leopoldo de Sajonia Coburgo (Rey de *Bélgica*): 242.
Leopoldo I (de *Austria*): 275.
Leopoldstadt (*Viena*): 267, 268.
Lepanto (*Grecia*): 219, 220, 221, 234, 235.
Léucade: Véase: *Santa Maura* (Isla de- *Grecia*).
Leucadia (Salto de- *Grecia*): 218, 232.
Level de Goda, Luis: 50, 56, 58, 60, 61, 62, 64, 80, 333.
Levraud, ?: 57, 58, 77.
Líbano: 253.
El Liberal (periódico- 1845- *Caracas*): 288.
Libusin (Reina de Bohemia): 274.
Lícabeto (monte- *Grecia*): 228.
Liceo Libertador (*Mérida*): 402.
Liceo San Andrés (*Maracaibo*): 370.
Liceo de Atenas: 223, 228, 239.
Liceo de Lectura (*Trujillo*): 347-351.
Licheenstein, Wenceslao de: 274.
Leige (*Bélgica*): 136, 139.
Lima (*Perú*): 42.
Limmat (río- *Suiza*): 154.
Linares, José Ignacio: 439.
Lincoln Memorial (*EE.UU*): 448.
Lioma (*Italia*): 297.
Lira, Carmen: 461.
Lisboa: 159, 180, 206.
Lisipo: 250.
Liverpool: 130.
Livia (Baños de- *Roma*): 199.
Loano (*Italia*): 192.
Lócrida (*Grecia*): 219
Lodi (*Italia*): 192.
I Lombardi alla prima crociata (ópera) de G. Verdi: 185.
Lombardía: 187, 209, 271.
Lombardo Vénetos (Edos. *Italia*): 183, 188, 192.
Londoño Londoño, ? (Canciller de *Colombia*, 1950): 451.
Londres: 58, 107, 125, 126, 127, 131, 132, 159, 178, 205, 212, 225, 238, 242, 255, 256, 268, 283, 296, 307, 312, 317, 328, 483, 484, 485.
López, Joaquín María: 160.
López Contreras, Eleazar: 460, 473.
López Mendez, Luis: 467.
Loreto, Luis: 454.
Lossada, Juan Antonio: 471.
Lostetten (*Suiza*): 153.
Louvain (*Bélgica*): 136.
Louviers (*Francia*): 271.
Lovera, Antonio: 88.
Luca (*Italia*): 299.
Lucena, Antonio: 432.
Lucerna (*Suiza*): 217, 297.
Lucques (Ducado de- *Italia*): 209.
Lugo (*Italia*): 189.
Lugo, Aparicio: 385.
Luini, Bernardino: 189, 190.
Luino (*Italia*): 189.
Luis, Gran Duque de Carlsruhe: 145.
Luis I (de Baviera): 227, 231, 242.
Luis II (de *Hungría*): 274.

Luis Felipe: 194.
Luis XIV: 121, 143, 150, 175.
Luis XV: 169.
Luis XVI: 155, 169.
Luis XVIII: 138.
Luisi, Luisa: 426.
Lutero, Martín: 151, 196.
Lutraki (*Grecia*): 220, 234.
Lutzen, (Batalla de): 274.
Luxemburgo: 127.
Lyon (*Francia*): 161, 163, 167, 175, 270, 274, 275.
Lyra (isla de- *Grecia*): 245.

Llamozas, Salvador: 433.
Lano Colorado: 100.
Llavaneras, Claudio: 425, 429, 447.
Lloyd (empresa naviera): 220, 263.

Macaulay, [Thomas Balington,]: 501.
Macbeth: 71.
Macedonia: 266.
Macon (*Francia*): 175.
Macoya (Punta de): 78.
Machado, José Eustaquio: 406, 407.
Machado, José Gabriel: 435.
Madariaga, Salvador de: 500.
Madonna della Colonna (cuadro) de Rafael: 180.
Madrid: 12, 124, 127, 132, 133, 159, 173, 309, 328, 342, 363, 365, 366, 404, 465, 468, 482, 488, 489, 504, 505.
Maeterlinck, [Mauricio]: 498.
Magara (*Grecia*): 221.
La Magdalena (cuadro) del Carraccio: 180.
Magdalena (cuadro) de Leonardo: 269.
Magdalena (cuadro) del Ticiano: 182, 269.
Magdalena (iglesia de la- *París*): 123, 283.
Magencio: 201.
Maguncia: 142, 143, 144, 155, 156.
Mahmound (sultán): 249.
Mahomet: 248, 249, 252.
Mahomet Alí Pachá: 255, 267.
Mahomet II: 221, 235.
Maiquetía: 62.
Málaga (*España*): 158.
Maldonado, Jerónimo: 480.
Malinas (*Bélgica*): 136.
Malta (Isla de): 116, 204, 208.
Mancebo, Isabel: 185.
Manizales (*Colombia*): 451.
Mannhein: 144.
Manucci, Clemente: 394.
Manrique, Juan M.: 283.
Manrique, Pablo: 422, 423.
Manrique de De La Plaza, Mercedes: 292.
Mantegna, Andrés: 193.
Mantua (*Italia*): 192.
Manzano, Lucas: 408.
Manzoni, Alejandro: 253.
Maquiavelo, Nicolás: 191.
Mar Negro: 256, 262.
Maracaibo: 65, 77, 78, 79, 80, 110, 288, 291, 331, 332, 350, 369, 370, 371, 383, 393, 394, 418, 441, 450, 467.
Maracaibo (Lago de): 493.
Maracay: 425, 435, 453, 463, 497.
Marañón, Gregorio: 379.
Maratón (*Grecia*): 241.
Marco Agripa: 218.
Marco Antonio: 218, 232.
Marco Aurelio: 199.
Marco Polo: 191.

Marengo, (Batalla de): 150, 183.
Margarita, (Isla de): 439, 496.
Margarita: 386.
María Cristina de Borbón (Reina de *España*): 173.
María di Rohan (ópera) de G. Donizzetti: 180.
María Isabel de Parma: 274.
María Luisa (Duquesa de *Parma*): 209.
María Teresa (Duquesa de *Bélgica*): 135.
María Teresa (Emperatriz de *Austria*): 268, 272, 274.
Marini, Ernesto: 270, 279.
Mariño, Santiago: 21.
Mario: 206.
Mármara, (mar de): 249, 254, 262.
Mármol, Luis Enrique: 431.
Mármol Cuervo, César: 397.
Marpwuxaes, Owawlvn: 253, 254.
Márquez, Angélica: 426.
Márquez, Armando: 386.
Márquez, Blanca: 426.
Márquez, Juan José: 471.
Márquez, Pionono: 381.
Márquez Pustillos, Victorino: 361.
Márquez Cañizales, José Felipe: 374.
Marsella: 156, 157, 175, 176, 236, 247.
Martel, Carlos: 140.
Martesana del Adda (*Milán*): 192.
Martí, José: 370, 371.
Martí, Mariano: 32, 38.
Martínez, Alfredo E: 425.
Martínez, Domingo: **431-436**, 472.
Martínez, Francisco de Paula: 351.
Martínez Aldana, Víctor Rosa: 394.
Martínez Aldana, Wenceslao: 394.
Martínez de la Rosa, Francisco: 306.
Martini, Rutilio: 374.
Los Mártires de F. Chateaubriand: 347.
Martirio de Santa Catalina (cuadro) de Carlos Urbino: 189.
Marturet y Goñi, Lorenzo: 413.
Massa-Carrara (*Italia*): 299.
Mata, Andrés: 408.
El Matacho (*Trujillo*): 386.
Matas, Rudolph: 455.
Mateo Alemán y el pícaro Guzmán de Alfarache de Roberto Picón Lares: 477.
Matrimonio de la Virgen (cuadro) de Rafael: 190.
Maurocordatos: 243, 244.
Mauromicalis: 240, 241.
Maury, Emilio: 119, 295.
Maury Iver, Emilio: 50.
Mausoleo de Cayo Cestio (*Roma*): 198.
Mausoleo de Cecilia Metella (*Roma*): 198.
Mausoleo de los Escipiones (*Roma*): 198.
Maximiliano II (Emperador de *Austria*): 274.
Mayence Véase: *Maguncia*.
La Meca: 245, 247.
Medici, J.J.: 187.
Medicis (Galería de los- *Florencia*): 255.
Médicis, María de: 140, 141.
Medina, Cristóbal: 100.
Medina Angarita, Isaías: **471, 474.**
Medina Angarita, Julio: 471, 472.
Mediterráneo (mar): 182, 209.
Medoc (viñas del): 116, 117.
Megara (*Grecia*): 234, 235.
Mein (río): 142, 143, 154, 155, 156.
Mejía, Alfonso: 392.

Mejía, José Amando: 360, 394.
Mejía, Miguel Antonio: 360, 362, 373-377, 392, 394, 396, 401.
Mejía de Amaya, Ambrosio: 344.
Melchor (Rey Mago): 140.
Melo y Vargas, Bolivia: 119.
Melo, José María: 119, 285.
Melum (o *Melun*): 175.
Menda, Pepe: 371.
Méndez, Ramón Ignacio: 30, 34, 401, 481.
Mendoza, Cristóbal: 467.
Mendoza, Juan José: 70, 454.
Mendoza, Luis: 387.
Mendoza Fría (*Trujillo*): 494, 501.
Menéndez y Pelayo, Marcelino: 22, 40.
Meneses, Olegario: 123.
Mengs, Rafael: 268.
Mercadante, José Javier Rafael: 178.
Mercurio: 191, 207.
Mercurio (monte- *Baden*, *Alemania*): 148.
Mérida (*Venezuela*): 17, 49, 65, 349, 350, 353, 355, 356, 357, 375, 383, 401, 404, 420, 421, 422, 437, 438, 439, 450, 457, 460, 475, 477, 481, 483, 495, 496.
Mesalina: 201.
Meserón, Idelfonso: 178.
Mesonero [Romanos, Ramón de]: 171.
Meta (río): 435.
Metastasio: 275.
Metaxas: 243, 244.
Meuse (río): 136.
México: 126, 128, 180, 286, 366.
Mezquita de Achmet (*Constaninopla*): 248, 249, 252.
Michelena, Guillermo: 116, 119, 175, 295, 296, 297, 298, 303, 306, 309, 311, 313, 314, 322, 323, 324, 327, 331.
Michelena Santos: 59, 467, 468.
Michelena y Rojas, Francisco: 74.
Michelet, Jules: 165, 169.
Miguel Angel: Véase: Buonarrotti, Miguel Angel.
Miguel de Saboya (Príncipe): 276.
Mijares, Augusto: 29.
Milán: 184, 186, 187, 189, 190, 191, 192.
Milciades: 226, 233, 242.
Mina, [Francisco Javier]: 159.
Minchín, Carlos Diego: 94, 95.
Minerva: 191, 223, 232, 242.
Minerva, Templo de. Véase: Partenón de Atenas.
Minos: 207.
Mirabal, Juan: 64.
Miranda, Francisco de: 29, 159, 495, 497, 498, 499.
Misiones del Caroní: 123.
Moca (*Italia*): 214.
Modania (*Asia Menor*): 254.
Módena (*Italia*): 209.
Mohacs: 258, 274.
Moldavia: 265.
Moliere, [Jean Baptiste Poquelini]: 253.
Molle (puente): 201.
Moltini, Adelaida: 180, 279.
La Mona (isla de): 116.
Mónaco, Principado de: 178, 209.
Monagas, Gerardo: 64.
Monagas, José Gregorio: 68.
Monagas, José Tadeo: 56, 57, 58, 60, 61, 63, 64, 67, 70, 75, 292, 415, 417.
Monagas, Julio: 64.
Monagas, Pedro: 64.
Monasterios y Agüero, Jesús María: 159.
Mons (*Bélgica*): 134.
Mons de Saint Jean (*Bélgica*): 135.

Montalbán (*Italia*): 178.
Monte Blanco (*Milán*): 187.
Monte Rosa (*Milán*): 187.
Montecuccoli, [Raimundo]: 274.
Montelimart (*Francia*): 175.
Monteverde, Domingo: 82, 498, 499, 503.
Montevideo: 253.
Montiel Zuleta, Rodolfo: 359.
Montilla Ignacia: 125, 129.
Montilla, Josefa: 297.
Montilla, Juan Ignacio: 360, 362, 394.
Montilla, Juan Pablo: 129.
Montilla, Tomás: 498.
Montone (*Italia*): 178.
Monpensier [Antonio María Felipe de Orleans, Duque de...]: 316.
Monumento de Lisícrates (o *Linterna de Demóstenes*): 224.
Las Moradas de Santa Teresa de Jesús: 40.
Morales, Juan de Dios: 73.
Morales Marcano, Jesús María: 64, 77, 482.
Morazán, Francisco: 30.
Morea (*Grecia*): 219.
Moreno, Saúl: 425, 427, 428, 447.
Morillo, Pablo: 55.
El Morro: 446.
Moselle (*Mosella*, río): 141, 155.
Mosquera, Joaquín: 284.
Mosquera, Manuel María: 125, 129, 133, 134.
Mosquera, Tomás: 125.
Motatán: 393, 394.
Motivos de Proteo de José Enrique Rodó: 425.
Mucas (Valle de los- *Trujillo*): 382, 449.
Mucio, Scévola: 180.
Mofti: 249.
La mujer adúltera (cuadro) de Procaccino: 182.
Mulhausen: 151.
Mummio: 220, 234.
Munar, José Rafael: 334.
Munguía, Bachiller. Seud. Véase: Churión, Juan José
Munich: 145, 205, 262, 267, 279, 280, 308, 310.
Munihici (*Muniquia* o *Muniquión-Atenas*): 227.
Muñoz, Agustín Fernando (Marqués de Rianzares): 173.
Muñoz y Ayala, Tomás: 74.
Museo (colina del-*Atenas*): 221, 235.
Museo del Louvre (*París*): 123, 127.
Museo del Vaticano: 200.
Myriam (revista literaria): 461.
Nabor: 140.
El Nacional (imprenta de... 1864): 333.
El Nacional (periódico de Juan Vte. González, 1864): 105.
Naciones Unidas: 475, 483, 484.
Naisdorf (*Austria*): 279.
Nankin: 133.
Nápoles: 173, 203, 204, 205, 206, 208, 209, 210, 211, 212, 277, 301, 302, 328.
Nassau (*Ducado de*): 156.
Nauplia (*Grecia*): 242.
Nausicaa: 217.
Navarino: 242.
Navarro, Nicólas Eugenio: 454.
Navas, Conde de las: 221, 224, 229, 231, 244.
Navas Espínola, Domingo: 362.
Naviglio Grande (Canal de- *Milán*): 192.
Neckar (río): 144, 145.
Nemea (llanuras de- *Grecia*): 221, 235.

Neollín, (Batalla de- *Grecia*): 221, 235.
Nerón: 199, 206, 207.
Neuhausen (*Suiza*): 152, 153.
Neusatz (o *Novisad*): 257, 260.
Newton, Isaac: 168.
Nicópolis: 265.
Nietzche, Federico: 427.
Nilo (río): 197.
Nimaleón: 404.
Niño, Félix: 351.
Niobe (grupo de escultura): 200.
Niza: 176, 177, 178, 179, 180, 297, 328.
Nocturnos (poemas) de José Asunción Silva: 427, 433.
Noli (*Italia*): 179.
Los nombres de Cristo de Fr. Luis de León: 40.
Nones, Rafael: 371.
Norma (ópera) de V. Bellini: 280.
I normandi a parigi (ópera) de Mercadante: 178.
Norteamérica Véase: *América del Norte*.
Notre Dame (*París*): 123, 275, 276.
Noveli, José Usebio: 429.
Novi (*Italia*): 183.
Nucete, José Vicente: 438.
Nucete Sardi, José: 431.
Nuestra Señora de la Concepción (Goya) (*Madrid*): 505.
Nuestra Señora de la Paz (*Trujillo*): 343.
Nuestra señora de Santa Ana (*Trujillo*): 343, 344.
Nuestra Señora del Capitolio (Iglesia de): 140.
Nuevas Gales del Sur: 168.
Nueva Granada: 80, 106, 125, 202, 203, 288, 468, 497.
Nueva Orleans: 323, 435, 448, 455, 462.
Nueva Segovia. Véase: *Barquisimeto*.
Nueva York: 63, 349, 355, 356, 453, 456.
Nueva Zamora: 65.
El Nuevo Diario (*Caracas*): 408.
Numa: 201.
Numa Pompilio: 198.
Núñez, Enrique Bernardo: 442.
Núñez, Luis Teófilo: 408, 452.
Núñez, Rafael: 379.

O Palanka: 266.
O'Taiti: 253.
Obras Escogidas de Roberto Picón Lares: 479.
Observatorio Cajigal (*Caracas*): 124.
Ocaña (Convención de): 106.
Octavio: 218, 232.
Ocumare del Tuy: 495, 501.
Ochoa, José Gabriel: 56, 59, 61.
"Oda a las orejas" de Raúl Chuecos Picón: 353.
Odas de Horacio: 347.
Odeón (*Sala de Baile- Viena*): 276, 277.
Odisea de Homero: 218.
Ofen (*Hungría*) Véase: *Buda* (*Hungría*).
Oldemburg, Amelia de (Princesa): 231, 244.
Olimpia (*Grecia*): 234.
Olimpo (monte- *Grecia*): 233, 244.
Oliva, Pompeyo A.: 360, 362, 391-396.
Olona (río- *Milán*): 192.
Omaña, Elena: 426, 449.
Omaña, María: 426.
Omaña, Timoleón: 429.

Oneglia: 178.
Opistodomo (ruinas del- Atenas): 238.
Orange (Francia): 175.
Orange (Príncipe de): 135.
Orfeo: 207.
Oriach, Francisco J.: 64.
Orituco: 100, 446
Oropeza, Pastor: 452, 456.
Orsova: 256, 257, 271.
Ortega París, Francisco: 109.
Ortega y Gasset, José: 392.
Osorio, Diego: 349.
Ostende: 308.
Oteyza, Luis de: 364.
Othmán, Mustafá: 249.
Othón I: 227, 231, 242, 244.
La otra banda (Trujillo): 427, 488.
Oviedo y Baños, José de: 32, 38.

Pachano, Jacinto Regino: 33, 333.
Padrón, Julián: 17, 26, 27, 30.
Páez, Delfín Enrique: 397, 448.
Páez, José Antonio: 60, 63, 67, 69, 70, 72, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 95, 96, 97, 98, 100, 106, 132, 172, 370.
Páez, Mañuel Antonio: 83, 85, 175.
Páginas (revista- *Valera*): 394.
Pajol, ? (gral...): 174.
Palacio Barberini: 201.
Palacio, Belgiojoso (Milán): 192.
Palacio Belvedere (Viena): 269.
Palacio Brera (de Ciencias y Bellas Artes- *Milán*): 190.
Palacio Coloma: 201.
Palacio Chiglio: 201.
Palacio Doria (Génova): 182, 201.
Palacio Ducal (Génova): 181.
Palacio Durazzo: 182.
Palacio [Fajardo], Manuel: 58, 495.
Palacio Palavicini (Génova): 180.
Palacio Pitti (Florencia): 269.
Palacio Real (Atenas): 223, 228, 232.
Palacio Rospigliosi (Roma): 201.
Palacio Sciana (Roma): 269.
Palacio Sciarro (Roma): 201.
Palacio Serbelloni (Milán): 192.
Palacio de Nerón (Roma): 200.
Palacio del Duque de Modena (Viena): 275.
Palacio del Gran Duque (Carlsruhe-Alemania): 145, 146.
Palacio del Príncipe de Lichtenstein (Viena): 275.
Palacio de las Academias (*Caracas*): 382.
Palacio de los Césares (*Roma*): 199.
El Paladín (periódico- *Trujillo):* **385-389.**
Palas Atenea (escultura) de Scillis: 250.
Palatinado (Alemania): 145.
Palatinos (Condes- *Alemania*): 145.
Palazzo Brignole (Génova): 175.
Palazzo Serra: 180.
Palmasola: 73.
Palmerston, Henry Temple: 242
Pampanito (Trujillo): 449.
Pampán (Trujillo): 449.
Panamá: 11, 42, 43, 381, 462.
Pancsova: 257.
Panteón de Agripa (Roma): 198.
Panteón de París: 123.
Panteón Nacional: 116, 401.
Papiniano: 355.
Papseh (imprenta de- *Trieste*): 271.
Parc Royal (Bruselas): 134.
Paredes, Eloy: 64, 100, 481.
Paredes, Juan Antonio: 481.

Paredes Juan de la Cruz: 418.
Paredes Gil, Rafael: 388.
Paredes Urdaneta, Eloy: 382.
Paredes Urdaneta, Rafael: 472.
Parejo, Antonio: 83, 85.
Parilli, Juan: 419.
Parini, Giuseppe: 190.
París: 58, 111, 118, 120, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 134,138, 142, 148, 149, 150, 161, 162, 167, 169, 170, 171, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 184, 185, 188, 190, 191, 193, 202, 203, 204, 210, 211, 213, 225, 231, 239, 261, 265, 267, 268, 270, 275, 276, 277, 278, 281, 282, 284, 285, 296, 298, 303, 304, 305, 306, 308, 309, 311, 315, 317, 319, 320, 327, 328, 330, 363, 451, 453.
París, Antonio: 205, 213.
París, Elisa: 156, 196, 205, 213, 287.
París, Elvira: 286.
París, Enrique: 132, 134, 137, 156, 205, 281, 286, 287, 318.
París, Enriqueta: 196.
París, Joaquín: 106.
París, Manuelita: 205, 213, 281, 286, 287, 318.
París, Martín: 56.
París, Ramón: 105.
París Ricaurte, José Ignacio: 107, 108, 111, 132, 134, 160, 173, 195, 204, 211, 281, 284, 286, 309, 311, 318.
París de Vargas, Ignacia: 105.
París Prieto de Tanco, Manuela: 111, 196.
Los Parises de Julio Arboleda: 334.
Parma (*Ducado de-Italia*): 209.
Parnaso (monte-*Grecia*): 221, 235.
Parroquia de San Juan (*Caracas*): 403.
Parthenón de Atenas: 221, 222, 226, 227, 233, 237, 238, 239.
Las Siete Partidas de Alfonso X El Sabio: 347.
Partido Liberal Guzmancista Araujista: 421.
Parra, Francisco J.: 435.
Parra, Melquíades (El Viejo): 447.
Parra León, Caracciolo: 11, 15, 17, 19-43, 353, 399, 400, 402.
Parra, Márquez, Alirio: 447-452.
Parra Márquez, Melquíades: 397, 448.
Parra Pérez, Caracciolo: 31.
Parrasio: 220, 237, 239.
Parroquía de Altagracia (*Caracas*): 292.
Pascal, [Blas]: 476.
La Pastora (*Caracas*): 405.
Patras (*Grecia*): 218, 219, 229, 233, 234.
Patria (semanario-*Mérida*): 420.
Pauillac (*Francia*): 116, 117.
[Paúl, Francisco Antonio] ("Coto Paúl"): 479.
Paulo: 401.
Pausilipo (*Italia*): 206.
Pavía (*Italia*): 183, 184, 186, 192.
Paxos (isla de-*Grecia*): 217, 218, 232.
Paz Castillo, José Ignacio: 308.
Paz Castillo, Fernando: 408.
Pedroni, ? (pintor): 190.
Peloponeso: 229, 233, 241.
Pellín, Jesús María: 19.
La penca de tuna (periódico-*Trujillo*): 356.
Penélope: 218.
Pentélico (monte-*Grecia*): 225, 237.
Penzini, Juan Serafín: 432.
Peña, Miguel: 498.
Peñalver, Fernando: 467, 495.
Peoli, Nieves: 185.

"Pepe Alemán". Seud. Véase: León Federico.
Pepín (de *Prusia*): 140.
Pera (Barrio de- *Constantinopla*): 251.
El pregrino Camanita (novela) de Karl A. Gjelerup: 459.
Pérez, Régulo: 374.
Pérez, Sabás: 172.
Pérez Calvo, Carlos: 88.
Pérez Marcano, José María: 86.
Pérez Soto, [Vicencio]: 124.
Pericles: 222, 223, 233, 237, 239.
Pernalete, Rafael Antonio: 387.
Peronne (*Francia*): 134.
Persia: 245, 246, 271.
"Perugino [Pictro Vanucci,], El": 200.
Pest (*Hungría*): 258, 259, 260, 261, 275, 276.
Peter Wardein (o *Peterwarad*): 257.
Petrarca, Francisco: 191, 198.
Phidias: Véase: Fidias.
Philips, Emile: 327, 329, 330, 331.
Piazza dei poppolo (*Roma*): 193.
Picón, Juan de Dios: 467.
Picón Febres, Gabriel: 354, 477, 481.
Picón Febres, Gonzalo: 354, 477.
Picón Lares, Roberto: 353, 475-486.
Picón Rivas, Ulises: 355.
Picón Salas Mariano: 27, 375, 397, 442, 448, 454.
Picón de Briceño, Josefina: 505.
Picón de Chuecos, Felina: 354.
Pietra (*Italia*): 179.
Pietra Santa (*Italia*): 299.
Piermarini, Giuseppe: 190.
Pimentel, José Miguel: 450.
Pimentel, José Rafael: 374.
Pimentel Luis: 388.
Pinacoteca (*Atenas*): 222, 237.
Pindo, (monte- *Grecia*): 244.
Pío IV: 187.
Pío IX (Papa): 319.
Pío XI (Papa): 21.
Pippi, Juan: 192.
Piquel, Armando: 428.
Pirene (fuente- *Grecia*): 220, 235.
Pireo (*Grecia*): 221, 222, 223, 225, 226, 227, 229, 235, 236, 241, 245.
Pisístrato: 227.
Place Bell encour (*Lyon*): 175.
Place des Martyrs (*Bruselas*): 134.
Place Royale (*Bruselas*): 135, 136.
Planas Suárez, Simón: 454.
Planchart, Enrique: 431.
Planiass (Batalla de- [1757]): 273.
Platón: 36, 221, 223, 228, 230, 233, 239, 240.
Plaucus Munatios: 151.
Plaza Bolívar (*Caracas*): 406.
Plaza Bolívar (*Trujillo*): 426, 430, 449.
Plaza Bolívar (*Valera*): 373, 391.
Plaza Borromeo (*Milán*): 192.
Plaza, Carlos: 77, 80.
Plaza Restauración (*Trujillo*): 387.
Plaza de Atmeidan (*Constatinopla*): 249.
Plaza de Maximiliano José (*Munich*): 280.
Plaza de San Marcos (*Venecia*): 250.
Plaza de San Miguel (*Viena*): 275.
Plaza Fontana (*Milán*): 192.
Plaza Joseph (*Viena*): 271.
Plaza, Ramón de la: 81, 292.
Plaza Manrique de Lara, Mercedes de la: 49, 52, 78, 292.
Plaza de San Ambrosio (*Milán*): 192.
Plaza de San Francisco (*Caracas*): 59, 73.
Plaza de Virgilio (*Mantua*): 193.
Plaza de la Concordia (*París*): 193.

Plaza de la Restauración (*Trujillo*): 388.
Plaza de los Mercaderes (*Milán*): 192.
Plectruda: 140.
Plinio El Joven: 19.
Plotinas (Las): 201.
Plutón: 207.
Pnyx (*Atenas*): 238, 239.
Po (río): 183.
Pocaterra, Jaime: 371.
Pocaterra, José Rafael: 369.
Pocaterra, José Ramón: 371.
Poggioli, José: 394.
Polignoto: 239.
Política de Arítosteles: 347.
Polonia: 274.
Pomaré (Reina de O'Taiti): 253.
Pombo O'Donell de Mosquera, María Josefa: 125.
Ponce, Nestor: 388.
Pompeya: 206, 280, 304.
Pompeyo: 206.
Porras, Manuel: 88, 92, 95, 96, 97.
Port Maurice: 178.
El Portachuelo (*Caracas*): 304.
Portici (*Italia*): 206.
Portuguesa: 93.
Potes (*España*): 159.
Potomac (*Washington*): 448.
Potsdam: 313.
Pou, Pedro: 350, 351, 394.
Praga: 145, 313.
Prater (*Viena*): 261, 267, 274, 277, 278.
Praterstrasse (*Viena*): 267.
Praxiteles: 220, 238, 239, 241.
Premio Nobel: 364.
Preparatorio para las pompas de Bolívar: 123.
Presburgo (o *Bratislava- Hungría*): 258, 260.
Prevez (*Albania*): 218.
Prieto y Ricaurte de París, Juana: 111.
Primer libro venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes: 51.
Procaccini, Andrés: 182.
Prócida (isla de- *Italia*): 207.
Propileos (*columna de los- Atenas*): 222, 227, 237.
Prosas de Beatitud (proyecto de libro de Pío Tamayo): 462, 463.
Prusia: 120, 137, 138, 140, 228, 313, 316.
Puente Ferdinando (*Viena*): 267.
Puente Lafayette (*Avignon*): 175.
Puente Monagas (*Caracas*): 405.
Puente de la Trinidad (*Caracas*): 122.
Puerta Otomana (*Grecia*): 238.
Puerto Cabello: 86, 321, 369, 463, 497, 503.
Puerto Rico: 116, 117, 214.
Puget, Pierre: 182.
Pulido Villafañe, Manuel: 43.
Purísima Concepción (retablo anónimo): 345.
Puzzoli (*Italia*): 206, 207.

Quebrada de los cedros (*Trujillo*): 488.
Quebrada de Ramos (*Trujillo*): 489.
Queremel, Angel Miguel: 431.
Quevedo, Inocente de Jesús: 386, 427.
Quevedo, Numa: 20, 423, 487.
Quevedo Viloria, Rafael: 359.
Quevedo y Villegas, Francisco de: 39, 191.
Quibor: 446.
Quiebrain (*Bélgica*): 134.

Quijote: 485, 502, 504.
Quinconce (*Francia*): 118.
Quinta Bolívar (*Colombia*): 111, 288.
Quintero, Angel: 81.
Quintero, Daniel: 488.
Quintero, José Humberto: **401-404**, 479.
Quintero, Julio: 381.
Quirinal (*Roma*): 201, 269.
Quito: 128.

Raab: 260.
Racine, Jean: 253, 347.
Raldiris, Mariano J.: 58, 109, 110.
Ramírez, Guillermo: 397.
Ramos Sucre, José Antonio: 398.
Ramos de Lora, Juan: 494.
Rangel, María Rosario: 349.
Rangel, Rafael: 456.
Rastadt (*Alemania*): 146.
Rathhaus (*Aix la Chapelle- Prusia*): 137.
Regent Street (*Londres*): 268.
El Regente Heredia o la piedad heroica: 11.
Regina Angelorum (*Convento-Trujillo*): 347, 348.
Regópoulos, Andrés: 229, 231.
Rembrandt [Harmenszoon van Rijn]: 135, 269.
La Renaissance Latine (revista): 364.
Rendón, Estanislao: 64, 70, 73.
Reni, Guido: 180, 200, 269.
Repide, Pedro de: 382.
El reposo en Egipto (cuadro) de Rafael: 268.
Resina (*Italia*): 206.
Resumen de la historia del comercio de Adolfo Blanqui: 162.
Resumen de la Historia de Venezuela de Rafael María Baralt: 465.
Il retorno de Columella da Padova (ópera bufa): 178.
La Revista (Caracas): 361.
Revista Nacional de Cultura (Venezuela): 26.
Revista de América (Bogotá): 484.
Revolución Francesa: 29, 169.
Reyes Magos: 140.
Rhin (isla del): 141.
Rhin (río): 135, 139, 141, 142, 144, 147, 149, 150, 151, 153, 154, 155, 258, 265, 269.
Ribera, José de: 269.
Riera, Adriano: 361.
Riera Aginagalde, Idelfonso: 51.
Righi (monte- *Suiza*): 153, 177.
Rincón González, Felipe: 376.
Río de Janeiro: 128, 365, 366.
Rísquez, Francisco Antonio: 437.
Rivadeneira, Antonio: 38.
Rivas, Angél César: 26, 31.
Rivas, José Nicomedes: 374.
Rivero, Agustín: 57.
Rivero, Delfín: 385.
Rivero, José Manuel: 73.
Robespierre, [Maximiliano]: 499.
El robo de Proserpina (cuadro) de Albano: 190.
Roca Tarpeya (*Roma*): 198.
Rocha, Juan Agustín de la: 105.
Roche de París, Dolores: 106.
La Rochela (costas de): 116.
Rodas: 246.
Rodó, [José Enrique]: 425, 430.
Rodolfo I (Emperador de Austria): 274.
Rodríguez, José Santiago: 86, 88, 92, 333.
Rodríguez, María: 426.

Rodríguez, Simón: 407.
Rodríguez, Zoilo: 292.
Rodríguez Picón, Antonio Ignacio: 481.
Rodríguez Rivero, Plácido Daniel: 399.
Rojas, José María de: 333.
Rojas, Pedro José: 70, 80, 88, 89, 90, 91, 96, 97, 101, 333, 468.
Rojas Paúl, Juan Pablo: 473.
Roland, Romain: 355.
Roma: 51, 150, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 204, 205, 206, 208, 210, 211, 213, 224, 225, 227, 238, 244, 249, 260, 261, 269, 273, 276, 297, 299, 302, 304, 310, 363, 402.
Romania (costas de): 214, 216.
Romano, Julio: 192, 193, 200.
Romelia: 219, 262.
Romero, Jose León: 92.
Romero, Pedro Ignacio: 407.
Rómulo: 199.
Rondón Márquez, [Rafael Angel]: 333, 420.
Rosa, Andrés Eloy de la: 361, 432.
Rosa, Salvador: 200, 269.
Rosales, Andrés: 448.
Rosales Aranguren, Jesús María: 374, 391, 392.
Roscio, Juan Germán: 495.
Rossini, Giácomo: 185, 270.
Rothschild, [Mayer Anselm]: 143.
La Rotunda (cárcel- *Caracas*): 77, 375, 400, 407.
Rotundo, Enrique: 471.
Rouen (Catedral de): 275.
Rousseau, Juan Jacobo: 24, 170.
Rovere, [Genaro]: 270.
Roxelana (favorita de Solimán): 250.
Ruan (catedral de): Véase: Rouen...
Rubens, Pedro Pablo: 134, 140, 141, 180, 269.
Rue Royale (*Bruselas*): 135.
Rue de Helder (París): 134.
Rue de Petit Augustin (*París*): 309.
Rue de Saint Pierre Popincour (*París*): 311.
Rue des filles de Saint Thomas (*París*): 298, 305.
Ruedas, Josefa María: 426.
Ruedas, Rafael: 450.
Ruggeri, Teresa: 185.
Ruiz, Fernando: 349.
Rusia: 120, 138, 242, 264, 274, 316, 460.
Rusteburk: 265.

Sabaneta de Coro: 85.
Sabat Ercasty, Carlos: 426.
Sacrificados por la Patria (drama) de Adolfo Briceño Picón: 438.
Sáez, F.: 285.
Sáez, Nemesio: 340, 379-383.
Safo de Lesbos: 218, 232.
Saint Stephe (viñas-Francia): 117.
Saint Gereon et des Saints Martyrs (Iglesia): 140.
Saint Jacques (Iglesia-*Liege*): 136.
Saint Jacques de Caudenberg (Iglesia-*Bruselas*): 136.
Saint Thomas (Isla): 81, 107, 173, 418.
Sainte Marguerite (isla-*Francia*): 177.
Sajonia: 120.
Sakigen (*Alemania ?*): 152.
Salamanca (*España*): 364.
Salamina (Isla de- *Grecia*): 218, 221, 222, 227, 228, 232, 235.
Salas, Reinaldo: 391.

Salón de Lectura (San Cristóbal): 427.
Salustio: 199.
Salvá, Vicente: 418, 438.
El Salvador llevando la cruz (cuadro) de Van Dyck: 179.
Sambre (río- *Bélgica*): 136.
San Agustín: 189-90.
San Agustín (cuadro) de Maulbertroh: 272.
San Ambrosio: 187, 189.
San Ambrosio (Iglesia- *Milán*): 189.
San Andrés (Iglesia- *Mantua*): 193.
San Andrés (isla de): 260.
San Angelo (Castillo de): Véase: *Castillo de San Angelo*.
San Anselmo: 192.
San Antonio (convento de- Trujillo): 347.
San Antonio (hacienda- Trujillo): 347.
San Antonio (Retablo de): 345.
San Aquilino Mártir (templo de- Milán): 189.
San Bartolomé: 138, 187.
[San Buenaventura] Dr. Seráfico: 22.
San Carlos (*Cojedes*): 83.
San Carlos Borromeo: 187, 192.
San Ciro (iglesia de- Génova): 182.
San Cristóbal (*Táchira*): 427, 450.
San Esteban (catedral de- Viena): 261, 268, 275, 276.
San Félix: 140.
San Fernando de Apure: 435.
San Francisco (*California*): 483.
San Francisco de Yare: 494, 495.
San Francisco (iglesia de- Caracas): 101.
San Germán (*Saint Germain- París*): 172.
San Giorgio (corsia de- *Milán*): 184.
San Giovanni in Fonte (iglesia de- *Roma*): 197.
San José de Costa Rica: 15, 479.
San Juan (capilla de- Génova): 182.
San Juan (Edo. Trujillo): 344.
San Juan Bautista: 138.
San Juan de la Cruz: 40, 476.
San Juan de Letrán (iglesia- Roma): 196, 197.
San Lázaro (de *Trujillo*): 435.
San Leopoldo (colina- Viena): 278.
San Lorenzo (catedral- Génova): 182.
San Lorenzo (templo- Milán): 189.
San Luis (de *Coro*): 85.
San Luis (*Missouri*): 448.
San Marino (República de): 209.
San Martín (Basílica- Lieja): 136.
San Martín (Obispo de Tours): 179, 414.
San Mateo (*Aragua*): 218, 497.
San Mauricio (cuartel- Caracas): 74.
San Pablo: 198, 488.
San Pablo (Iglesia- Roma): 197.
San Pedro: 139, 140, 198, 199, 200, 432.
San Pedro (Basílica- Roma): 150, 186, 193, 195, 196, 204, 211, 249, 260, 273, 276.
San Pedro (Iglesia- Prusia): 140.
San Petersburgo: 129.
San Simón: 138.
San Stéfano: 178.
San Telmo (fortaleza- Nápoles): 206.
San Víctor (Cardenal Lambruschini): 189.
San Víctor (Iglesia- Milán): 189.
Sánchez, Florencio: 354.
Sánchez, Francisco: 360.
Sánchez, Julio: 381.

Sánchez, Julio Helvecio: 426, 427.
Sánchez de Hernández, Lorenza: 101.
Sánchez de Jelambi, Carmela: 362.
Sandoval, Francisco: 88.
Sanlúcar (España): 159.
Sans Souci: 313.
Santa Barbara del Zulia: 443.
Santa Familia (cuadro) de Andrés del Sarto: 269.
Santa Familia (cuadro) de Miguel Angel: 269.
Santa Familia (cuadro) de Rafael: 268.
Santa Familia (cuadro) de Rafael Mengs: 268.
Santa Fe de Bogotá: 56, 105.
Santa Ida: 140.
Santa Inés (batalla de): 77.
Santa Margarita (cuadro) de Rafael: 268.
Santa María (puerto- *España*): 159.
Santa María della Gracia (Iglesia-Milán): 190.
Santa María la Mayor (Iglesia-Roma): 197.
Santa María y Ricaurte, María: 105.
Santa Marta (Colombia): 173, 203.
Santa Maura (isla- *Grecia*): 217, 218, 232.
Santa Rosa (Trujillo): 344.
Santa Rosa de Santa María (retablo); 345.
Santa Sofía (antigua iglesia- Constantinopla: 248, 252.
Santa Teresa de Jesús: 40, 414, 483.
Santa Ursula: 140.
Santamaría, C. : 179.
Santana, Casimiro F. de: 332.
Santana de Marturet, Carmen: 413.
Santander (España): 159.
Santander, Francisco de Paula: 125, 203.
Santiago, Luis: 344.
Santiago, María: 343-345.
Santiago, María Isabel: 344.
Santiago, Mensía: 344.
Santiago de Cuba: 214, 322.
Santiago de Chile: 366, 482, 483.
Santini, José de Jesús: 374.
Santísima Trinidad, (columna-Viena): 275.
Santo Domingo (Rep. Dominicana): 386.
Santo Domingo, Emilio: 64.
Santo Sepulcro (Iglesia): 137.
Santo Tomás, (isla de): Véase: *Saint Thomas*.
Santo Tomás de Aquino: 22, 24, 347.
Santos, Eduardo: 484.
Sanz, Miguel José: 27.
Sanz Febres, Edelmira: 426.
Sanzio, Rafael: 180, 190, 191, 200, 268, 310.
Saone (río): 175.
Sardi, Atilio: 439.
Sardi, Julio: 355, 460.
Sarto, Andrés del: 269.
Sastrería La Elegancia (Trujillo): 386.
Satanás: 79, 101, 494.
Saulieu (Francia): 175.
Sauvage, Mr. : 126, 130.
Save (río): 257.
Savona (Italia): 179.
Say, Juan Bautista: 162, 170.
Scala de Milán: Véase: *Teatro de la Scala...*
Scanderberg, Jorge Castriota: 274.
Scévola [Lucio]: 201.

Schanenbourg, Adolfo de: 139.
Schanenbourg, Antonio de: 139.
Scheria: Véase: Esqueria.
Schiller, [Federico]: 253.
Schopenhauer, [Arturo]: 370.
Schutt (isla): 260.
Schwytz (Cantón- *Suiza*): 217.
Scillis (escultor griego): 250.
Scipión el Africano: 207.
Scirón: 235.
Scutari (*Constaninopla*): 261.
Seletstadt: 151.
Selim (Sultán): 249.
Selva Negra (*Alemania*): 151, 152.
Seminario de San Buenaventura de Mérida: 494.
Semlím: 257, 258.
Semprún, Jesús: 361.
Sena (río): 143, 165.
Senlis (Francia): 134.
Sens (*Francia*): 175.
El sentido de la muerte de Paul Bourget: 461.
Septimio Severo: 198, 224.
Serapis: 206.
Servia: 256, 257.
Servio Tulio: 198.
Sevilla: 159, 169, 261.
Sevillano, Diego: 349.
Sevres: 270.
Shakespeare [William]: 253.
Sibila de Cumas (gruta- *Italia*): 207.
Sicilia: 208.
Sicione (o *Scione*, *Grecia*): 235.
Sidharta Gautama: 459.
Sifontes, Ernesto: 435.
"El Siglo XX" (*Trujillo*): 387.
Sila: 206.
Silene ivre (cuadro) de Rubens: 180.
Silistria: 264.
Silva, Antonio Ramón: 402, 403, 404, 480.
Silva, Antonio Justo: 438.
Silva, Guillermo: 406.
Silva, José Asunción: 427, 433.
Silva, José Laurencio: 70, 73, 74, 77, 291.
Silva Díaz, Agustín: 471.
Silla de Caracas: 145.
Simplón (camino del- *Milán*): 188.
Sinigaglia (*Italia*): 212.
Siquisay (*Santísima Trinidad de- Trujillo*): 343.
Siracusa (*Grecia*): 220, 234.
Siria: 247.
Sísifo: 207.
Sistou: 265.
Skyron: 221.
Sociedad de Geografía (París): 176.
Sócrates: 233, 238.
Sófocles: 223, 239, 253.
Solfatara (*Italia*): 206.
Solimán (mezquita- Constaninopla): 248, 250, 252.
Solón: 223.
Sones y canciones de Arfredo Arvelo Larriva: 353.
"La Sonrisa" (*Trujillo*): 388.
Soriano, José María (Imp. de): 334.
Sorrento (*Italia*): 206.
Sotillo, Pedro: 407, 432.
Soto, Ramón: 63, 415, 417.
Soublette, Carlos: 70, 75, 110, 128, 131, 132, 282, 473.
Soublete, Olalla de: 284.
Southampton (*Inglaterra*): 281, 287, 473.
Spinetti, Ernesto: 360, 394.
Spinetti, María Ernesta: 396.
Spinetti Dini, Antonio: 355.

Spoletto, Gregorio de: 140.
Spósito, Emilio Menotti: 355.
Spyre (*Alemania*): 144.
Standard Oil Company: 430.
Starhemberg, Ernesto Rudiger: 274.
Stephanie (Baños- *Baden*): 148.
Stix (*Laguna Estigia- Italia*): 207.
Strasburg (*Francia*): 149, 150, 156, 275, 276.
Strauss, Johan: 276, 277, 278, 279.
Stura, Dr. ? : 256, 258, 259, 263, 264, 276.
Sublicio (puente- *Roma*): 198.
Sucre, Antonio José de: 51, 106.
Suecia: 174, 274.
Suiza: 134, 151, 152, 153, 154, 156, 265, 280, 308.
Sulinam: 262.
Summa Teológica de Santo Tomás: 347.
Sunio (cabo- *Grecia*): 221, 235.
Suresnes: 143.
Sycione (ruinas- *Grecia*): 221.

Táchira: 360, 421, 428.
Tagliaferro, Horacio: 360.
Tagliaferro, José Antonio: **359-362**, 394.
Tagliaferro, Luis: 360, 373, 374.
Tagliaferro, Simón: 360.
Talleyrand [-Perigord, Carlos Mauricio de]: 242.
Tamayo, [José] Pío: 459-463.
Tanco Armero, Diego: 111, 124, 172, 204, 212, 213, 281, 284, 285.
Tánger: 176.
Tántalo: 207.
Tapices de historia patria: 399.
Tarquino: 207.
Tarragona (*España*): 157.
Tasso, Torcuato: 183, 198, 206, 253.
Teatro Apolo (Roma): 195.
Teatro Calcaño (Caracas): 432.
Teatro Carlo Felice (Génova): 180.
Teatro Juárez (Barquisimeto): 439.
Teatro de Marcelo (Roma): 199.
Teatro de Pompeyo (Roma): 199.
Teatro de la Moneda (Bruselas): 175.
Teatro de la Opera (París): 185.
Teatro de la Scala (Milán): 185.
Teatro de Metastasio (Roma): 261.
Teatro de Odeón (Atenas): 227, 238, 239.
Teatro de Odeón (París): 175, 261.
Teatro Palacio Real (Munich): 280.
Tebas: 241.
Teherán: 483.
Tejera, Enrique: 456.
Tejera, Vicente: 400.
Tekhaus, Numa: 472.
Telémaco: 218.
Tell, Guillermo: 323.
Temístocles: 221, 235, 242, 466.
Templo de Antonio (Roma): 224.
Templo de la Concordia (Roma): 198.
Templo de Erecteo (Atenas):238.
Templo de Esculapio (Roma): 198.
Templo de Faustino (Roma): 223.
Templo de Júpiter (Roma): 207.
Templo de Júpiter Olímpico (Atenas): 227, 233, 238, 248, 250.
Templo de Mercurio (Roma): 207.
Templo de Teseo (Atenas): 221, 226, 232, 235, 238, 239, 272.
Templo de Venus (Roma): 198, 207.
Templo de Vesta (Roma): 197.
Templo de la Victoria (Atenas): 222.
Tenerani, Pedro: 111, 205, 311.
Teniers, David: 135, 269.

Teniers, [Los: David "El Viejo"; David "El Joven". Pintores flamencos]: 269.
Teodosio (Emperador): 189.
Terán, Rafael: 359, 394, 427.
Terán, Rodulfo: 394.
Terapia (Albania): 262.
Terra Patrum de Luis Corrrea: 405.
Tertuliano: 33.
Terranova (banco): 116, 117.
Tesalia, (prov. de *Grecia*): 244.
Teseo: 207, 220, 221, 222, 226, 232, 234, 235, 237.
Teseo matando al Centauro (escultura) de Cánova: 272.
Tesino (*Italia*): 192.
El tesoro de la juventud (colección): 371.
Testamento de María Santiago: 345.
Texas: 253.
Theatre Royale (Bruselas): 134.
Thiers, Adolfo: 166, 243.
Thirion, Julio: 128, 129, 130, 172, 298, 303, 304, 314.
Tiber (isla del-*Roma*): 198.
Ticinese (Puerto-*Milán*): 184.
Ticino (río-*Italia*): 183, 208.
Tiempo perdido de José María de Rojas: 333.
Tierra Santa: 274.
Timoleón: 220, 234.
Tinaquillo: 83, 87.
Tintoretto [Jacobo Robusti,]: 200.
El Tirano Aguirre de Adolfo Briceño Picón: 438, 439.
Tiro: 393.
Tirteo: 72.
Tíscar, [Manuel]: 502.
Tito: 198, 199, 401.
Tívoli (café-*Atenas*): 231.
Tobar Donoso, Julio: 42.
Tiziano, [Vecellio]: 182, 200, 268.
Tocuyito: 96.
El Tocuyo: 461.
Tolón (Francia): 176.
Tolstoi, León: 461.
Tophana (Mezquita- Constaninopla): 252.
Toro, Fermín: 63, 64, 66, 75, 467, 482.
Torre del Greco (*Italia*): 206.
Torre de los vientos (*Atenas*): 223, 224.
Torrealba, José Francisco: 456.
Torrero, Matías: 323.
Torres, Pedro J.: 387
Tortona (*Italia*): 183.
Torres, Domingo: 109, 110.
Toscana (Gran ducado Italia): 209, 212.
Tournus (*Francia*): 175.
Tovar, Manuel Felipe de: 66, 70, 71, 72, 74, 75, 79, 80, 81.
Tovar, Mauro de: 349.
Tracia: 433.
Trajano (columna-Roma): 198.
Transfiguración (cuadro) de Rafael: 200.
Trasíbulo: 233.
Trasimeno, (lago-Italia): 208.
Tratado Pombo-Michelena: 468.
Tratado de la Trinidad de Francisco de Quevedo y Villegas: 39.
Trayectoria y Tránsito de Caracciolo Parra: 11, 15-44.
Trebbia (*Italia*): 208.
Trianon, (jardines de): 264.
El Tributo (cuadro) de Guerchino: 182.

Trieste (*Italia*): 50, 213, 214, 215, 216, 217, 220, 241, 255, 271, 328.
Trinidad (isla de): 403.
Troconis, Diego Luis: 351.
Troconis, José Luis: 360.
Troconis, Juan de Dios: 393.
Troconis, Julio: 360.
Troconis, Mateo: 349, 350, 351.
Troconis, Ricardo: 444.
Troya: 193, 207, 218, 219, 238, 260, 262.
Trujillo (*Venezuela*): 343, 345, 347, 350, 354, 355, 356, 359, 360, 361, 370, 375, 379, 380, 382, 383, 385, 386, 387, 394, 415, 416, 417, 418, 419, 420, 422, 425, 426, 427, 428, 429, 430, 431, 447, 448, 449, 450, 452, 482, 487, 488, 489, 490, 493, 494, 496, 502.
Las Tullerías (*París*): 123, 278.
Turena [o Turenne: Enrique de la Tour d' Auvergne]: 149, 274.
Turín (*Italia*): 208, 261.
Turquía: 215, 216, 244, 263, 266, 267.
Turupía (hato de- Prov. de Coro): 109.
El Tuy: 296.

Ulises: 217, 218, 233.
La Ultima Cena (cuadro) de Leonardo da Vinci: 182.
La Ultima Cena (cuadro) de Procaccini: 182.
El Universal (Caracas): 406, 407, 408, 459.
Universidad Central de Venezuela: 19, 31, 124, 353, 399, 471, 494.
Universidad Gregoriana (*Roma*): 402.
Universidad Nacional de Chile: 482.
Universidad de Caracas: Véase: Universidad Central de Venezuela.
Universidad de Los Andes (Mérida): 19, 353, 402, 429, 438, 475, 481.
Universidad de Mérida: Véase: Universidad de Los Andes: (Mérida).
Universidad de París: 170.
Universidad de San Buenaventura: Véase: Universidad de Los Andes (Mérida).
Universidad de Tulane: 455.
Upata: 383, 435, 436, 446.
Urbaneja, [Diego Bautista?]: 301.
Urbano II (Papa): 274.
Urbino (*Italia*): 191.
Urbino, Carlos: 189.
Urdaneta, Clemente: 129.
Urdaneta, Cora: 426.
Urdaneta, Delia Lucía: 426.
Urdaneta, Dolores de. Véase: Vargas de Urdaneta, Dolores.
Urdaneta, Edmundo: **369-372.**
Urdaneta, Elía Tarcisia: 426.
Urdaneta, Fernando: 351.
Urdaneta, Alcira Graciela: 426.
Urdaneta, José Manuel: 450.
Urdaneta, Juan N [epomuceno]: 351, 421.
Urdaneta, Miguel Jerónimo: 105.
Urdaneta, Rafael: 51, 55, 62, 99, 105, 106, 109, 110, 124, 126, 130, 154, 156, 170, 172, 173, 174, 196, 208, 213, 242, 292, 317, 333, 334, 370.
Urdaneta Maya, Octaviano: 359.
Urdaneta [Vargas], Adolfo: 119.
Urdaneta [Vargas], Amenodoro: 51, 119.
Urdaneta [Vargas], Dolores: 119, 120.
Urdaneta [Vargas], Eleazar: 119.
Urdaneta [Vargas], José María: 119.

Urdaneta [Vargas], Luciano: 62, 119, 132, 202, 237, 285, 317, 323, 324, 327.
Urdaneta [Vargas], Neptalí: 119.
Urdaneta [Vargas], Octaviano: 62, 119, 129, 201, 285.
Urdaneta [Vargas], Rafael [Juan] Guillermo: 11, 12, **45-334.**
Urdaneta [Vargas], Rodolfo: 59.
Urdaneta [Vargas], Rosa: 119, 132.
Urdaneta [Vargas], Susana: 108, 119.
Urdaneta de González Plaza, Mercedes: 12, 50, 52, 292.
Urdaneta de la Plaza, Rafael: 292.
Urdaneta de la Plaza, Rodolfo: 292.
Urisarri, Eladio: 203.
Urumaco (Prov. de *Coro*): 85.
Urrecheaga, Rafael María: 349, 351.
Urrutia, Wenceslao: 63, 73, 77, 80.
Uslar Pietri, Arturo: 442.

Velaquia: 265.
Valdés, Juan José: 498.
Vale, Juan Antonio: 351.
Valence (*Francia*): 175.
Valencia (*España*): 158, 179, 223, 271.
Valencia (*Venezuela*): 63, 82, 83, 85, 87, 92, 93, 95, 97, 383, 450, 496.
Valenciennes (*Francia*): 134.
Valera (Edo. *Trujillo*): 350, 359, 360, 362, 373, 374, 375, 391, 392, 393, 394, 395, 396, 450.
Valera, Neptalí: 348.
Valera, Hurtado Luis: 431.
Valero, Américo: 391.
Valiente, V.: 63.
Valle Abajo (*Caracas*): 304.
Valle de Upar (*Colombia*): 116.
Vallenilla Lanz, Laureano: 26, 31, 408.
Van Dyck, [Antonio]: 135, 179, 269.
Var (río): 177.
Vargas, Ignacio: 56, 105.
Vargas, José María: 40, 67, 82, 126, 297, 399, 400, 473.
Vargas López Méndez, Manuel María: 425, 428, 447.
Vargas López Méndez, Manuel Rafael: 428.
Vargas París de Urdaneta, María de los Dolores: 55, 56, 57, 59, 60, 61, 62, 77, 105, 106, 109, 111, 117, 120, 130, 205, 232, 245, 247, 286, 287, 292.
Vargas París de Melo, Teresita: 119, 286, 287.
Varna: 262.
Vásquez, Francisco de Paula: 351.
Vaticano: 191, 193, 194, 200, 212, 310.
Vauban [Sebastián Le Pretre, señor de...]: 134, 150.
Vega [y Carpio], Lope [Félix] de: 39, 347.
Vegas, Martín: 456.
Vegas, Rafael: 369.
Vejarano, Juan: 415, 416.
Velásquez, [Diego Rodríguez de Silva y]: 269.
Veleyo: 72.
Venecia: 204, 205, 209, 211, 212, 213, 214, 217, 250, 274, 277.
El Venezolano (periódico de Antonio L. Guzmán): 68, 131, 333.
Venezuela: 20, 22, 24, 28, 30, 31, 43, 56, 59, 60, 61, 69, 70, 71, 77, 80, 81, 86, 88, 89, 90, 94, 98, 106, 107, 115, 116, 120, 123, 124, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 149, 173, 175, 202, 203, 214, 225, 267, 283, 285, 286, 301, 302, 303, 315, 322, 324, 340, 349, 361, 363, 364, 365, 366, 380, 382, 383, 395, 396, 404,

411, 431, 433, 437, 438, 442, 444, 448, 450, 451, 453, 454, 460, 461, 463, 471, 473, 477, 479, 482, 483, 489, 490, 496, 498, 500, 501, 503, 505.

Venezuela Contemporánea (revista): 361, 432.

Venus Anadiámene: 371.

Venus (hoja literaria- Maracaibo): 371.

Venus (Planeta): 371.

Venus de los Médicis (escultura): 200.

Venus de Praxisteles: 241, 250.

Venus de Ticiano: 268.

Verdi, Giuseppe: 185, 270, 279.

Vermanton (*Francia*): 175.

Versalles: 121, 278, 313.

Versalles (Palacio de): 121, 127.

Verviers (*Bélgica*): 137.

Vespasiano: 198.

Vespuccio, Américo: 191.

Vesubio (*Italia*): 205, 206.

Vetancourt, Camilo: 360.

Vetancourt, Federico: 394.

Vetancourt, Miguel: 360.

Vía Sagrada (*Roma*): 197, 198.

Vía de Condotti (*Roma*): 201.

Vía del Corso (*Roma*): 300.

Viadet, Manuel: 431.

Victoria, (Reina de Ingletarra): 468.

La Victoria: 292.

Vida de Sto. Tomás de Villanueva de Francisco de Quevedo: 39.

Vida del General Ezequiel Zamora de Laureano Villanueva: 333.

Vida del General Rafael Urdaneta de Carlos Arbeláez Urdaneta: 333.

Vida y papeles de Urdaneta el joven: 11, 45-334.

Viena: 185, 214, 216, 256, 261, 263, 267, 270, 272, 273, 274, 275, 276, 278, 279, 280, 308, 310, 313.

Vigas ("El viejo", periodista de **El Universal**): 406.

Villa de Cura: 435.

Villalba, Jóvito: 369, 479.

Villanueva, Laureno: 333.

Villasmil, Rafael María: 374, 487.

Villefranche (*Francia*): 175.

Vinci, Leonardo de: 190, 191, 200, 269.

Virgen de la Coromoto: 457.

Virgilio: 191, 206, 350.

Virginio: 197.

Visconti, Juan: 187.

Visconti, Juan Galeazzo (Primer Duque de Milán): 186.

Visconti, Otto: 187.

Viso, Julián: 85.

Victoria, Francisco de: 24.

Vivas, Clemente: 388.

Vivas, Hugo: 471.

Voltaire, [Francois Marie Arouet de]: 313, 347, 400.

Vostizza (*Grecia*): 219, 230, 234.

La voz (diario- España): 364.

Vuka (río): 258.

Vukouar: 257.

Vulcano: 191.

Waldshut (*Alemania*): 152, 256.

Wasa (Príncipe de- Baden): 148.

Washington: 58, 357, 448.

Waterloo: 135, 188.

Watt, Jaime: 8 164.

Watzen (Hungría): 260.

Weismüller, Mme de: 280.

Werther; 307.

Widdin (Turquía): 260, 266.

Wiesbaden: 156.
Wilson, [Belford Hinton]: 127.
Wolsthal: 261.
Worms (Alemania): 144.

El Yagual: 30.
Yaguaraparo: 124.
Yalta: 483.
Yepes, José Ramón: 371.
Yocoima (río): 435.

Zamora, Alonso: 32.
Zamora, Ezequiel: 57, 59, 62, 63, 70, 73, 80, 333.
Zanto (isla-*Grecia*): 217.
Zaragoza (*España*): 12, 491.
Zebedeo: 403, 481.
Zenovich, Francisco María: 216.
Zeuxis: 239.
Zorrilla, José: 351.
Zug (Cantón-*Suiza*): 217.
Zulia: 288, 369, 435.
Zuloaga, Nicomedes: 57, 61, 73.
Zuloaga Blanco, Armando: 369.
Zurich (*Suiza*): 153, 154.
Zwinglio (*Ulrico*): 151.

INDICE DE MATERIAS

ACADEMIAS Véase: **CULTURA — Instituciones.**
ACULTURACION Véase: **CULTURA — Aculturación — Transculturación.**
ALIMENTACION Véase: **CULTURA — Alimentación.**
AMERICANISMO Véase: **CULTURA — Tendencias y movimientos — Americanismo.**
ARAUJISMO Véase: **POLITICA — Tendencias y movimientos — Araujismo.**
ARTESANIA Véase: **CULTURA — Artesanía.**

ASPECTOS AUTOBIOGRAFICOS: 3, 19, 49–50, 339, 340, 353–354, 355–356, 359, 363, 364, 370, 371, 373, 376, 381–382, 383, 385, 388, 391– 392, 396–397, 398, 399, 401–402, 410, 425–426, 427, 430, 431, 434–435, 447–448, 452–453, 459–461, 463, 471–472, 475–477, 484–485, 486.

BIBLIOTECAS Véase: **CULTURA — Instituciones.**

CAMPAÑAS ELECTORALES Véase: **POLITICA — Elecciones.**
CATOLICISMO Véase: **RELIGION — Doctrinas religiosas — Catolicismo.**
CAUDILLISMO Véase: **POLITICA — Tendencias y movimientos.**
COFRADIAS Véase: **RELIGION — Congregaciones — Ordenes — Cofradías.**
COLONIA Véase: **CULTURA — Períodos — Colonia.**
HISTORIA — Períodos — Colonia.
CONGREGACIONES Véase: **RELIGION — Congregaciones — Cofradias.**
CONSPIRACIONES Véase: **HISTORIA — Revoluciones y guerras — Conspiraciones.**

CONSTITUCION Y LEYES: 66, 81–82.

CONQUISTA Véase: **HISTORIA — Períodos — Conquista.**
CONVENTOS Véase: **RELIGION — Conventos — Monasterios — Seminarios.**
CORSARIOS Véase: **HISTORIA — Períodos — Colonia.**

CRISIS

— De Conciencia: 499.
— Institucional: 82.

CULTURA

— Aculturación — Transculturación: 360, 393.
— Alimentación: 344, 351.
— Arquitectura: 348, 437.
— Artesanía: 437.
— Folklore
— Fiestas y tradiciones: 494, 495.
— Música: 387.
— Poesía: 351.
— Historia: 399.
— Instituciones — Academías — Bibliotecas — Sociedades: 347, 350–351, 361, 371, 393, 424, 427.
— Lengua: 370, 465–467.
— Períodos
— Colonia: 27, 29, 31.
— Tendencias
— Americanismo: 357, 366.
— Leyenda Negra — Leyenda Dorada: 399.
— Nacionalismo: 340, 383.
— Provincialismo: 399.
— Utensilios — Instrumentos: 344, 345.
— Vestido: 444.

DEMOCRACIA Véase: POLITICA — Doctrinas e ideologías — Democracia.

DERECHO — Enseñanza: 24, 25, 28.
DISCURSOS Véase: ORATORIA.
DOCTRINA HISTORIOGRAFICA Véase: HISTORIA — Pensamiento historiográfico.
DOCTRINAS RELIGIOSAS Véase: RELIGION — Doctrinas — Catolicismo.

ECONOMIA

— Agrícola: 393, 430.
— Ganadería: 444.

EDUCACION

— Historia: 27, 419–421.
— Instituciones: 370, 375, 380, 385, 391–392, 399, 402, 438, 475, 493.

ELECCIONES Véase: POLITICA — Elecciones.

FE CATOLICA Véase: RELIGION — Doctrinas religiosas — Catolicismo.
FEDERALISMO Véanse: — POLITICA — Tendencias y movimientos — Federalismo.
— HISTORIA — Revoluciones y guerras.
FIESTAS Y TRADICIONES Véase: CULTURA — Folklore — Fiestas y tradiciones.
FOLKLORE Véase: CULTURA — Folklore.

GOLPES DE ESTADO Véase: HISTORIA — Revoluciones y guerras — Conspiraciones.
GUERRAS Véase: HISTORIA — Revoluciones y guerras — Conspiraciones.
GUZMANCISMO Véase: POLITICA — Tendencias y movimientos — Guzmancismo.

HISTORIA

— Doctrinas e ideologías
— Capitalismo: 23.
— Instituciones: 28, 29, 63, 66.
— Pensamiento historiográfico: 31, 504.
— Períodos
— Colonia: 26, 27, 28, 31, 38.
— Conquista — Poblamiento: 349.
— Independencia: 26, 29, 58, 65.
— República: 63–65, 68–74, 82, 85–86, 87–88, 90–96, 495–497.
— Revoluciones y guerras — Conspiraciones: 56, 57, 59–60, 68–69, 80, 86–102, 369, 415, 416–417.
— Tendencias
— Capitalismo: 23.
— Revisionismo histórico: 27, 29–30, 399.

IMPRENTA: 38, 385, 391, 395, 429. Véase también: PERIODISMO.
INDEPENDENCIA Véase: HISTORIA — Períodos — Independencia.
INMIGRACION Véase: CULTURA — Aculturación — Transculturación.
INSTITUCIONES
— Culturales Véase: CULTURA — Instituciones.
— Eclesiásticas Véase: RELIGION — Iglesia — Instituciones.
— Educativas Véase: EDUCACION — Instituciones.
— Históricas Véase: HISTORIA — Instituciones.

LEYENDA NEGRA — LEYENDA DORADA Véase: CULTURA — Tendencias — Leyenda Negra — Leyenda Dorada.
LIBERALISMO Véase: POLITICA — Tendencias y movimientos — Liberalismo.
LITERATURA: 40, 102, 354–355, 356, 361–362, 365, 391, 410, 426–427, 429, 430, 432, 438–439, 459–460, 462, 477, 479.

MILITARISMO Véase: POLITICA — Tendencias y movimientos — Militarismo.
MONTONERAS Véase: HISTORIA — Revoluciones y guerras — Conspiraciones.

MUSICA Véase: CULTURA — Folklore — Música.

NACIONALIDAD: 452, 458, 468. Véase además: NACIONALISMO.
NACIONALISMO Véanse: — CULTURA — Tendencias — Nacionalismo.
— HISTORIA — Tendencias — Nacionalismo.
— POLITICA — Doctrinas e ideologías — Nacionalismo.
Véase también: NACIONALIDAD.

ORATORIA: 99, 479.
ORDENES RELIGIOSAS Véase: RELIGION — Congregaciones - Ordenes —Cofradías.

PATRIOTISMO: 361. Véase además: NACIONALISMO.
PENSAMIENTO HISTORIOGRAFICO Véase: HISTORIA — Pensamiento historiográfico.
PERIODISMO: 68, 356, 361-3621, 370, 371, 385, 386, 389, 391-392, 394, 405-409, 426, 428, 429, 431, 447. Véase además: IMPRENTA.
POESIA Véanse — CULTURA — Folklore — Poesía.
— LITERATURA.
POLEMICAS RELIGIOSAS Véase: RELIGION — Polémicas.
POLICIAS POLITICAS Véase: POLITICA — Policías Políticas.
POLITICA
— Doctrinas e ideologías
— Democracia: 484.
— Federalismo: 60, 69.
— Izquierdismo: 23, 24.
— Liberalismo: 29, 30.
— Marxismo: 23-24.
— Elecciones: 66.
— Policías Políticas: 396.
— Protocolos y tratados: 63-64, 83-85, 106.
— Tendencias y movimientos
— Araujismo: 421.
— Civilismo: 67-68, 81.
— Federalismo — Centralismo: 59-60, 61, 64-66, 67, 69-70, 72-77, 81-83, 421.
— Guzmancismo: 65, 83, 421.
— Liberalismo: 29, 30, 63, 64-65, 70.
— Militarismo: 67, 81, 86, 415.
— Monaguismo: 56-57.
POLITICA RELIGIOSA Véase: RELIGION — Política religiosa.
PROBLEMATICA RURAL: 446.
PROCLAMAS Véase: ORATORIA.
PROVINCIALISMO: 450-451, 481.

RELIGION
— Ceremonias y festividades: 494.
— Congregaciones — Ordenes — Cofradías: 21, 36, 494, 495.

— Conventos — Monasterios — Seminarios: 347.
— Doctrinas
— Catolicismo: 22, 29, 33, 485.
— Iglesia
— Instituciones: 22.
— Polémicas: 35.
— Política religiosa: 26, 33–35, 36, 494, 496.

REPUBLICA (período) Véase: HISTORIA — Períodos — República.
REVISIONISMO HISTORICO Véase: HISTORIA — Tendencias — Revisionismo histórico.
REVISTAS Consúltese: INDICE ONOMASTICO
Véanse: — LITERATURA
— PERIODISMO
REVOLUCIONES Véase: HISTORIA — Revoluciones y guerras — Conspiraciones.
SAGRADA (Policía) Véase: POLITICA — Policías políticas.
SOCIEDADES CULTURALES Véase: CULTURA — Instituciones.
SUBLEVACIONES Véase: HISTORIA — Revoluciones y guerras — Conspiraciones.
TEATRO Véase: LITERATURA
TRADICION — TRADICIONALISMO — TRADICIONISMO: 340—341.
TRADICIONES VENEZOLANAS Véase: CULTURA: — Folklore — Fiestas y tradiciones.
TRANSCULTURACION. Véase: CULTURA Aculturación Transculturación.
TRUJILLANIDAD: 339, 382, 451.
UTENSILIOS E INSTRUMENTOS Véase: CULTURA — Utensilios — Instrumentos.
VENEZOLANIDAD: 383, 452, 453–454, 456, 457.

Impresión realizada para el Congreso de la República
en los Talleres Gráficos de AVILA ARTE, S. A.,
Avenida Augusto C. Sandino, Caracas, Venezuela, en
el mes de diciembre de 1989

En 1976 el Congreso de la República, por iniciativa del Diputado Dr. José Rodríguez Iturbe acordó editar las **Obras Completas** de Mario Briceño Iragorry. El texto del Acuerdo apareció publicado en la Gaceta Oficial Nº 30.996, el 4 de junio de aquel año. De esa manera se rendía homenaje al ilustre escritor y pensador trujillano, quien fuera Presidente del Poder Legislativo en 1945 y cuya trayectoria pública se distinguió por su amplitud ideológica.

La figura de don Mario Briceño Iragorry se erigió como símbolo de dignidad por su honesta e infatigable lucha contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, conducta valerosa que lo condujo al exilio desde diciembre de 1952 hasta abril de 1958 después del derrocamiento del régimen represivo. Su obra es en conjunto un breviario de nacionalismo latinoamericano, entendido como denuncia permanente de las mediatizaciones económicas y políticas a que ha estado sometida cíclicamente la Historia de nuestras Repúblicas y a cuyo proceso alienante opone la defensa permanente de nuestros valores de la tradición y la cultura.

Briceño Iragorry fue también exponente luminoso de un pensamiento católico de gran modernidad y vigencia por su contenido social.

Estas **Obras Completas,** que abarcarán aproximadamente 20 volúmenes, recogen desde los primeros textos publicados por el ensayista, hasta la obra dispersa en publicaciones periódicas y valiosos materiales que integran su archivo personal.

La Comisión Editora deja constancia expresa de gratitud a los miembros de la Fundación "Mario Briceño Iragorry" por el respaldo y colaboración que han hecho posible la localización, ordenamiento y publicación de los textos.

Caracas, diciembre de 1988